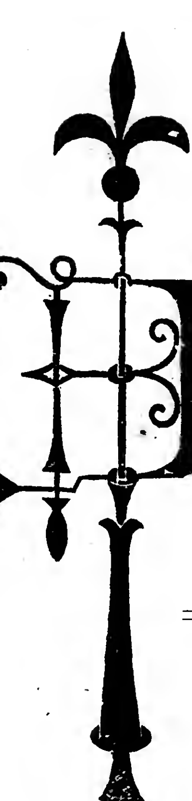



# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 6 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 1.


## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

CUATRO PALABRAS DE PREFACIO

*En 1870, estando desterrado, bosquejé en la sierra de Córdoba una novela que, con el título de* LOS PALMARES, *publiqué años despues perdida en el folletin de un diario.—En 1881, encontrándome emigrado en Buenos Aires, ocupé parte de los ócios de una temporada de campo en bosquejar otra de más largo aliento.—Léjos de mi pátria, me gustan y consuelan las regiones de la imaginacion. Puede ser eso una estravagancia; pero no es ciertamente un delito.*

*El delito empieza con la publicacion de lo que talvez debió quedar inédito, como íntimo solaz del espíritu.—En esta parte, no soy yo el verdadero culpable. Daniel Muñoz se ha empeñado en dar una edicion literaria de la batalladora* RAZON, *y me ha impuesto como contribucion de guerra el bosquejo de mi segunda novela.—No es posible hacer estas cosas sin sacrificios de amor propio.—Cárlos Dickens, rey de la novela inglesa, empleó mas de dos años en escribir* THE LITTLE DORRIT, *y Gustavo Flaubert, otro maestro, necesitó muchos más para idear y pulir* MADAME BOVARY.*—Cuán temerario es por consiguiente, el empeño de los aficionados que improvisan sus obras y las entregan á la publicidad sin el tiempo ni el estado de ánimo necesarios para darles la última mano de una prolija correccion!*

*Contra la severidad de la crítica era indispensable esta esplicacion.—* LOS AMORES DE MARTA *han sido para mi un pasatiempo inofensivo.—Su publicacion es una nueva travesura de* Sanson Carrasco.

EL AUTOR.

*Montevideo, Agosto 6 de 1883.*

### PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

—

LA HIGH LIFE DE LA FIEBRE TIFOIDEA

EXCESIVO, á la verdad, fué el alboroto que causó en Buenos Aires la enfermedad de Marta Valdenegros.—Una jóven de diez y seis años, luchando durante más de un mes, en los lindes oscuros de la vida y la muerte, con los micróbios ponzoñosos de la fiebre tifoidea, es un cuadro demasiado trivial y burgués para que por sí solo ocupe y preocupe los ócios de la mas espiritual y opulenta ciudad de Sud América. En esos mismos dias (Febrero de 1873, si mal no recuerdo) estaba gravemente enfermo del corazon D. Arturo Nevares, publicista de cierto rango, político de cierta talla, jefe de guardias nacionales en la guerra del Paraguay, donde habia perdido una pierna; y su hipertrofia era un acontecimiento de menor importancia, al parecer, que la fiebre de la nombrada niña.

Caprichos de la sociedad.—Sin embargo, el alboroto se esplicaba un tanto, por diversas razones que no será inútil recordar, á la lijera, en los preliminares de esta crónica.

Marta Valdenegros era huérfana; pero qué huérfana!—teniendo en perspectiva un patrimonio de doscientos millones de pesos (1), como heredera única de sus abuelos D. Francisco Valdenegros y Doña Emilia Fernandez, bajo cuya guarda naturalmente estaba.

Nada hay completo en este mundo. — Comprueba la verdad del aforismo ese matrimonio Valdenegros, que tenia elementos propios para ser un dechado de felicidad y fué sin embargo extraordinariamente desgraciado.

Ambos cónyuges pertenecian á familias distinguidas y pudientes, de viejo cuño colonial. Cuando enlazaron su suerte se amaban con delirio, y cuarenta años despues todavia se amaban con el entusiasmo de los adolescentes. — Él, habia sido uno de los más gallardos mozos de su tiempo, y, á los setenta años bien contados, lucia su elevada estatura con majestuosa rigidez, y disimulaba la descomposicion lineal de sus facciones, ántes tan correctas, con el imponente marco de una cabellera y una barba sedosas, blancas, primorosamente conservadas.—Ella, en sus buenos tiempos, habia rivalizado con Agustina Rosas, el prototipo legendario de la belleza argentina. La suprema distincion de su porte y sus maneras, resistiendo á los estragos del tiempo, daba á su vejez donaire y dignidad de reina madre.

Uno y otro eran además en estremo bondadosos. D. Francisco tenia una de esas inteligencias penumbrosas que permiten saborear los mas puros goces de la vida sin comprender ó presentir lo incompletos y efímeros que son. — Misia Emilia aventajaba á su esposo en sagacidad natural y en conocimiento intuitivo de la vida.—Cierta superioridad intelectual de la mujer

(1) Pasando la escena en Buenos Aires, el texto se refiere, como es natural, á la moneda de aquella capital.—Doscientos millones equivalen á ocho millones de duros.

sobre el hombre, cuando está unida á la virtud y á la prudencia, es de excelentes resultados en las relaciones de la vida conyugal.—Bajo ese aspecto, nunca hubo una pareja mas feliz sobre la tierra.—Habrian descubierto el Paraiso, si la suerte no se hubiera ensañado con los frutos de su santa union.—Nueve hijos murieron sucesivamente en sus brazos. Los dos primeros, casi recien nacidos.—Otros cuando ya encantaban el hogar con sus juegos ruidosos. El penúltimo, que era una niña hermosísima, cuando ya tenia pronto su vestido largo, y el último, gallardo jóven de veintó y dos años, á consecuencia de una caida de caballo.—Ese hijo les habia dejado á Marta, de pocos meses todavia, huérfana de madre desde el mismo dia de su nacimiento.—Ocioso es esplicar cómo aquellos dos abuelos no vivieron desde entónces sinó para amar, cuidar y hacer feliz á aquella tierna niña, único vástago de la numerosa prole que habian dado sucesivamente á la cuna y al sepulcro.—Y ahora, pretendia la muerte arrebatarles tambien aquella última reliquia, supremo consuelo y única esperanza en la zona crepuscular de su existencia!

Penetró la fiebre en la casa con un cortejo de circunstancias siniestras. Llamábase Marta la última hija que los Valdenegros habian perdido, y en memoria suya ese mismo nombre habia recibido la nietita.—A los diez y seis años habia muerto aquella, y á los diez y seis años caia ésta herida por el invisible enemigo. El tifus habia devorado á la una, y la fiebre tifoidea asaltaba á esta otra.—«Es la misma enfermedad, digan lo que digan los médicos! exclamaba D. Francisco impacientado, y Misia Emilia, por su parte, aseguraba que en la primera noche de la enfermedad de su nieta, allí, sobre la balaustrada de la azotea, frente á la galeria que resguarda la alcoba de la enferma, habiase posado, lanzando luego su chirrido, la misma lechuza, la misma, que diez y nueve años ántes habia sido el heraldo fatídico de la muerte de su hija!

Cuando se caracterizó la enfermedad y el médico de cabecera, gravemente alarmado, solicitó el concurso de otros médicos, los abuelos de Marta sintieron como que se desplomaba el cielo sobre ellos.

Presa de una agitacion irrefrenable, comenzó la abuela á recorrer los lujosos salones de la casa, deslumbrantes de espejos, tapicerias, bronces, porcelanas y cristales.—Paseaba por todas partes la mirada, y en todas partes encontraba paños negros, moños negros, flores negras, como en los dias lejanos, pero no borrados, de la muerte de su hija.—Salió de allí desesperada; fué á buscar aire y luz en las espaciosas galerias, vestidas de paisajes al óleo, adornadas con estátuas de mármol y vistosas plantas tropicales. Allí tambien todo era negro, como en los dias lejanos pero no borrados, de la muerte de su hija.—Prorrumpió en sollozos; fué á desahogar su llanto en la habitacion mas apartada; rezó, y una hora despues, con el semblante de una resolucion heróica, besaba la frente de su nieta aletargada y se sentaba á la cabecera de la cama, para no abandonarla hasta que tuviese fin el duelo entre la sávia ardiente de la primera juventud y el veneno de la eterna Locusta que la naturaleza oculta en sus entrañas.

El abuelo, siempre ceremonioso y grave, se dirigió con paso tranquilo á su escritorio, donde permaneció dia y noche durante toda la enfermedad de Marta.—Habia allí una magnífica chimenea de mármol negro á vetas verdes sobre la cual descansaban tres soberbios grupos de bronce.—Recostóse de espaldas en ella, cruzó los brazos sobre el pecho y clavó los ojos en los artesones de la bóveda.—En esa actitud lo encontró poco despues el médico de cabecera.

—Ánimo, don Francisco; el caso es sério, pero está léjos de ser desesperado.

—Oh! no me falta el ánimo, respondió el abuelo; solo sí que si á ésta tambien se la lleva Dios, oh! por quien soy, que...

Dios no le dejó terminar esta blasfemia;—la interrumpió con un sollozo, sin duda para no verse en la necesidad de castigarla.—Es posible tambien que le encontrase razon al buen anciano.—En toda la ciudad se repetia: «qué familia tan perseguida por el destino.»—Este clamor debia llegar hasta el cielo!

El palacio de la familia Valdenegros era de altos y estaba admirablemente situado, con frente á la calle Florida y á otra muy central de cuyo nombre no necesito acordarme.—A la calle Florida se abria la puerta de entrada principal, y en toda la cuadra se estacionaba durante el dia y las primeras horas de la noche una larga hilera de carruajes, frecuentemente renovados. Pertenecian á quince ó veinte médicos, que se turnaban en guardias permanentes ó en inacabables consultas; á varias docenas de parientes mas ó menos lejanos, que se disputaban el primer puesto de la ansiedad ostensible ante el peligro en que se hallaba la existencia de la tierna niña;—á centenares de personas amigas que acudian repetidas veces á informarse del estado de la enferma con afectuoso interés.—La puerta cochera y de servicio doméstico se abria á la otra calle.—Allí, desde las primeras horas de la mañana hasta cerrar la noche, se aglomeraba, sin exajeracion, una multitud de mendigos y mendigas que entraban á preguntar si ya estaba buena *la señorita* y salian lloriqueando despues de escuchar la desconsoladora respuesta que les daba, con aire patético, alguno de los cocheros de la casa.

En una y otra calle hallábase el empedrado cubierto de pasto seco para ensordecer el tránsito de los rodados.—Dos vigilantes de policia estaban perennemente apostados para prohibir á los mayorales de tramway que hiciesen sonar sus destempladas cornetas. Todo ese movimiento extraordinario y esas precauciones prolijas al rededor de un edificio suntuoso, en paraje tan central y concurrido, llegaba á constituir una especie de espectáculo público, cuyos espectadores se renovaban por momentos y se esparcian en seguida por todos los ámbitos de la gran ciudad, llevando á pié, á caballo, en coche y en tramway la noticia de la enfermedad de Marta Valdenegros!

Frente á la puerta principal, quedaba siempre estacionado un grupo cuya composicion cambiaba periódicamente.—Durante el dia, era de pilluelos, changadores y vendedores de frutas, estúpidamente atentos á la llegada y partida de carruajes, á la entrada y salida de personas.—Formábanlo en las primeras horas de la noche los caballeros y las damas que, al ir y volver en su paseo por la calle Florida, se detenian sucesivamente á contemplar aquella régia morada en cuyo interior iba á morir de un momento á otro la mas opulenta heredera de Buenos Aires. Componian mas tarde el grupo, hasta rayar el dia, las mujeres vagabundas y los calaveras retardados, que miraban con curiosidad estraña los altos del palacio como sumergidos en inmóviles tinieblas, mientras permanecia iluminado el vestíbulo, con su ancha portada abierta de par en par, dejando ver sirvientes de frac y lacayos de librea que cruzaban con cierto aire solemne de una profunda conmocion.—Asi, á todas horas del dia y de la noche, la poblacion de la turbulenta ciudad mantenia centinelas y escuchas en torno de aquel sitio donde la nieta de los Valdenegros se batia con la muerte en invisible y silencioso entrevero.

Esto duró muchos dias. Ya los periódicos daban cuenta del estado de la niña, como se hace en Europa cuando se altera la salud de una princesa. Tomaba vuelo el espectáculo público.—En todas las iglesias se decian misas por la salvacion de la enferma. Habia entrado en moda el ir á inscribirse en un álbum de tapas doradas, que estaba colocado sobre una mesa de ébano entre dos columnas del vestíbulo. Era de rigoroso buen tono poder suministrar en sociedad informes minuciosos sobre la marcha de la enfermedad Monseñor Aneiros no faltaba un solo dia. El Presidente Sarmiento habia ido tres veces en landó oficial de media gala, y el mismo Mitre habia estado allí una vez, siendo á la entrada objeto de una pequeña ovacion popular.—Ya el nombre de Marta Valdenegros tenia tanta celebridad como el de los candidatos á la presidencia

Venorite
Jumaran

Alina? No por cierto;—voy á decírtelo: Una muger á los quince años,, si es linda y tiene gracia, es una joya que no tiene precio y que todos solicitan; ella, que es á la vez prenda y joyero, luego comprende todo lo que vale y como las ofertas son muchas y en su impericia se las finge iguales, no sabe por cual decidirse y acepta, ora esta, ora aquella, segun venga la ocasion sin dar palabra á nadie, ¡por supuesto!, de que el pacto no rescinda....

—Hombre! hombre! á donde vas, mira que te pierdes!

—Que no me pierdo digo, y para probártelo, te apuesto que dentro de dos horas te evidenciaré la verdad de lo que acabo de afirmarte.

—Cómo?

—Es muy fácil;—ya vés que voy al baile donde Alina se encuentra, pues bien, sin pecar de presumido, y perdona el aparte, creo no tienes tú prendas personales que te dén mucho más valor á los ojos de Alina, ó cualquier otra muchacha, que yo; prometo, pues, que dentro de dos horas te probaré de algun modo que Alina *me amará* tanto como á tí, si le hago la corte diez minutos.

Al terminar Federico no pude contener una carcajada.

—Vamos, me dijo sin desconcertarse, ¿qué prueba quieres?

—¡ Y que sé yo ! . . . Ah ! sí, mira, pídele el ramo de violetas que lleva en el seno.

—Si aún lo conserva, volveré con él ; adios,—es decir, hasta de aquí dos horas.

Y echó una mirada al espejo, se arregló el naciente bigote y se fué tan seguro de que ganaria la apuesta, con tal aire de tranquilidad, que me dió fastidio, y, cosa rara, pues le queria como á un hermauo, no pude ménos que esclamar cuando me ví solo:— Fátuo ! Imbécil !

⌘

Me puse á leer, mas á las dos lineas tuve que dejar el libro, ponerme de pié y sin motivo echarme á caminar á pasos largos; abrí despues la ventana, volví á tomar el libro y á dejarle en seguida, hasta que me pregunté con fastidio, con rabia: Dudo de Alina! y sonreí como animándome, mas aquella sourisa debia tener ya un algo de sarcasmo.

Las horas se deslizaban lentas, y en mi impaciencia fingíame fuera el tiempo pesada cadena de plomo que yo debia levantar, y que cada enorme eslabon era un segundo.

Sentéme al fin, quebrado por la impaciencia. Volví á soñar y veia á Alina bañada en rayos de luna, acostada sobre un lecho de violetas y. . . .

« A aquel reflejo de la luz escaso
La jóven parecia hecha de raso
De nácar, de jazmin y terciopelo ! »

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La puerta rechinó sobre sus goznes, volví á la realidad y ví á Federico que entraba á la habitacion.

Para ocultarle mi emocion traté hablara él primero; le miré con atencion y en la penumbra de la lámpara medio extinguida me pareció estaba su faz muy pálida: él no me dijo palabra al entrar y metiendo la mano en el bolsillo interior del *frac*, sacó un ramo de violetas adornado con diosma:

—Es este, me preguntó con voz alterada, le reconoces?

La sensacion fué tan aguda que en el primer momento no pude expresarla ó no lo quise.

—Sí, es ese, dámelo!.... y se lo arrebaté de las manos y me puse á llorar todas las lágrimas puras que la infancia lega á la juventud, las cuales al evaporarse llevan consigo toda la fé de los primeros años.

⌘

Federico el amigo íntimo, aquel á quien queria como á un hermano, se ha casado con Alina, aquella niña que me amaba tanto; dicen que viven felices y que ella. . . .

«¡Bacia col labbro pio
I figli d'un amor che non è il mio!»

⌘

He ahí la historia harto trivial de por qué ayer al ver pasar á una florista quise comprarle, solo por lástima, un ramo de violetas y el por qué al encontrar un ramo seco de esas malditas flores en un cajon de mi escritorio sentí renacer en mi espíritu hora por hora, minuto por minuto, una página de la historia de mi vida que fué hasta la mitad, dia de primavera en mi existencia y prólogo, prólogo maldito, de aquellas hojas por mí escritas que cayeron de mis manos al peso de mi desaliento cual caen las que los árboles revisten al soplo de los cierzos.

Ah! juventud, cuán caro cuestas! tú tienes la culpa de que haya locos que escriban lo que sienten ó lo que recuerdan sintieron, y nécios que cuenten la historia de un ramo de violetas secas!

Julio Piquet.

---

# DE AQUÌ Y DE ALLÀ

Publicacion literaria dice la Administracion de *La Razon* que es esta, y agrega que lo que en ella se diga ha de ser prescindente de política y de religion. Nada de sindicatos pues, ni de playitas, ni de dianas ni de fiscales. Nada tampoco de milagros, . . . ni de herejias.

Quedan libres los temas sobre el tiempo, sobre teatros, paseos, tertulias, recibos y otros anàlogos, en los cuales puedo discurrir à mi antojo. El tiempo ya es de suyo un tema que alcanza y sobra para decir mucho. Sobre el tiempo se habla hasta en las visitas de cumplimiento, y como esta es la primera que *El Lúnes* hace à sus lectores, no estarà fuera de lugar decir algo sobre ese tòpico.

Felizmente, por el momento no he de aburrir à mis lectores con la fastidiosa monotonia del agua. Ahora tenemos sol, tenemos cielo azul y mar azul, verde en el campo, colores alegres en las flores, y toda la ciudad revive al calor de la luz dorada que la envuelve. Hacia tiempo que no teniamos un dia como el del sàbado, sereno, tibio, apacible, envuelta la mañana en transparentes gasas de brumas blancas, y nacarado el crepùsculo de la tarde, el mar bruñido como una plancha de acero, y la atmòsfera diàfana como un cristal. La ciudad estaba como de fiesta: todos los carruages en movimiento llevando à las familias al campo, los tramways atestados de paseantes de un estribo al otro, las calles cuajadas de gentes, y las plazas llenas de alegrias y de risas infantiles, corriendo los niños de un lado à otro con sus caritas sonrosadas por la agitacion, todos bulliciosos y contentos como una bandada de pàjaros.

Por la mañana, la feria con su animacion ruidosa; à medio dia la salida de misa; mas tarde la romeria de carruages al Paso del Molino, y durante toda la tarde, el va y ven continuo por la calle Sarandì y Plaza Independencia, paseantes de Domingo con sus trajes flamantes, todos alegres, con esa alegria que no conocen los que no trabajan.

Todo esto soñaba yo en la noche del sàbado impresionado con la belleza del dia, cuando me sacò de mi sueño un *run-run* lejano. Son los carros que vienen à la fèria, pensè entre mi, y me disponia à continuar durmiendo, cuando vi filtrarse por las rendijas de la puerta una luz viva, que iluminò con lívidos resplandores todos los objetos y se apagò sùbitamente. Una escala cromàtica de notas destempladas fuè el preludio de una detonacion espantosa, y desde ese momento no cesò de tronar. Los truenos se sucedian sin interrupcion; los ùltimos rezongos de uno, se perdian entre el estrèpito del siguiente. Todas las rendijas de la puerta se iluminaban à cada minuto con rayas fosfòricas, que temblaban un instante y se borraban en seguida como las sombras de una linterna màgica, y tras de la luz, el ruido, seco, estridente, como una carcajada mefistofèlica burlàndose de los proyectos de fiestas y

paseos, organizados para el Domingo, que es el dia clàsico de la bulla la alegrìa.

Montevideo, como Buenos Aires, como todas las capitales sud-americanas, es una ciudad *Dominguera*, à diferencia de los grandes centros europeos donde el Domingo es el dia esclusivo de las clases trabajadoras. De ahì esa animacion de nuestros Domingos, en que toma parte toda la sociedad, ricos y pobres, propietarios y jornaleros, contribuyendo todos al movimiento que doquiera se nota, en las calles, en las plazas, en los paseos, en los teatros y en todas partes donde haya un motivo de diversion.

Pero el de ayer amaneciò triste, lloroso, sin feria y sin paseantes, bañadas las calles por el agua, enturbiados los vidrios de las ventanas y balcones, desiertas las plazas, las gentes encerradas en sus casas sin màs pasatiempo que el de mirar llover, desbaratados todos los proyectos combinados durante la semana para dar expansion al ànimo y al cuerpo en alegres giras campestres.

De espectàculos teatrales no estamos por el momento muy abundantes. Solo tenemos la òpera en *Solis*, que poco à poco va reponièndose, y llevando cada vez mayor pùblico, desde que el empresario tuvo la buena idea de cambiar el repertorio primitivo por otro con que està mas connaturalizado nuestro pùblico. Los artistas, noveles en su mayor parte, van familiarizàndose con la escena, y es de esperarse que dentro de poco sepan ya desempeñarse con soltura y cantar con mayor aplomo.

Dìcese que en breve tendremos grandes novedades teatrales. Por un lado se anuncia la pròxima llegada de la compañia lìrica que canta en *Colon;* por el otro se sabe que no tardarà en estar aquì la compañia dramàtica francesa que actùa en Buenos Aires; Ciacchi debe llegar al Plata de un momento à otro con su gran compañià de òpera ligera; tras de èl vendrà el gran cuerpo coreogràfico ruidosamente aplaudido en Rio Janeiro. Como se vé, esa avalancha de diversiones và à compensar sobradamente las escaseces de hoy.

Hay otro teatro que funciona y que no deja de ser muy concurrido. Es el *Politeama*, donde se dan espectàculos acrobàticos, mìmicos, equilibristas en los que toman parte artistas de primer òrden, entre los cualss figuran los Nelson, verdaderos prodigios de habilidad y arrojo, que superan à los màs afamados de cuantos nos han visitado. Allì es el punto de cita de los chicuelos, eternos admiradores de los gimnastas à quienes consideran como seres sobrenaturales, dotados de alas invisibles para salvar el espacio. Si los Nelson cambiasen de nombre y se presentasen bajo el bombàstico titulo de *Los hijos del aire* ò *Los Reyes del espacio*, seguramente quc alcanzarian mayor fama que la que los Buislay y Chiarini y otros por el estilo han alcanzado. El pùblico no està por la modestia: es un niño grande à quien lo seduce mas el oropel de un juguete que el mèrito de un libro.

Si en diversiones pùblicas estamos mal, en cambio no puede nuestra sociedad quejarse en cuanto à pasatiempos familiares. Las reuniones semanales de Acevedo, Eastman, Arocena, Marques, Duplessis y otras ofrecen encantadores atractivos à los amantes de la buena sociedad. Cada una de esas reuniones da sobrada tela para una crònica amena, crònicas que las lectoras de *El Lùnes* tendràn ocasion de recorrer desde el pròximo nùmero, en que, ya ordenadas todas las secciones, dèdicaremos un espacio preferente à esas reseñas de nuestras fiestas sociales. Este nùmero es apenas un prospecto de lo que serà nuestro periòdico.

Todo lo que con la sociedad se relacione, tiene cabida en *El Lùnes*, y aunque nuestro deseo fuè el de que este primer nùmero contuviese todos los materiales que en lo sucesivo ha de tener el periòdico, no nos ha sido posible realizarlo por las dificultades con que siempre se tropieza en los estrenos. Pero, *Deo volente*, y el empeño que de nuestra parte pondremos, todo quedarà allanado desde el pròximo lùnes, y entònces ya no les quedarà motivo de queja à las lectoras, que son siempre màs exigentes que los lectores.

Nada hay que amedrente tanto como un pùblico femenino. Los hombres somos tolerantes y sabemos disculpar teniendo en cuenta las circunstancias, pero el bello sexo es intransigente, y nunca dà su aprobacion por entero. Juzga de la literatura como de los vestidos: muy lindo el corte pero poco distinguido el color, ó viee-versa: precioso color pero poco elegante el corte.

Por hoy no tengo temor à la censura, porque todavia no he entrado en materia, limitàndome à este saludo en que no comprometo nada, si no es la paciencia del lector que hasta aquí me haya seguido.

OSCAR.

---

# PRIMAVERA

(INÉDITA)

La viviente esmeralda del bosque
De su sueño de invierno despierta,
Y otra vez en las ramas palpita,
Y las ramas de jùbilo tiemblan...

La viviente esmeralda del bosque
Con su brillo los pàjaros tienta,
Y con hilos de hierba en el pico
Hàcia ella, los pàjaros vuelan....

—

Del arroyo en la espalda azulada
El cristal de la escarcha se quiebra,
Y las aguas ansiosas aspiran
El perfume vital de la tierra....

Del arroyo en la espalda azulada
Juguetean las brisas ligeras....
Van envueltas en gasas de aroma
Que las flores del borde tejieran....

—

Esas algas blanquizcas del cielo
Que se juntan, se unen, se estrechan,
Y en consorcio quizàs amoroso
Las neblinas y nubes engendran....

Esas algas blanquizcas del cielo,
De su abrazo invernal ya se sueltan,
Y se pierden buscando otros mundos,
Y en rocio en las flores se acuestan....

—

En el vasto Sahara del èter,
Corre el sol sobre azules arenas....
Solitario lëon, que sacude
De su luz la gigante melena....

En el vasto Sahara del èter
Se oyen fibras de etèreas cadencias,
Que parecen los ècos lejanos,
De canciones de fiesta sidèrea....

—

En la huerta gentil de mi amada
Se despoja la acàcia soberbia
De su veste de flores doradas
Que en pedazos se cae en la tierra....

En la huerta gentil de mi amada
A escuchar de las aves la endecha,
En sus matas se hierguen curiosas
Las postreras fragantes violetas....

—

Es que rota del gèlido invierno
La crisàlida anèmica y vieja,
Agitando sus alas de oro
De su cuenca brotò Primavera!..

Primavera!. Ideal mariposa,
Que tras sì como sèquito lleva
De perfumes y cantos un mundo,
Que el sopor de otro mundo destierra!...

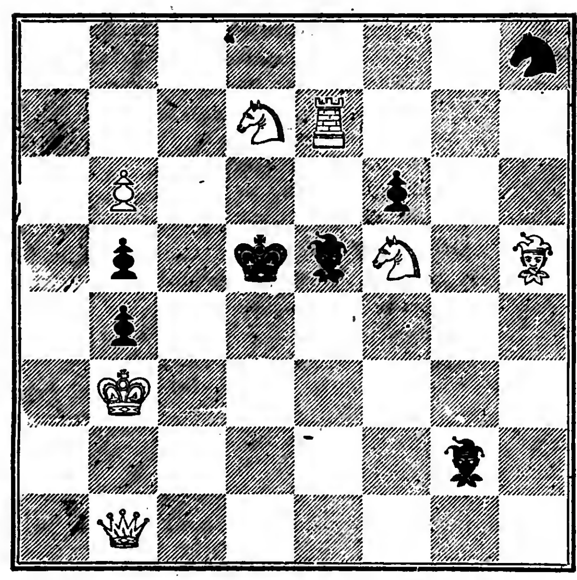
Solo en mi alma cansada y marchita
Son inmòviles frios y nieblas,
Y se agrupan los montes de sombras,
Y en sus faldas las làgrimas ruedan.

Solo en mi alma marchita y cansada
No se escuchan de amor las endechas....
Do se muestra su imàjen maldita,
Huye el ave y la flor se doblega!

RAFAEL A. FRAGUEIRO.

**Problema de Ajedrez por Ignotus**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

## CHARADAS

Si tienes *prima* y *segunda*
De *tercia* y *cuarta*, y lo eres;
No me estraña si no infieres
Con perspicacia profunda,
Que de Amèrica en la gloria
Es el *todo* gran victoria.

OTRA

Teniendo *prima* y *segunda*
Poco se me importaria
Que *una* y *tres* se desbordase
Pues yo no sucumbiria.

No ser *segunda* y *tercera*
No lo esquiva ni el mas fuerte
A no ser que caiga àntes
En el *todo* de la muerte.

OTRA

Si *cuarta* me adivinàras
Lo que *prima dos y tercia*
Significan, te daria
La màs *tercia y quinta* prenda.

Esas tres sìlabas dan
Un vehìculo anticuado,
Pronombre *cuarta*, y mi *todo*
El material de este diario.

**FUGA DE VOCALES**

V.n — m..rt.—t.n — .sc.nd.d.
Q.. — n. — t. — s..nt. — v.n.r
P.rq.. — .l — pl.c.r — d. — m.r.r
N. — m. — v..lv. — . — d.r — l. — v.d.

**FUGA DE CONSONANTES**

O.! — .ua..a. — .e.e. — e. — .e.i.o — ..e.a
.e. — .u..e.o — .o.e. — a — .a — a..a — .u...e,
.o.o — .e. — .o..o — .e — .a — .a. — e.e.a
A. — .a.a.e. — .u — .i..a — .o..e.u...e

**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

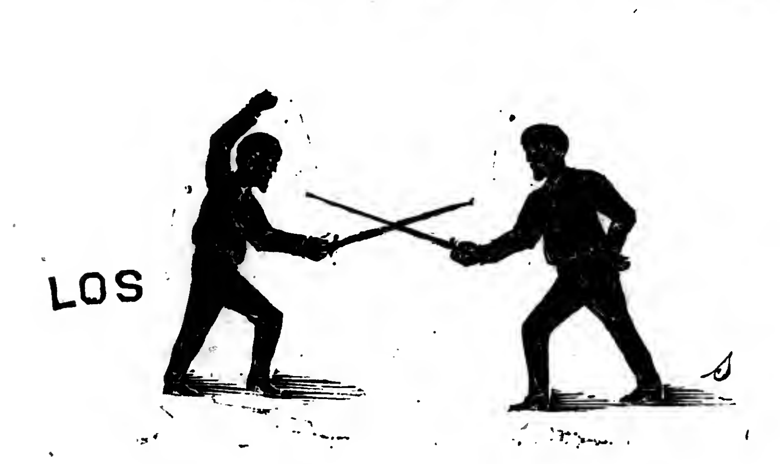
.o.r. — f.o. — d.n.e — .a.i.t.
D.s.r.c.a.a — .u. — t. — s.e.t.
A. — p.i.e. — p.s. — q.e — .i.t.
T. — e.c.n.r.s.e — .o. — l. — m.e.t.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

Posuicai — Arpegios — Presagio.

Las soluciones en el pròximo nùmero.

## GEROGLÌFICO NÙMERO 1








EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Agosto 13 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.—Núm. 2.*

# LOS AMORES DE MARTA

POR

**CÁRLOS MARÍA RAMIREZ**

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO SEGUNDO

PERCANCES DE LA LITERATURA DEL DOCTOR NUGUÉS

—

VENCEDORA de la fiebre tifoidea! En los primeros dias de la convalescencia, Marta parecia mas bien una vencida. —Durante un mes habia oscilado su existencia entre la calma destructora de un sueño letárgico y las hondas perturbaciones de un delirio melancólico, que se revelaba en gestos de mortal tristeza, de indefinible angustia, ó en palabras indicadoras de congojosos desvarios, de fatídicas visiones.—Sin carnes y sin fuerzas, angulosa, desencajada, cadavérica, conservaba además en su fisonomía y su actitud la misma expresion dolorosa de las horas del delirio melancólico.—Con esfuerzo penoso habia reconocido á sus abuelos y recobrado la plena conciencia de la vida. Su memoria flaqueaba así mismo con frecuencia, y en la noche, la aquejaban todavia alucinaciones pavorosas.

Con suma lentitud fueron teniendo reparacion estos estragos. —El primer dia que la levantaron de la cama, sufrió Marta una profunda crísis nerviosa, que llevó el espanto al alma de los suyos.—Por fortuna, estaban allí algunos de los médicos.—Esplicaron ellos á D. Francisco y doña Emilia la causa de aquel llanto histérico de la convalesciente, y lograron dejarlos tranquilos.—Esa crisis nerviosa fué bastante pertinaz; se repitió durante varios dias á la hora de levantarse Marta, aunque disminuyendo gradualmente de intensidad y duracion. Mas persistente aún era la postracion de ánimo.

—Sabes lo què tengo ahora, dijo un dia á Orfilia Sanchez, en son de confidencia; tengo pereza de vivir!

Esta frase llegó mas tarde á oidos de doña Emilia, que la trasmitió á D. Francisco. Ambos quedaron aterrados. — Por una cavilacion sepersticiosa, parecíales ahora que Dios les queria dejar á su nieta y era ella quien se resistia á vivir!

A instancias del Sr. Valdenegros, todos los médicos se reunieron de nuevo en gran consulta.—El resultado fué tranquilizador.—Si el restablecimiento no era tan rápido como se habia esperado al principio, no asomaba, sin embargo, ningun síntoma alarmante, ninguna complicacion peligrosa. Solo era de estrañarse que la convalesciente no hubiese recobrado el apetito. —Se alimentaba con dificultad y repugnancia.—Cómo á la larga pudiera esto traer consecuencias funestas, opinaron los médicos que la convalescencia debia terminarse en el campo.—Aire puro, torrentes de luz, espectáculos nuevos y pintorescos,—eso necesitaba Marta para recobrar y regenerar sus fuerzas juveniles.—Don Francisco indicó su quinta de Barracas. A los médicos no les pareció bastante. «Verdadero campo! estancia! dijeron con resolucion, aun cuando el viaje se aplaze por unos dias.»

A veinte leguas de Buenos Aires, en pleno Ferro-Carril del Oeste, tenia el Sr. Valdenegros su estancia de *Las Alamedas*. Hízolo presente, y los médicos contestaron: «magnífico!»—Una condicion puso Don Francisco:—que iria tambien un médico.—Esto fué fácilmente acordado, y, no pudiendo ir el que les hacia cabeza, resolvió él mismo nombrarse sustituto en la persona del Dr. Nugués, depositario de toda su confianza, aunque talvez demasiado jóven para merecerla. Al hacerse esta designacion, que obtuvo el aplauso de todos los facultativos presentes, bailaron de júbilo los pequeños ojos del Dr. Nugués.– Cuando lo felicitaban, respondia:—Subirá mi cuenta! — Como de costumbre, se calumniaba á sí mismo. No provenia su satisfaccion de un sentimiento de codicia, sino de la vanagloria de ver mezclado su nombre, en primera linea, entre los médicos de la familia Valdenegros, y recibir tan marcada distincion de parte del médico de cabecera.— Era muy sensible á esos pequeños triunfos de su profesion, así cómo al éxito ruidoso de sus artículos literarios.—Se creia, sin embargo, un rematado escéptico!

Promediaba el mes de Marzo:—y corria delicioso el tiempo, con los rayos vivificantes del estío y las brisas precursoras del otoño.—Marta se restablecia lentamente.—Juzgaron los médicos que habia llegado la oportunidad de realizar el viaje á *Las Alamedas*, y quedó fijado el dia de la partida.—En la noche de la víspera, cómo estuviese el Dr. Nugués haciendo algunos preparativos de viaje en el estudio de su modesta pero alegre casita de la calle de Cuyo, llamaron á la puerta de calle y poco despues el portero anunció á un jóven que decia llamarse Rodolfo de Siani.

—Hágalo entrar, *Giacomo*, dijo el Doctor.

Apareció muy luego el sobrino del Sr. Valdenegros.—Es un mozo como de 23 á 24 años de edad. Alto y bien repartido de cuerpo;—blanco y pálido de cara; frente despejada; grandes ojos pardos; nariz recta, hermoso bigote negro, y abundante cabellera renegrida.—Bella fisonomia y buena figura indudablemente; pero la fijeza y el brillo de su mirada parecen acusarlo de alguna perturbacion moral, y cierto desórden de su traje, unido á cierta inquietud de sus movimientos le dan el aire extraño de un hombre que busca con afan algo que tiene pocas esperanzas de encontrar.

—¿Lo incomodo? preguntó Rodolfo.

—No tal. He acabado mi tarea. Como sabrás, estoy de viaje.

El Dr. Nugués ofreció un habano á su visita, que lo aceptó de buena gana; ambos encendieron su cigarro y se sentaron luego en un canapé, repantigándose cada cual para su lado.

—Sé que es V. el médico designado para acompañar á mi sobrina,—dijo Rodolfo; esta tarde me ha dicho mi tio que mañana es la partida.—Tambien yo ando por hacer un viaje!

—¡Sí! ¿Adonde vas, muchacho? preguntó el Dr. Nugués, que por tener siete ú ocho años mas se daba ínfulas de hombre maduro.

—Mi madre se ha empeñado con el Ministro de Relaciones Exteriores, que es su ahijado, para que me conceda un puesto en la diplomacia.

—Señor embajador!

Por algo se empieza. Ha conseguido que me nombren *Attaché* á la Legacion Argentina de los Estados-Unidos....

—Tú, probablemente, tenias el ojo puesto en la Legacion de Paris.

—Sí, pues.—Iria á Paris con gusto.- Los yankees me llaman menos la atencion.

—¿Las yankees? dices tú.

—Además, prosiguió Rodolfo, despues de festejar la gracia con una risa forzada, el sueldo es bajo, y dicen que en Estados-Unidos la vida es muy cara; pero mi madre ofrece ayudarme con una regular mesada, pagando ademas ciertas trampas en que me veo atrapado.

—¿Mas porqué quiere tu madre alejarte de su lado?

—Porqué... porqué, porqué...—Me cuesta tener que esplicarlo! Dice ella que necesito separarme del teatro de mis calaveradas.—Buscar horizontes, ambiciones! Ya está muy contenta con su plan.—El Ministro insinuó que antes de efectuar mi nombramiento, deberia yo *prepararme*, y en la preparacion entraba no tanto el estudio del derecho de gentes, como la morigeracion de mis hábitos. Por lo demás, V. sabe que conozco el inglés y el francés, regularmente bien.—El italiano, como mi propio idioma.—Ya me sé casi de memoria la *Guide Diplomatique* de Martens, y estoy repasando á Calvo.—He entrado tambien en juicio. Desde hace seis meses, no se me puede decir nada,.... que no pueda decirse á cualquier otro mozo de Buenos Aires.—Por primera vez de mi vida, tengo paz con mi madre... Ah! pero asi mismo, no consigo que me dé dinero.—Todo lo ofrece para cuando vaya á ocupar mi puesto diplomático!

—Pero tu madre conserva su fortuna...

—Oh! muy mermada.—Mi pobre padre era un disipador de cuenta. Cuando murió, la fortuna de mi madre estaba reducida á la décima parte, y esta misma se encontraba tan embrollada que solo por los esfuerzos y la ayuda de mi tio Francisco pudimos librarnos de quedar enteramente en la calle.—Salvó mi madre un pequeño capital, y yo me he encargado de pegarle muy buenos tarascones....

—En obsequio á la ley de la herencia, interrumpió el Doctor Nugués.

—Con razon está mi madre escamada, y se vuelve avara para defender las reliquias de su patrimonio. Mi posicion es difícil. Yo necesito plata, mucha plata. ¿Qué me aconseja V?

—Cuando pienso que estabas ya en el segundo año de medicina, que eras uno de mis buenos discípulos, y que has tirado tus estudios á la calle, francamente, no me seduce la tarea de darte consejos saludables. ¿Porqué te has acordado de mí? No tengo yo fama de dar buenos consejos. Te diré, sin embargo, que tu madre piensa bien; necesitas alejarte de este foco en que te vas desmoralizando y anulando insensiblemente.—En el estranjero, con las restricciones que impone un cargo diplomático, y siéndote difícil contraer deudas, porque nadie se fiará de un desconocido, es posible que se te asiente el juicio para siempre. Permaneciendo aquí, tendrias mal fin.—Para seguir la vida de disipacion y locura que has comenzado, necesitarias la fortuna que se te acaba de escapar con la salvacion de Marta Valdenegros...

—Que se me acaba de escapar! esclamó Rodolfo tirando un cigarro, poniéndose de pié, y revelando en su fisonomia la satisfaccion que se esperimenta cuando la conversacion gira en el sentido que uno espera y desea.

El Dr. Nugués observó con extrañeza aquel cambio repentino, sin abandonar el canapé ni su postura negligente.

—No se figure, continuó Rodolfo cruzando las manos por la espalda y comenzando á pasearse por delante del Dr. Nugués,—no se figure que ha sido V. el único en hablarme, entre bromas y veras, sobre *la helada*, de la muerte de mi sobrina.—Indudablemente, faltando ella yo soy el heredero indicado.—La cosa es clara. Mi tio Francisco solo ha tenido una hermana, que es mi madre,—y mi madre solo ha tenido un hijo que soy yo. Fuera de nosotros dos, solo hay parientes lejanos y ricos por añadidura.—De ellos no se acordaria mi tio.—Su hermana, su sobrino carnal, es claro, reemplazarian á la nietita. Y mire V.—el viejo me quiere bastante, apesar de haber sido siempre yo como un abrojo con él y con tia Emilia. De tiempo en tiempo, me hace muy buenos regalos de dinero, y me regaña con sinceridad cuando dejo pasar los dias sin ir á comer con ellos.—Si Marta hubiese muerto, habria sido cuestion de muy poca maña ocupar su lugar en el corazon esponjoso de esa buena gente. Con razon me decia V. «tus fondos suben» cuando subia el termómetro!

El Dr. Nugués oia y observaba sin cambiar de posicion.

—Se calcula que dos terceras partes de la fortuna que heredará Marta Valdenegros pertenecen á mi tio.—Con eso, ya habria para darse por satisfecho—¿no es verdad?—pero tampoco se escaparia lo demás, porque, como V. sabe, mi tia no tiene parientes inmediatos, y los lejanos que tiene poco necesitan de su auxilio.—Ambos forman una sola masa; adonde fuera el corazon del viejo iria el de la vieja, y quien dice corazon en este caso, dice tambien herencia. Se habla de doscientos millones de pesos... Bah! nadie sabe á cuanto llega esa fortuna colosal;—campos en la Provincia, en Santa Fé, en Entre-Rios, en el Estado Oriental;—casas por todas partes, cédulas hipotecarias, deuda pública, acciones industriales... la mar!—Con todo eso á mano,—qué cosas tan lindas hariamos nosotros—¿no es verdad?

El Dr. Nugués guardó silencio, y Rodolfo continuó sus paseos y su charla, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalon.

—Verdaderamente! no deja de ser una desgracia que una fortuna tan inmensa, tan respetable en todo sentido, vaya á caer un dia en semejantes manos! Marta, con la sangre que corre por sus venas, es poco digna de heredar á los Valdenegros. V. conoce su orijen, por supuesto.—Yo soy Valdenegros por mi madre, y la sangre de los Siani es sangre azul. Mi padre era conde!—Un De-Siani Valdenegros tiene títulos mejores para aspirar á esa herencia.—La naturaleza corregia una aberracion moral de mis tios cuando infiltraba en esa chicuela el veneno de la fiebre tifoidea.—A Vds. los médicos se les ocurrió estorbar una obra de reparacion justiciera.—La han embarrado!

El Dr. Nugués permaneció silencioso é inmóvil. Rodolfo soltó una carcajada sarcástica y prosiguió:

—Estoy hablando locuras, por seguir las bromas con que V. me ha puesto tantas veces en compromiso; peró, en el fondo, tengo un poco de razon, y cuando pienso que de la noche á la mañana he podido ser millonario, y gozar, y brilar, no digo aquí en Buenos Aires, sino en Paris, en Lóndres, en Italia....eclipsar á Fabian Gomez....oh!—Habia, mire V.—una série de circunstancias que me completaban la fiesta. Mis tios no habrian resistido al golpe; en poco tiempo esa opulenta sucesion habria quedado abierta... Seria yo el heredero, ó lo seria mi madre. Mi madre está enferma, más enferma que lo que ella cree, segun dicen los médicos. En todo caso, dueña de una gran fortuna, no seria avara, y los millones me andarian jugando entre los dedos.... Vea V. Dr. Nugués, V. que es filósofo, vea de lo que depende el ¡destino! Un grado más en el termómetro, un poco ménos de tino en los médicos....un poco de buena voluntad en alguno de ellos....y yo seria dentro de algun tiempo el hombre más rico de Buenos Aires!

Estaba alumbrado el estudio por una lámpara de trabajo, cuya luz amortiguaba una bomba verde. El Dr. Nugués tenia la espalda vuelta hácia el escritorio sobre el cual descansaba la lámpara. Su rostro quedaba asi perdido en confusa penumbra.—Cuando Rodolfo se detuvó á ver el efecto que causaban sus palabras, las espirales de humo del habano que el Dr. Nugués seguia fumando tranquilamente en apariencia, acabaron de ocultarle la palidez amoratada, la contraccion nerviosa, que habia tomado la

fisonomia del médico, y continuó su cínica retahila, paseándose con agitacion cada vez mayor.

—Un amigo me decia hace un momento: «no te queda más recurso que casarte con tu sobrinita».—Bah! no es lo mismo recibir una gran fortuna en completa libertad, que recibirla con una esposa á cuestas... Ademas, las uvas están verdes.—Marta no simpatiza con su jóven tio. Cometí la tontera de enamorarla cuando era mas niña y ahora me encara siempre con mirada hosca. Es huraña y malevolente conmigo. Por otra parte ¿qué méritos voy á tener yo para cautivarla cuando se presente en sociedad? Tras de ella andarán así los festejantes,—y qué festejantes!—ricachos, personajes, el primer orador de la Cámara, el mas brillante periodista, los Ministros estrangeros... qué sé yo!—Al lado de esa gente, buena figura haria un pobreton, sin carrera, y con fama de alocado, que es algo peor que fama de calavera! — Nó, ni soñarlo. He tenido la fortuna en la mano y se me ha escapado, no hay mas.—Ahora, solo puede devolvérmela una recaida, una complicacion.... ¿No son frecuentes las recaidas, las complicaciones en la fiebre tifoidea?

El Dr. Nugués permanecia envuelto en su silencio, en su penumbra, en los espirales de humo de su habano.—Rodolfo se detuvo infructuosamente á esperar una respuesta, y siguió despues, durante largo rato, sus paseos agitados, exhalando con expresiones cada vez mas crudas, los lamentos de su concupiscencia burlada.

—El dinero, dijo al fin, con aire dogmático, cual si formulara el resúmen de sus peroraciones, es como el poder, como la gloria, como el amor!—Todos los medios son buenos para conseguirlo; él tambien es poder, es gloria y es amor;—reconozcamos la verdad de las cosas, el dinero gobierna al mundo.—Qué bien lo demostraba V. en su precioso artículo titulado *Su Magestad el Dinero!* —Qué bien esplicaba V. cómo en el orijen de todas las grandes fortunas hay siempre una usurpacion, una crueldad, un abuso... y sinó, veamos... ¿Cómo se ha formado el patrimonio de la aristocracia inglesa?—Por una série de atentados normandos contra los sajones y los celtas, y casi en nuestros dias por el despojo de los católicos en el territorio de Irlanda! ¿Cómo se ha formado la fortuna de la aristocracia española?—Por usurpaciones sucesivas sobre los íberos, los moros, los judios,... que sé yo!—¿Cómo se han formado en Francia las grandes fortunas?—Antes de la Revolucion, por el despojo de los galos en beneficio de los romanos y de los romanos en beneficio de los francos; despues de la Revolucion, por la confiscacion de los bienes de los emigrados y el desenvolvimiento de una industria que no engrandece á unos pocos sin aplastar implacablemente al mayor número... Oh! V. esplicaba muy bien esas cosas!—Aquí mismo, escarbemos un poco, decia V., y encontraremos la conquista de lo que pertenecia al indíjena, el contrabando colonial, el desórden de las revoluciones, el favoritismo de la tiranía, las proveduria leoninas de los gobiernos liberales, las grandes operaciones bursátiles que enriquecen á unos, arruinan á otros, y debieran deshonrar á todos... Yo soy de su misma opinion, Dr. Nugués. La sociedad no investiga el orijen de la fortuna. Fiscaliza únicamente su empleo. —El que la sabe emplear, ese es el hombre! Sí! Doctor; nosotros necesitamos dinero, mucho dinero, porque hemos de saber emplearlo!

Y Rodolfo se detuvo nuevamente delante del doctor Nugués, mirándolo fijamente, como si quisiera penetrar hasta el interior de su alma.—Despues de un momento, se sentó á su lado, y casi en su oido pronunció con voz sorda estas palabras:

—V. puede salvar la situacion. Este viaje á *Las Alamedas* es oportuno para nosotros dos.

El Dr. Nugués despidió una última bocanada de humo, tiró su cigarro, y apoyando los codos en las rodillas, contestó con aparente flema, blanco como el pañuelo que comenzó á estrujar entre sus manos:

—Comprendo! Tú quieres que le administre á tu sobrina un poco de veneno, un remedio á destiempo....No está mal pensado!—Una lijera equivocacion de drogas la llevaria al sepulcro, y que averiguase Satanás la causa!—¿Mas de que manera has creido tú que yo puedo servirte de instrumento?—yo no soy en ningun caso el heredero de los Valdenegros.

—V. tendrá la mitad de la herencia, se apresuró á decir Rodolfo con feroz aturdimiento.

—Buena comision! replicó el Dr. Nugués; pero ¿quién puede fiar en la palabra de un bandido como tú?

Rodolfo, reprimiendo un movimiento de cólera, reflecciónó un instante.

—Bah! dijo despues;—yo firmaré el documento que V. quiera.

—Escribe entónces!

Y el Dr. Nugués, poniéndose de pié, le señaló á Rodolfo un sillon que estaba delante del escritorio.—Rodolfo se sentó en él;—hubiérase dicho, al verlo, que iba á redactar el boleto de una operacion de bolsa, muy importante, pero lícita.- Púsose á su lado el Dr. Nugués, algo atrás, siempre de pié.

—Puede dictar, dijo Rodolfo, despues de ensayar la pluma, y cerciorarse de que correria bien sobre el papel.

El doctor Nugués dictó:

«Me comprometo á entregar al Dr. Dn. Claudio Nugués la mitad de la herencia que pueda corresponderme, directa ó indirectamente, por muerte de mis tios don Francisco Valdenegros y Misia Emilia Fernandez, siempre que dicho facultativo...»

—Me parece que esta cláusula no es del todo necesaria, esclamó Rodolfo, interrumpiendo su escritura.

– Escribe, escribe, dijo imperiosamente el Dr. Nugués.

Rodolfo se encojió de hombros y siguió escribiendo.

«Siempre que dicho facultativo haga terminar por la muerte la convalescencia en que se encuentra Marta Valdenegros, actual heredera de mis dichos tios».

—Oh! ahora comprendo. Así queda la cosa en regla. Claro está que si Marta llega á morir en otra época, por otras causas, ya no tendré que regalarle á V. la mitad de la herencia!

Y Rodolfo chapurraba estas palabras con una risa canalla.

—La fecha ahora, dijo el Dr. Nugués.

Y Rodolfo escribió la fecha con rigorosa nitidez.

—¡La firma!

Y Rodolfo puso su firma con elegante desembarazo.—Tomó luego una hoja de papel secante y la aplicó prolijamente al documento que acababa de suscribir.

Estando en esa operacion, sintió una mano nerviosa que arrebataba el documento, y tuvo apenas tiempo de ponerse de pié, sorprendido y confuso, mientras el Dr. Nugués hacia pedazos aquel papel infame y se lo arrojaba al rostro, pronunciando con tranquilidad imperiosa estas palabras:

—Sal. Me has humillado durante una hora; pero te agradezco que me hayas proporcionado la ocasion de sondear, hasta sus últimos pliegues, el alma de un malvado. Véte!

En ese momento, asomaba Giacomo, el portero, con un estuche que acababan de traer para su patron.—Rodolfo soltó una estrepitosa carcajada, cogió precipitadamente su sombrero, y, deteniéndose un momento en la puerta de salida gritó con voz nerviosa:

—Doctor, todo su talento y toda su esperiencia no lo libran de ser *fumado* como un niño!

—¿*Questo giovane é pazzo*? preguntó Giacomo, pues á título de sirviente algo antiguo se permitia algunas familiaridades.

—Para ese hombre, respondió con mal humor el Dr. Nugués, nunca estaré en casa.

Giacomo hizo un signo de asentimiento, y, á espaldas de su patron, dirijió una mirada de curiosidad intensa á los fragmentos menudos de papel que estaban esparcidos en la alfombra.

Este incidente dió lugar á largas y graves meditaciones del Dr.

Nugués.—Examinando su situacion y la de las personas que se veian envueltas sin saberlo, en aquel drama siniestro, juzgó que lo mejor era no desistir de su viaje como médico de Marta Valdenegros, y callar absolutamente lo ocurrido.—Hizo muchas reflecciones mentales sobre la perversidad que á veces reviste la naturaleza humana desde la primera edad; pero no se le ocurrió reflexionar que bien podian las monstruosas proposiciones de Rodolfo haber sido un tanto estimuladas por el Dr. Nugués, con sus vanos alardes de una moral liviana, que, en el fondo, no era la de su corazon!

(*Continuará*).

# LOS VOLATINES

ASI les deciamos cuando éramos muchachos todos los que hemos llegado ya à los treinta, dejando tras de nosotros dos generaciones que no juegan, ni van al Circo, ni se divierten como nos divertiamos los de aquel buen tiempo de la cometa y de los napoleones de à cobre, única golosina con que nos regalàbamos los domingos cuando saliamos al campo, allà léjos, donde està ahora el Hospital Italiano, que era entónces un potrero que se prolongaba hasta el Cementerio, cruzado de sendas estrechas y lleno de barrancos por cuyas laderas nos dejàbamos rodar hasta el fondo.

Què alegria cuando se anunciaba una compañia de volatines! Instalaban su toldo en el hueco que hoy ocupa ese inmenso edificio de cuatro pisos al lado del *Almacen de la Sirena*, ò en la esquina donde se levanta el palacete de Don Càrlos Castro, y se llenaban las dèbiles graderias de espectadores, entre los que nos llamàbamos todos los compañeros de colegio con un silbido especial, toque de reunion que nos servia para no perdernos en los entreveros de la muchedumbre.

Pobres volatines aquellos! No conocian el triple trapecio, ni la zampillaerostàcion, ni el Salto del Niágara, ni el doble salto mortal, ni ninguna de esas maravillas que el arrojo y la habilidad han alcanzado à realizar en estos tiempos. Entónces todo era primitivo, infantil, algo que hoy seria sencillamente grotesco. Los Domingos, por la mañana, salia el payaso todo pintarrajeado y vestido de mogiganga, y recorria las calles montado à caballo, anunciando à gritos la funcion de la tarde, haciendo muecas y contorsiones ridiculas, montàndose con la cara vuelta hàcia el anca del pobre caballo, sentàndose à mujeriegas, y haciendo todo gènero de *gracias* que festejaba ruidosamente la cohorte de chicuelos que lo seguia con la boca abierta, y se iban tras de èl cuadras y, cuadras, aumentando el sèquito à cada paso con los refuerzos que salian de cada conventillo, advertidos por algunos de esos pilluelos que en el esceso de su alegria quieren que todos participen de ella, y corrian adelante anunciando à gritos de puerta en puerta: el payaso! el payaso!

Aquellos eran payasos legitimos posesionados de su papel gracioso, sin màs habilidad que la de darse de narices contra el palo que sostenia el toldo, no como los *clowns* de ahora que son mùsicos y equilibristas. Aquellos eran de otro gènero: cuando la bailarina subia à caminar sobre la cuerda tirante, el payaso remedaba sus vacilaciones en el suelo, haciendo como que llevaba en la mano el balancin, y à lo mejor, se dejaba caer cuan largo era, y se levantaba dando grandes alaridos y llevando la mano à la parte que fingia lastimada.

La funcion empezaba siempre con una sèrie de saltos y volteretas en que tomaba parte toda la compañia. Desde el callejon que conduce al interior, tomaban envion los gimnastas, pisaban en el trampolin, y hacian su pirueta uno tras otro, hasta que llegaba el turno al payaso, que empezaba por medir las distancias, se escupia en las manos como para no resbalar, arrancaba en falso dos ò tres veces, y por ùltimo tomaba la carrera, llegaba al trampolin...... y se sentaba alli comodamente, haciendo cuartas de narices al respetable pùblico, que festejaba la travesura con grandes risotadas. El programa se reducia à ejercicios sencillos en el trapecio; la *percha escosesa*, que consistia en sostener un palo largo en el estòmago, miéntras hacia pruebas en la punta un muchacho; juegos malabares con los piès, haciendo saltar pelotas y girar una tranca llena de cintas y cascabeles; otros subian por un plano inclinado caminando sobre un globo de madera, y à la terminacion de cada ejercicio, el volatin sonreia al pùblico y le tiraba besos, demostracion que era correspondida con una salva de aplausos que se prolongaba hasta que volvia à salir el artista y hacia un nuevo saludo dando volteretas y saltos.

El primer circo con caballos de que hago memoria fuè el de *Spalding and Rodgers*, allà por el año 61 ó 62 si mal no recuerdo. Se instalò el toldo en el àngulo de la plaza Independencia frente à la Loteria: era una gran carpa, la màs grande que habiamos visto hasta entònces, coronada la punta del cono con una asta en que flameaba un gallardete, en cuyo campo rojo se destacaba en letras blancas el nombre de los directores.

Mister Rodgers era el que dirijia el espectàculo, con su gran leviton, sus botas de charol y un largo làtigo que hacia chasquear à cada momento para activar ese galope pesado de los caballos de circo, que van al compas de la mùsica, sofrenados por las riendas atadas à la plataforma sobre que hace sus piruetas la pruebista. La reina del circo era *Miss Kate*, una muchachona norte-americana bastante bien parecida, que traia al retortero à màs de cuatro, deslumbrados todos los *pollos* de la època por aquellas vaporosas polleras de tul moteado de oro, que volaba al compas de los saltos que daba la pruebista, atravesando arcos forrados de papel.

Allì era el aplaudir de todos, esforzàndose cada cual por hacer màs ruidosa su manifestacion, deseosos de atraerse una mirada reconocida de aquella beldad acrobàtica que andaba por los aires mostrando lo que Dios le habia dado, con gran escàndalo de los viejos, que escandalizados y todo, seguian, sin perder una, todas sus piruetas, y la aplaudian tambien de buena fè.

*Hiram* era un caballo blanco, con una mancha negra en el anca, y fuè el primer caballo pruebista que vimos en Montevideo. Bailaba un waltz dando vueltas al compas de la mùsica, subia una escalera, y tiraba un tiro. El payaso disputaba con el director sobre las habilidades del animal, apostaba à que èl le haria hacer las mismas pruebas, y cuando se acercaba al caballo, èste lo atropellaba mostràndole los dientes y arrugando las orejas, hasta que el payaso, amenazado de cerca, se metia entre el pùblico haciendo toda clase de aspavientos, con gran contento de los muchachos à quienes tocaba en suerte quedar junto à aquel para ellos fantàstico personaje.

El payaso! Para el muchacho no hay gloria como la de ser su amigo, conversar con èl, interiorizarse en los secretos de sus pinturas y sus mamarrachos. Para un chicuelo, entrar en la relacion de los pruebistas es como para un jòven entrar entre bastidores, hablando de cerca à las heroinas del tablado, prestigiadas à sus ojos con las regias coronas de carton dorado y los mantos orlados de piel de gato semejando armiño.

En su casa el muchacho se tizna la cara como el payaso, reproduce sus saltos y volteretas, y hasta se da de golpes por imitar à aquel tipo estrafalario. Todos los de mi camada eramos amigos del payaso de *Spalding and Rodvers*. El nos contaba todas las interioridades del circo, nos anunciaba las novedades que iban à exhibir, y nos detallaba la vida intima de cada artista, escuchàndolos todos nosotros con tamaños ojos abiertos como para no perder ni un gesto de su relacion.

Y despues ¡què importancia nos dàbamos con los compañeros à quienes repetiamos lo que habiamos oido! Còmo contaba cada uno un detalle, y rectificaba el otro, y disputàbamos todos sobre si era èste ò aquel el que iba à saltar por un arco de fuego!

El *Wildfire* era otro de los caballos del circo: un potro negro y lustroso como el azabache, de crines y cola ondeadas, altivo y fogoso, que recorria à escape el redondel, en pelo, haciendo pruebas sobre su anca redonda un jòven esbelto. Despues, Mr. Rodgers le sacaba el freno, y el *Wildfire*, completamente desnudo, pasaba como un turbion dando vuelta por la orilla de la arena, volando las crines, la cola tendida, sentado el ginete sobre al cuarto trasero, con los brazos cruzados, como clavado alli por la fuerza centrituga, que obligaba al mismo caballo à correr completamente inclinado hàcia el centro, en medio de los *¡heihl heih! gol quick!* y los chasquidos continuados del làtigo con que el director lo animaba, seguido del payaso y de los mozos de cuadra ves-

tidos de librea roja, dando todos vueltas al rededor del màstil del circo, en tanto que la mùsica tocaba una galopa violenta, infernal, vertijinosa como la misma carrera del *Wildfire*, que sudoroso y con las narices abiertas, seguia disparando, echado casi contra el suelo, haciendo saltar con las patas el aserrin del piso, cada vez màs fogososo y lijero, perseguido por los fustazos del director, y las voces del ginete y del pùblico, que entusiasmado gritaba tambien: *heihl heihl quick! go! go!*

Despues la mùsica se apagaba poco à poco, el caballo refrenaba la carrera, y el ginete, falto ya del apoyo que la velocidad le prestaba, se dejaba caer al suelo en medio de los aplausos y de los bravos que lo saludaban, y que èl recibia con la cara sonriente, y el pecho palpitando con violencia bajo la malla de seda encarnada que lo cubria, mientras el *Wildfire*, libre ya de su carga, salia retozando por el callejon en reclamo de su pesebre.

Què lejos me parece todo eso! Descubro esos recuerdos en mi memoria con esa vaguedad con que se divisa à la distancia un paisaje, sin poder determinar los detalles, pero sobresaliendo los puntos culminantes: el *Hiram*, Miss Kate, el *Wildfire*, como sobresalen en el hacinamiento de casas de un pueblo los campanarios y los miradores.

Chiarini es de ayer, como quien dice. Yo ya no era muchacho cuando vino por primera vez con su gran circo que instalò en la esquina que hoy ocupa la casa de don Càrlos Castro. Traia muchos caballos y muchos pruebistas, pero no tenia payasos. Sus graciosos eran *clowns*, estos payasos modernos que hacen pruebas y no se dan porrazos como aquellos de mi tiempo. La especialidad que traia era el enano Torres, un mònstruo deforme, de cabeza enorme y piernas de à cuarta, con cara de indio, barrigon y cambado, que especulaba con su deformidad, exhibièndose con trajes grotescos y recitando canciones disparatadas, cuyos estribillos llegaron à ser refranes populares, tal fuè la voga que alcanzaron.

En aquel circo, los que se arrastraban toda la simpatìa de los muchachos eran un negrillo y una negrilla, equitadores àmbos y muy arrojados en sus suertes. El negro hacia el *Postillon Ruso*, con cuatro petizos de Cerdeña, manejàndolos todos à la vez. Ora se paraba en el anca de uno, y ponia à los otros tres en fila por delante; ora se paraba sobre dos de los petizos, y guiaba à los otros dos; ora ponia los cuatro parejos, y abrièndose de piernas, apoyaba los piès en el anca de los de àmbos estrèmos, y todo esto al galope, al sòn de la mùsica, aflojando alternativamente una pierna ù otra para seguir el descompasado andar de los petizos.

Despues de Chiarini vinieron los Buislay, que trabajaban en el teatro y hacian el *Salto del Niàgara*, atravesando toda la sala colgados de un trapecio; y despues de los Buislay, los Japoneses, con sus prolijos equilibrios y sus pacientes habilidades, llenas de mèrito, pero aburridas, deslucidas, inapreciables para los muchachos que son los que dan vida y animacion à esas diversiones.

Todo esto, y mucho màs que podria recordar, me lo trajo à la memoria una reciente visita que hice al *Politeama*, donde vì reproducidos el entusiasmo y la algarabia en que yo habia sido actor cuando apenas tenia un tercio de los que ya por mi desgracia cuento. Allì vì à los chicuelos siguiendo embobados los arriesgados volteos de los Nelson, enseñoreados del aire como los pàjaros, volando de un trapecio al otro y haciendo prodigios de fuerza y destreza, allà, à veinte metros sobre el suelo, suspendidos sobre el abismo, arriesgando à cada instante la vida, despreciando el vèrtigo, y sonriendo desde allà à sus inocentes admiradores, que à cada habilidad palmoteaban entusiasmados, mièntras los gimnastas, sentados con descuido en las dèbiles varillas del trapecio, descansaban del esfuerzo, la boca entreabierta, jadeante el pecho, temblorosos los brazos, enjugàndose el sudor que los bañaba, para en seguida lanzarse à un nuevo ejercicio, màs arriesgado y violento que el anterior, verdaderos prodigios de fuerza, de seguridad, de vista y de arrojo que pasman y suspenden à todos.

Vì tambien à los mùsicos, esos mùsicos especiales de circo, que se saben de memoria las piezas, y que familiarizados ya con el espectàculo, ni siquiera miran à lo que pasa, ocupados en soplar sus instrumentos de cobre, chillones, destemplados, que acompañan con notas sueltas el canto del clarinete y del piston. De repente, en medio de una de esas suertes prodigiosas que tienen suspenso al pùblico, los instrumentos se apagan poco à poco, el clarinete enmudece, el piston se debilita, y solo el trombon sigue marcando el compàs con sus notas graves, mièntras el director de orquesta, alarmado con la distraccion de sus mùsicos que miran embobados al trapecio, agita la batuta con furia, grita, patea y se desespera al ver comprometida su habilidad profesional, firmemente persuadido de que el respetable pùblico està muy preocupado de la mùsica, siendo asì que nadie oye ni siente nada, fija la vista en los audaces acròbatas suspendidos sobre el vacio sin màs apoyo que la punta de un piè.

En esos ejercicios son sorprendentes los Podestà, dos jòvenes hijos del paìs, formados por sì solos, y que llevados de la emulacion, ejecutan todos los ejercicios que han visto hacer à los màs afamados artistas. Todas las habilidades de los Buislay, los Lees, los Amato, Victor y Niblo, y de todos los reyes del aire que nos han visitado, las ejecutan los Podestà con pasmosa destreza, en el trapecio, en la barra fija, en el suelo, rivalizando con los mejores en fuerza y en agilidad, reuniendo ellos, solos lo que era una especialidad en cada uno de los otros, hermanando el vigor y la gracia, sonrientes en medio de los mayores esfuerzos, bien plantados àmbos, esbeltos, el pecho saltado, nervudos los brazos, los jarretes finos, y todas los formas modeladas con perfiles de estàtuas.

Todos los muchachos los conocen, son sus amigos, sus camaradas, y aprenden con ellos à pararse con las manos y à dar saltos mortales, juegos en que se ejercitan en los sitios vacìos, donde reunidos en grupos de veinte y treinta, hacen sus pruebas, dando tumbos en la arena, tratando de imitar lo que han visto en el circo.—No son necesarios los anuncios para saber cuando hay entre nosotros una compañia acrobàtica. Basta recorrer los barrios apartados y allì se verà à todos los muchachos ejercitàndose en juegos gimnàsticos. Este que se para de manos sujetàndose con los piès en la pared; el otro dando saltos mortales, aquel caminando sobre los rieles del tren equilibràndose con los brazos abiertos, y todos cantando ò silbando la cancion del payaso: *No si purrià, No me caso*, ò *La basura*, que es la màs en voga, y cuyo estribillo repiten todos, cantando con ademanes traviesos y rafados:—

La basura que se barre,
No deja de ser basura,
Y aunque à los aires se suba,
Basura queda en el aire.

moraleja que va aplicada à los pollos pretenciosos y à las viejas coquetas, con esa malicia popular siempre dispuesta à la burla y à la sàtira contra todas las ridiculeces sociales.

Pero el gran prodigio del Politeama, el ser ideal para los muchachos, es Rosita Nelson, *la chispa elèctrica*, como la apellidan, un prodigio de agilidad y gracia, rival de la cèlebre Leona Dare, que ejecuta los màs sorprendentes ejercicios con pasmosa habilidad. Ahì es el seguirla todos en sus vestiginosos vuelos, con el pecho oprimido, acompañàndola con movimientos nerviosos, llenos todos de ansiedad, el circo mudo, la orquesta sorda, y todas las miradas fijas en aquella altura en que voltea la arrojada gimnasta, sonriendo en medio del peligro, hasta que, concluida la suerte, el pùblico traduce su entusiasmo en ruidosos aplausos y en frenèticos hurras que hacen oscilar las luces y temblar las planchas del tinglado en que rebota el clamoreo de qninientas voces que victorean à la reina del aire.

Muere aquel primer estrèpito de aplausos, y renace nuevamente iniciado por los chicuelos que encuentran placer en palmotear con sus manecitas sonrosadas, riendo de entusiasmo con sus caritas animadas por la alegrìa, sin darse cuenta del riesgo que corre su heroina.

Feliz edad esa en que la suprema felicidad es ir à ver à los volatines, siguiendo con absorta curiosidad todas sus volteretas: las vueltas del trapecio, los molinetes de la barra, los desgoznamientos del hombre de goma que se pone los piès en la cabeza, ò enarcàndose de espaldas toma con la boca un vaso colocado entre los piès, el pecho hundido, saltadas las puntas de las costillas, tirantes como cuerdas las venas del cuello, des-

garbado en todo sus movimientos y la sonrisa triste, como si el esfuerzo le quitase todo aliciente de agradar.

Pobres volatines! Ahora que puedo darme cuenta de las penurias de su vida, que arriesgan á cada instante para apenas ganar con qué sustentarla, yo los recuerdo con cariño, agradeciéndoles las horas felices que les debo en aquel tiempo de los payasos que ya pasò para mì y para todos los que conmigo compartian aquellas inocentes alegrias que se fueron, y que, como las golondrinas de Becquer, no volveràn!

SANSON CARRASCO.

# CROMOS MONTEVIDEANOS

DE 5 Á 6 POST MERIDIANO

Estamos en el promedio de la calle Sarandí. Los tranvias van atestados de pasageros, los carruages circulàn con más actividad de la acostumbrada y por las veredas empiezan á entrecruzarse numerosos los paseantes: solo se oye el *tlin-tlin* imperativo de las campanillas de los wagones, el toque destemplado de las cornetas, el chasquido silbante de los látigos y el ruido sordo que producen las ruedas en los rieles ó los adoquines mezclado al trote sonoro y seco de los caballos.

Es la hora del paseo. Los trenes se llevan su carga diaria de burócratas á quienes espera la mesa, y las personas que van á pié se dirijen casi todas hácia la gran avenida en cuyo fondo se destaca sobre el cielo limpio, como una enorme vela con el pábilo carbonizado y extinto, la estátua de la Libertad.

En la plaza que aún conserva casas antiquísimas de aspecto colonial, desde cuyos estrechos balcones contemplaron sin duda nuestros abuelos la jura solemne de nuestra Constitucion, á esa hora en que el sol baña con rayos oblícuos las pardas columnas del Cabildo, haciendo lucir con brillo anémico, casi diré cretino, las letras de lata dorada que le han pegado en el frente para recordar dos fechas y que reside allí la Representacion Nacional, empiezan á concurrir por todas las calles que á ella convergen mugeres jóvenes casi todas y casi todas tambien hermosas y elegantes, que prosiguen por la de Sarandí, atraviesan la plaza de Independencia y continúan hasta la que en su centro lleva, como ornamento quizá, la estátua de que hace un momento hablaba, cuya columna de mármol blanco manchada de verde sobre la cual se destaca la negruzca figura simbólica, no sé porqué se me ocurre parece una enorme vela chorreada por continuas ráfagas de viento, que al fin la hubiesen apagado.

La Plaza Constitucion queda á esa hora casi sola, pues únicamente se ve en ella un centenar de criaturas, con delantales blancos y medias rojas casi todas, que corren sobre la arena ó cantan en rueda dadas de la mano.

Las niñeras muy graves y acicaladas les vigilan desde los bancos, sin perjuicio de pelar la pava con algun presunto primo, ó echar un párrafo con alguna colega amiga contándose la vida y milagros de los señores de sus respectivas casas.

En la de Independencia, á la sombra escuálida de la alameda de los pinos, que á esa hora tienen á veces alegrias de cementerio, se sientan los *dragones*, como se les llama hoy, ó los *dandyes* como les decíamos ayer, y aún los que no tienen pretensiones de serlo.

El sitio es ameno: los pinos son por autonomásia árboles fúnebres, pero son árboles al fin; la vista tiene donde esplayarse á sus anchas y examinar, allá las columnas esbeltas del átrio de *Solis* ó su violado techo de pizarras; más hácia aquí, la plomiza y chata arqueria de la Pasiva; despues el intercolumnio de la Casa de Gobierno, donde brillan al sol sables y bayonetas bruñidas y se ven pasar los uniformes rojos y azules de los soldados, y, por fin, si se encuentra chica la superficie enarenada de la plaza, arriba está el cielo inmensamente monótono con su eterno azul, es verdad, pero inmensamente bello.

El que llega temprano y se sienta en un banco tiene pues, en qué matar el tiempo, si es que está solo; más tarde tendrá demasiadas cosas que admirar, siempre que no haya alcanzado ya el aludido á esa edad en que no se sale sino á tomar el solsito y en la que producen igual tristeza, nostalgia de la juventud y de la vida, la vista de los cipreces como la de unos ojos bellos.

.....Ya empiezan á llegar; ahora me toca describirlas y confieso que no me siento con fuerzas para ello y que noto no hay colores en la mal provista paleta de mi estilo para esbozar siquiera los contornos de esas mujeres que van á pasar ante mis ojos, no como aquellas atenienses que desfilaron ante la vista de Apeles, mas si cual alhajas de la estética humana, encerradas en sus estuches de razos, terciopelos y brocados.

Y ahí está el quid: El estuche, el traje es lo que más me incomoda. ¡Que sé yo cómo se llaman esas prendas del traje tan variadas en sus formas, que dán á la mujer el brillo y la elegancia inimitable de las aves más hermosas!

Más allí veo venir una pareja que ensayaré describir, pues sus vestidos á la elegancia esquisita reunen la sencillez.

El traje, justo al cuerpo, es de color *unido*, como creo dicen las mujeres cometiendo un galicismo, pecado que de buena gana les perdono, pues ellos andan dados del brazo por mi prosa,... continúo: el traje, decia, es azul, pero de un azul indefinible como el del cielo en las tardes hermosas, y los sombreros de castor y de anchas alas son de idéntica color á la tela del traje.

A sus facciones distinguidas y sus mejillas sonrosadas le va admirablemente ese color azul que no sé cómo definir.

No soy modisto, pero sé me antoja que trajes más elegantes no he visto alguno. Sus dueñas son dignas de llevarlos, pues cuerpos y andar como los suyos se vén pocos.

¡Cuánto me gusta esta sencillez moderna! Cuando me acuerdo de las modas de antaño, me quedo sorprendido de cómo las mujeres que en general tienen tan delicado gusto estético, podian someterse por que la moda, esa diosa casquivana y sin templo á quien todas rinden culto, así lo queria, á cargar sobre una cónica, descomunal, pollera un diluvio de volados y farfalaes que solo una construccion de alambre podia sostener, la cual les daba el aspecto de olas encrespadas al romper en la playa, más aún, casi estoy por decir que parecian una explosion de trapo!

Viene allá otra pareja que tambien me encanta; eso tambien es elegante: hay arte, como dice un amigo mio que tiene como yo la debilidad ó el buen gusto, como se quiera, de admirar la belleza de las mujeres, ante todo, y un poco tambien la de sus trajes.

Tienen los de las jóvenes de que hablo un sabor marcial que es precioso.

¿Cómo se llama la parte del traje que viste el busto? —No lo sé; diré que la de los que intento describir es ajustada al talle, que tiene una forma análoga á la del levita, que son de un color azul oscuro y adornados con alamares de seda de tinte algo más claro é igual al de la parte inferior del vestido;—los sombreros son de terciopelo negro, de alas anchas y llevan en la parte de adelante un ave blanca que mis conocimientos ornitológicos no han podido clasificar.

He ahí todo: van monísimas; la más pequeña de las dos, verdad es que me gustaria más vestida de raso rojo con alamares negros y envuelta en una mantilla blanca, pues, ni aún en Cádiz ó Sevilla, puede verse una andaluza más graciosa y de ojos más chispeantes, pero como eso no se estila tengo que convenir en que no hay traje que le vaya mejor que el que lleva.

Mas dejo de describir trajes, pues mi intento es vano, y me ocuparé de sus dueñas, indicando apenas el color de aquellos.

Allí veo pasar una morocha vestida de luto, de ojos más negros que su traje y más dinamóforos, como dice *Imb-Chaldun*, que una copa de *Oporto* ó de *Madeira*.

Es una niña; tiene el cabello más negro y ondeado que el de la *Maria* de Isaacs, su cuerpo no tiene la esbeltez de un álamo de la

Carolina, pero es delicadamente pequeño y artisticamente proporcionado como el de una estatuita de bronce florentino.

Mas ya pasa y aquí, despues de la morena, viene haciendo contraste una rubia sonrosada cual si fueran sus mejillas:

*«Un compuesto de leche y de granadas.»*

Lleva un tapado azul, y, ya que me he puesto á citar á Campoamor, diré con el poeta que es la jóven de que hablo:

*«Airosa aun cubierta con un manto»*

Cosa que no hago gran hazaña en afirmar lo mismo que caras como la suya no se ven muy á menudo.

Mas ¿por qué no he de hablar de los que miran si hablo de las que pasan?

Verdad que no me tientan mucho esos señores, ni sé qué diria acerca de sus gabanes verdes, sombreros verdes, pantalones verdes, y etc. etc. verdes, sino que cuando acierto á ver pasar á alguno de ellos por frente de mi banco, me parece que uno de los pinos de la plaza ha desertado su eterna cantinela echándose á seguir enamorado á alguna dama; pero como eso tiene sus ribetes de balada alemana, prefiero callarme y admirar los ojos más hermosos que conozco, ojos que tiñen con luz andaluza todo lo que miran y de los cuales razon tuvo el poeta en decir al hablar de ella:

¡El brillante que espléndido rutila
No es más fúlgido, no, que tu pupila!»

El traje de la dueña de tan hermosos ojos es de terciopelo y razo verde oscurísimos.

Qué ojos! qué andar! qué gracia!

Mas si es hermosa esa mujer semita tiene tambien su belleza la que allí va, que es de perfil correcto, delicado, de ojos azules transparentes y de cabello rubio.

Parece corre sangre sajona por las venas azuladas que sombrean su blanca tez, y el tapado y gorro de pieles que lleva le dán el aspecto de una heroina de las leyendas del Norte.

Y pasan mujeres hermosas de á dos, de á tres, y la vista no tiene tiempo para admirar y comparar entre sí tantas bellezas, hijas de todas las razas: italianas de cabellos castaños y tez ora morena ó sonrosada, francesas de cabellos rúbios y elegancia suprema, españolas de ojos más luminosos que el tan cantado Sol de la florida Iberia, todas, en fin, las de orijen latino ó sajon, todas las que funden con divinos contrastes la hermosura de las razas más bellas y que forman el selecto tipo de nuestras mujeres.

¿Cuál es más bonita? Nadie puede decirlo; pues lo que constituye la belleza de esta es precisamente el contraste de lo que forma la de aquella, pues si la una tiene celestes los ojos y rúbio el cabello la otra es de ojos y cabellos oscurísimos.

El sol declina rápidamente en el ocaso, los cirrus que momentos antes se destacaban como girones de gasa blanca sobre el azul del cielo se van poniendo sonrosados, toman despues tintes metálicos llegando al fin á parecer hierro en fusion. Las sombras se hacen cada vez más oblícuas y solo permanecen iluminadas las cornizas de las casas.

Los paseantes empiezan á volver hácia el centro, la aglomeracion llega á su auge.

Los faroleros con sus largas cañas van prendiendo el gas y cuando llegan las seis la calle 18 de Julio ostenta á uno y otro lado su doble hilera de luces que brillan con poca intensidad entre el crepúsculo: al fondo se destaca indecisa la columna de la estátua, mas verde que ántes y semejante al monstruoso candil:

*«De una raza extinguida de gigantes!»*

La calle de Sarandí vuelve á verse concurrida por los que ántes pasaron por ella, los cuales al llegar á la Plaza Constitucion se distribuyen quien por Cámaras, quien por Ituzaingó, quien por Sarandí ó Rincon.

La Matriz yace en la sombra; solo uno que otro azulejo de sus torres reflejan algun mortecino rayo de luz; el reloj con los minuteros opuestos, sirviendo de diámetro á la esfera de cristal, tras de la cual titilan las luces como estrellas que se vieran en un cielo nebuloso, dá seis acompasados campanazos.

Por una hora al ménos todo va quedar desierto: el *yo* estomacal habla muy alto y es preciso acceder á sus exigencias tan imperiosas cuan justificadas.

**WART.**

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 1°

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 1 A R | A toma D |
| A 3 A R (mate). | |
| *Variante* | |
| D 1 A R | R 5 R |
| C toma P (mate) | |
| *Otra variante* | |
| D 1 A R | A 5 R |
| D toma P (mate) | |
| *Otra variante* | |
| D 1 A R | R 3 A R |
| D toma A (mate) | |

La solucion de este problema nos ha sido enviada por El Duende, Eduardin, Ed. Loed, Rocambole y Rocambolito. La que remitiò Alpha no es exacta.

### CHARADAS

1ª *Carabobo*—2ª *Arcano*—3ª *Literatura*

La solucion de la primera, nos fuè enviada por la Sociedad de los Maximines Kapiangas ùnicamente;—la que enviò Alpha no es exacta.

La de la segunda: por Una Floridense y Un aspirante à Colector.—Tambien aquí està equivocado Alpha.

De la tercera: por Una Floridense, Carralon de la Calle, El Almirante Suizo, Brigadier Maximin, Maximines Kapiangas, Un aspirante à Colector y Alpha.

### FUGA DE VOCALES

Ven muerte tan escondida
Que no te sienta venir
Porque el placer de morir
No me vuelva à dar la vida.

La solucion nos fuè enviada por los mismos que remitieron la de la tercera charada, màs Rocambole y Rocambolito y No te muevas.

### FUGA DE CONSONANTES

La solucion la encontrarà quien descifre el salto de caballo que en el nùmero de hoy publicamos.—La ùnica solucion exacta que recibimos de esta fuga nos fuè remitida por la Sociedad de los Maximines.—La que enviò Un aspirante à Colector tiene una sola palabra equivocada—y dos la que remitiò Alpha.

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Pobre flor dònde naciste
Desgraciada fuè tu suerte
Al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte.

Nos enviaron la solucion los mismos que remitieron la de la fuga de vocales, con escepcion de El almirante Suizo y No te muevas.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*Auspicio—Presagio—Arpegios*

La primera fuè resuelta por Alpha solamente quien de este modo ha recuperado en algo su crèdito comprometido por las soluciones equivocadas de otros juegos.

La segunda y tercera las descifraron Una Floridense, Alpha y los Maximines.

### GEROGLÍFICO

*Los duelos con pan son ménos*

Fuè resuelto por Rocambole y Rocambolito, El Almirante Suizo, Los Maximines y el Aspirante à Colector.

Aunque en obsequio al espacio, hemos resuelto no hacer conocer las soluciones equivocadas, hacemos una escepcion en este caso para decir

que un Bicherry nos ha remitido la siguiente solucion: «Los duelos con panza son ménos» y Brigadier Maximin esta otra: «Los duelos con un padrino ménos».

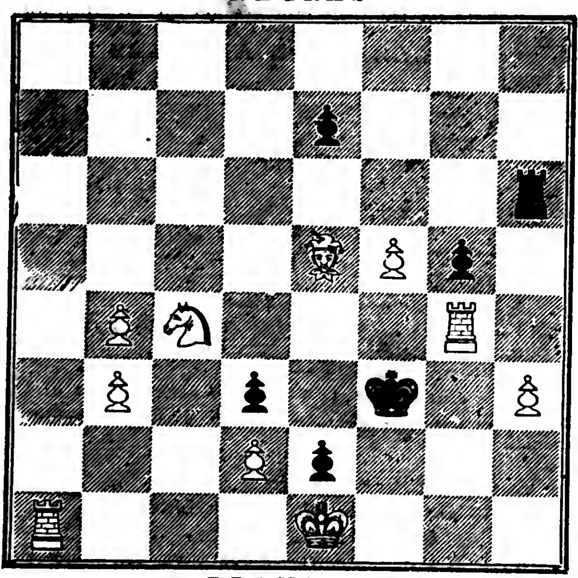
Y ya que de geroglíficos nos ocupamos, hacemos saber que en ellos son generalmente permitidas las faltas de ortografia.

—

Las soluciones de los juegos que hoy publicamos irán en el número próximo.

**Problema de Ajedrez por Ignotus**

NEGRAS



BLANCAS

**Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.**

## CHARADAS

En las orillas de *prima* y *tercia*
Alzase ufana grande ciudad,
Mas sus delicias y sus encantos
Yo no los cambio por los de acá.
Cayó del cielo *segunda* y *tercia*
Allá en los tiempos lejanos ya,
Que de una muerte casi segura
A todo un pueblo vino á salvar.
En un instante mi *todo* pasa
Si se respira felicidad;
Mas ese instante parece un siglo
Si el alma anida triste pesar.

OTRA

Una vocal la primera;
La tercera es negacion;
La segunda con la cuarta
De los griegos era un diós;
Y de las diosas terrestres
Es el todo en el salon,
En el teatro y en la calle,
Lujo, solaz, distraccion.

### FUGA DE VOCALES

P.s.nd.—p.r—.n—p..bl—.n—m.r.g.t.
Ll.v.b.—tr.s—d.l—m.l.—.t.d.—.n—g.t.
.l—q..—.n—ch.c.—m.str.nd.—d.s.m.l.
.s..—l.—c.l.—p.r—d.tr.s—d.l—m.l.

### FUGA DE CONSONANTES

.e.i.o—e.—.a.o—a.—.a.e.e.—.e..i..e
.e.o.e—.a—.u.o—u.—a.a.a.o—.o..i..e;
.e.i.o.—e..o..e.—e.—.e..i..e—.a..o
.i.ò—u.a—.o.—y—.e..i.ò—a.—.u..a..o

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y UNA NO

E.—e.—m.n.o—.—m.—v.r—.n.—c.d.n.
D.—r.d.n.o—.a—.o.a
.l—.a.—q.e—.a.e.o.—e.—c.b.z.—a.e.a
.e.u.d.—e.—n.e.t.o—.a.—p.r—.a.a.b.l.

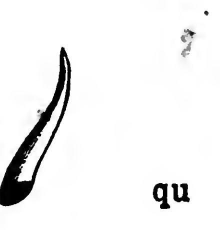
### PALABRAS DESCOMPUESTAS

ALTERIO -TEUCORNA—SIPLATE—ROCCANBUL.

## SALTO DE CABALLO N.° 1.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| pre | va | ca | ma | Co | to | del | su |
| Al | po | su | lle | dà | mis | bre | li |
| Del | mo | ga | ro | nan | mo | ver | fon |
| dre | va | so | del | de | an | de | cum |
| po | ¡Oh! | rior.) 64 | fu | me | tes | do | de |
| le | dum | nú | con | te | la | ta | el |
| cuan | der | (So | mar | ve | la | cion | de |
| bret | • | tas | á | lu | la | ces | al |

## GEROGLÍFICO NÚMERO 2

 qu  DHD DHD K 

 EX 





# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Agosto 20 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 3.*

## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

---

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO TERCERO

—

LOS DE SIANI

—

CUANDO Rodolfo salió de casa del Dr. Nugúés, eran las nueve de la noche.—Está la calle de Cuyo en el apogeo de su radiante y bullicioso movimiento.—La luz de los faroles de gas palidece ante los resplandores que arrojan centenares de puertas y vidrieras á uno y otro lado de la calle.—Todos los dialectos italianos hablan en aquella Babel, por boca de un mercado, cafés, fondas, tiendas, almacenes, talleres de toda especie y grupos que disputan y gesticulan en todas las esquinas, perturbando la rápida y tumultuosa circulacion de los viandantes.—Los tramways que se anuncian desde lejos, con sus enormes pupilas, rojas, azules ó anaranjadas, y con sus toques estridentes de corneta, se deslizan incesantemente por los rieles, bajando y levantando pasageros, al son de sus penetrantes campanillas, miéntras los carruajes de plaza, luciendo sus faroles como grandes luciérnagas, saltan estrepitosamente sobre el desigual empedrado.—Alzan su voz enronquecida los rematadores nocturnos, y de las salas de tiro surgen detonaciones frecuentes cuyo éco se pierde en la alegre y variada algarabia de aquel torbellino viviente.

Siéntese Rodolfo arrebatado y protegido como partícula indistinta de la movediza muchedumbre.—Echa á andar, seguro de que la borrasca de sus emociones puede impunemente descargar en su fisonomía espantada; pero le es penoso caminar, esperimenta una horrible necesidad de estar quieto y reconcentrarse en si mismo.—Al pasar por un taller de alfareria, se detiene maquinalmente en la puerta, y entra.—Hay allí leones pintados de verde; rojizas estátuas, simbólicas de las cuatro estaciones, y bustos de personajes históricos casi perdidos entre una inmensa coleccion de cornizas, chapiteles, medallones, vasijas de todas menas y otros objetos poco dignos de figurar en un romance.—Pudiera creerse que Rodolfo se absorbe en la contemplacion de aquellas obras groseras, tal es la fijeza de su mirada cuando las va examinando sucesivamente; pero en su interior, presa de una siniestra conmocion, evoca todos sus recuerdos del pasado.... oh! un pasado lleno de dolores y miserias, y vergüenzas, para él y para todos los suyos!

Allá, hácia los últimos tiempos de la tiranía de Rosas, habia llegado á Buenos Aires un jóven napolitano, que se hacia llamar Conde y se decia gentil-hombre del Rey de las dos Sicilias.—Aparecia viajando por placer; era elegante, hermoso, de maneras distinguidas, de ameno trato en los salones y fantástico en sus intimidades. Podia ser un calavera, mas calavera de buen tono. —D. Pedro de Angelis, que era entónces director de la prensa de Rosas, le dispensó proteccion, y daba público testimonio de lostítulos y dignidades de su compatriota.—El, sin embargo, ponia cierta malicia capciosa en su acento cuando se inclinaba delante de Rodolfo de Siani, diciendo: *Signor conte*!

Por esa misma época, doña Dorotea Valdenegros tenia ya algunos años de viuda, sin hijos, y gozaba el concepto de una opulenta propietaria.—La señora, hablando con franqueza, debíale muy poco á la hermosura, y ménos aún á las dotes indefinibles que suscitan la simpatía humana.—Confesaba treinta y cinco años y tenia cuarenta.—No importa!—El amor es caprichoso.—El Conde De Siani se enamoró perdidamente de aquella respetable viuda y supo manifestar su pasion con tan persuasiva elocuencia que la señora no pudo resistir al contajio de aquel corazon ardiente como las entrañas del Vesubio.

Trató en vano don Francisco de impedir el casamiento de su hermana.—Era doña Dorotea de carácter ágrio, imperativo y presuntuoso.—«Acaso es ley divina ó humana (dijo replicando á las observaciones de don Francisco) que la mujer sea más jóven que el marido? El Conde me ama!—Y de que és Conde no puede caber duda.—Basta mirarlo.—¿Porqué he de contrariar cruelmente las inclinaciones naturales de ese jóven?»—Y despues, como argumento supremo, añadió suspirando: «Fuí casada con un viejo, y no tuve familia. Es muy lejítimo que aspire á conocer los placeres de la maternidad.»

Lo del amor del Conde era superlativamente indudable.—La luna de miel fué deliciosa.—El novio tenia el arte mágico de formar en torno de la novia una atmósfera impregnada de ternuras, y finezas, y cortesias delicadas, y homenajes incesantes de exaltada satisfaccion amorosa. Doña Dorotea creia soñar despierta. A veces se asustaba de ver tanta felicidad en su hogar, pero cuando iba á Palermo, á la tertúlia de Manuela Rosas, ella, alta y descarnada, de tez morena y cetrina, con arrugas y canas, acompañada por aquel jóven blanco, rúbio, apuesto, con modales de córte, y que aprovechaba tan solemne ocasion para deshacerse en toda suerte de atenciones conyugales... ah! entónces desechaba todo sentimiento triste para desafiar con ufania y orgullo las miradas insidiosas del salon...

Por lo demás, ese Conde De Siani, era un modelo de delicadeza en materia de intereses pecuniarios! Antes de casarse, habia declarado categóricamente que no tomaria ninguna intervencion en el manejo de la fortuna de su futura esposa. Proceder en contrario, seria asumir una responsabilidad demasiado pesada. ¿Para qué?—Su patrimonio de Nápoles y su dotacion como gentil-hombre de S. M. Fernando II, lo ponian á cubierto de todo sentimiento sórdido.—Esto lo repetia el Conde con frecuencia, y debia ser muy cierto porque fué menester que la Condesa pusiera en juego toda la enerjía de su temperamento excitable, para que su esposo se resignase á ejercer los derechos maritales en la administracion de la dote con igual amplitud que en lo demás.—Llegar á este resultado fué indeclinable cuestion de amor propio para doña Dorotea. ¿Cómo habia ella de permitir que el Conde afectase

estar en guardia contra murmuraciones odiosas, no ménos insultantes para la hidalguia del novio que para los encantos físicos de la novia?

Resignóse, pues, el Conde á llevar sobre sus débiles hombros la abrumadora carga de la administracion de la fortuna de su esposa.—Durante los primeros tiempos, hacia el papel de un intendente sumiso.—Esto deleitaba y mortificaba á doña Dorotea. La deleitaba, cuando creia ver en ello una nueva demostracion de afecto, y la mortificaba cuando se atrevia á pensar: si me estará tomando por una vieja avara!—En la duda, no se cansaba de decirle al Conde: «Cuando marido y mujer se aman (las conversaciones de la señora eran una eterna conjugacion del verbo amar)—el marido maneja la fortuna de la mujer con entera independencia»—Pero el Conde, quinta esencia de la moderacion, no estaba dispuesto á usar de tan latas facultades, y eso que, á su juicio, en América no se conocia el arte de mobilizar los capitales para fecundizarlos y reproducirlos en las evoluciones de la circulacion.—Se preciaba de economista.—Su ideal era precisamente ese: la mobilizacion de los capitales, y citaba con frecuencia á Genovesi, Gioja y Romagnosi, en presencia de doña Dorotea que quedaba deslumbrada por la erudicion científica de su Adónis.

Insensiblemente se habia ido el Conde olvidando de su patrimonio de Nápoles, y aún de su dotacion como gentil-hombre del Rey de las dos Sicilias. Un dia en el curso de sus disertaciones sobre la mobilizacion de los capitales, llegó á decir:

—Si yo tuviera libertad para manejar esta fortuna!

—La tienes, respondió su esposa.

—Jamás! replicó él con un ademan dramático.

Pasaron los meses.—Doña Dorotea iba de felicidad en felicidad. Esta vez, no le negaba el cielo los placeres de la maternidad.—Cuando pudo cerciorarse de ello, tuvo un movimiento irresistible de gratitud para su jóven esposo, intermediario providencial de aquel milagro.—Buscó en su imaginacion lo que más podia complacer al Conde; fué hácia él; le reveló el dulce secreto, y despues, en las espansiones del regocijo íntimo, cuando comprendió que el Conde nada podia negarle ya,—le notificó la órden terminante de poner en práctica las famosas teorias económicas sobre mobilizacion de capitales.- De Siani tuvo que resignarse nuevamente á las intimaciones de su esposa, y los manes de Gioja, Genovesi y Romagnosi recibieron honores inmediatos y reiterados de su ardoroso adepto.—La mobilizacion empezó.—Entró el Conde en toda clase de negocios y se hizo fácilmente el Rey absoluto de las especulaciones en una época de marasmo comercial, como lo era la de Buenos Aires, antes de Caseros.

Don Francisco no pudo ménos de alarmarse al ver empeñado en aventuras arriesgadas el patrimonio de su hermana. Fué á verla y se atrevió á indicar, con formas muy discretas, la inconveniencia de comprometer en tales operaciones una fortuna considerable, sólida y saneada... No lo hubiera dicho!—Doña Dorotea, cuyo natural intolerante estaba en aquellos momentos reforzado por las perturbaciones de la gestacion, se apresuró á fulminar con indignada cólera la impertinente osadia de don Francisco.—«El Conde sabe bien lo que hace»,—dijo en conclusion;—y despues, como para acabar de anonadar á su hermano, que habia osado tambien oponerse á su matrimonio, añadió gravemente:

—Es muy lejítimo que nos preocupemos de acumular una fortuna mayor, pórque no van á vegetar aqui, sinó á lucir en la córte de Nápoles, los frutos de nuestro amor...

—Frutos! exclamó don Francisco;—ya hay frutos?

—Los habrá!—replicó, triunfante, la Condesa.

Y hubo en efecto uno, un niño, que nació en 1850, fué bautizado con el mismo nombre de su padre, en óleos lujosísimos, siendo sus padrinos Rosas y Manuelita;—y, ahí está ahora con 23 años cumplidos, contemplando leones verdes y estátuas rojas en la alfareria de la calle Cuyo.

A las mil maravillas siguió por algun tiempo la pareja del Conde De Siani y doña Dorotea Valdenegros.—Estaba dando terribles resultados la mobilizacion de capitales; pero ella lo ignoraba.—Al acercarse el dia del alumbramiento, De Siani habia exhortado á su esposa á que le otorgase un podercito para proseguir la gestion de todos los negocios sin necesidad de incomodarla en oportunidad tan crítica, y la señora habia consentido, muy grata á los previsores cuidados de su esposo.—Acudió el escribano con el protocolo, para hacer firmar el poder. Ya lo llevaba escrito, con facultades amplísimas, ilimitadas.—El Conde se apresura á declararlas innecesarias; regaña al escribano, porque no era eso lo que se le habia encargado, y exige que se haga una nueva escritura, anulando la que venia preparada... pero doña Dorotea está allí para impedirlo... ¡Cómo! ¿ha de consentir ella que aquel estraño se atreva á creerla desconfiada de las intenciones del Conde, acaso porque ella es vieja y él es jóven?—«No, señor escribano;—traiga ese poder para firmarlo; está perfectamente; es eso lo que yo queria. Cuando marido y mujer se aman, la confianza no tiene límites!» Quedó firmado el poder, y el Conde se resignó á aceptarlo, quedando legalmente habilitado, por sí solo, para hipotecar, vender y mobilizar con movimiento contínuo todos los bienes de doña Dorotea Valdenegros.

Eran complicados los negocios, y á causa de eso menudeaba De Siani las ausencias diurnas y nocturnas del hogar.- Se susurraba que habia empezado á mobilizar tambien, y muy activamente, la fidelidad conyugal; pero doña Dorotea, en esa época, hubiera sido capaz de poner sus manos al fuego por la fé jurada é inviolable de su Conde.—Debemos disculparla! ¿Quién hubiera podido resistir al magnetismo de aquel bonito Mefistófeles, que sabia alternativamente ser apasionado, zalamero, jugueton, espiritual, erudito, magestuoso.... singular gentil-hombre, consagrado, no á servir á su dama, sinó á trastornarle el seso?—Despues,—el niño iba creciendo; ya zangoloteaba sus piernitas; ya picoteaba las palabras, y parecia haber heredado la brillante inteligencia del padre.— ¿Estaria predestinado á ser otro economista?— Doña Dorotea no pensaba precisamente en eso, pero estaba encantada en su hijo, talvez con más orgullo de maternidad retardada que con intenso cariño maternal.—Si álguien hubiera ido á hablarle de las travesuras del Conde, habria rechazado tales sujestiones como écos despechados de la justa envidia que suscitaba en Buenos Aires la incomparable felicidad doméstica de la Condesa de Siani!

Vino la caida de Rosas, en 1852.—El Conde se consideró comprometido, á causa de sus asiduidades en Palermo, y de su estrecha relacion con el redactor del Archivo Americano. Necesitaba dejar pasar la efervescencia de los ánimos para no esponerse á una venganza política ó personal.—Doña Dorotea fué de la misma opinion. No estuvo tranquila miéntras no vió á su esposo á bordo del buque que debia conducirlo á pasar una temporada en Europa,—donde, de paso, liquidaria sus asuntos, pues con ocasion del viaje volvió el Conde á recordar que tenia un patrimonio traspapelado en su tierra natal. Su *desideratum*, así se espresaba él, hubiera sido ir acompañado por la Condesa, y presentarla en la Córte, haciéndole tomar el puesto de dama de honor de María Teresa, archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias; —pero, con todo dolor de su corazon, tuvo que desistir de su empeño, ante los peligros de tan largo viaje para la tierna salud de Rodolfito.—Resignóse el Conde á partir solo, y, ya sea como recuerdo conyugal, ya por no perder el hábito de la mobilizacion de capitales, es fama que llevó consigo una muy buena parte de los de su muy amada esposa.

Dos años permaneció De Siani en Europa.

Esta ausencia prolongada desazonó bastante á doña Dorotea. Habia desaparecido toda sombra de peligro, y las cartas del Conde no esplicaban satisfactoriamente su demora. Figuraos cómo sufriria con esto el amor propio de la Sra. Condesa!—Si estaria reyendo Buenos Aires que el Conde habia abandonado para

siempre á su mujer!—Don Francisco la veia con suma frecuencia, y estas atenciones fraternales le parecian demostrativas de una compasion insultante. Con cuánto afan disimulaba sus penas! Toda persona que con ella hablaba, quedaba sabiendo dos cosas: que la señora acababa de recibir una larga carta del Conde, y que acababa ella misma de escribirle aconsejándole que prolongase su paseo por Europa. Esta misma cantinela se repetia todos los dias de la semana, y la gente se preguntaba si doña Dorotea tendria para su uso particular un servicio diario de vapores trasatlánticos.—Entre tanto, es claro que la procesion andaba por dentro. Mediaban circunstancias de la mayor gravedad. No obstante las precauciones tomadas por De Siani al ausentarse, doña Dorotea habia logrado averiguar que algunas de sus fincas urbanas estaban enajenadas, y á la vez hipotecada una parte considerable de sus campos.- La señora, encandilada hasta entónces con las luces fosfóricas del amor que le fingia el gentil-hombre, se restregaba los ojos y comenzaba á ver algo en las oscuridades de aquella alma astuta.—Por Dios! á doña Dorotea le parecia increible, pero habia llegado á sospecharlo: el Conde se habia casado con ella para esplotar su fortuna! - Bajo la influencia de estas dudas, revocó solemnemente el poder conferido al Conde en la época del alumbramiento.

Al fin, un buen dia, en 1854, De Siani se presentó inesperadamente en su casa.... Desmayóse doña Dorotea, y al volver en sí encontró á su marido tan buen mozo que con una rápida evolucion mental le perdonó las hipotecas y las enagenaciones que el maldito habia contratado subrepticiamente.—Por desgracia, el Conde era ya otro hombre. Muy luego pudo doña Dorotea apercibirse de que estaba á su lado un jóven dispuesto á reñir la batalla conyugal con el aplomo de quien tiene retirada segura y propicia. El gentil-hombre ya no se tomaba el trabajo de engatuzar á su dama, sino en ciertas ocasiones decisivas, cuando necesitaba arrancarle el consentimiento para lanzarse á nuevas especulaciones atrevidas, que seguian siendo una de sus pasiones favoritas, ó para arbitrar los fondos que requerian sus derroches, pues de dia en dia los vicios más dispendiosos iban incorporándose á los hábitos normales de su vida.—Pronto comenzaron á surgir furibundas escenas de celos, en las que doña Dorotea derramaba toda la resaca de su carácter áspero y dominante, apaciguado algun tiempo en las dulces ilusiones de un amor de invernáculo, y alborotado ahora y revuelto por la marea creciente de las decepciones. —Las reyertas por razon de celos se complicaban á menudo con otras por razon de intereses. Insensiblemente, marido y mujer fueron perdiéndose toda consideracion, todo respeto. Doña Dorotea se presentaba ante el Conde, sañuda, acusadora, implacable, renovándole á cada instante el proceso de sus aventuras y dilapidaciones escandalosas; y el Conde se vengaba de todo haciéndole sentir á la señora, por mil medios, que encontraba muy ridícula la longevidad de sus impulsos amorosos.

Crecia el niño entretanto, con instintos sagaces, y se orientaba desastrosamente en las miserables borrascas de su hogar. ¿Fueron solo inconscientes simpatías orgánicas las causas que le hicieron tomar partido en defensa de su padre?—El Conde no se ocupaba de Rodolfo sinó para acariciarlo, para complacerlo en sus caprichos del momento, para llevarlo de tiempo en tiempo á los paseos públicos, al circo, al teatro, á las casas de juego!—Y Rodolfo se abandonaba con deleite al cariño de aquel hombre jóven, bello, espansivo y verdaderamente seductor.—Nada de eso podia encontrar en doña Dorotea. Era ella la mujer adusta que se consagraba á contenerlo y corregirlo.—La veia constantemente preocupada, sombria ó colérica, pensando en las calaveradas del Conde, viendo próximo el derrumbe de su fortuna, cavilando acaso con la idea de que su hijo podia haber heredado las cualidades morales del hombre que la habia traicionado y la estaba arruinando... Despues, cuando entraban en lucha la risueña figura del padre y la airada silueta de la madre, Rodolfo tenia hecha su eleccion; la sangre De Siani rebullia esclusivamente en los latidos de su corazon infantil.

Oh! llegó un momento en que doña Dorotea se hubiera guardado bien de hablarle á don Francisco de los placeres de la maternidad! Rodolfo era el ayudante del verdugo en el suplicio de la desdichada señora.—«Ves, le decia á veces, comprimiendo con sus manecitas blancas las mejillas rosadas y lozanas del Conde,—este, si no fuera tan lindo, pareceria hijo tuyo.» -Y el Conde lo besaba, lo tomaba de los antebrazos para levantarlo y hacerle describir semi-círculos en el aire, miéntras doña Dorotea murmuraba : «mónstruo!».—Concluyó Rodolfo por intervenir en todas las reyertas de sus padres.—Se interponia entre ellos y gritaba: «vieja celosa», «vieja cicatera», «vieja ridícula».—Y el conde lo colmaba de caricias y cortaba la disputa saliendo á pasear con él.... ¿Quién podria describir los desmoronamientos morales que se iban produciendo en el alma de aquel niño?

En 1858, se le ocurrió al Conde hacer otro paseo por Europa.—Esta vez, no le ofreció á doña Dorotea el rango de dama de honor de María Teresa, archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias. Partió solo, y casi casi se lo agradeció aquella.—Cada especulacion del Conde habia tenido por desenlace un descalabro. Doña Dorotea intentaba aprovechar la ausencia de su marido para restablecer el órden en su asendereada fortuna.—Volvió el Conde al año, con una novedad que fué el escándalo de la época. Era una jóven de extraordinaria hermosura, á quien llamaba *marquesa*, asegurando á los amigos que en efecto lo era, en tanto que los artistas de Colon la visitaban como corrida bailarina del Teatro de la *Scala*. El Conde habia instalado suntuosamente á la marquesa, y hacia ostentacion de sus relaciones adúlteras.—Doña Dorotea no tardó en saberlo. En Palermo, convertido ya en paseo público, los habia encontrado una vez, rozándose como dos novios en un coche, y el Conde habia tenido el atrevimiento de hacer á su compañera una seña que claramente se interpretaba así: «Esa que va ahí es mi cruz.»—Ibase colmando la medida y no tardó en desbordar.—Un dia que Rodolfo habia salido con su padre volvió muy contento diciendo:—«Ah! si supieras adonde me llevó papá; una muchacha más linda! Da gusto darle besos.»—Doña Dorotea comprendió quién era la muchacha, y se levantó inmediatamente para ir á ver á un abogado. Instauróse al punto la demanda de divorcio ante la Cúria Eclesiástica.—Se ocurrió á la justicia ordinaria para que determinase los efectos civiles de la demanda. El Conde tuvo que salir de su casa, y ya puede calcularse adonde fué.—Rodolfo entró como pupilo en el Colegio de los Jesuitas.—Muy pronto aquella catástrofe se eslabonó con otras El Conde, desde su último viage á Europa, se encontraba singularmente excitado. Hablaba y gesticulaba de una manera muy estraña.—Los pleitos con su esposa acabaron de sacarlo de quicio. —No estaba aún fallada la causa de divorcio cuando el Conde comenzó á manifestar síntomas inequívocos de enagenacion mental. La marquesa daba fueros extra territoriales á sus hábitos de bailarina de la *Scala*, y sus infidelidades fueron un dia sorprendidos por el Conde. Quiso matarla... Estaba loco... loco furioso!—La marquesa dió cuenta á la policía y el Conde De Siani fué inapelablemente conducido á un hospicio de alienados.—Pocos meses despues, doña Dorotea volvia á quedar viuda, y ningun Conde de la tierra hubiera podido seducirla hasta el punto de hacerla contraer terceras nupcias.

Don Francisco fué en aquellas duras circunstancias verdadera Providencia de su hermana, que hasta entónces se le habia esquivado por temor de censuras retrospectivas. Los desastres de la fortuna que habia mobilizado el Conde eran más profundos que lo que ella imaginaba. Todos los bienes existentes habrian bastado á penas para saldar los compromisos pendientes, si no se hubiese descubierto que desde el tiempo de su primer viaje á Europa, el Conde habia depositado en un Banco de Génova una respetable suma de dinero.—A vueltas de grandes dificultades, fué rescatada esa suma, y mediante ella y las que don Francisco adelantó,

se hizo posible salvar las propiedades de doña Dorotea hasta valor de ochenta ó cien mil fuertes, con lo cual tenia ella lo suficiente para sostener «la dignidad de su rango», segun el texto auténtico de sus propias palabras.

Continuó Rodolfo su pupilaje hasta los quince años. Iba una vez por mes á su casa, donde permanecia huraño y taciturno, contestando con palabrás breves las preguntas de su adusta madre, y dirijiéndole á hurtadillas miradas de una profunda aversion.—Ah! sus condiscípulos habian tenido buen cuidado de hacerle saber que el Conde De Siani habia muerto encerrado en una casa de locos, y este infortunio, esta afrenta, en el juicio apasionado de Rodolfo, aparejaban terribles responsabilidades de su madre.—Por lo demás, el niño seguia perfectamente sus estudios. En cuanto á eso, no habia queja; pero el Rector del Colegio, hablando de él, siempre le decia á doña Dorotea: «carácter difícil, muy difícil!»

Cuando Rodolfo dijo adios á los graves y severos jesuitas que durante seis años lo habian tenido enjaulado, manifestó vocacion por el estudio de la medicina y entró á los cursos preparatorios del Colegio Nacional.—Tanto tiempo de sujecion absoluta, de disciplina monacal, eran una preparacion peligrosa para la vida libre de un jóven que iba á encontrarse en seguida en abierta hostilidad con la única persona autorizada á encaminar sus pasos. Muy luego, inclinaciones y pasiones mal sanas desbordaron en su naturaleza precoz, y cuando doña Dorotea pretendió erguirse para contenerlas, Rodolfo la rechazó con este apóstpofe brutal: «Tú que has dejado morir á mi padre en una casa de locos, no tienes derecho de ingerirte en la conducta del hijo.» Estas palabras, falsas en su esencia y absurdas en su alcance, fueron el eterno estribillo que Rodolfo oponia siempre á los reproches y amonestaciones de la madre.

Profesor de calaveradas era ya Rodolfo á los 17 años!. Fuerte, buen mozo, inteligente, pródigo, gozaba de gran voga entre el mundo *interlope* de Buenos Aires, y muy particularmente en las zonas inferiores de ese mundo. Esto, á decir verdad, era uno de los puntos en que se manifestaba doña Dorotea más intransigente, porque ella, no obstante sus agravios, se vanagloriaba de ser viuda de un Conde y ambicionaba este título para su hijo, mortificándole mucho por consiguiente, que Rodolfo se mostrase estraño «á los altos sentimientos de su raza y á los respetos que le «imponia su nombre». Bajo este concepto, nó es posible desconocer, en buena ley, que Rodolfo deshonraba sus blasones con achaques de democracia excesiva. Sus compañias eran de la peor ralea, y dá horror pensar en la clase de gente que tenia entrada franca á casa de la *Condesa De Siani, nata Valdenegros*. A veces, en las habitaciones de Rodolfo se lo pasaban cantando todo el dia... ¿Quiénes? Los coristas de la zarzuela! De repente, un buen dia, los corredores del fondo de la casa se llenaban de aparatos gimnásticos.—Allí estaban los acróbatas del Circo; allí gesticulaba el payaso!—Y doña Dorotea tenia que sufrirlo todo, so pena de que los coristas ó los acróbatas se enterasen del terrible estribillo de Rodolfo.

Aquel estravagante y desenfrenado libertino se daba maña, sin embargo, para llevar adelante sus estudios. Dos ó tres meses antes de los exámenes, Rodolfo despedia su clientela turbulenta, archivaba sus desórdenes, y se entregaba en cuerpo y alma á los cursos del Colegio y á los libros de clase.—Estudiaba con ardor, y con provecho, porque tenia inteligencia fácil, ámplia. Iba despues á dar exámen y dejaba asombrados á los profesores.—¿Estaria regenerado aquel tronera?—Ganado el año, Rodolfo volvia á su clientela, á sus desórdenes, hasta aproximarse de nuevo la época de las pruebas académicas, y entonces se repetia su hazaña, que, siquiera fuese interesada y fugaz, revelaba no estar en el espíritu de aquel jóven enteramente desmontado el resorte de la voluntad moral.

Quien habia frecuentado las casas de juego, como espectador infantil, en compañia de su padre, era natural que encontrase placer en frecuentarlas de adulto y como actor.—Jugaba, jugaba con la impetuosa pasion que era el rasgo característico de todos sus actos. Si la suerte se le mostraba propicia, las ganancias eran rápidamente absorvidas por los derroches habituales. Si la suerte era adversa, ahí comenzaban las angustias. En esas ocasiones, Rodolfo abordaba solemnemente á doña Dorotea.—Las deudas del juego son sagradas. Jugar no es deshonra; pero sí lo es trampear lo que se ha perdido al juego. El honor ante todo! Que no quedase deslustrado el apellido De Siani!—Pagados sus compromisos de honor, Rodolfo se comprometia á no poner los piés en e umbral de un garito...... Con esa gerigonza caballeresca de lo jugadores, esa excitacion al puntillo de una señora casquivana y esa promesa irrevocable pero siempre revocada, lograba Rodolfo ponerse en fondos para conservar su crédito y seguir implorando los favores de la fortuna.

«El honor ante todo»—repetia con altivez doña Dorotea al entregarle el dinero y añadia entre dientes:—«Él me lo agradecerá», porque, es menester decirlo, á medida que el tiempo trascurria, se iba la señora reconciliando con la memoria de su Conde.—Habia imajinado un sistema ingeniosísimo para depurar esa memoria en la pira de su resucitado entusiasmo.—Todas las infidelidades y dilapidaciones de su marido fueron manifestaciones de locura. Miéntras estuvo cuerdo, habia amado á su esposa y le habia sido fiel, y dado pruebas irrecusables de delicadeza pecuniaria. ¿Podia hacérsele responsable de las consecuencias de su enagenacion mental? Ya la señora escuchaba con asomos de remordimientos el eterno estribillo de su hijo!

Inauguróse en Buenos Aires el Alcázar Lírico, y allí fué la suprema florescencia del libertinaje de Rodolfo.—Qué locuras!—Qué triunfos!—Se dejó sin embargo avasalllar por una pasion de camarin, y cuando acordó habia perdido su segundo año de medicina.—Desde entónces se le hizo cuesta arriba retomar el hilo de sus estudios; no tuvieron tréguas sus disipaciones; sin horizontes ni esperanzas, vivió dos años encarnizado en el vicio, dominado por un vertijinoso anhelo de placeres y opulencia, acosando á su propia madre con una miserable y perpétua lucha de exigencias que ella no podia satisfacer sin desmoronar nuevamente su fortuna.

En medio de esta crisis, habia ideado doña Dorotea encarrilar á Rodolfo en la carrera diplomática. —Rodolfo, por su parte, agotado de recursos, sintiendo ya la monotonía de su Bohemia porteña, habia aceptado aquel plan, aunque sin dejar de considerarlo muy estrecho para sus desbordantes ambiciones.—Estaba en su ayuno propiciatorio de cuarenta dias, cuando ocurrió la enfermedad de Marta.—Una luz inesperada brillaba en el horizonte de Rodolfo.—Se apagaba enseguida; pero él habia querido alimentarla con un crimen... Se habia traicionado inútilmente! Existia un hombre que podia con razon vilipendiar y despreciar á Rodolfo De Siani... Todas las fatalidades de su naturaleza y de su vida cruzaban delante de sus ojos estraviados... Tuvo un estremecimiento nervioso;—irguió la cabeza, y salió de la alfarería de la calle de Cuyo con el gesto y el ademan de una resolucion heróica.

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—=)o(=—

*Comprometido con los lectores de* LA RAZON *á contribuir á la edicion literaria de* EL LUNES *con una novela, esperaba tomarme el tiempo necesario siquiera para dar forma y trabazon á las diversas escenas que constituyen la sencilla trama del romance que habia concebido, pero urgido por el reclamo hasta cierto punto justo de algunos lectores del periódico. me veo forzado á entregar á la prensa los borradores de este* ***primer capítulo***, *ó mas*

*bien dicho, de este primer cuadro tomado de la realidad, como todos los demas que sucesivamente publicaré.*

*No invento nada. Cuento apenas los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, drama tejido por las circunstancias, y cuyo desenlace doloroso le dió marcado interès.*

*Sobre nadie, sino sobre mi mismo, recaerá toda la culpa de la precipitacion de que forzosamente ha de resentirse una obra escrita sin preparacion ni estudio. — A la crítica, solo le pido tenga en cuenta que todo mi tiempo lo absorve la tarea del diario que dirijo, en el que dia á dia colaboro sin descanso, y por consiguiente no me es posible abordar un trabajo continuado con la serenidad y reposo que deberia consagrarle, interrumpido como estoy á cada paso por diversos asuntos que reclaman mi atencion.*

*Pero ni siquiera el derecho de pedir disculpas tengo, pues yo prometí escribir una novela, y lo prometido es deuda, sin que valgan razones que debí haber tenido en cuenta ántes de hacer la promesa. El que la hace, la paga, dice un proverbio; y pues yo la hice, justo es que yo la pague, que bien merecido lo tengo por la petulancia de haber ofrecido lo que no podia cumplir. Así como así, el único que pierde soy yo, porque el lector queda relevado de toda molestia con solo pasar por alto estas páginas, que yo mismo no me atrevo á releer temeroso de encontrarme aún mas abajo de lo que á primera vista me ha parecido.*

*Quien no se aventura, no pasa la mar. Animo pues, y al agua, que si no me ahogo en la primera zambullida, espero salir á la otra orilla, lector, á favor del salva-vidas de tu indulgencia, y perdon por la metáfora.*

D. M.

# I

LA mañana estaba tranquila y sonriente, como si la naturaleza hubiese querido asociarse al regocijo á que se entregaba la ciudad en aquel dia Domingo. Era una de esas mañanas de Marzo, serena y tibia, envuelta en tules diáfanos de brumas azuladas, entre las cuales se dibujaban con cierta vaguedad los contornos de las casas, de los árboles, de las lomas que cierran el horizonte por el lado del Cerrito, miéntras que del costado del mar se confundian allá á lo léjos, en un mismo tinte, el manto del cielo y el dorso de las aguas dormidas bajo la calma.

Eran las nueve de la mañana. La ciudad estaba en plena actividad, esa actividad bullanguera de los dias festivos, llenas las calles de gente, sobre todo la del Sarandí, cauce en que se encajona la corriente humana en contínuo vá y ven, como si fuera aquella la sola arteria que liga al Montevideo antiguo con su moderno ensanche fuera de murallas.

En la Plaza Constitucion era mas activo el movimiento y mas bullicioso. Por todas las aceras se veian grupos de señoras que iban á la Matriz, cuyas empinadas torres hendian la atmósfera azul que envolvia á la ciudad, reverberando en sus cúpulas de porcelana los rayos del sol radiante que doraba todas las cornizas y pretiles de las azoteas.

En el Cabildo, se hacia el relevo de guardias al son de tambores y cornetas, presenciando las evoluciones un grupo de curiosos, miéntras que por las veredas diagonales de la Plaza, continuaba el ir y venir de paseantes y devotas, que acudian al templo llamadas por los repiques alegres de las campanas, cuyos ecos poblaban los aires con zumbidos metálicos, como si un enjambre de coleópteros inmensos remolinease sobre la ciudad.

Sobre el empedrado, proyectaban sus sombras las copas de los árboles, que se dibujaban como tapices negros bordados con lentejuelas de oro, formadas por los rayos de sol que se filtraban por entre el follaje. Bajo uno de esos árboles, frente á la iglesia, estaba reunido un grupo de jóvenes que conversaban alegremente, interrumpiéndose á cada momento para saludar con una cortesía á las señoritas que acudian al templo. Eran todos jóvenes de la buena sociedad de Montevideo, como se echaba de ver por la elegancia de sus trajes y la delicadeza de las maneras con que accionaban en su animado diálogo, al que servian de tema las niñas que pasaban, bromeándose unos á otros sobre las preferencias que aquellas hacian al contestar los saludos.

El que más bromista se mostraba era Alberto Conde, buen mozo, jóven de 22 á 24 años, de tez morena y ojos negros, á quien sus compañeros de rueda trataban en vano de devolver las bromas que él les daba, defendiéndose con su completo retraimiento de paseos, teatros y tertulias. Efectivamente, tiempo hacia que no se veia á Alberto en ninguna reunion, y sus mismos amigos se habian estrañado de encontrarlo aquella mañana frente á la Matriz, punto de reunion de todos los jóvenes que tienen novia devota ó que aspiran á encontrarla entre las que acuden á la iglesia.

En lo mas animado de la conversacion estaban, asediando todos á Alberto para esplicar cada cual á su manera la causa oculta de su retraimiento, cuando apareció por la misma acera en que ellos estaban, una jóven vestida de negro, de estatura mediana aunque esbelta de cuerpo, haciendo sombra á sus ojos negros una pluma, negra tambien, que rodeaba su elegante sombrero. Caminaba con la mirada baja, como si abatiese sus párpados el peso de las pestañas largas y enarcadas que los frangeaban, pero al llegar cerca del grupo de jóvenes levantó los ojos, titubeó un momento como haciendo intencion de atravesar la calle, y temiendo sin duda que lo atribuyeran á debilidad, siguió por la misma acera, correspondiendo con una amable sonrisa al efusivo saludo que aquellos caballeros le hicieron. Alberto acompañó el saludo general tímidamente y siguió á la niña con los ojos hasta que esta atravesó la calle, subió la escalinata de mármol que conduce al atrio de la Matriz y entró al templo por la nave central.

—Está monísima Cristina, dijo guiñando el ojo Cárlos Centeno, uno de los jóvenes del grupo.

—¿Quién es Cristina? preguntó Alberto que parecia salir de un letargo.

—Cristina Peña, mi amigo, le contestó Cárlos; una polla que recien se presenta, y que será este año la reina de nuestros salones.

—¿Hermana de......

—Sí, hermana de Elina y de todas las otras que tú conoces. Ya ves que no dejenera la raza, pues desde la madre hasta esta última, todas las Peña son lindas y elegantes.

Y sobre ese tópico siguieron los jóvenes conversando durante un rato, prestando Alberto mucha atencion á lo que sus amigos decian.

Las campanas ya no repicaban, y la afluencia de devotas disminuia en las aceras. Debia haber principiado la misa, y los jóvenes, pasado el interès del desfile, se dispersaron en distintas direcciones, siguiendo la mayor parte de ellos hácia la calle 18 de Julio, donde la feria estaba á esa hora en su mayor animacion.

—¿No vienes, Alberto? dijo uno de los que se retiraba al ver que quedaba en el mismo sitio.

—Nó; contestó aquel; tengo que hacer algo por aquí, pero en seguida los alcanzo.

Quedó allí hasta que sus compañeros llegaron á la esquina del Cabildo, y en seguida, como si hubiera estado violento por la demora, atravesó rápidamente la calle y entró á la iglesia.

Comenzaba la misa cantada. Las altas bóvedas del templo repercutian con sonoridad los acordes graves del órgano, que acompañaba los cánticos monótonos de los sacerdotes. Por las claraboyas de la cúpula entraban chorros de luz morada, verde, azul y amarilla, rayos de sol teñidos por los cristales que atravesaban y en cuya luz revoloteaban millares de puntos luminosos, semejando esas burbujas que produce la fermentacion del carbono en la dorada transparencia del *Champagne*.

Las naves laterales estaban casi desiertas, y los pasos de Alberto resonaban sobre el enlozado, despertando la atencion de las curiosas que se volvian al ruido de aquellas pisadas profanas que turbaban el plácido sosiego del templo. Un centenar de señoras y niñas poblaban la nave central, todas de rodillas, siguiendo en sus libros los rezos que los sacerdotes entonaban en el altar mayor, sobre cuyo retablo oscuro se destacaban las luces de los cirios, amarillas y tristes, como avergonzadas ante el vivo resplandor del sol que entraba á torrentes por las vidrieras de la cúpula.

Alberto se detenia en cada uno de los arcos que separan las naves, miraba atentamente á las mujeres, y como si no encontrase á la que buscaba, seguia adelante, hasta que al llegar al último arco, quedó con la vista fija sobre una mujer que estaba aislada, debajo del púlpito, con la cabeza inclinada, los ojos entornados, moviendo imperceptiblemente los labios, mientras que recorria con cierta indiferencia las pequeñas cuentas de un rosario de marfil que tenia en las manos.

La misa entre tanto continuaba. Tres sacerdotes, resplandecientes bajo sus casullas recamadas de oro, oficiaban ante el altar. Ora se ponian en fila humillando la cabeza, ora con las manos abiertas sobre el misal, salmodiaban los rezos con sus voces gangosas, acompañados desde el coro por los chantres que contestaban con notas robustas y sonoras, cuyos ecos crecian en las concavidades de las bóvedas, prolongándose por largo rato.

Alberto Conde no veia nada de lo que pasaba es su torno. Con la vista fija sobre aquella mujer arrodillada debajo del púlpito, seguia todos sus movimientos con obstinada persistencia, atrayendo sobre sí la atencion de las otras devotas que cuchicheaban entre sí como protestando contra la irreverencia del jóven.

Los acólitos pasaron el evangelio de la derecha á la izquierda del altar, sentáronse los sacerdotes en sus tallados sitiales tapizados de rojo, el órgano preludió acordes llenos de armonia, y los fieles se pusieron de pié, miéntras las señoras se arrellanaban sobre la alfombra en esa postura especial que las polleras ocultan bajo sus misteriosos pliegues.

Cristina tambien se sentó, y al hacerlo reparó en aquel jóven que la miraba fijamente. Bajó la cabeza, sonrojáronsele las mejillas, é inconscientemente se puso á recorrer con movimientos nerviosos las cuentas de su rosario. Sin mirar, ella adivinaba que tenia sobre sí el fuego de aquellos ojos negros cuyo brillo la habia sorprendido en el rápido encuentro de sus miradas. Ya no retrataba su rostro aquella plácida tranquilidad que hasta entónces habia mostrado. Estaba desasosegada y confusa, dejando adivinar que forzadamente hacia por no mirar hácia el lado en que estaba Alberto, quieto, inmóvil, apoyado en un confesionario, y ajeno á todo lo que en derredor tenia.

El órgano continuaba sus melodias variadas, saltando de un tema á otro, miéntras los monacillos preparaban á un lado del altar las vinajeras para el *offertorium*. Volvieron á arrodillarse las devotas, calló la música,

los sacerdotes se pusieron de piè y entonaron nuevamente sus cànticos nasales. Cristina permaneciò sentada, como si temiese al cambiar de postura encontrar de nuevo aquellos ojos que ella sentia que la abrasaban con el fluido de miradas ardientes. El templo quedò en silencio durante algunos minutos. Solo se oia la toz cascada de una vieja, cuyo eco rebotaba de una bòveda à otra, como si el ruido fuese despertando otras toces dormidas en las concavidades de las naves.

De repente, sonò una campanilla, dando tres toques acompasados. Todas las oyentes inclinaron la cabeza y se golpearon el pecho con los dedos apiñados. Los sacerdotes, prosternados ante el altar, ocultaban sus cabezas tràs de las casullas doradas, mientras los monacillos, de rodillas tambien, les levantaban las faldas de las capas preciosamente recamadas. Al ruido de la campanilla, Cristina se puso de rodillas con un movimiento nervioso, como si despertase de un ensueño, y se entregò con fervor à la oracion. Alberto permaneciò impasible, como si no se diese cuenta del sitio en que se encontraba, absorto en la contemplacion de aquella niña, cuya vista habia despertado en èl sentimientos desconocidos, que no acertaba à esplicarse, pero que lo enclavaban allì con fuerzas superiores à su voluntad.

El sacerdote oficiante levantò en alto con sus dos manos la hostia consagrada, la bajó despues lentamente, y ponièndose de rodillas, humillòla cabeza contra el panizuelo de batista que cubria el altar. La campanilla volviò à sonar con tres toques distanciados, y volvieron las devotas à prosternarse con humildad, repitiendo los golpes de pecho y cuchicheando las oraciones apresuradamente como si temieran quedar retrasadas. En sèguida, el sacerdote practicò con el caliz las mismas evoluciones que habia hecho con la hostia: lo levantò, lo bajò, orò sobre èl con la cabeza inclinada, y bebiò su contenido apuràndolo hasta las heces; y à cada una de estas acciones, sonaba la campanilla con toques lentos y tristes, que avivaban el fervor de los fieles contritos y cabizbajos, como anonadados ante el recuerdo del sacrificio que aquella ceremonia simbolizaba.

Cristina seguia con recojimiento todos los pasajes de la misa. Parecia haber recobrado la calma que la persistencia de las miradas de Alberto habia alterado por un momento, y su ovalo correcto se destacaba con pálidos contornos sobre el fondo negro de su traje. Estaba bellísima en aquella actitud, algo inclinada la cabeza sobre el hombro, perdida la mirada entre la niebla dorada que entraba por las anchas claraboyas de la media-naranja del tèmplo, palpitando acompasadamente el contorneado seno, prisionero dentro de una ajustada bata bordada de azabache que modelaba el busto prominente y el delicado talle de aquella niña.

Al profundo silencio que reinaba durante la ceremonia de la comunion, siguiò una viva y ruidosa animacion. La campanilla ya no tocaba triste y monòtona, sinò que repiqueteaba alegremente; los sacerdotes se pusieron de piè, el coro resonò con torrentes de armonìas, y los incensarios se columpiaban agitadamente mostrando sus brasas encandecidas, y despidiendo nubes de incienso que velaban la mortecina luz de los cirios. Y entre los cànticos de los sacerdotes, y las armonìas del òrgano, y el repiqueteo de las campanillas, y las nubes azuladas del incienso, apareciò en el medio del retablo la custodia, como un sol de oro, reflejando en las facetas de sus rayos todos los cambiantes de las luces rojas, azules, verdes y amarillas que se derramaban desde lo alto de la càpula central semejando una lluvia de arco-iris.

Como aliviados de un peso moral, levantaron los fieles las cabezas y se arrellanaron con comodidad. Volvieron à resonar las toses secas comprimidas durante el solemne momento de la comunion, agitàronse nuevamente los abanicos, y revivieron en el templo todos los ruidos apagados.

Cristina se arrellanò tambien, y al hacerlo, cruzò con Alberto una mirada, vaga primero como el resplandor de una hoguera que empieza à arder, pero que à medida que se prolongaba se hizo mas intensa, fija, profunda; una de esas miradas en que los ojos se buscan en las pupilas, y que al encontrarse hacen brotar aristas de luz que se proyectan hasta confundirse en un solo rayo, alambre invisible por el cual se trasmite el fluido que la pasion engendra en los misteriosos laboratorios del organismo.

Un minuto duraron aquellas miradas, hablàndose en su mudo pero elocuente lenguage todo lo que el amor sabe decir cuando por primera despierta à la vida. Despues, ella, como fatigada por el choque, rindiò la cabeza, abatièronse los pàrpados sobre sus ojos, y quedò ensimismada, dejando caer de sus manos el rosario con que sus dedos jugueteaban. Alberto permaneciò fijo, con la mirada brillante, deslumbrado todavia por el rayo de luz que habia iluminado su corazon.

La misa tocaba à su fin. Leyendo en un misal colocado sobre el atril, el sacerdote salmodiaba el Padre Nuestro, y al terminar se volviò hacia el auditorio cantando con voz destemplada y gangosa: *Ne nos inducas in tentationem*; à lo que los chantres del coro contestaban acompañados de los acordes del òrgano: *Sed libera nos a malo*. Los monacillos dejaron descansar en tierra los altos candelabros que mantenian izados mièntras el oficiante recitaba su rezo; despues los sacerdotes limpiaron prolijamente el càliz cubrièndolo con una carpeta bordada de oro, leyeron en voz alta el evàngelio, y haciendo una reverencia ante el altar, se retiraron, levàntando dos de ellos las puntas de la capa del oficiante, precedidos de los dos monacillos que llevaban los candeleros altos, y seguidos de los otros tres vestidos con sus sobrepellices blancos.

Las devotas comenzaban à retirarse poco à poco. Se persignaban hacian reverencias ante los altares, y salian por las grandes puertas que se abrian como mamparas de luz al estremo de las naves, mientras el organista se entretenia en amenizar el desfile con escalas y arpegios caprichosos, desde los tiples con chillidos de oboe, hasta los graves con dulzuras de clarinete, prolongàndose todos los sonidos en una melodìa vaga como las nubes de incienso que flotaban en las concavidades de las bovedas. El sacristan entretanto, con una caperuza de lata sujeta en la punta de una larga caña, apagaba los cirios que iluminaban el altar y los pàbilos carbonizados humeaban tristemente, despidiendo ese olor especial de cera derretida.

Cristina seguia sentada en el mismo sitio, como aprisionada por las miradas de Alberto, para quien nada habia cambiado. No se habia apercibido de que la misa estaba terminada y que el templo iba quedando solitario. Desde que viò à Cristina, todo se habia borrado para èl, y en su abstraccion solo veia destacarse la figura de aquella mujer para èl desconocida media hora antes, y que desde el momento en que tropezò con sus ojos llenaba ya toda su existencia y despertaba en èl aspiraciones y esperanzas que nunca habia sentido.

La campana de la torre empezò à llamar con toques sonoros y acompasados para la pròxima misa. Las campanadas zumbaban en el templo con vibraciones de bordona, y à su eco volviò Cristina de su ensimismamiento. Mirò en torno suyo como sorprendida de verse casi sola, y al encontrarse sus ojos con los de Alberto, los abriò desmesuradamente como quien ha creido estar soñando, y al despertar se encuentra con la realidad de su sueño. En seguida, se puso de piè, y lentamente, como si le costara arrancarse de aquel santuario en que acababan de florecer sus primeras ilusiones, se dirijiò al cancel de la nave central, seguida de Alberto, cuyos pasos resonaban en el enlozado y repercutian las bovedas con ecos claros y sonoros.

Cuando Cristina apareciò en el dintel de la gran puerta del centro, entornò los ojos como deslumbrada por el sol que reverberaba en el empedrado de la calle y abrillantaba el enarenado de la plaza. Abriò el abanico, y haciendo del envarillado una celosìa que sombreaba su mirada, bajò la escalinata y siguiò por la calle Ituzaingò hasta la de Rincon.

Alberto la siguiò con la mirada hasta la esquina, esperando la confirmacion de una esperanza que acariciaba con temor, pero cuando Cristina al doblar por el àngulo de la calle diò vuelta la cabeza en la direccion en que èl estaba, pareciò que todas sus dudas se disiparon, y con la mirada perdida en fantàsticas visiones, se dirijiò hàcia la calle del 18 de Julio, donde habia prometido à sus amigos alcanzarlos. Pero no habia andado dos cuadras, cuando oyò que de la otra acera lo llamaban:

—Eh! distraido, ¿à dònde vas à estas horas tan preocupado?

—Precisamente iba à buscarlos à ustedes como les prometì.

—Pues vas tarde, le dijo Carlos Centeno, y como queremos festejar tu resurreccion, te embargamos desde ya por todo el dia.

—Es que yo tengo...

—No tienes nada que hacer. Eres nuestro. Nos vamos ahora à almorzar à la Confiterìa Oriental, à la tarde iremos al Paso del Molino, y à la noche...

—Ya sabes que yo no voy al teatro.

—¿Que teatro ni que tonterìa? El gran suceso de esta noche es e ùltimo baile de màscaras que dà el Club; allì tendràs ocasion de conocer à aquella niña que vimos hace un rato frente à la iglesia.

—¿Và? preguntò Alberto sin atreverse à decir màs temeroso de que la voz traicionase su emocion.

—Sì, và, le contestò Càrlos. Esta noche se presenta por primera vez en un baile Cristina Peña, y de seguro que va à dar golpe.

Y jaraneando sobre el baile, y sobre las conquistas en perspectiva, cruzaron los jòvenes la plaza en direccion à la calle del 25 de Mayo, saludando de paso à las conocidas que volvian de la feria con ramos de jazmines y de rosas, detenièndose con curiosidad en las vidrieras de la Carrau y de la Vigneau, cuyos salones estaban poblados de maniquies, lujosamente ataviados con los vestidos de cola que por la noche ostentarian en el baile del Club las mas hermosas mujeres de Montevideo.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

---

# MARÌA

## I

LIRICO idilio, henchido
De amor y de ternura,
Mùsica que murmura
Del corazon al rìtmico latido,
De afan inquieto y de rubor teñido

Su pàlido semblante,
Disipa de mi pecho los dolores,
Y cantan sus acentos, como canta
El cèfiro jugando con las flores.

Marìa, asì se llama; entre las hojas
Del libro de mi vida, no hay escrito
Un nombre màs bendito.
El tiempo, los dolores, las congojas
Pudieron disipar los devanèos
De un alma juvenil y soñadora;
Pero ese nombre que la mente adora,
Esa mùsica dulce del oìdo,
Vive, como ha vivido,
Borrascas desafiando y tempestades
En el altar de la memoria mia,
El grito de las patrias libertades,
La imàjen de Marìa.

Dulce, casto embeleso,
Aroma voluptuosa del sentido,
Perfecta realidad, intimo beso
Que despertò en mi alma el sentimiento,
Canoro ruiseñor del pensamiento,
Canora poesìa,
Mundo, luz, universo, movimiento,
Alma del alma mia.

Dèjenme triste y solo,
Solo con los recuerdos, que llevaron
Como las brisas de la mar del polo
Los tèmpanos de nieve de mi mente;
Dèjenme solo, triste, indiferente
Contigo, conversando,
Asì como conversa en la laguna
La brisa murmurando,
El argentado polvo de la luna.

Del sueño sin reposo,
Del rudo batallar, de la fatiga,
Tu voz es el arrullo cariñoso,
La paz del corazon, la dulce amiga,—
Y de los pobres versos de mi pluma,
Y de los mùstios yermos que colora,
El aura que los besa y los perfuma,
La musa redentora.

Yo vivo con tu acento,
Como viven las olas con el viento,
Me anima tu memoria,
Como anima al guerrero la victoria
Y nace, al evocarte, la esperanza,
Como nace el reflejo
Del rayo de la luz en lontananza,—
Oye, pues, el consejo
De un alma jòven, de un amigo viejo.

Todo lo que sonrie por el mundo
Es, como la existencia, sombra vana
Y embarga el alma de dolor profundo
El pensar en mañana.

Camino de la vida,
Camino de tropiezos y dolores,
¡Ay de la fè, dormida
En lecho de lisonjas y de flores!

Minuto es el placer, siglo el tormento;
Mas el pudor que en la pupila brota,
Dilata el corazon y el sentimiento
Y sobre el mar de las pasiones flota.

Es, aroma suave
Que al paraiso de la mente orèa,
Es, el canto del ave
Que en las floridas màrgenes gorgèa.

Duerma siempre contigo,
Vele tu frente pura,
Y el almo techo, abrigo
Brìndele generoso à la ternura.

## II

Ayer la vi pasar, un año hacia
Que de la luna el argentado rayo
Iluminò el semblante de Marìa,
Dormida en melancòlico desmayo.

Saludo màs galante, nunca hiciera
El apuesto doncel à su señora,
Como aquel ademan con que sonriera
Miràndola pasar fascinadora.

Como la ùltima vez en que tocarlos
Fuèrame dado un dia, sus cabellos
Impulsos me inspiraron de besarlos,
De sepultar mis làgrimas en ellos.

No irradiaron jamàs, los resplandores
Del sol de la victoria, como irradia
La luz de aquellos ojos soñadores,
De aquella campesina de la Arcadia.

Una historia de amor, que nunca olvido,
Cruzò por mi cerebro, como un sueño,
Y palpitò mi corazon herido,
Y su semblante se mostrò risueño.

Orillas de la mar, donde la espuma,
Sobre las olas indecisa flota,
La vì por vez primera, entre la bruma,
Como el patrio oriflama en la derrota:

Las olas en la playa murmuraron,
Concentos de suavìsimo rumor,
Y unidas nuestras almas modularon
El clàsico lenguage del amor.

Despues, à tierra estraña, sin auxilio
La nave de mi suerte me llevò,
Y en busca de otro mundo, aquel idilio
Jamàs del pensamiento se alejò.

Rayo de luz, emanacion, dechado,
Del hàlito de Dios, eco bendito,
Verdadero ideal de lo soñado
Que al pensamiento eleva à lo infinito;

Asì eres tù, como la luz hermosa,
Como la mente juguetona, un dia,
Forjara ensueños de color de rosa,
Angel del corazon, dulce Marìa.

Gallardo esquife, ganaràs la orilla,
Palmera esbelta, llegaràs al cielo,
Y ¡ojalà que no quemen tu mejilla
Làgrimas de dolor y desconsuelo!

Yo te perdono, como al hijo ingrato
La madre tierna que aliviò su lloro,
Y aunque por ti mis ilusiones mato,
Yo te perdono, porque yo te adoro.

## III

¡Ay del beso furtivo,
Que tiñe de sonrojos el semblante!
¡Ay del bagel velero, tan cautivo
Como el alga flotante!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mira... ya no blanquèa
La mata de jazmines el balcon,
Ni el humo de la lumbre colorèa
La atmòsfera polar de su prision.

Mira... triste y dolido
Ese drama sin pùblico y sin gloria,
Que nace de un albor, albor perdido,
Que muere en el altar de mi memoria.

Mira.... triste y suspenso
Ese ideal que sonriendo pasa,
Como espiral de perfumado incienso,
Como albornoz de trasparente gasa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Madre del corazon, madre querida
Levanta con tus frases mi desmayo
Y al ànima consada y dolorida,
Dadle un rayo de fè, tan solo un rayo!

Las luces languidecen,
Los cèfiros no lloran, sino gritan
Estrofas melancòlicas parecen
Que cuando un àngel muere se recitan.

La busco y la sonrio,
La estrecho junto à mì, por vez primera,
Y en el fondo del alma siento un frio,
Un frio que me ahoga y desespera.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De blanco està vestida,
Mi corazon, de luto y de tristeza,
No quema la pupila enrogecida,
No vuelve por mirarme la cabeza.

Màs tarde... rezan, lloran...
La llevan... ¡pompas vanas!...

Y duerme, adonde moran
Las flores del sepulcro, sus hermanas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Ay del beso furtivo
Que tiñe de sonrojos el semblante!
¡Ay del bagel velero, tan cautivo
Como el alga flotante.

Montevideo, Agosto 17 de 1883.

JOAQUIN DE SALTERAIN.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 2

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| A 7 A D | T 3 R |
| T 8 T D | T 6 R |
| T 8 A R | P 4 R |
| P toma P al paso (mate) | |

*Variante*

Las dos primeras jugadas de las negras son indispensables para evitar el mate que amenaza el caballo—Si en el tercer movimiento la T se coloca en la casilla 5 R la T da jaque mate.— Si la T negra vuelve à ocupar la casilla 3 R el P blanco la toma y dà mate al descubierto.

La solucion nos ha sido enviada por El Duende, Rocambolito y Ed. Loedel.

### CHARADAS

*1.ª Semana — 2.ª Abatico?*

Enviaron la solucion de la primera Una Floridense, Madilet Puentes, Alpha, Doña Juanita, Maximines Kapiangas, Moniato, E. D., O. A., G. L., Ich Dieu, Cerate, C. Barrouquet, Lagan J. Llano del Durazno, Coruñes y Rosquelle.

La de la segunda: los mismos que anteceden, màs E. Duade y Sofia.

### FUGA DE VOCALES

Pasando por un pueblo un maragato
Llevaba tras del mulo atado un gato
Al que un chico mostrando disimulo
Asiò la cola por detràs del mulo.

Fuè resuelta por Rocambole y Rocambolito, Dos Brujos, San Vista (de San Josè), Pitosanto (Canelones) Senador por Peñarol Brigadier Maximin y los que resolvieron la primera charada, con escepcion de Sofia y C. Barrouquet.

### FUGA DE CONSONANTES

Herido el macho al parecer sensible
Pegòle al mulo un arañazo horrible;
Herido entònces al sensible macho
Tirò una coz y derribò al muchacho.

Enviaron la solucion Rocambole y Rocambolito, Doña Juanita, Maximines Kapiangas, Cerate, Madilet Puentes y Lagan.

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Es el mundo à mi ver una cadena
Do rodandò la bola
El mal que hacemos en cabeza agena
Redunda en nuestro mal por carambola.

Resuelta por Rocambole y Rocambolito, Moniato, Ich Dieu, Doña Juanita, Alpha, Madilet Puentes, Lagan, San Vista (San Josè) y Coruñes.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*Loteria—Cuaterno - Alpiste—Carbunclo*

Las cuatro fueron resueltas por Ich Dieu, doña Juanita, Madilet Puentes, Una Floridense y J. Llano del Durazno.

Resolvieron la primerà solamente Dos brujos, Moniato, Maximines, Alpha, Cerate, San Vista, Brigadier Maximin y Pitosanto.

La segunda:—Rocambolito y Rocambole y los Maximines.

La tercera:—Los dos que anteceden y Dos brujos, Moniato, Alpha, Cerate, Brigadier Maximin, San Vista y Pitosanto.

La cuarta:—Los mismos que acaban de nombrarse con escepcion de los Maximines.

### SALTO DE CABALLO N. 1

Oh! cuàntas veces el delito lleva
Del supremo poder à la alta cumbre
Como del fondo de la mar eleva
Al cadàver su misma podredumbre.

(Solucion de la fuga de consonantes del nùmero anterior.)

Este juego ha sido el que ha obtenido mayor nùmero de soluciones. Con escepcion de Dos brujos, E. Duede, E. D., A. O. y G. L., Sofia, C. Barrouquet y el Duende, lo han resuelto todos los demàs y Nemo 1.°

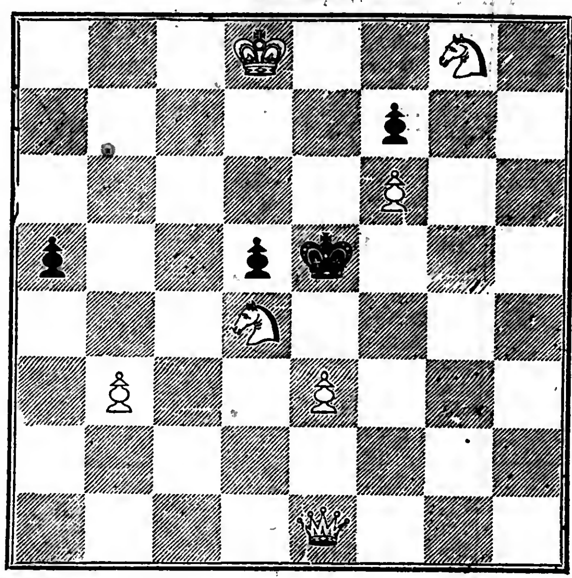
### GEROGLÍFICO

*Hasta que no desaparezca la mujer existirá la poesia.*

La solucion fuè enviada por Doña Juanita, los Maximines, Senador por Peñarol, Pitosanto, C. Barrouquet, Sofia (que acepta el cumplimiento) y Madilet Puentes (que lo agradece).

### Problema de Ajedrez por Ignotus

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

### CHARADAS

Ven y dí, *prima* y *segunda*
Como es mia la *tercera*,
Yendo à procurar el todo
En la granja de Vidiella.

### FUGA DE VOCALES

.ncl.t.—v.nc.d.r—d.—c..n—c.mb.t.s,
.g.t.ns.—d.—j.b.l.—t.s—m.n.s!
C.m.—d.m.st.—.l—h.d.—.n—t.s—.f.n.s
N.—h.y—gl.r..—q..—.n—t.—gl.r..—n.—.rr.b.t.s!

### FUGA DE CONSONANTES

¿.uic.—.i.ó—.c—.u—.e.io—.o.—.ui.a.e.?
I..ea—.e..e..a,—e.—.u.o.—.u.a.a.e.
.u..a..e—a.—o..e.o.,—y—.o.—.o..a.e.
.u.ic.o.—.c—.a—.u..a—e.—.o.—e..a.e.!

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

.i.a.t.—d.—l.—h.s.o.i.—a.e.i.a.a,
.a.a—.s—.n—.i.l.—a—.u—.t.r.a.—r.n.m.r.,
Q.e—.l.ó—.a—.i.e.t.d—.n—.u—.e.a.o!
.s—.s.r.c.a—.a—.l.z.—b.g.t.n.
T.—o.r.m.s—.o.—t.—e.t.t.a—.—c.n—.u—.o.h.e
.c—.e.i.—p.d.s.a.—d.l—.h.m.o.a.o!

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

REDIACITA — FOCINERO — PECILAHT

## GEROGLÍFICO NÚMERO 3






D






PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 27 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 4.

# LOS AMORES DE MARTA

POR

**CÁRLOS MARÍA RAMIREZ**

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO CUARTO

LAS ALAMEDAS

A las diez de la mañana era la partida. Esperaba en la Estacion del Parque un tren expreso, especialmente arreglado para la convaleciente.—Poco despues de las nueve y media, partió del palacio de los Valdenegros una hermosa comitiva de carruajes.—Resplandecia el sol y se respiraba un aire tibio.—Iban adelante, en cupé, el Dr. Nugués y uno de sus viejos colegas.—Marta, doña Emilia, don Francisco y el médico de cabecera, seguianle de cerca en un landó.—Despues, un cupé llevaba otros dos médicos, y continuaban los coches con librea, conduciendo parientes y amigos de la casa.– Ni Rodolfo ni su madre estaban entre ellos. La señora se encontraba enferma, y Rodolfo, con ese motivo, habia enviado corteses disculpas.

Aquellos carruages marchaban lentamente, bajo la mirada investigadora de los pasantes, y de los dependientes de comercio que se asomaban con curiosidad á la puerta de sus establecimientos.—Al cortar la calle de Artes, la comitiva de la convaleciente se detuvo.– Tenia que ceder el paso á un largo cortejo fúnebre.

—Coche de gala! gente rica! exclamó el Dr. Nugués, despues de asomar su cabeza apoplética por la ventanilla del cupé.

—Sí, pues,—contestó el colega; es el entierro de Nevares.

—Ah! es verdad que anoche lo liquidaron ustedes. Yo estoy ofendido con Genoveva porque no me ha llamado, ni para una consulta!—Los hubiera ayudado concienzudamente á ustedes.

—Y la esclusion, Dr. Nugués, ha sido intencional. Me indicó la señora para formar las juntas médicos *de estado* y *de edad*. No quiso ningun soltero, y sobre todo ningun jóven....Dice que no les tiene fé á los jóvenes.

—Y V. se lo ha creido!—Lo que ella no queria es que nosotros la viésemos con traje desaliñado, con huellas de insomnio ó de reciente despertar. Habria dejado morir á su marido antes que comprometer el prestigio y la reputacion de su belleza.

—Pues, mire V.—en esta enfermedad, se ha portado muy bien esa señora.—Siempre al lado de Nevares, cariñosa, dedicada como una esposa ejemplar.

—Es natural; trata de darse buena fama para las segundas nupcias.

—No diga V. eso!—Y á fé que se necesitaba muy buen temple para permanecer junto á Nevares. No he visto un caso de hipertrofia al corazon con dolores más agudos, más tenaces.—Pobre hombre!—al fin descansa.

—No tal!—Solo descansará dentro de una hora; todavia tiene que soportar los discursos!

—Seguramente, no faltarán oradores. Nevares era un hombre de gran porvenir político. Ya sonaba como candidato para Ministro de Relaciones Exteriores en la crísis ministerial que se viene anunciando.—V. debe saberlo, Dr. Nugués, siendo como es, el otro candidato para el otro ministerio cuya vacante se espera.

—Hola! yo tambien soy candidato!—exclamó el Dr. Nugués, con una sonrisa plácida.—¿Y qué ministerio presume la gente que me daria Sarmiento?

—Se lo diré, ya que V. quiere que le regalen el oido—El de Justicia, Culto é Instruccion Pública.

—Superior! En esas materias yo seria un Ministro original, si mis originalidades fuesen compatibles con las de don Faustino. Desde luego, tendria que presentarme al Congreso, y decirles á aquellos caballeros: ¿están Vds. seguros de que la instruccion es para la humanidad un beneficio real?—¿Creen Vds. que yo soy ahora más feliz que lo que hubiera sido, no saliendo de mi terruño de Mendoza y cultivando allí la misma hacienda que cultivaron mis padres?—¿Se figuran Vds. que ilustracion es sinónimo de moralidad? —¿Son, por ventura, más morales las ciudades que las aldeas, y las aldeas que las campañas? ¿Están todavia pensando que las clases populares dificultan ménos la accion del buen gobierno, cuando educadas, que cuando enteramente incultas?—¿No saben Vds. que en Francia el obrero lector, el obrero escriba, es la célula matriz de todas las perturbaciones políticas ó sociales? Estudien el problema. Vean si no es preferible que el Estado se llame á Juan de Afuera para que se instruya con sus propios recursos la minoria opulenta, miéntras la mayoria laboriosa permanece ignorante, inocente y sosegada. — Reflexionen! En cuanto á mí, si hay que optar entre el pueblo-buey, buey trabajador, y el pueblo-toro, toro indómito, prefiero decididamente al pueblo-buey.—Algunos dicen que todo poder emana del pueblo; yo creo que en el pueblo solo un poder es útil: el poder de la obediencia!.... ¿Qué le parece á V. este boceto de mi primer *speech* como Ministro de Instruccion Pública?

El viejo colega del Dr. Nugués tomaba estas doctrinas como estravagancias ingeniosas y las festejaba con una risa franca. Desfilaba todavia el cortejo fúnebre. Tenia tiempo el candidato de seguir esplayando su programa ministerial, y continuó de esta manera:

—Con relacion á la Justicia, necesitaria tambien introducir innovaciones radicales. La dividiria en dos secciones: justicia penal y justicia civil.—En la primera seccion, los jueces serian médicos; y las cárceles hospicios, hospitales.—Código Penal: la terapéutica; Código de Instruccion Criminal: la farmacopea.—Entregaria la segunda seccion al almacenero de la esquina, al tendero de enfrente, al aguatero que pasa, al changador aquel que sabe lo que cuesta ganar al dia veinte y cinco pesos.—Código único: el sentido comun. La justicia civil seria entónces barata y rápida, y no inferior talvez á la que se distribuye hoy en dia, despues de perder años y enterrar caudales todos los litigantes!

Desfilaban ya los últimos coches del cortejo fúnebre.—El doctor Nugués prosiguió:

—Tampoco estoy conforme con eso de Ministro del Culto. Yo querria ser Ministro de todos los cultos, y aún de todas las here-

gias. Me entenderia bien con todos y con todas. Les pondria al pié: *fiat mixtura*, como en las recetas. Así el 25 de Mayo y el 9 de Julio, oficiarian á la vez en la Catedral nuestro Arzobispo, los pastores protestantes, un rabbino, un brahma, un sacerdote de Confucio, un mormon y el Gran Oriente de la Masoneria, todos con sus respectivas insignias, con sus ritos peculiares...

—¿Y V. qué papel se reservaba en eso?

—¿Yo?—Observaria, y despues tomaria la pluma de Dickens para describir la ceremonia!

Habia acabado de desfilar el cortejo fúnebre.—La comitiva de la convaleciente se puso de nuevo en movimiento.—Pronto llegó á la Estacion del Parque.—A pedido de los médicos, para evitar despedidas que podian ser sentimentales, los parientes y amigos de la casa permanecieron en sus coches.—Marta bajó del suyo, sostenida por don Francisco y el médico de cabecera, miéntras el Dr. Nugués ofrecia el brazo á doña Emilia. — Perdianse el rostro y el cuello enjutos de la niña entre las gasas azuladas que contorneaban su sombrero: Un vestido de cachemir azul marino, con guarniciones de gró escocés, prestaba vanos atavios á su cuerpo todavia informe, por los destrozos de la fiebre tifoidea.

La hicieron subir á un lujoso wagon, expresamente arreglado para aquel objeto, y la sentaron en un sillon-Voltaire colocado en el medio del wagon.—Se sentia relativamente bien.—Habia concluido por desear aquel viaje que al principio le parecia exijir un esfuerzo superior á su voluntad aniquilada.—Como demorase la partida, porque los médicos querian observar el efecto causado en la convaleciente por el movimiento del carruaje y la impresion del aire libre, ella misma exclamó con imperio:

—Vamos, vamos, pues.

Partió el tren. Solo iban en el wagon de Marta sus abuelos, el Dr. Nugués y una criada de confianza. En otro wagon iban los equipajes con el resto de la servidumbre. Don Francisco y doña Emilia llevaban la vista fija en la fisonomia de su nieta; estaban mal impresionados por el encuentro con el entierro de Nevares y aquella larga espera hasta que acabasen de desfilar los coches del cortejo. El Dr. Nugués contemplaba el conjunto del cuadro con interés simpático, más observador que médico en aquel momento.

—Que tal, señor Doctor, preguntó don Francisco, despues de un cuarto de hora de camino; ¿le parece á V. que vamos bien?

—Perfectamente, respondió el interpelado; esta señorita se conduce con un juicio digno de los mayores encomios.

Sonrióse Marta y esta sonrisa estimuló las espansiones del Dr. Nugués. Comenzó á hablarle tratando de distraerla con observaciones caprichosas sobre los paisajes del trayecto, con historietas burlescas y bromas delicadas; pero, por mucho que esforzase su ingenio no logró levantar el ánimo de la enferma. Iba silenciosa, distraida, indiferente, como abrumada todavia por la pereza de vivir. A una hora de camino el tren se detuvo, segun habia sido preceptuado por los médicos, para que Marta tomase su alimento, y lo tomó con el desgano que era el enemigo enconado de su convalescencia.—Volvió á andar el tren, y á poco empezaron á desaparecer las chacras y las grandes plantaciones á uno y otro lado de la via. Surgia en el horizonte la pampa primitiva, ilimitada, unida, serena y monótona como el mar de las regiones tropicales. Una brisa cálida abatia suavemente las más altas yerbas de la campiña, y sobre sus hebras doradas ondulaban los reflejos del sol canicular. Marta parecia reanimarse á la vista de aquellos nuevos paisajes. Se incorporó en el sillon, aspiró con fuerza el aire impregnado de emanaciones acres y calientes; tomaron sus mejillas un lijero tinte sonrosado y sus miradas se perdieron con cierto anhelo estraño en los últimos confines del horizonte.

—Quisiera, en Buenos Aires, desde la azotea de casa, poder contemplar este mismo panorama, dijo con dulzura; y luego las lágrimas inundaron sus ojos lentamente.

En vano el Dr. Nugués quiso con un gesto tranquilizar á los ancianos. Su emocion era visible; Marta se dió cuenta de ello y les tendió sus manos pequeñas de color de cirio, diciéndoles con acendrado cariño:

—Me siento bien, muy bien!—Ya está vencida la corriente.

Despues de un nuevo alto y una segunda alimentacion de la enferma, á las cuatro horas de viaje, llegó el tren á la estancia de las Alamedas. Quedaba la estacion en el mismo campo del señor Valdenegros, pero la casa distaba de allí una legua.—Todo estaba prevenido para andar ese pequeño trayecto. El mayordomo del establecimiento esperaba con un landó, un breck y dos carros. Fué él mismo quien abrió la portezuela del wagon, con su sombrero de paja en la mano, en actitud circunspecta afectuosa.—Era un jóven de orijen escocés. Aunque nacido en la Provincia de Buenos Aires, conservaba todos los rasgos distintivos de su raza. Vestia en aquella ocasion un traje de brin blanco, con botas granaderas de charol.

—Jorge! exclamó don Francisco al verlo, estrechándole la mano con natural efusion. ¿Todo está pronto?

—Cómo no!—señor, respondió Jorge;—podemos marchar en el acto.

Media hora despues Marta reposaba en su cama y se adormecia dulcemente, tomando su rostro una plácida espresion de bien estar; doña Emilia lo anunciaba luego á don Francisco, y ambos estrechaban con satisfaccion agradecida la mano del doctor Nugués.

—Hemos ganado la batalla, dijo este último: debemos enviar á nuestro decano el parte telegráfico de la victoria.

—Es cierto! exclamó don Francisco, que tenia la desgracia de encontrarse siempre en retardo para todas las iniciativas.

Se consoló de su olvido disponiendo que en vez de un telegrama fueran dos, uno del Dr. Nugués, y otro en su nombre y en el de doña Emilia. Por su gusto, hubiera telegrafiado tambien á todos los periódicos de Buenos Aires.

En la tarde de aquel mismo dia, don Francisco y el Dr. Nugués se tomaban del brazo y salian á fomentar el apetito con una escursion pedestre. Habia en aquella estancia muchas cosas que ver, y conviene que el lector las vea, porque «Las Alamedas» desempeñan un papel de importancia en esta crónica.

La casa, en su parte central, era como un gran cubo blanco, cuya cara inferior se levantaba á un metro del nivel del suelo. Tenia á cada frente un espocioso corredor semi-circular, sostenido por columnas blanqueadas, que se ligaban entre sí por una balaustrada análoga, dejando al medio una entrada con escalinata de mármol. Habia al centro un hermosísimo salon, con un profuso ajuar de sofaes, canapés, confidentes, sillones, sillas y taburetes de variadas formas y diferentes gustos, y numerosas mesas de lectura, de juego, de labor y de adorno, jardineras, macetas, floreros, y un magnífico piano de cola, todo con agradable desórden esparcido sobre cojines y pieles de las más diversas clases, que dejaban ver de trecho en trecho un piso de tablas de cedro, angostas y lustrosas. Dos grandes espejos con marco etrusco adornaban las cabeceras del salon y gran cantidad de cuadros con paisajes campestres salpicaban el resto de los muros tapizados de cretona blanca con ramazones azules.—Estaba contiguo el comedor, de iguales dimensiones, con amueblado de *vieux chêne*, encerado amarillo, cuadros bucólicos y papel y pintura de imitacion de nogal. A un lado de estas dos piezas centrales, quedaban las habitaciones de familia; al otro una sala de billar, una pequeña sala de armas y las habitaciones de los huéspedes.—Cada corredor era el desahogo y la prolongacion de cada uno de estos compartimentos. El servicio y la servidumbre ocupaban los sótanos, con comunicacion interior al piso principal.—Picos y arañas de gas neumático completaban el adorno y la comodidad de aquella hermosa morada.

Un vasto jardin rodeaba por todos lados la casa.—Coníferus y cactus, y palmas de variadas especies, presidian, en caprichosos tablones, esposiciones rivales de todas las plantas que la floricul-

tura europea ha vulgarizado en el Rio de la Plata. Allí un bosquecillo de magnolias alternaba con un bosquecillo de laureles-rosas; más allá los rosales formaban peloton con los jazmines, y las camelias con las dalias, y las azucenas con los nardos. Fajas verdes ondulaban al borde de las calles enarenadas, y de trecho en trecho ofrecian descanso asientos rústicos y bancos de hierro. Nada más. Estaban los paseantes libres de tropezar con una estátua contrahecha ó una fuente raquítica.

Limitaba el jardin, al frente de la casa, una elegante verja, cuyos barrotes, coronados de lanzas plateadas, servian de sostén á una cortina espesa de enredaderas floridas, cortada por un ancho porton de fierro, sobre cuyos altos pilares se destacaban grandes macetas de mármol, desbordantes de hiedra.—Despues, á cada lado y al fondo, se estendia una quinta inmensa, una verdadera granja, circundada de enmarañada cina-cina y colosales alamedas.—Habia allí gallineros con altos enrejados, que parecian prisiones, palomares que semejaban viviendas humanas, estanques rodeados de sauces y cañaverales para solaz de palmípedos domésticos, viñedos y emparrados, bosques de acácias y eucalyptus, árboles frutales como para abastecer de fruta á toda la Provincia, nórias antiguas y modernas, vastas acequias, grandes plantaciones de maiz, alfalfa y cebada, numerosas parvas,—todo limpio, ó fresco, ó fértil, sobre la planicie dilatada, por obra de generosos cuidados y frecuente irrigacion artificial.

La casa habitacion del señor Valdenegros no era el único edificio comprendido dentro de aquellos lindes que se perdian de vista. A la terminacion del jardin, á la izquierda, alzábase una capilla de contornos góticos, severa y modesta, y á la derecha una casita suiza, de altos, casi perdida entre glicinas y campanillas de diversos colores, que la cubrian desde los cimientos hasta el techo. A la orilla del cerco, de distancia en distancia, y junto á los portones destinados al servicio de la quinta, asomaban tambien pequeños ranchos, bien construidos, para albergar á los guardianes de aquellos amplísimos dominios.

Hácia el frente del jardin, al costado derecho del porton principal, se agrupaban las construcciones propias de un gran establecimiento pastoril. Casas de los peones, cocheras, caballerizas, grandes galpones, cabañas de animales de raza, rediles y corrales, construido todo y conservado con el esmero benéfico de las grandes esplotaciones industriales.

Todas estas cosas, á la ligera, y más ó ménos de léjos, examinaba el Dr. Nugués con agradables impresiones, que saboreaba en silencio.—De trecho en trecho, encontraban peones que se cuadraban y saludaban casi militarmente, y con los cuales don Francisco, muy afable, conversaba algunos momentos.—Delante de uno de los jardineros, el Dr. Nugués se detuvo con mucha curiosidad.—Era un hombre como de cuarenta años de edad, de regular estatura, cargado de espaldas, rúbio, coloradote y lampiño, con ojos saltones y azules, de nariz respingada, y boca redonda y abierta como *el hombre que rie* de Victor Hugo.—Aquella figura y aquellas facciones eran la figura y las facciones de Giacomo!—Interrogó el Dr. Nugués al jardinero y resultó que era hermano gemelo del portero. Se llamaba Luigi.—Aquel encuentro hizo gracia al médico.

—Yo creia, dijo á don Francisco, tener al genovés más feo de la Provincia; pero veo que V. tiene un ejemplar igual.

Don Francisco, con un rasgo inesperado de *esprit*, contestó:

—¿Es eso lo más notable que encuentra V. en el establecimiento?

—Oh! nó;—replicó el Dr. Nugués, esta estancia de «Las Alamedas» me parece deliciosa... y apetecible!

—Gracias á Dios, se apresuró á decir el anciano, mucho nos ha favorecido la fortuna. Podemos proporcionarnos todas las comodidades, todos los goces, que se compran con dinero; pero, querido doctor, cuarenta años de continuos sinsabores nos permiten decir que la felicidad no se deja comprar por todo el dinero del mundo. La muerte es más poderosa que el oro!

—*Pallida mors*! murmuró el jóven, concluyendo mentalmente esta reminiscencia clásica.

—Emilia y yo, prosiguió el anciano, cuando visitamos nuestras propiedades, ó cuando nos ponemos á pensar en todo lo que forma nuestro inmenso caudal, nos acordamos de nuestros hijos muertos y decimos: ¿porqué no ha querido Dios que ellos disfruten de estos bienes? Oh! habria para todos ellos! Nuestra compensacion, asi mismo, es esa querida criatura que la muerte ha querido disputarnos.—Si ella ha de heredar todo esto, para trasmitirlo á sus hijos y estos á los suyos en una cadena sin fin, como nosotros lo recibimos tambien de nuestros padres, podemos esperar el término de nuestros dias con el consuelo y el orgullo de esa idea;—pero si Marta muere, si perdemos esa última raíz que nos vincula á la tierra—¿qué quiere V. que representen para nosotros, sinó una burla irrisoria, todas estas riquezas que los demás nos envidian? ¿Y qué me dice V.? ¿Podemos contar con Marta?

—Podemos, señor Valdenegros; tengo completa fé en el resultado de este viaje. Ahora, la convalescencia será rápida.—Esta enfermedad coincide con la plenitud del desarrollo de la niña. Salvadas ya ambas crisis, la salud de Marta tomará el aspecto de un torrente que desborda despues de haber sido momentáneamente contenido. Estas enfermedades, cuando no matan, purifican, robustecen, dejan una póliza de seguros para el porvenir...

—Dios lo oiga! esclamó don Francisco haciendo pucheros.

Despues de unos instantes, trató de serenarse y continuó:

—Dígame tambien, señor doctor;—en estos cambios que V. prevee—¿cambiará un poco el carácter de nuestra nieta?

—¿Cómo el carácter? preguntó el Dr. Nugués, sonriendo.

—Sí, el carácter, repitió don Francisco; voy á esplicarme bien para que me comprenda, y entónces, con palabras entrecortadas y confusas, hizo una larga descripcion de lo que el anciano y su esposa llamaban las *rarezas de Marta*, sobremanera alarmados al observarlas en la vida de contemplacion que hacian alrededor de su nieta.

Pudo de aquellos discursos colejir el Dr. Nugués que Marta tenia en efecto, en consorcio de una personalidad demasiado enérjica para sus años, un carácter algo excéntrico y poco equilibrado. Era de sentimientos generosos y elevados; pero muy imperiosa y muy voluble al mismo tiempo en sus deseos. Amaba entrañablemente á sus abuelos; pero á menudo trataba de alejar con desplicencia la exageracion de sus cuidados y caricias.—Gustaba de la soledad y de los romances apasionados. Desde muy niña habíase distinguido por la peculiaridad de no admitir en su confianza más que á una sola amiga. Identificábase con ella en un cariño exaltado, hasta que la sospecha de una infidencia ó de un desvio, no siempre bien fundada, sublevaba su alma y transformaba en ódio ó en desprecio toda la fuerza de su amor. Era habitualmente dulce y tolerante; pero lo que ella consideraba una injusticia, una ingratitud, una ofensa inmotivada, la hacia algunas veces estallar en arranques de violenta cólera que terminaban en una honda perturbacion nerviosa. No entraban los términos medios en su reino; hácia un lado ó hácia otro, iba siempre con toda su alma, con toda la energia de su ser. Hasta los trece años habia sido rebelde á los estudios; una mañana despertó con el anhelo de la sabiduria y comenzó á estudiar con tal ardor, con tal encarnizamiento, que sus abuelos, al verla, estaban siempre temiendo un ataque cerebral. Para ellos, habia sido la fiebre tifoidea una mera consecuencia de los excesos intelectuales de Marta.

—En todo lo que V. refiere, dijo el Dr. Nugués, despues de oir con verdadero interés el relato del señor Valdenegros, no hay nada sorprendente ni alarmante;—tiene V. razon al esperar un cambio.—La edad modifica y regulariza el carácter... Estas cosas no pertenecen del todo á mi profesion; pero yo tengo tambien algo de filósofo y me permito darle á V. un consejo.—Los abuelos no saben educar. Son demasiado buenos para eso.—Ustedes

no pueden influir en buen sentido sobre el carácter de la niña, porque no son capaces de contrariarla, ni de afrontar sus pequeñas cóleras...

Apresuróse don Francisco á hacer un gesto de asentimiento y el Dr. Nugués prosiguió:

—Pues bien!—si no pueden corregirlo, dejen obrar las fuerzas de la naturaleza y las influencias de la sociedad; dejen que complete su personalidad un poco así como la flor silvestre, entregada á las corrientes de su sávia salvaje...

Don Francisco hizo un gesto de profundo desagrado al oir esta última palabra, y el Dr. Nugués añadió con precipitacion:

—La sàvia de la naturaleza, rica y generosa en Marta.—¿Nunca ha estado la niña en un colegio?

—Oh! nunca.—Imposible un colegio.—No podiamos esponerla à las indiscreciones de las niñas que frecuentan los colegios... Usted comprende... Para V. no pueden ser un misterio estas cosas... Marta solo ha estudiado con maestros en casa, y sus relaciones han sido siempre limitadas, escogidas, bajo nuestra inmediata y constante vigilancia.

—Ha sido un mal, un mal bastante grave... Los colegios dán la primera esperiencia de la vida. Con todos sus inconvenientes son un aprendizaje necesario.—El hombre y la mujer que, sin haberlo tenido, entran al movimiento social, están condenados á sufrir inmensamente con el choque de las pasiones y miserias que pululan en la vida humana... Si Marta hubiese adquirido esa esperiencia, estaria ya limada la aspereza de sus sentimientos nativos. Seria más flexible, más resignada, más dócil. No deben ustedes agravar las malas consecuencias del pasado;—no la sofoquen, ni siquiera con excesos de cariño; dénle soltura para seguir los devaneos de su espíritu, porque esa es la mejor manera de extirparlos.—Como médico y como filósofo, pido libertad para esa naturaleza pletórica. Dentro de sí misma, bajo la accion del tiempo y la esperiencia, encontrará ella el equilibrio moral que le falta, y cuya ausencia dá una forma estravagante á las manifestaciones de su idiosincracia.

Y hubiera el Dr. Nugués desarrollado su tésis educacionista, que don Francisco escuchaba con ávida atencion, si en aquel instante, llegando al frente de la casa, no se les hubiese acercado una viejecita que bajaba la escalinata de la sala, vestida de lustrina negra y cófia blanca, muy blanca y muy tersa, pero no tanto como el óvalo del rostro que ceñian sus pliegues.

—Doña Catalina!—exclamó don Francisco al verla, y le estrechó las manos con cariño.

—Señor! señor! — balbuceó la viejecita, con mucho acento inglés, dejando ver una dentadura que parecia formada con reflejos aporcelanados de su cófia; acabo de estar con la señora doña Emilia; la niña va muy bien; la señora está muy contenta... Aquí tambien, Jorge y yo, y todos hemos sufrido mucho durante la enfermedad de la niña.... Ah! ahora sí que la estancia estará alegre!

Don Francisco agradeció esas palabras y despidió á doña Catalina con nuevos apretones de manos.

—Interesante la viejecita! dijo el Dr. Nugués.

—Santa mujer!—dijo don Francisco.

—¿Quién es?

– Es una escocesa, viuda de un antiguo mayordomo nuestro (don Francisco siempre hablaba por si y por su esposa); madre de Jorge Parler, el mayordomo actual, una alhaja como lo era el padre.—Viven en aquella casita. Ya tienen su pasar y harán camino.

Subieron la escalinata. El Dr. Nugués, antes de entrar al corredor, se dió vuelta para contemplar el paisaje. Despedia el sol poniente rayos horizontales de fuego, que se deshacian en polvo luminoso sobre las hojas de los árboles y las plantas, inmóviles en la atmósfera embalsamada de una tarde serena. Allá, balaban las ovejas, volviendo á los apriscos,—mugian los toros encelados, y relinchaban los inquietos potros. Más cerca, graznaban los pavos reales, y se oian arrullos de palomas enamoradas sobre los pretiles de la casa, y ruidos de alas y gorgeos de pájaros entre e follaje más próximo. Cruzaban de un lado á otro los peones, presurosamente ocupados en los últimos trabajos del dia, y de todo aquel cuadro campestre parecia exhalarse una grandiosa sinfonia en honor de la naturaleza, del trabajo y de la paz del alma.—El doctor Nugués se sentia, á su pesar, embargado por dulces y desconocidas impresiones.

Esto le pareció muy pronto indigno de su filosofia.—Era muy aficionado al método de observacion introspectiva; y así, replegándose inmediatamente sobre sí mismo, quedó persuadido de que estaba bajo el imperio de emociones panteistas. Pero no queria ser discípulo de Spinoza, sinó de Bentham; y dándo á sus ideas otro giro muy distinto, murmuró:

—No en vano hay quien se desespera por obtener tódo esto!

*(Continuará.)*

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—=)o(=—

II

ALBERTO Conde era hijo único, huèrfano de madre desde su niñez, y en èl habia concentrado todo su cariño su padre don Rafael, persona que gozaba de general estimacion. Poseedor de una fortuna más que regular, don Rafael Conde continuaba entregado à los negocios con actividad, apesar de que frisaba ya en los sesenta, àvido de dejar à su hijo una posicion holgada è independiente, y à medida que avanzaba en edad, redoblaba sus esfuerzos, temeroso siempre de que la muerte lo sorprendiese ántes de dejar cimentado sobre sòlidas bases el porvenir de Alberto, cuya dèbil contestura era continuo tema de sus preocupaciones.

Algo efectivamente habia en Alberto Conde que justificaba los temores de su padre. Jòven, medianamente rico, sin màs tutela que la de don Rafael cuya autoridad estaba debilitada por el ciego cariño que à su hijo profesaba, hubiera podido èste llevar una vida bulliciosa y alegre, à que lo convidaba la compañía de sus amigos, màs ò mènos calaveras como la generalidad de los jòvenes. Pero ni la libertad de que gozaba, ni las facilidades de dinero, ni las tentaciones de los amigos, fueron nunca bastantes à arrancarlo del retraimiento en que vivia. No era un misàntropo, pero habia cierta tristeza en su fisonomia que retrataba una honda afeccion moral ò el gèrmen de alguna dolencia que lentamente minaba su organismo.

Por lo demàs, cuando alternaba con sus amigos, era espansivo y hasta jovial, pero aùn en medio de sus espansiones dejaba traslucir aquel tinte de tristeza que daba simpàtico interès à su fisonomia varonil.

Aquel Domingo en que por primera vez viò à Cristina, notaron en èl sus amigos frecuentes transformaciones. Ora conversaba con màs locuacidad que de costumbre, ora quedaba ensimismado con la vista fija, como si una idea persistente lo aislase de todo lo que lo rodeaba. Varias veces hizo rodar la conversacion sobre el baile de la noche, y cuando sus amigos lo bromeaban sobre la insistencia con que volvia sobre la fiesta, trataba de desviar el tema como contrariado de dejar traslucir su ansiedad.

—

A las doce de la noche, los alrededores del Club bullian de animacion. Por todas las calles que desembocan à la de *Treinta y Tres* iban y venian carruajes à gran trote, mièntras que por las aceras caminaban apresuradamente numerosas màscaras, rebujadas en sus tapados, riendo y charlando, saludàndose unas à las otras con nombres lanzados al azar, sin màs fundamento que el modo de andar, ò el corte del talle, ò una prenda del vestido.

En la puerta del Club, habia una aglomeracion de curiosas que éscudriñaban todos los trajes y cuchicheaban entre sì comunicàndose el resultado de sus observaciones.—Esta es fulana—Esa otra es zutana; y à cada una le sacaban de paso una tira sobre su belleza ò la elegancia del traje, como vengàndose de no poder hacer ellas lo que las otras.

Dentro, reinaba una animacion bulliciosa, confusion de voces en falsete, risas disfrazadas, tiroteos de bromas màs ò mènos aventuradas. En el vestìbulo se agrupaban las màscaras que todavia no habian encontrado compañero para entrar en los salones. Y à cada minuto, seguia aumentando la concurrencia, que se apiñaba en la escalera, estrecha para dar paso à aquella avalancha de gente ansiosa de divertirse.

En una de las puertas que conducian à los salones, habia un grupo de jòvenes que presenciaban el desfile de las parejas, defendièndose al mismo tiempo de las bromas de las màscaras que à la pesca de un compañero, trataban de interesarlos prometièndoles interesantes revelaciones sobre sus intimidades. En aquel grupo estaba Alberto Conde, y èl era el principal blanco de todas las bromas.

—¿Què milagro Alberto? ¿Cuando resucitaste?

—¿De dònde sales? Me habian dicho que te ibas à meter de monje.

—¿Por donde saldrà el sol mañana?

Y asì, unas tras otras, repetian todas el mismo estribillo, sin conseguir distraer la atencion de Alberto, que escudriñaba con avidez à todas las que pasaban, miràndolas en los ojos que brillaban por entre los agujeros del antifaz. La animacion crecia por todas partes. Los salones estaban henchidos de concurrentes y se hacìa difìcil la circulacion. Los acordes de la orquesta entraban por ràfagas y se apagaban en medio del vocerio chillon de las màscaras, que se hacian màs apremiantes y parlanchinas exitadas por el calor y el bullicio de la fiesta.

Alberto estaba desasosegado. Hacia màs de una hora que permanecìa de piè en el vano de la puerta, y à pesar de la insistencia con que habia examinado à las màscaras que desfilaban por delante de èl, no habia encontrado à la ùnica que le interesaba entre aquellos centenares de mujeres elegantes y hermosas. En aquel momento, cruzaba delante de èl su amigo Càrlos Centeno, engolfado en un animado diàlogo con una màscara, y sin poder contener ya su impaciencia, Alberto se le acercò y tomàndolo de un brazo, le dijo al oido:

– ¿No la has visto?

—¿A quièn? preguntò Càrlos.

—A la de esta mañana.

—Ah! ¿à Cristina? No; no la he visto; y dirijièndose à su compañera le preguntò:

—Chè, màscara: ¿no has conocido entre las parejas à Cristina Peña?

—Sì, la acabo de ver en el salon grande. Por cierto que estaba muy entretenida con....

Alberto no quiso oir màs. Dirijiò una mirada penetrante à la compañera de Càrlos, y se retirò, pero al volverse, cambiò de resolucion, y acercàndose nuevamente à la pareja, le dijo à su amigo:

—Càrlos ¿mè permites que baile esta pieza con tu compañera?

—Si ella quiere, y no lo toma à desaire, respondiò Càrlos,... por mi parte no quiero ser un inconveniente.

—¿Què dices, màscara? interrogò Alberto.

La compañera de Càrlos titubeò un momento, y contestò despues con una vocecita aguda y escondiendo los ojos tras del abanico.

—Nò; esta pieza no—La otra.

—¿Te espero aquì?

—Espèrame que yo misma vendrè à buscarte.

Y siguiò del brazo de Càrlos, mièntras Alberto se arrinconaba de nuevo junto à la puerta, mirando con indiferencia à lo que en su torno pasaba.

La fiesta estaba cada vez màs animada. Las mujeres superabundaban y se paseaban à grupos, detenièndose ante los caballeros que permanecian como meros espectadores, tratando de picarles la curiosidad con un nombre ò un recuerdo.

—¿Què haces ahì tan callado? ¿Estàs todavia acordàndote de Lucrecia?

—No, hija, yo no me preocupo de historia antigua.

—Te estàs poniendo viejo.

—Que quieres! Ya vès tù que vàn corridos algunos años desde que bailaba contigo en el Baile Mensual.

La bromista saliò corrida è iba à ensayar sus pullas con algun otro. La mùsica apenas se abrìa paso por entre el bullicio. Era imposible bailar en medio del gentìo que henchìa todos los salones. En los sofàes, en los sillones, en las sillas, en donde quiera que habìa un asiento, se veìan apoltronadas màscaras gruesas, metidas dentro de àmplios dominòs, abanicàndose por debajo de las barbillas de los antifaces. El cuadro era animado y vistoso con los trajes de colores vivos, las pelucas empolvadas, los caprichosos bonetes y còfias de las màscaras de caràcter: aquì una àldeana, allì una manola, acullà una amazona, màs allà una vivandera, y por doquiera, trajes històricos, caracterizando èpocas, personajes y costumbres, todo revuelto en la màs anacrònica y antìpoda confusion, reunidas en una misma zona una andaluza con la mantilla terciada y una laponesa forrada en pieles, conversando animadamente Marìa Estuardo con Aida, y riendo en la mejor intimidad una Hermana de caridad con una mora judìa.

Los salones se prolongaban reproducìdos en los espejos como galerìas interminables, retratando todos los detalles de la escena: las parejas, los trajes, las sonrisas, los ademanes, como cuadros en que las figuras tuviesen movimiento, achicàndose à cada reproduccion hasta quedar hombres y mujeres reducidos à las proporciones de muñecos que gesticulaban como movidos por resortes.

Alberto esperaba entretanto impaciente. La mùsica habia callado y el bullicio de las conversaciones crecia en los animados diàlogos sobre cambios de compañeras. Por fin apareciò Càrlos con su incògnita de brazo, y paràndose frente à Alberto, le dijo:

—Ya ves que somos de palabra; aquì tienes à tu compañera.

Alberto la tomò del brazo, y se internò con ella entre la confusion de las parejas, sin decir una palabra. Ella fuè la que rompiò el silencio:

—¿No has encontrado todavia à la mascarita que buscabas con tanto afan?

—Creo que sì, contestò Alberto, y al decirlo, sintiò que el brazo de su compañera se agitò con un temblor nervioso.

Nuevamente quedaron callados. La orquesta preludiaba una cuadrilla, y algunas parejas trataban de organizar el baile. Alberto fuè solicitado para formar en el cuadro con su compañera, y aunque contrariado, accediò al pedido. Empezaron las figuras al compàs de una mùsica briosa y alegre que dominaba el bullicio. Las parejas se saludaban, hacian sus pasos y mudanzas y volvian à sus puestos, quedando encerradas dentro de una muralla humana, compuesta de curiosos y curiosas que seguian las evoluciones de la danza. Alberto estaba preocupado, sin conseguir ver los ojos de su compañera, que se los ocultaba con graciosas coqueterìas, como gozàndose en mortificar su curiosidad.

En un momento en que se separò de èl para hacer un saludo à su *vis à vis*, Alberto la siguiò con la mirada examinàndola con insistencia, y al volver à tomarla del brazo, le dijo en voz baja:

—Acabo de encontrar à la màscara que buscaba. Ahora tengo la seguridad de que es la misma.

—¿Sì? interrogò ella ¿dònde està?

—La tengo en este momento tomada del brazo.

Ella no contestò nada. Estaba descubierta. Era afectivamente Cristina, que aleccionada por Càrlos Centeno se habia entretenido en avivar la impaciencia de Alberto durante dos horas, cediendo à esa satisfaccion natural de la persona que se sabe buscada con interès. Por su parte, èl, àl invitarla à bailar, habia procedido irreflexivamente, llevado màs por un arranque instintivo que por la sospecha de que fuese ella. Recien cuando la tomò del brazo y la sintiò estremecerse al decirle que creia haber dado con su incògnita, fuè que le entrò la duda, duda que se acentuò ante los esfuerzos que ella hacia por ocultarle los ojos, rasgo tan marcado en su fisonomìa que por sì solo bastara para reconocerla entre cien.

Pero cuando la viò caminar con aquella gracia y señorio que habia distinguido en ella al encontrarla por primera vez, ya todas sus dudas se desvanecieron y no titubeò en decirselo.

Cristina quedò callada y nada hizo por defenderse. Siguiò bailando, y al terminar la cuadrilla, Alberto la tomò del brazo internàndose hasta el fondo del gran salon, donde raleaban las parejas, ahuyentadas de allì por el calor sofocante que reinaba en aquel rincon.

En torno crecia el bullicio y la alegria. [illegible] brillaban à la luz de las arañas reflejando sus vivos colores en los caireles que titilaban con todos los cambiantes del iris, pasando de un matiz à otro, como pasan de una à otra figura las piezas de un kaleidoscopio. Las mujeres, fatigadas por el baile y acaloradas con el antifaz, se abanicaban agitadamente, dejando entrever por debajo de las barbillas de la careta los arranques del cuello, el busto palpitante, las orejas rojas, y los ojos brillantes como engastados en la seda negra que les cubria el rostro.

Alberto hablaba à su compañera con vivacidad, y ella lo escuchaba con la cabeza inclinada, atento el oido à sus palabras como si no quisiese perder una sola nota de una melodìa que por primera vez oia. ¡Cuàntas cosas le decia èl que eran nuevas para ella! Cristina sentia que su sèr se transformaba y comprendia que aquello era la vida, la luz, las alas que le brotaban à la niña para que la mujer volase entre los encantos y las ilusiones de la pasion. Aquella palabra ardiente, anhelosa, creaba en su sèr un nuevo mundo que nacia de entre la nada de su inocencia envuelto en alboradas de rosa. Era el soplo creador del amor que hace brotar luz de las tinieblas, y modela en la niña indiferente la estàtua de una mujer apasionada, como el cincel hace surgir de un bloque inerte la estàtua vivificada por el arte.

Alberto y Cristina habian llegado à olvidarse de todo lo que les rodeaba. Giraban en un pequeño cìrculo entregados á su pasion, sin apercibir à las parejas que cruzaban por su lado, igualmente ensimismadas. Aquel era el rincon de los enamorados que huian del ruido de los salones y sobre todo de las bromas incesantes con que las otras màscaras se vengaban en su aislamiento, mujeres que vagan entre el bullicio con el corazon vacio, envidiando à las ricas de amor, como los pobres envidian à los ricos de dinero.

Los antifaces empezaban à caer, apareciendo una tras otra las primeras bellezas de Montevideo, como aparecen al caer la noche las estrellas de primera magnitud. Era una transformacion continua. La aldeana que se fingia vulgar aparecia como una princesa, llena de gracia y elegancia; Aida era de una blancura deslumbrante; la manola se trocaba en una criolla picante, y al poco rato todas habian vuelto à su pristino estado, desembarazadas del monòtono antifaz que hace todos los rostros iguales, y realzada la hermosura por la agitacion de la fiesta: todos los labios sonrientes y rojos, las narices sonrosadas y palpitantes, las mejillas encendidas y los ojos fulgurantes desplegando sus rayos como despliegan sus alas los pàjaros al verse libres de la jaula que los aprisionaba.

Cristina era una de las pocas que permanecian con el antifaz puesto, como temerosa de que su rostro retratase las emociones que embargaban su espìritu. Estaba enamorada. En su corazon inocente y vìrgen de toda pasion, las palabras y las miradas de Alberto habian engendrado una nueva vida que ella sentia inundaba todo su sèr. Era el amor, que no nace y crece paulatinamente como el cariño, sinò que surge de repente adornado ya de todos sus encantos como surgiò Minerva de la cabeza de Jùpiter armada y profiriendo gritos de guerra. Cristina se sentia invadida por una fuerza estraña que despertaba en ella las esperanzas, los delirios, los celos; todo ese turbion de sentimientos encontrados que se punzan entre sì y se avivan alimentando la sàvia de la pasion.

En aquellas dos horas de intimidad, Alberto y Cristina se habian dicho todo lo que podian decirse. El la habia hablado con el lenguaje apasionado y sincero de quien por primera vez se siente enamorado; con ese lenguaje que no miente y que nadie puede fingir, pues nadie es tan hàbil còmico para reproducir las manifestaciones inconscientes del amor que se reflejan en los ojos, en los gestos, en los màs mìnimos detalles, hasta en ciertas injenuidades que fuera de esa situacion de ànimo serian consideradas como tonterìas.

El baile empezaba à palidecer. Las parejas se raleaban poco à poco, la circulacion se hacia màs fàcil, y se bailaba con màs amplitud. Las màscaras gruesas, acantonadas en los sofàes, languidecian visiblemente; eran guardias que descuidaban la vigilancia. Los abanicos se movian con cierto automatismo como si solo conservasen el movimiento de impulsion que se les habia dado. Derepente, cuando la orquesta daba un golpe seco, aquellas cabezas languidamente inclinadas se enderezaban como por resortes, y los abanicos cobraban nuevos brìos, pero poco despues volvian las cabezas à caer sobre el pecho y quedaban los abanicos adormecidos nuevamente, movièndose apenas como se mueven las copas de los àrboles con la brisa suave de las tardes de verano.

Por entre las rendijas de los balcones empezaba à filtrar una claridad pàlida, indecisa, como si temiese con su presencia interrumpir las alegrìas de la fiesta. Los salones se desplobaban ràpidamente y la escalera era estrecha para vaciar la concurrencia que se aglomeraba en el vestìbulo.

Uno tras otro llegaban à la puerta del Club los carruajes estacionados en los alrededores, y partìan en seguida conduciendo cargamentos de sedas, tules y encajes, embalaje de la mercancia màs preciada y màs cara.

Alberto acompañò à Cristina hasta la portezuela del carruaje y allì la dejò, olvidàndose en su turbacion de saludar à la madre y hermanas de la niña. ¿Què le importaba à èl de todo el resto de la humanidad? El carruaje arrancò à gran trote, y èl lo siguiò con la mirada hasta que lo perdiò de vista.

En esa contemplacion lo sorprendiò Càrlos Centeno, y en tono de broma le dijo:

—Làstima que todavia no se hayan inventado capotas de cristal para los carruajes.

Alberto se pasò las manos por los ojos como si quisiese borrar una vision, y entrò nuevamente al Club, tropezando con las ùltimas parejas que salian.

Los salones estaban vacios, sembrado el piso de girones de tul y de flores marchitas, como restos de armas que quedaban sobre el campo de accion. Las luces de gas amarilleaban como cirios, retratàndose en los espejos con sus temblores mortecinos, mièntras los mùsicos enfundaban sus instrumentos y se retiraban pàlidos, desencajados, con cara de aburridos.

Al dia siguiente, la crònica social esplotaba como tema de novedad la *temporada* de Alberto Conde con Cristina Peña.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

## CROMOS MONTEVIDEANOS

### MISA DE UNA

En Enero, cuando el aire está quieto y tibio, el cielo más azul y limpito que el delantal de una vizcaina y el sol más bruñido y refulgente que el aldabon de bronce de una casa inglesa, todo incita á echarse á la calle, á bañarse en luz ó en agua salobre allá por los Pocitos ó la Playa de Ramirez y sobran, si es que eso puede sobrar, perfiles, ojos y talles que admirar; pero en invierno el aire es áspero y enrogece la tez delicada de las mugeres, la llovizna las resfria y solo puede vérselas en las tardes hermosas ó despues de misa de una, esas citas místicas de las bellezas mas nombradas que los ateos respetan por lo que tiene de artística y cuasi diré divinas.

A ella tiene que asistir, pues, todo el que admira lo bello, y yo que me precio de ser uno de tantos, bien que el que esto te cuenta, lector, poco te importe, nunca falto á su dispersion por lo cual me permitiré, quiéras que no, contarte lo que es para mí la misa de una, desde el átrio de la Catedral.

Despues que las campanas han dado los tres toques de estilo empiezan á concurrir las devotas elegantes, ora á pié ora en *landaws* ó en *coupés* más relucientes y panzudos que escarabajos egipcios, las cuales, hablo de las últimas, tienen ocasion, no pretendo que la busquen, de lucir el torneado pié al apoyarlo en el estribo, dichoso mueble cuyo destino envidio á veces, no sé porqué. No falta quien admire

*«I bei piedini cosi ben calzati ...»*

pues ya lucen al sol, como cacerolas esmaltadas, algunas chisteras relucientes de los elegantes que hasta cierto punto oyen misa, como el héroe de *Cristina*.

En veinte minutos todo termina y en ese momento la vereda está cubierta de jóvenes que enarcan las cejas ó se calan los lentes para distinguir á quien, el alma ántes que la mirada, encuentra entre el enjambre de bellezas que salen del templo produciendo ese rumor análogo al que produce

*«La loca dispersion de una colmena.»*

Yo, que á nadie busco, fijo la vista aquí un segundo y allá dos mirando lo que más me place y admirando aquello que más me encanta.

Supongamos que el dia es hermoso, que es Domingo, la una en punto y la concurrencia mucha, algo faltará al cuadro y son las hojas de las acacias: ah! si estuvieran los acacias en flor! ah! si estuvieran sus ramas cubiertas de hojas de tinte claro y transparente, como los ojos de esas dos jóvenes de tez trigueña que suben al coche en este instante!

Mas, no importa, consolémonos con admirar la belleza original de esas dos morochas de tez sombreada y mas tersa que el raso, pues ya parte el carruage que las lleva. Una de ellas al partir ha mirado con un lente de oro y sus pupilas al través de los cristales parecian vivientes esmeraldas. ¡Que ojos de expresion al par diabólica y angelical!

Los dos visten con esa elegancia que solo Paris presta á las que viven algun tiempo en sus salones.

Qué silueta artística y qué espresion irresistible de mirada tiene la que baja ahora las gradas del templo vestida toda de negro llevando en la cabeza un sombrero de alas muy anchas!

Su nombre es el mismo que el del último poema de *Ibm-Chaldun* y toda ella es tan delicada como las estrofas del morisco poeta; mas solo se les parece en esto, pues los versos del poeta son endechas de muerte, miéntras que los ojos de ella siempre rien:

*«Es un hada, que en el viento*
*Himnos de amor escribe con miradas!»*

Más miremos aquella niña vestida de gró granate y sombrero de igual color.

Es una criolla bellísima de esas que en las leyendas primitivas pasaban por encantadoras de serpientes, tal es el magnetismo que concentran sus miradas.

Al pasar produce un rumor de hojas arrastradas por el viento: es el *flot de rubans* que cubre su traje desde el mórbido, torneado cuello, hasta el borde del vestido, que se agita, mareando á quien fija en él la mirada.

Pero no hablaré más de esta niña porque ya hay quien la ha descrito mejor de lo que yo pudiera hacerlo, y porque no esclamen las Gracias:

*Vinieron los Sarracenos!*

Que bien les vá el traje negro á aquellas dos niñas; con qué transparencia sonrosada se destaca del traje la faz de óvalo redondeado y de ojos verdes, suaves como terciopelo, de la mas pequeña:—Tiene una expresion de candor aleman, la expresion que debió imaginar Gœthe á la Carlota de Wether.

La otra—es de perfil severo, de líneas rectas, de tez pálida y ojos sombreados por una aurela oscura.

Son la antítesis la una de la otra; hasta en el peinado se lo nota; la primera lleva el abundoso cabello recogido y deja entrever una nuca blanquísima sobre la que se enroscan como espirales de oro algunas traviesas hebras de su rubio pelo; miéntras la otra lo lleva suelto en luengos risos á la espalda: á pesar de todo luego se adivina son hermanas, pues sus ojos y sus cabellos son de tinte exactamente igual y la expresion de sus fisonomías si bien revelan caractéres distintos no deja por eso de ser germánica: la primera será por la expresion dulcísima de toda su faz *Carlota*, y la otra por lo soñadora que la pintan sus ojos *Margarita....*

Tal es la cantidad de jóvenes que tengo por delante y la de mugeres que en conjunto abigarrado se derraman por las puertas del Templo que no puedo mirar con figeza la misma faz durante dos segundos.

Sin embargo, es tan hermosa esa jóven que está apoyada en este instante contra aquel pilar, esperando la dejen camino, que es imposible no fijar la atencion en ella.

Es gruesa pero gallarda, tiene seno arrogante pero talle de avispa, su cabello es lácio, pero es de un tinte rúbio ceniciento como no he visto otro, sus ojos son verdes pero parecen celestes: es que reflejan sin duda los tintes de su alma, como refleja el mar los cambiantes del cielo.

Es bella y solo parece bonita, es como esos cuadros de la escuela, flamenca que solo saben apreciar los artistas. Para mí es:

*«Une blonde fillete echapé á Teniers!»*

Dos cosas niegan el que sea flamenca: la palidez de su tez y la viveza de sus ojos; por lo demás es idéntica á las mujeres de Van Dick ó del maestro que nombra Musset en verso que pongo más arriba.

Viste con esa sencillez que tan bien sienta á las mujeres cuyo cuerpo no necesita extraviarse entre un laberinto de adornos que ni el de Creta. En aquel al ménos prestaba su hilo Ariadna, pero ya se sabe que Mme. Carreau no es como la heroina de la fábula, ni como el sastre del Campillo, que ponia el hilo y cosia de *fiat*.

Mas no quiero disertar sobre trages—bonito soy yo para eso! Si por algo desearia ser socialista seria para proponer la *nivelacion* del trage—trage de igual color é igual corte para todos, sí señoritas, nada mas lindo que la armonia; pareceria la ciudad un Asilo Maternal, es cierto, pero no me veria yo en los aprietos que me veo y sobre todo me he visto para decir el color, el nombre de la tela y la forma del trage de una muger, cuando me lo preguntan ó se me ocurre decirlo. ¡Qué diablos, si eso es ya una ciencia con más nomenclatura que la química!

Me largo de aquí, pues ya he visto bastante por hoy y la concurrencia en columnas apretadas se escurre por todas las calles que la vista abarca.

Es la una y media, los carruajes se dirijen casi todos hácia afuera; van al Paso del Molino.

Me voy allá y en el *Lúnes* próximo contaré lo que vea, que no ha de ser poco.

WART.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 3

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| C 6 T | R toma P |
| D 3 C | P 5 T |
| C 8 CR (mate) | |
| *Variante* | |
| C 6 T | R 5 R |
| C 4 CR | R 6 D |
| C 2 AR (mate) | |
| *Otra variante* | |
| C 6 T | R 3 D |
| C toma P (jaque) | R 4 A |
| D toma P (mate) | |
| *Otra variante* | |
| C 6 T | P 5 T |
| C 4 CR (jaque) | R 3 D |
| D 4 C D (mate). | |

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

La solucion de este problema nos fuè enviada por El Duende, Eduardin, Nemo, Un aspirante à Presidente, Cagliostro, Ed. Loedel, y Rocambole y Rocambolito.

### CHARADAS

*Vendimia*

Fuè resuelta por Una Floridense, Sofia, Anton Perulero, Nemo, Alpha, Un aspirante à Presidente, Cagliostro, y Rocambole y Rocambolito.

### FUGA DE VOCALES

*Inclito vencedor de cien combates,*
*Agitense de júbilo tus manes!*
*Como domaste al hado en tus afanes*
*No hay gloria que en tu gloria no arrebates!*

Enviaron la solucion los mismos que acaban de nombrarse.

### FUGA DE CONSONANTES

*¿Quién fijó de tu génio los quilates?*
*Ignea centella, en rudos huracanes*
*Buscaste al opresor, y los volcanes*
*Rugieron de la lucha en los embates!*

Fuè resuelta por Nemo, Un aspirante à Presidente y Sofia.

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Gigante de la historia americana*
*Nada es un siglo á tu eternal renombre*
*Que alzó la libertad en su regazo!*
*Es estrecha la plaza Bogotana,*
*Tú oprimes con tu estátua y con tu nombre*
*El régio pedestal del Chimborazo!*

Resuelta por Nemo, Sofia, Un Aspirante à Presidente y Cagliostro.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*Cariátide—Conifero—Chapitel*

Remitieron la solucion de las tres Nemo, Alpha y Cagliostro.

Rocambole y Rocambolito resolvieron la segunda, y Una Floridense y Un Aspirante à Presidente la tercera.

### GEROGLÍFICO

*Los enojos pasageros de los enamorados avivan el cariño.*

Remitieron la solucion exacta: Nemo, Sofia, Anton Perulero, Alpha y Cagliostro.

Entre las soluciones equivocadas que recibimos figura la siguiente firmada por Brigadier Maximin: *Los ojos son los pasageros de los amores, la victoria el beso.*

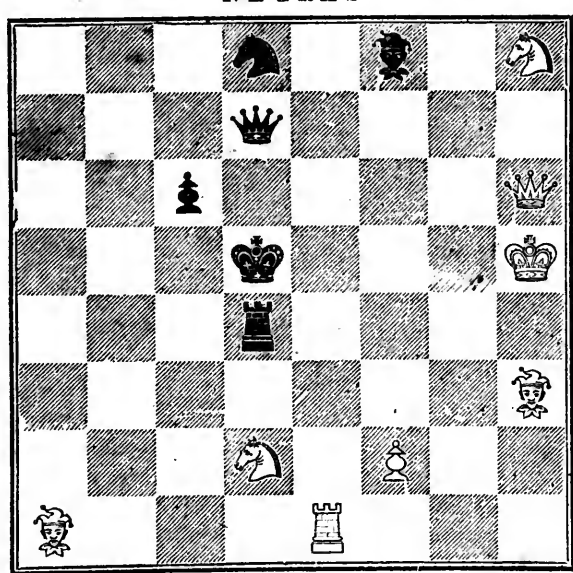
Sirvale de disculpa á Brigadier Maximin la declaracion que hace en la carta conque acompaña la solucion y es que con motivo de la parada está haciendo sus preparativos en el trage y en la mimica.

Hacemos notar para satisfaccion de Nemo (no confundir con Nemo 1.°) que ha sido el único que ha enviado la solucion exacta de todos los juegos de ingenio del número anterior.

Con atraso recibimos la carta que por correo nos envió Una Minuana con soluciones de los juegos del número 2. Ya habrá tenido la satisfaccion de ver que habia acertado.

**Problema de Ajedrez por Ignotus**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## CHARADAS

Pasa su vida *primera*
Puedo decirse *dos tres*.
Y para mí será *todo*
Si al instante no dá Vd.

OTRA

Si entre planta de dos sílabas
Te ocurriera colocar
Otras dos que son pronombres,
Uno y otro personal,
Te resulta no lo dudes,
Lo que puede deleitar
Si es de los grandes maestros
En el arte musical.

OTRA

Son dos letras mis dos *primas*
Sin ser ninguna vocal,
Adjetivo es mi tercera,
Y mi *todo* vegetal.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

PIENTRAM—TOCUCISA—ROPATEL—CASUCITA

**FUGA DE VOCALES**

..g.—.n—m.—c.nt.—.l—l.ng..d.—m.rm.ll.
D.l—..r.—q..—l.s—.rb.l.s—m.n..
D.—l.—t.rt.l. tr.st.—.l—r.nc.—.rr.ll.
.—l.—s.n.r.—ll.v.i—q..—g.t..

**FUGA DE CONSONANTES**

.o.—.i—e.—.e.i.io—.e.—.o.o.—.e—a.o.a
.o.—.i—e.—.i...a.o—.a.—.ic..e—e.—.a.i.o
.o.—.i—e.—.u—..u.a—e.—.e.i.e..e—..o.a
Y—e..u.a—.u—.o..o.a—e.—.e.e..i.o

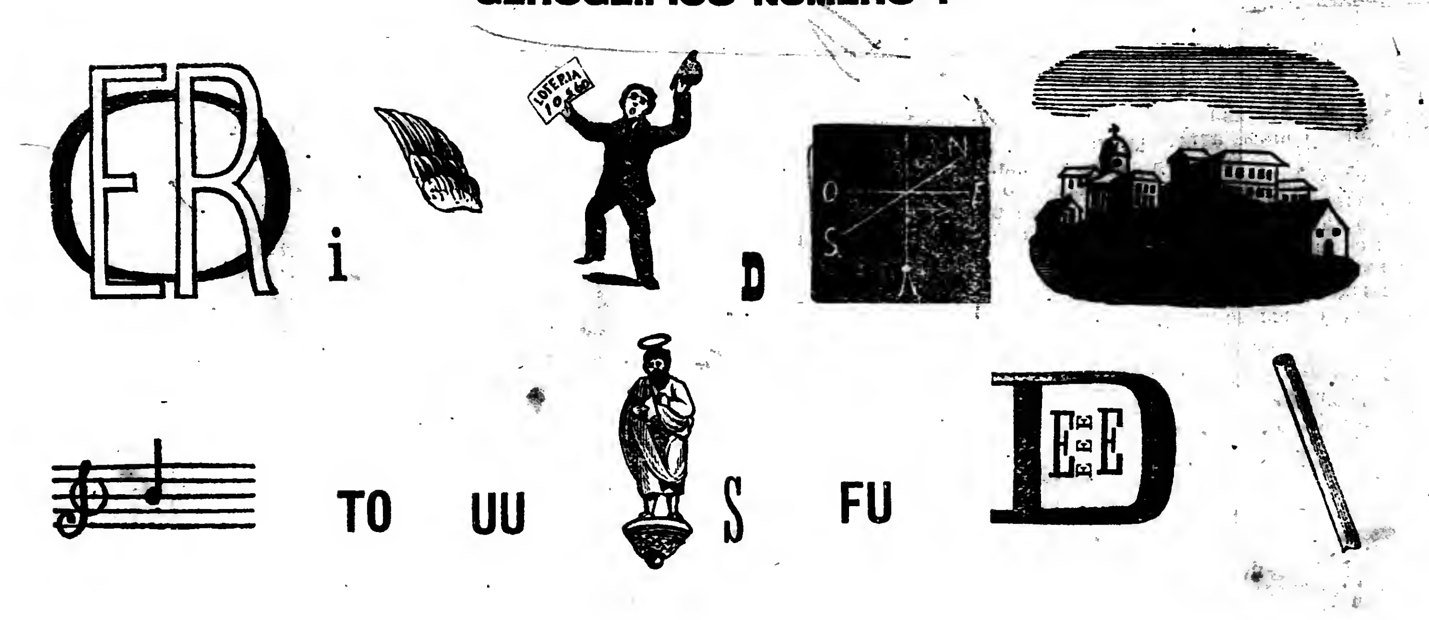
**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

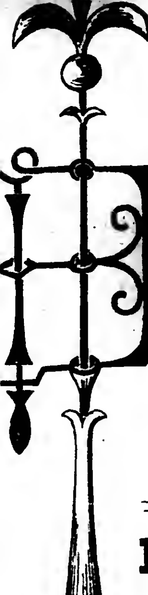
P.r—.i—.e.c.d.—s.—i.c.n.i.—a—.o.i.t.
.o. t.—l.—s.n.r.—e.—M.r.t.n—.r.a
.o.—t.—u.a—.o.h.—c.n—.l.e.t.—e.t.n.o
.u.b.—L.o.i.a.—d.m.n.o—. P.a.c.

## SALTO DE CABALLO N.° 2.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 Los | go | mi | mi | pa | jos | ra | Si |
| 64 rar | ran | ra | ten | de | me | Son | lé |
| mi | o | fri | Me | go; | a | lor. | ja |
| o, | pro | sien | a | ti | de | tan | ro |
| jos | co | da | Y | si | fue | ri | ca |
| fun | Si | mi | to | ma | sen | do | es |
| mo | de | ca, | ma | sol; | que | dan | tar |
| cer | do | el | la | me | les | Si | a |

**GEROGLÍFICO NÚMERO 4**





EL LIBRO DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Setiembre 3 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 5.*

# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ



## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO QUINTO

—

CÓMO CUMPLIÓ EL DOCTOR NUGUÉS SU MISION FACULTATIVA

—

DOS dias despues de la llegada de Marta á la Estancia de «Las Alamedas», la nueva faz de su convalescencia estaba claramente pronunciada.—Por la mañana, en la cama, habia tomado con gusto el alimento; y á las dos de la tarde, animosamente sentada en la galeria del comedor, devoró la mitad de un pollito asado, haciendo crugir entre sus dientes, los cartílagos del ave, chupándose los dedos enseguida para no desperdiciar el jugo de su carne dorada. Doña Emilia y don Francisco la contemplaban enternecidos; y no pudieron reprimir el llanto cuando Marta, agotada la racion, esclamó sonriendo:—Me comeria de buena gana la otra mitad del pollito!

Cantaba la cigarra en el jardin, misteriosamente asociada á la dulce embriaguez de los abuelos de Marta.—El Dr. Nugués, echando á la espalda su insensible descreimiento, se decia á sí mismo: «Un Rodolfo De Siani deberia presenciar esta escena.»

Desde ese dia, el apetito de Marta asumió proporciones extraordinarias.—Era una locomotora á cuya marcha apenas podia poner freno la suma prudencia del Dr. Nugués, que se restregaba las manos al ver realizados tan pronto sus pronósticos. Los resultados no se hicieron esperar.—Marta recobró la alegria, el movimiento, la inquietud de la vida juvenil. Doña Emilia aseguraba que, observándola dormida, se la veia materialmente engordar; y á fé que necesitaba trabajar noche y dia el organismo de la niña, en fabricarse sangre, músculos y tejidos, para llenar cumplidamente la armazon huesosa que se habia en todos sentidos estirado durante la larga enfermedad.—Merced á ese trabajo, se redondeaban sus formas; se coloreaban sus mejillas y sus lábios; resplandecian sus miradas; tomaba alas de fuego su existencia.

En pocos dias más no necesitó Marta el apoyo de D. Francisco ó del Dr. Nugués para recorrer la casa y el jardin; y todo lo andaba, alegre, saltarina, como un pájaro escapado de la jaula. Fué menester tasarle el ejercicio, como se le tasaba el alimento. Los abuelos habian cobrado horror á los libros y escondian todos los que habia en la casa. Venian diarios de Buenos Aires, y se los entregaban sigilosamente al Dr. Nugués, que los leia á hurtadillas. Para imponer á Marta un poco de reposo, el jóven médico quemaba hasta el último cartucho de su galanteria, sentándose á su lado, haciéndola reir con las eternas muecas de su espíritu burlon y travieso, ó refrescando la imaginacion de aquella jóven por demás aficionada á los romances fantásticos con reminiscencias de las más amables páginas de Dickens. Ocurria esto durante el centro del dia; á la tarde, salian á pasear en landó, tirado por cuatro caballos, guiados á la Daumont por jockeys de gorro punzó, y enjaezados con arreos de fantasia salpicados de sonoros cascabeles. Doña Emilia y Marta ocupaban los asientos de atrás; D. Francisco y el doctor Nugués iban adelante.—Jorge, el mayordomo, los acompañaba galantemente á caballo, en prevision de cualquier accidente, guardando siempre una distancia.—Aún en aquellas ocasiones, no obstante las restricciones que impone una conversacion con personas de edad avanzada, el Dr. Nugués daba rienda suelta á las originalidades de su ingenio:

—Nuestros paseos, decia una tarde, son monótonos como las planicies que recorremos. El paisaje es de una pobreza desesperante.—Todos los esfuerzos de la Sociedad Rural no lograrán cambiar la naturaleza del suelo ni su aspecto, pues no se forman vistas pintorescas con millares de animales finos, diseminados sobre una bandeja de pasto... Nada es bello en esta ganaderia progresista;—la oveja modelada por la seleccion industrial me parece un animal deforme, y solo hay un instante en que mi imajinacion se reconcilia con ella: es al caer de la tarde, cuando marchan á sus rediles bajo nubes de polvo, y entre millares de balidos se distingue el de las madres que buscan y llaman á sus corderillos perdidos en la confusion del tropel.—Las vacas, aunque sean de raza Durham, no despiertan en mi sensaciones estéticas; los toros son hermosos, pero se desconceptúan por el aire poltron que les dá el hábito ó la herencia del establo. El caballo de carrera es invencion inglesa, y está por consiguiente divorciado de la gracia física.—Todavia los normandos y frisones evocan una soberbia idea de la fuerza; pero, en su civilizada mansedumbre, cuán lejos están de aquellas manadas criollas, que el *pastor*, erguido y receloso, acercaba á reconocer al viajero, al pasante, y alejaba despues al compás de sus salvajes relinchos!

Marta se divertia mucho con las estravagancias del Dr. Nugués. —A la noche, mientras él y don Francisco disputaban una partida de billar, ella jugueteaba en el piano, con doña Emilia al lado.—Despues, se reunian todos á jugar al dominó ó al besigue; pero las partidas de cuatro no eran del agrado de la niña, y siempre concluia la noche jugando ella mano á mano con el doctor Nugués.

Tenian ya cierta intimidad amistosa.—Paseaban juntos por el jardin, y avanzaban á menudo por las grandes avenidas de la quinta, ó se sentaban en un banco rústico á la dulce sombra de una palma.—Cierta vez,—era una mañana deliciosa!—entraron á la capilla.—Pequeña y modesta, bajo su blanca bóveda de estuco; un solo altar, sin más imájen que la del Crucificado, ni más adornos ó adimínculos que los indispensables para el culto; un coro y un púlpito, con esterior de madera oscura, como el mismo altar; guarnecidos los estucados muros con algunos cuadros al óleo, representando escenas religiosas; varias hileras de sillas y oratorios de caoba, sobre un piso de baldosas de mármol, blancas y negras, diagonalmente colocadas en direccion al Cristo;—ventanas ojivales, abiertas al pié de la bóveda, tamizando y esmaltando con luz profusa el sagrado recinto—tal era la capilla de «Las

Alamedas». El Dr. Nugués, despues de observar todo aquello con placer, exclamó:

—Perfectamente! En la religion católica, los templos privados son casi siempre más sérios y más respetables que los templos públicos. En ellos, no pueden las supersticiones del vulgo ir acumulando fetiches, colgajos, monadas de sobremesa, caprichos y parasitismos de la moda.

—Ah! sí, replicó Marta, pero aquí hay demasiada desnudez.—Como hace tanto que no venimos á la estancia!—Abuelita dice que ahora se vá á ocupar de adornar y embellecer la capilla.

—Pues lo siento!—Veo amenazado á este pobre de una invasion de vírgenes con vestido de cola, de santas con peinados de peluqueria, y de floreros dorados con flores de trapo!

—Le prohibo que me hable mal de la religion, contestó Marta;—vamos; Vd. es un hereje; no quiero que vuelva á poner los piés aquí.

Y salieron; pero apenas traspasado el umbral, Marta se detuvo, se dió vuelta, y tomanda con su mano izquierda la mano derecha del Dr. Nugués, dijo sonriendo:

—Usted está vestido de negro, con frac, corbata blanca, guantes blancos, y yo de blanco tambien, con un velo inmenso, con azahares en la cabeza y por todo el traje....Hemos venido á casarnos en la capilla de las Alamedas!

—Oh! señorita, contestó el Dr. Nugués; yo soy muy feo, y un poco viejo para casarme con Vd!

Marta soltó entónces una carcajada melodiosa, que resonó como risa de ángeles en la bóveda de la capilla, y se alejó corriendo, miéntras al Dr. Nugués, sin saber porqué, se le cruzaba por delante la imágen de Rodolfo De Siani.

Aquel mismo dia, en la tarde, tuvo ocasion de oir hablar de él. Yendo todos de paseo en el landó, dijo don Francisco:

—Pero hombre! se me habia olvidado decirles que poco antes de salir recibí una afectuosa carta de mi sobrino Rodolfo. Dorotea está bien.—El se ha decidido, al fin, á irse á los Estados Unidos, en calidad de *attaché*.—Mañana se embarca y me encarga que lo despida de ustedes con muchísimo cariño... Tambien tiene recuerdos para V., doctor Nugués.

—Cumplido caballero! exclamó el doctor.

Marta se encojió de hombros. Doña Emilia agradeció la despedida con estas palabras benévolas:

—Quiera Dios que viajando se le asiente el juicio!

En las intimidades de Marta y el Dr. Nugués, ella se complacia en interrogar á su amigo sobre mil detalles biográficos, y él se deleitaba al referirlos con la gracia que le era peculiar.—Tenia el Dr. Nugués á orgullo ser *self made man*.—Habia salido de su provincia para estudiar en Buenos Aires, con una corta pension que le pasaban sus padres. Estos murieron, cuando él era muy jóven todavia; quedó sin proteccion, sin relaciones, oscuro, en el torbellino de la gran ciudad.—Contaba burlescamente sus dificultades y penurias de estudiante; su peregrinacion por la crónica de todos los periódicos; sus primeros éxitos literarios, sus primeras ambiciones,—sus propias dudas ante la incertidumbre de su porvenir, ahora brillante y despejado.—Un dia, Marta abordó con resolucion temas biográficos más escabrosos que la vida del estudiante y el aprendizaje del literato.

—¿Qué tiempo hace que V. es viudo?—preguntó.

—Siete años, respondió el Dr. Nogués, con un gesto de alivio moral.

—Se casaria V. muy jóven.

—Tenia veinte años cuando hice esa locura.

—¿Y cuánto le vivió su mujer?

—Cinco.

—¿Fueron muy felices?

—Señorita:—la generalidad de los matrimonios son como la Divina Comedia, pero en órden inverso de las partes. Comienzan por el Paraiso, siguen por el Purgatorio y concluyen en el Inerno....

—¿Y así fué su matrimonio?

—No, señorita; el mio ha sido una escepcion. Empezó por la tercera parte. Fué siempre infierno!

—¿No era entónces bonita su mujer?

—Recuerde V., señorita, que hay bellezas infernales... pero m pobre mujer, que Dios guarde en santa paz, pues bien la necesita quien vivió en perpétua guerra, no pertenecia á ese número. Era fea, era algo mayor que yo; no habia inventado la pólvora, mas sí todas las formas imajinables de los celos!

—Tampoco era rica, murmuró Marta, que tenia noticias de aquella parte de la vida del Dr. Nugués.

—Ciertamente que no lo era, exclamó éste.

—¿Y porqué hizo usted un casamiento tan raro?

—Hé ahí una pregunta que me pone en compromiso. Hoy, yo mismo no me lo esplico del todo.—La que fué mi mujer era hija de la señora en cuya casa vivia yo como pensionista. Me tomó cariño.—Me cuidaba como á un hermano ó como á un hijo.—Comprendí que queria casarse conmigo. Un buen dia me pareció que no habia inconveniente en que fuésemos á la parroquia, para casarnos, y fuimos, y nos casamos. Entónces, yo todavia creia en la lógica y me decia á mi mismo: si esta mujer es tan buena conmigo sin casarse, casándose, ha de ser angelical. Error! absurdo! El amor es fuente de deberes que se cumplen con placer, y el matrimonio fuente de derechos que se ejercen con imperio. Ay! cómo pretendia mi esposa ejercer los suyos! El mayor suplicio de un médico es tener una mujer celosa. Si pudiese contarle á usted ciertos detalles!—Vamos! Llegó á exigir la señora que me hiciese especialista en las enfermedades de hombres y no admitiese á las damas en mi clínica. Yo tenia la predileccion inversa. La muerte vino á dar el punto por suficientemente discutido. A no ser esa circunstancia, estaríamos aún en lo más vivo del debate!

Marta guardó silencio unos instantes. Despues dijo con aire indiferente:

—Teniendo tan triste idea del matrimonio, no pensará usted volver á casarse...

—*Ça dépend!* replicó el Dr. Nugués;— como compensacion del infierno permanente que me depararon mis primeras nupcias, necesitaria encontrar una mujer que me asegurase un eterno paraiso....

Nadie puede calcular cómo habria seguido este coloquio, si en aquel momento no hubiesen entrado á la sala don Francisco y doña Emilia, precisamente para hablar con el Dr. Nugués. Sucedia que el médico estaba desde dias atrás sosteniendo la inutilidad de su permanencia en la Estancia.

—V. gasta su plata sin objeto, le decia al señor Valdenegros; estoy haciendo de primo y no de médico;—para primo cuesto demasiado caro.

Don Francisco habia resistido de todas maneras á la partida del Dr. Nugués.

—V. comprenderá, le replicaba con ademan concluyente, que si Marta tiene una novedad cualquiera y nosotros nos encontramos solos...

Como transaccion, se habia acordado consultar el punto al médico de la ciudad, que recibia del Dr. Nugués informes diarios y minuciosos sobre el estado de Marta.—Don Francisco acababa de recibir la contestacion.—Triunfaba el Dr. Nugués;—podia ya regresar á Buenos Aires, siendo, sin embargo, conveniente que Marta prolongase su estadia en el campo.—Esto iban á notificarle los ancianos, pero don Francisco formulaba un pedido, en nombre de doña Emilia: que el Dr. Nugués demorase dos dias el viaje, para oir una misa con sermon, que diria en la capilla, haciéndose venir con ese objeto al famoso padre Jordan.

—Ah! respondió el Dr. Nugués, con una galante cortesia, que engañó á los ancianos;—yo puedo oir una misa, y cien misas más, ó cualquier otra cosa en una capilla católica, ó en una

mezquita judia, ó en una pagoda china. Yo no riño con ningun culto de la tierra; pero todos ellos tienen poco que esperar de mí. La misa entre Vds. será un espectáculo muy bonito. Yo haria en ella una especie de papel mefistofélico, y el Reverendo Padre se congratulará de mi ausencia.

Don Francisco se sintió algo vejado.—Marta habia quedado pensativa.

—No hay hombre completo!—exclamó doña Emilia; váyase, no más, hereje!—y el domingo vendrá el cura del pueblito á decir la misa que V. no quiere oir.

Esta nube pasó pronto. Quedó resuelto que el Dr. Nugués partiria en el primer tren del dia siguiente, y á la noche todos estuvieron muy amables con él, que estuvo muy fino y muy espiritual con todos.—Hicieron tertulia en el corredor de la sala.—La luna, pálida y brillante como la copa de un antiguo zahumador de oro, iluminaba el jardin con tintes de aurora. Los abuelos estaban sentados en un sofá, el uno al lado del otro, como dos novios de cabeza empolvada. Marta y el Dr. Nugués se paseaban del brazo, conversando, riendo, deteniéndose de tiempo en tiempo á contemplar el paisaje, á respirar con fuerza, con el unison de un duo, las emanaciones aromáticas de la noche, á contemplar con embeleso el cielo, la luna, las estrellas... El Dr. Nugués se creia víctima de sensaciones panteistas de un nuevo género... Marta sentia estremecimientos nerviosos que eran para ella misma un enigma.

Llegó la hora habitual de recojerse, y el Dr. Nugués, para despedirse amablemente de su restablecida compañera, la detuvo bajo la directa irradiacion de la celeste lámpara, diciéndole:

—Cuando vinimos, estaba V. flaca, desencajada, amarilla, fea. Permítame ver bien cómo la dejo ahora!

Marta se puso muy derecha, muy séria, con los ojos fijos en el foco de la luz que la inundaba, para dejarse mirar por su médico. Vestia de blanco. Su corpiño era lijeramente abierto sobre el seno; un rayo de luna penetraba allí con curiosidad indiscreta, casi criminal.

—Oh! esclamó el Dr. Nugués despues de una atenta observacion, llevo la satisfaccion de dejarla buena, lozana, rozagante, admirablemente hermosa.... Aun cuando V. no fuese heredera de los Valdenegros, encontraria novios á elegir en la sociedad, como hay flores á elegir en su jardin....

Marta soltó una de sus carcajadas melodiosas, y don Francisco y doña Emilia que habian participado de la escena, participaron tambien de aquella galante hilaridad. Bajo estos auspicios tuvo lugar una despedida alegre y afectuosa.—Doña Emilia y Marta no debian ver más al viajero. Solo don Francisco madrugaria para acompañarlo.

Retiróse el Dr. Nugués á su aposento.—Se desnudó con mucha flema, pero al meterse en cama, murmuró:

—Si no fuese yo quien soy, concluiria por enamorarme de la chiquilina!

Tomó luego los diarios, que estaban sobre la mesa de noche; no encontró en ellos nada interesante y apagó la luz.—Desgraciadamente, hacia mucho calor y los mosquitos andaban alborotados como nunca.—Ellos y el Dr. Nugués estaban desvelados, y por la misma causa!

Habia quedado abierto un postigo de la ventana.—Penetraban en la alcoba resplandores de luna; los mosquitos creian ver el crepúsculo;—el Dr. Nugués creia estar todavia examinando á Marta...

Ah! el juicio que pronunciaba á solas era un poquito más severo que el que habia manifestado á la jóven... Desde luego, Marta.... (lo está viendo el Dr. Nugués en aquellos rayos de luna) tiene la cara un poco chata y no suficientemente ovalada, la frente un tanto estrecha, las cejas demasiado acentuadas, los lábios algo gruesos, y es, además de todo, muy morena.... En cambio (sigue el Dr. Nugués viendo todo esto) háy en su tez jaspes aterciopelados de manzana madura, y en los vívidos colores de sus mejillas parece renovarse á cada instante una sangre pura, ardiente, con impulsos de sávia observada en el miscroscópio..... Su nariz es correcta y sus ojos brillan como dos carbones encendidos, entre largas pestañas de seda negra..... Abre su boca purpurina..... oh! el dulce más delicado de la Confiteria del Gas no despierta sensaciones tan golosas como aquellas dos hileras de dientes que parecen granos de arroz con leche..... ¿Y esos hoyuelos que se le forman cuando rie? Casi imperceptibles....pero producen vértigos!—Su cabellera renegrida, lácia, espesa, hace el efecto de una vegetacion lujuriante.... El ritmo de su respiracion, seguido en las ondulaciones de su pecho, excesivo talvez, pero admirablemente delineado sobre el arco gentil de una cintura esbelta, seria digno de acompañar á Cárlos Guido en la recitacion de Amira!

Todo esto vé, y examina, y diseca, y comenta el Dr. Nugués, sin apartar la vista de aquellos rayos de luna; pero allí está únicamente la imájen de Marta... Ella misma... ¿dónde está? Un mismo techo los alberga... ¿Duerme ó está tambien desvelada?... Cruza zumbando un mosquito... El Dr. Nugués no puede defenderse de la tentacion de ser mosquito en aquellas altas horas de la noche... Volaria silenciosamente por las vastas habitaciones de la casa. dormida en las tinieblas... Llegaria hasta la puerta que guarda los púdicos misterios de la alcoba de Marta... Buscaria un resquicio para penetrar en el santuario... Entraria... Se posaria sobre las blancas cortinas de su lecho, y veria, oiria, si duerme ó está tambien desvelada... Esta veleidad de verse convertido en mosquito hace comprender al Dr. Nugués que se encuentra nuevamente bajo el imperio de sensaciones panteistas... Las desecha... Agólpanse á su cabeza otras ideas... Podria llegar á ser esposo de Marta Valdenegros, dueño improvisado de una fortuna colosal... Sí! es cierto;—no le seria difícil sorprender la candidez de Marta para recojer las primicias de su alma, ávida por conocer los cielos del amor, que presiente, que adivina... Sí!—pero—¿debe él convertir en aventura amorosa su mision profesional? ¿Debe darle á Rodolfo De-Siani el derecho de pensar que el Dr. Nugués le ha robado su plan, dándole otra forma? Largas horas de cavilacion insomne lo persuaden de que no debe pensar en la mano de Marta Valdenegros; su resolucion está hecha, pero, al fijarla, tiene cuidado de dejar impresa en sus lóbulos cerebrales la constancia de que no procede por virtud, ni por lealtad ni por delicadeza.—Sanciona y promulga que obedece únicamente al amor propio!

Cuando el Sr. Valdenegros entró á despertar al Dr. Nugués, ya estaba el jóven en pié y pronto para marchar. Tomaron un lijero desayuno y montaron en el dog-car que debia conducirlos á la estacion del ferro-carril. Don Francisco no encontraba palabras suficientes para espresar su gratitud.—*Nuestro agradecimiento!* —era á cada paso el sujeto, el régimen directo ó el complemento espletivo de sus frases entrecortadas y efusivas. Solo la llegada del tren pudo poner término á tan calorosas espansiones.—El Dr. Nugués abrazó al anciano, y subió luego al wagon que llevaba ménos pasageros.—Antes de cuatro horas desembarcaba en la Estacion del Parque, y tomaba su cupé, cuyo cochero habia sido prevenido por telégrafo.

Giacomo, el hermano gemelo del jardinero de «Las Alamedas», recibió á su patron con manifestaciones de júbilo. Estaba en vena de conversacion, y so pretesto de entregarle al Dr. Nugués algunas tarjetas recibidas en su ausencia, entró á su cuarto y preguntó cómo habia quedado la *ragazza ammalata*.

—Buena y sana, como para ir á un baile, respondió el Dr. Nugués con cierto gesto evidentemente encargado de cortar el diálogo.

—*Mei complimenti!* — murmuró Giacomo, batiéndose en retirada.

Entre las tarjetas habia una que decia:

RODOLFO DE SIANI
P. P. C.

El Dr. Nugués la separó de las otras y la colocó entre el vidrio y el marco de uno de los cuadros de su estudio.

*(Continuará.)*

# CRISTINA
## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)
POR
**DANIEL MUÑOZ**

—)o(—

### III

UN mes despues, los amores de Alberto y Cristina no eran un secreto para nadie. La sociedad, ávida siempre de novedades, apènas se ocupaba de ellos sino para fijar la fecha del casamiento: quien aseguraba que la ceremonia se efectuaria aquel mismo invierno, quien porfiaba que no se realizaria hasta comienzos del pròximo año.

Cristina se habia transformado. Como menor de las cuatro hijas del señor Peña, habia vivido hasta sus veinte años rodeada de mimos y preferencias, que ella retribuia tratando por todos medios de hacer màs dulce la ancianidad de sus padres, con esas gazmoñerìas y arrumacos de que tanto se paga el cariño.

Habia sido la niña predilecta, gozando de todos los fueros que rodean *á la hija de la vejez*, que es como el ùltimo vinculo que ata à los padres à la vida, y concentran en èl todas sus afecciones con la misma avidez con que el jornalero se encariña por la ùltima moneda de su salario. Educada en un Colegio de Hermanas de Caridad, Cristina habia llegado á ser mujer sin darse cuenta de ello, entregada al cariño de sus padres y à las exaltaciones de un misticismo inocente, que ella traducia en frivolas pràcticas devotas, màs aparatosas que conscientes; algo que era en ella màs una diversion que una devocion, entretenièndose en acicalar las imàgenes que decoraban las paredes de su alcoba, pequeño nido siempre perfumado y deslumbrante de blancura, que hacia à la vez de dormitorio y de santuario, y cuya entrada solo era permitida à una que otra de sus amigas predilectas.

Desde la noche del baile, Cristina empezò à hacer una vida màs retraida dentro de su propia casa. Solo hacìa sociedad en familia en las horas precisas del almuerzo y de la comida, y aùn en esos momentos, permanecia abstraida, como si no quisiese distraer su pensamiento del recuerdo de Alberto. Retirada en su alcoba, permanecia allì horas tras horas, entregada à sus ensueños, con gran resentimiento de sus virgenes y santos para quienes no habìa ya ni una sonrisa, ni una flor, ni uno de aquellos adornos con que àntes se complacia en acicalarlos. Ya no la distraian sus muñecos divinos, absorta como estaba en el culto de una divinidad nueva, tangible, que ella sentia agitarse en todo su sèr.

Por la tarde, empezaba recien à preocuparse de su persona. Se adornaba con esmero, ensayaba sus tocados de diversas maneras, se convertia ella misma en ìdolo de su culto, y no quedaba nunca satisfecha de su atavio, hasta que la arrancaba de aquella contemplacion el reloj que marcaba la ùnica hora que en todo el dia la preocupaba. A las ocho, indefectiblemente, entraba Alberto de visita. Cristina lo recibia embargada por la emocion, como algo que ella esperaba entre alegrias y zozobras, llena de inquietudes siempre por un minuto de retardo. La visita era para ella; nada mas que para ella. Lo esperaba sentada en el balcon, teniendo à su lado la silla que èl debia ocupar, sin darle tiempo màs que para saludar à sus padres, con ese egoismo propio de los enamorados que quieren concentrar en sì hasta la mirada màs indiferente.

Y allì, en el balcon, juntos los dos, hablaban sin cesar, siempre sobre el mismo tema, renovàndolo sin interrupcion, preguntàndose diez veces lo mismo que otras tantas se habian preguntado la noche anterior, y repitiendo mañana lo que hoy se habian dicho, con ese empecinamiento egoista de la pasion, que nunca se cansa de hablar de sì misma.

—

Entretanto, las inquietudes del padre de Alberto aumentaban dia à dia. Evidentemente su hijo decaìa de una manera visible. Aquel tinte de tristeza que reflejaba en su fisonomìa un dolor interior, se acentuaba cada vez màs, y hasta su caràcter se transformaba. Apacible y condescendiente de costumbre, empezaba á manifestar ciertas irascibilidades desconocidas en èl. La mìnima contrariedad lo exasperaba, y si se le contradecia en cualquier punto, replicaba con exaltacion y descomedimiento. A las cariñosas insinuaciones de su padre, contestaba Alberto con sequedad, irritàndolo màs que nada los cuidados de que se veia rodeado. El bueno de don Rafael se pasaba las noches en vela, alarmado por la tos seca que entrecortaba el sueño de su hijo. Larga lucha tuvo que sostener con èl el anciano para que se prestase à un reconocimiento mèdico, pero pudo màs la constancia del padre, y al fin consintiò Alberto en ser reconocido, protestando sin embargo que aquello eran chocheces de viejo, que èl nada tenia, y que se sentia mejor que nunca.

Poco satisfactorio debiò ser el resultado de la consulta, pues Don Rafael redoblò sus cuidados, y revistièndose de energìa le manifestò à Alberto que era necesario cuidarse, y obedecer las prescripciones dictadas por los facultativos. Alberto sonriò, y continuò empecinado en que nada tenìa, apesar de que dia por dia se acentuaban màs en todo su organismo los sìntomas de una enfermedad terrible.

Habìa perdido el apetito, y todas las arterìas de que Don Rafael se valìa para alimentar à Alberto, se estrellaban en la caprichosa voluntad de èste, que parecìa gozarse en desbaratar las cariñosas tretas con que el padre pretendìa vencer sus resistencias.

Por ùltimo, como supremo recurso, decidiò Don Rafael avistarse con los padres de Cristina, para ver si la influencia de èsta lograba lo que ni el cariño ni la autoridad paternal habìan conseguido. Nada ocultò el anciano à los padres de la prometida dè su hijo, y alarmados èstos con lo que oyeron, hicieron comparecer à Cristina, y velando hasta donde era prudente la verdad, le dieron claramente à entender que Alberto no estaba bien.

Para Cristina, aquella confidencia à medias, fuè toda una revelacion. Ella se habia apercibido ya del decaimiento de Alberto, pero en el egoismo de su pasion, habia atribuido aquel cambio al amor que su prometido le tenia. Al caerle la venda de su alucinacion, quedò consternada, y encerrada en su alcoba se pasò todo el dia llorando, llena el alma de fùnebres presàgios.

Cuando Alberto fuè por la noche, la encontrò pàlida y triste, sentada en un sofá de la sala. Estaba, contra la costumbre, sola, y Alberto desde la entrada comprendiò que algo grave la preocupaba. Pero cuando supo la causa de su tristeza, cuando ella, con los ojos brillantes de làgrimas y el acento entrecortado por los sollozos, le pintò su afliccion y le rogò que se cuidase, èl se echò à reir, y tomàndole una mano con cariño, le dijo:

—Estas son las arterìas de papà. El pobre viejo, no sabiendo ya de què ocuparse, ha inventado esta enfermedad para mortificarme con sus cuidados. No seas aprensiva, y hablemos de lo que hablamos todas las noches. Te prohibo que vuelvas à tocar ese asunto que ya me tiene cargado.

—Pero, Alberto... insistiò ella.

—Te repito que no me hables màs de eso, dijo Alberto interrumpièndola y con tono agriado.

Ambos quedaron callados. Aquella pequeña discusion habia coloreado el pàlido semblante de Alberto, y respiraba aceleradamente, con la boca entreabierta, como si la exaltacion lo hubiese fatigado.

Cristina no se atrevia à mirarlo; lloraba silenciosamente, herida por el tono con que Alberto la habia hablado por primera vez, èl, tan suave, tan cariñoso siempre con ella. Èl mismo se apercibiò de su injustificada exaltacion, y tomàndole nuevamente la mano le dijo:

—Perdòname. Te he dicho no sè cuàntas impertinencias sin saber lo que dècia. Me tiene papà tan fastidiado con esto de que estoy enfermo, que cada vez que me hablan de ello me exalto. Crèeme, Cristina,

que yo no tengo nada. Son cavilaciones de mi pobre viejo, que apenas toso, ya me cree grave.

Y sonriendo añadió:

—Yo padezco, sí, pero de otra dolencia que ya se ha hecho crònica, y contra la cual es impotente la ciencia.—¿No te atreves tù à curarme?

Cristina sonriò à su vez. Ella sabia bien à què enfermedad se referia Alberto, y embriagada en las ìntimas confidencias que su prometido le hacia, olvidò la triste escena con que habia empezado la entrevista.

Salieron al balcon. Era una de esas noches templadas de Abril, una noche otoñal, quieta y clara. La luna, enorme y amarillenta, desbordaba por sobre las azoteas è iluminaba todo con una claridad pàlida, euvuelta en brumas diàfanas. Desde el balcon en que Alberto y Cristina estaban reclinados, se veìa el puerto, custodiado por el Cerro que se levantaba con su silueta negra, relampagueando periòdicamente los destellos de su faro, como el ojo ciclopeo de un jigante mitològico.

Toda la ciudad empezaba à surgir de la penumbra, con sus azoteas escalonadas, como las graderìas de un circo inmenso, descendiendo hàcia la Aguada, y ascendiendo hasta acercarse à las torres de la Matriz, cuyas cùpulas se bruñian con lustre de plata, retratando en sus azulejos rayos de luna que se desmenuzaban en hebras de luz.

Cristina, con la mirada perdida entre aquellas vagas claridades, soñaba en el porvenir de dicha que Alberto le pintaba con cierta exaltacion febril, como queriendo convencerse à sì mismo de que todo aquello se habia de realizar. No se esplicaba las dilaciones que oponìa la familia de su novia à la consumacion de su dicha. A los argumentos que Cristina aducìa para justificar el proceder de sus padres, replicaba èl con vehemencia, protestando contra esas preocupaciones sociales que imponen al amor un noviciado inùtil y hasta ridìculo, que solo servìa de tema para las hablillas de la gente. Desde que se querian, no habìa para què retardar lo que mañana podrìa realizarse, y sobre esto insistìa con calor, como si temiese que la fatalidad se interpusiese à sus deseos.

Alberto callò, fatigado por la exaltacion en que lo ponìa aquella contrariedad que èl pretendìa salvar allanando todas las preocupaciones que segun èl eran el ùnico obstàculo que retardaba su felicidad.

La noche refrescaba, y dos ò tres veces sufriò Alberto fuertes ataques de tos que despertaron las adormecidas inquietudes de Cristina. Empeñòse con èl en que se retirase del balcon, pretestando que ella misma no se sentia bien, pero Alberto no cediò, diciendo:

—¿Vuelves otra vez con tus aprensiones? Ya te he dicho que no tengo nada. Seria hasta de mal gusto encerrarnos en la sala, cuando podemos disfrutar desde aquì del magnìfico panorama que tenemos delante.

Efectivamente, el paisage que desde el balcon se divisaba era esplèndido. La luna, despojada ya de los tules de brumas que la envolvian, brillaba como un escudo bruñido en el fondo negro-azulado del cielo, y bordaba el manto del mar con lentejuelas de plata. Las arboledas de las quintas, surjian como moles negruzcas, entre las que se destacaban los pretiles de las casas y las agujas que coronan los palacetes del Paso del Molino. Los cristales de los miradores reverberaban con resplandores de espejos, y las lagunas de la playa, miradas desde aquella altura, semejaban enormes planchas de acero pulido en cuya superficie la luna trazaba rieles plateados. Los ruidos de la ciudad se apagaban poco à poco, hacièndose sentir en el silencio, como truenos lejanos, el rodar de los carruajes.

Alberto contemplaba todo aquello como en un èxtasis, y miraba de cuando en cuando à Cristina, que se habia sentado en una silla, y apoyado el codo en la baranda del balcon, permanecia con la cabeza inclinada, descansando en la palma de su mano blanca y afilada, cuyos dedos resaltaban sobre la mata negra de sus cabellos.

Todas sus inquietudes habìan renacido, y sin atreverse à contrariar nuevamente à Alberto, lloraba silenciosamente, ocultando sus ojos para evitar nuevas esplicaciones que hubieran provocado la irrascibilidad que su novio mostraba cada vez que se le recordaba su enfermedad

Asì corriò otro mes, durante el cual se ahondaron las huellas que una dolencia terrible trazaba en el organismo de Alberto Conde. Todas las ilusiones que en su acendrado cariño paternal se creaba don Rafael para engañarse à sì mismo, se desvanecian ante la realidad de los progresos visibles del mal. Alberto habìa cambiado notablemente. La palidez mate de su rostro habia tomado un tinte amarillento; los ojos empañados y circuidos de una sombra azulada, parecian enterrados en dos agujeros profundos; los labios, secos y anèmicos, los tenia constantemente entreabiertos, y su respiracion era siempre acelerada y anhelosa.

Su caràcter se agriaba tambien por dias. Habìa cortado toda relacion con sus amigos, y ni se tomaba la molestia de ocultar su fastidio à Càrlos Centeno que asiduamente estaba à su lado pretendiendo distraerlo. El pobre don Rafael era la vìctima de todas las irrascibilidades de Alberto. No le hablaba, y cuando lo hacia, era solo para recriminarlo por todo: por la comida, que no le gustaba; por los remedios, que consideraba inùtiles; por los cuidados que con èl se tomaba como si fuera un niño. Bastaba que don Rafael le advirtiese que el aire estaba frìo, para que Alberto saliese sin abrigo. Si se le hacia presente que el cigarro le era perjudicial, fumaba sin descanso. Alberto era el espìritu de contradiccion constante: lo que para todos era blanco, era negro para èl, y lo discutia con calor, y se exaltaba, y llegaba hasta los tèrminos agrios cuando se le replicaba.

Solo al lado de Cristina se suavizaba, porque solo ella era la que lo complacìa en todo y asentìa à todas sus opiniones. Era la ùnica que sabìa engañar la terquedad del enfermo. Se fingìa dèbil para que Alberto la instase à robustecerse, y la acompañase à alimentarse. Habìa conseguido que su prometido comiese tres veces por semana en su casa, so pretesto de que èl se cerciorase de que ella le obedecìa, y à fuerza de arrumacos y coqueterìas que ella inventaba, lograba engañarlo.

Alberto se habia convertido en un niño caprichoso à quien era necesario reducir à lo razonable por medio de arterìas y distracciones. Viendo que lo que màs lo molestaba era el que se le hablase de su enfermedad, resolvió don Rafael, de acuerdo con los padres de Cristina, no hacer ninguna referencia à su estado. Entònces Alberto tomò por tema de sus recriminaciones el poco caso que de èl hacian. Nadie se preocupaba de èl, apesar de constarles à todos que estaba enfermo. Don Rafael soportaba con santa resignacion aquellas injusticias, y esa misma resignacion exasperaba màs à Alberto, que se la enrostraba como indiferencia para con èl.

—Pero hijo, solia decirle el buen padre, ¿à què he de molestarte cuando tù estàs bien?

—¿Bien? replicaba Alberto exaltado; se conoce que Vd. no se preocupa mucho de mì, que me paso las noches en claro tosiendo sin descanso.

—Pero entònces, hijo, sigue las prescripciones que te han indicado los mèdicos; toma los remedios, alimèntate, abrìgate......

—¿Què entienden los mèdicos? Si fuera à hacerles caso no tendria un momento de reposo. Lo que V. deberia hacer seria hablar formalmente con los padres de Cristina para que se dejen de ridiculeces, y consientan en que nos casemos en este mes. Yo me iria al campo con ella y allì me restableceria de esta molestia que tengo. No necesito màs remedio que el campo; estoy seguro de que en quince dias me pongo bueno.

—Pero la estacion està ya muy avanzada, objetaba don Rafael, y luego, casarte en el estado delicado en que estàs no me parece bien. Vas à condenar à esa pobre niña à ser tu enfermera....No, hijo, vale màs que te atiendas y cuando te mejores....

Alberto no contestaba à esas juiciosas observaciones de don Rafael. Cortaba la conversacion y se retiraba, protestando contra todos, que parecian conjurados para contrariarlo. Vivia durante el dia en una constante irritacion, y por la noche se desahogaba con Cristina, confiàndole todas sus contrariedades, que ella escuchaba con interès asintiendo à todo, y finjiendo compartir todos sus disgustos.

Cuando Alberto se separaba de su lado, Cristina se retiraba à su habitacion y lloraba amargamente, como si su alma presintiese un golpe fatal. Sin querer darse cuenta de la realidad, que ella trataba de ocultarse à sì propia forjàndose mentidas ilusiones, Cristina adivinaba que sobre su cabeza se cernia una tormenta horrible, algo que ella no se

atrevia à precisar, y que sin embargo entreveia como una vision fatìdica. Aquella idea la embargaba por completo, y entregada à ella vivia como secuestrada dentro de su propia casa, aislada de su familia, evitando la intimidad de sus amigas, enterrada en su egoismo que no le permitia mas que pensar en Alberto.

Cristina tambien habìa desmejorado. Ya no era aquella niña graciosamente contorneada y de rostro risueño que Alberto habia visto por primera vez frente à la Matriz. Su cuerpo se habìa adelgazado visiblemente, y su rostro, afilado y pàlido, dibujaba huellas de una profunda tristeza. Poco à poco habìa ido abandonando los atavìos con que àntes se adornaba para recibir à su novia. Sus vestidos eran lisos y oscuros, y sus tocados de una severidad monjil. Solo salìa à la calle los Domingos, al toque de alba, y se dirijìa à la capilla de las Hermanas de Caridad donde oìa misa, y regresaba en seguida à su casa por las calles màs solitarias.

En vano porfìaba Alberto por que saliese à paseo. Ella se resistìa siempre pretestando que no se encontraba bien, ò disculpàndose con las tareas que el arreglo de su ajuar le imponìa, que era el motivo que mejor aceptaba Alberto, como que su premura por casarse aumentaba en razon directa de los progresos de su enfermedad.

Con motivo del cumpleaños de Cristina, se organizò en su casa una fiesta de familia, que los padres trataron de hacerlo mas amena posible para distraer à la niña de la preocupacion en que vivia. Habìan de comer con ella todas sus parientas y amigas, y se invitaron à algunos amigos de la casa.

Para Alberto y Cristina, marcaba aquella fecha no solo un acontecimiento de familia, sinò algo màs ìntimo para los dos. Hacìa precisamente tres meses que se habian conocido, y como todos los enamorados, encontraban motivo en aquella coincidencia para forjarse nuevas ilusiones, que son como la savia que entretiene y nutre al amor.

Llegò por fin el dìa. Era el 5 de Junio, dia triste, envuelto en nieblas grises. La casa de los Peña estaba en movimiento desde las primeras horas de lá mañana, preparando todo para la fiesta que debia concluir con una tertulia, sorpresa que los padres de Cristina le reservaban, como ofrècièndole ocasion de que presentase à la sociedad à su prometido.

Cristina permanecìa indiferente à la agitacion que en su casa reinaba. Sin poder esplicàrselo ella misma, estaba màs triste que de costumbre, y ni los cariños de sus amigas ni los regalos que profusamente le llegaban, lograban sacarla de su retraimiento. A las cinco de la tarde llegó Alberto acompañado de su padre, y media hora despues se sentaban todos los invitados, en nùmero de veinte, à la mesa que presidìa con visible satisfaccion la señora de Peña, teniendo á su derecha à don Rafael, y à su izquierda à Cristina, que tenia del otro lado à Alberto.

La comida fuè animada y alegre. Don Rafael, con su buena pasta, habia resucitado las bromas de su tiempo, y hasta el mismo Alberto las festejaba, riendo con Càrlos Centeno, à quien tenia enfrente, de las antiguallas *del viejo.* Motivo tenia el buen anciano para estar contento y decidor. Hacia tiempo que no veia à Alberto tan animado, y hasta llegò à creer que la enfermedad era màs impaciencia por casarse que otra cosa. Efectivamente, Alberto estaba desconocido, tenia el rostro encendido, hablaba con vivacidad y se reia de muy buena gana.

Solo Cristina parecia inquieta con aquella desusada animacion. Miraba à Alberto atentamente, y al notar el color encendido de sus mejillas, y la brillantez de su mirada, se entristeció màs aùn, à punto de que Alberto lo echò de ver, y hablàndole al oido le dijo:

—No pongas esa cara, porque los convidados van à creer que te fastidia estar à mi lado.

—Lo que me tiene inquieta, es precisamente tu agitacion, Alberto. Nunca te he visto asì.

Alberto lo echò à la broma, y continuò hablando con exaltacion, riendo con Centeno de los chistes de don Rafael, que satisfecho al ver la alegria de su hijo, agotaba todo el repertorio de sus buenos tiempos.

A los postres, la animacion se hizó màs ruidosa. Estaban todos contajiados del buen humor que manifestaban los mayores, y se reian con franqueza. Un golpe de tos cortò una sonora carcajada de Alberto, se llevó el pañuelo à la boca tratando de contener el acceso, y de pronto palideciò, inclinò la cabeza, y resbalando por la silla, cayò à los piès de Cristina.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando lo levantaron, pàlido, con los cabellos pegados à la frente empapada en un sudor helado, notaron todos con terror una mancha de sangre sobre la blanca pechera de su camisa!

FIN DEL CUADRO TERCERO

# INVIERNO

Era en Junio. Las tardes en el cielo
Poca vida tenian...
La luz crepuscular, como un gorgeo,
En semifusas ràudas se extinguia.

Los harapos de nieblas, como heraldos
De la noche caian,
Y en las torres, pretiles y balcones
Como paños de luto se prendian....

En esa hora sin color ni sombra,
En esa hora mùstia, indefinida,
Intermedio de amor en que la noche
Se abraza con el dia,

Solitaria la calle de su casa,
Como senda de ermita,
Sin siluetas, sin ruidos y sin ecos,
Asì permanecia...

Solo ella tras los vidrios reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Semejaba una estàtua, quieto el seno
É inmòvil la pupila....

Enfrente estaba yo. Y asì pasàbamos,
Hasta que nuevamente rebullia
La ciudad por la noche. En aquel tiempo,
Con sin igual locura me queria!

Mas pasò aquel invierno, y con sus flores
Sus cantos y sus brisas
Volviò la primavera, y de las tardes
Fuè mas larga la vida.

Y en la acera de enfrente me paraba
Ansioso todavia,
Y las gentes tomàbanme por loco,
Mièntras yo de las gentes me reia...

Pero allá, tras los vidrios, reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Ella, no estaba ya. ¡Todo su afecto
Muriò con la humedad y la neblina!...

Porquè?... Por caprichosa! En el invierno
Cuando flores no habia,
Las cultivò en su pecho y en mi alma
Dejò caer semillas....

Mas cuando el prado henchido de perfumes,
Nadaba entre matices y armonìas,
Y ricas de recuerdos de otras tierras
Llegaban las viajeras golondrinas...

Por el prurito de llevar la contra
Hasta à su misma dicha,
Las hizo marchitar y ahogò su llanto,
Con histèrica risa...

Y aùn se rie! y parece que es dichosa!
¡Miéntras que à mì, la angustia me asesina! ....
Mas, no doy una gota de mi llanto
¡Por toda su alegria! ....

RAFAEL FRAGUEIRO.

# NOCTURNO

DIOS! à quien adoro
Y à quien adora ella,
Tú que los secretos
Del alma penetras
Dime: cuando sola
Se halla, y léjos de ella
Triste y abatido
Me encuentro ¿qué piensa?

Cuando sus cuidados
El insomnio acecha,
Llenando sus horas
De inquietud inmensa;
Cuando llama en vano
Con profunda pena,
¿Qué nombre pronuncia?
¿Qué amor la desvela?

Cuando el blando sueño
Sus párpados cierra
Y en dulce abandono
Reposa ¿qué sueña?
Sus brazos caidos
¿Qué estrechar anhelan
Cuando de su lecho
Desmayados cuelgan?

Cuando en la penumbra
De la aurora, envuelta,
Vuelve perezosa
Su linda cabeza;
Cuando se entreabren
Sus pestañas negras,
Su primer sonrisa
¿Qué vision despierta?

Cuando la plegaria,
Como su alma, ingénua,
De sus rojos làbios
Mas pura se eleva;
Cuando sus anhelos
Hasta tus piés llegan,
¿Qué gracia te pide
Dios mio? ¿qué ruega?

¡Oh Dios! si mis dias
De amarga tristeza
Te apiadan, acoje
Mi humilde querella:
No busco la sombra
De vanas grandezas,
Haz que alcance un solo
Pensamiento de ella!

AUGUSTO V. SERRALTA.

Montevideo, 1º de Setiembre de 1883.

# SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 4

## PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| T 5 R (jaque) | R toma T |
| D 4 A (jaque) | R toma D |
| C 6 CR (mate). | |

*Observacion*—Si R no toma D en el segundo movimiento y vuelve à la casilla 4 D la D dá mate en dos jugadas ocupando la casilla 5 R.

*Otra observacion*— El problema ha sido mal planteado porque se presta à dos soluciones completamente distintas.

La mente del problemista ha sido darle la solucion que antecede, pero tambien tiene esta otra:

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 5 CR (jaque) | D 4 AR |
| D toma D (jaque) | R 3 D |
| D 5 R (mate) | |

Ambas soluciones fueron enviadas por C. M.—La primera por El Duende y Rocambole y Rocambolito; y la segunda por Eduardin, Ed Loedel, y Un Aspirante à Presidente.

## CHARADAS

*1.ª Sorpresa—2.ª Partitura—3.ª Vegetal*

No recibimos ninguna solucion de la primera—La segunda fuè resuelta por Anton Perulero, Una floridense, Perulin y Pipo, Moniato, y Fourques—La tercera lo fuè por Un Aspirante à Presidente y Alpha

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

*Imprenta — Càustico — Plètora — Acùstica*

Las cuatro fueron resueltas por Alpha. Las tres primeras por Rocambole y Rocambolito, y Una floridense. La primera solamente por un Aspirante à Presidente y Perulin y Pipo. Moniato descifrò la segunda y cuarta.

## FUGA DE VOCALES

*Oigo en mi canto el lànguido murmullo*
*Del aura que los àrboles menea*
*De la tòrtola triste el ronco arrullo*
*Y la sonora lluvia que gotea.*

Resuelta por un Aspirante à Presidente, Anton Perulero, Una floridense, Rocambole y Rocambolito, Alpha, Viguela, Perulin y Pipo, Saturno, Un empleado, Moniato, y Fourques.

## FUGA DE CONSONANTES

*Por ti el delirio del honor se adora*
*Por ti el hinchado mar hiende el marino*
*Por ti en su gruta el penitente llora*
*Y empuña su bordon el peregrino.*

Fuè resuelta por Un Aspirante à Presidente, Rocambole y Rocambolito, y Fourques.

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Por ti vencida se incendiò à Corinto*
*Por ti la sangre en Maraton orea*
*Por ti una noche con aliento estinto*
*Tumba Leonidas demandò à Platea.*

Fuè resuelta por los mismos, màs Alpha.

## SALTO DE CABALLO N. 2

*Los ojos de la que adoro*
*Son para mi como el sol;*

*Si están léjos tengo frio,*
*Si cerca, me dan calor.*
*Si me miran siento fuego;*
*Y profundo malestar*
*Sentiria si mi amada*
*Me dejára de mirar.*

—

Enviaron la solucion Un Aspirante à Presidente, Anton Perulero, Rocambole y Rocambolito, Una floridense, Alpha, Corbin, Un telefonista, Un empleado, Moniato, y Perulin y Pipo.

### GEROGLÍFICO

*Otra seria la suerte de este pueblo si todos sus santos fuesen de palo.*

—

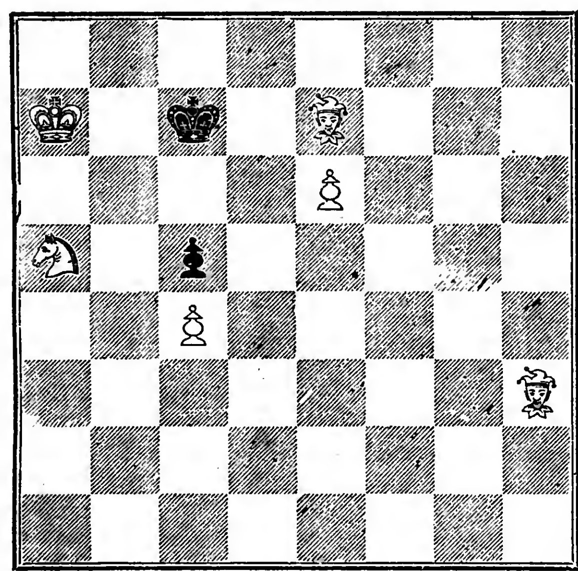
La solucion exacta fuè enviada por S. D. Pintos, Un empleado y Moniato.—Alpha enviò esta: *Otra seria la suerte de este pueblo si todos unidos lo fuesen è independientes.*—Lo mas curioso en esta solucion es que se haya tomado el palo como signo de independencia.

—

Hacemos saber à Rocambole y Rocambolito que aceptamos su ofrecimiento y que por consiguiente pueden mandar los juegos que propo nen.

**Problema de Ajedrez por Un aficionado**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## CHARADAS

Mi *primera* es hermosa,
Tú lo sabes, mujer, y yo lo siento,
Por ella mi *segunda*
Sufre ansiosa de amor en el tormento.
*Primera* es de mi vida la esperanza
Tras la que sigo loco,
Mas ay! para alcanzar su bienandanza
Mi *segunda* es muy poco.
En ser el *todo* cifro mi ventura
Y si testigos quiéres, venga el cura.

OTRA

La *segunda* y la *primera*
Defecto superficial
Que todas las que lo tienen
Tratan siempre de borrar.
Si á la *tercera* le agregas
Una letra no vocal,
Una enfermedad resulta
Que bien puede ser mortal.
Nunca júzgues á ninguno
Por lo que dice el *total;*
Que en casi todos los casos
Oculta la realidad.

OTRA

Si á *dos* y *prima* me caigo
A no dudar quedo allí,
*Tercia* y *cuarta* es voz marina
Que oigo siempre repetir.
Y en mi *todo* con constancia
Buenos pesos conseguí.

### FUGA DE VOCALES

¿C.mpl.—.l –p..t.—s.—m.s..n—b.nd.t.
C..n.o—.n – .str.f.s.—.nsp.r.d.s—c.nt.
.l– .m.r, –q..—h.st.—.l—c..l.—l.—l.v.nt.
.l—d.l.r, –q..—.—s. –.lm. –r.d.—.g.t.,

### FUGA DE CONSONANTES

.a—.u.a, – .ue—.e—.o...a—y—.e.i.i.a,
.a—i.u.io.,—.ue—.e—a.ie..a – y—.ue—.e—e..a..a,
E.—.e.e..a.o,—.a—e..e.a..a—.a..a,
.ua..o—e.—.u—.e.—e..i.i.ua.—.a..i.a?

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

.u.n.o—.n—.i.n.s—.r.u.f.n.e.—a.r.b.t.,
E.—s.n.i.i.n.o—.o.u.a.—d.m.n.,
D.l – .a.r.o.i.m.—l.—p.s.o.—d.s.t.,
E.—b.e.—s.n.i.n.,—l.—m.l.a.—f.l.i.a,
.l.a—.l—.s.l.v.—y—.l—.i.a.o—.a.a,
.u.p.e—.l—.o.t.—s.—m.s.o.—d.v.n.

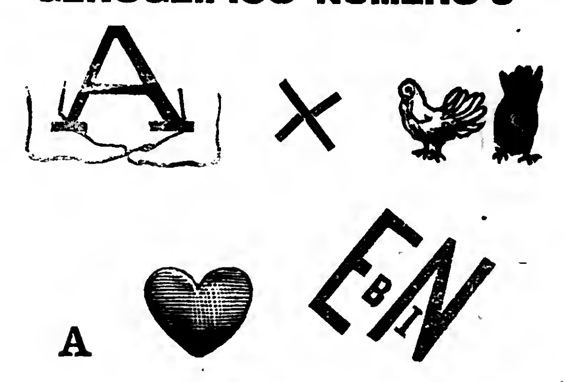
### PALABRAS DESCOMPUESTAS

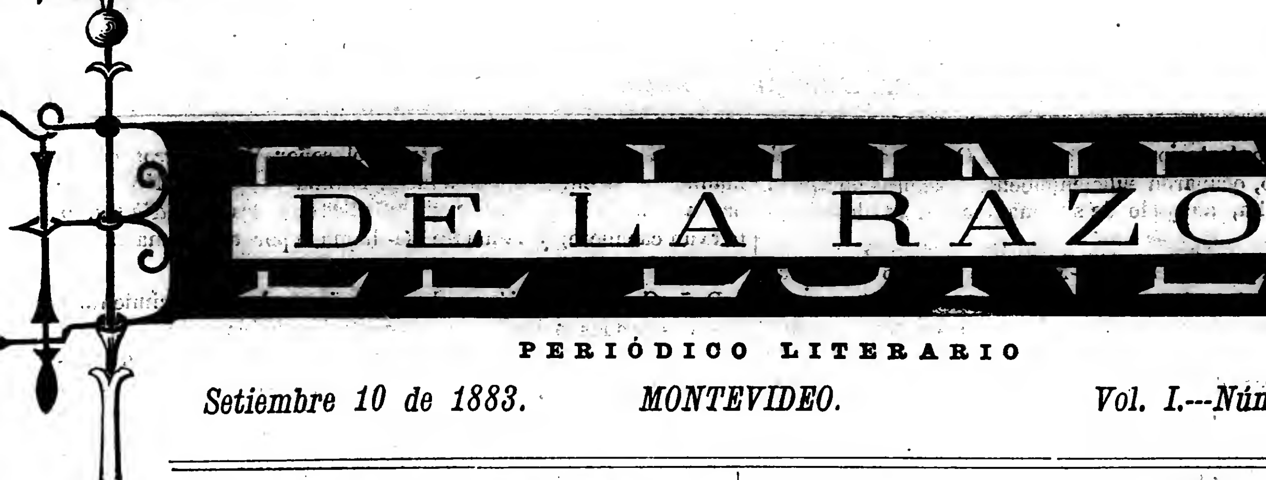
ZORBENGEL—ISTÀPOAR—EBRABEG—ASENGIL

## SALTO' DE CABALLO N.º 3.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| me | de | ca | Una | di | chi | La | de |
| som | no | ren | to! | fres | tar | de | mar |
| un | Y | bra | som | rien | Que | de | jos |
| mi | la | so | bus | ve | do! 64 | ro | can |
| mu | ár | ba | ta | bra | qué | lé | En |
| ca | ca | ger, | de | muy | ra | san | pe |
| bol. | te, | de | lo, | llé | Tú | mi | no |
| mi | bus | Ha | fuis | tad | So | lo: | cio. |

## GEROGLÌFICO NÙMERO 5






PERIÓDICO LITERARIO

*Setiembre 10 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 6.*

# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO SEXTO

—

### LA SOLEDAD DE MARTA

—

EL dia de la partida del Dr. Nugués, - á la hora en que Marta acostumbraba sentarse á departir y reir con él,—la señorita ocupó maquinalmente su puesto, y viendo vacio el de su interlocutor de la víspera, esclamó con una espresion muy natural:

—Era entretenida la conversacion del Dr. Nugués!—voy á estrañarlo mucho.

Los abuelos, que jugaban á las damas cerca del sofá ocupado por Marta, cambiaron una mirada de alarma y prosiguieron la partida con visible distraccion. Marta habia quedado pensativa.

—Esta es la hora más aburrida del campo, dijo al rato.

El Sr. Valdenegros se creyó interpelado, acusado, procesado, convicto, confeso, y preguntó con el acento más dulce que puede encontrarse en los registros vocales de un abuelo:

—Tesoro!—¿qué podriamos hacer nosotros para distraerte?

—Ha sido una tontera, interrumpió Doña Emilia, dejar ir al Dr. Nugués quedándonos nosotros tan solos.... sin saber qué hacer en caso de una novedad cualquiera. Lo mejor seria hacerle un telegrama para que se vuelva y esté aquí miéntras á Marta le convenga el campo.

—Es cierto, es lo que debemos hacer, esclamó resueltamente don Francisco.

—Abuelitos! ustedes se han vuelto locos! dijo Marta, levantándose y haciendo una cortesia encantadora á los ancianos; el doctor Nugués se figuraria que yo estoy enamorada de su linda personita; es viejo para mí; feo tambien. No me conviene ese partido.

Y Marta abandonó el salon, riéndose, dando vuelta la cabeza hácia sus abuelos con gestos cariñosos y burlescos. Ellos se rieron á su vez, y continuaron su juego de damas, empezando por disputar con empeño regalon sobre el número de partidas que habia ganado cada cual.

Pasó media hora y Marta no reaparecia en el salon. Doña Emilia se levantó para ir á ver dónde estaba y la encontró gravemente sentada en la habitacion que habia pertenecido á su padre y que los Valdenegros conservaban religiosamente con los mismos muebles que tenia catorce ó quince años antes, al tiempo de fallecer su hijo.

—Pensaba en papá, dijo Marta al acercarse doña Emilia, que se sentó á su lado;—¿aquí fué donde él murió?

—No precisamente aquí, respondió la señora, sumamente contrariada: Alberto murió en el campo; cayó del caballo quedando prendido del estribo; fué arrastrado y deshecho....Este era su cuarto, y aquí lo trajeron para amortajarlo....

—¿Ya era viudo entonces?

—Pues! tú tenias dos años, y tu madre murió al darte á luz.

—¿Y aqui vivia tambien papá, cuando era soltero todavia?

—Tambien, hija mia; vamos al salon que tu abuelito está solo

—Y el tiempo que estuvo casado con mamá—¿dónde vivian? Vd. me ha dicho que se casaron en otra estancia....

—Vivian en aquella otra pieza que estaba entonces arreglada de otro modo.

—Y allí nací yo, y allí murió entónces ella. Debieron Vdes hacer con esa pieza lo que han hecho con esta; conservarla como estaba!

—Vamos al salon, hijita;—con cuidado estará ya Francisco, porque vine expresamente á buscarte....

—Es una lástima tambien que no haya un solo retrato de mamá! Cuando murió: ¿qué edad tenia?

—Tendria diez y ocho ó diez y nueve años.

—¿Y cómo era mi mamá?

—Ya te he dicho que se parecia mucho á ti....

—¿Era bonita?

—Como tú! Vamos á jugar al volante.

—Hace mucho calor para volante. Debia ser muy morena, porque ustedes son muy blancos, y papá lo es tambien en el retrato. Para que yo haya salido tan morena...

—Vamos á jugar al besigue...

—No importa! Debia ser muy linda y muy buena para que papá se fijase en ella, siendo así como era una muchacha que vivia en el campo. Y otra cosa muy rara es que no haya ningun pariente de mamá!

—Ya te he esplicado, hija mia, que tu mamá era huérfana y vivia con una tia, viuda y sin hijos, que murió poco despues que ella. Hay familias asi, que se acaban...

—Sin embargo, talvez todos no han averiguado bien;—yo voy á preguntar á todo el mundo, para que me den informes....

—No, niña, no hagas eso, es muy peligroso, porque siendo tú como eres, ó serás, muy rica, no faltará quien quiera fingirse pariente de tu pobre madre, para esplotar tu fortuna...Ya ves que te espondrias á muchos desagrados....Demasiado conoces á tu abuelo, tan bondadoso, tan caritativo; si habrá él buscado con afan á quien protejer en la familia de su nieta única.... Por ese lado tú no tienes parientes.... ¿Para qué los necesitas tampoco? ¿No te bastan ya tus viejos abuelitos?

Doña Emilia se habia levantado y hablaba con enternecimiento.

Marta se enterneció tambien.

—Tienes razon, tienes razon, queridita, dijo levantándose á su vez, y abrazando á la señora; mis abuelos son mi mundo!

Entraba en ese instante don Francisco con una carta que entregó á la niña.

—Letra de tu amiga Orfilia, dijo el anciano.

—Sí, es verdad, pobre! es la segunda carta que me escribe y yo no le he contestado todavía... Aquel doctor Nugués me quitaba tanto tiempo!

La lectura y la contestacion de la carta de Orfilia, el baño y el tocador vespertino, ocuparon suficientemente las horas de Marta el resto de aquel dia, alejando de su imaginacion cavilosidades sombrias.

A la tarde era el paseo en landó.—Marta se empeñó en tomar el asiento de adelante; esto era lo natural, estando ella, como estaba, completamente buena, y faltando el doctor Nugués para hacerle *pendant* á don Francisco. Ahora comprendia Marta la desesperante pobreza del paisaje! Ahora encontraba de una exactitud sorprendente lo que ántes le parecia estravagancia del doctor Nugués!

Jorge, como de costumbre, acompañaba el carruaje, á un costado y algo atras, siempre vestido de blanco, y montado aquella vez en un oscuro alborotado y airoso.—Desde su nuevo asiento, Marta tenia que fijar en él sus miradas, y á falta de mejores perspectivas fué durante todo el camino contemplando la sombra gigantesca que el ginete y el caballo proyectaban sobre la llanura al interceptar los rayos casi horizontales del sol en su ocaso.

A la noche, despues de comer, Marta parecia desorientada, caminaba de un lado para otro, como buscando algo.—La conversacion de sus abuelos no lograba sujetarla en un mismo sitio.—Ella les dirigia algunas bromas, les hacia cariños, y enseguida se alejaba, y volvia y se alejaba de nuevo, inquieta, distraida, con una fisonomía muy estraña. Al fin, fué á desahogar en el piano el exeso inocupado de su fuerza nerviosa. Agotó su repertorio y se retiró á su cuarto positivamente fatigada.. Una hora despues, cuando doña Emilia se acercó á su lecho, para observar su sueño, dormia tranquilamente, sin sentir siquiera el aguijon del insecto alado, que, como trasmigacion del alma del doctor Nugués, habia osado ultrapasar el Rubicon del mosquitero y acampaba con cinismo en el delicado cútis de un antebrazo turgente!

Fué madrugadora Marta al dia siguiente. Paseó por el jardin y por la quinta, alejándose con un pretesto ó con el otro, de la compañia de sus abuelos, que sin embargo insistian en seguirla.—Solamente la dejaron cuando entró en la capilla.—Habiase hecho un hábito de pasar allí algun tiempo, antes del almuerzo. Eran un poco estrañas sus místicas soledades. Se sentaba invariablemente junto á una grande losa de mármol blanco tendida delante del altar y separada del sitio destinado á los fieles por una barandilla de madera oscura.—En aquella losa estaban escritas con caractéres negros estas palabras: *Aquí yacen los restos de Alberto* **Valdenegros**, *nacido el 6 de Agosto de 1836 y muerto el 15 de* **Febrero de 1859**—*y de su jóven esposa muerta el 22 de Diciembre de* **1856**.—Marta parecia haber inventado un rosario especial, leyendo y releyendo aquel letrero. Cuantas cosas incomprensibles encontraba allí! ¿Porqué se habia omitido la fecha del nacimiento de su madre? ¿Porqué, hasta su nombre y apellido?—Inútiles eran sus interrogaciones tenaces; no podia obtener esplicacion satisfactoria. Olvidos, errores del lapidario!—«Hagamos otra lápida» exclamaba Marta, y ante todo le objetaban no tener presente la fecha cierta del nacimiento de su madre, y era esta la única materia en que sus abuelos no le obedecian como esclavos! Preocupada con las conversaciones de la víspera, Marta se afanaba aún más aquel dia en la investigacion del enigma, y dejó la capilla decidida á abrir un nuevo interrogatorio, que puso en aflicciones á doña Emilia y que tampoco dió resultado.

Corria el mes de Abril, sereno y radioso en nuestros climas obstinadamente rebeldes á las leyes del almanaque. Despues de medio dia, sintiendo Marta la necesidad de reemplazar con algo nuevo la conversacion entretenida del Dr. Nugués, invitó á doña Emilia á pagar las visitas de doña Catalina. Esta buena mujer no dejaba pasar una semana sin presentarse en la casa señorial con algun obsequio culinario, obra de sus manos primorosas.—Aceptó con gusto la señora, y allá fueron, sorprendidas una y otra de no habérseles ocurrido antes aquel acto de benévola galanteria.—Don Francisco aplaudió caloramente la idea. Qué alegron iban á darle á la pobre viejita!—No tenia el señor Valdenegros cómo manifestar su encanto por aquella familia escosesa.—No nombraba nunca á Jorge Parler sin añadir que era *una alhaja*, ó todo un caballero; y la madre se llamaba por antonomasia *esa santa muger*.

Doña Catalina acogió con demostraciones de agradecimiento á sus inesperadas visitas.—Casualmente las habia visto acercarse y habia salido á su encuentro.—Esperimentaba una gran satisfaccion al pensar que iba á mostrarles su casita, arreglada y tenida á imágen suya, correcta, esmerada, sencilla.—Subiendo algunos escalones de baldosas comunes, en el centro de un corredor con pilares de fierro y barandilla de madera, sombreado por enredaderas tumultuarias, estaba la puerta de entrada, dejando ver al fondo una escalera ascendente para las habitaciones del segundo piso, y la boca de una escalera descendente para el departamento de los sótanos. Aquel zaguan tenia dos puertas.—Una daba al comedor y otra á la sala. A la sala entró doña Catalina con sus aristocráticas visitas. Era aquella una pieza pequeña; tenie alfombra de tripe, y mobiliario de jacarandá con asiento de esterilla; colgaban de los muros, empapelados de celeste, paisajes de lagos y montañas de Escocia; y sobre el sofá algunas fotografias de familia. En una mesita ovalada, delante de la ventana que daba al corredor del frente, lucian dos floreros de porcelana dorada, repletos de nardos, y dos palmatorias de plata, con largas velas de esperma y golilla de papel picado, sobre carpetitas de lana azul. Delante de la ventana abierta sobre el jardin, desempeñaba papel protagonista un piano perpendicular, con guarda-música á un costado;—y las dos ventanas tenian los vidrios cubiertos por cortinas de muselina blanca, sujetas por sus cuatro extremos con tachuelas doradas y recogidas al centro con cintas de raso celeste.

—Una salita encantadora, dijo Marta, y sin dar tiempo á que trabasen conversacion las dos señoras, añadió: enséñenos, doña Catalina, el resto de su precioso nido.

No queria otra cosa la viejita escocesa.—Pasaron al comedor, que era del mismo tamaño de la sala, con sus dos ventanas al corredor y al jardin.—Veianse allí, sobre esteras de cuadritos blancos y rojizos, una docena de sillas americanas, un armario y un aparador de guindo, y una mesa totalmente cubierta por una carpeta de paño verde, donde descansaba una bandeja negra con el servicio del té. Lucian las blanqueadas paredes como pechera de camisa recien planchada, y el órden y el aseo de todos los objetos despertaban un indefinible conjunto de sensaciones agradables.

Subieron al segundo piso, que era la reproduccion del primero, con su doble corredor, al frente y al fondo, sombreado de enredaderas, donde anidaban multitud de pajarillos inquietos y cantores.—A la derecha de la pieza correspondiente al zaguan inferior, solamente amueblada con una máquina de coser, una mesa-escritorio y dos sillas, estaba el dormitorio de doña Catalina, gentil y primoroso como la alcoba de una vírgen, y á la izquierda el dormitorio de Jorge, simple y severo. Un armario lleno de libros llamó allí la atencion de Marta.—Otros habia sobre la mesa de luz.—Marta leyó sus títulos.—Eran en inglés, romances de Walter Scott y Dickens.—Aquellos dos dormitorios tenian comunicacion al corredor del fondo, que á su vez se comunicaba por una escalera pequeña con el corredor inferior y con los sótanos. Esa escalera eligió Marta para bajar.—Una vez en el corredor inferior, exclamó, acariciando á la viejita escocesa:

—Como nos regala cosas tan ricas, quiero ver la cocina en que las hace.

Doña Catalina y doña Emilia acogian con placidez todas las curiosidades de la niña. Bajaron á los sótanos. En aquella casa, modelo en miniatura, si algo descuella por la limpieza y el esmero, es precisamente la cocina, con piso de mármol y paredes enlozadas.—Un muchacho escocés, rosado, pecoso, de pelo casi

rojo, literalmente embutido en un largo delantal de hilo blanco, acababa en aquel instante la limpieza de un tacho de cobre, cuyo fondo luciente sirvió de espejo á Marta.

- Señora, dijo enseguida,—cuando me falte el apetito, tengo seguridad de recobrarlo, viniendo á comer en su cocina!

Volvieron despues á la sala. Doña Catalina convidó á sus visitas con guindado.—Marta lo encontró delicioso. La curiosidad no estaba todavia agotada.

—¿Quién toca el piano?—preguntó.

—En mis tiempos yo tocaba, respondió doña Catalina. Ahora solo toco para acompañar á Jorge cuando canta, porque él prefiere que yo lo acompañe, antes que acompañarse él mismo.

—Ah! su hijo sabe cantar! exclamó Marta algo admirada...

—Nó, no puede decirse que sepa.—Fué el piano lo que aprendió en el colegio, pero despues yo le he enseñado canciones de mi tierra, para que me entretenga con ellas.—De noche, sobre todo en invierno, cuando las noches son tan largas, nos pasamos las horas cantando y tocando el piano.

Marta se retiró de allí verdaderamente encantada. Aquello le hacia acordar á su libro de *Moral en accion*.—Desde entónces, á una hora ó á otra, fué visita diaria de doña Catalina... A veces la acompañaba doña Emilia, á veces don Francisco, á veces su criada,—y concluyó por ir enteramente sola. Era entónces cuando más holgaba, curioseando, revolviendo los armarios, las cómodas y los secretos de la viejita escocesa.... Secretos!—No tenia ella otros que los inapagables recuerdos de su muerto esposo y de los lagos y montañas de su isla. Marta la hacia verter con frecuencia el *llanto dulce*, mezclado con *sonrisas tristes* de que habla el poeta; pero cuando queria distraerla, le conversaba de su hijo y la palabra *George* descorria por entero la cortina de sus blancos dientes, con deleite de orgullo maternal.—Cómo lo amaba!—Era su hijo único;—lo habia dado á luz quince años despues de casada, al año de venir á Buenos Aires.—Ella y su esposo habian hecho todo género de sacrificios para darle una buena educacion. Lo habian tenido en un colegio inglés de Buenos Aires desde los 9 hasta los 17 años. Doña Catalina reputaba á Jorge muy instruido; «Sabe escribir muy bien; lee mucho; —es además un ánjel»,—Y así, ponderando los méritos y las virtudes de su hijo, la viejita escocesa se entregaba á estraños arranques de sensibilidad exaltada.

Marta la escuchaba con placer.—No descubria en eso exageracion del amor maternal, porque todo lo que decia doña Catalina estaba confirmado por los informes y apreciaciones de don Francisco. Más de una vez cruzó por su imaginacion la veleidad de conocer á Jorge, es decir, de tratarlo, porque todas las tardes iba acompañando á una distancia el carruaje de la familia Valdenegros; pero no podia satisfacer su curiosidad porque á la hora de sus visitas estaba Jorge infaliblemente ocupado en las tareas del establecimiento.

—¿Por qué no se casa su hijo? preguntóle un dia á doña Catalina.

—¿Para qué casarse?—replicó la viejita. Nadie va á cuidarlo como yo lo cuido. Despues, un buen casamiento no se encuentra en cada camino del condado. Para casarse bien en la ciudad, se necesita mucha plata y nombre que suene mucho. Casarse en el campo vale poco la pena... Muchachas dignas de mi Jorge no se encuentran por acá!

Marta abrió sus grandes ojos negros y quedó pensativa al oir esas últimas palabras. Se acordó de su madre—que era *del campo*. ¿Acaso ella no fué buena como la mejor de las señoritas y la mejor de las esposas? ¿Jorge, el mayordomo, se permitiria ser más orgulloso que lo que fué Alberto Valdenegros? En la noche de aquel dia, cuando contemplaba el cielo, hilándo sus pensamientos con los rayos de la luna llena, anudaba en ellos ora *la conversacion entretenida del doctor Nugués*, ora aquellas últimas palabras de la viejita escocesa!

En medio de todo, la vida de las Alamedas comenzaba á ser poco soportable para la actividad nerviosa de una jóven soñadora.—Marta habia insinuado vagos deseos de volver á Buenos Aires y ya iba á ser complacida cuando un incidente, sin importancia al parecer, vino á cambiar inopinadamente los rumbos de su espíritu. Don Francisco habia escrito á su cajero que pidiese las cuentas de los médicos y las pagase sin observacion, informándolo de todo en seguida. Un dia, despues del almuerzo, don Francisco abria el recien llegado paquete de correspondencia sobre una mesa del salon;—su esposa y su nieta se les acercaron con la habitual curiosidad.

—Hola! dijo el anciano, tenemos ya las cuentas de los médicos con sus correspondientes recibos. No son tan subidas como lo presumia yo.

—Pero el doctor Nugués, exclamó Marta, no ha presentado la suya....

—Ah! sí, respondió el inocente abuelo; aunque moderada, su cuenta es la más alta, como debia esperarse; su permanencia n la estancia....

Marta, con ademan desdeñoso, tomó la cuenta que el señor Valdenegros señalaba. Era minuciosa, de puño y letra del doctor Nugués, clara y correcta, como su palabra, con timbre del Estado en el recibo.

—Le ha faltado, dijo despues de leerla, avaluar los chistes con que nos entretuvo tantos dias!

Y se alejó haciendo un gesto de desprecio, que pasó desapercibido para don Francisco, pero que doña Emilia recogió con mirada atenta.

—Marta! Marta! gritó poco despues el abuelo, aquí está ya la autorizacion de nuestro médico para volver á Buenos Aires cuando tú lo quiéras. Quedan satisfechos tus deseos. Perdóname, tesoro, si ha demorado la respuesta....

—Volver á Buenos Aires, respondió Marta con displicencia melancólica; veremos!—Cada dia está más lindo el tiempo; cada dia me gusta más el campo!

(*Continuará.*)

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—)o(—

### IV

Ocho dias permaneciò Alberto en cama desde el grave accidente que habia consternado à los que asistieron à la comida en casa de los Peña. La enfermedad se manifestaba ya de una manera franca, sin dar motivo ni à las màs remotas dudas sobre su caràcter y gravedad. Cumplìase en Alberto la ley de herencia con implacable rigor. Su madre habia muerto tìsica tambien, solo que en ella el mal se habia desarrollado lentamente, agravàndose y aliviàndose con alternativas, pero destruyendo siempre, cavando el microbio sus cuevas en los pulmones como mina la carcoma en la madera, sigilosamente, sin dejar ver nada en la superficie, hasta que llega un dia en que destruidos todos los tejidos queda todo reducido à polvo.

En Alberto, la tisis no avanzaba con esas cautelas è hipocresias. Incubada en su organismo por la trasmision hereditaria, habia esperado pacientemente el desarrollo de su víctima, y se habia presentado de repente, como un invasor seguro del triunfo, hiriendo y destruyendo à cara descubierta, como quien no teme la resistencia. En menos de cuatro meses se habia enseñoreado de toda la vitalidad de Alberto: habia agotado primero la sàvia de la nutricion, despues habia entorpecido los òrganos de la respiracion, y considerando todavia morosa su

obra, la precipitaba haciéndole arrojar la sagre que alimentaba su existencia.

Cuando se levantó Alberto, parecia que habia pasado por él todo un año de sufrimientos. Tenia el rostro demacrado, hundidos los carillos, la nariz afilada y las orejas transparentes. La ropa le colgaba en el cuerpo como en una percha La vida se habia reconcentrado en los ojos, que brillaban dentro de sus profundas concavidades sombreadas por un borde azulado.

Pero si el cuerpo estaba decaido, el ánimo estaba en cambio en él mas entero que nunca. Aquello no era nada: por el contrario, era una suerte haber tenido aquel vómito de sangre, porque asi se habia descargado de la opresion que lo fatigaba. Dentro de quince dias estaria ya repuesto y podria empezar los preparativos de su casamiento.

Don Rafael, cuando le oia hacer esos proyectos, se violentaba por no dejar correr las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Decidido á no contrariar á su hijo en nada, le seguia sus gustos, y hasta tuvo la debilidad de acompañarlo á elegir los modelos de los muebles con que habia de adornar su alcoba nupcial.

Alberto, á su vez, complacia á don Rafael, no saliendo de noche y y observando con puntualidad el régimen prescripto por los facultativos. Visitaba á Cristina de dia, y á solas con ella esplayaba sus proyectos para el porvenir con febril locuacidad. Irian á pasar la luna de miel á la estancia, y no volverian á Montevideo hasta la entrada del otoño.

—No te resientas, mi querida, le decia él con cariño, por el destierro á que te condeno. Confieso que soy un poco egoista en esa exijencia, pero quiero vivir á tu lado sin que nadie nos moleste, libres de los cumplimientos sociales, y dueño de todo nuestro tiempo para querernos. Nos casaremos á fines de Agosto é inmediatamente nos iremos para la estancia. Figúrate que el otro dia me dijo mi viejo que él tambien nos acompañaria, pero yo le contesté que se dejase de pensar en tal cosa porque no se lo consentiria. Dice que es para cuidarme. ¡Como si yo necesitase cuidados! Y sobre todo ¿no estarás tú á mi lado?

Cristina lo oia con el corazon oprimido por la pena, y no se atrevia á contestarle una sola palabra, temerosa de que los sollozos de su voz tradujesen su afliccion. Era horrible su situacion. Veia á su prometido aniquilándose por dias, y acrecentaba su dolor oir los risueños proyectos que en su exitacion fraguaba.

Entretanto, el invierno, aliado á la enfermedad, agravaba el estado de Alberto de una manera alarmante. El vómito de sangre habia aminorado por algunos dias todas las otras manifestaciones de la dolencia, pero poco á poco habia reaparecido la tos, que era lo que más destruia al pobre jóven. Volvió Alberto á su mal humor y displicencia por todo. La alimentacion se le hacia repugnante; mortificábanlo los cuidados y suprimió toda medicamentacion.

Don Rafael, desesperado, acudió nuevamente á Cristina, como única influencia bastante á dominar la caprichosa voluntariedad del enfermo; pero aun este recurso fué ineficaz. Empezó Alberto por agriarse cada vez que Cristina trataba de insinuarle la necesidad de que se atendiese, é insistiendo ella, acabó por retirarse un dia bruscamente. Volvió al siguiente dia, y á los dulces reproches que Cristina le hizo por su irrascibilidad de la víspera contestó él con viva exaltacion:

—Es que ya no se puede vivir tranquilo con estas impertinencias. Yo no tengo nada, absolutamente nada, y sin embargo todos se empeñan en que he de estar enfermo. Y voy á acabar por enfermarme sériamente si siguen asi, pero va á ser de desesperacion. No basta ya que en casa tenga que soportar los sermones de papá, y las majaderias de Centeno que le hace coro al viejo, sino que aquí, á tu lado, me han de molestar tambien con esas zonceras que me exasperan. No veo mas que caras tristes á mi alrededor: papá que apenas me mira un rato se pone á hacer pucheros como un niño, tus padres que me saludan como á un moribundo, y tú misma, con esa palidez y ese desencaje que parece que me estás haciendo el duelo.....

—Alberto.....!

—¿Vas á decirme que no? ¿Crees tú que yo no observo lo que pasa? Donde yo entro se acaban todas las risas y todas las alegrias. Hasta tus hermanas se ponen sérias cuando me ven. Ni que fuera yo un espectro....! Tú estás enclaustrada como una monja, y hasta en tu traje lo pareces. Cualquiera diria que me están presagiando la muerte.....

—No sigas, Alberto, por Dios....

—Sí, quiero seguir, porque quiero de una vez poner fin á esta situacion desesperada para mi. A veces creo que tú eres la más empeñada en retardar el casamiento. Nunca me hablas de ese asunto y cuando yo te hablo, no me contestas nada. El señor Peña no me dice más que medias palabras, tu mamá parece que se disgusta cuando oye hablar de casamiento, y papá ha dado en la gracia de ponerse á lloriquear cada vez que le pido que me compre algo para el arreglo de la casa.

—Es que todos se interesan por tí, Alberto....

—Sí, bonito modo de interesarse, y se complacen en mortificarme. ¿Crees tú que á mi me engañas? ¿Crees tú que yo no sé que quieren retardar en todo lo posible nuestro casamiento so pretesto de que soy todavia muy muchacho? Yo ya lo he adivinado, y es por eso que pretenden hacerme creer que estoy enfermo. Y tú estas complotada con ellos tambien....

—Alberto....!

—No hagas aspavientos ni me contradigas porque sé bien lo que digo. Si no fuera asi ¿porqué habias tú de mostrarte tan retraida conmigo, que cuando estoy á tu lado más pareces una víctima que una novia? Yo no soy un chiquillo para que juegue nadie conmigo, y si tú estas arrepentida de tu compromiso, dímelo no mas, con franqueza, que yo no......

Un golpe de tos interrumpió á Alberto, y quedó por largo rato fatigado. Cristina lloraba silenciosamente soportando con resignacion las injusticias que contra ella proferia aquel pobre tísico, exasperado por la fiebre que lo consumia. En esta situacion los encontró el señor Peña, y dirijiéndose á Alberto le dijo:

—Adivino poco más ó ménos lo que ha pasado, y francamente, mi jóven amigo, su proceder para con mi pobre Cristina es inesplicable. Hace dias que vengo notando que despues de cada una de sus visitas queda esta niña llorosa y abatida, siendo así que ella vive consagrada á usted por completo, llegando hasta prescindir de sus padres que la adoran.....

Cristina, al oir aquel justo reproche de su padre, lo abrazó prorrumpiendo en amargos sollozos, como si se desahogase de una pena que la abrumaba. Alberto no se conmovió, y dando errónea interpretacion al llanto de su prometida, tomó su sombrero y se dispuso á retirarse.

—Alberto, dijo el señor Peña, deteniéndolo, no creo que Vd. haya tomado á mal mis reproches, hijos de mi cariño paternal.

—No señor, yo sé bien cómo debo apreciar esta escena, y como nunca acostumbro á estar demás en ninguna parte, me retiro.

—Alberto! sollozó Cristina desprendiéndose de los brazos de su padre.

Pero el jóven no la oyo ó no quiso oirla, y salió apresuradamente. Al llegar á su casa tuvo un nuevo vómito de sangre, y quedó desfallecido. Cinco dias estuvo postrado sin ánimo y sin fuerzas ni para incorporarse en el lecho. Don Rafael reunió en consulta á tres de los principales médicos, y estos resolvieron que era necesario mandar á Alberto á un clima más templado, porque el invierno le seria fatal.

Valiéndose de mil rodeos empezó D. Rafael á insinuar al enfermo la conveniencia de un viaje al Brasil, pero con gran sorpresa suya, á las primeras indicaciones contestó Alberto resueltamente:

—Precisamente eso es lo que iba á pedirle así que me sintiese algo mas fuerte. Quiero salir de Montevideo é irme á cualquiera parte, en la seguridad de que voy á curarme.

Cuando pudo levantarse, lo primero que hizo Alberto fué abrir un cajon de su escritorio, y sacar de él varios objetos y papeles, que empaquetó cuidadosamente, y llamando en seguida al criado, le dió órden de que lo llevase á casa de la señorita Cristina.

No esperaba ésta aquella resolucion, creyendo que la última escena habia sido solo motivada por el estado de exitacion en que se encontraba Alberto, pero cuando recibió los recuerdos que ella habia dado á su prometido, cayó anonadada y permaneció durante largas horas en una

completa insensibilidad, sin dar mas señales de vida que algunos espasmos nerviosos.

Aquella noche visitò don Rafael à los señores de Peña con el objeto de indagar lo que habia pasado, y cuando lo supo, apesar del ciego cariño que tenia à su hijo, no pudo mènos qne esclamar:

—Pero esa conducta de Alberto es injustificable!

—No acrimine usted à su hijo, don Rafael, contestò la señora. Nosotros somos los primeros en disculparlo, porque harta desgracia tiene èl con su enfermedad para que todavia se le inculpe.

—Pobre hijo mio!

—No desespere usted aun. Es muy posible que el viaje à Rio Janeiro le siente bien, y yo tengo la seguridad de que una vez repuesto, èl volverà al lado de Cristina à quien quiere entrañablemente apesar de este aparente desvío.

En este sentido seguian conversando, cuando apareciò en el dintel de la sala, como una sombra, Cristina, vestida toda de negro, con el semblante pàlido, los ojos muy abiertos, y quedò allì parada, muda; parecia sonàmbula.

Levantàronse todos y salieron à su encuentro, y entònces ella, como si despertase de un sueño, diò un grito y se precipitó en los brazos de D. Rafael, llorando amargamente, con sollozos profundos, que arrancaron làgrimas à todos los que presenciaron la escena.

Don Rafael la oprimiò sobre su pecho y la besaba en la frente, repitiendo con voz llorosa: Hija mia! hija mia! Poco à poco fuè Cristina calmàndose, y cuando los sollozos la dejaron hablar preguntò dulcemente:

—¿Y Alberto?

—Està bien, hija, està en casa. Pronto vendrà à verte.

—No; à mì me engañan. Yo he soñado una cosa horrible, muy horrible. Quiero verlo, quiero verlo ahora mismo!

Y rompiò à llorar nuevamente hasta quedar postrada en una crisis nerviosa.

Don Rafael se retirò con el alma traspasada de dolor, y al llegar à su casa encontrò à Alberto rodeado de cuatro amigos, à los cuales esplicaba los proyectos que iba à realizar en su pròximo viaje à Rio Janeiro. La fiebre continuaba alimentando su imaginacion, y à medida que su fìsico se consumìa en aquella destructora combustion, su espìritu penetraba màs en el porvenir, descontando el tiempo con esa avidez de quien presiente que no podrà disfrutarlo.

Parecìa que habìa olvidado à Cristina por completo, y à las preguntas que Centeno le hacìa en la intimidad sobre su alejamiento de su prometida, contestaba con evasivas, como si le mortificase el recuerdo de su proceder. El mismo Alberto no se esplicaba bien porquè habìa dejado de ir à casa de Cristina. Reconocìa que ella no le habìa ofendido en nada, y à solas se confesaba de que la querìa tanto como àntes, pero no se resolvìa à volver à verla. No queria darse cuenta de que aquella displicencia era un nuevo sìntoma de su enfermedad; todo le disgustaba, y solo se mostraba activo para hacer sns preparativos de viaje. Debìa partir à fines de Junio y pocos dìas faltaban ya para el de la salida del pàquete.

Don Rafael habia de acompañarlo apesar de sus protestas. «Es una molestia inùtil que Vd. se toma, papà, por mì. Yo puedo hacer el viaje solo perfectamente. Va Vd. à abandonar sus negocios y à mortificarse à su edad por un exceso de precaucion infundada, porque ya ve que ahora estoy muy bien y no necesito de nada.

—Està bien, hijo, le contestaba don Rafael para calmarlo, pero no seas tan egoista que quieras privarme de hacer un paseo. Te acompañarè en el viaje, me quedarè unos pocos dias en Rio hasta dejarte instalado y regresarè en seguida.

Por fin llegò el dia de la partida. Alberto estaba nervioso y ajitado desde por la mañana, y apresuraba à todos con febril impaciencia, como si temiese que un obstàculo imprevisto habia de interrumpir su viaje.

—Recien à las cuatro saldrà el vapor, le observaba don Rafael, asi es que no tienes por què apurarte; apenas son las once.

—Es que no quiero dejarlo todo para ùltima hora. Estos paquetes de ultramar se van en cuanto completan su carga, y no es cosa de que nos quedemos con las balijas prontas. Ademàs el dia està tan sereno que convida à aprovecharlo para el embarque, no sea que por la tarde se levante viento y lleguemos à bordo mareados. Yo creo que à la una deberìamos ponernos en camino.

—Està bien, Alberto, por mì, estoy pronto à la hora que quieras; y al decir esto, el bueno de don Rafael fingìa estar muy atareado en los arreglos, para ocultar las làgrimas que le humedecian los ojos. El no se hacia ilusiones sobre los resultados del viaje, porque comprendìa que no habia en su hijo fuerzas para contrarestar los avances del mal que lo consumia. La tuberculosis habìa hecho estragos terribles, cuyas consecuencias no era difìcil preveer apesar de la engañosa trègua que el mal parecia haber otorgado à su vìctima.

A la una, montò Alberto en el carruage que en la puerta lo esperaba, acompañado de Càrlos Centeno. Don Rafael habia salido momentos antes pretestando algunas diligencias que tenia que hacer, pero con el propòsito de despedirse de Cristina, paso que habia creido prudente ocultar à Alberto. Triste y desgarradora fuè aquella escena. Cristina abrazaba à don Rafael, lloraba desesperadamente, sin oir los pobres consuelos que le daban sus padres, hacièndole entrever la esperanza de que aquel viaje le devolveria à Alberto completamente restablecido.

Arrancóse don Rafael de los brazos de la desgraciada niña, impotente ya para resistir à la pena que lo afligia, y Cristina, al separarse de èl, levantò sus humedecidos ojos, y fijàndolos en la puerla, diò un grito supremo, mezcla de dolor y alegria:

—Alberto!

Era Alberto, efectivamente. Al pasar por la esquina de la casa de Peña, habian revivido en èl todos sus recuerdos, y sin poder contenerse, hizo detener el carruage, subiò ràpidamente la escalera, y guiado por los sollozos de Cristina, se presentò en la pieza en que ella se encontraba acompañada de sus padres y de don Rafael.

Aquella sùbita aparicion sorprendiò à todos; à todos mènos à Cristina, à quien parecia que una intuicion secreta le habia anunciado que Alberto no partiria sin verla. Los padres se alejaron llorando, y quedaron solos los prometidos, mirándose estasiados en una muda contemplacion, dicièndose con los ojos todo lo que con los labios hubiera sido inagotable tema de sus conversaciones. Por fin Alberto rompiò el silencio, pidiendo perdon por su desvìo.

Cristina no lo dejò concluir. El habìa tenido razon, toda la culpa era suya; era ella quien debìa ser perdanado por las contrariedades que le habìa causado. Pero no querìa retardar el viaje, al contrario: si la querìa, si en algo podìa complacerla, debìa realizar aquel viaje que era necesario à su salud. No lo olvidarìa un momento, como èl no la olvidarìa à ella, estarìan siempre juntos, unidos por el recuerdo.

Asì permanecieron dos horas entregados à una dulce intimidad, borrados ya todos los recuerdos del ùltimo disgusto. Fuè necesario que D. Rafael se presentase en la habitacion en que se encontraban, y que en tono jovial dijese:

—Amigo, ahora me toca à mì apurarlo. Tenemos los minutos contados, y si hemos de embarcarnos hoy, no hay tiempo que perder. Parece que ya no estás tan impaciente como esta mañana!

Alberto sonriò y no diò otra contestacion que tomar la mano de Cristina, como sobrada justificacion de su demora.

—Yo los acompañarè hasta abordo, dijo ella con resolucion. Papá habia resuelto ir con Vd., y yo me agrego à la comitiva. En dos minutos estoy pronta.

Cinco minutos despues salieron los cuatro, en direccion al muelle Alberto y Cristina delante, y los dos ancianos detràs, regocijàndose del feliz desenlace de aquel incidente que habia entristecido dos hogares por espacio de muchos dias.

Un vaporcito los esperaba en la escalera del muelle, cargado ya con los equipajes, y momentos despues se desprendia de la costa, haciendo hervir el agua con los ràpidos volteos del hèlice.

Era una tarde plàcida, frìa y serena, franjeado el horizonte con celajes dorados. Desde el Cerro hasta la Aduana, el sol trazaba sobre el agua un riel de luz que ondulaba con contracciones de serpiente, y se rompia cada vez que cruzaba alguno de los vaporcitos del tràfico, dejando tras de sì una estela bullidora. Alberto, de piè, en la popa de la em-

barcacion que lo llevaba, miraba hácia la ciudad como dándole la despedida. Por momentos se volvia á Cristina y le sonreia con cariño. miéntras que ella, repuesta ya de la emocion que la reconciliacion le habia causado, volvia á su tristeza, impresionada por la demacracion que notaba en su prometido. Era triste aquella despedida: por un lado Alberto, lleno de ilusiones, hablando del porvenir como si lo tuviese comprado; por el otro, Cristina, presa de siniestros presentimientos, tratando de ocultarlos á aquel pobre visionario que á medida que se agravaba, más alejaba toda sospecha sobre la gravedad de su estado.

Así llegaron al paquete que iba á conducirlo á Rio Janeiro. El vapor hacia sus últimos aprontes. Por ámbos costados funcionaban los pescantes con estrépito, izando los bultos de carga, miéntras los lancheros contaban con voz monótona lo que iban entregando.

La despedida fué corta. Cristina se apresuró á separarse de Alberto para desahogar el llanto que la oprimia, y cuando el vaporcito, de regreso ya, se separó del paquete, cayó ella en brazos de su padre anegada en lágrimas. Alberto, desde la popa del vapor, agitaba su pañuelo en señal de despedida, y advertida Cristina por su padre, correspondió al saludo agitando el suyo.

El sol se ocultaba ya detras del Cerro entre celajes rojizos, y empezaban á brotar las brumas del mar envolviendo á la ciudad en gasas blancas, á traves de las cuales brillaban con resplandores de fragua los cristales de los miradores.

Poco á poco fueron las sombras invadiendo el paisage, y cuando D. Rafael sacó á Alberto de la contemplacion en que habia quedado desde que se separó de Cristina, solo se distinguia la ciudad como un estrellado de luces amarillentas, que en la costa se retrataban sobre el mar con fulgurantes estelas.

El hélice del vapor agitó ruidosamente las aguas, y un minuto despues, abria con su afilada proa una ancha herida en el lustroso lomo de nuestro gran estuario.

FIN DEL CUADRO CUARTO

# PAOLO

(FRAGMENTO)

PASO á paso cabalgando,
Inclinada la cabeza,
Un apuesto caballero
Tras de sí Rímini deja....

Deja á Rímini querida,
Deja á su patria risueña,
La cuna de sus abuelos,
La cuna y tambien la huesa....

¿No lo será de él acaso?
Ay! al ménos no lo espera.
El apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja!....

Y del fondo de su alma,
Donde la angustia se alberga,
En sus lágrimas bañada
Y en sus suspiros envuelta,

Le da á su patria adorada
Una despedida eterna!....
¡Hoy con el alma en pedazos
Marcha anheloso á la guerra!....

En busca de honrosa muerte,
Ya que la dicha no encuentra,
Va el apuesto caballero
Que tras sí, Rímini deja!...

La muerte!... seria tan triste
Morir en edad tan tierna!...
Morir!...cuando se ha vivido
Diez y seis años apénas!...

Mascuando en vez de venturas
Solo penas nos rodean,
A la vida se aborrece
Y á la muerte se desea!...

Y muchos, muchos pesares
Aunque tan jóven, sufriera
El apuesto caballero
Que tras sí, Rímini deja!...

Es muy hermosa la patria,
Sus campiñas son muy bellas,
Son sus dias esplendentes
Y sus noches son serenas...

Del Adriático las playas,
Son muy dulces y poéticas,
Y es bello el puente de mármol
Que Tiberio construyera...

Mas no es de esto el abandono
Lo que le da más tristeza,
Al apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja...

Solemne el feudal castillo
Donde sus padres vivieran
A la ciudad dominando
En los espacios se eleva....

Muy esbeltas son sus torres,
Coronadas por almenas,
Y mil flores embalsaman
Al jardin que lo rodea....

Mas no es de aquesto apartarse
Lo que le da más tristeza
Al apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja....

Hay subterráneos profundos,
Donde la luz no penetra,
En el castillo querido
Do su infancia transcurriera.

Y allí tristes monumentos
Ornados por cruces negras
Restos santos venerandos,
En sus misterios encierran....

Mas no es de esto el alejarse
Lo que le da más tristeza,
Al apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja....

Hermosa existe una virgen
De faz blanca y trenzas negras
A quien amor él jurara
Y amor le jurara ella.

Y es el dejar á esa niña
Que ama más que su existencia,
Es el dejar á la dulce
Hija de Guy de Polenta,

Lo que causa su amargura,
Lo que le da más tristeza,
Al apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja...

Mas no es el dejarla solo,
Lo que más al triste aqueja,
Sinó que por más que él la ame
Y por más que ella le quiera,

Y aunque ella será señora
De sus palacios y tierras,
Jamás ha de ser su esposa,
Ni jamás volverá á verla,

Y esto es lo que más aflige
Lo que le da más tristeza,
Al apuesto caballero
Que tras sí Rímini deja...

Y es su hermano, de su casa
Unico sér que le queda,
Es su hermano Lanciótto
El que debe poseerla!...

Y miéntras él caiga herido
En el campo de pelea,
Aquel, feliz, en sus brazos,
La estrechará con vehemencia!

¡Esto sí que mata al triste
Amante y le desespera!...
¡Pobre apuesto caballero
Que tras sí Rimini deja!...

Ay! pobre ángel inocente!
Ay! Francisca de Ravenna
Aunque eres hermosa y casta,
Es muy oscura tu estrella!...

Es tu estrella muy oscura,
Y es muy triste tu existencia...
Ah! pobre niña inocente
No nacer más te valiera!...

No nacer....ó no haber visto
Nunca en medio de tu senda,
Al apuesto caballero,
Que tras sí Rimini deja!...

No haberte visto!...Qué digo!...
Angel bello de inocencia,
Perdona si es que mi lira
Por consolarte blasfema!...

Ya estaba vuestro destino
Escrito en letras eternas...
Lo que se escribe en el Cielo
Siempre se cumple en la tierra...

Y fué una misma la foja
Do tu suerte se escribiera,
Y la de aquel caballero,
Que tras sí Rimini deja!....

El, para tí vino al mundo,
Y tú para él nacieras....
Mas hay que comprar la dicha
Y hay que comprarla con penas!....

No llores! Sufre tranquila
Enjuga esas blancas perlas....
Son tan hermosas....que es lástima
Que tantas y tantas viertas....

No llores mi dulce niña,
Que no morirá en la guerra;
El apuesto caballero
Que tras sí Rimini deja!!....

Y tú, jóven aflijido,
Marcha contento á Faenza
Marcha á ceñir á tu frente
Los laureles que te esperan...

Desecha de tu cerebro
Esas ideas tan negras....
Que nunca de Lanciötto
Ha de ser tu hermosa reina!....

Y aunque ella sea su esposa,
Es tan solo su alma tierna,
Del apuesto caballero
Que trás si Rimini deja!....

Marcha, pues, marcha tranquilo
Que te lo dice el poeta,
Y los poetas no engañan
Oh hijo de Malatesta!

Vé á Faenza con tu tio.
Que es el aliado de Génova...
Vé á batallar con los Güelfos,
Y tu mal, deja en la guerra...

Marcha Paölo de Rimini,
Marcha tranquilo y espera...
De nadie será en el mundo
Tu Francisca de Ravenna!...

RAFAEL A. FRAGUEIRO.

# SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 5

## PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| A 6 A R | R 3 D |
| P 7 R | R 2 A |
| P pide caballo (mate) | |

Lo mismo que el problema publicado en el número 4 este se presta á dos soluciones distintas.—Esa otra solucion es la siguiente:

| Blancas | Negras |
|---|---|
| A 6 A R | R 3 D |
| P 7 R | R 2 A |
| A 5 R (mate). | |

Tanto en la primera como en la segunda solucion este problema presenta una variante de muy fácil resolucion.—Si en el primer movimiento el R negro ocupa la casilla, A 1, el P blanco adelanta y dà jaque al descubierto.—El R. negro se vè obligado à volver la casilla A 2 donde el A blanco dà mate ó el P entrando à C.

Cagliostro ha sido el único que ha enviado ambas soluciones.—La primera la remitieron Nadie y Rocambole y Rocambolito.—Y la segunda C. M., El Duende, Eduardin, Ed. Loedel y Un aspirante à Presidente.

Al agradecer à Un aficionado, autor de este problema, su concurso, pedímosle que no confeccione problemas que se prestan à dos soluciones distintas, porque pierden entónces su carácter de tal.

## CHARADAS

*1.ª Tuyo—2.ª Aspecto—3.ª Alcancia*

Las tres fueron descifradas por Nadie, las dos primeras por Una Floridense; y la primera solamente por Un boxeador de Pando, Un aspirante à Presidente y Cagliostro.

## FUGA DE VOCALES

*¿Cumple el poeta su mision bendita,*
*Cuando en estrofas inspiradas canta*
*El amor, que hasta el cielo le levanta,*
*El dolor, que à su alma rudo agita,*

## FUGA DE CONSONANTES

*La duda, que le postra y debilita,*
*La ilusion, que le alienta y que le encanta,*
*El desengaño, la esperanza santa,*
*Cuanto en su sér espiritual palpita?*

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Cuando en himnos triunfantes arrebata;*
*El sentimiento popular domina;*
*Del patriotismo la pasion desata;*
*El bien sanciona, la maldad fulmina;*
*Alza al esclavo y al tirano mata,*
*Cumple el poeta su mision divina.*

Enviaron la solucion de las tres fugas, Un boxeador de Pando, Rocambole y Rocambolito, Un aspirante à Presidente, Cagliostro, y Alpha;—de la primera y tercera Vigüela, y de la primera solamente Rauga, Un socio de La Caldera, Un pampa, Una Floridense y Ponillo.

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

*2.ª Parásito—3.ª Brebaje—4.ª Inglesa.*

No damos la solucion de la primera porque salió con una letra equivocada, lo que esplica que no hayamos recibido solucion de ningun aficionado.

La segunda fuè descifrada por Rocambole y Rocambolito solamente, — la tercera por los mismos y Un Aspirante à Presidente y Cagliostro; —y la cuarta por este ùltimo, Un Aspirante, Alpha y Grapeau.

**SALTO DE CABALLO N. 3**

*En mitad de mi camino*
*Una tarde de verano*
*Solo, buscaba muy léjos,*
*La fresca sombra de un árbol.*
*Hallélo: pero marchito!*
*Y me rendi de cansancio*
*Tú fuiste, mujer, la sombra*
*Que busqué desorientado!*

Fuè resuelto por Rauga, Un socio de La Caldera, Un telefonista, Una floridense, Yo, Un boxeador de Pando, Rocambole y Rocambolito, Un Aspirante á Presidente, Cagliostro, Alpha y Pègora.

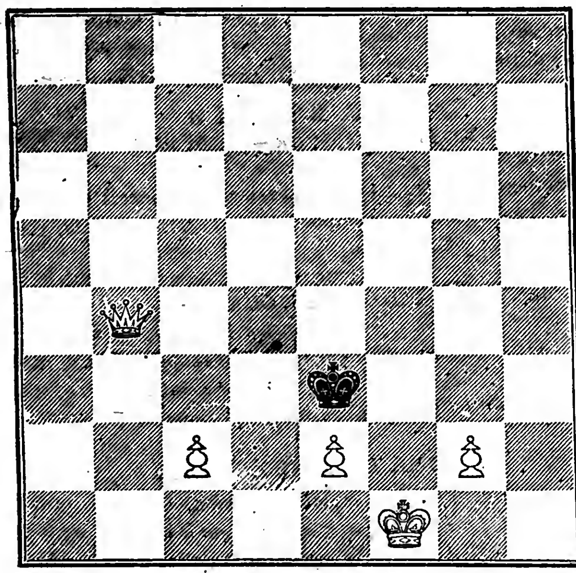
**GEROGLÍFICO N. 5**

*Empieza por casa la caridad bien entendida.*

Descifrado por Nadie, Ramon Pargas, Un socio de la Caldera, La Sociedad à destra y á sinistra, y Cagliostro.

**Problema de Ajedrez por Un desconocido**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

**CHARADAS**

La *segunda* y la *primera*
El origen fué de Adan,
Y aunque tal dice la Biblia
Yo me permito dudar.
Verás correr la *tercera*
Allá en Italia no mas,
Y á veces tras su carrera
Deja las huellas del mal.
No busques, porque no escuentras,
En la tierra mi *total*
Y solo en él se creia
En tiempos pasados yá.

OTRA

Es de ciertos animales
*Tercia y prima* peculiar.
Ilumina *cuarta* y *prima*
Pero no mucho en verdad.
Pónense algunos *segunda*,
¡Tonteria! vanidad!
Creyendo dar á su nombre
Otro valor que el real.
Llena «La Razon» del lúnes
Sentida necesidad,
Y al saludarla repito
Entusiasta mi *total*!

**CHARADA ENIGMA**

Tiene mi *primera* ciento
Cincuenta y una vocal,
Mi *segunda* tiene cinco
Y un artículo ademas.
De vario color el *todo*
En jardines hallarás.

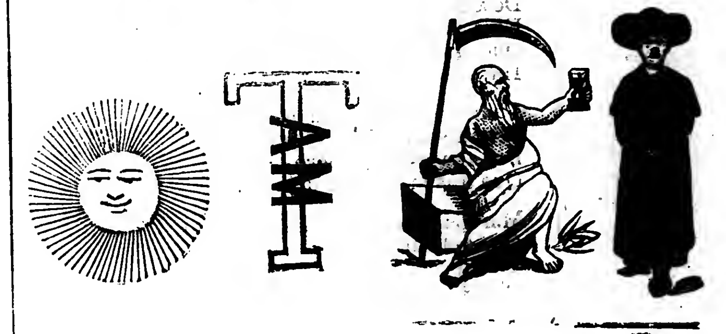
**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

ALBELTO—UBRELEZOG—TIRANTE—FIANADO

**SALTO DE CABALLO N.° 4.**

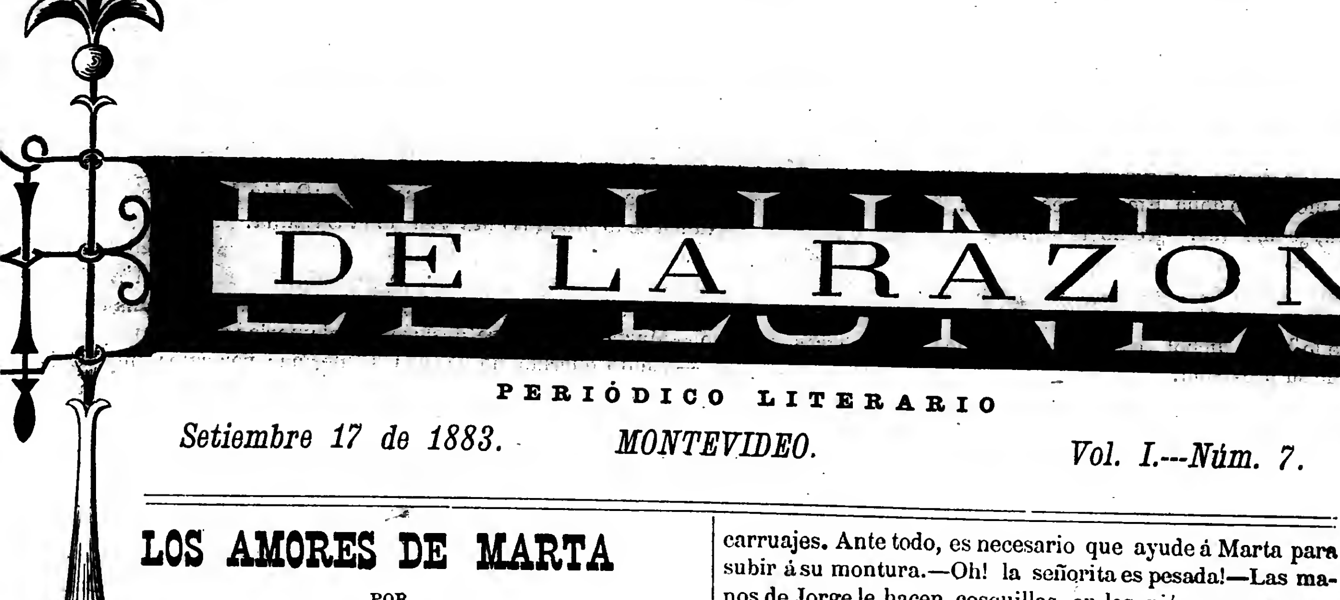
| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Vùel | cia | sa! | sus | luz | ella | cer! | jos 6 |
| do | en | va | há | Dios | pro | de | do |
| ti | jos | mio! | ten | os | Cuan | to | ne |
| Si | pia | Y | o | en | dré | me | pre |
| cer | sus | Mas | cu | Es 1 | Siem | ma | an |
| lor | che | cla | el | ´Se | mi | lo | sas |
| ro | pla | ra | el | fio | ¡Cuan | da | a |
| no | do | dia | ñor | vi | gra | me | do |

**GEROGLÌFICO NÙMERO 6**








PERIÓDICO LITERARIO

Setiembre 17 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 7.

# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

---

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO SÉTIMO

CABALGATAS Y TORMENTAS

Habian continuado los paseos en carruage.—A medida que acortaban los dias, salian más temprano.—Iban á veces en breck ó en dog-car, y Marta se entretenia en aprender á manejar. Jorge los acompañaba siempre,—y Marta habia dejado de contemplar la sombra gigantesca del caballo y del ginete para fijar algunas veces la vista en el preciado hijo de doña Catalina. Pareciale á ella que el bigote y la patilla del jóven, asomando con excesiva timidez á su rostro, tenian un color parecido al de la lluvia de azúcar que adorna comunmente las naranjas acarameladas. Era, sin embargo, bizarro y vigoroso el mayordomo.—Jamás se acercaba sino á llamado del señor Valdenegros cuando este queria pedirle informes sobre tal rumbo ó tal distancia del camino; pero, asi mismo, permaneciendo siempre atrás, llevaba la frente erguida, y sus movimientos despreocupados revelaban en él, conciente y enérgico, el sentimiento de la dignidad humana. A veces, siguiendo al galope el acelerado trote inglés de los caballos del coche, se sacaba el sombrero, y entonces las brisas de otoño sacudian sus cabellos lácios y flexibles que brillaban con los reflejos del sol como hebras de oro incandescentes. Sus ojos, de un azul oscuro, tenian la mirada triste, y tan altiva y penetrante que Marta se sentia contrariada al ver que no podia hacerlos bajar cuando se empeñaba en mirar al mayordomo como á un objeto cualquiera del monótono paisage.

Luego que la jóven hizo el estraño descubrimiento de que *cada cada vez le gustaba más el campo*, como consecuencia aparente de que nada le gustaban las cuentas del doctor Nugués, buscó naturalmente el medio de amenizar las largas horas de aquella existencia patriarcal, y protestó contra la continuacion de los paseos en carruaje, declarando que queria salir á caballo.—Don Francisco no podia dejar de complacerla. Marta cabalgaba con frecuencia en Barracas, no obstante las alarmas invencibles de doña Emilia. En campo libre tiene la equitacion menos peligros, siendo sin embargo cierto que en campo libre habia caido del caballo y sucumbido Alberto Valdenegros!—Jorge fué consultado y dijo que tenia caballos de toda confianza para andar señoras. Don Francisco fué á entenderse entónces con doña Emilia.

—No hay más!—Le haremos el gusto al tesoro;—tú irás en el landó, nosotros al costado, á tu vista, para que vayas tranquila. Caballos mansos y seguros: Jorge bien á la mano... vamos, Emilia, ni el más ligero asomo de peligro.

Jorge tiene ahora una funcion más alta que la de acompañar carruajes. Ante todo, es necesario que ayude á Marta para subir á su montura.—Oh! la señorita es pesada!—Las manos de Jorge le hacen cosquillas en los piés, provocan su risa, y le aflojan las piernas á tal punto que necesita abrazarse del señor Valdenegros para no caer al suelo. El caballo, entretanto, inmóvil, como si fuese uno de esos caballos empajados que ponen de muestra en las lomillerias. Doña Emilia se tranquiliza al verlo y mezcla su risa de espectadora á la risa que se ha hecho general en los actores de la escena. Pero es necesario montar porque la tarde es corta, y Jorge, con fuerzas hercúleas, levanta las piernas flojas de Marta hasta poner los piés á la altura del estribo, y con un giro hábil y gracioso la deja como depositada en la silla. Marta rie á carcajadas; el señor Valdenegros canta victoria; doña Emilia le hace coro, y hasta doña Catalina, que ha creido de su deber acudir al *teatro de los sucesos*, añade al regocijo de la familia Valdenegros el brillo de sus dientes de porcelana.—Jorge está sumamente colorado... ha hecho tanta fuerza!

No ha concluido la tarea. Es menester acomodarse en la montura. Don Francisco busca el pulido pié de su nieta entre los vastos pliegues del vestido de amazona. Lo encuentra y lo encaja como puede en el estribo.

—Así quedo muy incómoda! Abuelito nunca arregla bien estas cosas. Las polleras deben ir sueltas y sujetas al mismo tiempo... Yo no me sé esplicar... Lo mejor es que...

Marta se interrumpe. No sabe cómo concluir la frase.—Decir Jorge le parece demasiado familiar; Parler, demasiado ceremonioso; *el mayordomo*... ¿es acaso de buen tono llamar a una persona por el nombre del oficio que ejerce? Pero el señor Valdenegros, con su habitual perspicacia, ha comprendido el pensamiento de su nieta; hace una seña, y Jorge toma sobre sí la responsabilidad de dejar sueltas y sujetas al mismo tiempo las polleras de Marta Valdenegros. Desempeña su cometido con perfeccion y con presteza, pero no tanta presteza á fé, que no le sea dado á la amazona percibir que el mayordomo, bajo su guante de cútis tostado, esconde una mano que no es desproporcionada ni grosera.

Al fin, se ponen en camino. Jorge, so pretesto de dar una órden á un peon que pasa, se queda algo atrás, como lo hacia cuando acompañaba los antiguos paseos; pero desde el landó, doña Emilia le grita:

—Jorge! ocupe Vd. su puesto al lado de Marta, bien al lado! Oh! si el caballo quiere disparar, ó si tropieza, Vd. la levantará en peso.... ¿entiende?

—Sí, Jorge, sí, dice en corroboracion don Francisco.

—Las exageraciones de abuelita, replicó Marta, luego que el mayordomo se le acerca del costado izquierdo;—como si yo fuese tan liviana!

Ante el silencio de Jorge, Marta prosiguió:

—De á caballo, á la carrera, ¿seria V. capaz de levantarme en peso?

—Talvez!—respondió el mayordomo, despues de una ligera vacilacion.

¿Dudaba de sus fuerzas? Cualquier otro hubiera respondido: ojalá!

A cada momento doña Emilia preguntaba:

—Marta, ¿cómo vas?—¿cómo te sientes?

Y Marta, comenzando por responder: *muy bien*, seguia el *crescendo* hasta gritar, agitando su latigito blanco: «á las mil maravillas.»

—No te lo habia dicho!—esclamaba el señor Valdenegros, encantado de su prevision.

Aquel ensayo fué estremadamente feliz y se repitió por algunas tardes consecutivas, sin accidente extraordinario. Marta distribuia bien sus horas;—por la mañana, cavilacion en la capilla; á medio dia, correo de Buenos Aires, visita á doña Catalina; cabalgata á la tarde, y á la noche, en el piano, torrentes nerviosos de armonias.

De todo este programa, la parte más rigidamente observad era talvez la visita diaria al *chalèt* de la familia escocesa. Allí tenia Marta la veleidad de aprender á ser hacendosa. Batia huevos cosia en la máquina, aprendia labores de puntillas y encajes que doña Catalina le enseñaba al son de historias y consejas de Escocia. Los abuelos reian de buena gana al ver esas cosas, ó cuando las referia Marta ponderando sus habilidades domésticas. Ella estaba en el *chalèt* con tanta libertad como en su casa, pues no habia ejemplo de que Jorge pusiera allí los piés durante el dia.—¿Debíase esto únicamente al cúmulo de sus ocupaciones? ¿O algo influia tambien que no le habia caido en gracia la heredera de los Valdenegros? Pudiera juzgarse esto último por el episodio siguiente:—Cierto dia apercibió Marta sobre una cómoda del dormitorio de doña Catalina un fresco ramito de violetas, colocado dentro de una copa de agua.

—Violetas ya! esclamó la niña;—oh! qué ricas están. Nuestro jardinero nunca nos lleva estas cosas.

—Jorge las trajo esta mañana, respondió doña Catalina. En los sitios más bajos de la quinta, á la orilla de un bañado, hay gran cantidad de violetas que florecen casi todo el año. Jorge, pasando esta mañana por allí, se acordó de traerme ese ramillete... Son lindas, eh!—pero si usted viese las violetas de Escocia!

—Pues si desacredita las violetas porteñas, yo me las llevo...

Y sin más preparacion, Marta adornó con ellas su soberbia cabellera renegrida.

—Dónde mejor colocadas! dijo doña Catalina con embeleso maternal, pues Marta la tenia habituada á considerarse como una segunda madre de la nieta de los Valdenegros.

Al dia siguiente, en la misma copa de agua, estaba otro ramito de violetas, fragante y tentador.

—Mi adorno, dijo Marta al verlo.

Y lo engarzó en sus trenzas.

Dos dias despues, doña Catalina la llevó á su dermitorio y le dijo con aire misterioso:

—Vea! en la copa hay ahora dos ramitos. Jorge no me ha dicho nada; pero yo lo conozco. No le ha gustado que usted se lleve mis flores, y por eso pone dos ramitos; asi, á su madre siempre le quedarán violetas. Sabe que me gustan mucho porque me hacen acordar de Escocia!

Marta guardó silencio. Pareció primero pensativa y despues distraida. Bajaron al comedor, porque aquel dia estaban convenidas para hacer un budin genuinamente escocés. Los dos ramitos quedaron bañándose en la copa.

—Cuando llegó la hora de retirarse Marta, doña Catalina le preguntó si no llevaba sus violetas.

—Es verdad! respondió Marta y ella misma subió la escalera con agilidad, alegre, para tomar el ramito que antes habia desdeñado.

Verdaderamente, ¿podia ella agraviarse por las antipatias ó las censuras de Jorge? Desde entonces, siguió surtiéndose de violetas en la cómoda de doña Catalina, y más de una vez adornó con ellas la pechera de su vestido de amazona. Pero Marta era enemiga de deber servicios; en cambio de las violetas que recojia, dejaba todos los dias un jazmin.—¿Quién lo recojia despues? Nunca se lo preguntó Marta á doña Catalina.

Los setenta años del señor Valdenegros protestaron al fin contra las agitaciones del ejercicio ecuestre. Amaneció el anciano con dolores de ciática que le impedian erguir su talle majestuoso.—Marta lo supo y se deshizo en zalamerías de nieta regalona.

—Viejito querido! no se vaya á enfermar por culpa mia. Cuidado con que le cuesten caro mis caprichos. Si se enferma yo llamo de nuevo á la fiebre tifoidea, y esta vez no la dejo ir sola. ¿Sabe usted lo que haremos de aquí en adelante? Usted va en el landó, al lado de abuelita, haciéndole la córte, y yo voy á caballo sin alejarme de ustedes. Para todo lo que pueda necesitar es má útil que usted....

Marta se interrumpe; todavia no ha encontrado la manera apropiada de nombrar á Jorge Parler, el mayordomo de las Alamedas!

—Sí, tesoro, responde don Francisco, rebosando de orgullo y de contento al verse condecorado por los brazos juguetones de sù nieta;—no perderás tus paseitos á caballo. Se hará como ella dice —¿no es cierto, Emilia?

Corre Marta hácia la abuela y la condecora á su vez, esperando la respuesta.

—Yo quisiera que los indios se robasen todos los caballos de la Provincia, respondió doña Emilia.

—¿Y mientras no los roban?

—Tú has de salir siempre con la tuya.

Marta se regocijaba de haber eliminado de las cabalgatas al señor Valdenegros; contaba de este modo tener más libertad para andar todo el camino al galope, al gran galope, que era su deleite—Sin embargo, como no podia alejarse del landó sin suscitar las alarmas de doña Emilia, tuvo que resignarse á ver frustrado en gran parte su programa. Solamente á la vuelta, cuadras antes de llegar á las casas, Marta apuraba su caballo y dejaba muy atrás al landó. Jorge la seguia, obedeciendo rigurosamente su consigna. Es inútil añadir que este momentáneo *tête á tête* no tenia la virtud de romper el silencio habitual entre la nieta de los Valdenegros y el mayordomo de las Alamedas, salvo una que otra pregunta trivial que Marta dirigia á Jorge, y que Jorge contestaba con sumo laconismo, pero no sin dejar entrever una dentadura que, en relacion á la de doña Catalina, daba brillante testimonio de las leyes de la herencia.—Otro detalle: nunca se miraban de frente.

Una tarde, al regresar, detúvose el landó á causa de un grave desarreglo en los tiros de un caballo. *Las casas* estaban todavia distantes.—Caian lentamente las sombras de la noche sobre la llanura callada, y la brisa comenzaba á silbar con la fria aspereza de los cierzos.

—Abuelitos! dijo Marta, acercando su manso alazan, hasta hacerle introducir la cabeza en el landó; mientras componen los tiros yo sigo mi camino y ustedes me alcanzan luego... (hablaba siempre en singular, siendo presuncion *juris et de jure* que iba enteramente sola, aun cuando la acompañase invariablemente el mayordomo).

—Niña! esclamó doña Emilia con aire de decidida oposicion.

—Oh!—insistió la niña; está muy fria la tarde y no quiero perder calor. Ustedes me alcanzan en dos minutos.

—Anda, locuela, anda, dijo el señor Valdenegros;—tambien nosotros debemos hacer cubrir el landó...

No habia concluido cuando ya Marta apartaba su caballo y se alejaba al galope, dándose vuelta para contentar á la abuelita con el gesto y el chasquido de un beso.

—Jorge! Jorge! gritó doña Emilia;—no se le separe ni un instante. Usted me responde de mi nieta!

Tan grave responsabilidad hace latir de un modo estraño el corazon de Jorge, cuando llega al costado izquierdo de la jóven amazona, que apura y enardece á su alazan, azotándole nerviosamente

el pescuezo con la ballena de su latiguito blanco. El noble animal parece adivinar los fogosos anhelos de su dueña y desenvuelve toda la fuerza de sus músculos, con balances y escarceos que estaban ya abolidos de sus rocinales costumbres. Iérguese la jóven amazona, satisfecha y orgullosa, sobre el lomo de su corcel alborotado. Arroja el viento las largas polleras flotantes de su vestido negro sobre el caballo de su silencioso guardian, y agita como fantástica cimera el velo blanco de su galera plomiza.... Ah! todos los cierzos de la pampa no bastarian para apagar la hoguera que flamea en las mejillas rojas de la jóven amazona, que ilumina sus ojos y hace jadear su pecho...Nieblas sutiles se levantan de las vastas praderas y se confunden con las cenicientas nubes del horizonte, formando como un inmenso mar de brumas á los últimos reflejos mortecinos del crepúsculo.

—Hermoso! hermoso! murmura Marta, latigueando sin cesar á su caballo.

—Cuidado! cuidado! balbucea Jorge, deslumbrado, atónito.

—Adelante! adelante! Oh! mi alazan! quisiera darte álas para perderme contigo en las nubes del cielo!

Y el noble animal, cual si oyera á su dueña, vá precipitando el galope hasta soltar desatentadamente la carrera.

Jorge se inclina y tiende la mano hácia la brida del caballo de Marta; pero esta lo detiene. Sus manos se tocan, se estrechan involuntariamente, y así, apareados, unidos, formando una sola masa de materia nerviosa,—ginetes y caballos,—allá ván, como impelidos por el huracan de Paolo y de Francesca, en el vértigo de la carrera que devora el espacio sobre la llanura enlutada....

De aquel sueño, de aquella pesadilla, Jorge fué el primero en despertar. Soltó la mano de Marta y con mano firme empuñó la brida del dócil alazan.—Sin violencia, gradualmente, como el mar que se apacigua, fueron retardando el paso los caballos, hasta detenerse temblorosos y jadeantes de cansancio.—La fatiga, la emocion, una embriaguez incomprensible se dibujan en el rostro de la jóven amazona. Su mirada se estravía, su cuerpo se dobla; apénas tiene Jorge tiempo de bajar del caballo, recibirla en sus brazos y dejarla caer suavemente sobre la yerba humedecida por las primeras lágrimas de la noche.

Están en las inmediaciones de la quinta, cuyas arboledas se alzan como fantasmas apiñados, dejando ver aquí y allá luces de vivienda humana. Revoletean los *teros* lanzando gritos de alerta y el eco del bosque multiplica el ladrido de perros no lejanos.

Jorge ha salido de un sueño para caer en otro. No hay una gota de sangre en sus mejillas; toda la reclama el corazon, para alimentar el fuego de las sensaciones violentas que lo embargan. De pié, con los brazos cruzados, contempla á Marta casi acostada á sus piés... Todos sus pensamientos son castos; está preservada la imprudente inocencia de la jóven.

Siéntese al rato el ruido de un carruaje que avanza con rapidez.—Los cascabeles de los arreos resuenan fantásticamente en los oidos de Marta.—Ella se incorpora y arregla precipitadamente su cabellera en desórden bajo el elástico de su galera plomiza.

—Gracias, Jorge, gracias!—esclama luego. Esto ha sido una locura.... Nada contarémos.... ¿No es verdad?

Jorge no responde. Silenciosamente, acerca el caballo de Marta y la hace subir. Era ya tiempo; el landó llegaba!

Venian doña Emilia y don Francisco en sobresalto, sorprendidos de la distancia que habia logrado Marta adelantarles. Respiraron libremente cuando uno de los jockeys anunció que *ya se avistaba á la niña*, y cuando el landó se detuvo cerca de ella no hicieron mas que abrumarla con preguntas cariñosas é insignificantes.... Algunas horas despues, entre el dormitorio de doña Emilia y el de Marta se cruzaba este diálogo:

—Niña! hace una hora que te siento inquieta y desazonada, sin conciliar el sueño.... ¿Tienes algo?

—Oh! nada,—abuelita querida;—estoy simplemente desolada, y por mi gusto dejaria la cama para hacer ejercicio.

—Qué locura! hija mia; pero en fin, si te parece, yo puedo levantarme y hacerte tertulia.

—No, abuelita, no; es una broma; puedes dormir tranquila; ya siento venir el sueño....

Pero Marta aún estuvo largo tiempo buscando, sin encontrarla, una postura cómoda en sus almohadas de plumas y en su colchon elástico. Se estremecia todo su cuerpo. Creia sentir que un vertiginoso torbellino la precipitaba en el espacio, entre las sombras de la noche, dando ella la mano á un hombre cuyo silencio era *más entretenido* que la conversacion del Dr. Nugués!

No léjos de allí, en la casita suiza, tenia lugar este otro diálogo:

—Jorge,—han dado ya las doce y no te acuestas.... ¿Precisas algo?

—Gracias! madre; estaba concluyendo unos apuntes, pero si te mortificas verme en pié, me acuesto y en diez minutos estoy profundamente dormido.

—Si, Jorge, ya que madrugas tanto, es menester que aproveches la noche.

—Hasta mañana, madre mia.

—Dios te bendiga.

Doña Catalina se adormece tranquilamente; es bueno que las madres, con todos los finos instintos de su amor, no siempre puedan descubrir las tormentas que rebullen en el corazon de sus hijos. El aire gracial y la luz descolorida de las alboradas de Mayo encontraron á Jorge recostado todavia en la ventana de su dormitorio, con el pensamiento fijo en una mano pequeñuela, delicada, primorosamente ceñida por un guante de cabritilla color perla que, sin embargo, le aprisiona y le tortura el corazon como si fuese una manopla de hierro!

Al dia siguiente, Marta hizo su visita de costumbre á la casita suiza.—Antes de despedirse, subió al dormitorio de doña Catalina. Sobre la cómoda, dentro de la copa de agua, habia aquella vez un solo ramo. Marta bajó sin violetas en sus soberbias trenzas renegridas, y estrujando un jazmin que habia arrancado de su pecho.

Cuando entró al salon de su casa, don Francisco y doña Emilia jugaban á las damas.

—Abuelito, dijo acercándose á ellos;—el dia se descompone; la tarde estará muy fria; hoy no quiero salir á caballo.

—Superior!—respondió don Francisco; casualmente, hoy nos falta la compaña de Jorge.

—¿Porqué? preguntó doña Emilia.

—Me ha prevenido que volverá tarde de recorrer los alambrados esteriores.

—En todo caso, replicó Marta, no seria él Don Preciso.... Me parece que podia acompañarme cualquier otro, con ustedes al lado, si yo tuviese deseos de salir...

—Pero en nadie tendria yo tanta confianza, dijo don Francisco.—Es tan ginete! conoce tanto el campo!.—¿No te parece lo mismo, Emilia?

—Por supuesto! contestó la señora. Creo sin embargo que para salir en carruaje no es indispensable Jorge Parler. ¡Quiéres salir en carruaje, Marta?

—Nó! hoy quiero descansar.

—Y anoche querias hacer ejercicio!

—Soy voluble.... ¿no es verdad?

—Me parece que empiezas á aburrirte de la estancia.... Sabes que estamos á tus órdenes....

—Mañana mismo! esclamó don Francisco.

—Más despacio, señor Valdenegros, más despacio! lo pensaré! Hoy no deseo hacer otra cosa que pensar.

A la noche,—siendo ya las nueve, Marta se habia fatigado de tocar el piano, mientras sus abuelos jugaban al besigue, y la

aplaudian de tiempo en tiempo.—Se levantó, los besó en la frente, y les dijo haciendo una cortesia encantadora:

—Voy á escribir una larga carta para mi amiga Orfilia; espero que Vds. encontrarán consuelo durante mi breve ausencia!

Cuentan las crónicas que Orfilia jamás recibió la larga carta que Marta hubo de escribirle aquella noche. Ella queria estar sola revolviendo en libertad ideas que le trastornaban un poco la cabeza, y sensaciones que le hacian saltar el corazon. Paseábase en su alcoba iluminada apenas por la luz de una bujia que oscilaba en la habitacion inmediata, cuando llegó á su oido un canto sentimental y varonil. Detiénese á escuchar; aquel canto se pierde á intérvalos entre el rumoroso silencio de la noche, y reaparece despues con notas quejumbrosas y vibrantes.... Abre la puerta de su cuarto y sale al corredor.... Frias tinieblas se precipitan sobre ella.... No es menester que vea luz en las ventanas de la casita suiza para saber á quien pertenece aquella voz.... Recostada en la balaustrada del corredor, estremecida de frio, aplica el oido al canto que ahora puede percibir distintamente y sin interrupciones.... Oyese apenas el acompañamiento del piano, en aquella cancion sencilla y grave, como sencilla y grave es la espresion del dolor.—Vagan allí recuerdos dulces y tristes de la patria lejana... ¿Acaso ha sido capaz de comprenderlo y de sentirlo Marta cuando al terminar la cancion, serpentea en su garganta el sollozo y estalla en su pupila el llanto?

Momentos despues, hácese oir de nuevo aquella misma voz. Es un canto de amor, más tímido, más íntimo, de armonia velada y soñolienta, cual si espresase los deliquios de una pasion ignorada....La noche es tenebrosa; el viento arrécia, y sus querellas en la bóveda sonora de los árboles apagan el éco de la amorosa cancion.... Entra Marta á su aposento y con paso sigiloso se aproxima al salon. Don Francisco y doña Emilia discuten con acaloramiento candoroso las cuentas de la partida de besigue.—Vuelve entónces sobre sus pasos, toma de su aposento un chal de cachemira blanco, se envuelve nerviosamente en él y baja presurosa al jardin, sin preocuparse de la borrasca qne sube el diapason de sus querellas en la bóveda sonora de los árboles.... ¿Porqué se detiene, sin embargo, cuando está ya cerca de la ventana iluminada, detrás de cuyos cristales se dibuja la figura de Jorge, sentado al piano, exhalando sus notas de amor, voluptuosas y dolientes?—Ha sentido entre el follaje, removiendo la tierra á pocos pasos, pisadas que se acercan.... y luego, un ladrido enorme la sobrecoje de espanto.... Huye despavorida;—la luz de un relámpago ilumina su carrera; y Jorge, que se ha acercado al cristal de la ventana, alarmado tambien por los ladridos, divisa entre las plantas del jardin formas de mujer, blancas y fujitivas á cuya vista palidece y queda inmóvil, esperando la luz de otro relámpago que solo alumbra en seguida las calles desiertas del jardin.

Poco despues, desatóse la lluvia con violencia y retumbó fragorosamente el trueno.—Don Francisco y doña Emilia acudieron á las habitaciones de Marta. Estaba ella en su alcoba, á oscuras, reclinada en un sillon, temblando y anegada en lágrimas.

—¡Cómo me ha impresionado la tormenta! balbució al ver á sus abuelos, que se le acercaron y le estrecharon las manos con vivísimo interés;—apénas he tenido tiempo de apagar la luz, de miedo de los rayos.... por aquel espejo.... El viento, los truenos, los relámpagos....

—Niña nerviosa! exclamó la señora; siempre lo fuiste, y lo eres más desde tu ataque de fiebre tifoidea....

—¿Pero porqué no has ido á buscarnos á la sala?—preguntó don Francisco, positivamente contrariado:—¿por qué no has llamado?—¿por qué no has hecho venir una criada? Pensar que estabas enteramente sola!

—He sentido un miedo tan estraño!—dijo Marta,—y despues, poniéndose de pié, dominando con energia su emocion:—ahora todo ha pasado; mis nervios están quietos; me encuentro bien, no tengo miedo.

—Mujer! ya no hay besigue sino cuando esté nuestro tesoro al lado!

Y don Francisco abrazó á Marta, que ya estaba abrazada de doña Emilia, formando los tres un compacto grupo de familia, cual si quisieran así defenderse de la borrasca, que azotaba con furia el techo, las columnas y los muros de aquella hermosa morada....Ay! otra borrasca ha invadido el hogar y ruje sordamente en el corazon de Marta Valdenegros!

*(Continuará.)*

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—)o(—

### V

TRISTE fuè la llegada de Alberto Conde á Rio Janeiro. Las fatigas del viaje lo habian postrado à tal punto, que se viò obligado à guardar cama apesar dè los deseos que tenia de recorrer aquella gran ciudad, cuyo marco de montañas y de verdura habia contemplado desde la cubierta del vapor.

Se sofocaba en aquella atmòsfera pesada, y consultados los mèdicos para quienes don Rafael llevaba valiosas recomendaciones, determinaron estos que el enfermo debia ser inmediatamente trasladado á algun punto elevado de los alrededores de Rio, designando especialmente la Tijuca, donde encontraria todo gènero de comodidades.

Dos dias despues, Alberto cruzaba en carruage la ciudad y se dirijia à la Tijuca, preciosa montaña situada en las proximidades de la ciudad, y se instalaba en un còmodo hotel edificado en una de sus pintorescas laderas. El pobre enfermo se encontraba bien en aquel ambiente puro y tibio que daba descanso à sus fatigados pulmones.

El sitio era encantador. La montaña, vestida de àrboles hasta la cumbre, era un jardin esplèndido, en que crecian todas las plantas tropicales con lozana exhuberancia, entretegidas unas á otras con mallas de lianas. Cerca del hotel, un arroyuelo que corria desde las alturas culebreando por entre los àrboles, se precipitaba de repente en el vacìo, y despues de un salto de veinte varas, volvia à tomar su cauce, arrastrando en su ràpida corriente las burbujas de espuma que el agua formaba al caer. Ante aquella cascada se pasaba Alberto las horas, mirando còmo el agua se rompia en las piedras, desmenuzàndose en agujas aceradas, que formaban un nimbo de niebla en torno de aquel sitio.

Cada vez estaba Alberto mas reconcentrado en sì mismo, y pocas eran las palabras que Don Rafael lograba sacarle. Cuando hablaba, era con displicencia, aun sobre los asuntos que mas podria interesarle. Lo ùnico que por algunos momentos despertaba su interès era lo que su padre le hablaba de Cristina. Parecia que todo su ser se reanimaba, pero aquellos relàmpagos de vida duraban poco, y quedaba nuevamente sumido en su abatimiento, la cabeza hundida entre los hombros angulosos, la mirada vidriosa y fija, la frente humedecida en sudor, y la respiracion fatigosa, anhelante, con los labios entreabiertos como si quisiese absorver todo el aire que lo circula para alimentar à los pulmones que se deshacian minados por la tisis.

Y asì se pasaba las horas, sentado, con las espaldas encorvadas, haciendo todo gènero de esfuerzos por contener la tos, que era lo que màs lo postraba. Apenas tenia aliento para escribir, y solo lo hacia por Cristina, à quien le pintaba su estado como muy satisfactorio, no con el propòsito de engañarla, sino porque asì lo creia èl sinceramente, con esa ilusion que anima à los tìsicos hasta sus ùltimos momentos.

Pero Cristina no se engañaba. En el laconismo de las cartas de Alberto, en la frialdad que ellas respiraban, en la inseguridad de la letra, ella adivinaba la realidad y hasta la exajeraba con ese empeño con que

siempre parece que se complace en mortificarse el que sufre. Ella no queria oir consuelos ni esperanzas, y sin temor ya de que Alberto adivinase en su rostro las huellas de sus lágrimas, lloraba todo el dia, sin aspavientos y sin empasmos, sino tranquila, resignada, como si hiciera ya largo tiempo que hubiera recibido el golpe que la amenazaba.

Vivia en un estrecho retraimiento de claustro, rigorosamente vestida de lana negra, sin adornos ni atavios de ningun jènero, entregada al culto de los recuerdos, y arrobada en un misticismo que ella misma no acertaba à descifrar con precision, mezcla de algo divino y algo humano, sèr intermedio entre la imàjen de Alberto Conde y la de Jesùs, que identificaba Cristina à punto de fundirlas en una sola.

Ella nunca habia sido beata, y no tenia de religion más nociones que las muy vagas que habia recogido en el Colegio de las Hermanas de Caridad, donde solo le enseñaban la mecánica del culto catòlico en cuanto concierne al aparato escènico del templo: à bordar mantos, à cribar panizuelos, à confeccionar flores de trapo y picar papeles para adornar los cirios. Su relijion era màs material que espiritual, y asì se esplicaba aquella veleidad con que habia abandonado sus santos al sentir las primeras sensaciones del amor, continuando sin embargo en sus prácticas religiosas, màs hijas de la costumbre que de la devocion.

Pero marchitadas sus ilusiones terrenales, su alma, àvida de amor volvia à acariciar aquellos ideales misticos, y sin darse mucha cuenta de ello, encarnaba en la dulce memoria de Jesùs el recuerdo querido de su Alberto, à quien una voz secreta parecia decirle que no volveria à ver.

A pesar de los ruegos de sus padres, Cristina se entregaba dia por dia à la vida contemplativa, prescindiendo en cuanto le era posible del contacto con toda persona. Habia despojado su alcoba de todas las coqueterias y monadas que la adornaban: ni una flor en los floreros, ni una cinta en el cortinado, ni un frasco de esencias en su tocador. Bajo pretesto de que el polvo que se adheria à la alfombra que cubria el piso la molestaba, la hizo quitar; cambiò con otro pretesto su cama de jacarandà tallado por otra lisa de fierro, y poco à poco convirtiò su àntes risueña alcoba, en una pieza severa y sombria como una celda.

Alegando que aquello la distraia, no permitiò que la sirvienta hiciera el acomodo de su habitacion, y antes que nadie se levantase en la casa ya ella habia hecho sus arreglos y estaba entregada à sus meditaciones misticas frente à un crucifijo, à cuyo piè se veia como ùnica ofrenda, un paquete de cartas que ella leia y releia todos los dias, como si aquellas palabras escritas hicieran revivir en su oido el acento de su ausente querido.

Una de sus hermanas que tenia su cuarto contiguo al de Cristina, oyèndola sollozar una noche, atisbò por el ojo de la cerradura, y viò con sorpresa que apesar de la hora avanzada que era, estaba aquella vestida sobre la cama, al parecer dormida, iluminado su pàlido rostro con los dèbiles reflejos de una veladora encendida frente al crucifijo.

Comunicò la hermana al dia siguiente à sus padres lo que habia visto, y estos, alarmados con aquella novedad, quisieron cerciorarse de si era simplemente una casualidad el haberse dormido Cristina vestida, ó si era pràctica que habia adoptado en su nuevo mètodo de vida. Aquella misma noche se convencieron de que Cristina se acostaba sin desnudarse, y consultado el mèdico de la casa sobre el particular, declarò que era urjentemente necesario impedir aquella locura, pues ya lo tenia preocupado la palidez y el desencaje de la niña, y en tan delicado estado forzosamente habia de serle muy perjudicial aquella pràctica anti-higiènica.

A los cariñosos reproches de sus padres, Cristina quizo negar lo que se le inculpaba, pero enternecida despues por los ruegos, echò à llorar pidiendo que la perdonasen, pero que no la violentasen porque aquello era un voto que habia hecho.

—Es un voto que nadie te agradecerà, hija mia, le decia su padre, porque es un sacrificio completamente estèril, pues ni Alberto ha de recuperar la salud por el hecho de que tù te acuestes vestida, ni tù seràs màs virtuosa por mortificar tu cuerpo.

—Dios exije estas contrariedades, contestaba Cristina, con estòica resignacion.

—No hija; Dios no se entromete en estas cosas. Si tù eres su obra, haces mal en destruirla como te estàs destruyendo, llevada de esas doctrinas fanàticas de que te han llenado la cabeza en el colegio. Parece imposible que tù, tan sensata siempre, incurras en esas ridiculeces con que no solo te enfermas sinò que acongojas à tus padres que solo miran por tu bien.

Prometiò Cristina que no lo volveria à hacer, pero no lo cumpliò, preocupada con el supersticioso temor de que faltar à su voto acarrearia sobre Alberto la còlera de Dios. Y asì poco à poco lo que en un principio habia sido solo una distraccion, iba acentuàndose con toda la persistencia de una neuròsis mìstica, que la hacia mirar con suprema indiferencia todo lo que la rodeaba, y relajando en su alma cariñosa hasta las afecciones de familia.

Entre tanto, la enfermedad de Alberto Conde, lejos de cejar, seguia avanzando de una manera aterradora. La carne se iba de aquel cuerpo, dejando solo la armazon huesosa apenas cubierta por la epidèrmis amarillenta y hùmeda. Solo la santa paciencia de un padre podia soportar las impertinencias continuas del pobre enfermo, que màs se apegaba à la vida à medida que en èl se iba estinguiendo. Se aburriò de la Tijuca, se le hizo insoportable el hotel, à cuya servidumbre tenia ya cansada con sus eternos reproches sobre la comida, sobre la cama, sobre todo, y exijiò à don Rafael que lo llevase à las cercanias del Jardin Botànico, donde tenia la seguridad de que se encontraria mucho mejor.

Allà fuè el solicito padre à consultar nuevamente à los mèdicos, y estos, que no se hacian ilusiones sobre el estado de Alberto, le aconsejaron que lo llevase donde èl queria ir, que sin duda aquello le sentaria bien porque la estacion calorosa avanzaba, y la proximidad del mar le haria màs llevadera la temperatura.

Don Rafael alquilò un *chalet* pròximo al Jardin Botànico y se instalò alli con su hijo. Los primeros dias los pasò bien, distraido con la novedad del paisaje. Paseaban los dos por los alrededores y no se cansaban de admirar la decoracion de verdura que tenia por delante. Sobre todo, lo que màs atraia la atencion de Alberto, era la entrada del Jardin Botànico. Se detenia allì largos ratos contemplando aquella calle intermiable de palmeras que muere al piè de la montaña, parimentada de arena rojiza, sobre la cual se destacan los promontorios de cèsped que sirven de base à aquellas columnas rectas y esbeltas, coronadas con un elegante chapitel de hojas verdes y brillantes como si de seda fuesen tejidas.

En medio de aquella vida, de aquella lozania, de aquella lujuria de la naturaleza, el pobre tìsico parecia màs consumido aun. Se sentaba en un banco, à la entrada, al piè de un àrbol que era la imàgen de su existencia, invadido por los paràsitos que se nutrian con su sàvia, matando toda su vejetacion, y allì se pasaba horas tras horas, aniquilàndose en el quietismo, y devorado por la combustion interior que iba poco à poco secando las fuentes de la vida.

Al cabo de un mes, el Jardin Botànico le aburria ya como le habia aburrido la Tijuca. Queria volver à Montevideo à dilatar la vista en las planicies. Aquellas montañas lo sofocaban, sobre todo el *Corcovado*, à cuyo piè vivia, y que à cada momento parecia amenazarlo con aplastarlo bajo su inmensa mole.

—Pero hijo, le objetaba don Rafael, tù no estàs en estado de emprender viaje. Espera à reponerte un poco y entònces nos pondremos en camino.

—No, papà, es necesario que nos vayamos cuanto antes, porque lo que me aniquila es este calor, esta falta de circulacion del aire encerrado entre estos cerros. Estoy seguro de que en Montevideo acabarè de mejorarme, porque ya vè Vd. que he mejorado mucho: ya no me dan aquellos accesos de tos que tanto me molestaban. Lo ùnico que tengo es esta flacura de que me repondrè inmediatamente cuando llegue allà, porque aquì no puedo comer: la carne es detestable, la leche es aguachirle, y hasta las legumbres son insulsas. Y luego, este calor que me debilita hacièndome traspirar todo el dia y toda la noche.... Si, papà; resueltamente nos vamos.

El pobre Alberto queria atribuir à todo lo que lo rodeaba la debilidad ue lo aniquilaba, sin sospechar siquiera que la causa de todo estaba

dentro de él mismo. Su repugnancia á toda alimentacion era invencible. Rechazaba todos los platos que le presentaban, y no queriendo convencerse de su inapetencia, ideaba manjares que segun él comeria con gusto. Don Rafael no omitia diligencia ni gastos para conseguirlo en el acto, pero cuando le presentaban al enfermo lo que habia pedido, lo rechazaba con repugnaucia, irritado, con la misma repugnancia con que el hidrófobo rechaza el agua que pide á gritos.

A fines de Setiembre, ya no pudo don Rafael contrarestar el empeño que Alberto hacia por volver. El regreso era en él una idea fija; tema de todas sus conversaciones, sobre todo por la tarde, hora en que la fiebre le daba alguna energia y le hacia hablar con exitacion, descargando toda su irrascibilidad sobre el desgraciado anciano, á quien inculpaba por detenerlo allí apesar de lo mal que le sentaba aquel clima.

Un dia, despues de almorzar, don Rafael, que habia quedado en la casa escribiendo algunas cartas, salió al rato en busca de Alberto que debía estar en el jardin. Pero por mas que lo llamó y buscó no pudo dar con él. El pobre padre se desesperaba sin saber á qué atribuir aquella ausencia, é hizo registrar minuciosamente todos los alrededores, pero sin resultado. A las cinco de la tarde volvió Alberto, rendido por la fatiga, pudiendo apenas respirar. A las preguntas que don Rafael le hizo solo le contestó haciéndole señas con la mano de que esperase: no podia hablar. Por la noche esplicó su conducta. Habia ido á la ciudad en el tramway y preguntando de un lado á otro habia averiguado que dos dias despues partiria un vapor para el Rio de la Plata.

—Vámonos, papá; yo ya no puedo estar aquí, y hasta temo que voy á enfermarme sériamente si permanezco aquí ocho dias más. Quiero sorprenderla á Cristina, pero voy á estar de incógnito algunos dias para engrosar un poco, porque si me ve así, le voy á parecer muy feo.

Nuevamente consultó don Rafael á los médicos, y estos aconsejaron el viaje, con esa condescendencia que siempre tienen ellos para con los enfermos deshauciados. Aquellos dos dias los pasó Alberto con cierta animacion, preocupado de sus preparativos, y forjándose mil ilusiones. La víspera de la partida fué al Jardin Botánico como á darle la despedida, y con las veleidades propias de su enfermedad, lo volvió á encontrar espléndido. Hasta sentia cierta tristeza en abandonar aquel sitio encantador. Lo recorrió en una gran estencion y se detuvo en uno de sus rincones mas pintorescos y poéticos. Sobre un lecho de arena blanquísima, corria un hilo de agua cristalina, en cuya superficie se retrataba el delicado follaje de los bambúes, que en apretados mazos crecian en aquel sitio. Alberto se entretuvo en leer las inscripciones que los visitantes habian grabado en la lustrosa corteza de aquellos cañaverales, y sonreia tristemente al ver las ingénuas declaraciones que algunos enamorados habian confiado á las plantas, que las susurraban á la brisa que jugueteaba entre sus flexibles ramas. Aquello era un idilio de la naturaleza. Los bambúes alineados á una y otra banda del arroyuelo, entretejian arriba sus sutiles varillas vestidas con hojas delicadas, formando una nave de verdura por entre cuyas grietas filtraba el solagujas de luz que capitoneaban la arena con tachuelas de oro.

Todo era vida y exhuberancia en aquellos contornos. Millares de insectos con alas esmaltadas de azul y verde revoloteaban entre las plantas con zumbidos metálicos, brillando con fúlgidos reflejos al cruzar por un rayo de sol, y apagándose al penetrar nuevamente en la sombra. Pájaros de matizado plumaje acudian al reparo de los bambúes y se bañaban agitando las alas dentro del agua, miéntras otros, ocultos dentro del follaje, gorgeaban sus canciones alegres.

Alberto se alejó lentamente de aquel sitio, como contrariado de ver tanta vida, tanta lozania que parecia enrrostrarle su aniquilamiento. Él mismo se sentia raquítico en medio de aquella pompa, de aquel lujo de sávia y de robustez que la naturaleza derrochaba en torno de su cuerpo macilento, como haciendo escarnio de su miseria.

Dominado por esta idea, y delirante con la fiebre, llegó un momento en que se imaginó que todas aquellas plantas tenian movimiento y accion, y avanzaban todas hácia él, haciendo chasquear sus ramas para expulsarlo como á un leproso cuya vista repugnase á los moradores de aquel palacio de la naturaleza. Sentia que los bambués le cruzaban el rostro con sus flexibles tallos, y creia ver que hasta las altas palmeras se doblaban como enormes látigos haciendo resonar con chasquidos de fusta las cintas de sus verdes penachos.

Al dia siguiente Alberto no tenia fuerzas para levantarse de la cama. Habia en su ánimo un desfallecimiento completo, y en su postracion se sentia hasta hastiado de vivir. Más tarde, reaccionó; la idea del viaje volvió á reanimarlo, y con febril impaciencia exijió á don Rafael que no demorase un dia mas la partida. A la mañana siguiente debia zarpar el vapor y no habia tiempo que perder.

El pobre don Rafael salió á activar los preparativos del viage, y Alberto quedó solo, sin atreverse á salir al jardin, dominado todavia por el delirio de la víspera en que llegó á creer que hasta la naturaleza hacia mofa de su raquitismo. Odiaba aquella vejetacion que le robaba la vida, quitándole hasta el aire que él necesitaba para sus pulmones, y atribuia á la malignidad del clima aquella postracion que lo invadia.

En su delirio, veia á Montevideo con sus casas blancas, con sus horizontes estensos, todo aseado, todo elegante, pobladas sus calles de mujeres hermosas y esbeltas; y entregado á estos ensueños lo encontró don Rafael á su régreso, vagando por sus labios anémicos una sonrisa triste.

Estaba Alberto en la sala, sentado en un cómodo sillon de paja, con la cabeza hundida entre una almohada de plumas, reclinada contra el respaldo; sobre los brazos del sillon tenia estirados los suyos, y sus manos colgaban pálidas, dercarnadas, como una armazon de huesos sujetos por el pellejo. La mirada tenia un brillo intenso por momentos, pero en seguida caian nuevamente los párpados, como si estuvieran gastados sus resortes.

—Animo, amigo, dijo don Rafael con cierta jovialidad como para reavivar al enfermo; que ya está todo pronto, y mañana nos pondremos en marcha sin falta ninguna. Parece hijo que te causa pena dejar estos sitios que tanto te fastidian, segun dices tú á cada momento. Vaya! no te amilanes, que dentro de cuatro dias ya estarás en Montevideo, y podrás ver á tu Cristina que creo que es lo que mas te preocupa.

Alberto sonrió tristemente, pero no contestó. Estaba como distraido, y parecia no prestar atencion á lo que le hablaban. Por lo demás, parecia más tranquilo que de costumbre. La respiracion era menos fatigosa, y no lo molestaba la tos.

—¿Sabes papá, dijo por fin, que tengo un antojo?

—Pues dilo, hijo, que si en mi mano está complacerte, puedes darlo por conseguido.

—Pues se me ha ocurrido nada ménos que ir á algun teatro esta noche.

—Permíteme que te diga que eso es una insensatez.

—Nó; no me sentará mal. Por el contrario me distraerá, y sobre todo, será una vergüenza que cuando esté en Montevideo no sepa qué contestar cuando me pregunten cómo son los teatros de esta ciudad en que he permanecido tres meses.

—Pero te sientes tú con fuerzas para ir?

—En este momento nó, porque esroy muy cansado, pero luego estaré mucho mejor. Yo ne sé lo que siento hoy; tengo un desfallecimiento que no sé cómo esplicar, porque ni he caminado, ni me he agitado, y sinembargo estoy rendido de cansancio. Yo creo que ha de ser el calor.

—Pero la tarde está mas bien fresca, Alberto.

—Pues yo me sofoco. Es que Vd. es viejo, y tiene horchata en las venas en lugar de sangre, pero yo me quemo. Sin moverme, vea como me corre el sudor por la frente. Esto es lo que me debilita.

—Bueno, hijo, pero no hables tanto porque te fatigas.

—Nó, esta fatiga me viene del calor tambien. Yo sufro espantosamente con el calor, y nunca he sentido tanto como hoy. Felizmente... mañana... pobre Cristina...

Don Rafael estaba vuelto de espaldas arreglando sobre la mesa algunos papeles, y al notar que Alberto se habia interrumpido, le dijo, sin volverse:

—¿Y? ¿qué hay ahora con Cristina?

Y como no le contestase, se dirijió al sillon del enfermo, y al verlo,

cayò anonadado sobre un sofà, cubrièndose la cara con las manos y sollozando:—Hijo mio! hijo mio!

Alberto Conde seguia sentado en el sillon con los brazos caidos, la cabeza sobre el hombro, y los ojos entornados. Por entre los làbios pàlidos caia de su boca un hilo de sangre negra que manchaba el cuello de su camisa.

Estaba muerto.

FIN DEL CUADRO QUINTO

# ¡Siquiera esa ilusion!

Hereuse la beauté que le poëte adore.
*Lamartine.*

Un abismo se abre entre nosotros,
Abismo de dolor
En cuyo fondo cual la niebla flota
Nuestro perdido amor.

Mas aunque vele ese nublado triste
De mis dias el sol,
Tu recuerdo irá siempre, no lo dudes,
De mis pasos en pos.

¡Oh! quien hubiera creido, quien, que tantas
Esperanzas en flor,
Solo fruto de lágrimas nos dieran
Que la fiebre secó.

Porque tú ¿no es verdad? tú tambien sufres
¡Oh! dilo por favor!
Porque quiero, al creerte siempre pura,
Guardar esa ilusion.

Y tú que me dijiste: no amé nunca,
Nunca sentí como hoy!
¡Ah, no es posible! cómo á tu recuerdo
Puedes hacer traicion.

A tu recuerdo que al hallarte á solas,
Cuando habla el corazon,
Te dirá: por tí sufre, no fué vana
Su palabra de amor.

El tejerá á ese amor una corona
De perenne verdor,
Si con la gloria, aspiracion inquieta,
Alguna vez soñó.

«Dichosa la beldad que amó el poeta,»
Porque al mundo legó
Su nombre al suyo unido, en una misma
Sublime aspiracion.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo tan solo sé amar, vendrá la muerte
Y extinguirá mi voz,
Mas por mi alguien dirá: ni á su destino
Desapiadado odió.

Tú puedes olvidarme, pero nadie
Te amará como yó,
Nadie hará de tu amor una sonrisa
Entre la tierra y Dios.

Sé que me olvidarás! Harto me dice
Ese polvo incolor,
Admósfera de ruinas, do la planta
Del hombre se posó.

Mas no digas jamás que no me amaste,
Que tu labio mintió,
Porque quiero, al creerte siempre pura,
Guardar esa ilusion!

AUGUSTO V. SERRALTA.

# VOLVIERON!

Aquella golondrina encantadora
Que en el alero del balcon vivia,
Aquella que el poema de mis penas
De memoria sabía,
Aquella golondrina enamorada
Que en torno de tu hogar se revolvía
Ha vuelto ya! y en su lenguaje hermoso
Preguntó si me amas todavia!

No quise responder esta pregunta
Pues, en verdad, temía
Que aquella golondrina me dijera
Algo que á ser verdad me mataría.
Huyó de mi balcon y yo ¡insensato!
Presa de mi delirio, ya leía
En sus negruzcas álas, un poema
Que mostraba á mis ojos tu falsía.

II

Ayer la golondrina encantadora
Me habló otra vez con su lenguaje hermoso
Y me dijo que sueñas con mi nombre
En horas reservadas al reposo.

Me refirió que anoche por tu alcoba,
Que es un nido de amores voluptuoso,
Ha flotado mi nombre, pronunciado
En medio de aquel sueño delicioso.

III

Yo que dudaba de tu amor, bendije
Aquella golondrina encantadora
Que disipó mis dudas, arrancando
Los secretos que flotan en tu alcoba.

Yo que dudaba de tu amor, le dije
Que anide en el hogar donde tu moras,
Pues quiero que contemple mi ventura
Hoy que sé que me adoras!

JOSÉ R. MUIÑOS.

## SOLUCIONES
DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 6

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 6 D | R 5 R |
| P 4 CR | R 6 R |
| P 3 AD | R 5 R |
| D 4 D (mate). | |

La solucion fuè enviada por el Duende, C. M., Sofia, Rocambole y Rocambolito, Nadie, Cagliostro, Un Aspirante à Presidente, Eduardin, Ed. Loedel y J. C. Bro.

### CHARADAS

1.ª *Olimpo*—2.ª *Adelante*—3.ª (Charada-enigma) *Clavel*

Enviaron la solucion de las tres Sofia, Nadie y Rocambole y Rocambolito;—de las dos primeras Bertuccio, Cagliostro, Rayuga;—de las dos últimas Moniato; y de la tercera solamente Una Floridense y Tanama.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*1.ª Botella—2.ª Lobreguez—3.ª Treinta—4.ª Diáfano.*

—

Algunos aficionados à este juego han hecho notar con razon que de la 1.ª sale tambien *Bellota*, de la 3.ª *Retinta* y de la 4.ª *Afinado.*

La solucion de las cuatro nos fuè remitida por Rocambole y Rocambolito y P. de Mellao;—de la primera: por Sofia, Bertuccio, Nadie, Cagliostro, Una floridense y Un aspirante à Presidente;—de la segunda: por Bertuccio, Nadie, Cagliostro y Una floridense;—de la tercera: por Nadie;—y de la cuarta: por Sofia, Cagliostro y Moniato.

### SALTO DE CABALLO N. 4

*Es claro dia el placer*
*Y oscura noche el dolor,*
*Mas en mi vida, Señor,*
*¿Cuándo logra amanecer?*
*Cuando ella hácia ti sus ojos*
*Vuelva piadosa ¡Dios mio!*
*Si en sus promesas me fio*
*Siempre de luz tendré antojos.*

—

Fuè resuelto por Sofia, Una Floridense, Rocambole y Rocambolito, Rayuga, Moniato, Un Aspirante à Presidente y P. de Mellao.

### GEROGLÍFICO N. 6

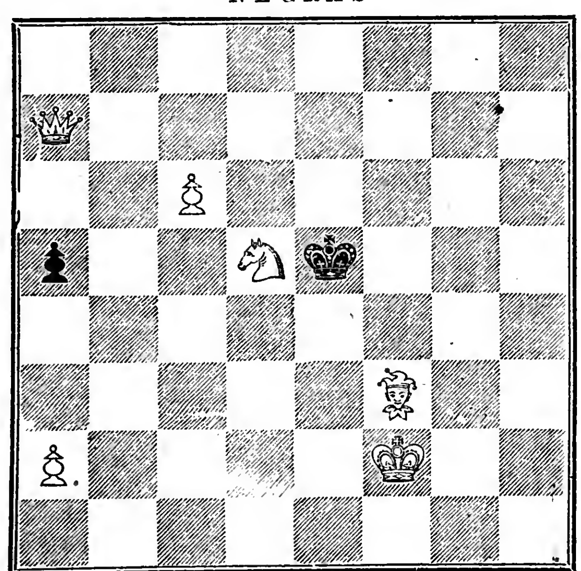
*Solamente el tiempo cura las enfermedades del espiritu.*

—

La solucion exacta nos fuè remitida por Tomàs Lafonte, J. C. Bro, Una Floridense, Moniato, Sofia, Rocambole y Rocambolito, Bertuccio, Nadie, J. D. Pintos, Cagliostro, La sociedad à destra y sinistra Rayuga.

**Problema de Ajedrez por «El Duende»**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mato en tres jugadas.

### FUGA DE VOCALES

P.s.- y.—l.—.st.c..n - d.—l.s—.m.r. s
¡Y—l.—.d. d—d.—l. s—s..ñ.s—pl.c.nt.s.
P.s.—l.—d. l. c..s.—pr.m.v.r.
Y—c. n—.ll.—l.s—fr.t.s—y—l.s—fl.r.s.

### FUGA DE CONSONANTES

.a.a.a.—.e—.a—.ue..e—.o.—.a.o.e.
Y—.e—.a—.i.a—.a—.e..i.—.uí.e.a
.o.o—.a.a.—..u.a..o—.o.—.a—e..e.a
.e.a..a.o.—.e—.ue.o—..i..a.o.e.

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

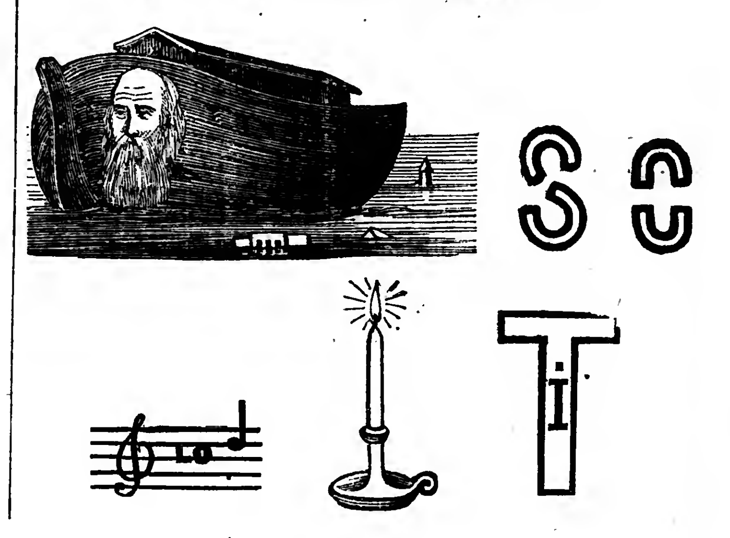
T.m.i.n—.a.a.o.—l.s—.n.t.n.e.—p.r.s.
.n—.u.—e.—a.m.—a.—u.—.i.h.—n.—h.l.o .a.a
.i—.i.—p.r. - s.—a.a.—d.q.e.—n.—m.r.s
.o.o—.l—.a.o—.a.ó,—.o.o—.o—.a.a
.n.—m.n.d.—f.l.a.—.e—.o.—d.r.s.
.u.—t.n.o—.a.e—.r.s—.e.e.—e.—m.—c.s.

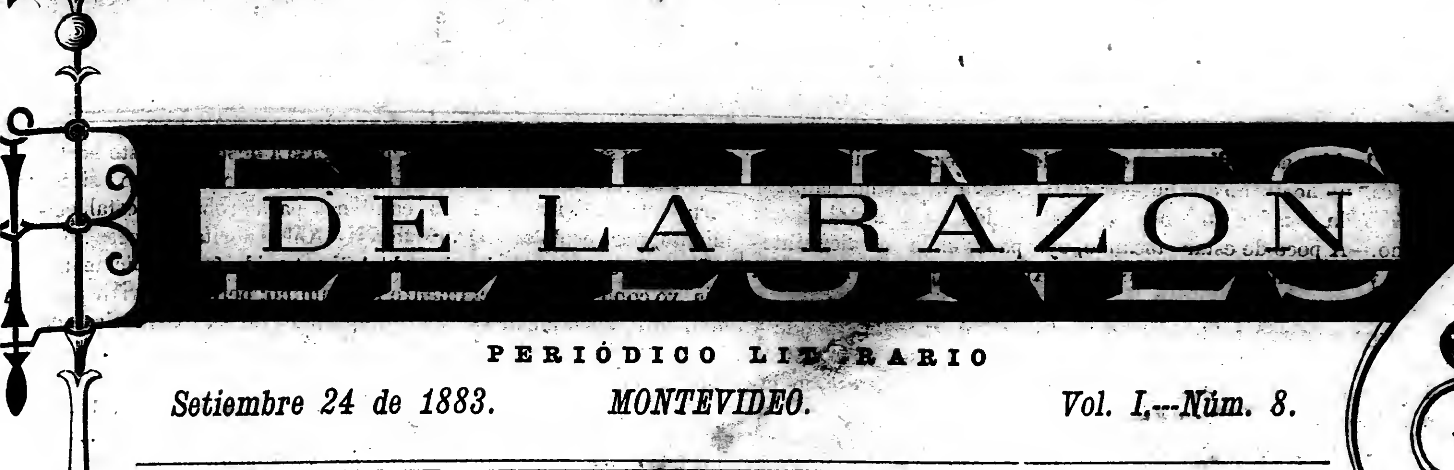
## SALTO DE CABALLO
### Y PASO DE REY

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| se | no | que | la | mia 64 | Can | tos | to |
| res | li | ra | Lú | de | ras | bi | lec |
| in | Son | ra, | do | nes | del | los | sé |
| te | o | di | ria | ce | poe | las | en |
| ren | ra | fre | li | la | A | Yo 1 | que |
| Yo | re | fue | c. | tas, | pul | san | ni |
| cual | preo | san | pan | es | o | ñas | que |
| Ni | es | to | no | Si | á | las | los |

Empieza en el número 1 con salto de caballo y termina en el 64 con salto de caballo tambien. —Despues de cada salto de caballo sigue un paso de Rey.

### GEROGLÍFICO NÚMERO 7






PERIÓDICO LITERARIO

*Setiembre 24 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.--Núm. 8.*

# LOS AMORES DE MARTA

POR

**CÁRLOS MARÍA RAMIREZ**

## PRIMERA PARTE
## CAPÍTULO OCTAVO

### EL MAYORDOMO DE LAS ALAMEDAS

EL temporal duró dos dias. Llovia incensantemente; ráfagas intermitentes y variables sacudian la arboleda, abatian los arbustos, estrujaban las flores, y arrebataban millares y millares de hojas y pequeñas ramas, de las cuales volaban las unas á lo léjos y quedaban las otras esparcidas en las calles del jardin, como destrozos de un combate.

Marta se paseaba de un lado á otro en las vastas habitaciones de la casa, limpiando con su pañuelo de batista los cristales húmedos de las puertas, para mirar por ellos con anhelo, en busca de una nube dorada, de un arrebol lejano, que rompiese la monotonía de aquel cielo taciturno y lloroso.—No la perdian de vista los abuelos, la creian soberanamente fastidiada y de tiempo en tiempo iban á recordarle que de su voluntad únicamente dependia la vuelta á Buenos Aires.

—Veremos! veremos!—respondia invariablemente la jóven.

Ya en sus confidencias intimas comenzaban los abuelos á encontrar estrañas aquellas indecisiones, aquellas medias palabras.

—Estravagancias! estravagancias de niña!—decia don Francisco.

Y doña Emilia sacudia la cabeza con incertidumbre maliciosa.

Durante el segundo dia recibió Marta una interesante carta de Orfilia Sanchez.—Era un plieguito verde, escrito por los cuatro costados, en direccion horizontal y en direccion vertical, por lujo de coqueteria caligráfica.—Decia testualmente así:

«Queridísima amiga:

«Nunca hubiese podido extrañar tu ausencia tanto como ahora. —Tengo tantas cosas que contarte!—Miro este papel y me parece indigno de recibir las confidencias que solo el lábio debe murmurar al oido de las amigas.—Pero no puedo resistir á la tentacion de anticiparte mis alegrías, y allá ván, segura de que tú las acojerás con tu acostumbrado cariño.

«Resúmen de la gran noticia: estamos definitivamente arreglados con Eduardo Arismendi!

«Que carnaval tan oportuno!—Nos encontramos en los bailes del Club, y nos entendimos como si fuéramos antiguos amigos.—Dias despues se hizo presentar en casa; ahora me visita dos veces por semana; me pedirá el 25 de Mayo, y nos casaremos en Julio, el dia de mi cumple-años.—Puedes figurarte si me gustará el regalo!

«Has de recordar que cuando Eduardo empezó á mirarme en Colon, á mi me parecia muy feo. Ahora, no diré que sea buen mozo, pero sí que á nadie dejará de parecerle interesante.—Tambien es verdad que sabe decir al oido unas cosas tan dulces, tan armoniosas, tan impregnadas de sentimiento y poesia!—Bajo aquel semblante adusto y aquella corteza dura palpita un corazon de oro. Que bueno y qué afectuoso es! —Me anima el convencimiento de que seremos muy felices.- Estoy deseando que vengas para que lo trates; le hablo siempre de tí, y él tambien tiene muchos deseos de conocerte.—Le he asegurado que te presentarás en los bailes de este invierno.

«Y á propósito de tu entrada al mundo, haz de saber que el Dr. Nugués vino de las Alamedas haciéndose lenguas para ponderarte. Con motivo de hallarse papá incomodado de su asma, ha estado dos veces en casa el espiritual doctor, y las dos veces me ha hablado largamente de tí. Pancha Ovalle, que como tú sabes, se pinta sola para averiguar estas cosas, dice que con el mismo entusiasmo habla el Dr. Nugués en todas partes, y afirma que está evidentemente enamorado.... ¿Qué te parece? No quiero añadir una palabra más porque no presumo cuáles serán las impresiones que á tí te ha dejado.... Cómo vamos á conversar cuando nos veamos! Que sea cuanto antes son los votos de tu amiga que te abraza y te come á besos,

*Orfilia Sanchez.*»

Es probable que algunos dias antes, esta carta hubiese causado terremotos en el corazon de la persona á quien iba dirijida; pero llegaba tarde.—Marta la leyó con distraccion y la dejó olvidada sobre un sofá de la sala.—Recogióla doña Emilia, y despues de haberla leido creyó haber encontrado la clave de un enigma que comenzaba á preocuparla mucho.

Al tercer dia de iniciado el temporal, todo habia pasado. El sol era radiante; el cielo revestia un color celeste, terso y uniforme, semejando una colosal turquesa cóncava, y la brisa, fresca y pura, mecia suavemente las ramas y las hojas de una vejetacion que parecia en aquel momento engalanada con sus más relucientes ropajes. —Marta habia encargado que la despertasen temprano. Cuando la criada abrió un postigo y le hizo ver los resplandores de aquel hermoso dia, ella tambien como una planta del jardin, sintió rebullir su sávia, y revivir sus colores, su sonrisa!

A medio dia, se despidió de doña Emilia para ir á su visita habitual. Don Francisco andaba recorriendo los galpones, para conocer de cerca los estragos que habia hecho el temporal.

—Pobre viejita! dijo Marta al salir; tres dias hace que no tengo noticias de ella.

Doña Emilia la acompañó hasta el corredor que daba frente á la casita suiza. Con cuánta ternura quedó contemplando á su nieta!—Qué bien se destacaban las trenzas sueltas de Marta, tan esponjadas y tan largas, sobre el fondo de su traje blanco!.... ¿Pero por qué hay señales de inquietud en la mirada de la afectuosa abuela?.... Luego que Marta subió la escalera de entrada de la casita suiza, dióse vuelta haciendo un graciosísimo saludo —Doña Emilia contestó con una sonrisa afectuosa, y permaneció reclinada en la balaustrada del corredor mirando hácia la puerta por donde habia desaparecido la figura de aquel sér idolatrado.

A nadie halló Marta en el primer piso. Solia esto suceder, y entónces, para anunciarse alegremente á doña Catalina, se sentaba al piano y jugueteaba en el teclado, con alguna pieza de baile.

—Así lo hizo aquel dia, pero en vez de una pieza de baile se puso á tocar un nocturno que hubiera podido servir de acompañamiento á cierta cancion amorosa no desconocida para aquel mismo piano.—A poco de estar tocando, oyó pasos en la escalera interior, y no eran pasos de señora. Alguien bajaba, y no era la viejita escocesa!

Jorge apareció muy luego en la puerta de la sala, pálido y grave, sencillamente vestido con un traje de color oscuro. Marta dejó de tocar; su corazon palpitaba en aquel momento como jamás habia palpitado hasta entónces.

—Señorita, dijo el jóven, sin adelantar un paso, mirando á Marta por encima del piano que daba la espalda á la puerta de la sala:—mi madre está enferma...

—Enferma! esclamó Marta con sorpresa dolorosa.

—Sí, señorita;—los dolores reumáticos que la atormentan con frecuencia en el invierno, no le han dejado cerrar los ojos en toda la noche....

—Voy á verla!....

—No, señorita;—ahora está durmiendo y descansando.

—Esperaré que se despierte; deseo tánto saludarla!

—Señorita, mi madre no se despertará muy pronto; está bajo la accion del cloral, que es su recurso estremo, cuando no puede conciliar naturalmente el sueño.

Marta bajó los ojos, reflecciono un instante y dijo despues con voz muy dulce:

—Me seria muy agradable sentarme á la cabecera de su cama, y verla descansar, y estar á su lado cuando abra los ojos!

—Ella está habituada á mis cuidados, replicó gravemente Jorge, y no aceptará sino con violencia los de la señorita....

Hubo algunos momentos de silencio. Jorge permanecia en la puerta con cierta rijidez solemne. Marta seguia sentada en el taburete del piano.—Reinaba un silencio dulce y propicio en el interior de la casita suiza.

—Entónces, dijo Marta al fin, apoyando el codo izquierdo en el teclado y reclinando en la palma de la mano su mejilla encendida,—entónces, hoy no saldremos á caballo.

—No señorita, respondió Jorge con frialdad.

Hubo otro momento de silencio: Marta miraba el techo y Jorge el suelo.

—¿Qué ha hecho V. durante el temporal?

—Mi deber, señorita.

—¿No volveremos á salir á caballo?

—Espero que no.

—Vd. se alegrará de no tener que acompañarme....

Una sonrisa triste cruzó por los lábios de Jorge; y volvió á reinar el silencio.—Marta lo interrumpió de nuevo, diciendo:

—El otro dia, solo encontré un ramito en la copa de la cómoda. Deben estar escasas las violetas!

—Si, señorita.

Y Jorge con una respetuosa inclinacion de cabeza, hizo ademan de alejarse.—Marta tuvo un movimiento de impaciencia.—Saltó en su taburete, y, sin recordar la enfermedad de doña Catalina, arrancó al teclado la más nerviosa de las escalas cromáticas.... El mayordomo volvió sobre sus pasos; avanzó hasta el respaldar del piano; apoyó en la parte superior sus manos cruzadas, y con profunda emocion, clavando sus ojos azules en los ojos negros de la señorita Marta, habló de esta manera:

—Estamos locos! Mi propia insensatez ha llegado hasta el punto de no tener más que un solo pensamiento en mi cabeza y una sola imájen en mi corazon....

—¿Cuál?—preguntó Marta con pueril aturdimiento.

—Usted!.... Ya ve como soy un insensato.... Ah! si mi madre llegara á conocer esta pasion absurda de mi alma, cuál seria su dolor! su desesperacion!

—¿Porqué? interrumpió Marta, con sorpresa inocente.

—Porque participaria de mi propio dolor, de mi propia desesperacion... y si el señor Valdenegros llegase á descubrir este horrible secreto, me sentiria avergonzado, deshonrado, como si me sorprendiera abusando de su confianza para robar el establecimiento, para esplotar sus riquezas.—Ah! señorita, á veces llego á figurarme que soy un miserable! Si esta vida fuese únicamente mia, yo conoceria perfectamente mi camino; pero debo vivir para mi madre, debo alejar de los últimos años de su existencia todo lo que pueda hacerle derramar una lágrima. Despues,... seré solo en el mundo.... ó no seré.... Usted tambien, señorita, se debe á la tranquilidad de los ancianos que le dan su nombre, su fortuna, y que sueñan con el brillante porvenir de su nieta....Sé que ellos le brindan á usted el regreso á Buenos Aires. Es menester que acepte, que se aleje inmediatamente de mi vista,

Estaba Marta estupefacta. Sus ojos se atravesaban en las órbitas, y su boca se descomponia en contracciones nerviosas. Apenas respiraba. Tenian sus mejillas los colores rojos y sombreados de la flor del seybo.... Empero, cuán bella la encontraba Jorge al verla allí, bajo su mirada, al alcance de su mano, amorosa vencida!

De repente, Marta se irguió con altivez en su asiento;— llevó las manos á la cabeza, dejándolas correr á lo largo de su cabellera; trajo luego las trenzas sobre el pecho y cruzando los brazos ciñó con ellas los contornos de su rostro profundamente alterado.

—Pero, señor, dijo entónces....

—¿Pero qué?—replicó Jorge, estremeciendo el piano con un temblor convulsivo.

—Pero yo no puedo ser responsable....

—No prosiga.... tengo miedo á sus palabras......

—Pero yo no puedo ser responsable de sus *pasiones absurdas*.—Guárdelas en silencio.... que á mí me son indiferentes, y yo permaneceré en *mi* Estancia todo el tiempo que se me ocurra .... Los mayordomos....

—Ah! señorita!—Bien hacia yo en tener miedo á sus palabras; presentia que iban á ser crueles... y falsas!

—¿Falsas?

—Crueles y falsas! Sí!

Marta ocultó el rostro entre sus manos, y Jorge prosiguió:

—Conservo un resto de razon, suficiente para comprender que yo no puedo aspirar á ser el esposo de Marta Valdenegros. No! la heredera de una fortuna inmensa y de un apellido ilustre no puede descender de su destino, tan alto y tan brillante, para enlazar su suerte á la de uno de los mayordomos que cuidan sus establecimientos de campo. Los abuelos de usted, señorita, si tal cosa sucediera, se creerian en cierto modo afrentados; y, por lo ménos, aun siendo mucha la nobleza de su alma, verian desvanecidas sus más bellas esperanzas, empequeñecidos, empañados, los horizontes de su raza.—Oh! lo he meditado largas horas, reaccionando sobre mis propios delirios.... Marta Valdenegros casada con el mayordomo Jorge Parler! Imposible!—Seria e asombro y el escándalo de la sociedad. Parecerian amenazadas todas las distinciones, todas las convenciones sociales.—Si una señorita como Marta Valdenegros pone sus ojos en el mayordomo de una estancia, á otras de nombre más modesto, ó de menos opulenta posicion, habria que vigilarlas para que no cambiasen miradas de amor con.... Por Dios! Ya ve usted que me pongo en la realidad de las cosas y las conozco á fondo.... Las he sondeado en esas cavilaciones del insomnio y del dolor que no tienen clemencia para ninguna ilusion, para ninguna quimera.... Por eso, señorita, por eso, mi pasion es absurda, es insensata; .... pero, perdon! no es ridícula! Tengo una alma altiva y soy un hombre digno.... Me creeria degradado si me juzgase incapaz de inspirar veleidades de amor á una mujer, quien quiera que ella sea.... Me siento autorizado á ser franco con usted.—Mi franqueza es lealtad en este caso. Tengo el derecho de pedirle que se aleje, por su propio bien, por la tranquilidad de su fa-

milia, y por la tranquilidad de mi madre... No quiere esto decir que el mayordomo de las Alamedas se considere frenéticamente amado por Marta Valdenegros... Nó! Usted es una niña, y, á su edad, las pasiones son más inconsistentes y efímeras que las plantas de una sola estacion... A su edad, señorita, solo hay caprichos y quimeras, que pasan levemente, sin dejar sombras en el alma cuando son el resultado de las conversaciones de un baile ó de las rápidas miradas de un paseo; pero que pueden conducir á un abismo insondable cuando nacen de una imaginacion extraviada por la influencia de un hombre que no pertenece al mismo rango en que brillan las señoritas de Buenos Aires.... Yo tengo el deber de detenerla, y la detengo á tiempo... Soy un hombre, y no me seria difícil guardar en silencio mis pasiones. Usted es una niña, y no sabe guardar en silencio sus caprichos, sus quimeras... Escúcheme... Es menester que nadie pueda vernos corriendo de la mano en los campos como la otra tarde; es menester que los relámpagos no vuelvan á iluminar una figura blanca que huya de mis ventanas, como la otra noche; es menester que Marta Valdenegros y el Mayordomo de los Alamedas dejen de cambiar entre sí violetas y jasmines!... Ocho dias de ausencia, y esta tormenta de verano habrá pasado para usted... Qué digo! Talvez en este instante ya se asombra usted misma de haber dado lugar, con sus irreflexivos abandonos, á que pueda hablarle como le estoy hablando, con lenguaje de amor, y de irrisoria abnegacion!

—Lenguaje de amor!—dijo Marta, levantando la cabeza y echando sus trenzas á la espalda con ademan desdeñoso;—no concibo que ese sea el lenguaje del amor, talvez porque soy incapaz de sentirlo... Vd. lo ha dicho!—Comprendo! comprendo!.—Como solo puedo sentir una fantasía pasajera, V. quiere que me aleje... ¿para qué hacerle concebir esperanzas irrealizables,—no es verdad? Ah! talvez cambiase su resolucion si yo me sintiese dominada por una verdadera pasion, una pasion irresistible, y estuviese decidida á todo....

—No, señorita; no, replicó Jorge, con amarga melancolía; es posible que V. deje de ser falsa en lo que acaba de decir, pero persiste en ser cruel, muy cruel.—Créame, sin embargo. Si Vd. estuviese decidida á todo, yo tambien lo estaria.

—Tambien! repitió Marta, en tanto que un relámpago de alegria iluminaba su rostro.

—Sí, tambien!—No sé precisamente lo que haria, pero sé,—y le juro por la memoria de mi padre,—que la familia Valdenegros quedaria bien pronto convencida de que Jorge Parler no ha pretendido robarle la fortuna, y que tampoco la acepta.

Y el jóven acentuaba la solemnidad de sus palabras, estendiendo la mano derecha sobre la cabeza de Marta, y levantando sus ojos al cielo.

Oyóse en ese momento el repiqueteo de un timbre.

—Mi madre se ha despertado, prosiguió Jorge; me llama!—Le diré que Vd. ha estado á verla y anunciarle que mañana parte la familia para Buenos Aires.

—Partir mañana! exclamó Marta.

—Si, señorita, mañana.

—Vd. lo ordena!

—Lo ruego, y si este ruego no es oido, sobrevendrán grandes desgracias!

Dijo, saludó cortesmente, y salió de la sala.—Luego, se sintieron sus pasos en la escalera ascendente, y despues, la casita volvió á quedar en silencio.—Marta ocultó de nuevo el rostro entre sus manos y apoyó su frente en el teclado.—Estaba en aquella actitud cuando la sorprendió una voz que decia en el zaguan:

—¿No hay nadie por aqui, no hay nadie?

Era doña Emilia que iba en busca de su nieta.—Marta conoció aquella voz y se dejó estar, oculta por la caja del piano. No recibiendo contestacion, doña Emilia subió la misma escalera que acababa de subir Jorge.—Momentos despues, Marta salia con precipitacion de la casita suiza, y atravesaba rápidamente el jardin en direccion á sus habitaciones.—Hubiérase dicho, al ver su semblante y sus movimientos, que acababa de cometer un crimen!

*(Continuará.)*

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—=)o(=—

### VI

CUANDO don Rafael volviò de Rio con el corazon despedazado, dejando allà los restos del ùnico sèr cuyo cariño lo ataba à la vida, buscò en Cristina un refugio para su dolor, viendo en ella la proyeccion viviente del recuerdo de su hijo. Pero no encontrò en ella lo que esperaba, aquella efusion de dolor, aquel manantial de làgrimas en que el anciano deseaba verter las suyas, esa reciprocidad de sentimientos que es el ùnico lenitivo de la afliccion. Nada de eso encontrò don Rafael.

Cristina estaba transformada. Parecia agena à todo y à todos los que la rodeaban con solicito afan tratando de consolarla. Recibiò con cierta apatia al padre de Alberto, como si su presencia viniese à perturbar la tranquilidad de su recojimiento, y ni una pregunta le dirijiò relativa à los ùltimos momentos de su amante.

Todos en la casa parecian abatidos como si presintiesen una nueva desgracia. Solo Cristina mostraba una tranquilidad impasible que se revelaba hasta en sus facciones, àntes tan animadas, y ahora quietas, mudas, severas, los ojos bajos, los labios plegados, y cruzadas las manos de una blancura transparente, que resaltaban sobre el regazo negro opaco de su fùnebre traje de lana.

No era esta quietud el abatimiento que postra à los que sufren despues de haber llorado mucho, ese anonadamiento en que queda el sistema nervioso tras de violentas sacudidas, sinò una resignacion tranquila, meditabunda, reconcentrada, è indiferente à todo.

Cuando supo la noticia de la muerte de Alberto, comunicada por sus padres con todo gènero de precauciones, el dolor no hizo en Cristina la esplosion que temian. Levantò los ojos al cielo, corrieron por sus mejillas dos làgrimas silenciosas, y pidiò que la dejasen sola.

Aquella tranquilidad afectò à sus padres mucho màs que los espasmos de dolor que ellos presentian, y doblemente preocupados quedaron al saber por su otra hija que tenia el cuarto vecino al de Cristina, que esta no habia alterado en nada sus hàbitos, y continuaba entregada à sus rezos y contemplaciones misticas sin mayores demostraciones de dolor.

A los pocos dias pidiò que llamasen à su confesor, un anciano sacerdote à quien conocia desde que estuvo en el Colegio de las Hermanas. Vacilaron sus padres en acceder à aquel estraño pedido, pero insistiò ella con resolucion, y no sabiendo ya què objetarle, determinaron complacerla.

Lo que pasò en la entrevista de Cristina con su confesor, quedò encerrado entre los misterios de aquel cuarto, pero algo grave debiò ser, porque el sacerdote, al retirarse, pidiò hablar con el padre de la jòven.

Era el sacerdote un hombre de peso, conocedor de los secretos de la vida, y creyò de su deber no hacer al padre de Cristina un misterio de lo que ella le habia manifestado. El anciano quedò aterrado al oir la revelacion del sacerdote, y permaneciò en silencio por largo rato con la mirada fija en el suelo, como queriendo precisar la enormidad de la desgracia que lo amenazaba.

Al cabo de algunos minutos rompiò el silencio:—

—Pero ¿cree Vd. que sea esa una resolucion firme en Cristina?

—Tal parece, contestò el sacerdote, segun la tranquilidad y conviccion con que ella me ha hablado.

—Le ha dicho à Vd. que contaba con mi consentimiento?

—No me lo ha precisado, pero me ha dado à entender que no teme que Vd. se lo niege, una vez que Vd. se convenza de que esa determinacion serà su ùnico consuelo.

—Pero ¿serà posible que esa niña quiera abandonar asì à sus padres que se miran en ella, llevada de un capricho?

—No lo tome Vd. tan à pecho, pues es de esperarse que eso sea un arranque del momento, pero despues la reflexion la harà desistir...

—No lo crea Vd asì.—En Cristina esa resolucion no es un arrebato porque hace tiempo ya que viene ajustando su vida à ese proyecto. Lleva ya tres meses dè noviciado, y yo he debido estar ciego al no darme cuenta de lo que tanto la preocupaba. Mi hija monja...¡Nò, no puede ser, no quiero que sea. Y Vd. me ayudarà, señor, à disuadirla. Sì, su autoridad de confesor ha de influir en ella poderosamente para hacerla desistir de esa resolucion, y juntos los dos hemos de lograr que vuelva al cariño de sus padres.

El sacerdote no contestò. Se puso de piè como dando por terminada la entrevista, y estirò la mano al anciano, quien se la estrechò fuertemente como sellando el pacto de ayuda que de èl esperaba.

Desde ese momento, la casa de los señores Peña pareciò que estaba de duelo. Ya no hubo fiestas, ni recibos, ni se tocaba el piano, ni se abrìan los balcones. La noticia de la resolucion de Cristina de entrar al Convento cundiò ràpidamente, y fuè un dia triste para las numerosas relaciones de la familia que conocìan el acendrado cariño que los padres profesaban à aquella niña.

Pero no faltò quien se alegrase. Las parroquianas de novenas y rosarios se restregaban las manos de gozo, è invadieron la cssa de Peña asediando à Cristina para que persistiera en su propòsito. Entraban como sombras por el vestìbulo rebujadas en sus mantos y se dirijian à la alcoba de la niña sin saludar siquiera à las otras personas de la casa, como si la aspirante fuese ya cosa suya de la cual pudiesen disponer à su antojo.

El cuarto estaba convertido en locutorio. Las beatas cuchicheaban allì de todo, exaltaban la devocion de Cristina, hacian alarde de envidiarle su felicidad, y llegaron hasta hablar en contra del padre que se oponìa à la dicha de su hija.

Cristina no tomaba parte en estos conciliàbulos, pero oia sin protestar, todo lo que de sus padres decìan aquellas arpìas devotas. Las murmuraciones solo se interrumpian para rezar rosarios ò hacer alguna otra devocion, y volvian à comenzar de nuevo con màs furia, maldiciendo de todos los que encontraban mal que Cristina abandonase à sus padres en la ancianidad.

Todas las tentativas de las amigas y personas respetables allegadas à la casa, por hablar con Cristina, se estrellaban ante aquella muralla de beatas que se turnaban para no dejarla sola ni un momento. No habia medio de desalojarlas de sus posiciones.

Si una amiga entraba al cuarto, las beatas le ponian una cara de baqueta y rodeabàn à Cristina como para defenderla de un enemigo.

Su pobre padre estaba volado con aquella invasion que poco à poco se posesionaba de su casa, y lo arrinconaba à èl, el dueño, alejàndolo de su hija, sobre quien nadie màs que èl tenìa derecho. Era un hombre de caràcter suave de costumbre, pero à veces se exaltaba lleno de brìos y de enerjìa, y en esos momentos no sabia dominarse.

El asedio de las beatas sobre Cristina, lo traia exasperado, y tenia que violentarse mucho para no dar rienda suelta à los sentimientos que fermentaban en èl desde tiempo atràs. Por fin llegò un dia en que no pudo contenerse.

Paseàbase el señor Peña en el vestìbulo de su casa, cuando viò subir un grupo de mujeres rebozadas en sus mantos, y capitaneadas por un fraile salesiano, gordo y macizo, que esgrimìa un paraguas à guisa de espada. Iba ya à pasar la comitiva por frente al señor Peña sinsaludarlo siquiera, cuando el anciano se cuadrò frente à los invasores y con tono imperioso dijo:

—Alto! ¿Dònde van Vds.?

—Venìamos à ver à la señorita Cristina, contestò el fraile.

—¿Y con què derecho vienen Vds. à ver à la señorita Cristina, sin pedirme autorizacion? ¿Creen Vds. que esta casa es una posada donde cada habitante puede recibir las visitas que se le antoje? ¿No saben Vds. que Cristina es mi hija, y sin mi consentimiento nadie puede verla?

—Hereje! resongò una beata, pero no tan despacio que el señor Peña no la oyese, y acabàndosele ya la paciencia, apostrofò al grupo.

—Fuera! fuera de aquì inmediatamente! Las herejes y las malvadas son Vds. que han trastornado à mi pobre hija para robàrmela. Fuera de aquì! repito, y no me obliguen à hacerlas echar con los sirvientes, mujeres haraganas y mal entretenidas, que ocupan sus òcios en maldecir de todo, sin respetar siquiera las canas y los sentimientos de un padre.

—Pero yo sòy el guia espiritual de la señorita....balbuceò el fraile haciendo ademan de adelantar.

Nunca lo hubiera dicho. El señor Peña, volvièndose con violencia, lo tomò de una manga del hàbito, y sacudièndosela con fuerza, le grito tòdo exaltado:

—Usted es el primero que và à salir de aquì, y cuidado como me vuelva usted à poner los piès en mi casa, sonsacador y pedigüeño, que aprovecha la desgracia de mi hija para sacarle crecidas limosnas todos los dias. Fuera de aquì, y vaya padre à asearse un poco en vez de venir à sembrar zizaña entre padres è hijos.

Los intrusos se retiraron murmurando por las escaleras, y el señor Peña, despues de desahogarse contra aquella invasion que lo exasperaba, quedò como postrado, meditando sobre la situacion que le creaba la determinacion de Cristina. Esta lo mandò llamar mas tarde, y le hablò sobre la escena de la mañana de que ya habia tenido noticias. La esplicacion fuè dolorosìsima para el señor Peña, que se viò censurado por su hija à causa de la espulsion de las beatas.

—Es que quieren robarte à mi cariño, hija querida, decia el anciano casi llorando.

—Nò, papà, nadie quiere robarme. Yo soy la que voluntariamente quiero dedicarme à Dios, y esas pobres mujeres no hacen mas que robustecer mi fè para que las tentaciones del mundo no me aparten del buen camino.

—Ah! ¿con què crees tù que el buen camino es abandonar à tus padres en la vejez para ir à encerrarte donde para nada sirves? ¿Què religion es esa que te enseña à faltar à tus deberes de hija? No es esa la religion que tu madre y yo te hemos enseñado, ni es tampoco la que puede ser grata à Dios.

Cristina no contestaba nada à estos razonamientos, y trataba de cortarlos como si la contrariasen. Su resolucion de hacerse monja era màs empecinamiento que conviccion, y por eso queria eludir toda esplicacion que pudiese quebrantar su voluntad. De ahí la contrariedad que le causaba todo contacto con su familia, llegando en su desvio hasta alejarse de la madre, que era sin embargo la que menos le hàblaba de su determinacion, sin ser por esò la que menos la sentìa.

Las hostilidades contra el señor Peña recrudecieron con la espulsion de las beatas. Espiaban sus salidas, y desde que sabian que no estaba en la casa, todas aquellas devotas harpìas se pasaban la voz è invadian el cuarto de Cristina, llenàndole la cabeza de chismes y embustes contra su padre, à quien acusaban de mason, y pintaban poco menos que poseido del demonio. No tardò la impresionable niña en prestar oidos à aquellas murmuraciones, y sin quererlo quizàs, fuè alistàndose en las filas de las que combatian al señor Peña.

Aquella guerra siguiò sin descanso, recrudeciendo por dias. El señor Peña llegó à convencerse de que su autoridad paternal estaba quebrada para con Cristina, que resueltamente habia manifestado que con ò sin su consentimiento, llevaria à cabo su determinacion.

En tal situacion, el anciano apelò como supremo recurso à la influencia del confesor de Cristina, sacerdote de quien tenia el mejor concepto. Le mandò llamar y le esplicò lo que pasaba. El sacerdote oyò al señor

Peña sin desplegar los labios, y en seguida fuè al cuarto de Cristina, donde permaneciò largo rato.

El señor Peña entretanto se paseaba en los corredores, nervioso è inquieto, como el padre que espera el pronòstico de una junta de mèdicos sobre la enfermedad de su hijo.

Cuando el sacerdote saliò, el padre de Cristina lo llevò à la sala, y lleno de ansiedad le preguntò:

—¿Y....? ¿ha cedido à sus consejos?

El sacerdote levantò los ojos al techo, y con la mas humilde resignacion contestó:

—Cùmplase la voluntad de Dios!

—¿Què quiere V. decir? ¿Es posible que no haya V. logrado convencer à esa niña de que no debe abandonar à sus padres?

—Mi mision no me permite oponerme á los mandatos de la providencia, y por el contrario, tengo el deber de contribuir à robustecer los sentimientos piadosos de esa niña....

El señor Peña no lo dejò concluir. Con un jesto diò por terminada la entrevista, y cuando quedò solo se dejò caer sobre el sofà, permaneciendo con la cabeza entre las manos durante largo rato.

Al dia siguiente cayò en cama, gravemente postrado por una afeccion orgànica cuyos primeros sìntomas habia esperimentado hacia ya algun tiempo, pero que entònces se manifestaba ya muy desarrollada, debido à los disgustos que sufria desde que Cristina tomò la resolucion de hacerse monja.

Poco afectò à Cristina la noticia de la enfermedad de su padre. En aquel estado de atonìa en que estaba, parecìa que nada la preocupaba sino la realizacion de sus propòsitos, y todo lo que con ellos no se relacionase, le era completamente indiferente. Entraba dos veces por dia en la alcoba de su padre enfermo à informarse de su salud, y se retiraba en seguida à su cuarto, agena à todo lo que pasaba. El señor Peña la llamaba à su lado cuando iba à verlo, la hacìa sentar en su cama, y tomàndole una mano la retenìa por làrgo tiempo entre las suyas, mirando fijamente à Cristina. Pero ella no lo miraba; permanecìa con la vista baja, muda y apàtica, sin hacer una caricia al anciano, como si el estar allì fuese para ella el cumplimiento de un deber enojoso.

Las beatas, libres ya de las vigilancias del señor Peña, se habian posesionado del cuarto de Cristina, convertido en centro de sus conciliàbulos.

Aquella enfermedad era para ellas un castigo del cielo por haberse el anciano opuesto à que la niña se dedicase à Dios. Primero se decia esto entre ellas, pero poco à poco, y valièndose de rodeos, se lo hicieron comprender à Cristina, y hasta hablaban de ello sin reparo.

Un dia, una de las beatas llegò à decir que la muerte del señor Peña seria una felicidad, porque asì no tendria ya la devota quièn se opusiese à sus piadosas inclinaciones. Cristina, al oir aquella iniquidad, llorò como hacia mucho tiempo que no lloraba, despertàndose en ella, à la la idea de la muerte de su padre, el cariño que àntes le tenìa.

La beata comprendiò que habia ido demasiado lèjos, y temiendo una reaccion, empezò à dar vuelta à sus palabras hasta dulcificarlas y darles otro sentido. Ella no habia dicho que desease la muerte del señor Peña, sinò que en caso de que esa desgracia acaeciese se creerìa que Dios habia intervenido con su sagrada voluntad para dar acceso hasta èl à la que buscaba su gracia.

Entre tanto, el mal del señor Peña se agravaba por dias, y el anciano sufria dolores agudìsimos al corazon, que era el òrgano afectadò. Su esposa y sus hijas lo acompañaban dia y noche, pero èl, en sus lamentos, solo tenia palabras para Cristina, para aquella hija que tanto habia querido, y que lo abandonaba en sus sufrimientos, despues de haberlo herido mortalmente.

Partia el alma oir aquellas quejas del anciano moribundo, que hacìan llorar à todos los circunstantes.

—Me muero! me muero! decìa una mañana abrazando à Cristina que habia entrado à saludarlo. Y eres tù, hija querida, la que me mata. No te apartes de mì, no me abandones, desiste de ese propòsito absurdo, y yo volverè à la vida, porque lo que me la quita es esta opresion que me dà la idea de perderte.

—Es necesario resignarse ante la voluntad de Dios, contestò Cristina con voz grave.

—Pero ¿què Dios es ese tuyo que aparta à los hijos de los padres? exclamò el señor Peña con angustia. No, no quiero que me abandones; tù no me dejaràs solo....

La esposa y las otras hijas lloraban amargamente en presencia de aquella escena, y sobre todo al ver que el pobre enfermo solo tenia palabras de cariño para la ùnica que se alejaba de èl.

Y la misma escena se repetia todos los dias, y cada dia quedaba el señor Peña màs postrado, reagravada la enfermedad con aquella lucha entre el cariño de un padre y el desvìo de una hija, de aquella hija predilecta que habia sido el encanto de su vejez y que el fanatismo le robaba para sepultarla en la estèril soledad del claustro.

—Preferirìa verte muerta, le decìa el anciano, antes que monja, porque muerta me quedaria siquiera el recuerdo de tu cariño, mientras que monja solo verè la prueba de tu egoismo, de tu ingratitud para los que solo han sabido quererte.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ocho dias despues morìa el señor Peña en medio de horribles sufrimientos.

Cristina hizo su duelo aparte, en la soledad de su cuarto, sin participar en nada de las làgrimas de su madre y hermanas.

Dos semanas despues activaba ya sus preparativos para irse al convento, y antes de dos meses entraba ya como novicia, rompiendo asi todos los vìnculos que la ligaban à la sociedad.

FIN DEL CUADRO SESTO

---

# NO SÉ QUÉ ESCRIBIR

La juventud es una grande enfermedad.
ALGUIEN.

JAMÁS tomo la pluma para borronear algunas carillas de papel, sin decir con Espronceda:

«Siento no sea nuevo lo que digo,
«Que el tema es viejo y la palabra rancia.»

Esos dos versos del poeta español me mortifican; son la sombra de mis ensueños: y despues de recordarlos, me resigno á no escribir, porque llegan á punto de tiranizarme tanto, que no acierto á dar con un tema á mis confecciones semi-literarias.

El tema! Nada hay más difícil en el arte de escribir, que encontrar un buen tema, quiero decir un buen epígrafe.

¿Sabeis lo que es el epígrafe? El epígrafe es, la miel con que el novelista seduce, no á las abejas del florido Himeto, sinó á las abejas de la literatura, haciéndolas posar en ese panal que encanta, porque endulza la vida; es el anzuelo de que se sirve el periodista para enganchar las masas populares y hacerlas digerir el *plato* que diariamente condimenta; y es algo, como el jarabe ferruginoso de quinina, que el orador endosa y trasmite anticipadamente á su más ó ménos habitual y numeroso público, para abrirle el *apetito auditivo.*

Suponed que, á la manera de epígrafe, me resolviera colocar al frente de.... esto que escribo,—uno de esos nombres que corren de boca en boca y llegan hasta perforar los corazones.

Suponed ese nombre, que os recuerda una imágen más ligera que la niebla y más fresca que la espuma de las aguas—cualquiera imágen—una de nuestras bellezas que veis y admirais diariamente, con sus maravillosas líneas dibujándose en los pliegues de su vestido de seda, sus grandes guantes de piel de Suecia, su cuello flexible, su cútis nacarado, y su cabello esparcido sobre la frente á semejanza de los bellos retratos de Rubens.—Suponed ese nombre como un *reclame* de mi escaso ingénio, y desde

ese instante estaria asegurado el éxito del artículo, como les está asegurado á los empresarios de museos zoológicos la entrada de los mirones, por los avisos que colocan al frente de las reparticiones, ofreciendo mostrar los desnudos *trozos* de la carne y la forma humana de esas Phyrnes, voluptuosas de la hermosura....

Oh! el arte de escribir es un arte lleno de recursos hasta en sus más mínimos detalles; y el estilista para ser leido, debe preocuparse en la travesura del epígrafe tanto como en el fondo del artículo.—Si quereis seducir, no imagineis á Magdalena arrepentida, sinó á Diana sorprendida en el baño!

¿Qué es, pues, el epígrafe? El epígrafe es todo: es el verdadero espíritu del artículo.—Se le coloca arriba, al empezar, como si fuera el cerebro que domina y de donde parten las ideas é inspiraciones.—Es el único incitante para el lector, y toda la solicitud que se ponga á fin de que sea bueno, será siempre insuficiente.

Me parece ver ya algun rostro burlon, de esos que rien de lo que Byron llamaba *peinar el estilo*, y que miran con desprecio á esos *peluqueros* de la idea y de la frase que se conocen por Paul de San Victor, Charles Nodier y Perez Galdoz, objetándome, que todo eso es sencillamente una cuestion de forma.—Sea: pero estamos en una época en que reina la forma.

En el dia, se leen puramente algunos libros, por el tafilete, el cuero y los dorados grabados de las tapas,—miéntras que otros de indisputable mérito, que no están decorados, ni iluminados con imájenes, se desprecian ó pasan desapercibidos.—Ya veis, el encuadernador, es una potencia igual ó superior al literato.

¿Cuestion de engarce literario, se agregará aún?—Convenido: pero el engarce hace lucir siempre la piedra y le da más realce al brillante ó á la perla que se anida entre las molduras del oro.—Ya veis tambien, el joyero con *sus formas*, puede tanto como la naturaleza con sus superioridades.

Convengamos pues, que en el arte de escribir, no hay nada como saber *bautizar* un buen ó mal artículo.

Los diarios y los libros se leen generalmente, no por lo que dicen, sinó por lo que prometen.

Yo no hubiera leido, por ejemplo, una novela de la señora Micaela Rodriguez de Diaz, intitulada *Agláe*, si ese nombre poético de una de las tres gracias, no me seduciera, como seduce una bayadera con sus encantos, haciéndome concebir la trama interesante de un ángel, para encontrarme despues con el cuento más trivial y vulgar que era dable imajinarse; y lo mismo que eso, yo no hubiera leido tantas cosas, que se han convertido despues en verdaderas *engañifas* y *trapisondas* literarias.

El epígrafe!—Cuántas polémicas no han obtenido el triunfo, por el epígrafe?—En la revolucion de 1830 en España, las hojas volantes de la prensa se repartian al pueblo con sus columnas en blanco; los periodistas se defendian únicamente con el epígrafe.

Y sin ir tan léjos: en nuestro pais, despues de la deportacion tan famosa como inesplicable á la Habana, habia diario que sus artículos lo constituian los epígrafes puestos al frente de sus blancas columnas.—Sin embargo, ellos encerraban una verdadera protesta, que repercutió en el fondo del alma de cada ciudadano, con más ó ménos indignacion y más ó ménos energía.

Colóquese al frente de un artículo una de esas *frases-relámpagos*, y se verá qué efecto produce.—El epígrafe por lo tanto, es el nombre propio del artículo,—y hay que convenir en esta paridad de caso: así como existen nombres que no son poéticos, soñadores, hay epígrafes que tampoco lo son.

Se pensará, que en los epígrafes puede ser eso cierto, por cuanto las palabras que se emplean tienen correlacion con objeto cuyas ideas de delicadeza ó arte son más ó ménos acentuadas; pero observaré que igualmente sucede en los nombres, y que éstos son mayormente poéticos, segun el papel romántico, libertino ó heróico que les ha tocado correr en las historias y novelas.

Actualmente no se lee nada sin un buen epígrafe.—El artículo tiene que ser dandy, elegante bien aliñado como un figurin de moda, tiene que prometer algo, y es el epígrafe quien despierta y forja esas esperanzas.

En esa línea nadie como Victor Hugo.—«*Napoleon el pequeño*», tiene por título una de sus obras literarias-políticas, y efectivamente el libro, más que por otra cosa, se lee por ese contra-sentido histórico del título,—pues el sentido del pueblo no se dá cuenta cómo un Napoleon puede ser pequeño, como mañana no se esplicarán nuestras generaciones, cómo en los años que corremos ha podido flotar tanta escoria en la superficie, y se han trepado los gavilanes del llano, á la cumbre de los cóndores.....

Sucede pues, con el epígrafe, algo de lo que pasa con la perfumeria francesa: la etiqueta con sus dorados y sus sellos imperiales, vence al perfume de Oriente aprisionado entre las sencillas paredes de vidrio de los frascos.

Notad el poder del epígrafe. Y no hay que protestar.—Nuestra organizacion literaria es esa, y no es fácil reformarla asi no más.—Yo no digo que el uso y lujo de los buenos epígrafes sea malo, únicamente observo que se ha creado una literatura especial de ellos, que con el tiempo constituirá sectarios, y tendrá su diccionario como lo tiene la rima, y sus partidarios románticos, realistas y naturalistas.

Observo únicamente ese fenómeno, que hace más ó ménos simpático á un artículo, como suele ser simpática en apariencia una mujer, convirtiéndose á veces, aquel y éste, en un verdadero *clavo* despues de algunos minutos de trato íntimo.

Desgraciadamente, el que estas líneas escribe, ni siquiera tiene a habilidad de darse de narices ó de bruces, que para el caso es lo mismo, con los epígrafes,—y generalmente, deja en completo ócio la pluma por no saber qué escribir.

Algo semejante debiera esclamar á lo de la ideada niña del galano Campoamor:

Ah! si yo supiera de qué escribir!

Pero para mi mal, en estos aprietos en que me veo, me encuentro solo, sin cura que me auxilie, y sin mas perspectiva que un cielo gris que no me dice nada, ni nada me ha pasado á los resplandores de su semi-claridad.—Siquiera ella (la de los versos) tenia deseos de amar, y yo ni siquiera tengo el deseó de poner mi nombre en el papel.

Por eso renuncio á escribir y tiro la malhadada pluma ya que no puedo tirar la mollera que no me ayuda á dar con un epígrafe que venga al caso y sirva á sacarme del compromiso que en infortunado momento me impuse.

Mas.... me apercibo que apesar de todo he escrito algo, sin epígrafe, sin nombre, pero que por lo pronto, puede llenar algun espacio con apariencia de artículo. Ay! del que lo lea.—Nada digo, ni nada he intentado decir, y sin embargo lo doy á la publicidad y satisfago con él una deuda....

Ah! bien se ha dicho, que la juventud es una grande enfermedad; la pasion y el deseo de renombre la domina,—y es tal nuestra ambicion, que no nos parece usura el tanto por ciento que la crítica y la censura nos cobran.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Basta.—Y héme ya en manos de ese Judio usurero que se llama lector.

Fra Filippo Lippi.

---

# SIN PASAPORTE

Asciende el sol, irradia, huye la bruma,
Y el cielo queda trasparente y terso;...
¡No hay nieve que al calor no se consuma
Del astro que dá vida al Universo!

—

¡Siento que el sol en mis potencias arde!
¡Siento que amor todas mis fibras mueve!
¿Por qué se enerva el corazon cobarde
Ante tu hueco corazon de nieve?

—

¿Qué hay en tu sér que tu frialdad me arredra?
¡La sangre por tus venas no circula!
¿Qué vale tu beldad, muger de piedra,
Si no incita al amor, ni lo estimula?

—

¡Cuerpo sin alma,—corazon sin fuego!
¡Impenetrable, indiferente, muda!
Sorda al amor, á la piedad y al ruego,
¿Quién de tu pétrea complexion no duda?

—

Al menos muerta, entre amarillos cirios
Dentro un cajon, en tu mortaja envuelta;
La faz velada en palidez de lirios
Bajo tu blanda cabellera suelta;

—

Me inspiráras dolor, y amor acaso!
Y pensando en tu espíritu diría: —
«¡Angel que el mundo iluminaste un paso!
«¡Flor de los cielos que duraste un dia!

—

«¡Torna á la vida!»—y te llorára entónces.
Pero al verte vivir inanimada,
Como una estátua de bruñido bronce,
Te admiro, pasas, y no siento nada!

RAFAEL.

Setiembre de 1883.

---

# SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 7

## PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 4 T | R 3 D |
| D 7 R (jaque) | R toma P |
| D 7 AD (mate) | |
| *Variante* | |
| P 4 T | R 3 R |
| D 7 R (jaque) | R 4 A |
| D 6 A (mate) | |
| *Otra variante* | |
| P 4 T | R 4 A |
| D 7 AR (jaque) | R 4 R |
| D 6 A (mate) | |
| *Otra variante* | |
| P 4 T | R 4 A |
| D 7 AR (jaque) | R 4 C |
| D 6 A ò 5 T (mate) | |

—

La solucion fuè enviada por Eduardin, Ed. Loedel, Rocambole y Rocambolito, Nadie, J. C. Brò, Arturemus, y C. M.

## FUGA DE VOCALES

*Pasó ya la estacion de los amores*
*Y la edad de los sueños placentera,*
*Pasó la deliciosa primavera*
*Y con ella los frutos y las flores.*

—

Enviaron la solucion Juanita, Moniato, y Rocambole y Rocambolito

## FUGA DE CONSONANTES

*Pasarán de la suerte los favores*
*Y de la vida la gentil quimera,*
*Como pasan cruzando por la esfera*
*Relámpagos de fuego brilladores.*

—

La ùnica solucion recibida fuè enviada por Rocambole y Rocambolito.

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Tambien pasaron los instantes puros*
*En que el alma á su dicha no halló tasa*
*Ni vió para su afan diques ni muros.*
*Todo al cabo pasó; solo no pasa*
*Una moneda falsa de dos duros*
*Que tengo hace tres meses en mi casa.*

—

De esta fuga no recibimos ninguna solucion.

## SALTO DE CABALLO Y PASO DE REY

*Yo sè bien que los poetas*
*O los que pulsan la lira*
*Son séres que no interesan*
*Ni preocupan á las niñas.*
*Si esto no fuera cual es*
*Yo rendido ofreceria*
*A las lectoras del «Lúnes»*
*Cantos de la lira mia.*

—

Enviaron la solucion, Timotea, Moniato, Rocambole y Rocambolito, Picazo y Becerranza, y la Sociedad à destra y à sinistra.

## GEROGLÍFICO N. 7

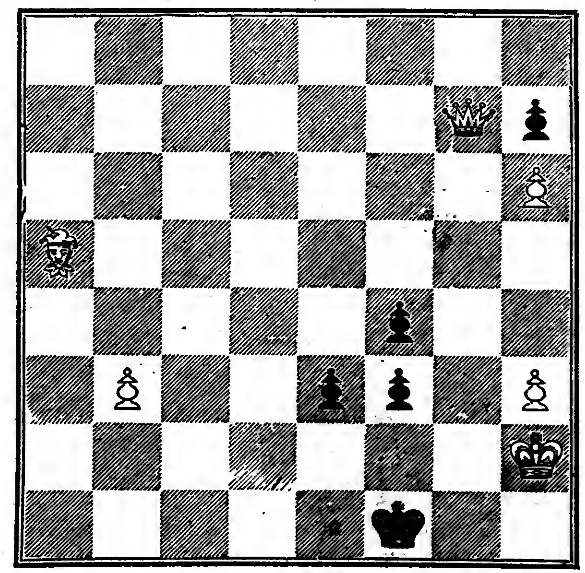
*No es oro todo lo reluciente.*

—

Descifrado por Nadie, la Sociedad à destra y à sinistra, J. C. Brò y Compliments.

**Problema de Ajedrez por «Ignotus»**

NEGRAS



BLANCAS

**Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.**

# CHARADAS

Mi *prima* es proposicion
Y *segunda*, *tercia* y *cuarta*,
Epiteto que se aplica
A la corte celestial.

*Prima y sesta* es como altar
Y *segunda, prima* y *cuarta*
Era muy dada á cazar—
*Sesta* y *cuarta,* es un anfibio.

—

En la Eneida de Virgilio
*Segunda* y *quinta* hallarás,
*Segunda* y *prima* verás
Que es del tiempo division.

—

Si me echo al rio me ahogo
Si no hago *cuarta* y *quinta;*
Y si das con el *total,*
Renombre de ello te doy.

—

OTRA

Quisiera *prima* y *segunda*
De buen vino tener llena
Que así se desechan penas
Y duelos con pan son ménos.

—

Asi yo regalaria
A mi *primera* y mi *cuarta*
Como ¡el dulce zumo de uva
Hasta que estuviera harta.

—

Dichosas las que cual tú
Son *prima, tercia* y *segunda*
Porque no es cosa que abunda
En este mundo lo bueno.

—

Mi *cuarta* con mi *primera*
Es cual fin ó conclusion
Mi *tercera* es conjuncion
Y *cuarta* y *segunda* es nombre.

—

Mi *total* es una ciencia
Muy amena é instructiva;
Que hoy á los sabios preocupa
Y en el campo se practica

—

OTRA

Es mi *primera* el nombre
Que se le aplica
A todo aquel que en Roma
Se beatifica;
*Segunda* es ruido
Y el *todo* del pagano
Fué muy temido.

## FUGA DE VOCALES

Pr.m.r.—.l—c.r.z.n—d.nd.—s.—.n.d.
M.— .nm.ns.—.m.r—.—C.b.—h.r.—p.d.z.s
Pr.m.r.—r.mp.r.—m.l—y—m.l—l.z.s
N.—.mp.rt.—s.—s.n—d.lc.s—.—m.—v.d.

## FUGA DE CONSONANTES

..i.e.o—.e.—.o.o.—.a—.o.a—.e...i.a
A.u.a.é—.a..a—e.—.i.—e.—..e.e—..a.o
..i.e.o—.o.o—..é.o.a—.i—..a.o
E..e..e.é—.n—.a—.i.a—e..o.e.i.a

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

P.i.e.o—.e.a.á—.i—.l.n.o—.r.i.n.e
.r.s.r.p.o,—.r.a.t.,—e.—s.e.o—.m.r.c.n.
H.s.a—.e.—á—.i—.a.r.a—.n.e.d.e.t.
P.i.e.o—.i—.e.d.g.—s.a—.i—.a.o
Q.e—.e.i.i.—.e—.n—.é.p.t.—i.s.l.n.e
.l—.e.d.n—.e—.e.—l.b.e—.—s.r—.u.a.o!

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

RACITUOL —FLATUCIR—MANIGOIS—VERONA

## SALTO DE CABALLO

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| ella | veo | el | lo | plan | ce | con | mo |
| En | za | tó | la | bal | sa, | la | cre |
| mar | Y | mas. 64 | na. | ma | o | her | de |
| gri | nes | da, | ci | mis | mi | Y | tra |
| Una | chi | lá | a | La | do | gan | que |
| mi | ¡Por | plan | la | cre | la | plan | yo |
| ta | la | ha | de | ta | Hay 1 | Por | rie |
| qué | jaz | da. | he | mia? | tas | do | dos |

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

## GEROGLÍFICO NÚMERO 8

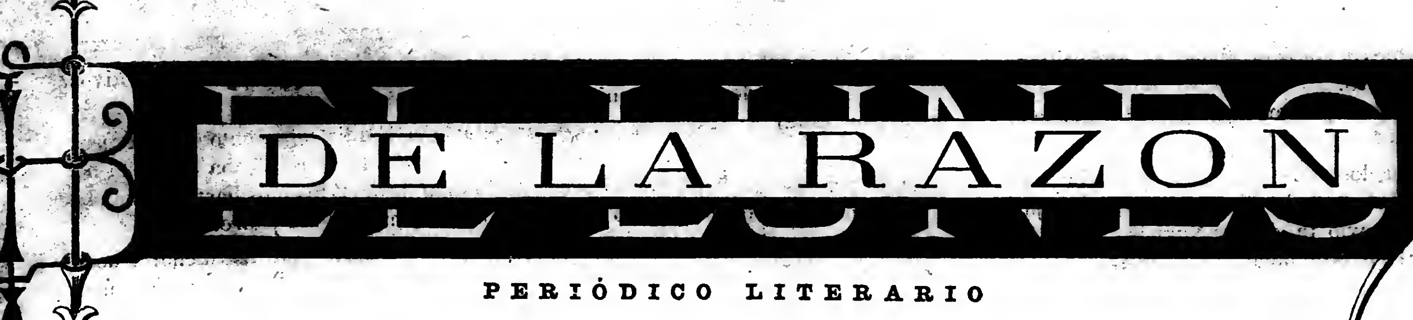
EL 







TT x  YxE 




EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Octubre 1.° de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.—Núm. 9.*


# LOS AMORES DE MARTA

POR

**CÁRLOS MARÍA RAMIREZ**

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO NOVENO

LAS CONFIDENCIAS DE LA NIETA Y LOS CONSEJOS DE LA ABUELA

Un largo baño de agua tibia y perfumada apaciguó los nérvios de Marta.—Al salir de su bañadera de mármol rosado, una dulce languidez acariciaba todo su cuerpo. Vistió sobre su camisa trasparente un baton de raso azul, y se sentó en el canapé de su tocador, con el cabello esparcido, como un manto negro, sobre los mórbidos contornos de su rostro. Una vez allí, su cabeza se inclinó, y sus manos se posaron con triste indolencia sobre las unidas rodillas, dejando caer á sus piés un peine que parecia forrado en piel de tigre.

Doña Emilia la sorprendió en ese estado de inerte melancolia, y ella pareció apercibirse apenas de la presencia de su abuela.—La señora habia estado ya varias veces procurando á Marta, que le negaba entrada á su cuarto de baño.—La visita á doña Catalina habia sido breve. Jorge esplicó la ausencia de Marta, así como que no la hubiese encontrado en su camino doña Emilia, diciendo que habria salido la señorita al jardin por la puerta del fondo.... Doña Emilia manifestó á doña Catalina sus votos de una pronta mejoria, y volvió á su casa para hablar con Marta, porque deseaba tener con ella una esplicacion espansiva.—Estaba visible al fin la regalona!

—Marta, dijo doña Emilia sentándose á su lado y tomándole con cariño las dos manos; desde hace muchos dias noto algo estraño en tu fisonomia y en tu modo de ser. Perdóname si te interrogo.—¿Qué tienes? ¿Qué deseas? ¿Qué te falta? ¿De nada pueden ya servirte tus abuelos?

—Madrecita querida, respondió Marta, sintiendo que sus ojos se arrasaban de lágrimas; conozco que soy culpable cuando por mis estravagancias te hago entrar en cuidado y en zozobra. Yo deberia estar siempre alegre, juguetona, animada para todos los placeres, consagrada al amor de mis dos viejos, que me adoran y me miman como talvez no merezco.... Oh! si, es cierto, no merezco! Hay algo que me falta y ha de faltarme siempre!

—Niña!

—Lo que oyes!

—Tú vás á esplicarme ese misterio como si yo fuese tu mejor amiga.—Ves!—Tu abuelo poco se ha apercibido hasta ahora de lo que á mí tanto me preocupa. Su afliccion seria inmensa si te viese en este momento, llorando con infinita tristeza, como si devorasen tu alma horribles penas.—Nosotras, madres ó abuelas, comprendemos mejor la naturaleza de estas crisis morales, que son propias de tu edad y que todas las mujeres hemos sufrido alguna vez. Desahoga tu corazon en mi seno, y nada le contaremos al buen viejo, sinó cuando tú lo quieras.

— Ah! si, que él lo ignore todo, al ménos él!

—Te juro que lo ignorará, dijo doña Emilia besando las manos cortas y llenitas de su nieta.

—Somos muy ricos! esclamó Marta, despues de algunos instantes de silencio; pero yo quiero que me digas, abuelita, si la riqueza es la felicidad.

—¿Porqué pensar en eso? Tus abuelos mejor que nadie saben que no basta ser rico para ser feliz. Hemos perdido tantos hijos. Hemos sufrido tanto en esta vida.—Hace dos meses estábamos amenazados de ser las personas más desgraciados del mundo. Sin tí,—¿de qué nos servirian las riquezas?—Si agradecemos á Dios que nos haya prodigado los favores de la fortuna, es con la esperanza de que esa fortuna asegure tu felicidad....

—Pero la fortuna, tú mismo lo dices, no asegura la felicidad de nadie. A veces, puede ser un obstáculo, un enemigo más en el camino...

—¿Por qué hija mia, por qué?

—Bien miradas las cosas, yo debo ser muy feliz. ¿No es cierto que Vdes. me brindan la satisfaccion de todos mis deseos? ¿No es cierto que cifran toda su ambicion en complacerme? Si pido la luna, no me la darán, porque no es posible, pero serian incapaces de negarme, ¿no es verdad?.... lo que Vds. tengan á la mano y yo ambicione.

—Me parece que así es, y tú bien lo sabes.

—Si yo dijese: quiero viajar, quiero ir á Europa, quiero ver otros mundos, y olvidar el que dejo á la espalda.... ¿qué me responderian Vds?

—Bah!.... no necesitas preguntarlo; antes de ocho dias estaríamos en viage.

—¿Si? Pues te tomo desde luego la palabra, madrecita querida.... Pero, así como deseo viajar, podria desear tambien una cosa muy distinta.

—¿Qué cosa? preguntó doña Emilia, atrayendo hácia su pecho la cabeza de Marta y sonriendo con cierta malicia bondadosa....

—Tener novio! respondió Marta, bajando la cabeza de tal modo que su rostro se escondia entre su cabellera como con una máscara de terciopelo negro.

—Tener novio! Eso es muy grave, señorita. El deseo de tener novio es una verdadera enfermedad.... enfermedad muy especial, pues no hay médicos que la curen, y no falta médico que voluntaria ó involuntariamente la produzca!

—¿Tú lo crees?

—Sí, y estoy segura de que tendria mi misma opinion el doctor Nugués, si nos estuviese oyendo.

—El doctor Nugués!—exclamó Marta, incorporándose y echándose sus matas de pelo hácia la espalda.

—Sí, señorita, el doctor Nugués, repitió doña Emilia, volviendo á tomar las manos de Marta. ¿Se figura usted que una abuela no sabe leer en el corazon de su nieta como si fuese un libro abierto?

—Ay! el corazon de las nietas tiene sin duda muchas hojas; la que tú has leido está pasada y olvidada para mí, hace mucho tiempo.

—Mucho tiempo, hija mia, y hace apenas dos meses que conociste al doctor Nugués!

—Pues el corazon, abuelita, anda entónces muy lijero, demasiado lijero!

—¿Sabes que me asusta oirte hablar del corazon con tanto aplomo?

—Tu doctor Nugués se ha quedado muy atrás: se ha perdido entre la bruma de mis recuerdos más lejanos. Yo no quiero que sea mi novio tu doctor Nugués.

—¿Hablas de buena fé, Marta?

—Con el corazon bien abierto, para que tú lo leas como un libro....

—Pero entónces.... ¿qué significan tus palabras? ¿Qué misterio encierran tus lágrimas, tus lamentos?

—Al fin todo lo comprenderás.—Escúchame. Son tan buenos y tan complacientes mis abuelos! Me quieren tanto! Yo, todo lo espero de su inmenso cariño, y si un dia.... estoy haciendo una suposicion ... corro hácia ellos, me arrojo á sus piés y les digo: estoy enamorada de un hombre,que me amará, si ustedes aprueban y apláuden mi eleccion.... eso vengo á implorar.... la aprobacion y el aplauso.

—Pero, Marta, Marta,.... ¿de quién estás tú enamorada?.... dilo pronto; dilo!

—¿Y la aprobacion, el aplauso?

—Di su nombre, di.

—Se llama Jorge Parler.

Doña Emilia lanzó un grito de sorpresa y de dolor, soltando al mismo tiempo, casi rechazando las manos de Marta, que temblaban en aquel instante. Ante ese movimiento y ese grito, Marta se sintió humillada; el rubor encendió sus mejillas y sus grandes ojos negros se cerraron lentamente. La abuela, al verla, reaccionó sobre su primera impresion, le tendió los brazos y de nuevo le hizo reclinar la cabeza en su pecho.

Guardaron silencio largo rato. Despues, sin apartar á Marta de su seno, doña Emilia dijo con voz dulcísima, como para calmar todos los sobresaltos de la jóven:

—Pero, dime.... ¿es positivamente cierto que tú estás enamorada de Jorge?

Marta respondió con emocion voluptuosa y melancólica:

—Veo su imágen en los árboles, en las flores, en la nube que pasa, en el horizonte inmóvil, en las estrellas que me alumbran, en el libro que leo, en mi espejo, en mi almohada, en todas partes! Pienso en él á toda hora; sueño con él en mis noches agitadas; mi mayor placer es estar sola, dejando que mi imaginacion devane el hilo de una larga existencia en que él comparta mis alegrias y mis penas desde el altar hasta la tumba.—¿Es esto estar enamorada?

Callaron otra vez durante largo rato,—y volvió doña Emilia á interrumpir el silencio.

—Hay en el amor ilusiones muy estrañas, hija mia.—Ese jóven mayordomo no puede inspirarte una pasion duradera. Sabes, sin duda, medir la distancia que lo separa de tí y comprendes...

—Yo no comprendo nada, exclamó Marta, apartándose con suavidad de los brazos de la anciana.—Desde que conozco á Jorge, oigo ponderar sus méritos y virtudes, y los méritos y virtudes de toda su familia. Voy á aquella casa y aspiro en ella el mismo perfume de honradez que hay en la nuestra.... Me siento allí feliz, y no puedo concebir que el destino haya levantado una barrera entre ellos y nosotros.... ¿Es forzoso que haya de casarme en Buenos Aires con un dandy, con un personaje talvez indigno de mi amor?—Desde niña, me han vaticinado mis amigos que á mí me buscarán, nó para amarme sino para gozar de mi fortuna!—Y luego, yo pienso en esto: mi padre era jóven, era rico, era buen mozo, era un Valdenegros!—y sin embargo, pudiendo elegir entre todas las señoritas de Buenos Aires, eligió una niña del campo, desconocida, huérfana, y fué feliz con ella.... ¿no es verdad?—Pues si yo siguiese el ejemplo de mi padre y me casase en el campo, con un hombre como Jorge Parler,.... ¿habria motivos de sorpresa ni de escándalo?

—Sí, lo habria,—contestó doña Emilia con acento algo severo. Me asombra que *nuestro mayordomo* (y recalcaba la frase) no lo haya tenido presente cuando levantó los ojos hasta tí, cuando ha pretendido seducirte con el ejemplo de tu padre.

—Seducirme! Ah! por Dios! abuelita -¿qué has dicho? Puedo yo ser culpable, pero Jorge, Jorge es inocente, es un ángel. Oye la historia de mis amores, óyela, y bendecirás á ese mozo.

Fué bastante larga la historia de los amores de Marta. Esplicar el orígen de una pasion amorosa es á veces mas difícil que descubrir las fuentes del Nilo ó las primeras vértebras meridionales de los Andes. Apurando su memoria, recordaba la jóven que durante muchos dias, yendo Jorge Parler casi al lado del landó en que paseaba la familia por la tarde, no habia puesto en él los ojos ni dádose cuenta de que tal persona existiera en la estancia de las Alamedas. Un dia (y este recuerdo era todavia vago) fijó en aquel hombre la mirada, y fué tomando insensiblemente el hábito de observar su sombra, su caballo, su figura, miéntras el carruage la arrastraba, indiferente y tranquila, con la imaginacion distraida en objetos lejanos.—Jorge, segun Marta, tenia una fisonomia dulce, cabalgaba con elegancia y á la media luz del crepúsculo se destacaba en el horizonte y la planicie con formas agigantadas y gallardas. Habia concluido Marta por contemplarlo con inesplicable simpatía, y luego que conoció á doña Catalina y cobró intimidad con ella, esa simpatía fué creciendo, sin inspirarle recelos, porque le parecia justificada y natural. Cuando empezaron los paseos á caballo y se vió ella cabalgando entre el mayordomo y el señor Valdenegros, Jorge no le parecia ya un estraño.—En casa de Jorge pasaba ella largas horas y hablaba de él todos los dias. Conocia su cuarto; habia revuelto su escritorio y el cajoncito de su mesa de luz. Lo veia despues á su lado y le parecia un amigo.—La fria reserva de Jorge habia exitado, en vez de amortiguar, las simpatias instintivas de Marta. Poco á poco, como cediendo á una fantasia sin alcánce, como quien urde la trama de una novela, se habia puesto á cavilar sobre la estraña aventura que seria Marta Valdenegros enamorada del mayordomo de las Alamedas, y prefiriendo este partido rural al mas brillante y ruidoso partido de Buenos Aires. Esta cavilacion, segun los recuerdos de Marta, la habia llevado muy léjos desde que se le ocurrió pensar que su pasion por Jorge Parler seria como una imitacion hereditaria de la que su padre alimentó por la humilde hija del campo á quien dió el nombre y el rango de esposa. Por la pendiente de esta idea, habíase Marta deslizado insensiblemente hasta familiarizarse con aquello mismo que al principio le parecia una aventura novelesca, y así de fantasia en fantasia, de abandono en abandono, habia llegado á encontrarse subyugada por una inmensa necesidad de amor y de espansion, que la habria entregado inerme é indefensa á Jorge Parler, si éste amándola tambien como la amaba, no hubiese triunfado de sus propias pasiones, para detenerla al borde del precipicio á donde ella se lanzaba con la embriaguez de los primeros amores.... Y Marta, llegando á este punto de sus confidencias, referia minuciosamente, con ternura, con dulces lágrimas todo lo que Jorge le habia dicho algunas horas antes.—En esta relacion, sin quererlo, exajeraba su abandono, sus humillaciones, para exaltar la caballeresca abnegacion de su amado, cuyo juramento ella repetia testualmente, imitando el ademan con que lo habia proferido el mayordomo.

Doña Emilia tuvo momentos de sorpresa y de dolor al oir ciertos detalles de aquellas revelaciones. El peligro habia sido grande y los dos ancianos, sin más pensamiento que la felicidad de su nieta, lo habian ignorado! Doña Emilia se estremecia al recordarlo; pero cuando Marta concluyó su relato, respiró con ámplia sensacion de alivio. El peligro le parecia salvado. Marta habia llegado al final de su confesion con el ánimo desfallecido, como si

acabara de confesar un delito y esperase resignada la espiacion.

—Ves, dijo doña Emilia, abrazando y acariciando á su nieta; ves como Jorge ha comprendido lo que tú finges no comprender.—Reconozco que lo calumniaba. Pobrecito! Le pediria perdon si no fuese enteramente absurdo que me diese por entendida de lo que ha pasado entre ustedes.... En la sociedad, hija mia, hay vallas que no se pueden salvar, sin romper con ella para siempre, y una de esas vallas es la que impide los casamientos desiguales. Jorge es un buen mozo, y tiene *en su rango* muchos méritos; pero yo no necesito demostrarte que no está á tu altura y que no puedo decorosamente ser tu esposo. Doña Catalina es una mujer excelente; pero tú, supongo, no la llevarias á Buenos Aires para hacer visitas con ella, vestida de lustrina negra y cófia blanca. Puedes hacerte la ilusion de que amas á Jorge, y aun amarlo; pero no te alucinarás hasta el punto de creer que podrias presentarte con él en un palco de Colon ó en un baile del Club del Progreso.—El estravio de la imaginacion es capaz de arrastrar á una niña á grandes desvarios, y entre ellos, al de tener en la cabeza un novio que sea necesario ocultar; pero cuando se trata de buscar marido no se le busca para tenerlo oculto.... El ejemplo de tu padre es un delirio, entre otras muchas razones, por que el hombre hace á la mujer y la mujer no hace al hombre..... Una desconocida es la señora de tal, con todo el lustre del nombre de su marido; un desconocido queda siempre siendo lo que fué, y envuelve en su propia oscuridad á la pobre compañera de su vida.... Tu casamiento con *el mayordomo* (doña Emilia se limita ahora á acentuar delicadamente la palabra)—aun suponiendo que no fuese á lo largo un suplicio para tí, lo seria indudablemente para Jorge.—Estaria humillado; se sentiria señalado por el dedo de la opinion general, como un advenedizo, como un explotador de la debilidad ó de la inocencia de una niña.... Si reflexionas sobre eso, tú misma percibirás cuán graves consecuencias tendria la consumacion de tu locura.... ¿Piensas que la sociedad comprenderia la espontaneidad de tu estravagante pasion? Nó! La sociedad creeria que es Jorge quien te ha solicitado con las más depravadas intenciones, y que nosotros hemos tenido que ceder ante las exigencias de tu honor.... Sí, hija mia!—hasta el honor de los Valdenegros caeria envuelto en el torbellino de tu locura juvenil!

Marta llevó las manos á su rostro y doña Emilia prosiguió:

—Ah! cuánto sufriria tu abuelo si tal cosa llegara á suceder! Voy á decirte todo lo que pasaria si lo hiciésemos partícipe de estas confidencias... Ante todo creeria que le hablábamos de broma. Creeria despues estar bajo la presion de una terrible pesadilla, y al fin, como su cariño no tiene límites, ni su bondad tampoco, consentiria en tu enlace y estaria aparentemente satisfecho; pero en el fondo de su alma.... ah! en el fondo de su alma habria un mar de amargura!....Tiene el orgullo de su nombre y solo un príncipe le pareceria digno de tí.... De un príncipe á un mayordomo... ya ves, la distancia es grande, y tú no puedes salvarla sino clavando un puñal en el corazon de tu abuelo.... ¿Y todo por qué? Por que te figuras que amas á Jórge! Hace un mes no estabas distante de amar á tu médico, y dentro de poco, alejándonos de acá, te sentirás inclinada á amar á otro hombre, porque amar es una necesidad invencible de tu edad.... ¿Quiéres viajar? ¿Hablas de ir á Europa? Está bien!—Viajaremos! conoceremos el mundo!—distraerás tu espíritu, y cuando tú quieras, elejirás esposo entre la flor de la flor de los hombres!

Repitiendo y esplayando estas ideas, la sensata señora multiplicó durante largo tiempo sus discursos, y Marta la escuchaba con abatido silencio.—Hallábase la jóven bajo el influjo de un sentimiento estraño... La reserva y el misterio habian sido poderosos estímulos de sus devaneos amorosos; ahora que su corazon no tiene secretos, ni para Jorge, ni para doña Emilia, el prestigio de la pasion disminuye y la exaltacion del alma languidece en desfallecimientos de timidez y cansancio... Algunas veces, sin embargo, despues de encontrar razonables y correctas las observaciones de doña Emilia, sentia perturbada toda la lucidez de su espíritu por este pensamiento criminal; habria tenido fuerzas, acaso, para seguir el vértigo de su amor, entregando á Jorge su destino, huyendo con él, muerta para la familia y para la sociedad, nueva Camila O'Gorman, aun cuando le deparase el porvenir igual castigo; pero se veia impotente y se sentia cobarde para desafiar las censuras y las burlas de la sociedad con un casamiento que á ella misma, como á Jorge, le parecia imposible.

Marta, por otra parte, no encontraba una resistencia absoluta que irritase su pasion. Si persistia en casarse con Jorge Parler, don Francisco no le opondria obstáculos invencibles. Ella comprendia que las palabras de doña Emilia á ese respecto se basaban en el conocimiento profundo del alma del anciano. Así pues, el romance que su imaginacion habia urdido con fácil complicidad de su inesperiente corazon llegaba al desenlace, y el desenlace era atrayente, seductor. Jorge, con noble abnegacion, la habia detenido al borde del abismo—(metáfora esta, que la habia impresionado mucho)—y ella, inmolando su amor en aras de los deberes filiales y de los respetos que la sociedad impone, aceptaba el sacrificio de Jorge y renunciaba á la posible realizacion de sus ensueños. El viaje á Europa complementaba la novela. Pasear por las grandes capitales del viejo mundo, por la cima de los Alpes, por las lagunas de Venecia, por las ondas del Bósforo, un alma que pugna por olvidarse del humilde mayordomo perdido en un rincon de las pampas argentinas.... ah! esta idea, vivamente coloreada en la imaginacion de Marta con tintes de fantástica melancolia, logró vencer todas las ilusiones de su amor, y le arrancó, despues de prolongado debate, estas palabras que le parecian de trájica solemnidad:

—Olvidaré! viajarémos!

—Hola! hola! qué demora es esta! gritaba en ese momento don Francisco, golpeando suavemente en la puerta del tocador.

—Puedes entrar, dijo doña Emilia.

Entró el señor Valdenegros. Fué para él como un espectáculo de catástrofe la fisonomia llorosa y emocionada de Marta.

—Tranquilízate y rie más bien, apresuróse á decir la señora; todo lo que ves no tiene más causa que esto: la niña es antojadiza; leyendo descripciones de preparativos para la Exposicion de Viena, le ha entrado una especie de desesperacion por hacer un viaje á Europa....

—Y bien! exclamó el señor Valdenegros,—pues hay otra cosa que hacer sino embarcarnos?

—Esta niña, continuó doña Emilia, ha ocultado durante muchos dias su capricho, con temores y escrúpulos que no prueban sinó la desconfianza que nuestro cariño le inspira. Al fin, le he arrancado su secreto; ya lo sabes; tú resolverás.

—Qué tengo yo que resolver! Dentro de ocho dias estamos embarcados y dentro de un mes en Lisboa.... Este viage es una soberbia idea del *tesoro*; y lo estraño, muger, es que á nosotros no se nos haya ocurrido hacerlo antes. Nadie debe morirse sin haber visto la Europa..... Y la verémos! Ah! chica! nos supones ya tan viejos que no podemos trasportar los huesos de un estremo á otro de la tierra.... Pues te engañas! Ya nos verás haciendo papel hasta en los bailes de las Tullerías!

—Ya no hay Tullerias, papacito! dijo Marta, tomándole la mano,—gozosa de encontrar aquella coyuntura para segundar con su propio disimulo el ardid de doña Emilia; ya no hay Tullerias; el mariscal de Mac-Mahon habita el Eliseo y allí se dán los grandes bailes.

El señor Valdenegros se inclinó para besar la mano de su nieta, y dijo despues, queriendo tambien lucir *esprit*, como compensacion de su reciente error:

—Segun Dumas, para hacer un guiso de conejo, lo primero es tener el conejo. Para ir á Europa, lo primero es ir á Buenos Aires ¿Cuando partimos?

—Mañana mismo! esclamó Marta.

—Superior! superior! dijo don Francisco; me adivinas el pensamiento; ya empezaba á darme en cara el tal campito! Irémos en el segundo tren para no tener que madrugar.... Tú, Emilia, encárgate de mover aquí los criados; yo voy á disponer lo demás.... Apropósito.... ¿saben que doña Catalina está en cama? Poca cosa!—pero Jorge no se mueve de su lado. Un hijo ejemplar!—Me entenderé con el capataz para los arreglos del viaje. Y tú, tesoro, cuidado con tener otra vez secretos y melindres para tu viejo abuelo!

Sin tropiezos ni obstáculos tuvo lugar la partida. Poco antes de la hora designada, doña Emilia y Marta fueron á despedirse de doña Catalina. Sabian ya que la madre de Jorge estaba levantada y habian anunciado la visita. El sirvientillo pecoso y de pelo colorado las esperaba en el vestíbulo, y las hizo subir, porque doña Catalina no habia podido bajar de su dormitorio. Estaba sola, reclinada en su sillon, y las recibió con lágrimas de agradecimiento. Sobre la cómoda se veia una copa, pero sin violetas y sin agua.—Marta parecia profundamente emocionada; doña Emilia la vió salir del dormitorio y quedó intranquila. Volvió momentos despues, y su semblante se habia serenado. Un criado entró á prevenir que el carruage estaba pronto y que el señor Valdenegros esperaba á la señora y á la señorita, pues el anciano se habia despedido con anticipacion. Marta se levantó de su silla y besó la frente de doña Catalina que á su vez besó las manos de la niña. Doña Emilia, que habria deseado suprimir aquellas demostraciones patéticas, se limitó á estrechar la mano de la enferma, deseándole un pronto restablecimiento.

Bajaron, y fueron adonde estaba esperando el carruaje. Al subir, dirijiendo la última mirada al jardin y á la quinta, Marta se apercibió por primera vez de que las hojas precipitaban su caida y que la naturaleza, como ella misma, sufria las decepciones del invierno!

Media hora despues, la campana de la Estacion y el silbato de la locomotora anunciaban la partida del tren. Con aire jovial, iba el señor Valdenegros sentado frente á doña Emilia y á Marta, ocupando ésta última el lado de la ventanilla.

—Dentro de tres horas, dijo el anciano, estaremos viendo pasar los coches por la calle Florida. Este Ferro-Carril del Oeste es de una regularidad admirable, y dicen que los hijos del pais no somos capaces de organizar ninguna cosa con puntualidad, con precision! Comparen esta línea con la del Norte, manejada por ingleses! Bien entendido, yo no soy enemigo de los extranjeros, y de los ingleses mucho ménos.... Reconozco que tienen algunas cosas buenas, y no seré yo quien rebaje los méritos de nadie! .... A propósito, supongo que no se olvidarian ustedes de despedirse de mi mayordomo escocés,.. como quien dice.... padres escoceses.

—No estaba cuando fuimos á despedirnos de su madre, respondió doña Emilia con aire indiferente.

—Han debido hacerlo llamar, replicó don Francisco; es una ingratitud separarse de él á la francesa. Ha sido nuestro constro constante compañero de los paseos de tarde. Tú, sobre todo, tesoro, has debido acordarte de él, para agradecerle los paseitos á caballo, que te gustaban tanto.... ¿no es verdad? Prescindiendo de eso, Jorge es un caballero, una halaja, y merece que se le trate con la mayor consideracion posible.... Ah! el orgullito de las mujeres!—Cuántos personajes quisieran tener la honradez y la hidalguia de ese buen muchacho!...En fin, yo le escribiré disculpándolas á ustedes.

Marta, asomada á la ventanilla del wagon, como muy interesada en el paisaje, sustraia su rostro turbado á las miradas del señor Valdenegros. No habia ella menester de las palabras del anciano para sentir, vivo y punzante, el recuerdo del mayordomo de las Alamedas.... Ay! dos meses antes, sobre aquellas mismas fajas de acero, se habia deslizado el tren que la conducia, estenuada y abatida, en procura de fuerza y de salud. Aquellas vastas planicies la habian recibido entónces con ricas emanaciones de amor. La fuerza y la salud rebosaban ahora en su cuerpo; mas al recorrer de nuevo aquellas vastas planicies, siempre desnudas y monótonas, apenas más verdosas bajo los rayos de un sol ménos brillante, pareciale que el alma dejaba esparcida en ellas la sávia de sus más puras y generosas ilusiones!

A esa misma hora, el mayordomo de las Alamedas, sombrio y nervioso, encontraba sobre su mesa de luz este billete sin firma:

«Obedezco! Es posible que no volvamos á vernos durante muchos años. Nunca talvez!—El destino lo ha querido asi.... y V. tambien. Olvide todo agravio y acuérdese tan solo de que en todo tiempo y en todas las circunstancias de la vida, le será fácil encontrar una amiga, una verdadera amiga, ansiosa de pagar la deuda de gratitud que V. ha tenido la generosidad de imponerle.»

*(Continuará.)*

---

# CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—=)o(=—

## VII

La novicia se encontró bien en su nuevo alojamiento, retraida en la soledad que tanto anhelaba y que no habia encontrado en su casa, rodeada siempre de los cuidados de su familia.

Satisfecha la curiosidad de las monjas despues del primer dia de la entrada de Cristina en el Convento, la dejaron sola, entregada á sus cavilaciones. Encerrada en la celda que le habian destinado, se pasaba horas tras horas mirando el retrato de Alberto Conde, único objeto que habia llevado consigo, y que guardaba oculto como un tesoro, temerosa de que sus compañeras de reclusion lo descubriesen.

A los pocos dias recibió la visita de su madre y hermanas en el locutorio, separada de ellas por una doble reja, á través de cuyas barras apenas pasaba la mano.

Al ver á Cristina, la madre se precipitó á la reja ansiosa de besarla y abrazarla, pero retrocedió ante aquel obstáculo material, y ante la apatia de su hija, que se presentó fria, severa, acompañada de una monja á quien llamaba madre.

Ni una espansion, ni un cariño, ni un arranque manifestó la novicia á la vista de su madre y hermanas. Estas lloraban silenciosamente miéntras la madre con el rostro pegado á la reja, contemplaba á su hija acariciándola con los ojos, ya que no podia estrecharla entre sus brazos. Y acentuaba más la tirantez de aquella escena la presencia de la monja que acompañaba á Cristina, y á quien la señora de Peña miraba ya con celos, desde que habia oido que compartia con ella el título de madre, á que solo ella tenia derecho.

—¿Te encuentras bien hija, mia? preguntaba la pobre señora con los ojos bañados en lágrimas.

- Sí señora, contestó Cristina sin levantar la vista.

—Sí, está muy bien, dijo la monja entrometiéndose en la conversacion. No estraña nada, y al momento se ha puesto al corriente de sus obligaciones. Poco á poco la hemos de ir haciendo olvidar esa tristeza con que vino del mundo.

Efectivamente, Cristina parecia tranquila, y nada en ella revelaba la tristeza de la separacion. A las lágrimas de sus hermanas y á las ansiedades de la madre solo oponia una dulce resignacion pidiéndoles que se consolasen con verla dichosa, ya que para ella no habia más felicidad en la tierra.

Siempre que se repetian las visitas de la familia de Cristina al con-

vento, se renovaba la misma escena, sin que la madre pudiera dar espansion à sus sentimientos, coartada siempre por la presencia de la monja *escucha*, à quien la novicia pedia permiso para dar la mano à su madre à traves de la reja.

Cristina no parecia encontrarse bien allì, apesar de lo que ella aseguraba. La palidez de su rostro tomaba el tinte y la transparencia de la cera, y ahondadas por la flacura las concavidades de los ojos, aparecian estos enormes, sombreados por anchas ojeras azuladas que acentuaban la demacracion del semblante. La señora de Peña, alarmada con aquellas señales de sufrimiento, interrogò à la Madre Superiora sobre el estado de su hija, á lo que la monja contestò que aquello no debia sorprenderla porque la niña habia ido allì muy triste, y naturalmente debia eso influir en su fisico, pero que no tardaria en reponerse una vez que se familiarizase con su nuevo mètodo de vida.

Cristina seguia todas las pràcticas religiosas de las monjas, y poco à poco fuè tomando parte en todos sus hàbitos. Contrariòla mucho el tener que concurrir todos los dias durante tres horas à la sala comun donde se reunian las monjas para coser y conversar. Ella deseaba estar sola, y la mortificaba aquella sociedad en que no solo se hablaba de los santos y de las novenas, sino tambien de asuntos màs terrenales, salpimentados con interminables comentarios en los que no siempre campeaban los más benèvolos sentimientos. Pobres monjas! encerradas allì en su retiro, seguian con àvida curiosidad todo lo que pasaba en la sociedad, recojiendo en el locutorio los rumores que les llevaban sus parientas y amigas.

Cristina no tomaba parte jamàs en aquellas conversaciones, apesar de que las otras la interpelaban consideràndola mas al corriente de lo que pasaba por ser la ùltima que habia estado en contacto con la sociedad. Para la novicia, aquellas hablillas eran una decepcion. Ella habia creido que el convento era un retiro inviolable donde nunca penetraban los ruidos de fuera, y en vez de aquella soledad que habia buscado, encontraba un centro activo en que se agitaban las pasiones de que ella trataba de alejarse para entregarse solo à la meditacion y al recuerdo de su muerto querido.

Poco faltaba ya para terminar el año de noviciado de Cristina, y su madre esperaba que penetrada ya de la esterilidad de la vida à que habia querido consagrarse, desistiria de su resolucion y volveria al hogar. Fortalecia esta esperanza de la señora de Peña la circunstancia de que Cristina no tenia dote, lo que imposibilitaria su profesion. Un dia se atreviò à hablar de esto à su hija, pero à las primeras palabras la *escucha* se sublevò: y llamò à la Madre Superiora acusando à la señora de Peña de que pretendia distraer à su hija de la piadosa vocacion que la habia llevado à aquel retiro.

Cristina permanecia muda en esta escena, con los ojos bajos, como si se tratase de algo que nada tenia que ver con ella. Respecto al inconveniente material que puso la señora de Peña sobre falta de dote, contestò la madre Superiora que eso no estorbaria en nada la toma de velo, porque Cristina profesaria como *monja domèstica*, es decir, destinada al servicio de la casa como habia otras que por igual razon no salian nunca del estado servil hasta que entregasen la cantidad de dinero exigida por la òrden.

Para con Cristina, fueron inùtiles todos los ruegos de su madre y hermanas. Estaba decidida à permanecer en el convento en cualquier condicion, y de ninguna manera consentiria en nada que obstase à aquella resolucion. Ante esa obstinacion, la señora de Peña se viò obligada à hacer un nuevo sacrificio. Su posicion de fortuna no era ni con mucho holgada. Vivia con estrechez de una escasa renta que apenas llegaba à cubrir las necesidades de una familia que sostenia cierto rango; pero ante la idea de que Cristina iba á ser relegada à la categoria de sirviente por cuestion de algunos miles de pesos, no titubeò en sacrificar una parte de su escaso caudal para dotar à su hija. Vendió una casa y aplicò el producto à la dote de Cristina sin que ella lo supiese. La familia de Peña, privada de aquella fuente de renta, descendiò à màs modesta esfera de vida y se alejò de là sociedad, no pudiendo ya sostener el rango en que hasta entònces se habia mantenido.

Se acercaba el dia de la toma de velo, y el nombre de Cristina volviò à ser tema de todas las conversaciones. Apesar de lo que todas la querian, y la rodeaba el interès de sus desgraciados amores, su proceder era censurado por todos los que conocian las intimidades de la familia de Peña: la enfermedad del padre y su muerte, causada por el abandono de su hija predilecta; las angustias de la madre y el sacrificio hecho para dotar à la monja; todo esto, y mucho màs, se comentaba en las reuniones, y se inculpaba à Cristina por su conducta.

Pero no por eso dejaba nadie de aprestarse para asistir à la toma de velo, ceremonia que debia verificarse dentro de pocos dias, y para la cual se preparaba Cristina con firme resolucion, sin que el remordimiento mortificase ni por un momento su conciencia. Poco influia en su determinacion el fervor religioso, porque la neurosis mìstica que la afectaba, era una manifestacion de su amor à Alberto, que conservaba como un culto en su alma, y cuyo recuerdo mezclaba ella en sus oraciones.

Su imàjen predilecta era el retrato de su novio que llevaba siempre consigo, y contemplaba en largos èxtasis durante sus horas de retiro, hablàndole, comunicàndole todos sus sentimientos, como à un confidente ìntimo para quien ella no tenia secretos.

Las monjas entretanto preparaban la capilla para la fiesta, adornando los altares y deteniéndose en prolijos detalles de coqueteria y ornato para dar mayor realce à la ceremonia. El pequeño templo era un campo de maniobras en que todas trabajaban à una, cerradas las puertas para evitar todo contacto profano. Con esa prolijidad propia de las mujeres, arreglaban todo con gracia, armonizando los colores, plegando las telas con elegancia, y ataviando à las imàjenes con cierta coqueteria mundana, como desahogando en los santos las naturales inclinaciones que la severidad de las reglas monàsticas no permite en sus trajes.

Llegò el dia de la toma de velo. La capilla resplandecia de luces y de dorados hasta la bòveda; centenares de señoras y niñas se apiñaban en la nave, dirijiendo sus miradas hàcia el coro, situado à la izquierda del altar mayor, cubierto todavia con espesas cortinas que no permitian ver nada de lo que pasaba dentro.

Derepente se corriò el cortinado, y apareciò tras de las rejas Cristina Peña, vestida de novia, con un lujoso traje de seda blanco adornado de encajes, ceñida la cabeza con una corona de azahares, y cubierta con un diàfano velo de tul, à travès de cuyas sutiles mallas resplandecian los brillantes de las alhajas que la adornaban. Cristina estaba pàlida y grave, con los ojos bajos, rodeada de las otras monjas cubiertas con un tupido velo negro, y llevando cada una en la mano un cirio encendido.

Las curiosas se agolpaban sobre la reja, estrujàndose para ver de cerca à aquella niña que habia cruzado como un meteoro por el mundo, brillando un instante para estinguirse despues en la soledad del claustro.

Junto à la reja, la señora de Peña y sus hijas presenciaban la ceremonia. Hubiera la pobre madre deseado no estar presente en aquel acto que era para ella como el desenlace tràjico de una serie de sufrimientos, pero Cristina le rogò que la acompañase en su desposorio mìstico, como la hubiera acompañado en su casamiento con Alberto.

Empezò la ceremonia. El òrgano preludió sonoros acordes acompañando el canto de los sacerdotes y del coro, llenando todos los àmbitos de la nave con ècos armoniosos, mientras los turiferarios hamacaban los incensarios que despedian nubes de humo azulado, que subian hasta la bòveda coloreàndose de distintos matices al pasar por los rayos de sol que entraban por las pintadas vidrieras de las ventanas.

Cristina estaba como en un èxtasis. Su rostro pàlido al presentarse, se habia teñido levemente de rosa; sus ojos levantados al cielo, brillaban con dulce arrobamiento. y dibujaban sus labios una sonrisa vaga, como inconsciente manifestacion esterna de un gozo intimo.

La pobre niña soñaba en aquel momento. Por una alucinacion fàcil de esplicarse en el estado en que se encontraba, creia asistir à sus desposorios con Alberto, cuyo recuerdo tomaba en aquel momento cuerpo y vida ante sus ojos, representàndoselo à su lado, emocionado de felicidad. Todo habia desaparecido para ella: las monjas, los sacerdotes, los cantos y los altares; solo veia en torno suyo à su novio, à sus amigas ataviadas con lucientes trajes de baile, à sus padres y hermanas abrazàndola con cariño y llorando con esas dulces làgrimas con que la felicidad se manifiesta en ciertos momentos.

El Obispo se acercò à la novicia, y ella, siempre en su alucinacion, estendiò su mano para que el sacerdote la uniese con la de su desposado. Pero al estenderla, tocò en la reja, y à ese golpe, despertò Cristina, y se penetrò de la triste realidad que la rodeaba. Palideció subitamente, bajò los ojos, y como si los resortes de su cuerpo se hubiesen aflojado de repente, cayò desfalleeida en brazos de dos monjas que se precipitaron hacia ella al verla desplomarse como una masa inerte.

Un grito angustioso partiò del templo, y gran nùmero de las presentes se pusieron de piè para enterarse de lo que pasaba. Era la pobre madre que habia lanzado aquel gemido al ver à su hija desfallecida.

Pero pronto se restableciò la calma. Repuesta Cristina, se acercò à la reja, y allì el Obispo la despojò de una de sus alhajas, simbolizando asì la renuncia à los bienes terrenales. En seguida se alejò Cristina acompañada de dos monjas, y volviò al poco rato, cambiado ya su luciente traje de boda por una saya negra, y cubierta la cabeza con una toca blanca que dejaba ver las puntas del cabello recien cortado.

Presente otra vez Cristina en el coro, continuò la ceremonia religiosa. Los cànticos de gloria se trocaron en plañideros salmodios; los incensarios ya no despedian nubes de perfume, ni los sacerdotes vestian las casullas recamadas de oro.

La novicia se tendiò en el suelo, cubrieron las monjas su cuerpo con un manto negro que ostentaba en su centro una gran cruz plateada, y entonaron todas el *De Profundis*, simulando asì la muerte de Cristina Peña para el mundo, para la sociedad, para su familia, borrado del escenario de la vida hasta su nombre.

La madre en tanto lloraba desolada como si realmente asistiese à los funerales de su hija, y toda la concurrencia parecìa como embargada de una honda pena en presencia de aquella escena.

Cuando el responso terminò, Cristina se puso de piè; estaba lìvida y su semblante revelaba dolorosas emociones sufridas en aquel simulacro de la muerte. Entònces le colocaron el velo blanco que ocultaba por completo su rostro, y con esto quedò terminada la ceremonia, retiràndose la profesa acompañada de las otras monjas.

La concurrencia fuè saliendo del templo poco à poco, mièntras los monacillos provistos de largos apagadores, estinguìan las velas del retablo y de las arañas, hasta quedar todo envuelto en una vaga penumbra, velados los altares por las nubes de incienso y el humo que despedìan los pabilos carbonizados de los cirios.

La capilla quedò vacìa y silenciosa, pero junto à la reja que la separaba del convento se veian tres bultos negros, y se oian entrecortados sollozos. Eran la madre y las hermanas de Cristina que lloraban sobre aquella làpida tras de la cual yacìa para siempre el sèr querido.

Cuando la noche invadiò con sus tinieblas el templo, el sacristan tuvo que rogar à la señora de Peña y sus hijas que salieran porque era hora de cerrar la iglesia.

—Mi hija! mi hija! sollozò la madre. Quiero que me devuelvan à mi Cristina!

A este grito de suprema angustia, contestò de atràs de la reja una voz de mujer:

—Cristina Peña ya no existe, pero queda para rogar por todos los pecadores, Sor Marìa de las Mercedes!

FIN DEL CUADRO SÈTIMO

# Toros y Baños

YA empiezan à estender las madreselvas sus largas y flexibles guirnaldas; pronto las veremos floridas y entònces Montevideo volverá á ser por tres meses rumorosa y alegre ciudad balnearia todos los dias, y los Domingos creeremos estar en Cadiz ó Sevilla, pues en esos dias es ciudad taurina, cual si en vez de estar situada al márgen del Plata lo estuviera en las del mar Tirreno, aquel mar, que como las aguas de nuestro rio, segun la frase de Castelar, parece tuviera diluido en sus olas el azul del cielo.

Los porteños volverán.... y las porteñas tambien!

Ya me parece ver por esas calles *dandys* cubiertos con guarda-polvos de tela cruda y mujeres de trage claro y liviano llevando en la mano la tohalla sugeta con amarillas correas, ora en tren, hora á pié en busca de aquel, ora en *breaks* arrastrados por fogosos caballos.

En los bañistas porteños hay siluetas que reconozco al momento, especialmente la de aquel anciano encorvado pero sin embargo vigoroso, cuyo rasgo fisonómico notable es la grosura de los làbios y que va todo vestido de negro. Es el tercer año que viene, y digo que viene pues estoy seguro que vendrá.

Las porteñas... no hablemos de eso en detalle; seria cosa de nunca acabar.

Reconstruyamos el cuadro, con los recuerdos del año pasado y gocemos desde ya con los placeres que gozaremos dentro de dos meses.

El Domingo: veamos ¿qué se hace un Domingo de Enero cuando el dia es hermoso?

En primer lugar levantarse temprano, tomar el tren de los Pocitos y despues de haber regalado la vista con la alegria del follage fresco y de la yerba reverdecida por el rocio, despues de haber aspirado á todo pulmon el aire saturado del bálsamo inmenso de los campos, tirarse al agua desde el trampolin, como si el mar fuera el primitivo elemento del hombre al cual tuviera por fuerza que volver de tiempo en tiempo, darse ricamente un baño de agua mys salada que la vecina que os cupo en el tren y que os hizo notar al aire ménos frio de lo que lo era en realidad y despues tomarse un vaso de leche cuya espuma es más blanca que las que forman las olas en la arena pero no tanto como los brazos de aquella nadadora que juguetea allá entre las frescas y azuladas olas mas ágil que un triton de agua dulce.

Puede darse mañana más deliciosa! Si, si es que la vecina de tren que os cupo es la mujer aquella que allá se está bañando, la cual será vecina vuestra tambien al volver; y la que está tarde estará en el balcon del *Hotel Central* desde donde os sonreirá como diciéndoos que á la noche os espera para hablar dos horas acerca de nada, de muchas niñerias deliciosas.

Despues con un apetito que vale por diez kilos de pepsina se almuerza uno aunque sean diez almuerzos y despues ¡á los toros!

Nada de tren! en *break* que todo otro modo de andar en este caso es andar á gatas como le escribia Sancho á su esposa doña Teresa y una vez en la plaza, vamos! pasarse tres horas divertido pues la cuadrilla que Berro trae parece que es de lo mejor que ha pisado el redondel de la Union.

Despues de un dia de corrida nada mas saludable que darse un bañito y plaf! al agua.

Despues de un baño nada mas justo que darle al estómago lo que con mucha justicia pide.

Alli hay todavia una mesa libre en la galeria del *Restaurant*: á ella, y se come uno sus cinco platos con una botella de *Chanbertin*, mirando entre bocado y bocado, que todo no ha de ser prosa, aquella línea nebulosa que forma el mar al juntarse con el cielo, regalados los oidos por el murmullo que hacen las olas al derramarse plácidas en la menuda arena.

Si no se es poeta en un sentido tan idealista que se sienta alguna melancolía al ver los cambiantes violados con que se tiñen las nubes al morir la tarde, ahí en la mesa cercana hay una jóven más deliciosa que un dia de estio cuyos làbios rojos y húmedos convidan á pensar en cuántas locuras haria un hombre por un beso.

Volver á la ciudad? No, lo mejor es prender un habano, mirar cómo titilan las estrellas que pronto van á aparecer y comparar el fulgor de las mas bellas con los ojos de la vecina aquella cuyas miradas parecen que iluminan el alma del que miran como la blanca trémula luz de las estrellas las olas del mar.

Si hay más aficion al toreo que á la astronomia, discutir y pon

derar las suertes que hicieron Diego Prieto y Mazzantini, hasta que parta el último tren para seguir discutiendo en viage, con voz ronca, á causa de las aclamaciones, ó de la grita, que de todo hay en la viña del Señor, á que dió motivo cualquier cosa de mucha importancia en el arte de Lagartijo y Pepe Hillo, lo cual no es chico pasatiempo.

Ya se vé que solo se aburre el que quiere en un Domingo de Enero cuando el dia es hermoso, cosa no rara por cierto, pues los más lo son por fortuna.

Hasta el que no se baña, en el mar porsupuesto pues no quiero hacer á nadie la injuria de creer que no se baña, hasta el que no vá á los toros, tiene en qué divertirse; basta para ello echarse á pasear y ver la alegre llegada de los trenes llenos de barullentos pasageros; la calle 18 de Julio, con sus acacias en flor, sus balcones llenos de hermosas mujeres y sus aceras repletas de concurrencia.

De noche la animacion calle de Sarandí; la plaza llena de mesas en que los mozos depositan diligentes ante apremiantes consumidores *chops* ó helados árticos por su temperatura, y deliciosos no solo por estar frios sino porque un vaso de pálida cerveza hace soñar con una germánica Margarita y un helado con vainilla es tan exquisito como deben serlo los besos de aquella vecina de mesa en el *Restaurant* á la cual podriais decirle como Luis Rivera si es que la hicisteis la córte:

Me miraste, te miré;
yo te dije no sé qué
y dando fin á un bisté....
¡Parece que te estoy viendo!

Mas dejémonos de poesía que yo he escrito este artículo solo porque tenia que llenar no sé á ciertas cuántas líneas de prosa y el regente me anuncia con amabilidad de *boull-dog* que el periódico está lleno.

WART.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 8

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 7 A D | P 7 AR |
| D toma PA | P 7 R |
| A 1 R | R toma A |
| D 1 AD (mate) | |
| *Variante* | |
| D 7 AD | R 7 A |
| D 2 AD (jaque) | P 7 R |
| D 5 AD (jaque) | R 8 A |
| D 1 CR (mate) | |
| *Otra variante* | |
| D 7 AD | R 7 R |
| D 2 AD (jaque) | R 8 A |
| D 1 D (jaque) | R 7 A |
| D 1 R (mate) | |
| *Otra variante* | |
| D 7 AD | P 7 AR |
| D toma PA | R 7 R |
| D 4 CR (jaque) | R 8 A |
| D 1 D (mate) | |

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

La solucion nos fué enviada por El Duende, C. M., Nadie y Eduardin.

### CHARADAS

*1.ª Adivinadora—2.ª Botánica—3.ª Sanson.*

Fueron descifradas por Un aspirante á Presidente, Nadie, Un desconocido, El cuaterno clásico, Agustin Manes, Pilades y Orestes, Tutù, Un parroquiano etc., y Rafeto.

Las dos primeras solamente fueron descifradas por Raouf Pachà Pascual de la Pavera, Moniato, B., Anton Perulero, Coronel Douglas Un suscritor, y Paso Profundo.

### FUGA DE VOCALES

*Primero el corazon donde se anida*
*Mi inmenso amor á Cuba, haré pedazos;*
*Primero romperé mil y mil lazos,*
*No importa si son dulces á mi vida;*

### FUGA DE CONSONANTES

*Primero del dolor la copa henchida*
*Apuraré hasta el fin en breve plazo;*
*Primero como Scévola mi brazo*
*Estenderé en la pira enrogecida;*

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Primero regará mi llanto ardiente*
*Proscrito, errante, el suelo americano*
*Hasta ver á mi patria independiente;*
*Primero mi verdugo sea mi mano;*
*Que recibir de un déspota insolente*
*El perdon de ser libre y ser cubano!*

Descifraron las tres fugas: El cuaterno clásico, Raouf Pachà, Pascual de la Pavera, Rafeto y Rocambole y Rocambolito.

Descifraron solamente la fuga de vocales: Un aspirante á presidente, Agustin Manes, Pilades y Orestes, Moniato, B., Anton Perulero y Coronel Douglas.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*1.ª Articulo—2.ª Trifulca—3.ª Gimnasio—4.ª Averno.*

Han observado algunos que de la última palabra sale tambien *Verano.*

Descifraron las cuatro: Raouf Pachà, Pascual de la Pavera, Rocambole y Rocambolito y Moniato.—El cuaterno clásico descifró la primera y última;—B. las tres últimas;—Coronel Douglas las dos primeras y la última;—y Paso Profundo las dos primeras y la última.

### SALTO DE CABALLO

*Hay dos plantas de jazmines*
*En el balcon de mi amada,*
*Una la he plantado yo*
*Y crece hermosa, lozana.*
*La otra la plantó ella*
*Y la veo marchitada.*
*¿Por qué ha crecido la mia?*
*Porque la riegan mis lágrimas.*

Fué resuelto por Un aspirante á Presidente, Carmona y Hermosa, El cuaterno clásico, Raouf Pachà, Pilades y Orestes, Pascual de la Pavera, Moniato, B., Anton Perulero, Rocambole y Rocambolito y Paso Profundo

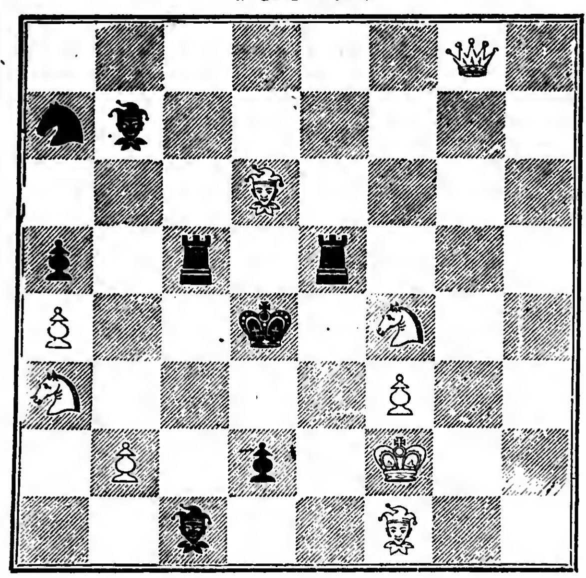
### GEROGLÍFICO N. 8

*El hombre comete los mayores disparates por la mujer y por el oro.*

Remitieron la solucion S. D. Pintos, Carmona y Hermosa, Nadie, B., Un suscritor, Coronel Douglas, Anton Perulero, Un parroquiano etc., Moniato, Pascual de la Pavera, Tutù, Agustin Manes, Raouf Pachà, El cuaterno clásico, Un desconocido, Un aspirante á Presidente, y Paso Profundo.

**Problema de Ajedrez por Ulanij**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## CHARADAS

Es mi *tercera* y *segunda*
Una unidad ponderal,
El que hace mi *cuarta y quinta*
Pierde á veces su caudal.

—

Gloria sin par alcanzaron
En Roma, *tercia y primera*,
*Prima* y *quinta* es todo objeto,
Y el *total* es una ciencia.

OTRA

Es mi *segunda* y *primera*
Como amalgama ó union;
Si mi *tercia* y *cuarta* uniera
Doy una constelacion.

—

*Cuarta* sola es conjuncion,
Y el *todo* es genio profundo,
Que, con su ciencia, del mundo
Cautivó la admiracion.

OTRA

De dos vocales la union
Forma la que es mi *primera*,
La una es preposicion
Y algunas veces la otra
Se usa como conjuncion.

—

Mi *segunda* es musical,
*Tercera* nombre poco usado,
*Todo* en conjunto ligado
Forma un nombre muy usual
Solo á muger aplicado.

**FUGA DE VOCALES**

D.lc.—.s—..r—l.—gr.t.—m.l.d..
l.—r..s.ñ.r—q..—.nt.n.—.n—l.—.sp.s.r.,
C..nd.—ll.n.—d.—.m.r—y—d.—t.rn.r.
M.nd.—s.s—c.nt.s—.l—cr..d.r—d.l—d.a.

**FUGA DE CONSONANTES**

¡.—e.—.u..e—.o..e...a.—.o.—a.e..ia
.e—.a.—.á..i.a.—..o.e. .a—.e..o.u.a,
.i..o.o.—.ie.e.—.e—i.o.e..ia—.u.a
.ue—a.—.i..a..a.—e.—a..a .e—e..a.ia!

**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

D.l.e—.s—.i.a.—l.—l.z—.e.p.a.d.c.e.t.
Q.e—.l—.o.—d.r.a.a—.n—.a—.e.t.l—.r.d.r.;
D.l.e—.s,—.n—.i.,—m.r.r—.r.n.u.l.m.n.e
.l—.s.r.—r.y—.e—.a—.z.l.d.—e.f.r.;
P.r.—e.—m.s—.u.e.—e.—e.c.c.a.—e.—c.l.a
.a—.u.c.—v.z—.e—.a—.i.a.—d.—s.—a.m.!

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

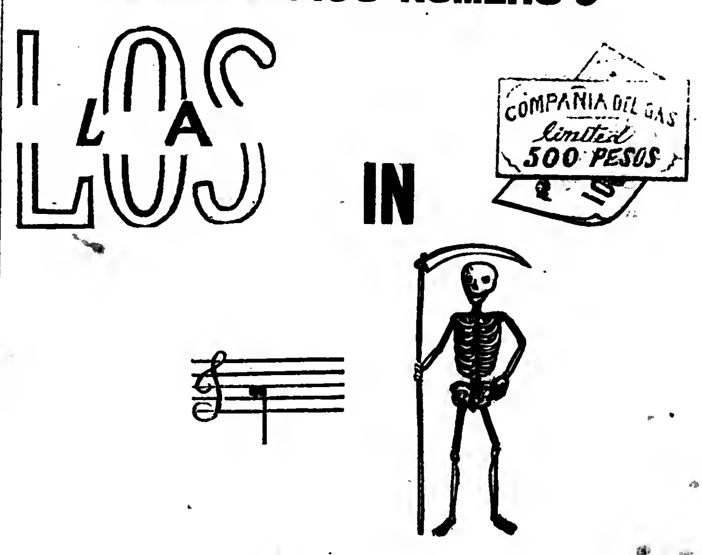
PIMUEN—TRASEPO—INTRISCA—FOLLAGE

## PASO DE REY
### Y SALTO DE CABALLO

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| ba! | Y | ra | Ma | ria.... | co | sa 64 | a |
| ba | des | lo | mi | u | ria, | Más | pe |
| El | ña | siem | ba | na | Ma | se | cues |
| bre | pre | de | á | la | ce | te | ta |
| de | po | Juan | que | ra | ba | jo | más |
| her | cia: | se | do | Por | Cuán | tes | tra |
| pa | más | sa | que | que | a | to | ta!» |
| «Me | mo | re | ce | Juan 1 | sé | me | de |

Empieza en la casilla núm. 1 con paso de rey y termina en la 64 con paso de rey tambien. Despues de cada paso de rey sigue un salto de caballo..

**GEROGLÍFICO NÚMERO 9**





EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Octubre 8 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.—Núm. 10.



# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO DÉCIMO

—

LAS VISITAS. — LA PARTIDA.

La primera visita que recibió Marta, á su llegada á Buenos Aires, en la noche, fué la de su amiga Orfilia Sanchez. Era ésta una jóven de 18 años, blanca y rosada, de cabellos y ojos negros. ¿Qué le faltaba para ser una belleza absoluta? Acaso que la nariz hubiese crecido en proporcion de las demás líneas del rostro; pero este defecto de detalle quedaba disimulado por la armonía y hermosura del conjunto. Era alta y ésbelta. Su corpiño aprisionaba un seno casto, como el que dibuja la leyenda en las imágenes de la Doncella de Orleans.—Tenia ademas en su fisonomía una espresion dulce y serena, reflejo de la sólida bondad de su alma. Predominaba en ella el buen sentido, como equilibrio de su inteligencia, de su corazon y de todo su organismo. Sus ideas eran claras y justas; sus sentimientos nobles y moderados, y en todas las manifestaciones de su naturaleza resonaba siempre una nota plácida, profundamente amable.—Habia la educacion completado con acierto las tendencias nativas de la sensata Orfilia.—Era su padre, don Antonio Sanchez, un antiguo y honrado dependiente del señor Valdenegros (viniendo de ahí la estrecha relacion de las dos familias), que habia entrado á servir en el Banco de la Provincia, cuando éste se reorganizó en 1854, y continuado allí tranquilo, correcto, impertérrito, ageno al vaiven de las contiendas políticas, hasta alcanzar uno de los primeros puestos en la reparticion de contabilidad.—La madre, doña Margarita Moyano, pertenecia á una vieja familia unitaria, y habia nacido en la emigracion, formando su carácter y sus hábitos en el molde inflexible de la pobreza austera que el proscripto sobrelleva con altiva fortaleza.—Del consorcio de don Antonio Sanchez y doña Margarita Moyano habia resultado un hogar modesto, metódico, sereno, impregnado de dignidad y de virtud, donde se habia deslizado la existencia de Orfilia, apacible y pura, como la acequia de un jardin.... ¿Qué mejor amiga hubiera podido elegir Marta Valdenegros, para contrarrestar el desequilibrio romanesco de su espíritu?

Cuando estuvieron solas las dos jóvenes, sentadas en un sofá, con las manos entrelazadas, Orfilia preguntó sonriendo:

—¿Recibiste una interesantísima carta mia?

—Recibí tu parte de casamiento, respondió Marta con donaire.

Todo el buen sentido de Orfilia no bastaba para impedirle estar enamorada y deleitarse en conversar de sus dulces amores.—Entregóse, pues, á largas espansiones con su jóven amiga, que la escuchaba con cierto silencio triste, solamente interrumpido por esclamaciones cariñosas, cuyo principal objeto era disimular el íntimo estado del alma.

—¿No crees que seremos muy felices?—dijo por último Orfilia.

—Cómo nó!—contestó Marta;—si se quieren tanto—¿quién podria suponer lo contrario?

—Sin embargo, prosiguió la novia, no todos piensan como tú.—Ayer mismo tuve un gran disgusto.... Fuí á visitar á mi prima Genoveva, y cometí la necedad de preguntarle qué le parecia Eduardo. ¿Sábes lo que me contestó? «*Tiene olor á pobre y no comprendo cómo le haces caso.*»

—Qué antipática! exclamó Marta, sintiéndose rozada en lo vivo de su llaga.

—¿Has visto?.... Yo estoy muy habituada á las salidas malignas de mi prima; ahora, encerrada en su casa desde la muerte de Nevares, entretiene sus ócios en el manejo de la lengua, y es natural que se perfeccione en el arte de la murmuracion; pero te confieso que así mismo tuve una impresion penosísima al oir esas palabras pronunciadas con tanta conviccion y tal desden.... Indudablemente, Eduardo es un mozo sin fortuna; pero pertenece á una familia conocida,—es abogado y secretario de la Cámara de Apelaciones. Le han prometido tambien una cátedra en el Colegio Nacional. Tiene, pues, posicion y porvenir. ¿Debia yo ambicionar otra cosa?—Mi familia no es rica, y mal me sentaria exigir palacios al que haya de ser mi marido... Papá y mamá aceptan de buena gana á Eduardo; lo encuentran un partido excelente para mí.... Tú misma, que perteneces á una familia opulenta,—tú misma, no crees que podrias enamorarte de un jóven de sociedad como Eduardo, admitido en todas partes, bien educado, con carrera hecha, aun cuando no tuviera fortuna?

—Oh! sí, seria capaz! murmuró Marta con una sonrisa amarga.

—¿Sabes que te encuentro algo estraña?—esclamó Orfilia, despues de contemplar á su amiga unos instantes; ¿qué tienes?

—Que no tengo! replicó Marta, forjando una sonrisa maliciosa.

—Ah! picarona!—Tambien yo, me paso las horas hablando de mi misma, olvidada de que tú tambien.... Discúlpame! La felicidad, en sus primeras horas, es un poco egoista.... Vamos á conversar ahora de ti.... ¿Te ha dejado el Dr. Nugués tan buenos recuerdos como tú á él?.... Con franqueza....

—No tal!

—¿De veras?

—¿Tendria yo reservas para ti?

—¿Nada queda adentro?

—Nada!

—Pues te felicito entónces! Me daria tristeza verte inclinada á gustar de un escéptico como el Dr. Nugués, que se burla de todos y de todo en este mundo....

—Tan léjos estoy de inclinarme á él.... ni á nadie, (añadió penosamente) que en estos dias, y debido á mis instancias, debemos embarcarnos para Europa....

—Para Europa!

—Si!.... quiero viajar! Es un deseo irresistible. Se me figura que moriria de pesar si no realizase este deseo.

Marta sufria con intensidad en aquel instante. Habia creido que tendria valor para confiarle á Orfilia el secreto de su pasion; habia esperado con ansiedad la hora de esa confidencia íntima, y ahora, en presencia de Orfilia, oyéndola referir sus amores, todavia modestos, con un jóven abogado, secretario, catedrático, de familia distinguida.... se sentia humillada por el recuerdo de sus amores con *el mayordomo de la Estancia*, y le faltaban fuerzas para confesar su estravio á aquella amiga tan discreta, tan llena de mesura en sus palabras y de razon en sus juicios. No por esto se debilitaba en su alma la imágen de Jorge Parler. No por esto renunciaba á los deliquios de su misterioso amor; y asi, agitada por esas corrientes adversas de humillacion moral y de exaltacion amorosa, le parecia á un mismo tiempo que el olvido era un suplicio y la constancia un crímen.

En otra ocasion, no habria dejado Orfilia de entrever que la actitud de Marta encerraba algun arcano, haciendo esfuerzos para descubrirlo; pero se encontraba ahora dominada por las preocupaciones de su reciente dicha y de su próximo enlace; deleitábase en la observacion de los nuevos horizontes abiertos á su vida, y figurábase inconcientemente que su mejor amiga debiera interesarse tanto como ella misma en los insaciables devaneos de su amor. Marta oyó largo tiempo á Orfilia, con atencion y con envidia. Empezaba á comprender las puras voluptuosidades de una pasion confesable, y á cada instante se veia más obligada á envolver en sombras sigilosas el torturado recuerdo del mayordomo de las Alamedas!

Muy á su pesar interrumpió Orfilia las dulces confidencias, cuando doña Margarita la llamó desde el salon contiguo, donde conversaba con doña Emilia. Habian ido á pié, y debian retirarse temprano.

Luego que Marta se hubo despedido de su amiga en el vestíbulo, corrió á su alcoba, que estaba á oscuras; y desahogó sus congojas en copioso llanto. Siguióla doña Emilia,—se dió cuenta de la afliccion de su nieta, y se retiró en silencio.

—Si viéses cómo ha fatigado el viaje á *tu tesoro!* díjole al señor Valdenegros, cuando este entró al comedor para tomar el té; está ya en cama y profundamente dormida.

Piadosas mentiras! y á corto intérvalo de la semana santa pronunciábalas doña Emilia, sin sentir ni el más leve mordisco de su católica conciencia! Ocurrió poco despues al tribunal de la penitencia, y cuando llegó á este capítulo, puso en apuros la ciencia casuística del padre jesuita que la confesaba.

Al dia siguiente de llegar, recibió la familia Valdenegros la visita de la madre de Rodolfo De Siani. Don Francisco acogió afectuosamente á su hermana. Doña Emilia y Marta la abrazaron. Ella aceptó estas demostraciones con palabras y actitudes espresivas de que creia merecer eso y mucho más.

Era la viuda del Conde Rodolfo De Siani una mujer de sesenta y cinco años de edad; alta y delgada, de rostro enjuto, aguileña la nariz; hundidos y verdosos los ojos; finísimos los lábios; salientes los pómulos y la barba. Guiñaba los ojos y fruncia los lábios, con un *tic* nervioso que le daba aire siniestro. Vestia de terciopelo negro desde los piés hasta la cabeza, y sus mismos guantes tenian en el puño guarniciones de terciopelo negro. Caminaba, gesticulaba y hablaba con los rasgos característicos de una reina que ha pasado por largas vicisitudes dramáticas.

Así que tomaron asiento en el salon de las visitas de confianza, comenzó doña Dorotea á hablar de sus sufrimientos y dolencias, con tal minuciosidad, que parecia ocupada de suministrar á su médico datos prolijos para un diagnóstico concienzudo.—Todas la escuchaban silenciosamente. Parecia que le reconociesen el derecho, que se atribuyen las *personas augustas*, de dirigir esclusivamente la conversacion.—Dilucidado aquel tópico con abundante facilidad de diccion, se dignó la condesa poner los ojos en su sobrina y no tuvo inconveniente en manifestar que la encontraba *completamente restablecida*.

—Eres de naturaleza vigorosa, añadió con cierto retintin; un viaje á la pampa te será siempre de provecho!

—Y ahora, atrevióse á decir el señor Valdenegros, completarémos la fiesta con un viaje á Europa.... ¿qué te parece, buena hermana?

—¿A Europa?

—Sí! á Europa, ni más ni ménos.

—Dichosos los que tienen fortuna para satisfacer todo capricho! —exclamó doña Dorotea, con un tono que se hubiera podido interpretar como un reproche al orijen de la fortuna de su hermano, aun cuando nada estuviese más distante del pensamiento de la puntiaguda señora.

—¿Y tú? ¿porqué no te animas á acompañarnos? Qué mejor oportunidad que ésta!

—Sin duda, el estado de mi salud te parece muy propicio para semejante viaje! respondió doña Dorotea, mirando á su hermano de tal modo que parecia atribuirle la responsabilidad de sus enfermedades.

—Talvez el viaje á Europa te fuese de provecho, insinuó el Sr. Valdenegros.

—Vaya! replicó la señora; desde que has tenido *congreso médico* en tu casa, con motivo de la enfermedad de *la niña*, parece que te hubieras hecho fuerte en medicina!

Doña Emilia y Marta se creyeron obligadas á festejar esas palabras como una ocurrencia espiritual.

—Pero todos dicen que los viajes.... repuso don Francisco.

—Tengo horror al mareo!—prosiguió enfáticamente doña Dorotea; jamás quise acompañar al Conde (así llamaba ella á su difunto esposo) en sus diversos viajes á Italia. El Conde me halagaba con la idea de ser yo dama de honor de la Reina de Nápoles, como él era gentil-hombre del Rey. Así mismo, no cedí. Ahora que tú pretendes llevarme como dama de honor.... de Emilia, .... ¿cederé?

Es de suponerse que al pronunciar estas palabras, la condesa habria anonadado á su hermano con una mirada terrible si el *tic* nervioso no la hubiera, en ese instante, hecho guiñar los ojos y fruncir los lábios.—Doña Emilia y Marta festejaron otra vez la chispa de doña Dorotea; pero el señor Valdenegros se sintió vejado.

Un sirviente de frac y guante blanco, se detuvo ceremoniosamente en la puerta, anunciando nuevas visitas que esperaban en el *gran salon*.

—Pueden ir, dijo doña Dorotea, con un gesto magnánimo; me conviene hablar á solas con Francisco.

De buena gana aceptaron doña Emilia y Marta aquella principesca indicacion.

—Pobre abuelito! sabe Dios la que le espera! esclamó Marta, miéntras iban hácia el gran salon.

—En la intimidad se suaviza siempre un poco, respondió doña Emilia con benevolencia digna de todo encomio.

Comenzó doña Dorotea por señalar al señor Valdenegros el asiento que su esposa habia dejado vacio en el sofá que ella misma ocupaba, y así que lo vió á su lado abrió la conferencia con esta breve interrogacion:

—¿Recibiste la carta en que Rodolfo te anunciaba su viaje?

—La recibimos, respondió don Francisco, sumamente complacido de poder hacer un cumplimiento á su adusta hermana; la recibimos y nos alegramos mucho de la resolucion del sobrino....

—De mi resolucion, querrás tú decir; todo es obra mia, esclusivamente mia.—Si tú supieras los resortes que he débido tocar para decidir al Ministro! Vale más que lo ignores.—Mira tú las consecuencias de las calaveradas!—Juzgaban á Rodolfo indigno de ser *attaché* á la Legacion de Norte-América!

—Qué exageracion!

—No, yo te diré, el muchacho ha sido un calavera terrible.—No hay que disminuir el mérito de mis trabajos para conseguir el puesto.

—Ni por pienso!

—Supongo que te harás cargo de todo el alcance de mi idea al encaminar á Rodolfo en la carrera diplomática.... Quiero darle una ambicion, despertarle el orgullo de su orijen.—Que vaya y se roce con las eminencias del mundo, para que vea lo que vale poder decir en cualquier parte: soy hijo del Conde De Siani, gentil-hombre del Rey Fernando de Nápoles. Hasta aquí, ah!—parece que mi plan vá dando resultado. Exigió el Ministro que Rodolfo apareciese reformado, juicioso, durante algunos meses, para que la oposicion no criticase el nombramiento.... Rodolfo aceptó la imposicion, y ha cumplido el propósito.... hasta cierto punto!

—Lo que yo siento, observó don Francisco, es que el sobrino se separe de tí. Quedas tan sola!—Ya que estaba corregido.... y dejaba de darte disgustos—¿porqué no haberse empeñado para que concluyese sus estudios de médico?....

—Francisco, replicó doña Dorotea,—tú siempre has tenido ideas muy estrechas.—Era el defecto que te ponia el Conde; y tenia razon! No puedo permitir que confundas la carrera diplomática con la profesion del médico. El Conde se admiraba siempre de que aquí se tratase con tanta consideracion á los médicos. En las córtes, decia él, ellos ocupan el último puesto de palacio....

—Pero la medicina es una profesion muy honorable...

—No se trata de eso. Todo trabajo es honorable.—El carpintero es honorable.- Tus sirvientes pueden ser honorables... No es cuestion de honorabilidad, sino de rango.—No deja de ser aristocrático trabajar para sí mismo. La nobleza de Inglaterra suele ser trabajadora. Lo que hace inferior al hombre, entiendes, es trabajar en provecho de otros, y por eso el Conde decia con frecuencia que la sociedad se divide en dos rangos, el de los que trabajan para los demás, y el de los que hacen trabajar para sí... Los médicos, tendrás que reconocerlo, están á la disposicion del primero que los llama... eso es triste!—No tengo noticia de que ningun conde haya sido médico; pero la diplomacia es carrera favorita de los nobles...

Abria don Francisco tamaños ojos al escuchar las doctrinas de su hermana, y, sin quererlo, se acordaba de que el Conde de Siani habia pertenecido al rango de los que aprovechan el trabajo y el dinero agenos!

—El afan de Rodolfo, prosiguió doña Dorotea, por estudiar medicina, no mereció jamás mi aprobacion.—Lo toleré, únicamente.—Por otra parte, era indispensable que Rodolfo saliese de Buenos Aires. Tú no comprendes el alcance de las cosas; yo sí. —Permaneciendo aquí, la enmienda radical era imposible.—No necesito entrar en más esplicaciones.—Además, ¿quién ignora cuánta influencia benéfica tienen los viajes? El Conde decia que, sin haber viajado, todo hombre es necesariamente incompleto.

—Bajo ese aspecto, es muy acertada tu resolucion, dijo amablemente don Francisco.

—Bajo todos los aspectos! repuso doña Dorotea. Tengo, sin embargo, un temor; y es que Rodolfo, en vez de tomar en Inglaterra el paquete de los Estados Unidos, se vaya á Paris y se quede allí disipando los recursos que lleva. Si eso sucede, toda mi obra está perdida.... Yo no quiero que Rodolfo vaya á Paris, entiendes, sino de secretario de Legacion y con la esperiencia adquirida en otras grandes ciudades....

—Perfectamente pensado!—esclamó don Francisco, inclinando la cabeza.

—Pues bien!—Tu viaje es oportuno, y por eso he descendido á tantos detalles, que no son de tu resorte. Si encuentras á Rodolfo en Paris, prométeme que pondrás toda tu influencia, que ejercerás toda tu autoridad, para que parta sin demora á ocupar su puesto en Washington. Si con tal objeto es menester todavia hacer un sacrificio de dinero, estoy dispuesta á hacerlo. Puedes adelantar los fondos, que yo los reembolsaré aquí á tu primer aviso....

—Inútil hablar de eso! respondió don Francisco. Tiempo sobrará de arreglar cuentas, á nuestra vuelta. Yo te prometo correr de París al sobrino, por todos los medios á nuestro alcance .... Creo que nos tiene respeto y consideracion. Nos atenderá; y si el dinero puede allanar dificultades, dalas por allanadas.

—Confio en tu palabra, dijo doña Dorotea, con aire solemne y poniéndose de pié. No hay necesidad de que Emilia y la nieta se enteren de nuestra conversacion. Guardarás reserva. Házlas llamar. Me retiro. El médico debe ir hoy á mi casa.

Acudieron doña Emilia y Marta á despedirse de la enterciopelada señora, y don Francisco bajó con ella del brazo, para instalarla cortesmente en el cupé.

Durante varios dias, miéntras llegaba el de la salida del vapor escojido para el viaje á Europa, fué una romería de visitas la casa de la familia Valdenegros.—Cuánto mortificaba á Marta la imposicion de los deberes sociales! Hubiese ella deseado absorber todo su tiempo en la contemplacion solitaria de sus dolorosos recuerdos.—Rara vez estaba su espíritu presente en el salon, y las señoras y las señoritas salian diciendo que la fiebre tifoidea habia hecho estragos en Marta Valdenegros.... No faltó quien esclamase: «*la pobre ha quedado media opa!*»

¿Y nuestro doctor Nugués, qué fué lo que dijo?

El doctor Nugués.... pero antes es menester que conozcamos un antecedente de su primera visita,—pues involuntariamente el escéptico facultativo habia tenido por esploradora á Pancha Ovalle.—De nombre la conocen ya los lectores; deben conocerla ahora de vista, y por fuera y por dentro, porque desempeña un papel importante en esta crónica.

Cuestion de árduas investigaciones seria determinar con precision la edad de Pancha Ovalle.—Se murmuraba que era la hermana mayor de numerosa familia, cuyos miembros varones y mujeres, estaban ya casados; pero los varones se inmolaban generosamente, considerando á Pancha como una hermana menor, y al efecto la llamaban *Panchita*. Ella, ante las intimaciones de los años, tenia su divisa heróica: *La guardia muere, pero no se rinde.* Su baluarte era la moda, donde se defendia con todos los recursos de un buen gusto y de una habilidad indisputables.—Exageraba, sin embargo, las modas, probablemente para parecer más jóven.—Presumia tener el talle más fino de Buenos Aires, y en efecto, al contemplar el aro estrecho de su cintura, era cosa de preguntar cómo podian mantenerse las funciones vitales entre los dos compartimentos en que aparecia dividido aquel cuerpo.—La extrema finura del talle estaba á la vista; pero la naturaleza de las turgencias adyacentes quedaba envuelta en un misterio análogo al de la edad de su propietaria. Otra de sus presunciones era el pié. Lo tenia de una pequeñez inverosímil en relacion á la estatura, que era elevada, y de irreprochable belleza arquitectónica. Con este motivo, usaba los vestidos muy cortos de adelante, y en la calle, en su casa, en las visitas, avanzaba el pié con el mismo donaire que usan otras mujeres para erguir la cabeza.—Años atrás, en los bailes de máscaras, aquella cintura increible, aquellos piececitos prodijiosos, habian originado buenos chascos. Despues, concluyeron los mozos por ponerse en guardia contra semejantes bellezas de detalle. Temian encontrarlas unidas al rostro proverbialmente feo de Panchita! Los artificios más prolijos, los afeites más esmerados, no lograban disimular la fealdad de aquella cara larga, con ojos revueltos, nariz colgante, y boca tan diminuta que la palabra solo salia de sus cavidades con dificultoso remilgue.—Corria acerca de ella esta frase verdaderamente cruel: «no está bien sino con careta.»

Pancha Ovalle habia tenido la fraternal satisfaccion de ver desfilar á todos sus hermanos menores por el florido camino del

himeneo, sin encontrar quien la invitase á seguir el ejemplo. Solo *en estirpe* conocia los halagos del amor; pero no estaba aun desalentada. Tenia en Córdoba una tia, viuda, rica y sin hijos, de quien esperaba ser heredera universal *ex-testamento*, como ahijada y sobrina predilecta. Percibida la herencia, contaba tener en ella el talisman matrimonial que sus hermanos habian encontrado en los encantos físicos; pero la cosa iba larga, porque á la madrina le habia entrado el empeño de no quererse morir. Pancha, entretanto, salvaba el honor de la bandera, conservando los viejos atractivos de su casa para el sexo fuerte. Hacia largos años que el papá (primo segundo de doña Emilia Valdenegros), habia muerto. Era la mamá una señora inofensiva, inerte, que á nadie estorbaba con las majaderias de la vejez, y Pancha se manejaba en su casa como si estuviese sola y fuese enteramente libre.—De diez á doce de la noche, llenábase su casa de visitas masculinas, sirviéndole de *plantel* los miembros del cuerpo diplomático.—¿Cuál era el aliciente?—Muchos!—En primer lugar Pancha Ovalle suministraba un té y un café que no tenian rivales.—Del bizcochuelo no hablemos!—Solo ella conocia el secreto de su fabricacion. Se conversaba libremente y estaban todos á sus anchas.—La señorita Ovalle era el archivo constantemente renovado de todos los hechos sociales de Buenos Aires. Del mundo de las familias conocidas, iban á inscribirse en aquellos registros parlanchines todos los nacimientos, todos los bautismos, todos los noviazgos, todos los matrimonios, todas las rupturas de amores, todas las perturbaciones conyugales, todos los desalabros de fortuna, sin contar otras categorias de fenómenos reservados, que Pancha Ovalle tenia el raro privilegio de pispar en la aventura incipiente y de seguir con sagacidad sus mas delicadas consecuencias. Para todo esto, la servian á las mil maravillas la circunstancia de estar muy bien y muy intensamente relacionada su familia, y la de ser ella misma una visitadora infatigable.—La recibian con gusto en todas partes, en la seguridad de que su conversacion seria siempre noticiosa, y á la vez por agradecimiento á los frecuentes regalos con que obsequiaba á todas sus amigas, empleando al efecto la incomparable habilidad de sus manos para toda clase de confecciones y labores.—Las conversaciónes de la noche, en el salon de su casa, eran el asunto de las amables escursiones del dia, y los tertulianos encontraban allí abundante fuente de interesantísimas informaciones. Hasta las intrigas políticas hacian cruzar por aquel salon algunos de sus hilos subalternos; pero la red principal consistia en intrigas amorosas. Pancha Ovalle tenia la pasion de las confidencias de ese órden. Se deleitaba descubriendo la veta oculta de los corazones, fomentando las simpatias nacientes, acortando las distancias de los enamorados, envalentonando á los débiles, moderando á los fogosos, prodigando á sus amigos de ambos sexos muy oportunas indicaciones estratégicas..... Placeres inocentes! A falta de propio capital, ¿por qué sorprenderse de que las agenas vibraciones de amor, al pasar por ella, le dejasen una dulce sensacion de voluptuosidad inofensiva?

La visita de Pancha Ovalle á la familia Valdenegros habia sido verdaderamente memorable.—Así que pudo hablar en particular con Marta, le nombró al Dr. Nugués, como esplorando el terreno.—Ante el silencio de la jóven, desprendió algunas guerrillas avanzadas, ponderando el entusiasmo con que el Dr. Nugués hablaba siempre de *su enferma*.—Márta permanecia impasible.—Entónces, Pancha llevó una carga decidida, con interrogaciones directas, que la jóven rechazó desdeñosamente.... ¿Era posible aquello?—Derrotada en el primer ataque, comenzó Pancha á hablar de cosas indiferentes, tratando de interesar á Marta con un rico surtido de noticias.... Se criticaba mucho el nombramiento de Rodolfo de Siani como *attaché* de la Legacion en Washington...... Habia diversas opiniones sobre el futuro casamiento de Orfilia Sanchez y Eduardo Arismendi; creian los unos que la novia hacia favor al novio, y otros á la inversa... Era objeto de los mayores encomios el duelo tan irreprochable como inesperado que Genoveva Ortiz guardaba por su difunto esposo don Arturo de Nevares... No así tal otra viuda que empezaba á revelar en su traje el deseo de las segundas nupcias... El invierno seria muy alegre, pues se anunciaban muchos bailes y recibos... Ganaba terreno la candidatura del Dr. Avellaneda... Todo el cuerpo diplomático era avellanedista... Se insistia en que el doctor Nugués ocuparia de un momento á otro uno de los ministerios nacionales... Golpe en falso... Marta lo escucha todo con glacial indiferencia.—No escucha siquiera; tiene su pensamiento en otra parte.—Habia en aquello un gran misterio. El viaje á Europa, sobre todo, necesitaba una explicacion plausible.—Marta es impenetrable á tal respecto.—Hábilmente interrogado el señor Valdenegros, da pruebas de un perfecto disimulo... Doña Emilia parece esquivar un tanto la conversacion... Pancha se figura haber descubierto un hilo del enigma... Cuando vuelve á su casa, recapacita, analiza, escarba prolijamente sus recuerdos, liga los hechos, ahonda las conjeturas, apura las deducciones, y á la noche, apénas llega el doctor Nugués, que era uno de sus parroquianos más fieles, se apresura á comunicarle el resultado indudable, evidente, de sus investigaciones espontáneas: «Marta Valdenegros está furiosamente enamorada del doctor Nugués; sus abuelos le han impuesto que oculte esa pasion, y se la llevan á Europa, para que sea imposible el casamiento.»

Fué bajo la influencia de estas revelaciones que al dia siguiente compareció el escéptico facultativo á la espléndida morada de la familia Valdenegros. Estaba intrigado, tenia el amor propio ofendido; queria juzgar las cosas por sí mismo.—¿Cuál no seria su sorpresa al ver que don Francisco y doña Emilia lo recibian con amabilidad y franqueza que no admitian sospecha de fingimiento en tan excelentes y candorosas personas?—Marta, sí... lacónica y apática, denotando un cambio radical en sus manifestaciones esteriores.—Muy pronto, los abuelos, por un motivo ó por otro, dejan al doctor Nugués á solas con la señorita... Aquí del ingenio chispeante del doctor Nugués!—Brotan de sus labios frases picarescas, espirituales, galantes, llenas de malicia delicada y de sorpresas retóricas... Con la décima parte de aquel lujo intelectual, recordaba el doctor Nugues haber tenido á Marta suspensa de sus labios, riendo á carcajadas melodiosas, ávida de seguir escuchándolo... y ahora la encuentra inerme, sonriendo apénas, cortando la conversacion, con palabras sueltas y triviales, á veces displicentes!... ¿Será menester que trate de tocar las cuerdas patéticas de aquella alma reconcentrada?—Lo ensaya.... espera una mirada que lo aliente para dar el golpe decisivo; pero en vano!—El desagrado, la repulsa de Marta, son visibles.... Sufre ella intensamente!—Está resignada á olvidar, pero se indigna todavía ante la idea de ser infiel!

Salió el doctor Nugués de casa de la familia Valdenegros singularmente perplejo.—Encaraba la cuestion como un filósofo.—¿Qué problema era aquel? ¿Un problema sicológico, ó un problema fisiológico? Marta parecia enamorada... ¿mas de quién? En la Estancia de las Alamedas, no habia ningun hombre. Sobre este punto, la certidumbre del doctor Nugués era absoluta.—¿Qué pensar entónces?—¿Seria que Marta, despues de haber alcanzado una convalescencia vigorosa, recaia en una neurósis melancólica, como remota consecuencia de la fiebre tifoidea? El doctor Nugués buscaba la solucion en sus libros de medicina; pero Pancha Ovalle se mantenia en sus trece. Para ella, los abuelos fingian y Marta estaba intimidada.— ¡Era de ver cómo se dejaba arrullar el doctor Nugués por las argumentaciones de Pancha!

Marta se desesperaba entre tanto, contando como un siglo cada dia que la separaba del fijado para la partida.—Se habia confesado, y el sacerdote, movido por un sentimiento disculpable, habia exagerado desmesuradamente la culpa de la niña.—Estaba aterrada.—Queria huir de sí misma, y á la vez pensaba que

jamás podria arrancar de su memoria aquel recuerdo voluptuosamente cruel.

Tuvieron lugar los últimos aprestos.—De tiempo atrás, don Francisco y doña Emilia proyectaban la construccion de una suntuosa capilla en su quinta de Barracas.—Tenian ya elegido el plano.—Resolvieron que la capilla fuese construida mientras viajaban por Europa. Se llamaria *Santa Marta*, y ellos la inaugurarian á su vuelta, en accion de gracias por la esperada felicidad del viaje. Allá en su interior presumian inconcientemente que por ese medio aseguraban los favores de la Providencia al alejarse de la tierra natal.

Tambien dejaron arreglado otro detalle importante. Estaba empeñada la lucha electoral. Don Francisco era mitrista, y más aun doña Emilia.—¿Le dejaremos al Comité doscientos mil pesos?—dijo don Francisco.—Quinientos mil!—repuso doña Emilia, y asi se hizo.—Debieron quedar contentos los Dioses de la familia Valdenegros!

Y al fin, tuvo lugar la partida. - Marta desde la cubierta del vapor, estremecida de frio, con los ojos llorosos, contemplaba las torres de la ciudad, que se perdian en el horizonte, envueltas en las brumas de la tarde, y dejaba discurrir el pensamiento hasta la invisible region donde Jorge Parler, sabedor de la partida, lloraba, sin duda, en aquel mismo instante, lá eterna ausencia de su amaba!

*(Continuará.)*

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

### VIII

En nada alterò la vida de Cristina su profesion monàstica. Alejada en lo posible de sus compañeras de reclusion, vivia entregada à sus recuerdos, sin inmiscuirse para nada en las cuestiones internas del convento. Asistia à las pràcticas religiosas, cumplia todos los preceptos de la òrden, pero no intimaba con las otras monjas, apesar de lo que ellas hacian por inspirarle confianza. Solo tenia predileccion por una novicia desterrada del mundo por las mismas causas que ella, pero no podia confiarle sus espansiones intimas, vigiladas como estaban àmbas siempre por una tercera, que impedia toda confidencia.

Aquella vida de reclusion, entristecida por el sufrimiento moral que mortificaba à Cristina, influyò en el delicado temperamento de aquella niña, trabajado ya por dos años de continuos sinsabores. La demacracion se acentuaba dia por dia en su pàlido semblante, y ella lo comprendia asi con intima satisfaccion, como si su sola esperanza estuviese en desatar el ùnico vinculo que la unia al mundo: la vida.

La señora de Peña, en sus continuas visitas al locutorio, rogaba à Cristina que se cuidase, y suplicaba à las monjas que la acompañaban, que atendiesen à su hija è influyesen para que no se abandonase en el delicado estado en que se encontraba. Pero todos los consejos y las sùplicas eran inùtiles. Desde que Cristina comprendiò que su fisico no resistiria à las privaciones que ella le imponia, hizo estudio en no perdonar medio de aniquilarse. La idea del suicidio habia cruzado ya por su mente varias veces, y otras tantas la habia rechazado como un atentado contra su Dios. Pero si bien rechazaba el suicidio violento, no creyò cometer delito alguno minando su existencia con sufrimientos materiales y morales, y diò en mortificarse de todas maneras.

Exajeraba los ayunos, velaba hasta altas horas de la noche, dormia vestida, y llevaba cilicios que le llagaban el cuerpo. Antes de seis meses, Sor Maria de las Mercedes era apènas una sombra de aquella Cristina Peña adornada con todos los encantos de la belleza.

Labrada su existencia por el recuerdo de su desgracia y los sufrimientos que infligia à su cuerpo, languidecia ràpidamente, resignada ella y hasta contenta con aquel aniquilamiento que la acercaba à la tumba de su amado.

Un dia fuè la señora de Peña al convento, y Cristina no apareciò en el locutorio. Alarmada la madre rogò que le dijesen lo que tenia su hija. La monja tratò de ocultarle la verdad dicièndole que Sor Mercedes estaba ocupada en sus devociones, y que no podia salir, pero la madre no se dejò engañar, y à sus reiteradas instancias no pudo la monja escusarse de contestarle que estaba enferma.

Aquì empezò una escena conmovedora. Porfiaba la madre por entrar à ver à su hija enferma, pero todo su afan se estrellaba ante las reglas del convento que no permiten dentro de su recinto à ningun profano. Profana una madre! ¿Què es lo que puede profanar el ser màs sagrado, el amor màs puro, el sacrificio más sublime?

Todos estos razonamientos se hacia la señora de Peña, y se los esponia llorando à las monjas que con imperturbable calma la oian sin contestarle una sola palabra. Al dia siguiente, cuando volviò al locutorio, se presentò Cristina, desencajada, macilenta, sin fuerzas casi para hablar. Sonriò à la madre que no quitaba de ella los ojos, pegado el rostro à las rejas, y tratò de tranquilizarla dicièndole que su indisposicion del dia anterior habia sido pasajera y que ya se encontraba bien. Inùtiles consuelos! No era necesario ser madre para adivinar los sufrimientos de aquella niña, pintados en su rostro marchito, en sus manos descarnadas y transparentes, en el caimiento de todo su cuerpo que acusaba una postracion penosa.

Se veia que la muerte invadia lenta pero obstinadamente aquel organismo delicado y destruia uno por uno sus tejidos, preparando un desenlace que no era dificil prever. La señora de Peña vivia en una continua angustia. Veia que su hija se agostaba, y nada podia hacer por ella, cuando tenia la seguridad de que sus cuidados le devolverian la vida. Indicaba à las monjas lo que debian hacer, el alimento que habian de darle, las precauciones que seria necesario tomar, pero todo era inùtil. Aquellas pobres mujeres, encerradas en su fatalismo mistico, no veian mas que la mano de Dios en lo que à Cristina pasaba, y à èl la encomendaban, persuadidas de que en la tierra no hay medio de contrarestar los designios de la Providencia.

Otro año trascurriò asi, avanzando siempre la enfermedad de la monja, y al cabo de ese tiempo empezò aquella à caracterizarse con los mismos sintomas de la que habia llevado à Alberto Condè à la tumba. A instancias de la madre y valiendose de influencias eclesiàsticas, se consiguiò que el mèdico de la familia de Peña viese à la enferma, en compañia del facultativo del Establecimiento.

La opinion del mèdico fuè alarmante. Cristina està grave, dijo, pero su estado no es todavia de desesperar. Algunos meses de campo, una buena alimentacion y prolijos cuidados pueden hacerla restablecer.

La madre comunicò à las monjas el dictàmen del facultativo, y les dijo que era necesario cumplir aquellas prescripciones inmediatamente. Las monjas contestaron que las cumplirian, que ellas estaban acostumbradas à curar enfermas, y que nada le faltaria à Cristina. La señora dijo que ese mismo dia queria sacar à su hija, y que en cuanto à ellas no tenian que molestarse, pues yendo Cristina con ella no habia necesidad de màs cuidados.

Pero la madre no sabia ò no recordaba lo que es un convento. Sacar à una monja! Imposible. Las reglas de la òrden no lo permiten, ni lo permitiràn jamàs.

—Pero es que el mèdico ordena que salga mi hija al campo, argumentaba la madre casi suplicando.

—Aquì nadie ordena, hermana, contestòle la Superiora con sequedad, sinò los estatutos de la Institucion, y por consiguiente Sor Maria de las Mercedes no saldrà del convento.

—Es que si no sale, si yo no la cuido, se muere la hija de mis entrañas, lloraba la madre.

—Respetemos, hermana, la voluntad de Dios. Sor Maria Mercede

ya no pertenece al mundo. Si el Señor la llama à sì es porque la cree digna de entrar en su reino.

—Es que yo soy su madre! gritò la señora de Peña con acento desgarrador. Soy su madre! y no hay fuerza en el mundo que separe à la madre de la hija.

—No blasfeme, hermana, replicò la monja con calma. Sor Marìa Mercedes no tiene màs madre que Nuestra Señora Divina, y à ella solo debe cuenta de sus actos.

Fueron en vano todos los ruegos de la madre, è inùtiles todas las influencias que se pusieron en juego para que se permitiese la salida de Cristina. Y la pobre niña seguia agravàndose dia por dìa sin que ella hiciese nada de su parte por contener los avances del mal àntes bien facilitàndoles el camino con privaciones y vijilias que la estenuaban. La tisis destruia aquella existencia con golpes certeros que la misma paciente no trataba de esquivar.

Cristina se veia obligada à guardar cama casi constantemente, imposibilitada de tenerse en piè por la estrema debilidad que la postraba. La señora de Peña acudia todos los dias à la reja del locutorio y se pasaba allì largas horas pidiendo informes del estado de su hija. Queria saberlo todo: si habia dormido, si se alimentaba, si se acordaba de ella. Las monjas contestaban à todas estas preguntas con monosìlabos, como si las fastidiase la insistencia de aquella pobre madre cuyos sufrimientos no alcanzaban ellas à comprender en su egoismo.

Cierto dia, al pedir por el torno que anunciasen su visita, le contestaron que no podian recibirla. Pidiò entònces que avisasen à la Madre Superiora, y al cabo de pocos minutos volviò la tornera diciendo que no estaba visible, y que solo se admitian visitas los Juèves y Domingos.

La señora de Peña quedò aterrada ante aquella negativa que la privaba hasta del consuelo de estar bajo el mismo techo que su hija enferma. Aquel dia permaneciò largo tiempo junto à la puerta del convento, esperando que saliese alguien que le dijese còmo estaba Cristina. Pero esperò en vano; las puertas se cerraron al llegar la noche, y la madre, con el corazon traspasado de dolor, tuvo que retirarse sin saber lo que pasaba en la celda de su hija.

Desde aquel dia tuvo que resignarse à ir solo dos veces por semana à informarse de Cristina y à hablar indirectamente con ella por intermedio de las monjas. Pero ni la enferma recibia las dulces palabras de su madre empapadas en llanto como ella se las enviaba, ni la madre oìa el acento querido de la hija en las contestaciones secas è indiferentes que las monjas le llevaban. Aquellas visitas eran desgarradoras para la pobre madre que sabia que su hija estaba à pocos pasos de ella sufriendo à solas, sin un cariño, sin un consuelo que aliviase sus dolores.

Se acercaba el verano con sus vivificantes calores. Cristina empezò à levantarse de la cama poco à poco: se sentaba en una silla, y alejando à sus enfermeras, se estasiaba en la contemplacion del retrato de Alberto que conservaba siempre. La fiebre de la enfermedad habìa enardecido en ella su pasion, y vivìa mas que nunca entregada al recuerdo de aquel amor primero y ùnico que habia hecho palpitar su corazon de vìrgen.

Al entrar un Juèves la señora de Peña en el locutorio del Convento no pudo contener un grito de alegria al ver tras de la reja à Cristina.

—Acèrcate, hija mia, le decia con la màs cariñosa de las entonaciones de una madre; acèrcate, quiero verte, quiero besarte, quiero tenerte entre mis brazos un minuto siquiera para resarcirme de todo el tiempo que hace que no te veo.

Cristina sonriò tristemente pero no se levantò de la silla en que estaba sentada; no podia. Haciendo un esfuerzo supremo habìa llegado hasta allì para complacer à su madre, à cuyo cariño volvia al sentir que la vida se le escapaba, pero aquel esfuerzo la habia postrado à punto de que le era imposible dar un paso màs.

Parecìa un espectro! La enfermedad habia devorado toda la carne de aquella criatura y solo quedaba de ella el cùtis amarillento y opaco pegado sobre los huesos, y los ojos negros, inmensos, hundidos en el fondo de las òrbitas profundas.

Còmo sufriò la pobre madre al verla. En el primer transporte, sol o habìa tenido presente que estaba al lado de su hija querida, pero cuando notò su aniquilamiento, cuando viò que no tenìa ni aliento para dar un paso, se echò à llorar con amargas làgrimas, que en vano trataba de contener para no revelar à Cristina sus tristes presentimientos.

Al dia siguiente, la señora de Peña recibiò una carta del mèdico del convento en la que le decìa que aunque no estaba autorizado para ello, creìa de su deber comunicarle que Sor Maria de las Mercedes estaba muy grave.

Nada más decia la carta, pero aquello bastaba y sobraba para hacer adivinar à la madre que se acercaba el triste fin que ella presagiaba. Apesar de la prohibicion de entrar al convento en otros dias que los reglamentarios, la señora de Peña acudiò presurosamente à la Santa Casa, y llamò en el Torno. Aquel dia no le negaron la entrada y penetrò en el locutorio donde encontrò à la Superiora que la esperaba.

—Mi hija! quiero ver à mi hija! fuè lo primero que dijo al entrar.

—Resignacion, hermana! le contestò la monja.—Sor Marìa de las Mercedes se està preparando para comparecer ante su Dios.

—Pero yo quiero verla, yo quiero estar con ella. Mi àngel no se puede morir asì, sin recibir un beso de la madre; sin que yo, su madre, reciba su ùltimo beso.

La monja callaba.

—Dèjenme entrar, continuò la pobre señora hincada de rodillas y con las manos en ademan de sùplica. Yo no la hablarè, no la distraerè de sus oraciones.... Un minuto... un minuto nada màs... Dèjenme verla.... No entrarè siquiera à la celda; la verè desde la puerta, pero no me nieguen ese favor; es lo ùnico que les pido.

—No se puede, hermana, contestò la monja; es inùtil todo ruego, porque aquì nadie puede entrar.

La señora de Peña seguia de rodillas, y llorando le suplicaba à la monja:

—Vd. ha tenido madre tambien, y sabe cuànto la queria. Pòngase en el caso de Cristina y comprenderà cuànto anhelarìa su buena madre estar à su lado para consolarla.... Voy à verla ¿no es verdad?.... Vd. me và à permitir entrar....

La monja habia enmudecido y permanecia con la cabeza baja como para esquivar la mirada suplicante de aquella pobre madre que solo pedia ver à su hija.

La señora de Peña persistiò, instò, rogò, intentò conmover todas las fibras del corazon de aquella mujer, pero fuè en vano.

Al llegar la noche tuvo que retirarse, compelida à ello casi hasta por la violencia. Solo cediò ante la amenaza de que no se le permitiria entrar al dia siguiente.

FIN DEL CUADRO OCTAVO

---

# Almas hermanas

AL EMINENTE ORADOR JUAN CÀRLOS BLANCO (*)

En prosa ò verso, es una la potencia
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesia en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolivar la frase audaz retumba
Gomo el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso ante su voz pigmeo!

Libre ò ceñido al armonioso metro,
El verbo de las almas se apodera;
Y à piè ò sobre el Pegaso, lleva cetro
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estètico,
Inundan à la par su altiva frente:
Cuanto eleva el espìritu es poètico;
Cuanto llega hasta el alma es elocuente.

No vibra con màs fuerza y ardimiento
Del laud creador la ìntima nota,
Que el ademan y el varonil acento
Con que el tribuno à la maldad azota.

Poder del gènio!...inmortaliza Homero
À lo que ruina fuè de los Troyanos;
La tùnica à Fhrinè rasga el vocero
Que airados vè à los jueces inhumanos.

« *Condenad, si lo osais*, grita Hyperide,
*A Venus que ha bajado de los cielos!* »
Y con un golpe que la audacia mide,
Al suelo arroja los flotantes velos.

De admiracion los jueces confundidos
En un clamor exhalan su embeleso,
Y en vez del mortal fallo, estremecidos,
En su làbio el perdon imita un beso....

Asì cuando genial chispa desciende,
Y elèctrica sacude cuanto halla,
El pueblo—nìveo alud que se desprende—
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, òdios, mòviles menguados
Que interceptan la luz con velo denso,
Hàcia el abismo ruedan, sepultados
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tribuna,
Su làtigo de fuego alza tonante
La palabra, que màgica se auna
Con el estro que vence al consonante.

En prosa ò verso, es una la potencia,
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesìa en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

Montevideo, Setiembre 15 de 1883.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

# SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 9

## PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 3 C D | A 3 TD |
| D 5 D (jaque) | T toma D |
| C juega (mate) | |

Si la T 4 R toma la D en el segundo movimiento, el C 4 AR dà mate ocupando la casilla 6 R.—Si la otra T toma la D, el C 3 TD da mate en la casilla 2 AD.

—

Las ùnicas soluciones exactas que hemos recibido han sido las remitidas por El Duende, Un aspirante à Presidente, y Rocambole y Rocambolito.

(*) Con motivo de su ùltimo discurso, pronunciado en la fiesta literario-musical del Ateneo del Uruguay, celebrada en el Teatro de San Felipe y Santiago, la noche del 12 de Setiembre de 1883.

## CHARADAS

*1.ª Cosmografia—2.ª Galileo—3.ª Aurelia*

Han observado algunos que de la 3.ª charada sale tambien *Eulalia*.

—

Las tres fueron descifradas por Moniato, Paso Profundo, Ag. Manecha Recalde, F. Mitre, Un aspirante à Presidente, Sanchez, Una Floridense, Cagliostro, Picazo y Becerranza, Lamparilla y Boracaburu.

## FUGA DE VOCALES

*Dulce es oir la grata melodìa*
*Del ruiseñor que entona en la espesura,*
*Cuando lleno de amor y de ternura*
*Manda sus cantos al creador del dia.*

## FUGA DE CONSONANTES

*¡Y es dulce contemplar con alegria*
*De las càndidas flores la hermosura,*
*Sìmbolos fieles de inocencia pura*
*Que al mirarlas el alma se extasia!*

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Dulce es mirar la luz resplandeciente*
*Que el sol derrama en la gentil pradera;*
*Dulce es, en fin, mirar tranquilamente*
*El astro rey de la azulada esfera;*
*Pero es mas dulce el escuchar en calma*
*La dulce voz de la mitad de su alma!*

—

Descifraron las tres fugas: Moniato, Paso Profundo, Rocambole y Rocambolito, Un aspirante à Presidente, y Cagliostro.
La primera y ùltima: Sanchez y Una Floridense.
La primera solamente: Ag. Manecha Recalde, A. Susviela, y Picazo y Becerranza.

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

*1.ª Impune—2.ª Apresto—3.ª Cristina—4.ª Flagelo.*

—

De la segunda palabra han dado algunos como solucion: *Esparto* y *Pastero.*
La solucion de las cuatro la remitieron Moniato, Paso Profundo, F. Mitre, Un aspirante à Presidente, Sanchez, Cagliostro, y Lamparilla.
Rocambole y Rocambolito descifraron la 1.ª, 3.ª y 4.ª.
Una Floridense resolviò las dos primeras.

## PASO DE REY Y SALTO DE CABALLO

*Juan adoraba à Maria,*
*Maria... lo desdeñaba!*
*Y siempre que la miraba*
*El pobre Juan se decia:*
*«Me parece màs hermosa*
*Por que sè que me detesta!»*
*¡Cuànto mas trabajo cuesta*
*Màs se apetece una cosa!*

—

Fuè descifrado por Un aspirante à Presidente, Paso Profundo, Cagliostro, y Picazo y Becerranza.

## GEROGLÍFICO N. 9

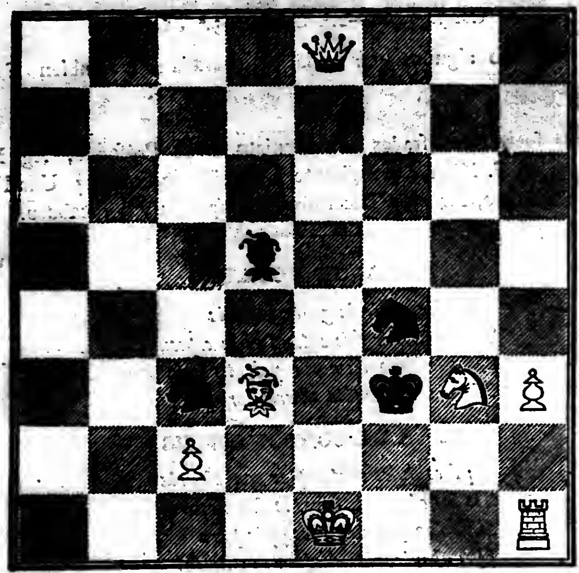
*En los partidos la inaccion es la muerte.*

—

Enviaron la solucion: Un aspirante à Presidente, Moniato, Malcorta, Paso Profundo, Ag. Manecha Recalde, F. Mitre, Sanchez, Cagliostro, Lamparilla, y Boracaburu.

**Problema de Ajedrez por Ulanij**

**NEGRAS**



**BLANCAS**

**Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.**

## CHARADAS

Es mi *primera* y *segunda*
Si se quiere una tontera,
Mas nadie tener quisiera,
Porque es señal muy profunda
Que se acerca à la chochera.

—

Muchos hay que por no verse
En suerte tan triste y fiera
Sumejirse de cabeza
Quisieran en mi *tercera*.
¡Lo que es la humana flaqueza!

—

El *todo* es ave, es color,
Y de una isla morador.

OTRA

Tienen los animales
*Prima* y *segunda*
Y mi *segunda* y *prima*
Cosa es que cubre.
*Segunda* y *tercia*
Solo dicen los niños.
*Todo* es legumbre.

OTRA

Es mi *segunda* y *primera*
Efecto de la humedad,
Y mi *tercera* y mi *cuarta*
Lo usamos para comer.

—

Mi *cuarta* con mi *segunda*
Lo hallas en las librerias
Y es mi *total* una parte
Principal del cuerpo humano.

---

**FUGA DE VOCALES**

.a.—h. .rf.n.—h.rm.s.—q..—s.—.mbr..g.
C.n—l.—v.rt.d—q..—D..s—l.—d..;—.n—j.d..
Q..—v.nd.—.s.—v.rt.d—.l- v.c..—.mp..!
¡.l—.r.—d.l—pr.m.r. —q..—l.—p.g.!

**FUGA DE CONSONANTES**

¡U.a—.o..e—.i.—.u.—..i..e—.—a.ia.a!
U.a—..ai.io.;—u.—.u.a.a.—.o...io;
U.—.i.—.a..ue.—.e—.o.a.o.—.á.—..io
.ue—e.—a.e.o—.o..a..e—.e—u.a—.a.a:

**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

.n.—m.r.u.s.—q.e—.e.u.d.—p.d.e
D.ó—.—l.s—.i.o.—q.e—.d.r.n—.l—.[illegible]r.;
.e—.n—.i.a.a—e.—v.l.r;—.e—.n—.a.[illegible].r.
L.—b.d.;—l.—v.n.a.z.—d.—u.a—.a.r.!
¡.l—.d.o—.u.—a.—v.n.e.—b.t.—l.s—.a.m.s!
¡A.—m.r,—.o.—c.e.p.s;—.n.e—.i.s,—.o.—a.m.s!

**FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS**

.u...a.—.e—..—s..io—..e—.n—d.a
..n—p.br.—.—m..er.—.s.ab.
..e—s.o—s.—.li..n.ab.
D.—.na.—..rb,.—.u.—c..ia
¿.a.rá—..r.—.n..e—s.—.ec.a
M.s—.o.re—y—.r.s.e—q.e—.o?
Y—.[illegible].d.—e.—..s.r.—.ol..ò
..l.ó—.a—r..p.e..a—.ie..o
..e—.t..—s..io—..a—..g.en..
L..—.oj.s—q..—é.—.r..j.

---

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

GAREDUROI—MARCENTE—RANDIRUSA—VASTORIE

## GEROGLÍFICO NÚMERO 10






# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Octubre 15 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 11.


## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNDÉCIMO

—

EN EL MAR

QUÉ ligero pasa el tiempo! Con cuánta rapidez se curan las heridas en el corazon de las jóvenes! Poco más de un año ha trascurrido.—¿Es la Marta sencilla, apasionada y melancólica, de las Alamedas, aquella elegante parisiense, artísticamente ceñida en su vestido violeta, risueña y festiva, que pasea sobre la cubierta del moderno leviathan, en pleno occéano, bajo los rayos tropicales del sol poniente, suavemente apoyada en el brazo de un caballero de porte distinguido, con cintas de condecoraciones nobiliarias en la solapa de su levita cruzada? Pero no hay que precipitarse para formar malos juicios. El Baron Romberg (recien nombrado Ministro Residente de S. M. el Emperador de Austria y Rey de Hungria ante el Gobierno de la República Argentina) no es el esposo, y ni siquiera el novio de Marta Valdenegros.—*Honni soit qui mal y pense!* dice el austriaco sonriendo, cuando los compañeros de viaje insinúan interpretaciones temerarias sobre las asíduas atenciones con que obsequia á la interesante viagera.

Sin embargo....pobre Jorge Parler!—Su imágen está radicalmente borrada del corazon de Marta.—Allá, en la pampa argentina, consagrado al trabajo y al cuidado de su anciana madre, cuyo reumatismo se agrava dolorosamente de invierno en invierno, suele adormecerse con el pensamiento dulce de que fué generoso y excesivo al decirle á la nieta de los opulentos Valdenegros que á su edad solo habia caprichos y quimeras, pasiones más efímeras é inconsistentes que las plantas de una sola estacion!—La flor de los primeros amores de Marta no habia resistido al soplo de los vientos acres del Océano;—llegó marchita á las grandes capitales de Europa, y allí quedó perdida en el vértigo bullicioso de las impresiones que dominaban fácilmente aquel organismo nervioso, aquel carácter fantástico.—Su corazon estaba ya vacio, y su imajinacion luchaba todavia por salvar el prestigio de una pasion que habia revestido para ella encantos avasalladores y dramáticos.—¿Estaba solamente aturdida por el ruido colosal y el espectáculo deslumbrante de las Babilonias del siglo?—Quiso viajar;—quiso conocer los sitios donde los personajes de sus libros favoritos cristalizan ensueños de melancolia amorosa.—Visitó los Alpes, buscando las huellas de Lelia. Surcó las aguas del Lago Leman, para recoger los suspiros de Elvira, y las ondas del mar de Sorrento para oir en ellas el sollozo de Graziella. Cárlos Nodier la llevaba á Venecia, y Chateaubriand á Roma....Ay! la imájen de Jorge Parler era demasiado modesta para asociarse á tan grandes recuerdos.... Estos mismos recuerdos se desvanecian en la sucesion de impresiones nuevas y vivaces que dispersaban el espíritu de Marta, arrebatando la base concentrada de los sentimientos hondos y de los pensamientos graves.—Cuando resolvió volver á Paris, lo hizo comprendiendo que su delirio habia pasado, y abrazó á doña Emilia, riendo, saltando, para decirle: «Se fueron ya los pájaros; la jaula está vacia.»—Y doña Emilia lo creyó, no porque Marta lo dijese, sinó porque ella misma lo veia, en la desbordante actividad con que la jóven procuraba llenar los renacientes y vagos anhelos de su alma inquieta.

Aquellos incomparables abuelos habian sido ciegos y fieles ejecutores de las voluntades de Marta.—Cuando doña Emilia se convenció de que esta se encontraba en plena convalescencia de la tifoidea amorosa, creyó llegada la oportunidad de revelarle á don Francisco el secreto de las Alamedas. Asombro, estupefaccion del noble anciano!—No daba de si su inteligencia lo bastante para apreciar todo el alcance de aquel romántico episodio.—Se permitia quejarse de la ocultacion que habia hecho doña Emilia.—Sentia un escrúpulo retrospectivo; creia que debió consultarse al médico, pero no al doctor Nugués, antes de haber contrariado las inclinaciones de Marta cuando estaban tan recientes las huellas de su terrible enfermedad.—Inquiria todos los detalles del asunto, con una vivacidad que no le era habitual.—A veces, despuntaba en él una cierta veleidad de indignacion que él mismo no sabia esplicarse contra quien se dirijia, y otras, las menos, se atrevia á insinuar si no habria sido preferible dejar obrar la voluntad de la Divina Providencia, manifestada por la ardiente simpatia que el mayordomo Jorge Parler habia infundido en el corazon de la nieta idolatrada.—Doña Emilia trataba de tranquilizarlo, demostrándole que ya estaban salvados todos los peligros, y que Marta no tardaria en reir ella misma de sus insensatos devaneos.—Entretanto, uno y otro, creian cumplir un santo ministerio obedeciendo los caprichos de locomocion de Marta, para curarla de aquel filtro, inoculado en las Alamedas, y que pugnaba por robarles el alma de la niña, ya que la muerte habia respetado su cuerpo!—Allá iban, fuertes, alegres, recorriendo el mundo sin salir ellos mismos del pequeño mundo en que tenian reconcentrada la existencia; y se sentian capaces de llegar hasta los últimos lindes de la tierra en compañia de la soñadora enferma.—Y Marta, reconcentrada en sí misma, ó arrebatada por el torrente de sus volubles deseos, con ese egoismo inconciente que la fuerza de las pasiones imprime al corazon en los primero años de la juventud, apenas comprendia el inmenso cariño y la ilimitada abnegacion de sus abuelos; apenas acertaba á recompensarlos con gestos y palabras intermitentes de zalameria juguetona!

Al fin, bajo las apariencias ruidosas y brillantes de la vida de Paris, comenzó á sentir el vacio la caprichosa porteña.—¿Qué habia allí dentro? Nada que cautivase enérgicamente su alma.—Marta se fatigaba de vivir constantemente arrebatada por un rápido torbellino de sensaciones esternas.—No reconocian valla sus antojos, y por lo mismo, faltábale estímulo para renovarlos.—Poco á poco, fué invadiendo su alma el recuerdo de Buenos Ai-

res. En el *Boulevard des Italiens* se le atravesaba la calle Florida. Los sauces de Palermo despuntaban entre las arboledas del *Bois de Boulogne*.—En la Gran Opera, Colon aparecia con los recientes triunfos de Gayarre.—¿Y qué eran, qué valian, aquellos bailes ceremoniosos y anónimos del Eliseo, cuando Marta llegaba á compararlos en su imaginacion alocada con los bailes del Club del Progreso, donde por primera vez penetraria, de todos conocida, con el prestigio novelero de su juventud, de su belleza, de su fortuna, y sus recientes viages por Europa?—Orfilia Sanchez, ya casada, le escribia de tiempo en tiempo, dándole noticias muy sabrosas de todo lo que ocurria en Buenos Aires. No podia Orfilia confiar á una carta cierto secreto conyugal.... y lo decia, y Marta se desesperaba ya con el deseo de abrazar á su amiga y contemplar en el regazo materno la próxima solucion de aquel enigma.—Decididamente, habia sonado la hora de la vuelta á la ciudad natal, y Marta lo hizo saber con toda solemnidad á los abu elos.

Ellos, á decir verdad, no querian otra cosa, salvo el temor, poco fundado, de una resurreccion de simpatias plebeyas, provocada por la proximidad del antiguo objeto amado.—Don Francisco estaba muy aburrido de la vida europea.—Era, sin embargo, imparcial.—Reconocia que en Europa, y particularmente en París, habia cosas buenas;—pero él, francamente, estrañaba todas las cosas de Buenos Aires. Esto, acabó de comprenderlo y sentirlo profundamente, desde que Marta promovió la idea del regreso.

Por otra parte, extraordinarias circunstancias favorecian la iniciativa de la jóven.—Doña Dorotea Valdenegros habia muerto, no sin antes tener la satisfaccion de saber que Rodolfo habia ido á ocupar su puesto en la legacion de Washington, sin detenerse disipadamente en París, y que el jefe de la legacion lo encontraba encantador.—Al saber la noticia de la muerte de su madre, el jóven *attaché* habia pedido y obtenido licencia para ir á Buenos Aires, á recoger su patrimonio, comunicando esto mismo, en una carta muy sentida y respetuosa, al señor Valdenegros.—Habia en la fortuna de éste cierta complicacion de intereses con la que heredaba Rodolfo,—y en consecuencia, deseaba don Francisco ir á encontrarse con su sobrino, para dejarlo todo definitivamente arreglado.

Atractivo de otro género ofrecia en aquellos momentos Buenos Aires.—Se acercaba el dia de la proclamacion del futuro Presidente.—Don Francisco hubiera creido más bien en la destruccion del mundo que en la derrota de su candidato.—Puesto que de Marta misma partia la iniciativa de la vuelta,—qué mejor coyuntura para ir á participar de los placeres del triunfo—Doña Emilia, especialmente, sabia valorar esa faz de la oportunidad del viage. Habia concebido esta idea: dar en Buenos Aires un baile, con toda la magnificencia de los bailes del Presidente Mac-Mahon, y con el doble objeto de solemnizar la segunda presidencia del vencedor de Pavon y estrenar en sociedad á Marta Valdenegros,—dos sucesos culminantes, que doña Emilia hermanaba y acariciaba en órden inverso al que acababa de quedar establecido.... En viage, pues!

El que les tocó, tenia mucho de extraordinario. Varios diplomáticos se hallaban reunidos casualmente en aquel vapor de la Compañía del Pacífico, para ir á ocupar sus puestos respectivos en diferentes ciudades de Sud América.—Era el Conde Chozel, Ministro Belga en Rio de Janeiro,—viejo verde, carnoso, de color encendido y barba gris, cultor infatigable del *calembourg* y del chiste,—con su esposa y dos señoritas, excesivamente rúbias, excesivamente rosadas, madre é hijas, de un tipo desabridamente flamenco.—Era el Marqués de Fermont,—otro satisfecho, pero más tranquilo, con aire magestuoso repartido entre su abdómen y sus grandes patillas abiertas de color avellana,—acompañado de su esposa, la Marquesa de Fermont, *née Chavrigny*,—dama esbelta de 35 años de edad, cuyo rostro pareceria muy hermoso si ella supiera cubrirse la nariz y la boca con el abanico como cuentan que lo hacen las *manolas*, y cuyo cuerpo revelaria una gracia irreprochable si sus rápidos movimientos girasen sobre base más ligera que la de sus largos piés.—Era el Baron de Scholz, Ministro del Imperio Aleman en Lima, viejo solteron de rostro enjuto, alto, ágil y nervudo, revelando en las formas de su cuerpo los grandes ideales que inspiraban su existencia: la esgrima, la gimnástica y el wals.—Era, por último, aquel Baron Romberg, que ahora pasea en la cubierta, del brazo de Marta Valdenegros,—jóven de edad un tanto equívoca, tal vez no jóven, de pequeña talla, delgado y flexible, con facciones muy finas, tez delicada, tirando á morena, cabello castaño y muy escaso, y muy ceñido al cráneo, bigotito tieso y perpétuamente encerado, ojos pequeños y oscuros, frecuentemente armados con un lente que su dueño esgrime, talvez no tanto por la debilidad de la vista, como por lucir la mano diminuta, satinada y pálida que debe sostenerlo.

Mas los miembros del cuerpo diplomático europeo no son al fin y al cabo una novedad sorprendente para los hijos del Plata.—La maravilla del viaje eran aquel Emperador y aquella Emperatriz, que regresaban de su primer paseo á Europa, con su corresdondiente séquito, el *camarista*, el *guarda-ropa*, el *veador*, la *dama de honor*, el *médico*, el *mayordomo de la casa imperial*, y numerosas personas de servicio.—Un emperador visto de cerca! Y aquel tenia todos los aires de tal, con su elevada estatura, su cabeza grande, su larga barba blanca, y su palabra impregnada de la benevolencia que se adquiere con la indisputada superioridad del rango.—Se le veia, seguido con obsecuente curiosidad, bajar al departamento de las máquinas, donde se hacia esplicar por los ingenieros detalles minuciosos de aquel formidable y gigantesco organismo de metal, solicitando aclaracion de los puntos oscuros en las esplicaciones que le daban, aventurando objeciones, evocando el recuerdo de las primeras manifestaciones rudimentarias de la máquina á vapor. Eran objeto de cierto espionaje frívolo sus largas conferencias con el capitan del buque, dedicadas á observaciones y discusiones astronómicas.—Mayor interés aun se cernia alrededor de su persona, cuando iba al departamento de los pasageros de tercera clase, y permanecia allí largo tiempo, preguntando á todos los emigrantes su origen y su profesion, las causas de su emigracion, los motivos de la eleccion del país á donde se dirigia cada cual, las ambiciones que en cada cual bullian, todo lo que parecia adecuado al interés de un activo agente de inmigracion para su propio imperio.... Estas gráves ocupaciones no le impedian, sin embargo, dar acceso fácil y cortés á la parte selecta de sus compañeros de viage, hablando siempre el idioma de su interlocutor, con rasgos de perfecto caballero, y sin más deficiencia que cierta *gaucherie* en la manera de dar la mano, cosa que sucede á los que no la dan con frecuencia, por estar excesivamente abajo, ó excesivamente arriba.

A los pocos dias de empezar el viaje, habia el Emperador manifestado dos predilecciones personales.—Hijo de una archiduquesa de Austria, justo era que hiciera distinciones con el diplomático austriaco, aquel Baron Romberg, tan fino, tan cortesano, y más sério al mismo tiempo que sus colegas de á bordo.

La otra predileccion era, por el Sr. Valdenegros.—En él honraba S. M. al representante de la plutocracia porteña, como prenda de amistad entre dos pueblos que necesitan parecer amigos á fuerza de serlo en realidad muy poco.—El séquito del Emperador le habia hecho conocer á éste aquel rasgo fisonómico de don Francisco; y lo conocia el séquito por referencias prolijas de don Alejo Nuñez, caballero argentino, de la Provincia de Santa Fé, hombre de fortuna él mismo, que venia de echar algunas canas al aire en las capitales europeas, y no se cansaba de ponderar, con cierto entusiasmo estético, las riquezas de la familia Valdenegros.—Don Francisco estaba profundamente grato á las atenciones del Emperador, y las correspondia con respeto exagerado,

siempre temeroso de infringir alguna regla del ceremonial de la córte, que el soberano era el primero en olvidar.—No sentia doña Emilia tanto apocamiento en sus relaciones con la Emperatriz.—Patricia altiva de Buenos Aires, se dejaba dominar por el prurito de tratar de igual á igual á aquella *augusta persona*, y pasó muchos dias sin desarmarse y rendirse ante la bondad ingénue, franca, casi burguesa, de aquella escepcional Emperatriz; pero al fin se rindió, quedando persuadida de que las emperatríces pueden ser tambien esposas, madres, abuelas, excelentes señoras! A veces, miéntras el Emperador y don Francisco paseaban juntos sobre cubierta, el uno su vejez prematura y el otro su vejez bien conservada, rivalizando en aire noble y digno,—la Emperatriz y doña Emilia, sentadas en sillones contiguos, contemplaban á sus maridos con emulacion recíprocamente satisfecha!

Habíanse trabado las simpatías y las relaciones con esa rara facilidad de los encuentros de un viaje.—El conde Chozel y don Alejo Nuñez, que se veian á bordo por primera vez, fueron muy pronto íntimos amigos.—Es don Alejo, hombre rico y sin familia, progresista en materia rurales; habia ido á Europa con el objeto declarado de estudiar un sistema conveniente para mejorar las crias de sus establecimientos de campo; pero á juzgar por sus conversaciones reservadas con el Conde Chozel, más que de la raza ovina, bovina y caballar, se habia preocupado en sus viages de cierta parte de la raza humana.—Era un hombre que frisaba en el medio siglo, sólido de cuerpo, con una cara monumental y una gran calva lustrosa, á guisa de cúpula.—Stein habria podido caricaturarlo en *El Mosquito*, con solo emplear tres líneas curvas de progresiva eminencia horizontal, representando la destacada nariz, el ampuloso bigote teñido y el abdómen repleto de fruiciones sensuales.—El señor Nuñez y el señor Conde debian contarse cosas graciosísimas, porque á menudo sus carcajadas resonaban sobre el inmenso rumor de aquel hotel flotante, y volvian á la rueda de la sociedad selecta con los ojos enrojecidos por el lagrimeo de una prolongada hilaridad.

El grupo de los diplomáticos estaba naturalmente formado. Dos de ellos, que ya conocian la América del Sur, esplicaban á los otros dos las costumbres y los usos del pais donde iban á residir estos últimos.—Protestaban con sinceridad contra la afirmacion vulgar de que los paises sud-americanos se encuentran todavia en pleno estado de barbárie, demostrando con muy buenas razones que habia en ese concepto mucha parte de exageracion.—No rara vez aquellos cuatro diplomáticos discutian gravemente, y sobre materias diversas. El mismo Conde Chozel se ponia sério y tomaba aplomo en tales emergencias. Discutian; pero, dado el espíritu conciliador y transigente que desenvuelve el ejercicio de la diplomacia, arribaban casi siempre á conclusiones prácticas y satisfactorias... Por ejemplo... que no hay manjar en todo el mundo como el pescado que se come en Constantinopla.

La relacion particular del Baron Romberg con Marta Valdenegros tambien está muy indicada por la fuerza de las circunstancias.—El Baron va por primera vez á Buenos Aires, á ocupar un alto puesto diplomático; es soltero y relativamente jóven. —¿Qué extraño entónces què dedique singulares atenciones á aquella distinguidísima señorita de Buenos Aires, en viaje hácia la misma capital?—El Baron Romberg es la quinta esencia de la cultura social y sabe comprender en aquel caso los muy amables deberes de su posicion.—Cuando pasean del brazo, en las tardes inflamadas ó en las noches rutilantes de los trópicos, se cambian recíprocamente sus impresiones de viaje.—Marta habla preferentemente de la naturaleza. El Baron Romberg habla de las córtes europeas, cuyas intimidades sabe al dedillo. Conversan en lengua castellana, bien que la nieta de los Valdenegros posea el francés con tanta perfeccion como el diplomático austriaco.—Este ha pertenecido á la legacion de Madrid durante largos años; —sabe pronunciar la *c* y la *v*, y conoce al mismo tiempo muchos de los modismos americanos, pues tambien ha sido Encargado de Negocios en Méjico, durante el reinado de Maximiliano.—Oh! Maximiliano! Era este desgraciado Emperador uno de los temas favoritos de las conversaciones del Baron Romberg. Bellísimo sujeto! una víctima de Napoleon III! Lo habia acompañado hasta la tragedia de Querétaro.—Estaban ligados por una estrechísima amistad.—El Baron dejaba entender que si el Emperador de Méjico hubiese seguido á tiempo los consejos del Encargado de Negocios de Austria-Hungria, probablemente habria podido impedirse la sangrienta catástrofe.... Interesábase Marta sobremanera en los detalles referentes á la Emperatriz Carlota, más infortunada en vida que su esposo en la muerte.—El Baron Romberg,—valga la fé de su palabra diplomática,—habia sido en sus relaciones con la Emperatriz, *dentro de la intimidad más respetuosa* (y el señor Baron acentuaba con solemnidad la frase) todo lo que un hombre jóven puede ser respecto de una mujer todavia más jóven.—Recientemente, la habia visitado en el castillo de Bouchoute.... Destrozaban el alma las desventurás de aquella augusta loca.... Marta no podia contener las lágrimas!

Aquel Baron Romberg tenia un arte especial para hacer sonar la nota de sus grandezas personales en todas las conversaciones que se suscitaban. Un dia, estando todos en rueda, se habló de los muchos nombres que usan los brasileros, y el Baron se apresuró á decir:—«En todas las familias nobles son de rigor los muchos nombres; yo me llamo: Ricardo—Clemente—José—Lotario—Herman»—Y despues, en voz más baja, que Marta, estando á su lado, oia distintivamente, añadió con aire indiferente: «Son los mismos nombres del actual Príncipe de Metternich»—«Qué casualidad!» esclamó Marta.—«No, casualidad no.—Mi padre era secretario del gran Príncipe de Meternich, y quiso dar á su hijo los mismos nombres que aquel habia dado al suyo....algunos años ántes.... El Príncipe es mayor... y no quiere nunca confesarlo.... tenemos con eso gran jarana!»

Era muy aficionado á referir episodios políticos y anécdotas de córte; los referia muy bien, y encontraba siempre oportunidad de matizar el relato con florescencias de este género: «como el Rey me distinguia mucho»—«como la reina me favorecia con su amistad»—«ese dia estaba yo invitado á comer con la Princesa»—«me encontraba entónces en una partida de caza con los príncipes»—«el archiduque habia venido á mi palco» etc. etc. Y para decir esas cosas, tenia una voz particular, velada, rápida, como indicando, con recomendable modestia, que mencionaba el detalle á su pesar, y solo por las exigencias de la narracion.... Marta, en el interior de su cabeza impresionable y fantástica, comenzaba á sentirse mareada por aquel eterno vaiven de testas coronadas y nobles blasones, pues, sin contar las referencias incesantes del Baron Romberg, estaba dia y noche rodeada de magestades, marqueses, condes, vizcondes, barones y comendadores.—¿Porqué la familia Valdenegros, tan encumbrada, tan opulenta, habia de verse privada de ostentar un título?—Marta encontraba perfecta razon al Baron Romberg, cuando éste sostenia, como tésis de principios políticos, que una buena nobleza no es incompatible con una buena república.... y el ejemplo decisivo era la República Francesa.... Los republicanos no intentaban abolir los títulos.... no los abolirian.... Esa era la opinion del mismo Duque de Magenta, quien repetidas veces habia dicho al Baron Romberg: «temo los excesos contra la Religion Católica, pero no contra la aristocracia francesa!»

Aunque poco variada, era muy alegre aquella vida de á bordo. —Durante el dia, á la hora del *luncheon*; gran partida de conversacion general.—Grupos pintorescos á la tarde; y á la noche, se tocaba el piano, se cantaba, y aun, alguna vez cediendo á instancias vivísimas del Baron de Scholz, rompia festivamente el baile.... Oh! delicia! oh! frenesí! cuando se tocaba un wals. Tomaba el Baron de Scholz su compañera y se ponia á dar vueltas con la violencia de un hipógrifo.... Era el huracan más impetuoso que se habia esperimentado en el trascurso del viage!

Llegó la víspera del dia en que el Emperador debia desembarcar en la capital de su Imperio.—Para solemnizar la despedida, se resolvió, con vénia de S. S. M. M., organizar á la noche un *cotillon*.—A más de los personages que ya se conocen, debian participar de la fiesta una familia de Rio, una familia chilena y otra peruana.—Se trataba de algo sério y grande.—El Baron Romberg habia sido designado para dirigir el *cotillon*. Vidrioso encargo que tuvo al director reservado y meditabundo todo el dia.—El Marqués de Fermont, siempre grave y magestuoso, encontrándose con el Conde Chozel, le decia en voz baja:—«*Ce pauvre petit Romberg!—¿Qu'est-ce qu'il a donc?—Trés preocupé du succès du cotillon!—C'est juste!* concluia el Conde, á quien nunca encontraban desprovisto de gravedad las circunstancias muy solemnes.... Peró aquellos presentimientos fatídicos resultaron falsos.—El *cotillon* tuvo un éxito sorprendente. La direccion del Baron Romberg fué acertadísima.—Ni un solo momento languideció la fiesta.—Hasta don Alejo Nuñez tomó parte activa en ella, y el Huracan de Scholz ascendió aquella noche á la potencia de turbion.—Cuántas y cuán calorosas felicitaciones recompensaron los inteligentes afanes del Ministro Austriaco! El los acogia con emocion discreta.... Por via de congratulacion, Marta lo invitó á gozar unos instantes del espléndido espectáculo de la noche.—Se tomaron del brazo y fueron á pasear sobre cubierta.—Parecia la atmósfera un occéano tibio de rayos de luna, flotando sobre el otro occéano, azulado y tranquilo como un lago. Hácia el Occidente, inmensas montañas dibujaban en el horizonte misteriosas siluetas.... El estruendo de la máquina era propicio al leve rumor de las confidencias íntimas.... No estaba el Baron Romberg del todo sorprendido por el pequeño triunfo que acababa de obtener.... Recordaba haber alcanzado igual ó mayor éxito dirigiendo un *cotillon* en las Tullerias, poco antes de la caida del segundo Imperio.... Habia recibido tan delicada mision por idea y empeños de la Emperatriz Eugenia, que lo distinguia mucho.... No por sus propios méritos,.... bien entendido.... sinó por recomendaciones especiales de la Emperatriz Isabel.... Tuvo Marta que resignarse aquella noche á escuchar los magnificentes detalles del *cotillon* de las Tullerias!

Verificóse al dia siguiente el desembarco de la familia Imperial. Maravillosas galas de una naturaleza indescriptible, prolongadas salvas de numerosas fortalezas y numerosos buques de guerra, pompas brillantes de una recepcion entusiasta....todo fué impotente para distraer á Marta de la impresion penosa que le dejaba la próxima separacion de aquellos augustos personajes... Se habia habituado á decir *Vuestra Magestad*, y sentia un vacio melancólico, pensando que ya no volveria á decirlo... Tuvo, sin embargo, un gran consuelo. Al despedirse de ella, el Emperador le habia deslizado estas palabras: «Presagio que usted será baronesa.»—Tal pronóstico, bajado desde lo alto de un trono, resonaba como una diana triunfal en el corazon ligero, ó en la imaginacion exaltada de Marta Valdenegros!—No desconocian los abuelos que el espíritu de la nieta andaba un poco alborotado con el incienso de las grandezas aristocráticas, pero se felicitaban de ello, viendo cada vez más alejado el peligro de las Alamedas.—Estando solas en el camarote, doña Emilia se permitió burlarse de Marta con esta pregunta irónica:—¿Quiéres casarte con Jorge Parler?—Marta soltó una de sus grandes carcajadas melodiosas, y despues, girando siempre en el círculo de las ideas que le traian trastornada la cabeza, respondió: «Seria un casamiento morganático.»

Siguió su itinerario el vapor.—Languidecia la sociedad de á bordo, con la ausencia de la familia Imperial, su séquito, la diplomacia belga y otros pasageros *d'élite*.—Marta y el Baron Romberg estrechaban sus lazos amistosos.—Ciertas cosas marchan rápidamente en viage. Veinte dias de esa vida equivalen, por la constante proximidad de los cuerpos y de las almas, á veinte meses de retraida y ceremoniosa vida urbana..... Una noche, el Baron Romberg daba la mano á Marta para bajar la escalera que conducia del salon á la cámara de las señoras... Una vez al pié de la escalera, Marta no se apresuró á retirar su mano de la mano del Baron Romberg.... Estaba sola aquella cámara, débilmente alumbrada por una lámpara opaca... Inclinóse el diplomático austriaco y besó la mano de la señorita Valdenegros, con el mismo respeto que sabia tributar á las reinas y á las emperatrices... Pero aquel beso no tuvo trascendencia en las relaciones de nuestros dos viageros. Llegaron á Buenos Aires sin nuevos episodios alarmantes. El Baron Romberg no pronunciaba una sola palabra de amor.—En ciertos momentos, Marta encontraba desesperante la frialdad de la sangre tudesca. Despues, se consolaba pensando que no es de buen tono ser ardiente, y que los reyes se casan sin necesidad de haberse visto.... Su porvenir no le inspiraba recelos.... En las tinieblas de su camarote, al reclinar la cabeza en la almohada, no oia el estruendo de la máquina, ni el rumor de las olas...oia la voz de un emperador de barba blanca murmurando: «*serás baronesa.*»

(*Continuará.*)

---

# CRISTINA

## (BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

**DANIEL MUÑOZ**

—=)o(=—

### IX

AQUELLA noche fuè para la pobre madre un largo suplicio de ansiedades y dudas. Apelò à sus relaciones, à las protectoras de las monjas, y hasta à la influencia de las autoridades eclesiàsticas para conseguir que al siguiente dia le permitiesen entrar hasta la celda de su hija.

Todos prometieron hacer en su favor lo que pidiesen, y alucinada con aquellas promesas, pasò la señora de Peña el resto de la noche en vela, pronta para salir asi que apuntase el dia.

Amaneciò por fin, y la madre se echò à la calle, alentada con la triste esperanza de recojer el ùltimo beso de su hija moribunda. La madrugada era triste y risueña, llena de luz y de vida, anunciando uno de esos dias calientes de Diciembre que convidan al descanso. El sol despuntaba ya por sobre las azoteas con sus esplandores anaranjados como si saliese encandecido de una enorme fragua, y se esparramaba por todos lados inundando el campo, el mar y la ciudad con sus avalanchas de luz, que iban poco à poco acortando las sombras que proyectaban las casas y los àrboles, como enseñoreàndose de todo el terreno.

La alegria se manifestaba en todas partes: en el aire, rasgueado por el caprichoso vuelo de las golondrinas; en el mar, que brillaba como si una finìsima malla de filigrana argentada la cubriese; en las calles, pobladas ya de transeuntes y de ruidos. Y en medio de aquella alegria de la naturaleza, iba la señora de Peña con el corazon oprimido, saltàndosele las làgrimas de los ojos, con el pensamiento fijo en aquella hija querida que estaba pròxima à perder.

Cuando llegò al Convento, todavia estaban cerradas las puertas. Rendida por el insomnio y la fatiga, se sentò en el umbral de aquella casa que guardaba su tesoro, y permaneciò allì como una pordiosera esperando el momento en que de favor le habian de permitir entrar à acompañar à su hija moribunda.

Una hora despues se abriò la puerta, y la pobre madre se precipitò en el vestibulo, llamò al torno, y al poco rato oyò la voz gangosa de la tornera que preguntaba:—¿Quièn es?

—Soy la madre de Cristina que vengo à saber còmo està y à verla.

—No es hora todavia hermana, contestò la tornera.

—Es que para mi no puede haber horas, estando mi hija enferma—Tome; entregue esta carta del señor Obispo à la Superiora y estoy segura que me dejarà entrar.

Alejòse la tornera y quedó la señora esperando llena de ansiedades, haciéndosele horas los minutos. De allí à poco, sin darle mas contestacion, abrieron la puerta del locutorio, y encontrò tras de la reja à la Superiora, quien le manifestò que Cristina seguia en el mismo estado, pero que no podria verla, porque era absolutamente prohibido dar entrada al Convento à las personas profanas. Invocò la señora de Peña el consentimiento escrito del Obispo, pero à eso contestò la monja que aunque respetaba mucho la autoridad del Prelado, no podia deferir à su pedido porque antes que nada estaba la regla de la òrden, ùnica ley à que ella obedecìa.

Quedò anonadada la pobre madre ante aquella negativa terminante, pero sin desesperar aùn de conseguir su anhelo, empezò à suplicar, hincada de rodillas, tratando de herir las fibras del sentimiento en el corazon de aquella mujer. Pero fuè todo en vano. Si la monja se enterneció ante el llanto de la madre, no lo dejò traslucir en su semblante rijido, encuadrado en la toca negra que hacìa más duras sus facciones.

—Pero es una injusticia esto! esclamaba la pobre señora, la más atroz de las injusticias, porque si algun derecho hay que nadie pueda quitar, es el derecho de madre. Yo quiero estar al lado de mi hija; es mi voluntad y es mi deber. Mi hija no puede morir así en brazos de estraños, cuando à dos pasos de ella está su madre que reclama cumplir con sus deberes de tal, ya que para nada se toma en cuenta el cariño. No puede haber ofensa à Dios en permitir que una madre entre à la alcoba en que su hija se muere.

La pobre señora se exaltaba à medida que argumentaba, y en seguida, temiendo que su exaltacion enfadase à la monja, volvìa à las sùplicas, à las lágrimas, à la evocacion de los recuerdos que más pudieran enternecer à aquella mujer insensible al parecer.

Y entretanto las horas transcurrian. La monja se retiraba à ratos del locutorio dejando sola à la señora de Peña, que permanecia arrodillada, atenta à todos los ruidos que de adentro llegaban como esperando oir la voz de Cristina.

En la celda de la moribunda la escena no era menos conmovedora. Cristina, en el ùltimo estado de estenuacion, yacia en el lecho pálida como un cadàver, sin dar más señal de vida que en la mirada, fija en el techo, abiertos desmesuradamente los ojos como si quisiese ver el más allà à que iba à penetrar en breve. Un sacerdote sentado à la cabecera recitaba las oraciones de la agonìa, mièntras una monja à los piès del lecho, recorria automàticamente las cuentas enormes de un rosario, cuchicheando al mismo tiempo los rezos.

Cristina, como volviendo de su contemplacion, bajò los pàrpados y con voz apagada murmurò:

—Quiero despedirme de mamà.

—Olvide esos recuerdos terrenales, hermana, le dijo el sacerdote en tono de amonestacion, y fije su pensamiento en Diòs, ante cuya presencia và à comparecer.

—Quiero ver à mamà, insistiò Cristina. Yo sè que està ahí, muy cerca de mí,....yo quiero verla.

El sacerdote continuaba murmurando las oraciones, y la monja seguia recorriendo su rosario, sin contestar à la enferma.

Era evidente que se acercaba la agonìa. Cristina, indiferente à los rezos, parecìa que soñaba despierta, iluminado su semblante con un tinte de gozo ìntimo, vagando por sus làbios lìvidos una sonrisa inefable, como si alcanzase una dicha suprema. De repente, se desabrochò el hábito, metiò la mano en el seno, sacò el retrato de Alberto, y pegò en èl sus làbios con un prolongado beso.

Abalanzàronse sobre la moribunda el sacerdote y la monja para quitarle aquel objeto profano, pero Cristina se asiò de èl con las manos crispadas, defendiendo aquel ùltimo recuerdo de su amado con la energìa del avaro que defiende su tesoro.

La lucha era desgarradora. El sacerdote y la monja porfiaban por arrebatarle el retrato, amenazándola con todas las iras celestiales, y Cristina se resistia, apretando aquella imàgen querida contra su pecho.

—Nò, no me lo quiten! gritaba en su exaltacion. Es mio, es mi Alberto, mi amor: yo no quiero separarme de èl. Màtenme, pero no me arrebaten à mi querido.

Al ruido de las voces, acudieron otras monjas, y enteradas de lo que pasaba asediaron à Cristina para que entregase aquel objeto sacrìlego que profanaba la santidad del claustro. Pero la moribunda no entregaba su prenda, y se debatia luchando desesperadamente, apostrofando à las que la estrechaban en torno del lecho:

—Nò; no me lo quiten; no me roben à Alberto! Es mio, de nadie mas que mio!....Ladrones! ladrones....Madre querida!....madre querida!

La pobre madre no la oìa. Prosternada en el suelo del locutorio, renovaba sus sùplicas cada vez que aparecìa tras de las rejas alguna monja. Notando que una de ellas se enternecìa más que las otras ante sus ruegos, la asediò con sus làgrimas, imploràndole que le concediese aquella ùnica gracia de ver à su hija.

—No puedo, hermana, le contestò la monja casi en secreto, como temerosa de que otras la oyesen.

—Entònces un favor, un solo favor. Vaya à la celda de mi hija, dele un beso y dìgale que se lo manda su madre, que està aquì ansiando verla; y vuelva hermana, vuelva à decirme lo que mi hija me contesta; traigame su ùltima palabra..... se lo pido por lo que mas haya querido en este mnndo, por su buena madre, por sus hermanos.....

La monja se retirò ocultando una làgrima que no habia podido contener, y quedò la señora de Peña esperando su vuelta con anhelo, con el mismo anhelo con que horas antes esperaba que le permitiesen ver à su hija.

Mièntras tanto, Cristina seguia en la lucha, defendièndose con la enerjìa que le daban las crispaciones de la agonìa Las monjas rezaban oraciones de desagravio por la profanacion de aquel recinto sagrado, mièntras el sacerdote, tomando las manos de la moribunda, pugnaba por desasìrselas para ampararse del objeto sacrìlego. Por fin logró arrebatàrselo.

Cristina se incorporò en el lecho, estendiò los brazos en la direccion en que llevaban à su querida reliquia, y con un grito desgarrador, esclamò:

—Alberto!

Fijò la vista en el sacerdote, llevò las manos à sus sienes azuladas, y cayò violentamente sobre las almohadas sin hacer un solo movimiento.

El sacerdote se arrodillò, y dirigièndose à las monjas que presenciaban aquel doloroso cuadro, dijo:

—Roguemos, hermanas, por el eterno descanso de Sor Maria de las Mercedes.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La pobre madre esperaba en tanto la vuelta de la monja à quien habia confiado la mision de llevar un beso à su hija; y esperaba con el corazon presa de mortales ansiedades, atisbando todos los ruidos, siguiendo con la vista todas las sombras que cruzaban por el vano de la puerta que daba al claustro, queriendo oir en aquellos ruidos y ver en aquellas sombras algo que le hablase de su Cristina.

Oyò pasos agitados que iban y venian por el enlozado del claustro, creyò percibir un grito agudo cuyo eco repercutiò en su alma, y en seguida todo quedò en silencio, en un silencio solemne como el que preside en todas las desgracias. La señora de Peña quedò reconcentrada en su dolor, mirando fijamente à la puerta por donde esperaba el retorno de la mensajera que habia de llevarle un acento de cariño de su hija.

Pero àntes que la mensajera llegò à sus oidos el tañido destemplado de las campanas de la iglesia, que vibrò en el silencio con fùnebres acentos. Al eco de aquel sonido, la madre despertò como de un sueño, se puso de piè, abalanzòse à la reja del locutorio, y sacudièndola nerviosamente con sus manos crispadas por el dolor, gritò:—

—Hija mia! hija del alma!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al dia siguiente, la capilla del convento era pequeña para contener la concurrencia que invadia su estrecha nave, renovàndose à cada mo-

mento. Poco de religioso tenia aquel acto. Las señoras cuchicheaban entre sì haciendo comentarios sobre el suceso que allì las reunia, y con ese motivo renacia la historia de los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, enriquecida ya con mil incidentes nuevos que la hacian màs dramàtica y conmovedora.

Tras de la reja del coro, en aquel mismo sitio en que dos años àntes habia aparecido Cristina Peña vestida de novia para hacerse desposada de Cristo, se veìa ahora à Sor Maria de las Mercedes, descarnada y rìgida, acostada dentro de un fèretro, iluminada por el triste resplandor de seis cirios que la rodeaban.

Estaba tendida sobre un lecho de flores, no màs blancas que su rostro nevado por el frio de la muerte; los làbios secos y pàlidos, los ojos vidriosos y fijos, las manos de cera cruzadas sobre el pecho inmóvil y hundido, como si las sombras del elaustro hubiesen secado las ondas de vidà que encrespa el turbion de las pasiones, y mueren en la lùgubre calma del desencanto.

Pobre niña! Muriò de amor, como las heroinas de los romances. L pobre niña estaba muerta hacia tres años, desde el dia en que supo que su prometido ya no existia. Aquel dia acabaron para ella todas las ilusiones, todos los halagos, todas las afecciones. El muerto matò todos los sentimientos de la mujer, de la hija, de la hermana, y ni el ruego de sus padres, ni las caricias de todos los sères queridos que la rodeaban, fueron bastantes à despertar un solo eco de simpatia à las sùplicas que le hacian. En aquel organismo solo quedò vivo el egoismo de la pasion, y fuè ese egoismo el que llevò à Cristina al claustro, tumba de vivos en la que yacen los sères unos junto à otros, tan indiferentes como yacen los muertos reunidos en un mismo panteon.

Allì no hay madres que supliquen, ni hermanas que lloren, ni amigas que consuelen. Allì solo hay fanàticas por egoismo ò fanàticas por ignorancia. La poltroneria de unas, el desencanto de otras, y la falta de inteligencia en algunas, determina la existencia de esas agrupaciones estèriles, organismos neutros en la lucha por la vida, instituciones antihumanas que secuestran à la especie sères que le serian ùtiles, y al propio tiempo fomentan la ruptura de los vinculos que ligan à la familia, base ùnica de la sociedad.

Allì se enterrò Cristina, y para concluir con el ùltimo reato que al emparentaba con el resto de los vivos, dejò à la puerta del claustro el nombre con que recibiò las primeras caricias de la madre, que le recordaba el acento de los consejos paternales, que le traia á la memoria la alegre algarabia de sus hermanitas, y se llamò Sor Maria de las Mercedes—¿què le importaba el nombre à la que dejaba de ser hija, hermana y amiga?

Pobre Cristina! Prontose arrepintiò de su resolucion al encontrarse rodeada de sères indiferentes, para quienes su pasion era un pecado, y su dolor un estorbo que iba à enturbiar la plàcida tranquilidad en que vejetaban aquellas monjas agenas à toda contrariedad, felices en la còmoda holgazaneria en que viven quietas, muy limpias, muy mimosas, alimentàndose con rebuscadas golosinas y viviendo en un ambiente perfumado con zahumerios delicados.

Sor Maria de las Mercedes habia sido una mujer inteligente. Se le recuerda todavia, alegre y risueña en los teatros y paseos, con sus grandes ojos negros, de esos que parecen tener tras del cristalino un foco de luz que hace irradiar destellos brillantes que se ven, como se ven los rayos de sol à travès de los resquicios de una puerta. No la realzaba una estatura gentil, pero era admirablemente proporcionada, de carnes redondas y mullidas, el talle esbelto, y el seno dibujaba una graciosa curva que moria en el arranque de su garganta blanca y torneada.

Por aquellos ojos entrò el filtro misterioso de la pasion que la llevò à la tumba. Era la prometida de un jòven apuesto, de barba y cabellos negros como sus ojos, el rostro moreno y opaco, impresas en èl ya las huellas de esa terrible dolencia que hace desprender la vida del cuerpo en la misma estacion en que el viento desprende las hojas de los àrboles. Fuè à los tròpicos en busca del calor que necesitaba para vivir, y ese mismo calor agostò la poca sàvia que alimentaba su dèbil organismo.

Pobre Cristina! Niuna làgrima en torno de su lecho de agonia, ni un beso que diera calor à los làbios frios por donde la vida se le escapaba, ni una mano que estrechase la suya en esos instantes supremos en que el moribundo se aferra con crispaciones nerviosas à todo lo que tiene vida, como buscando amparo contra el fantasma de la muerte que pugna por llevar à su presa. Allì muriò en silencio, sin que el llanto de la madre y de las hermanas turbase el misterio de la celda. La moribunda no viò à su lado mas que à la monja que hacia la guardia, indiferente en su egoismo, contrariada por la alteracion de sus hàbitos cotidianos, obligada à velar cuando podia estar, como las otras, rebujada dentro de sus mullidas frazadas.

Y á la cabecera, el fraile que rezongaba sus oraciones, y prodigaba los consuelos recitados de coro, con la inconciencia con que un muchacho repite una leccion, ageno à todo sentimiento, ayudando à bien morir con la misma indiferencia con que el enterrador cava la sepultura, sin importàrsele del muerto.

La moribunda habia dejado de respirar. El fraile cerrò su breviario, como instrumento inùtil ya; una monja entrelazò las manos de la muerta sobre el pecho, sujetando entre los dedos un crucifijo, y à la madrugada entraron en la celda todas las habitantes del claustro, con paso tàcito, curioseando con àvidas miradas el lecho en que yacia Sor Maria de las Mercedes—Unas le arreglaban los vestidos, otras le acomodaban la toca, y las demàs andaban muy afanadas preparando la decoracion mortuoria del templo en que habian de velar el cadàver.

Sor Maria de las Mercedes no habia cuidado altares, ni idolatrado santos. ¿Què le importaba à ella de todas aquellos semi-dioses en cuya contemplacion se estasiaban sus compañeras? Su Dios era su nòvio muerto; su altar era el recuerdo constante con que rodeaba la imàgen grabada en su memoria. Ella se hizo monja solo para vivir donde nadie interrumpiese sus amorosas cavilaciones. El Cristo con quien ella se desposò fuè el recuerdo de su prometido. Mientras las otras recitaban tràs de las tupidas rejas del coro sus oraciones mìsticas, ella se entregaba al pensamiento del hombre en que habia cifrado sus esperanzas de felicidad, tronchadas por la mano implacable de la muerte.

Asì viviò desde que perdiò à su novio, y asì muriò fija en aquella idea, ahogados en ella todos los sentimientos, para no alimentar màs que el de su pasion. Ni padre, ni madre, ni hermanos, ni amigas, ni encantos, ni aspiraciones. Solo en el claustro podia encontrar un refugio para seguir viviendo reconcentrada en su egoismo, y allì se encerrò, para vivir con otros sères como ella, desligados de todo vìnculo, de toda afeccion, de todo encanto, que no la inportunasen con sùplicas, ni la distrajesen con cariños.

Nacida para el amor, para los goces de la vida, Cristina Peña no podia vivir en aquel ambiente de indiferencia y egoismo. No pudiendo romper los lazos que la ataban al claustro, rompiò los que la vinculaban à la vida, y muriò sola, sin arrancar en su torno una làgrima, ella, que hubiera podido vivir al calor de los cariños que le ofrecian los sères à quienes estaban ligada por la sangre y por el afecto.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya estàn marchitas las flores que echaron sobre su fosa recien cavada, y esas flores no seràn renovadas, porque à la tumba de la monja no pueden llegar ni la madre ni las hermanas.

No quedarà de ella mas que su recuerdo en el corazon de los que la amaron, y su sitial vacio en torno de la mesa del refectorio, mièntras las otras monjas seguiràn vegetando en su egoismo, hasta que les llegue el momento de exhibirse à los ojos de los profanos, tiesas y rìgidas sobre una mesa tapizada de flores blancas, como su rostro nevado por el frio de la muerte.

FIN

# Corazon de Piedra

Yo ablandaré su corazon de piedra,
Y ella será de mi pasion esclava,
Como la roca de la astuta hiedra,
Como el volcan de la rugiente lava;

—

Yo haré que sienta del amor fecundo
La intensa llama que abrazó mi frente
Cuando soñé para mi amor un mundo
Dulce como ella y como Dios sonriente.

—

Mas si no cede su desden al ruego
Y se levanta entre los dos su orgullo,
Como la lluvia de un amor de fuego
Inundará mi corazon al suyo.

—

En vano, en vano luchará la ingrata
Por romper con un golpe su cadena;
Ella no sabe que el dolor no mata
Cuando la copa del dolor se llena.

—

Ella no sabe que la pena mia,
Como la espuma que el peñasco azota,
Puede triunfar de su desdén un dia
Cayendo en el peñasco, gota á gota.

LEOPOLDO DIAZ.

# EL ÀNGEL

Tengo cerca de mi, tallado en mármol,
Intimo confidente de mis ánsias,
Un ángel que repliega silencioso
Sobre su inmóvil pedestal las alas

Parece sumergido en la penumbra,
Que medita tal vez en otra patria:
¡Tan dulce es su ademán y tan intensa
Sed de cielo refleja en su mirada!

Cuando extienden las sombras en girones
Sus velos funerarios por mi estancia,
Hay algo que palpita y se estremece
En las fibras de piedra de la estátua.

Cuando un rayo de luz hiere su frente
Como un recuerdo que ilumina el alma,
Se siente un resplandor desconocido
Que brilla en su interior como una lámpara

Y si un suave destello de la luna,
Ave viajera de las plumas pálidas
Que vuela sin cesar, besa su rostro
Como al amante tímido su amada,

¡El ángel palidece... se diria
Que oscila lentamente y se levanta
Como la hoja del árbol cuando siente
El ósculo de luz de la mañana!

LEOPOLDO DIAZ.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 10

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 3 R (jaque) | R toma D |
| C 5 AR (jaque) | R 6 AR |
| Enroca (mate) | |

Este problema, como lo han hecho notar algunos, se presta tambien à otra solucion que es la siguiente:

| | |
|---|---|
| Enroca (jaque) | R toma C |
| D 1 R (jaque) | R toma P |
| A 5 A R (mate) | |

—

Enviaron la solucion El Duende, Eduardin, Artemus, Un aspirante à Presidente, C. M., y Un desconocido.

### CHARADAS

*1.ª Canario—2.ª Patata—3.ª Homóplato*

—

Las tres fueron descifradas por Una Floridense, Un aspirante à Presidente, F. Mitre, Mamboretà (de Santa Lucia), Paloma, J. C. Punchetti, A. Manecha Recalde, Cagliostro, Picazo y Becerranza, Miretito, y Paso Profundo.

### FUGA DE VOCALES

*Una huérfana hermosa que se embriaga*
*Con la virtud que Dios le diò; un judio*
*Que vende esa virtud al vicio impio!*
*¡Al oro del primero que la paga!*

### FUGA DE CONSONANTES

*¡Una noche sin luz triste y aciaga!*
*Una traicion; un lupanar sombrio;*
*Un vil marqués de corazon más frio*
*Que el acero cortante de una daga;*

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Una marquesa que segundo padre*
*Diò à los hijos que adoran al primero;*
*De un pirata el valor; de un caballero*
*La boda; la venganza de una madre!*
*¡El odio que al vencer bate las palmas!*
*¡Al mar, dos cuerpos; ante Dios, dos almas!*

(Soneto del señor Narasco S. Parodi inspirado en el drama de Echegaray «Mar sin orillas.»)

—

Descifraron las tres fugas: Un aspirante à Presidente, Cagliostro, y Paso Profundo.

La de vocales fuè descifrada por Picazo y Becerranza, Paloma, A. Marecha Recalde, y Mamboretà (de Santa Lucia.)

### FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

*Cuentan de un sabio que un dia*
*Tan pobre y misero estaba*
*Que solo se alimentaba*
*De unas yerbas que comia.*
*¿Habrá otro, entre si decia,*
*Más pobre y triste que yo?*
*Y cuando el rostro volvió*
*Halló la respuesta viendo*
*Que otro sábio iba cogiendo*
*Las hojas que él arrojó.*

—

La descifraron Picazo y Becerranza, Cagliostro, Un aspirante à Presidente, Paloma y Paso Profundo.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*1.ª Drogueria—2.ª Certámen—3.ª Andurrial—4.ª Travieso*

—

Algunos han presentado tambien como solucion de la 1.ª la palabra *Aguerrido*; de la 2.ª *Mercante*; y de la 4.ª *Evaristo.*

—

Cagliostro enviò solucion de las cuatro; Un aspirante à Presidente de la 1.ª, 2.ª y 4.ª; y Mamboretà (de Santa Lucia, la de 1.ª y 2.ª.

### GEROGLÍFICO N. 10

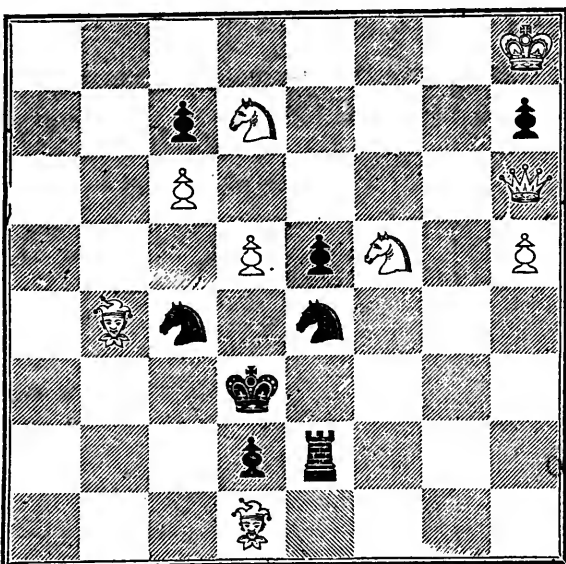
*Con la misma rapidez gana el jóven general los patacones que tiene y su grado militar.*

—

Lo descifraron Cagliostro, Un aspirante à Presidente, A. Manecha Recalde, y F. Mitre.

**Problema de Ajedrez por M. Demazure**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## CHARADAS

De la luz que te colora,
Del aire que te circunda,
tengo niña á toda hora
*Prima y segunda.*

Deja á un lado ese rigor,
Y aunque de alegria muera,
Dame en pago de mi amor
Dulce *tercera*.

Si te apiadas de mi pena,
Yo cantaré tus portentos
En *segunda* y *cuarta* amena
Con gran contento.

Y aun oculta trás el *todo*
En noche de clara luna,
Yo beberé tus miradas
Una por una.

**FUGA DE VOCALES**

.nt.rr.r.n—p.r—l.—t.rd.
l.—h.j.—d.—J..n—S.m.n;
y—.r.—.l—b..n -J..n—.n—.l—p..bl.,
.l—.n.c.—.nt.rr.d.r
.l—m.sm.,—.—s.—pr.p.. - h.j.
.l—c.m.nt.r..—b.j.:
.l—m.sm.—l.—.br..- l.—z.nj.,
m.rm.r.nd.—.n.—.r.c..n

**FUGA DE CONSONANTES**

.—..o.a..o—.o.o—u.—.i.o,
.e.—.e.e..e.io—.a.ió
.o.—.a—e..ue..a—e.—u.a—.a.o
.—e.—e.—.o...o—e.—a.a.o.

**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

A.—v.r.e—.e—.r.g.n.a.a.:
¿D.—d.n.e—.i.n.s,—.i.o.?
Y—.l,—.n.u.a.d.—l.s—.j.s,
.o.t.s.a.a—.—m.d.a—.o.:
S.y—.n.c.r.d.r,—.– v.n.o
.e—.n.e.r.r—.i—.o.a.o.

## SALTO DE CABALLO

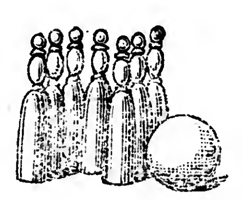
| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| tie | El | flo | No | tus | tro | Y | dré |
| las | e | nen | as | res | po | o | bri |
| res, | que | i | te | jos | es | nun | per |
| se | ves | no | lo | El 1 | jos | llan | Qué |
| ro | lo | cau | ris | que | ber, | las | ca |
| sua | en 64 | aun | mi | a | A | Cuan | te |
| co | Pe | mi | ro | tie | me | sa | la |
| bi | mas | ne | zul. | ran | mar | luz, | do |

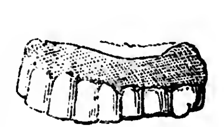
Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

## GEROGLÍFICO NÚMERO 11



R D EL LO



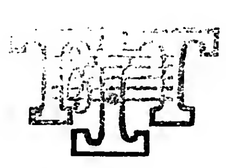















# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Octubre 22 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 12.*




## LOS AMORES DE MARTA

POR

**CÁRLOS MARÍA RAMIREZ**



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DUODÉCIMO

—

LA PRINCESA EMINEH

HA visto á su sobrina?

—No!—todavia no. —Estuve ayer en la casa, y solo encontré á mi tio. Marta y la señora habian ido á visitar á Orfilia Sanchez.

– Pues hoy tambien fueron allá,—segun me dijo don Francisco.—Dicen que es precioso el niño que ha tenido Orfilia.

—No saldrá al padre!

—Pero si á la madre....

—Entónces, será ñato.

—¿No le gusta á Vd. Orfilia Sanchez?

—Ella es bien, pero no me gustan las mugeres ñatas.

—¿La ha visto Vd. despues de casada?

—No.—Cuando me fui á Estados-Unidos, era todavia soltera. Despues de mi regreso, en ninguna parte la he encontrado.

—Ya estaba entónces demasiado gruesa;—pero le aseguro que algunos meses antes era una de las mugeres mas lindas de Buenos Aires....

—Lo dudo!

—Hace mal. Yo tengo muy buen gusto.—Y de su sobrina—¿qué noticias me dá?

—Le he dicho ya que no la he visto.

—Puede haber oido....

—No, absolutamente nada.... ¿Vd. ha oido algo?....

—Si, que viene echa una parisiense, más delgada, más fina y con grandes aires.....

—Hola!

—¿Conocía V. al Baron Romberg?

—Baron Romberg!

—Si, pues; el nuevo ministro austriaco.

Ah! no tengo el honor...

—Ha sido compañero de viage de Marta Valdenegros... es soltero y es jóven...

—Y es Baron!—Peligroso compañero de viage!

—De un momento á otro lo tendrémos acá.—Me lo ha anunciado el secretario de la legacion... Los estoy esperando...

No lo engañaba á Rodolfo De Siani Pancha Ovalle.—Estaba en efecto esperando al Sr. Baron Romberg, con el más elegante de los vestidos que se habia hecho aquel invierno, y con la cintura reducida á su última espresion anatómica.—Eran ya las diez de la noche.—Pancha estaba impaciente.—Se sintieron pasos. Alguien entraba al salon.—Pancha, reclinada en el sofá, hizo avanzar uno de sus diminutos piés, como la más bella ofrenda que de su patrimonio corpóreo podia brindar al representante del Emperador de Austria...

Mas no era el Baron Romberg.—Era el Dr. Nugués, rozagante, con fisonomia plácida.—Levantóse Rodolfo y fué á mirar una partida de ajedrez que en otro estremo del salon jugaban dos diplomáticos viejos, esperando el té y el bizcochuelo insuperables de la señorita Ovalle.—Saludó el Dr. Nugués á Pancha, y se sentó á su lado en el sofá.

—Caballero! se le ha estrañado mucho estas dos noches.

—Soy lejislador, interesantísima Panchita, y me debo en cuerpo y alma á las tareas de Minos....

—Triste ocurrencia tener sesiones de noche!

—Reconozco que el té de la Cámara de Diputados no está á la altura del té de Pancha Ovalle.... Pero los sucesos urgen; no se resignan á su derrota los mitristas.... Quieren discutir.... discutimos!—Anoche pronuncié mi *discurso de novia*....

—De novio! esclamó Pancha, con un fruncimiento sintético de todas las líneas de su rostro.

—No le dé envidia, hechicera Panchita, replicó el Dr. Nugués sonriendo;—llámase discurso de novia aquel con que un diputado se estrena en un parlamento.—Yo me estrené anoche.... ¿No ha leido usted *El Nacional* de esta tarde?

—No. Qué lástima! Parece que todos los muchachos se hubieran complotado para no pasar hoy por acá.

—Mi discurso ha causado sensacion. Por primera vez, en el Congreso Argentino, se ha hecho uso del *humour*.... Todos, hasta los mitristas, reconocen que en esa cuerda yo soy y seré el rey de la Cámara!

—Lo felicito!—dijo Pancha, no muy segura de que fuese un mérito ser el rey de una palabra inglesa que no entendia, y luego, para eludir aquel tema, añadió:—¿pero el triunfo de Avellaneda es seguro?

—Bah!

—El estuvo anoche acá.—Casualmente habia venido todo el cuerpo diplomático.... de los ya recibidos; y al despedirse les dijo: «puedo asegurarles que será mia la corona olímpica.» Los diplomáticos quedaron muy contentos, porque usted sabe, todos ellos, desde el principio de la lucha han sido avellanedistas...

—Importantísimo concurso! esclamó el doctor Nugués.—No triunfa Avellaneda, si usted, fascinadora Panchita, no hubiese logrado atraer á nuestra candidatura la opinion del cuerpo diplomático....

Estaba la señorita Ovalle habituada á las insolencias del doctor Nugués; pero aquella ni le fué agradable, ni la encontró desarmada.

—Ríase no más del cuerpo diplomático, doctor Nugués! Un diplomático lo dejará á usted mirando....

—¿A mi?—¿Cómo se entiende eso, cruel Panchita?

—Si! Desista de pensar en Marta Valdenegros....

—No pienso; mas, en todo caso—¿por qué desistiria? - Tengo intenciones de ir á ver mañana á mi millonaria enferma....

—Llega tarde.... Un diplomático la ha conquistado en el viage....

—¿Qué diplomático?

—El Baron Romberg, jóven muy interesante, que acaba de llegar, y vá á recibirse de la legacion austriaca como Ministro Residente....

—¿Y quién le ha dado á Vd. esa noticia?

—Lo sé por Alejo Nuñez, que venia en el mismo vapor. Marta está entusiasmadísima, y el Baron.... por lo consiguiente.... Temporada corrida durante todo el viage! A medio dia, á la tarde, á la noche.... Figúrese, sobre cubierta, paseándose del brazo durante largas horas....

—Quién pudiera, volcánica Panchita!

—Cree Alejo que es una cosa arreglada.... Y lo mismo me ha dado á entender el secretario de la Legacion, mi buen amigo Müller, segun las referencias que le ha hecho el Baron Romberg.... Pronto saldré de dudas.... Los estoy esperando....

—Acabáramos! Ya se está Vd. afilando para convertirse en introductora de embajadores....

—Introductora, no!—Yo no introduzco á nadie.... Por otra parte, V. y nadie más que Vd. tiene la culpa de lo que pasa.... ¿Porqué no siguió mis consejos cuando Marta vino de las Alamedas para irse á Europa? Yo le garanto que en esa época Marta estaba enamorada de Vd.... No me quiso creer... ahí están las consecuencias... La dejó ir á Europa, sin definir la situacion... Como es natural, la muchacha concluyó por olvidarse, y encontrando al paso un hombre de los actrativos del Baron Romberg, ya puede Vd. suponerse el resultado.... sucumbió!

En ese instante, entraron tres caballeros al salon,—caracterizado uno de ellos por una enorme calva y tres curvas concéntricas.—Era don Alejo Nuñez, viudo de una hermana de Pancha Ovalle, y con familiaridad consiguiente en la casa.—Venia fatigado, y se sentó sin saludar junto á los jugadores de ajedrez.—Sus dos acompañantes hicieron una cortesia afable á la señorita Ovalle, y para no interrumpir su coloquio con el doctor Nugués, quedaron de pié, mirando la partida, que parecia haber llegado á un punto interesante, pues provocaba una pequeña polémica entre los viejos diplomáticos.

—Aun no habia tenido el placer de verme con *su* Alejo, dijo el doctor Nugués.

—Mi Alejo! esclamó Pancha, con ademan de agravio.

—Pues! Todo el mundo dice que usted concluirá por casarse con el señor Nuñez, si él *sucumbe* ante los atractivos de usted!

—Doctor Nugués! Demasiado sabe usted que jamás he buscado desaforadamente el matrimonio.... Me casaré á mi gusto, ó seguiré siendo soltera...

—Yo no sé nada. Puedo decir únicamente que Darwin, en nombre de los principios selectivos, prohibiria ese enlace....

—Comó tarda él Baron Romberg!—dijo Pancha, adivinando con su instinto de muger que alguna gran insolencia contenian las últimas palabras del doctor Nugués.

Pero el carruaje que conducia al Baron Romberg y al secretario Herman Müller acababa de detenerse á la puerta de la casa de la señorita Ovalle.—Presentimiento de Pancha.... latidos apresurados de su corazon.... una mirada triunfal sobre el doctor Nugués.... un pié que avanza como heraldo de la victoria obtenida.

- Adorable Panchita, esclamó el Dr. Nugués;—cada dia más seductores sus inimitables piesecitos.—Hágame usted creer, si le parece, que es esquiva y difícil con su mano; pero no me niegue que es pródiga, casi disoluta, con su pié!

El secretario Müller, alemancito incoloro, penetró en el salon con aire decidido. Sigue sus pases el Baron Romberg, acicalado y gentil como para asistir á un baile, esgrimiendo en una mano el lente y en otra el *claque*, ostentando cintas de condecoraciones en el ojal del frac.—Abandona el campo nuestro doctor Nugués, y vá á refugiarse en el otro grupo del salon.... Oh! desventura! Allí, don Alejo Nuñez se ocupa de referir á los circunstantes los óptimos fundamentos que tiene para creer al nuevo Ministro austriaco en picos pardos con la señorita Valdenegros....

Despierta interés el relato de don Alejo... Se ha suspendido la partida de ajedrez para hacer comentarios sobre el recien venido...

—Ese caballero, dijo el doctor Nugués, tiene arreglado entónces el mejor negocio que puede hacerse *en Indias*...

Estas palabras dan lugar á un cambio de miradas significativas. Rodolfo de Siani pasa á la antesala con otro de los caballeros presentes.

Verificase entretanto la solemne presentacion del Baron Romberg á la señorita Ovalle.—Una recíproca simpatia los un desde las primeras palabras.—Parece que el Baron ha perdido e sentimiento estético en el culto de las formas artificiales.—Pancha es, á sus ojos, *une charmante personne!*—Y ella, á su vez, queda instantáneamente persuadida de que tuvo una intuicion profética al afirmar que Marta debió necesariamente sucumbir ante las seducciones del Baron Romberg.

La señorita Ovalle tiene especial placer en presentar á todos sus viejos amigos aquel aereolito diplomático.—La mamá, contra su costumbre, comparece en la antesala para proporcionarse el gusto de conocer al nuevo Ministro austriaco que todavia es novedad para sus mismos colegas, pues, no estando recibido, no ha podido hacer las visitas de etiqueta.—Despliega el Baron Romberg artes sutiles de amabilidad esquisita... En vano Rodolfo De Siani le dirije miradas hoscas, y el doctor Nugués lo mide con sorna desde los piés hasta la cabeza.—Domina el de Austria la conversacion, con incesantes golpes de galanteria, y Pancha Ovalle se pavonea con orgullo pensando en el honroso patronato que está llamada á ejercer.

Despues de tomar el té, cuando los tertulianos han comenzado á retirarse, el Baron y Pancha buscan instintivamente un sofá para conversar á solas.—Hablan naturalmente del viage.

—Una de las viageras, señor Baron, es muy amiga mia....

—¿La señorita Valdenegros?

—Marta.... sí! Una niña encantadora.... ¿no es verdad?

- Oh! sí! sí.—No puede decirse que sea un tipo europeo, aristocrático, como, por ejemplo, la señorita á quien tengo el honor de dirigir la palabra.... pero es una notable belleza americana .... y por lo demás un espíritu cultivado.... muy distinguido.... Me hace acordar mucho á mi buena amiga la princesa *Emineh*, actual esposa del Virey de Egipto.

—Si se hubiese muerto mi tia!—esclamó Pancha mentalmente, cuando el Baron Romberg se dignó mencionarla como tipo aristocrático y europeo, pero supo dominar muy pronto este impulso de coqueteria egoista para deshacerse en elogios del carácter y de la educacion de Marta Valdenegros. El Baron Romberg escuchaba con la delicada reserva que impone la discrecion diplomática. Solo de tiempo en tiempo exclamaba, oyendo ciertos detalles de la idiosincracia de Marta:

—Exactamente lo mismo que mi buena amiga la princesa *Emineh*!

Agotábase la conversacion, y el Baron Romberg no iba más allá de sus reminiscencias sobre *la actual esposa del Virey de Egipto*.

—¿Cuándo tiene lugar su recepcion?

—Pasado mañana... ¿no es juéves hoy?—Sí pues, pasado mañana. Será recepcion solemne.... Así me lo ha manifestado el señor Ministro de Negocios Estrangeros....

—¿A qué hora, señor Baron?

—A las tres de la tarde.

—Perfectamente, señor Baron; esto se me ocurre:—Usted se encuentra alojado en el Hotel de la Paz....

—Provisoriamente....

—Pues bien!—para ir á la Casa Rosada necesita usted pasar delante de mis ventanas, en el carruage de gala. Le ruego que

mire hácia ellas; tendré preparada una agradable sorpresa para usted, señor Baron....

—Y yo á la noche, señorita Ovalle, vendré á deponer á los pies de usted las más sinceras espresiones de mi agradecimiento.

Al oirse nombrar, uno de los disolutos piés de Panchita pretendió exhibirse, pero ya el Baron Romberg se habia levantado y se despedia de su flamante amiga con afabilidad respetuosa.

Al dia siguiente, antes de las dos de la tarde, aprovechando en la vereda correspondiente el apacible sol de fines de Julio, se veia á Pancha Ovalle, figurin ambulante, encaminarse con paso menudo y rápido á la réjia morada de la familia Valdenegros.—A esa hora estaba segura de encontrar á Marta en su casa—No se engañó:—la encontró, y lo que fué mejor, la encontró sola, ensayando en el piano un trozo de Wagner, cuya música apasionaba á la jóven desde que la habia oido esplicar por el Baron Romberg.—Doña Emilia habia ido á la *Sociedad de Beneficencia*, y el señor Valdenegros habia acudido presuroso á un llamado urjente de la Comision Directiva del partido nacionalista. En vísperas de la revolucion, parecia ajigantarse la talla política de los hombres de fortuna!

Pancha Ovalle y Marta Valdenegros se abrazaron cordialmente y fueron á conversar despues, al abrigo de toda interrupcion importuna, en una salita reservada, prodigio de coqueteria lujosa que los abuelos habian destinado á la nieta.

Sentadas ambas en un canapé de terciopelo granate, Pancha acaricia con sus dos manos los hombros de Marta y esclama entusiasmada:

—Estás hermosísima!—Te ha sentado el viaje á las mil maravillas... Eres verdaderamente la princesa Emineh!

—¿La princesa qué?—preguntó Marta con risa muy ingénua, pues entre las grandezas del Ministro Austriaco nunca habia soñado para ella la de tal princesa....

—Me lo ha dicho el señor Baron Romberg!—contestó Pancha, con un retorcijon de ojos lleno de picardia.

—Ah! ya la ha visitado á Vd. el Baron Romberg.... Mas afortunada que yo! Y es Romberg quien me llama la princesa....

—La princesa Emineh.... sí:—Te encuentra idéntica, en lo físico y en lo moral.... Parece que él es íntimo amigo de la princesa Emineh....

—¿Pero quien es la princesa Emineh?

—Oh!—segun dijo el Baron, es nada menos que la muger del Virey de Egipto.... Añadió que estaban recien casados....

—Ah!

Esta esclamacion era un mundo.—No halagaba,—más bien mortificaba á Marta—la idea de ser princesa egipcia en labios del Baron Romberg.—Aspiraba á parecerle una princesa austriaca.

La señorita Ovalle, sin medir todo el alcance de las impresiones que manifestaba Marta en su esclamacion y en su semblante, comprendió que le faltaba terreno para seguir en aquel momento la veta de la conversacion iniciada, y pasó inmediatamente á otros temas de los muchos que siempre tenia disponibles su inagotable facundia.—Habló ante todo de la muerte de doña Dorotea Valdenegros....

—Ah! si vieras, qué soledad la de la pobre señora.... ¡Partia el alma!—Las mismas criadas de la casa, si la cuidaban era de mala gana.—Tambien ella las trataba de un modo!—Sabes,—las personas enfermas tienen tan mal genio!.... Mamá y yo la acompañábamos mucho,—la verdad sea dicha,—más por ustedes que por ella.... Puede decirse que murió en nuestros brazos....

—Se acordaria mucho de Rodolfo, dijo Marta, tratando de hacer menos acerba aquella evocacion de la desgraciada tia.

—Si, bastante; pero, qué cosa tan rara!—se acordaba más de su marido, que hace tantos años murió. En el delirio de la agonia, solo se le oyó nombrar al Conde.... así le decia: *el Conde!*

Otra impresion desagradable para Marta.—Puesto que ella ha dado en soñar con el amor de un Baron, la desazona el recuerdo de un Conde que habia hecho tanto estrago en la familia Valdenegros....

—Cuando murió la señora, prosiguió Pancha, yo misma fuí á empeñarme con el Ministro de Relaciones Exteriores para que le hiciera un telegrama á Rodolfo, anunciándole la desgracia y autorizándolo á venirse.... Su presencia, comprendes, era indispensable en Buenos Aires. Fué, pues, el telegrama, y antes de mes y medio lo tuvimos á Rodolfo acá.—Sé que no lo has visto todavia; te prevengo que está muy cambiado.—A mi me dijo el Ministro que en Washington se portaba perfectamente.... No hay mas que mirarlo para notar el cambio. Tú recuerdas que siempre fué buen mozo y siempre tuvo buena figura; pero, yo no sé esplicarme bien qué cosas tenia que lo afeaban de un modo singular.... Caminaba muy apurado, con los brazos echados para adelante; no se vestia bien, y hacia unos gestos muy raros en la cara.... Pues ahora, lo mas derecho, muy bien vestido, con la fisonomía séria, tal vez demasiado paralizada. Es un hombre lindísimo.—Ves! Alto y fornido, tan pálido al mismo tiempo, con aquel bigote tan negro y aquella cabellera que parece de ébano! Despues tiene unos ojos pardos que...de veras, á mí me magnetizan .....Se muestra ahora muy galante...... Jamás habia aportado por casa antes de irse á los Estados Unidos.—Volvió, y á poco de llegar fué á visitarnos para agradecernos las atenciones que prodigamos á su finada madre...... Le ofrecí la casa con instancia, y ahora lo tengo de uno de mis tertulianos más asiduos..... Yo se lo agradezco mucho, porque, á más de todo, mi salon le ofrece muy á menudo un desagrado ...... la presencia del Dr. Nugués, con quien está reñido.... ¿Sabes por casualidad el motivo?

—Yo nó; solo sé que antes se conocian mucho.

—Yo tambien lo sé, y eso es lo que más me llama la atencion.—Ni se saludan ahora! Interrogo á Rodolfo, y se encoge de hombros. Interrogo á Nugués y me contesta poniendo los ojos en blanco y silbando de un modo muy chocante.... A propósito, ya te habrás enterado de que tu médico de las Alamedas es diputado al Congreso....

—Sí; lo he visto en los diarios.

—Avellaneda se empeñó con Alsina para que le pusiesen en la lista de los diputados de Buenos Aires....No siendo Nugués porteño, era un poco difícil conseguirlo; pero al fin pasó.—Dicen que antes de anoche habló muy bien.... Está insoportable de vanidad!

Otras muchas noticias fué enhebrando Pancha en la conversacion, hasta que se habló de Orfilia Sanchez, de su marido y de su *bebe*.

—¿Y no te ha contado Orfilia, preguntó la señorita Ovalle, el desagradable incidente que ha tenido con su prima Genoveva, la viuda de Nevares?

—No!.... No le alcanza el tiempo para mirar y besar al niño.... Tambien, es tan bonito!

—Pues el incidente ha dado muchísimo que hablar.—Recordarás que Nevares perdió una pierna en la guerra del Paraguay... Usaba en cambio una pierna de goma, con resortes de bronce, como se vé en la vidriera del ortópedico de la calle de Suipacha... Pues mira lo que son las casualidades! Te habrás fijado en que Orfilia habita ahora la casa donde murió Nevares. Cuando se mudó á ella, acabando de dejarla Genoveva, encontró Orfilia en un armario de la pared, al fondo de la casa.... ¿A que no te figuras qué? La pierna de goma del pobre Nevares!—Recojió Orfilia aquella pierna, la empaquetó muy bien, y se la mandó á Genoveva, con un billete cariñoso, escrito con esa discrecion particular que distingue todo lo que dice ó todo lo que escribe Orfilia... Pero Genoveva se puso como una fúria.—Creyó que su prima habia querido acusarla de desamor ó de falta de respeto á la memoria de su marido, y todo por vengarse de haberle dicho un dia que Arismendi tiene *olor á pobre!* Genoveva sostiene que

la pierna encontrada por Orfilia es una pierna vieja, que Nevares ya no tenia en uso, y cuyo paradero ignoraba ella, porque la pierna verdadera, es decir, la que Nevares usaba, se la pusieron cuando lo amortajaron y fué al cementerio dentro del atahud...¡Otros creen que no es así,—que los amigos de Nevares quisieron que todo el mundo viese en su cadáver el cadáver de un *inválido de la patria*, sin la tal pierna de goma;—pero yo no quise meterme en eso, y puse toda mi buena voluntad para mediar entre las primas. Orfilia me protestaba que no habia tenido la menor intencion de vengarse, que no estaba agraviada, que se habia limitado á hacer lo que le pareció más natural, más agradable para la misma Genoveva..... Pero ésta no quiso oir esplicaciones.... Yo sí estoy agraviada, dijo, y yo me vengaré. - Otra cosa que decia y repetia mucho: «Veremos si ella, puesta á la prueba, puede salvar de todos los peligros que yo he sabido evitar.... » Bueno! yo te diré francamente, á mi me parece que son injustos los que acusan á Genoveva de no haber querido mucho á Nevares.—Ha sido coqueta.... pero queria mucho á su marido.—Además, es lo cierto que no se ha hablado de ella sino cuando Nevares estuvo en la guerra del Paraguay, y eso mismo..... tú eras entónces muy niña, pero yo recuerdo.....

—Por Dios! Pancha, no hablemos de cosas tan desagradables...

—¿Y de qué hablaremos entónces?

—Hablemos del Baron Romberg!

Marta se entregaba.

La señorita Ovalle habia conseguido rendirla por hambre. Hablaron, pues, del Baron Romberg, y se entendieron con una facilidad admirable.

Al dia siguiente, á las dos y media de la tarde, la princesa Emineh, vestida con un traje de terciopelo verde oscuro y sombrero de castor adornado de plumas color salmon, bajaba de su cupé y entraba á casa de Pancha Ovalle, para presenciar el desfile del Baron Romberg. A las tres y cuarto, despuntaba delante de las ventanas de aquella casa, una pareja de caballos blancos, elegantemente enjaezados, y despues otra, y despues un pescante lujoso con cochero y lacayo de librea blanco-azul, y despues un ámplio landó con profusos adornos de plata, y por último, de pié sobre la zaga, otro lacayo de librea blanco-azul.—Dentro de aquel landó iba el Baron Romberg, recamado de oro, con brillantes cruces en el pecho. Marta Valdenegros y Pancha Ovalle lo contemplan, puestas de pié junto á los cristales de una ventana........ El Baron saluda solemnemente con su sombrero elástico, como un emperador aclamado por las multitudes.

—Monísimo! exclama Pancha Ovalle.

Marta queda pensativa. - Despues de un intérvalo, cuando ya no se oye ni el rumor lejano del carruaje, pregunta á su amiga:

—¿Y no vuelve á pasar por acá?

—Oh! sí, ya lo creo que vuelve. Antes de media hora, tres cuartos á lo sumo, lo tendrás de vuelta.... ¿Estás tú muy apurada?

—Sí!.... por que pase!

Y pasó en efecto—y volvió á saludar con el sombrero elástico, pero esta vez, dejando entrever una sonrisa excesivamente satisfecha.

Hablaron largamente Pancha Ovalle y Marta Valdenegros.—Cuando Marta se levantó para retirarse, Pancha se atrevió á preguntar con una voz saturada de caricias:

—¿Y que le digo esta noche de tu parte?

En una mesa inmediata, como tentacion mefistofélica, estaba un lápiz de oro acostado sobre algunas tarjetas en blanco. - Marta tomó aquel lapiz y escribió en una de aquellas tarjetas: *Qu' il faut oser!*—Enseguida, como avergonzada y asustada de sí misma, salió corriendo y fué á tomar su cupé, donde se arrellenó cubriéndose el rostro con su abanico de plumas tornasoladas, miéntras la amabilísima Panchita le arrojaba besos efusivos con los diez dedos de sus nerviosas manos.

(*Continuará.*)

# Lucio Vicente Lopez

ENTRE la nueva generacion que da brilo á las letras en el Rio de la Plata, ocupa un puesto de primera fila el Doctor Lucio Vicente Lopez, una de las inteligencias màs bien preparadas y uno de los talentos màs robustos y chispeantes que conozco; y digo asì, no ya por lo que de sus obras de pùblica notoriedad se deduce, sino porque revela màs esas dotes en su trato ìntimo, en su conversacion familiar que es siempre amena, erudita, satìrica, salpimentada con esas salidas que no pueden reproducirse en el lenguaje escrito, pero que dan sello à una personalidad y la destacan con perfiles prominentes.

Yo he conocido à Lucio desde niño; soy su coetàneo, su amigo, y lo mismo de chicuelo que de mozo y que de hombre, he tenido ocasion de estudiarlo detenidamente, y de apreciarlo en las distintas faces por que ha pasado hasta alcanzar el distinguido puesto que hoy ocupa entre los hombres de letras que descuellan en el Rio de la Plata.

Tomarlo desde niño, seria emprender una obra sèria, algo que no cabe dentro de los lìmites de un artìculo de diario, porque Lucio Lopez tiene historia desde la edad en que otros apenas tienen para contar sus hazañas en el deletreo. Y no que descollase por aplicado ò por precoz, pues si en algo sobresalia Vicente, que asì se llamaba entònces, era en las travesuras, que tenian revuelto à todo el barrio, y con especialidad à los sacristanes de la Matriz en cuya vecindad vivia. Toda su inventiva la aplicaba á descubrir medios de traer desasocegados á los que vivian à su alcance, sin contar las improvisadas en la calle, asì que se le presentaba la ocasion.

En muchas de aquellas travesuras fuì yo compañero y la vìctima espiatoria de sus barrabasadas, como que sin advertìrmelo las realizaba el maldito, y sacaba el bulto, dejàndome en la estacada. Hace de esto algo màs de veinte años, y lo recuerdo como si fuera ayer, lo que no digo por alardear mi memoria, pues siempre se recuerda aquello que trae aparejado un buen susto ò algo màs contundente.

Y para que se conozca el gènero de las travesuras de mi amigo, quiero aquì contar por lo mènos una, no por ser la màs ruidosa, sinò por que ella muestra la maligna tendencia de este que nunca ha dejado de ser travieso y que no dejarà de serlo mièntras viva.

Es pues el caso que un medio dìa, ìbamos los dos alegres y contentos à pasarnos la tarde en el campo, libres del colegio, y haciendo mil proyectos sobre caza de pàjaros y juego de cometa con que habiamos de solazarnos en una quinta. Ibamos, como se iba entònces, que no habia tramways ni nuestros padres nos costeaban el lujo de tener *faeton* ò *dog-car* ò alguna de estas gangas que tienen los caballeritos de hoy.

Para no andar con màs preàmbulos, dirè sencillamente que ìbamos à piè, à campo traviesa, cortando por los atajos y metièndonos por los portillos que se nos ofrecian al paso. Y hay que tener en cuenta que entònces empezaba el campo en la esquina de Dayman ò Rio Negro, y la Aguada era un pueblo aislado, para comprender que anduvièsemos asì saltando cercos por donde hoy se ven manzanas totalmente edificadas con hermosas casas y establecimientos fabriles.

Apartàndonos del camino real, de esta que es hoy calle de Agraciada y que entònces se llamaba del Càrmen, cruzamos el arenal por los Pozos del Rey, y tomamos por detràs del molino de Batlle, siguiendo ese camino, que era una calleja punto mènos que intransitable.

Era, como decìa, un medio dìa, un medio dìa de Diciembre, caliente y pesado. Los vecinos dormian seguramente la siesta, y algo rendidos nosotros con la marcha, nos sentamos en el tronco de un ombù, que està ahì todavìa al lado del cañaveral que circunda un pozo situado à orillas del camino. Descansàbamos allì sosegadamente al reparo del follaje tupido del ombù, cuando mi compañero me llamò la atencion sobre unos hombres que trepados en un pretil de una casa cuyo frente daba à la calle Real, se ocupaban en colocar un caño de hoja-lata. de estos que terminan en un morrion giratorio. Coronaba aquel artefacto un gallo tambien de lata, que habìa de servir à guisa de veleta para dar asidero al viento.

—Esperemos à que coloquen el caño, me dijo Lucio; y aunque considerè poco interesante la operacion, no puse obstàculo, calculando ya que alguna intencion aviesa motivaba aquel retardo.

Los obreros continuaron su trabajo. El uno arreglaba el eje del morrion giratorio, el otro sujetaba el caño con alambres, y al cabo de poco rato quedò todo terminado, destacàndose en lo alto de la chimenea el gallo con una soberbia y ondeada cola. Miraron los hombres su obra, recogieron sus herramientas y chismes, y se dispusieron à bajar.

Todavia no habia desaparecido la ùltima cabeza por la escalera, cuando ya le habia zumbado al gallo una pedrada, que à tocarlo, allì quedàra tumbado para siempre. Lucio reia, y apuntaba ya su segunda peladilla, que tampoco diò en el blanco. Me pareciò muy del caso tomar parte en la fiesta, y muridos ya los dos de buenos cascotes, empezamos à menudear una guerrilla que daba miedo. No sè quièn fuè el que acertò, pero si sè que à las ocho ò diez pedradas desapareciò el gallo de sobre la chimenea, y junto con el gallo desapareciò Lucio por detràs del cerco.

Reia yo con toda la buena gana à que el caso se prestaba, mirando à la chimenea despojada ya de su coludo adorno, cuando me sentì acogotado por dos fornidas manos, cuyas contundentes caricias no me permitian ver siquiera à quièn pertenecian. Resultado final: el dueño del malhadado gallo, apercibido de las descargas de que su ave era blanco, habia salido por una puerta falsa, trasera de la casa, salida que no se le escapò al lince de Lùcio, quien viendo el caso apurado, juzgò prudente dejarme en la estacada, creyendo, y con razon, que aquel energùmeno se desahogarìa con el primero que le cayese à mano, como en efecto sucediò, siendo yo la vìctima espiatoria de aquella travesura ajena. Y no parò la cosa en algunos coscorrones, sino que aquel bàrbaro me conservò en rehenes, encerràndome en una pieza, adonde iba de rato en rato à visitarme, y cada vez me decia: —Pìcaro; ¿por què me rompiste el gallo? acompañando siempre la pregunta con algun mojicon que me descompajinaba. Recien à la noche me soltò, con una despedida bastante enèrgica, y sobre quedarme sin comer, y sufrir un reto en casa de padre y muy señor mio, y acostarme con los huesos molidos, tuve todavia que soportar al dia siguiente las chanzas de Lucio, para quien la fiesta habia sido completa.

De estas, y aùn de otras de mayor calibre, tendria para contar por docenas, pero harto me he estendido ya en estas niñerias para seguir ocupando al lector en cosas de tan poca monta.

Llegado à sus mocedades, Lucio Lopez empezò à revelarse como poeta. En un concierto de caridad que se diò en Solis, allà por el 63 ò 64, se leyò una composicion suya que fuè muy festejada. Tentado estoy de vengarme de alguna de las travesuras de mi amigo reproduciendo aquì aquellos versos que conservo en la memoria,..... y no resisto à la tentacion. Decian asì:

¿Què sones sublimes percibe mi mente
Que extàtico escucho con mudo estupor?
¿Serà que las ninfas con gènio potente
A Vènus entonan sus himnos de amor?

—

¿Serà que àlbos cisnes previendo ya el dia
Al alba saludan con suave cantar?
¿Serà quizà un sueño de la mente mia
Que extàtico me hace aquì delirar?

—

Mas no! no son ninfas del cielo divinas
Ni cisnes nevados, ni loca ilusion,
Son sì de *mi patria* las bellas ondinas,
Las que hoy me arrebatan asì el corazon.

—

Perdon si un instante yo crei vuestro acento
De ninfas ò cisnes ¡oh vano ideal!
Pues ellas no tienen el almo talento
Que tienen las hijas del pueblo oriental!

—

Cuando estos versos compuso, no tenia Lucio Lopez quince años de edad, pero aun mediando esa circunstancia, no presagiaban esas estrofas al que pocos años despues habia de darnos la bellìsima traduccion del Canto VI de la Eneida, y el poema sobre *El Cuzco*, obras por sì solas bastantes à fijar una reputacion literaria.

Pero en el intèrvalo que mediò entre su primera composicion sobre los cisnes nevados y estas obras de aliento, produjo Lucio versos como para llenar diez tomos. Naturaleza ardiente, casi podria decir volcànica, se viò dominado por el amor àntes de llegar à hombre. Amaba con pasion, con delirio, con frenesì, y todo aquel fuego que le brotaba del corazon, salia por la cabeza, en forma de versos, romances interminables en que èl detallaba todos los encantos de sus imajinarias novias, y reseñaba todas las peripecias de sus amores. Basta, para dar una idea de aquel furor de poetizar, con decir que una noche escribiò todo un poema, cuyo argumento versaba sobre un paseo que habia hecho su novia en carruage, seguida por èl, ginete en un fogoso caballo. Todo eso ha quedado inèdito, asì como una zarzuela en tres actos titulada: *Enredos de amor en Lima*, que era en su gènero una obra bien acabada, con un marcado sabor local, fruto de los estudios que hizo sobre las costumbres del Perù, para lo cual contaba con preciosos elementos en el archivo de su padre, ocupado à la sazon en el plan de su monumental obra sobre las razas Aryanas.

Ya en ese tiempo era Lucio Lopez estudiante en la Universidad, y para decir verdad, figuraba muy por abajo de otros condiscìpulos que màs tarde han quedado en el llano, mièntras èl ha escalado las cumbres.

Pero asì como era descuidado en sus estudios universitarios, era Lucio aplicadìsimo en su educacion literaria. No tenia sus veinte años cuando ya conocia à fondo los clàsicos españoles, y leia todo lo que era fundamental para hacerse un erudito en todo lo que à la literatura concierne. Facilitàbale mucho el camino las indicaciones de su padre el doctor don Vicente Lòpez, versadìsimo en esas materias, y apasionado por ellas, à punto que de ellas hacia el tema de sus conversaciones à todo momento, inculcando asì à su hijo preciosos conocimientos, de esos que aisladamente solo se adquieren despues de largos años de lecturas asìduas.

El año 69, despues de una larga emigracion, volviò el doctor Lopez à la Repùblica Argentina, su patria, y con èl se fuè Lucio dejando *la patria* de sus versos para adoptar la de su padre, hecho que apunto sin ànimo de hacer un reproche, pues sobrados motivos tenia para ser argentino el nieto del cantor de las glorias Argentinas.

En aquel vasto teatro de la actividad americana, Lucio Lopez encontrò el escenario que à sus facultades convenia. Apaciguados sus ardores juveniles y desarrollado su talento, se aplicò sèriamente al estudio, y en breve se hizo conocer, conquistàndose un puesto de primera lìnea entre la juventud distinguida de Buenos Aires.

Necesitando trabajar para sostener su rango, lo hizo sin descanso por espacio de algunos años, repartiendo su tiempo entre las tareas del foro, del periodismo y del profesorado, que ejercia conjuntamente. Envuelto en las ajitaciones de la polìtica, fuè diputado al Congreso provincial, y aquel jòven que parecia no haber vivido más que para las letras supo distinguirse como estadista, tomando la direccion en àrduas cuestiones polìticas de grave trascendencia para aquella actualidad. Yo lo he oìdo discurrir durante dos dias enteros sobre la autonomìa de los Estados con una verbosidad y erudicion sorprendentes, lògico razonador, sin declamaciones, haciendo èl solo frente al debate que sostenian sus hàbiles adversarios.

Y al par que discutia en la tribuna parlamentaria, batallaba con ardor en la prensa, manejando la sàtira con gracia, con oportunidad, hiriendo en la llaga. Sus *sueltos* en «El Nacional» eran un ariete formidable. La redaccion estaba en ese tiempo à cargo de Sarmiento, y un dia en que èste no pudo escribir, pidiò à Lucio que lo reemplazase. Esa misma tarde apareciò en *El Nacional* un artìculo que hizo època. Para todos era de Sarmiento: la sàtira terrible de Sarmiento, el estilo originalìsimo de Sarmiento, pero sin las incongruencias geniales en el autor de *Facundo*. Sarmiento se llevò toda la gloria de aquel artìculo, pero yo he visto una carta en que el ardoroso viejo le decia à Lucio Lopez con ese motivo: — «Le he pedido que me *reemplace* por un dia en *El Nacional*, pero no que me *suplante*».

Pero no era el caràcter de Lucio el màs apropiado para amoldarse à las exijencias de la política. Faltàbale el principal aguijon que enardece la pasion polìtica: la ambicion del poder. Sus gustos eran màs artìsticos que militantes en la activa lucha de los partidos, y hastiado ya de aquel estèril batallar, se alejò del turbulento hervidero de pasiones y rivalidades para realizar un deseo que hacia tiempo le aguijoneaba.

Fuè à Europa, y la historia de ese viaje està condensada en un libro que es una joya como novedad, como estilo, como erudicion, como sàtira delicada; un libro en que hay crìticas artìsticas que no desdeñaria Saint-Beuve, descripciones dignas de Flaubert; relatos de tanto movimiento y colorido como los de De Amicis; estudios sociològicos propios de Dickens; observaciones tan minuciosas y detalladas como las de Zola; un libro en fin en cuyas pàjinas encuentra el lector ese encanto, esa amenidad que no le permite abandonarlo hasta llegar à la ùltima lìnea.

Y eso lo escribia Lucio Lopez en medio de una vertiginosa movilidad, sin darse un minuto de reposo, àvido siempre de ver y de estudiar hoy en Lòndres, mañana en Parìs, al siguiente dia en Roma; pasando de las nevadas laderas de los Alpes, à las encandecidas cuestas del Vesubio; de los bulliciosos y poblados lagos de Suiza, à los lagos tranquilos y silenciosos de Escocia; hoy en medio de la alegre vocingleria de Nàpoles, y mañana en las solitarias ruinas de Pompeya; y vuelta à Parìs, y torna à Lòndres, y girando siempre por todas partes; estudiando la festonada arquitectura de las catedrales històricas; analizando las trajedias de Shakespeare en la patria del gran poeta inglès, y el teatro clàsico francès en la casa de Moliere; y del teatro, al Parlamento; y del Parlamento, à los Museos; y de los museos à la calle, à las plazas, à los hipòdromos, à todas partes en fin donde se manifiesta la vida mùltiple de aquellas sociedades que viven de novedad en novedad, y de sorpresa en sorpresa, desdeñando por la tarde lo que fuè el atractivo, de la mañana.

Solo Lucio Lopez podia realizar aquellos prodigios de actividad; èl, para quien no hay un minuto perdido, ni una palabra de que no haga acopio, ni una mirada que no abarque los conjuntos y perciba los detalles. Todo en èl es movimiento, inquietud, nervios. Basta verlo para adivinar sus tendencias y sus hàbitos. Mezquino de cuerpo, toda su vida, su agilidad, su vigor, estàn concentrados en la cabeza, aplanada en la bòveda y protuberante en los costados, la frente saliente, las sienes palpitantes, y los ojos negros, brillantes, inquietos, escudriñadores, penetrando con la mirada hasta el fondo de lo que quieren ver.

Nunca và despacio; parece siempre que lo apura algun negocio urgente, pero atento à todo lo que pasa. Saluda al uno, dirije al otro una broma, dà cita à un tercero; à este le pregunta por sus enfermos, al de mas allà le cuchichea dos palabras al oìdo, tiene siempre una frase cortès para las damas, una oportuna salida para las niñas, una graciosa disculpa para descargarse de alguna reconvencion, y de todos se hace querer por su afabilidad, por su llaneza, por la ninguna ostentacion que hace de su talento, cuya reputacion lleva èl, copiando lo que de Augier dice De Amicis, no con la prosopopeya de quien carga una condecoracion, sino con el abandono y la soltura con que un elegante lleva una flor en el ojal de la levita.

En aquel gran centro en que vive, y donde tanto talento se esfuerza en descollar, Lucio Lopez ha logrado mostrar el suyo sin provocar resistencias. No tiene rivales, no ya porque no haya quien lo supere ni lo iguale, sino porque aun la misma envidia no encuentra presa en aquel caràcter sencillo y bondadoso. Miguel Canè es quizà algunas veces màs pulido en el estilo; Pedro Goyena lo alcanza à veces en la intencion satìrica; Estrada suele nivelàrsele en erudicion, pero èl solo equivale à todos y reune las cualidades que distinguen à cada uno de los otros. Lo que Lucio Lopez escribe no necesita que lleve su firma; se adivina su pluma hasta en el suelto mas insignificante, porque todo lo que de su pluma sale lleva el sello de la novedad y de la originalidad, algo que es suyo esclusivamente, y que nadie puede imitar.

Y asì como es de original en sus producciones literarias, es tambien originalìsimo en su modo de ser; tiene la movilidad de la ardilla y la inquietud del raton, lo mismo en su casa que en la calle; cuando come que cuando escribe.

Pareceria un contraste con su genial actividad, el decir que Lucio Lopez es pescador de aficion, pues que la pesca se considera como una de las màs pacientes distracciones. Serà asì, no lo dudo, pero lo que sì puedo asegurar es que Lucio, pescando, es mas activo y movedizo que cazando. A un mismo tiempo, pone en pràctica todos los sistemas de pesca inventados. Yo lo he visto en el Rio Lujan, embarcado en una canoa, pasarse todo el santo dia bajo un sol abrasador entregado à su diversion favorita. Tendìa, de orilla à orilla del rio, un *espinel*, una larga cuerda de la cual pendian mas de doscientos anzuelos; con la mano izquierda lanzaba un aparejo armado con grandes anzuelos, y al mismo tiempo pescaba con la derecha, à caña, mojarras, para no tener un solo instante de òcio. De pronto cimbraba el espinel con algun *dorado*, y allà iba èl à cojerlo; ora era el aparejo el que anunciaba un prisionero, y lo recojìa apresuradamente, y mièntras las piezas grandes no picaban, iba sacando con la caña las glotonas mojarras que salian del agua como hojas de lanza bruñidas, y caian saltando al fondo de la canoa, donde à poco quedaban rìgidas y opacas, arqueadas por las ùltimas convulsiones de la agonia.

Curiosas anomalìas! Aquel talento superior, aquel poeta delicado, tiene en màs su amor propio de pescador, que su gloria de literato. Parece algo imposible, pero es asì. Él, que no tiene rivales en las letras, los tiene en la pesca; èl, tan desprendido y bondadoso para todos, tiene egoismo y celos con los pescadores.

En el Tigre, tenia un rival à quien solo le sonreia de los dientes para afuera: en su fuero interno, lo detestaba. Cultivaban ambos entre sì estrecha relacion de familia, y como caballeros, como hombres, se apreciaban mùtuamente. Pero como pescadores, no podian ni verse, y aprovechaban todas las oportunidades para hacerse la guerra.

Una tarde volvia Lucio de la pesca; fatigado, sudoroso, bronceado por el sol, las manos ampolladas por las piolas, y el traje destrozado con los trajines de la faena. Venia dado à todos los diablos, porque el dia habia sido fatal: los doscientos anzuelos del espinel, los tres del aparejo, y el uno de la caña, no habian dado mas resultado que un misera ble *dientudo* y media docena de *mojarras*.

Estaba ocupado en desembarcar sus intrincados aparejos, cuando se le presentò un peon, llevàndole de parte de su rival un *surubì* enorme, de màs de dos varas de largo, negro el lomo y moteado de blanco, el vientre amarilloso, y las fauces inmensas, jadeantes todavia las rojas agallas con contracciones nerviosas.

Lucio quedò con los ojos fijos sobre el pescado tendido á sus piès y lo mirò por largo rato, el làbio inferior saliente como en señal de despecho, la mano crispada entre la rala cabellera, y al cabo de un rato de contemplacion, se metiò en su casa sin dar siquiera las gracias al portador del obsequio.

Aquella noche no hablò. Probablemente rumiaba algun proyecto magno, pues al dia siguiente desapareciò àntes del alba, y no se le volviò à ver en todo el dia. Al caer la tarde regresò, sudoroso, destrozado como el dia anterior pero relampagueàndole los ojos de alegrìa y àntes de atracar con su canoa à la costa, levantò con sus dos manos un *surubì* mucho mas grande que el de su rival, y con aire de triunfo nos lo mostrò à los que ansiosamente lo esperàbamos temiendo que llevado de su impaciencia se hubiese estraviado en alguno de los riachos que forma aquel archipièlago.

Ni sus triunfos oratorios, ni sus èxitos literarios, ni una sentencia favorable en un pleito importante, le hubieran causado un trasporte de alegria, de satisfaccion, de orgullo igual al que le produjo aquel èxito casual, aquel triunfo sin lucha, de haber sacado del fondo de las aguas un pez màs ò mènos grande. Inmediatamente se lo mandò à su rival, y quedò restregàndose las manos, gozando con imajinarse la cara que el otro pondria al verse humillado.... por un *surubì* media vara màs largo que el del dia anterior!

Y cuando no pesca, caza; y cuando no caza, rema; y cuando se cansa de remar, vuelve à pescar y à cazar, y à hacer algo que lo tenga en movimiento durante el dia.... ¿para descansar por la noche? No; para seguir trabajando, estudiando, escribiendo, trazando una de esas bellas pàginas llenas de gracia y de brillo que parecen escritas en el artìstico

salon de los Goucourt, con todos los refinamientos de estilo y todas las delicadezas de ingenio que inspiran esos accesorios necesarios al gusto del artista.

Batallador incansable, defiende la màs avanzada de las paradojas si por acaso se le escapò en la discusion, y la exajera, y la defiende con teson, razonando cuàndo tiene à mano razones, y si le faltan, recurre à la gracia, à la sàtira, arma formidable en su mano, y que seria terrible si no embotase la punta y el filo la bondadosa condicion de su caràcter.

Ahora mismo està empeñado en una lucha en que no toda la razon està de su parte, y aun asì, èl se lleva la palma por la gracia y erudicion con que defiende su atrevida tèsis, à punto de que hasta los que no piensan como èl, no pueden mènos que rendirse y ponerse de su parte, atraidos por el brillo de su talento.

Tal es Lucio Vicente Lopez, esbozado à la ligera, marcando apenas algunos de sus perfiles, y lo ùnico que en abono de mi cuadro puedo decir, es que es verdadero, tomado del natural, sin favorecerlo en nada, àntes bien dejando oscurecidos muchos de sus mèritos para hacer resaltar algunas de sus rarezas.

Pero esas escentricidades en nada amenguan el valer de ese talento poderoso y original que brilla en las letras argentinas y dejarà impresa su huella luminosa en el estadio ilustrado por las eminencias que han figurado en aquel vasto escenario de la cultura americana.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Siento terminar aquì, porque al recopilar mis recuerdos me encuentro con rasgos que ilustrarian màs por completo la personalidad literaria de Lucio Lopez, pero un diario tiene limites insalvables, y ante ese tropiezo fuerza es detenerme, dejando para otra oportunidad la tarea de completar y pulir estos borrones, tarea que llevarè à cabo al incluir este artìculo en la coleccion que en breve darè en forma de libro, ya que he encontrado un editor bastante atrevido para acometer la empresa.

SANSON CARRASCO.

# NOCTURNO

**(À ZULEMA)**

—

EL ave llora, si en la selva trina
Ausente de su hermosa compañera...
El sol de invierno es pobre, aunque ilumina,
Vive la flor más bella en primavera!

—

La inspiracion del entusiasmo nace,
No de lo pena que doblega y postra...
Si el huracan la roca no deshace,
Abate al àrbol que su furia arrostra!

—

Ya mi presente ni una flor perfuma,
Há tiempo tengo el corazon muy solo,
Triste como el dolor que más abruma,
Frio como las ráfagas del polo!

—

No vibra mi alma tremulante nota,
Falta á su lira el acordado tono,
Y hoy que mi pobre inspiracion se agota,
Al dulce no hacer nada me abandono!

—

¿Por qué llevo en mi sér el desencanto
En la edad bella que á gozar convida?...
¿Acaso, acaso, he padecido tanto
Que todo me hace aborrecer la vida?...

—

—A decírtelo voy, mi dulce amiga,
Ya que el motivo conocer quisiste,
Aunque bien sabes, sin que yo lo diga,
Que el trino de ave solitaria, es triste!

—

Siendo muy jóven, adoré yo á muchas
Con amor, loco á véces, y otras tierno...
Gocé emociones en diversas luchas,
Sufrí despues en el mundano infierno!...

—

Pero mi amor y mi su frir pasaron...
Eran las aves de un templado clima,
Y al concluir el otoño se alejaron
Buscando el Sol cuyo calor anima!

—

Mas tarde, invierno prematuro vino
A enlutar mi existencia con su niebla...
Un puro amor cruzóse en mi camino,
Murió...y el mundo de mi mente puebla!...

—

Fué mi dolor, como el espacio, inmenso,
Amargo como el mar, como él profundo...
Cuando en lo mucho que sufrí yo pienso,
Ignoro cómo vivo en éste mundo!...

—

Quise olvidar, y en busca del olvido
Me lancé trás frenéticos placeres...
Y solo encontré el mundo, con su ruido,
Sólo, con sus espléndidas mujeres...

—

A partir de ese instante, fué el hastio
Mortaja de mis blancas ilusiones...
En lago helado convirtióse el rio
Que alzara un tiempo oleaje de pasiones!

—

¡Y he vivido ya tanto en pocos años!...
—No diré que me pesa la existencia,
Mas no sintiendo ni placer ni daños
Vaga sin rumbo en mar de indiferencia!

—

Hoy ni esperanza tengo en él futuro,
La fortuna contraria así lo quiso...
Hallé en la tierra un triste valle oscuro
Cuando pensaba hallar un paraiso!...

—

Ya no debo cantar!...Tu anhelo es noble
Mas algo superior mi fé sofoca...
¿Cómo se iergue el abatido roble?...
¿Cómo puede sentir la dura roca?...

Octubre de 1883.

R. S.

# SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 11

## PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 6 D | P toma P |
| D toma P (jaque) | C toma D |
| C 5 AD ò 5 R (mate) | |

*Variante*

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 6 D | T 6 R |
| D toma T (jaque) | C toma D |
| C toma P (mate) | |

*Otra variante*

| | |
|---|---|
| P 6 D | T 8 R |
| D toma P (jaque) | C toma D |
| C 5 AD ó 5 R (mate) | |

*Otra variante*

| | |
|---|---|
| P 6 D | T cualquiera |
| D 3 R (jaque) | C toma D |
| C 5 R (mate) | |

—

Enviaron la solucion El Duende, Ed. Loedel, Nadie, C. M., y Eduardin

**CHARADAS**

*Celosia*

—

Fuè descifrada por Pedro D., Una Floridense, Nadie, Una Andaluza, Cagliostro, Choriyá, F. Mitre, Picazo y Becerranza, T. C. y G. (de San Josè) Timo, Moniato, y Bamboretá (de Santa Lucia.)

**FUGA DE VOCALES**

*Enterraron por la tarde*
*La hija de Juan Simon;*
*Y era el buen Juan en el pueblo,*
*El único enterrador.*
*El mismo á su propia hija*
*Al cementerio bajó:*
*El mismo le abrió la zanja,*
*Murmurando una oracion.*

**FUGA DE CONSONANTES**

*Y llorando como un niño*
*Del cementerio salió*
*Con la espuerta en una mano*
*Y en el hombro el azadon.*

**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

*Al verle le preguntaban:*
*¿De dónde viénes, Simon?*
*Y él, enjugando los ojos,*
*Contestaba á media voz:*
*Soy enterrador, y vengo*
*De enterrar mi corazon.*

—

Las tres fugas fueron resueltas por Cagliostro, T. C. y G. (de San Josè), Picazo y Becerranza, Timo, J. Llano (del Durazno), Mamboretá (de Santa Lucia), Pluton y Moniato.

La 1ª. y 3ª. por Una andaluza, Una Floridense, y Pedro D.
La primera solamente, por Ronco, Superitendente, y Choriyá.

**SALTO DE CABALLO**

*El iris tiene colores,*
*El astro brillante luz,*
*Aromas suaves las flores*
*Y perlas la mar azul.*
*Pero aúnque te cause enojos*
*No podré nunca saber*
*Qué es lo que tienen tus ojos.*
*Cuando me miran, mi bien.*

—

Enviaron la solucion: Una floridense, Pedro D., Picazo y Becerranza, Una andaluza, Moniato, Cagliostro, T. C. y G. (de San Josè), y Saile (de Nueva Palmira).

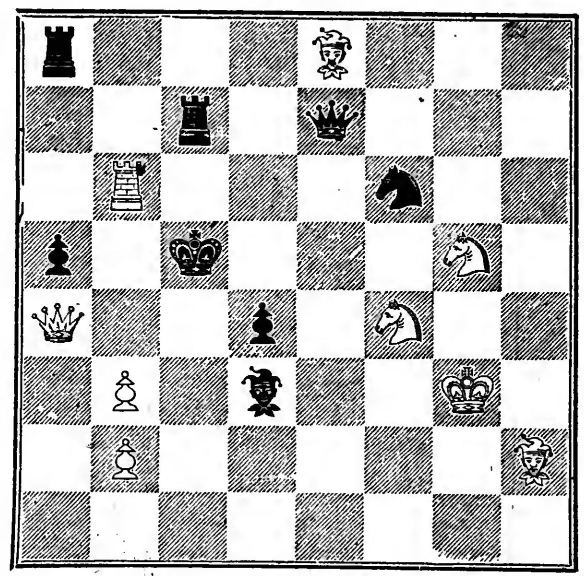
**GEROGLÍFICO N. 11**

*Pierde el lobo los dientes mas no las mientes.*

Lo descifraron: Cagliostro, Una andaluza, Nadie, Timo, Miretito, Picazo y Becerranza, Moniato, F. Mitre, y Pedro D.

**Problema de Ajedrez por Ulanij**

NEGRAS



BLANCAS

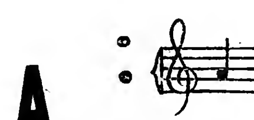
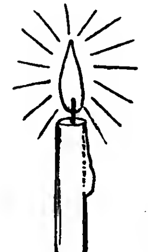
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

ROCIMOCE—ETCOINS—REVIPARAM—RIÉCOF.

**GEROGLÌFICO NÙMERO 12**




A



Y




EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Octubre 92 de 1883. MONTEVIDEO. Vol. I.—Núm. 13.

# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

---

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO DÉCIMO TERCIO

PRELIMINARES DE BODA.

PODRÁN dentro de breve tiempo don Francisco Valdenegros y doña Emilia Fernandez celebrar la cincuentena de sus *bodas de oro*, y sin embargo se conservan fieles á la comunidad del lecho conyugal.—En el reló del Cabildo ha sonado ya la media noche.—Marta se ha retirado á su alcoba, llevando en la frente un beso de sus abuelos, y estos, bajo los blancos encajes de las cortinas que alumbra vagamente una cercana lamparilla, confundidas las nevadas cabezas con los festones de altos almohadones de plumas, interrumpen el silencio de la noche y de la casa con la palabra grave de sus confidencias íntimas.

—¿Y siempre es cosa decidida la revolucion?—pregunta doña Emilia.

—Más que nunca, responde don Francisco;—quien me hubiera dicho que habia yo de andar metido en semejante barullo!—Pero no hay remedio; los provincianos nos ponen en el disparadero.—Buenos Aires no puede consentir en la presidencia dos provincianos seguidos.—Ellos han tenido á Sarmiento,—perfectamente bien;—que venga ahora un porteño, y despues les dejaremos elegir un provinciano... ; Así nos entenderemos; pero si pretenden imponernos... eso no!—Están frescos.—Gracias que no nos separémos! Buenos Aires es todo.—¿Qué les quedaria á los provincianos?

—Lo que á mi me preocupa, replicó doña Emilia, es la conducta del general Mitre.... ¿El se conserva ageno á los trabajos de la revolucion?

—Oh! sí, completamente ageno. No quiere que se diga que va á perturbar la paz por obtener la presidencia; pero tú comprendes que cuando la revolucion estalle, no le quedará otro remedio que ponerse al frente....

—Sí, es cierto; sin embargo, yo tendria más fé si fuese el mismo general quien dirijiese los trabajos revolucionarios....

—Ah! por eso no abrigues cuidado. La cosa es segura. Cuenta el Comité con la Escuadra y con el Ejército.... Del pueblo no hay que hablar....

—Ah! Francisco! lo mismo decia mi padre antes de la revolucion de Lavalle en 1828!—Y ya sabemos el resultado desastroso que tuvo todo aquello.

—No hagamos comparaciones, Emilia.—Tú recuerdas que yo fuí enemigo de aquella revolucion.—Dorrego era porteño, y con un porteño siempre puede uno entenderse.—No aprobé las revoluciones contra el mismo Rosas..... La cuestion ahora es muy diferente. Lo que todos queremos es que no nos dominen los provincianos, y cuando Buenos Aires está unido—¿quién puede vencerlo?

Hubo un intérvalo de silencio.—Suspiró luego don Francisco y esclamó:

—Así estuviese yo tan seguro de otra cosa, como lo estoy del triunfo de la revolucion!

—Ya sé en lo que estás pensando.—Te preocupan los obsequios del Baron Romberg á nuestra Marta....

—No es eso, muger, lo que me preocupa; es que veo á la niña cada vez más entregada á las atenciones del tal Baron....

—¿Y bien?

—Ah! tú reconoces que Marta lo quiere!

—Hace tanto tiempo que lo sé!

—Lo dices tan tranquila!

—¿Por qué no?

—Ya veo que has dejado llegar las cosas al punto en que están, no sin medir las consecuencias....

—¿Te figuras que podia detenerlas?—Con setenta y dos años á cuestas, y no conoces el corazon humano!

—¿Pero te gusta ese partido para nuestra Marta?

—Si tomamos la cuestion en absoluto, sin darnos cuenta de la realidad, ningun partido nos podrá gustar. Querriamos que Marta nos perteneciese siempre, que fuese esclusivamente nuestra. ¿Pero es esto posible?

—Marta es muy niña!

—Y nosotros muy viejos! ¿Qué sucederia si faltásemos nosotros de este mundo, dejándola soltera? Su gran fortuna solo serviria para aumentar los peligros de su posicion.

—Jamás se me habia ocurrido pensar en eso!—esclamó ingénuamente don Francisco.

—Pues debemos pensarlo siempre; ahi está precisamente el escollo de la felicidad de Marta. No podemos tratar de casarla á todo trance, pero no debemos poner obstáculos á ningun partido aceptable.....

—¿Y te parece aceptable el Baron Romberg?

—Dime tú mas bien, Francisco, porqué no lo encuentras aceptable....

—El Baron es viejo para nuestra Marta.... Por acartonadito no lo parece tanto; y nosotros vamos á darde un pimpollo que revienta de lozanía y de frescura....

—Sí, talvez tienes razon. Es un poquito viejo para Marta, que es demasiado jóven. Bien miradas las cosas, eso, léjos de ser un mal, será un bien. Habrá un motivo más para que Marta atraiga á su marido, y una presuncion ménos de que el marido vaya á buscar los placeres estraños al hogar con la fortuna de la mujer. Está en el órden de las cosas, que el Baron Romberg se apasione frenéticamente de nuestra nieta y se vea subyugado por ella.—Ella será la reina absoluta de la casa!—No sostengo yo eso como verdadero ideal del matrimonio; pero nadie negará que las mujeres son tanto más felices cuanto más dominan á sus maridos.

—Emilia, tienes tal modo de discurrir que, antes de oirte, las cosas me presentan un aspecto, y, despues de haberte oido, se me

aparecen bajo un aspecto diferente.... Pase, pues, eso de que el pretendiente sea un poquito viejo.... Ahora voy á confesarte algo que me cuesta decir. Maldita la gracia que me hace un estranjero, un Baron, para casarse con nuestra Marta!

—Te adivino el pensamiento!—Eso te trae á la memoria el casamiento de tu hermana Dorotea con el Conde De Siani.... Pues, mira, yo tambien he reflexionado mucho sobre el particular, pero me he convencido de que no hay similitud en los dos casos. ¿Quién era De Siani? Propiamente hablando, nadie lo sabia. Así como podia ser un jóven distinguido, podia ser tambien un simple aventurero.—No necesito recordarte las demás circunstancias que hacian absurdo aquel enlace.—Romberg está en otro caso muy distinto. Es un hombre conocido, que ocupa un puesto en la diplomacia, y de cuyo título nadie puede dudar.—Tu recordarás que el Emperador y la Emperatriz lo colmaban de atenciones; y de suyo está demostrado que solo personas muy honorables tienen cabida en el cuerpo diplomático del Imperio de Austria.—Es de buena familia, de familia noble en su país, con posicion hecha, sumamente fino, y Marta ha llegado á quererlo... ¿Por qué habriamos de oponernos á la realizacion de sus recíprocos deseos?

—Pero, mujer,—¿y si ése hombre pretendiera marcharse á su tierra con nuestro tesoro?

—Allá marchariamos tambien nosotros!—Mas no existe tal peligro. En primer lugar, acaba el Baron de ser nombrado Ministro en Buenos Aires, y es sabido que los diplomáticos europeos permanecen largos años en un mismo puesto... Pero no debemos preocuparnos de tal cosa... Mira, Francisco, yo estoy persuadida de que el pretendiente, como dices tú, es un perfecto caballero; pero creo al mismo tiempo que no tiene fortuna.—Si la tuviese, no véndria á estos países. Miéntras vivamos...... me dá vergüenza decirlo, pero es lo positivo.... miéntras vivamos tratará de hacer lo que más nos agrade, y si no queremos, de Buenos Aires no se moverá.... Cuando faltemos, es natural que desee ir á brillar con nuestra fortuna en su país, y allá irá Marta, y ella brillará tambien... ¿Debe contrariarnos esa perspectiva?—Si Marta tuviera aquí hermanos, ú otros parientes inmediatos, se comprende que nos oprimiera el corazon la idea de verla trasplantada á tierra tan lejana... Ah! pero ella quedará sola en el mundo cuando nosotros faltemos, y talvez tiene más peligros para ella este Buenos Aires, donde un aleman ó un austriaco es considerado candidato seguro para marido infeliz, que cualquiera de las capitales europeas, donde el Baron Romberg, con su título y con la inmensa fortuna de Marta, será un personaje grandemente respetable.

—Repito, Emilia, que tienes una manera de discurrir.... Así mismo, te confieso que me queda en el corazon un no sé qué.....

—Pues nada debe quedarte, marido.... Reflecciona esto último.... Marta es una criatura muy impresionable, muy lijera. Ya la vimos enamorada de Jorge Parler... No fué difícil sacarle de la cabeza tal locura,—porque ella misma séntia la humillacion de su estravio; pero si mañana se enamorase de cualquier mozalvete, de esos que andan en sociedad sin más capital que el de sus calaveradas, nos encontrariamos en un conflicto espantoso... Demos por bien empleado que acepte los obsequios de un hombre sério... A ella le gusta, ella lo quiere... Tanto mejor entónces! - Ya conoces á fondo mi opinion.... Estoy muy tranquila en esto.... Así pudiera estarlo tanto por el éxito de la Revolucion!

Guardaron silencio; se adormecieron despues, y en el sueño del anciano y de la anciana la imágen grata de Marta Valdenegros cruzaba extravagantemente envuelta en las sangrientas turbulencias de una aventura revolucionaria.....

Era ya tiempo de que don Francisco se resignase á los amores de Marta con el Baron Romberg.—Estaban perfectamente entendidos, y la jóven, por intermedio de Pancha Ovalle, procuraba inflamar la linfa del tudesco para que este se apresurase á consagrar oficialmente el *compromiso.*—El Baron, sin embargo, siempre fiel á las honrosas tradiciones de la diplomacia, emplea aun cierta fuerza de inercia para *trainer en longueur* las negociaciones finales de sus desposorios.

Marta está impaciente.—No le basta haberse presentado en el palco de Colon, teniendo á su lado, durante los dos últimos actos de la ópera, al representante de Austria, que tambien la acompaña hasta el coche, á la salida, entre las miradas y cuchicheos de la envidia.... Devora á Marta el anhelo de notificar á la sociedad, solemnemente, que dentro de breve tiempo deberá llamarla: *la señora Baronesa de Romberg.*

Ahora, su pasion, no es aquella pasion poética que le hacia ver la imágen de Jorge Parler en los árboles, en las flores, en la nube que pasa, en el horizonte inmóvil en las estrellas, en el libro, en el espejo, en la almohada, en todas partes.... No es siquiera el devaneo inquieto que la asaltaba cuando el doctor Nugués se ausentó de *Las Alamedas*, dejándola huérfana de *conversaciones entretenidas.*—Es un inmenso alboroto de la imaginacion, que inunda su alma con fruiciones de satisfaccion y de orgullo, que enciende ante sus ojos fuegos artificiales de grandezas mundanas y placeres objetivos..... No está en su corazon la imágen del Baron Romberg ausente, ni su sangre bulle en presencia del Baron Romberg.—Marta lo adora como el mito casi impersonal de un casamiento que la hará gozar y lucir en el mundo!

Debido á esto, sin duda, se encuentra, no solo alegre y espansiva, sino galanamente sociable, muy dispuesta á compartir con otros las amabilidades que las enamoradas reservan habitualmente para el objeto esclusivo de su amor. Sorprendióse mucho el Dr. Nugués de encontrar ese temperamento en Marta, pues Pancha Ovalle se la habia pintado hoscamente absorta en la contemplacion del Austriaco.—Verdad es que el Dr. Nugués tenia buen cuidado de elegir para sus visitas las noches en que el Baron Romberg no visitaba á la princesa Emineh, y así se prolongaban sus conversaciones con Marta en la mas agradable intimidad. Sucedia ahora que doña Emilia y don Francisco eran los que trataban con seriedad al Dr. Nugués; no le perdonaban que fuese diputado avellanedista! Marta estaba en muy diferente disposicion de ánimo.—Siendo avellanedista todo el cuerpo diplomático, segun las proclamas de Pancha Ovalle, la jóven habia llegado á persuadirse de que Avellaneda era el candidato de buen tono, y, aunque sin manifestarlo, deploraba el entusiasmo mitrista de sus abuelos.

Con mayor desarrollo intelectual y el capital de educacion y de esperiencia que suministran los viajes, Marta acompaña la sagacidad maligna y la facundia espiritual de su antiguo médico.—Charlan, rien, conversan gravemente, vuelven á reir y á charlar; y delante del sofá que ellos ocupan, las horas se deslizan con la rapidez de sus danzas más festivas. Solo tenian un motivo de disentimiento enojoso; era cuando el doctor Nugués pretendia herir con uno de sus dardos satíricos á la persona semiaugusta del Baron Romberg.... Ah! entónces Marta dejaba escapar un rugido de su naturaleza apasionada, y el escéptico quedaba desorientado por las bruscas transiciones do aquel carácter enigmático.

Cierta noche, inició el doctor Nugués una conversacion muy vidriosa, con la ruda franqueza de que á menudo hacia alarde:

—Y ya que volvemos la vista hácia el pasado, mi rebelde enferma,—quiero que me esplique lo siguiente:—¿de quien estaba usted enamorada cuando se fué á Europa?

—Señor inquisidor, respondió Marta sonriendo;—¿cómo puede usted asegurar que estaba enamorada?

—Sobre eso no hay cuestion;—lo estaba, y más que ahora, mucho más que del Baron Romberg!

—Insolente!

—Verídico.

—Si no retira la frase, no contesto á su pregunta.

—La retiro!—Una confidencia suya vale mil retractaciones.

—Pues bien, empezaré por decirle que Pancha Ovalle me ha referido todo lo que entónces conversaban ella y usted. Un dis-

parate como cualquier otro! Yo estaba enamorada, sí, ó creia estarlo...

—Que es lo mismo, interrumpió el doctor Nugués.

—Pero le juro, prosiguió Marta, que no era usted entónces, el hermoso objeto de mis amores ideales... No me pregunte quien era, porque, si lo dijese, me pondria en ridículo; mas para que se convenza de que no era usted, tendré la franqueza de confesarle que allá en las Alamedas estuvo mi corazon muy tierno para usted... Ah! pero el doctor Nugués cometió dos faltas graves... Primera, no recotar á tiempo una declaracion amorosa.... Segunda...

Interrumpióse Marta, poniéndose de pié.

—Mire, doctor, prosiguió luego;—hay que optar entre ser médico y ser pretendiente. Para lo segundo, es indispensable renunciar á pasar cuentas!

Marta soltó una de sus grandes carcajadas melodiosas, batiendo sus pequeñas manos con tal excitacion de nérvios que resonaban, al chocarse, sus pulceras de oro.—El doctor Nugués, con toda su travesura ingeniosa, no encontró una respuesta digna de aquella coqueteria suprema. Cuando volvió á su casa, sintió las desazones del insomnio, y no pensaba en sus enfermos, ni en el Congreso, ni en la candidatura del doctor Avellaneda!

No fué Marta ménos amable con Rodolfo De Siani, particularmente un dia que este habia sido invitado á comer por don Francisco. —Concluida la mesa, pasó la familia á uno de los grandes salones, que estaban todos iluminados á gas, porque era noche de recepcion del Baron Romberg.—Rodolfo ofreció su brazo á Marta; empezaron á pasear á lo largo del salon, y los inmensos espejos, á cada frente y á cada lado, multiplicaban al infinito las imágenes de aquella elegante pareja, vestida ella con un traje de gró marron, de gran cola, sin mas adorno en la cabeza que sus bellísimos cabellos negros, y él de rigorosa etiqueta, llevando el frac con la soltura y el donaire que convienen á un jóven diplomático.—Complacíase Marta en contemplar las imájenes movedizas que reproducian los cristales, y cuando miraba cara á cara á Rodolfo, encontraba exactas las ponderaciones que de él habia hecho Pancha Ovalle.

Marta y Rodolfo, en conversacion serena, casi ceremoniosa, se cambiaban impresiones de viage.—La una hablaba de Europa y el otro de los Estados Unidos.—Rodolfo se mostraba lacónico, pero muy espresivo en la frase.—Criticaba con dureza la liviandad de las costumbres *yankees*. Parecia dar á todos sus pensamientos una gravedad sistemática, y de su fisonomia no se borraba ni un instante cierto tinte de tristeza recóndita. Marta lo escuchaba, embelesada de encontrar en el más inmediato de sus parientes tan rápida y donosa regeneracion.

—¿Piensas volver á los Estados Unidos?

—Sí,—y en breve.—Voy de secretario.—Estaré en Washington un año. —Despues, tengo muy buenas promesas de ser trasladado con igual rango á la legacion de Paris.

—Algun dia nos encontraremos por allá!

Estuvieron sentados algun tiempo.—Volvieron despues á pasearse,—y en uno de sus paseos los encontró S. E. el Baron Romberg, Ministro Residente de S. M. el Emperador de Austria y Rey de Hungria ante el Gobierno de la Confederacion Argentina. —Durante algunos momentos, formaron los tres un grupo interesante en el salon.—Junto á Rodolfo, de elevada estatura, de musculatura desenvuelta, de poderosa juventud, parecia el Baron Romberg un adorno de mesa, gentil pero anticuado.... No lo pensó así Marta Valdenegros, pero Rodolfo De Siani salió de la casa de sus tios con un sentimiento amargo de su inútil superioridad....

Entre tanto, la curiosa indiscrecion se anticipaba á los hechos, y el enlace de la opulenta heredera con *el nuevo Ministro de Austria* suscitaba animadísimos comentarios en todos los círculos sociales. Hubo hasta un periódico que se atrevió á anunciar tan notable acontecimiento, dando nombres propios, y este periódico fué á manos de Jorge Parler, por una circunstancia muy casual.—Habia ido el mayordomo de las Alamedas, en la tarde, á la estacion del ferro-carril, con el objeto de franquear una carta para el señor Valdenegros.—Ya no se esperaba tren ni de ida ni de vuelta. El jefe de la Estacion, mozo despierto y parlanchin, tenia el tiempo disponible para vengar sus largas abstinencias de conversacion con el primero que se le presentase,—y mucho mejor con Jorge, que era viejo conocido suyo.

—¿Sabe, mi amigo, la noticia?—dijo el jefe.

Pensó Jorge que se trataba de noticias electorales y respondió:

—Ni sé, ni quiero saber; para mí no existe la política.

—Si no se trata de política! Vea este diario!— Es la nieta de su patron que se nos casa, y nada ménos que con un conde, ó qué sé yo... Vea el diario!

Jorge leyó... No habia lugar á dudas; «Se anuncia el próximo enlace de la Sta., etc., etc. Parece que será de un lujo nunca visto en Buenos Aires.»

Sin parar mientes en las impresiones que traicionaba el semblante de Jorge, entregóse el Jefe de la Estacion á una crítica feroz del *pícaro Baron* que venia á llevarse la más cuantiosa fortuna de la Provincia.... Jorge sonreia, contestaba con medias palabras.... Franqueó su carta, se despidió y fué á tomar su caballo.—Caia ya la noche, y era intensamente fria. El galope de su oscuro pone muy pronto á Jorge en las cercanias de *las casas*. Se detiene derepente. Ha llegado al sitio donde una tarde, una noche, cerca de las altas arboledas de la quinta, en la soledad, bajo pabellon de sombras, estuvo Marta á sus piés, ébria de amor, rendida.... Baja del caballo y se precipita sobre la yerba húmeda, ocultando el rostro entre sus manos crispadas, sofocando un sollozo que le destroza el corazon.... Ah! jóven imprudente y liviana! ¿Por qué viniste á turbar con imposibles hechizos la paz de un alma noblemente resignada á sus destinos humildes? ¿Por qué arrojaste al seno de una existencia modesta y sosegada el fermento de las ambiciones quiméricas, de las esperanzas que arrebatan y atormentan?... Jóven imprudente y liviana!—Dejaste entrever un suave resplandor de cielos desconocidos, para transformarlo despues en llamas devoradoras de un infierno!..... Lanzaste la chispa del incendio, y no has tenido ni un recuerdo piadoso para los estragos que dejabas á tu espalda!.... Dolor de los dolores! Colmo de miseria! Cuando contempla Jorge el fruto de su espontáneo sacrificio, con austeridad sobrellevado, su valor y su resignacion lo traicionan.... Solo tiene suplicios para él la felicidad de Marta Valdenegros!

Y Marta era verdaderamente feliz, cada dia más feliz, á medida que el Baron Romberg, teniendo con ella mayor grado de confianza, le contaba las grandezas de su familia en Viena, y le presentaba deslumbrántes perspectivas de una odisea triunfal en las diversas córtes de Europa.—Hubo, sin embargo, una primera nube en la diáfana felicidad de Marta.—Orfilia Sanchez habia convenido en ir, una noche de visita del Baron Romberg, á casa de los Valdenegros,—para tener ocasion de conocer al galan.—Hízolo, en efecto, acompañada de su esposo, el doctor Arismendi, jóven de fisonomia algo adusta, poco sociable, que pronto se alejó de la rueda del salon para ir á conversar en particular con don Francisco.... El uno era tan mitrista como el otro, y ambos soñaban despiertos con el triunfo de la próxima revolucion.... Orfilia, Marta, doña Emilia y el Baron Romberg continuaron sosteniendo una conversacion general.—Al retirarse Orfilia, Marta la llevó con disimulo aparte, y le preguntó con vivo anhelo:

—¿Qué te ha parecido?

—Muy bien, respondió Orfilia.

Pero ese *muy bien* fué de tal manera pronunciado, que Marta lo recibió como un alfilerazo agudo en la médula de su amor propio....

Una vez en la calle, Orfilia, apoyándose en el brazo de Arismendi con ese abandono inimitable de la mujer recien casada, cuando está enamorada de su marido, esclamó:

—Por Dios! qué decepcion he tenido! No puedo conformarme con que Marta quiera á semejante hombre....

—Me pareció muy fino, interrumpió Arismendi.

—Sí, tan fino, que no sabe otra cosa que hacer y decir finezas. Qué pedanteria! Qué cortesano! Adula visiblemente á Doña Emilia y á Marta.... A mí me hace el efecto de un muñeco.... Si se le hiciese la autópsia, no se le encontraria corazon, ni sesos!

Marta, como si estuviese oyendo á su amiga, habia quedado profundamente agraviada.—En su despecho, tuvo un mal pensamiento,—ejerció una ruin venganza interna, creyendo que Orfilia Sanchez estaba devorada por la envidia, como las demás mujeres de Buenos Aires.—Despues, como venganza estrema, se propuso decididamente formalizar su compromiso.—Al dia siguiente de la visita de Orfilia, fué á ver á Pancha Ovalle y la encargó de exigir al Baron Romberg que hablase formalmente con el señor Valdenegros.—El Baron, esta vez, se dejó convencer, y dos dias despues, habiendo salido doña Emilia y Marta durante el dia, las recibió á la vuelta don Francisco muy sonriente, y les dijo:

—A las cuatro he tenido el honor de recibir al señor Baron Romberg.... Esto ya no tiene remedio....

Marta puso en su fisonomía una espresion triunfante, y doña Emilia y don Francisco la acariciaron juguetonamente.

A la noche, pudo apercibirse Marta de que sus abuelos se apartaban para conversar de algo que los traia preocupados.—Al dia siguiente, vió que se encerraban en el escritorio de don Francisco, permaneciendo allí algunas horas.—Habia en aquello un misterio que azuzaba la imperiosa curiosidad de Marta; pero su orgullo la determinaba á no hacer interrogaciones..... Estuvo Pancha Ovalle, y confirmó que el Baron Romberg habia ido, en la víspera, á pedir la mano de la señorita Valdenegros, contestando muy placenteramente don Francisco que hablaria con doña Emilia y con *la niña*.....El Baron hacia prevenir á Marta que, en atencion á la solemnidad de las circunstancias, aplazaba sus visitas hasta el arreglo definitivo de las cosas.....

—Tú comprendes, añadió Pancha, que con un europeo, con una persona como el Baron Romberg, hay que poner muy bien los puntos en las ies.....

Y siguió hablando con cierto acento intencionado y enigmático, de las costumbres de Europa, y de las tradiciones que observan los nobles en sus casamientos, á tal punto que Marta llegó á escucharla con fastidio y procuró el medio de abreviar la visita.

Ocurria eso un miércoles.—El juéves, despues de almorzar, don Francisco y doña Emilia fueron á la quinta de Barracas.—La capilla de Santa Marta estaba ya concluida, y el domingo debia verificarse la consagracion, siendo esto motivo de una pequeña fiesta para las más estrechas relaciones de la familia. Marta habia significado el deseo de quedarse, y sus deseos eran actos.... Queria ir á ver á Pancha Ovalle, para aclarar las apariencias de complicacion misteriosa que la tenian desazonada..... Pidió su cupé para las dos y media..... A esa hora, se disponia á bajar la escalera cuando llegó al descanso superior un sirviente que conducia una carta en una bandejita de plata.

—De S. E. el señor Baron Romberg, dijo el sirviente.

Tomó lo señorita aquella carta, que estaba dirijida al señor Valdenegros, y llevaba, en el reverso del sobre estampada una hermosa corona baronal.—La colocó de nuevo en la bandeja, y contestó con indiferencia:

—Puede ponerla en el escritorio.

Pero en vez de bajar, retrocedió hácia sus habitaciones, y dos minutos más tarde estaba en el escritorio de don Francisco, de pié, mirando fijamente una carta, que oprimian el índice y el pulgar de sus dos manos.... Duró largo rato la contemplacion.... Hizo despues un movimiento nervioso con los hombros y rompió precipitadamente el sobre.... Desdobló el pliego que se encontraba adentro, y comenzó á leer.... A medida que leia, palidecia su rostro, se amorataban sus lábios, se le atravesaban los ojos en las órbitas; y cuando concluyó la lectura, cayó sobre un sillon, anonadada por la fuerza de sus emociones!

(*Continuará.*)

# LA POMPADOUR

## ESTUDIO DE ENRICO NENCIONI

—

*Bajo el título de «Medaglioni» acaba de dar á luz un precioso libro el distinguido literato italiano Enrique Nencioni, que encierra diez retratos de mujeres célebres.*

*Creyendo dar á nuestras lectoras un material escogido y atrayente, insertamos hoy el primer artículo de ese libro, traducido espresamente para* EL LUNES. *Si como lo esperamos, gusta esa lectura, daremos sucesivamente otros capítulos de la obra de Nencioni, tan interesantes como el que hoy publicamos.*

TENIA apenas nueve años cuando se le predijo que seria la favorita del rey de Francia. La madre, muger corrompida y galante, decia de ella siendo aún jovencita y en su presencia: *Es un bocado de rey.* La naturaleza le habia dado el instinto de la seduccion, el gusto innato de la *toilette*, el sentimiento del amor y del arte, una diabólica vivacidad parisiense, el horror del fastidio y una belleza escepcional; fisonomia espresiva, simpática; ojos de color misterioso, indefinible, negro-azul, de miradas lentas, irresistibles; magníficos cabellos castaños; dientes admirables y una sonrisa llena de alegria sobre dos lábios de sonrosado subido. Jeliotte, el famoso Jeliotte, le habia enseñado el canto y el címbalo; Guidauber, el rey de los bailarines, la danza; Crébillon, la declamacion. Dibujaba, pintaba, grababa. Cantaba con pasion, con brio. Cuando *mademoiselle* Poisson (apellido innoble que debia envenenar los triunfos de la futura marquesa y sepultar por años y años en las tinieblas de la Bastilla á los infelices que lo zepitieron en venenosos *couplets*) se transformó en madama de Etioles, gracias á las sabias precauciones de la providente *maman*, todas aquellas armas de Armida fueron usadas para atraer, dominar, encadenar al *cristianísimo* y fastidiadísimo rey de Francia.

♣

En el bosque de Senart, punto de cita de las cacerias reales, madama de Etioles vestida de raso azul, muellemente reclinada en un *phaeton* color de rosa, se ofreció más de una vez á las miradas de Luis XV, pasando y repasando entre los caballos y los perros de la jauria real como una Diana sonriente y fascinadora... Una noche de carnaval, durante el baile de las bodas del Delfin, un gracioso dominó, despues de haber *intrigado* largo rato al rey, se quitó á medias el antifaz y dejó caer el pañuelo. El rey, una vez que reconoció la misteriosa Diana, recogió el pañuelo y lo lanzó riendo á la espalda de ella, que huia. Pocas noches despues ella habitaba el pequeño entresuelo bajo la cámara del rey, trepidando, simulando terrores causados por los celos del marido, jurando haber amado siempre en Luis al hombre y no al monarca, y así, pra sonriente ora gimiendo, era en suma una verdadera *salsa picante* para el paladar obtuso del monarca libertino y aburrido. Cómo! decian los Condé, los Richelieu, esta burguesa, esta *robine qui n'est pas née* será de hecho la reina de Francia? Sin duda: y él que se gozaba en forjar despechos, la hace *nacer* á su modo, la pone públicamente bajo su proteccion, la honra, le da palacios y título, quiere que sea respetada por todos la que elige soberana, que todos doblen la rodilla ante la favorita por él creada *marquesa de Pompadour*. Y así fué...



Fué como un despertar general de un largo sueño en aquella córte de aburridos. Todos, del rey al mayordomo, vivian en el aire mefítico del frio libertinage, del cansancio, del fastidio. «La

improba necesidad de consumir la vida» era la *tortura* de aquellos languidecientes: la Pompadour abrió una corriente de aire vivificante en aquel limbo. Comprendió que para permanecer siendo árbitra del corazon de Luis tenia que distraerlo continuamente, tener siempre despierta y apagar siempre su curiosidad. La delicadeza y la variedad en los placeres, la seduccion de las sorpresas, un renovamiento continuo de *toilette*, de pasatiempos, volvieron el gusto hácia la vida á aquellos moribundos.

El capricho se hizo ley de la córte, y ella transportaba á la córte de Versalles á Crécy, de Crécy á Bellevue, de Bellevue á Fontainebleau, con rápidos viages y breves estaciones, inventando nuevas diversiones en cada nueva morada. El teatro *des petits appartements* fué invencion suya y fué el verdadero teatro de sus primeros triunfos. El rey asistia á todas las representaciones; la flor de la nobleza componia el *parterre*. La Valliese, De Nivernois, De Croissy representaban con Mme. de Pompadour. El rey se divertia, reia, aplaudia; y una noche, encantado por la magia de la voz y de la sonrisa de ella, le dijo con acento de sincera admiracion: «*Vous êtes* la plus charmante femme qu'il ait en France.»

Y podia decirlo en verdad, fascinado por las continuas metamórfosis de aquella sirena. Cantando y representando lucia en su vestuario las más graciosas fantasías de la moda, que muchas veces eran creaciones de su gusto parisiense. Ora aparecia en trage de pastora, con vestido de *taffetas* blanco guarnecido de cintas azules (el azul era el color predilecto de la marquesa) ó con el trage procaz color de rosa de Colin; ora de sultana espléndida de cachemires y de joyas, cual vision fascinadora; ora de bella jardinera, con un sombrero de paja de anchas alas, con un vestido blanco salpicado de rositas y un canastillo de jacintos al brazo.

Qué contraste con la vida uniforme, regular, monástica, de la pobre reina Maria Lezinska! A las torturas de los celos, á las lágrimas ardientes que le hicieron vertir la Nesle y la Chateauroux, habia sucedido en aquella alma noble y delicada, una cristiana resignacion, una inmolacion completa. Cuáles agonías no le habia inflingido ese rey cobarde entre todos los reyes! La habia reducido á tal punto que ella escribia á la duquesa de Luynes: «No se me conceden tampoco los más inocentes placeres de la vida. Cuando Luis se enfermó en Metz, y estando en peligro, despidió á la Chateauroux, habia acudido á su cabecera llevándole entero su perdon y su amor. La conversion duró dos semanas... La reina tuvo que marcharse y la favorita volvió gloriosa y triunfante. Fué la última mortificacion que traspasó aquel noble corazon. Ella lo elevó al cielo y lo hizo invulnerable. Sin embargo, su vida ordenada y ascética era sujeto de mofa continua en aquella corte corrompida. Hasta sus camareras se tomaban con ella libertades á que no se habrian atrevido con una simple dama. Cuando la favorita Chateauroux falleció imprevistamente la bondadosa reina que creia en los espíritus, llamó de noche á una camarera y le dijo: «Dios mio, si esa pobre Chateauroux se me apareciera! me parece siempre verla!» Eh, señora, contestó la camarera enfadada por haber sido despertada, si esa dama volviese esta noche á este mundo, no seria Vuestra Magestad quien recibiria su primera visita.» Los cortesanos y las damas que debian por ceremonia hallarse presentes á su comida, á sus paseos, lo consideraban como una verdadera *corvée* y reinaba un silencio glacial. Casanova nos ha descrito una comida de la reina presenciada por él, durante toda la cual la conversacion se redujo á este diálogo realmente espartano: —« Monsieur de Lowendal!»—«Madame!»—«Je crois que ce ragôut est un fricassie de poulets.»—«Je suis de cet avis, Madame.»

Uno de los pocos méritos (mérito en sentido relativo) de la nueva favorita fué su delicado comportamiento en presencia de la reina. Le habló siempre en actitud de súbdito, en tono obsequioso, no permitió nunca que se le hiciese á ella la más mínima alusion irreverente á la pobre traicionada. Y este sentimiento, en una muger pervertida por la propia madre y corrompida desde la infancia, es de apreciar y debe tenérsele en cuenta.

En la nueva marquesa de cuando en cuando asomaba la antigua señorita de Poisson; la burguesa se dejaba escapar palabras que eran malignamente sublineadas por las verdaderas damas. Un dia dirá, por ejemplo, *qu'on m'ôte cet engin de devant moi* á propósito de un primo con el cual estaba enojada; otro dia llamará á la señora de Amblimont *mon torchon*. Son conocidos los dos versos que Voltaire le improvisó en el oido cuando comiendo con ella le oyó llamar *grassouillette* á una perdiz.

*Grassouillete, entre nous, me semble un peu caillette*
*Je vous le dis tous bas, belle Pompadourette.*

Poco á poco supo imponerse á todos y triunfar temida. Pero qué terrores continuos, cuántas sospechas, cuántos cuidados, cuántas fatigas morales, cuántos desarreglos físicos para mantenerse en el triunfo! Otras célebres favoritas tuvieron que hacer con amantes de linage real ó atolondrados, ó generosos, ó apasionados: ella por lo contrario tenia que luchar con el más calculado egoismo, con el corazon más árido y muerto, simular, y fingir, ocuparse, en defensa propia, de la política hácia la cual no tenia inclinacion, ella que habia nacido artista, é iluminar frecuentemente con su buen sentido á las obtusas inteligencias de los hombres de Estado que entónces gobernaban la pobre Francia...... Luego venian las torturas de las sospechas de los celos; veia por todos lados una rival, presentia ya los insultos que estallarian si cayese de su pedestal. Cómo se reirian las Coislin, las D'Argenson!.... Luego se asustaba de la frialdad de su temperamento, temia que el rey libertino se digustase de ella, recurria á filtros mortíferos, á yerbas asesinas, y se arruinaba irreparablemente la salud para vencer sus *froideurs de macresece* como él las llamaba.



La verdadera gloria de la Pompadour—su gloria y su excusa—es el vivo y constante amor por el arte y por las letras, su admiracion, su inteligente afectuosa proteccion á los más insignes artistas y escritores contemporáneos. Voltaire, D'Alembert, Diderot, Montesquieu, Duclos, Crébillon tuvieron repetidas ocasiones de estarle reconocidos. Tentó de mil modos de beneficiar á Rossean pero éste, el solo filósofo de buena fé entre aquellos filósofos mundanos, evitó los beneficios. Se esforzaba por estimular en el rey la noble ambicion de protector de los grandes contemporáneos, le recordaba los ejemplos de Augusto, de Francisco I, de Luis XIV.... Palabras al viento. El la miraba con su inerte vítreo ojo de pescado y sonriendo con su glacial sonrisa de viejo libertino, le respondia: «Quisierais que los invitase á todos á comer conmigo?» Y citaba sus nombres, los contaba y concluia: Escuchándoos *tout cela* cenaria cada noche conmigo.... «Ah, *tout cela*, majestad, no fué invitado á cenar por vos,» pero ella estaba instintivamente con ellos «Dans le fond de son coeur, elle était des nôtres,» escribia Vellaire á Duclos. En el *entresol* de la Marquesa en Versailles, se reunian y discutian con la más amplia libertad economistas y enciclopedistas. Comian con frecuencia allí Diderot, Quesnay, Helvetius, Turgot; y *tout cela* analizaba los males, preveia las tempestades y hacia decir á la Pompadour las memorables palabras, sin razon atribuidas á otros: *aprés moi, le déluge!*



Las bellas artes no solamente fueron protegidas por ella, sino que tambien recibieron la impresion característica de su gusto elegante y decorativo. Y ella misma era artista. Sus *aguas fuertes* son hoy mismo estimadas y admiradas. Los restos de su famosa biblioteca son buscados ávidamente por los bibliófilos. Imprimió ó ayudó á imprimir con sus propias manos, en Versailles, una tragedia del gran Corneille. La manufactura de Sévres debió á ella únicamente si sus porcelanas pudieron competir con las maravillas del Japon. En los servicios de mesa de Sévres, el *género Pompadour* brilla de una gracia y elegancia únicas. Protegió á Vanloo, protegió á Cochin, benefició constantemente á Boucher. A ella es debido el *Amor* de Bouchardon, insigne obra maestra; á ella tambien las piedras grabadas de Gai.

Todas las gracias, todo el gusto de la época parecen derivar de ella. Protegió las artes y á los artistas, no como orgullosa protectora, sino como compañera: por pasion mas que por ambicion. El arte francés de su tiempo fué su refugio y su alivio en medio de los disgustos de la favorita y de los fastidios y aprehensiones de la política. Ella fué la primera en combatir el arte tradicional y académico, los eternos modelos griego-romanos, é invitó é indujo á los pintores y escultores á representar *la vida contemporánea*. Ella, por la primera, quiso que el arte se aplicase á la industria, y puso, por decirlo así, su *cifra* sobre millares de objetos de uso y de lujo, muebles, camas, carruajes, abanicos, estuches, relojes, *babioles* de todo género; cifra reconocible á primera vista, de un *rococo* elegante y voluptuoso, en una palabra el *género Pompadour*. Tenia pues razon Cárlos Vanloo, cuando durante

la última enfermedad de la marquesa, pintó las Artes de rodillas á los piés del Destino intercediendo por la vida de ella...



Mas el destino se mostró sordo. Ya desde 1759 la salud de ella estaba irreparablemente perdida, y con la salud la frescura de la tez y la belleza. En la antigua *Histoire de Madame de Pompadour*, publicada en Lóndres, durante su vida, en 1759, ella está descrita así: «Le visage de Madame de Pompadour n'est plus capable de fixer, l'attention.... elle est d'une épouvantable maigreur...» Fué sintiéndose morir de una lenta agonia cuotidiana por 5 largos años. Moribunda, al sacerdote que se disponia á salir del aposento, le dijo con una sonrisa: «Un moment, Monsieur le Curé, nous nous irons ensemble».

Cuando el rey supo su agonia, su muerte, no derramó una lágrima. Y cuando desde una ventana del castillo de Versailles vió pasar el cortejo fúnebre acompañando el ataud con el cuerpo presente entre el viento y la lluvia, pronunció estas palabras cínicamente crueles: «La Marquise n'aura pas beau temps pour son voyage.» Una semana despues la pobre reina Maria Leczinska, escribiendo al Presidente Hénault, le decia: «Il n' est plus question ici de *celle qui n' est plus*, que si elle n' avait jamais existé. Voilá le monde: c'est bien la peine de l'aimer!»

Ese cadáver transportado de prisa entre el agua y el barro de Versailles á Paris, esa misma muger que vive aún y vivirá en el cuadro pintado al pastel por La Tour en el Louvre, vestida de raso blanco bordado de ramas de oro y de ramilletes de rosas, muellemente sentada en un sillon, voluptuosa, con la sonrisa en los lábios, bellísima, con un cuaderno de música en la mano. A sus piés está una cartera con grabados; detrás de ella un jarron de porcelana de Sévres sobre la mesa, á su lado un volúmen de la *Enciclopedia* y el *Pastor Tido*.... Pobre favorita! Todo bien considerado, sus angustias superaron en mucho á sus goces en esta vida. La abandonada reina, resignada y creyente, fué, sin duda, incomparablemente ménos infeliz que su rival triunfante.

X. X. Z.

# TABARÉ

## BOCETO DE UN POEMA URUGUAYO

*Tiempo hace que venia anunciándose la publicacion de «Tabaré», poema del doctor Zorrilla de San Martin, algunos de cuyos fragmentos conociamos por una lectura privada que el autor diò en una reducida reunion de amigos.*

*Se ha publicado ahora la introduccion de esa obra, y le damos cabida en esta edicion literaria de* LA RAZON, *que se complace en archivar en sus páginas esa produccion de uno de los más distinguidos poetas orientales.*

*Suprimimos por hoy todo juicio respecto del poema cuya lectura creemos ocioso recomendar:*

### (INTRODUCCION)

I

VOSOTROS.... los que amais los imposibles,
Los que vivis la vida de la idea
Y os desprendeis del mundo de las formas
Sin dejarle un giron de vuestra esencia;
Los que sabeis de risas sin encanto
Y de dolores grandes sin tristeza,
Sentaos à mi lado y escuchadme,
Escuchad mi leyenda.

—

Los que al ver que los vientos otoñales
Los àrboles desnudan, y los dejan
Ater idos, inmòviles, deformes
Como esqueletos de hermosuras muertas,
No solo en que el invierno se aproxima
Pensais al ver rodar las hojas secas,
Deteneos: sentaos à mi lado,
Y escuchad mi leyenda.

—

Los que en el fondo oscuro de los mares
O en la espiga de luz de las estrellas,
Una sonrisa veis en cada rayo
O una historia de amor en cada perla,
Escuchadme: yo sè de esas historias
Què el mar, y el cielo y el dolor nos cuentan;
Yo os dirè la verdad, la verdad sola,
Escuchad mi leyenda;
Escuchadme en silencio
La triste historia de una raza muerta.

II

A levantar la losa de un sepulcro
Mi espìritu se acerca;
Tres siglos tiene encima, y no se sabe
Cuàntos siglos descansan bajo de ella.

—

Està sentado el gènio de una raza
Sobre la inmensa piedra;
Està sentado en ademan siniestro,
Y es grande como el canto de las selvas.

—

Sentado està el gigante; sobre el pecho
Descansa la cabeza,
Coronada de plumas; en su rostro
Estàn las lìneas de la raza muerta.

—

Sentado està en la losa del sepulcro....
¿Quièn moverà esa piedra
Que agrietaron las uñas de los siglos
Y que la boca de un abismo cierra?

—

. . . . . . . . . . . . .

A levantar la losa de un sepulcro
Mi espìritu se llega
Tres siglos tiene encima, y no se sabe
Cuàntos siglos descansan bajo de ella.

III

Notas, palabras, llantos, alaridos,
Plegàrias ò anatemas,
Formas, impulsos, puntos luminosos,
Gèrmenes de imposibles existencias;

—

Vidas absurdas que buscando flotan
Cuerpos que nunca encuentran;
Dias y noches en abrazo estrecho
Que espacio y tiempo en què vivir esperan;

—

Lìneas fosforescentes que deslumbran
Y que en los ojos quedan,
Como estrofas informes de algun himno,
O gèrmenes de auroras ò de estrellas;

—

Tipos que hubieran sido y que no fueron
Y que aùn el sèr esperan;
Informes creaciones que se mueven
Con una vida extraña ò incompleta;

—

Proyectos, modelados por el tiempo,
De razas intermedias;
Voces que no han sonado, de un idioma
Que no han hablado las humanas lenguas;

—

Acordes que, al brotar, rompen el arpa,
Y en el aire revientan
Estridentes, sin ritmo, remedando
La cancion de unos siglos sin cadencia,

—

Todo se agita en ronda atropellada
Bajo la piedra inmensa;
Todo lo escucha sin mover la frente
El gigante sentado sobre ella;

—

Todo brota en tropel al separarse
La losa que lo encierra,
Como bandada de aves que chirriando
Vuela del fondo de profunda cueva;

—

Nube con vida que, cobrando formas
Variables y quimèricas,
Se contrae ò se alarga ò se revuelve,
Por sì misma empujada en las tinieblas.

IV

Y entre todo, perdiendo sus contornos
En girones de niebla,
Entre risas y llantos y alaridos
Cruza la sombra de una raza muerta;

—

De aquella raza vìrgen y desnuda
Que pasò por la tierra
Como el èco de un ruego no escuchado
Que, camino del cielo, el viento lleva.

—

Hoy las memorias, con medroso paso,
A esa raza se acercan,
Como se llevan flores ò suspiros
Al lecho frio de una vìrgen muerta.

V

¿Què destino ìgnorado?
¿Què oscura providencia
La trajo y la llevò, que en nuestro mundo
Ni el rastro queda do posò sus huellas?

—

¿Fuè el vestigio encontrado
De un mundo en decadencia?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En su frente se viò la ardiente cifra
Con que grabò una mano su anatema.

VI

Tipo soñado que condensa el alma
De aquella estirpe muerta:
Ensueño de una noche sin aurora,
Flor que una tumba alimentò en sus grietas;

—

Cuando veo tu ìmàgen impalpable
Encarnar nuestra Amèrica
Y cuajar en la estrofa de mis sueños
Como en la madre la escondida perla;

—

Cuando encuentro el divino desposorio
De tu soñada idea
Con esa forma vìrgen que los gènios
Para su amor ò su dolor encuentran;

—

Cuando creo infundirte, con mi vida,
El ser de la leyenda
Y legarte à mi patria y à mi gloria
Grande como mi amor y mi impotencia,

—

El màs dèbil contacto de las formas
Desvanece tu huella,
Como, al contacto de la luz, se apaga
El inquieto brillar de las lucièrnagas.

VII

Tipo soñado que condensa el alma
De las estirpes muertas;
Te he distinguido entre la inmensa turba
Del gran sepulcro al remover la piedra.

—

Ha quedado en mi espìritu tu sombra,
Como en los ojos quedan
Los puntos negros de contornos ìgneos
Que deja en ellos una lumbre intensa.

—

No pasaràs como la imàgen pasa
De la flor que en las aguas se refleja,
Como esos sueños de la media noche,
Que en la mañana nunca se recuerdan;

—

Yo te ofrezco la vida de mis cantos
Ensueño de mis dias, que en la tierra
Viviràn màs que yo.... ¡Vive, palpita,
Forma imposible de la estirpe muerta!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 12

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D toma PD (jaque) | R toma D |
| C 3 AR (jaque) | R 5 R |
| A 6 CR (jaque) | R 6 R |
| A 1 CR (mate) | |

*Variante*

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D toma PD (jaque) | R toma D |
| C 3 AR (jaque) | R 4 AD |
| A 1 CR (jaque) | D 6 R |
| A toma D (mate) | |

*Otra variante*

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D toma PD (jaque) | R toma D |
| C 3 AR (jaque) | R 6 R |
| A 1 CR (jaque) | R 5 R |
| A 6 CR (mate) | |

Tiene otras variantes de fàcil resolucion.

Algunos han encontrado à este problema otra solucion distinta que es la siguiente:

| Blancas | Negras |
|---|---|
| T 6 AD (jaque) | T toma T |

| | |
|---|---|
| D toma T (jaque) | R 5 CD |
| D 6 CD (jaque) | A 4 CD |
| D toma A (mate) | |
| Ò bien: | |
| T 6 AD (jaque) | T toma T |
| D toma T (jaque) | R 5 CD |
| C toma A (jaque) | R toma P |
| D 4 TD (mate) | |

Enviaron ambas soluciones Eduardin, El Duende y C. M.

Ed. Loedel envió la primera solamente, y Un Aspirante à Presidente y Artemus la segunda.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

*1.ª Comercio—2.ª Insecto—3.ª Primavera—4.ª Céfiro*

Las cuatro fueron descifradas por Un Aspirante à Presidente, Moniato y Pedro S. Noulivos (del Durazno.)

**GEROGLÌFICO N. 12**

*Media vida es la candela pan y vino la otra media*

No hemos recibido ninguna solucion rigurosamente exacta-

Un Aspirante à Presidente y Moniato enviaron esta «Media vida es la luz, pan y vino la otra media».

## CHARADAS

Si antepongo á la que es *dos*,
Dada vuelta la *primera*,
Te encontraràs con la nada,
Con la nada de que Dios
Hizo surgir mi *tercera*

Ahora pongo la *segunda*
En medio de las dos letras
Que componen mi *primera*,
Y otra creacion te doy
Tambien hecha de la nada.

Supon que esa creacion
Naciera en la mas salada
De las comarcas del mundo,
Y con suponerlo, encuentras,
Lo que es mi *total* al punto.

**OTRA**

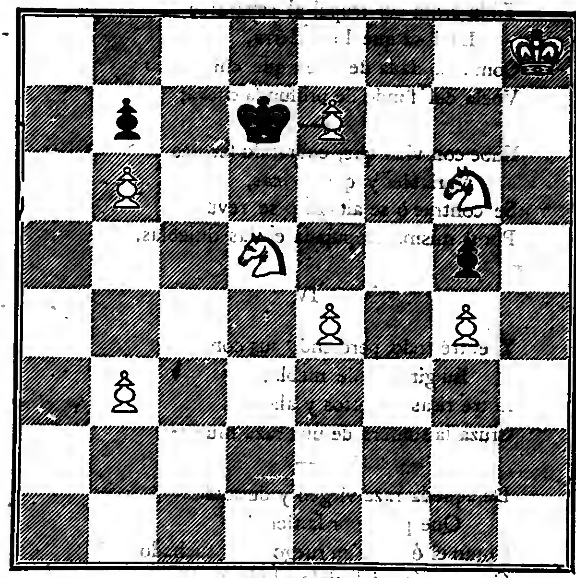
Muy *prima* y *dos* era un jaco
*Prima* y *tres* que yo tenia,
Y tanto me fastidiò
Que le apliquè cierto dia
Un *todo* y ¡horror!.... volò.

**OTRA**

Si en mal *tercera* y *segunda*
Te acomodan una tunda
Con una *primera* y *cuarta*,
Puedes ir pidiendo carta
De pase para otro mundo
¡Què consejo tan profundo!
¿Sabes lo que es el *total*?
Pues no es mas que un vejetal.

**Problema de Ajedrez por Un desconocido.**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

## GEROGLÌFICO NÙMERO 13



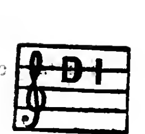

D




D





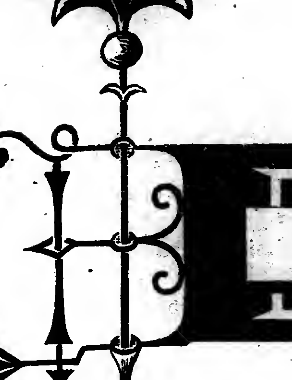

C TO





DEL

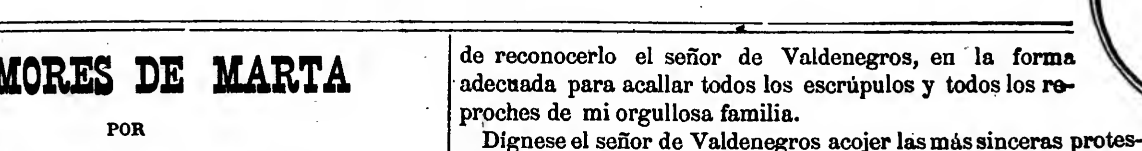





# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Noviembre 5 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 14.*

## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

### PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

LAS CARTAS

CONFIDENCIAL.

*Sr. D. Francisco de Valdenegros.*

Mi distinguido señor:

GRANDE ha sido mi sorpresa al leer la carta en que el señor de Valdenegros se digna comunicarme ciertos antecedentes relativos al nacimiento de la señorita Marta, cuya mano habia tenido yo el honor de solicitar en la entrevista del mártes.

Aun cuando el señor de Valdenegros tiene á bien instarme para que le signifique mi respuesta en una conferencia verbal, convenida préviamente, poderosísimas razones me determinan á consignar solemnemente en esta carta las resoluciones que he adoptado, en presencia de las revelaciones que llegan á mi conocimiento.

Desde luego, tras maduras reflecciones, que debia á la dignidad de mi rango y. al lustre de mi cuna, he llegado á creer, y creo, que el orígen de la señorita Marta no es un obstáculo absoluto para el enlace que proyectábamos, y cuya realizacion sigue siendo uno de los profundos votos de mi alma.

Sin embargo, tengo el deber indeclinable de procurar una autenticidad indiscutible para la justificacion de ciertos hechos, que me servirán de escudo en las responsabilidades que asuma ante los principios y las tradiciones de mi raza.

Espero, pues, que el señor de Valdenegros se servirá acojer con espíritu de justicia y de benevolencia las súplicas que formulo en los siguientes términos:

1.° Justificacion precisa de que la señorita Marta ha sido lejitimada por el matrimonio de su señora madre *in articulo mortis*.

2.° Informacion solemne que acredite ser efectivamente la señora madre de la señorita Marta hija de una mujer cristiana y de uno de los reyes de la Pampa.

Llenadas estas dos condiciones, como espero que se apresurará á llenarlas el señor de Valdenegros, no tendré inconveniente en considerar subsistentes mis aspiraciones á la mano de la señorita Marta, y estaré á la disposicion del señor de Valdenegros para ajustar el importe de la dote que debe ella aportar al matrimonio, en atencion al caudal de sus abuelos, al rango de la persona que vá á darle su título, y á las desgraciadas circunstancias que llegan inesperadamente á mi noticia y que deben ser compensadas, ha de reconocerlo el señor de Valdenegros, en la forma adecuada para acallar todos los escrúpulos y todos los reproches de mi orgullosa familia.

Dígnese el señor de Valdenegros acojer las más sinceras protestas de la distinguida consideracion con que lo saluda su muy obediente servidor

RICARDO CLEMENTE DE ROMBERG.

Tal era la carta que la imprudente jóven acababa de leer, y dejaba caer sobre sus faldas con indecible estupor.

Torturábase su pensamiento, bajo la presion de una doble sorpresa, llena de amarguras y zozobras.... Ah! venia al fin á descorrer el velo de aquel pasado de familia, cuyos misterios habian interesado tan profundamente su alma, sin acertar á descubrirlos! Como!—¿Era ella, la opulenta y altiva señorita Valdenegros, incierta hija de la casualidad, en una aventura culpable?—¿Corria por sus venas sangre india?.... Ahora se esplicaba mil detalles estravagantes y confusos de su infancia; ahora comprendia el sentido de innumerables frases enigmáticas que la malignidad social deslizara á su paso, desde que habia comenzado á ponerse en contacto con el mundo!—¿Y quién eres tú, caballero austriaco, de orgullosa raza, que no desdeñas mezclar la sangre de tantas generaciones ilustres con la sangre salvaje del desierto? Ah! el monto de la dote puede impedir que se deslustren tus blasones y evitar que se disipen las ilusiones amorosas de tu alma..... !

Marta leia y releia con avidez aquellas frases heladas del Baron Romberg.... «Ser efectivamente la señora madre de la señorita Marta hija de una muger cristiana y de uno de los reyes de la Pampa».... Todas las quimeras de grandeza que inflamaban la imaginacion de la jóven, no bastaban para alucinarla sobre el sentido real de aquellas palabras pomposas.... Nécio europeo, que pretendes aplicar el lenguage de tus córtes á la gerarquia brutal de las tribus indígenas.... Uno de los reyes de la Pampa será á lo sumo un cacique.... Con un sacudimiento nervioso levántase Marta del sillon y acércase á un espejo.... Se contempla largo rato y despues esclama con sarcástica tristeza: «tenia razon ese hombre para encontrarme idéntica á su princesa egipcia»—Pero los sentimientos y las intenciones de *ese hombre* siguen torturando al mismo tiempo la imaginacion de la princesa india.... «No tendré inconveniente en considerar subsistentes mis aspiraciones á la mano de la señorita Marta y estaré á la disposicion del señor Valdenegros para ajustar el importe de la dote».... Lee y relee esas palabras, sentada nuevamente en un sillon.... «Estaré á la disposicion del Sr. Valdenegros».... Luego es este quien ha insinuado, quien ha propuesto la idea de la dote.... Oh! qué torpeza increible!.... Mas *ese hombre* añade: «y á las desgraciadas circunstancias que llegan inesperadamente á mi noticia y que deben ser compensadas en la forma adecuada para acallar todos los escrúpulos y todos los reproches de mi orgullosa familia»—Y en el medio del párrafo—como un paréntesis irresistible,—«ha de reconocerlo el señor de Valdenegros!».... Ah! esto es verdaderamente infame!—Si estuviera él presente para clavarle las pequeñas uñas, como una india salvage!

Apareció un sirviente y dijo con aire respetuoso:

—La señorita Ovalle.

—¿Le ha dicho usted que estoy en casa?

—Sí, señorita; y que la señorita tenia su cupé pronto para salir á paseo.

—Pues vaya usted á decirle que no recibo á nadie, y despida el cupé, cuidando de que ella oiga dar la órden....

El sirviente hizo una cortesia para retirarse.—Marta lo detuvo con un gesto.

—Preguntará, probablemente, si estoy enferma.... Le dirá usted que nó;—que estoy levantada y leyendo en el escritorio, á espera de visitas.

Esta venganza femenina, ejercida por Marta sobre la infiel amiga á quien sospechaba cómplice de los manejos codiciosos del Baron Romberg, produjo en ella una singular sensacion de apaciguamiento y alivio. Tuvo una alegria pueril pensando en las decepciones y enojos de Pancha Ovalle, persuadida á la vez de que nó tardaria dos horas el Baron Romberg en conocer el incidente.—Sin embargo, no habia salido aun del aturdimiento en que la precipitaron las revelaciones de la carta.... Su voluntad flotaba todavia indecisa, y comprendia que solo despues de ámplias explicaciones con sus abuelos podia adoptar una resolucion definitiva.—Hizo un esfuerzo supremo para tranquilizarse del todo, esperándolos en el escritorio, apaciblemente sentada en un sillon.

A las cuatro de la tarde volvian los ancianos de su paseo á la quinta de Barracas. Pasando por la galeria, apercibieron á Marta, y entraron al escritorio no poco sorprendidos de verla allí, tan quieticita, y apercibidos al mismo tiempo de cierta alteracion que la jóven no habia podido borrar de su semblante.

—Ni una palabra de reproche!—exclamó Marta sin moverse de su asiento; ha cometido una gran indiscrecion, pero la doy por bien empleada;—todo lo sé y debia saberlo!

Don Francisco y doña Emilia cambiaron una rápida mirada de alarma.

—Lean esta carta, añadió la nieta.

Tomó aquella carta doña Emilia, no sin ántes besar la mano que la alcanzaba, y don Francisco se apresuró á imitar el ejemplo, besando la otra mano de la jóven.—Despues, uno y otro se apartaron para leer el papel cuya procedencia habian adivinado al punto, y luego que lo leyeron, quedaron visiblemente consternados.

—Calma, abuelitos queridos, mucha calma. Vean que tranquila estoy yó!—Lo que necesito es conocer ahora mismo la carta de V. abuelito, á que contesta *ese hombre*... Supongo que V. habrá dejado borrador...

—Ah! si! hemos dejado borrador, respondió solícitamente el señor Valdenegros; y todavia anoche puse una copia en limpio....

—Venga pues esa copia, repuso Marta, con el imperio habitual.

Don Francisco miró á doña Emilia.

—Si, marido, sí,—esclamó ésta;—ya no hay misterios que valgan, y debemos alegrarnos de que no los haya, puesto que Marta nos está dando pruebas de un buen sentido admirable, al tomar estas cosas con la serenidad que es la más alta sabiduria de la vida.

Antes de que la señora hubiese concluido su filosófica sentencia, ya don Francisco habia sacado el llavero y abierto el cajon de la mesa donde estaba sigilosamente depositada la copia de la requerida epístola.—Menció tristemente la cabeza, y fué á poner en manos de Marta el papel que debia revelarle por entero un secreto cuidadosamente guardado durante tantos años. Despues, miéntras Marta leia, se acercó á doña Emilia para decirle:

—Marta se domina; pero está muy conmovida.—Temo un ataque.... Qué te pareceria si hiciéramos venir un médico, sin que ella supiese, para tenerlo á la mano?

—Tranquilizate, Francisco; no hay motivo para estar en sobresalto. Este asunto es muy delicado; debe ventilarse con mucha reserva.—Tú mismo no sirves para esto.—Déjame sola con ella.

—Ya verás qué bien nos entendemos!

Siguió la indicacion el buen anciano, reprimiendo malamente gestos que en un niño se llamarían *pucheros*.

Sentóse doña Emilia junto á Marta que leia en silencio, pausadamente, como aquilatando cada frase, la carta del señor Valdenegros al Baron Romberg.- Estaba concebida en estos términos:

«Estimado señor Baron Romberg.

Cuando contesté ayer á su pedido de la mano de mi nieta, que necesitaba consultar la opinion de mi esposa y cerciorarme de la voluntad de aquella, no abrigaba la menor duda de que una y otra acojerian sin sorpresa y con placer el paso con que usted nos honraba; pero se hacia indispensable que me tomase tiempo par deliberar con mi esposa sobre el delicadísimo punto que viene á motivar esta carta.

Despues de maduras reflexiones, hemos pensado que antes de acceder á su pedido, antes de considerarlo irrevocablemente formulado, necesitamos hacer saber á usted ciertos hechos que podrian modificar sus sentimientos ó su resolucion.—Solo nosotros podemos volorar la violencia moral que nos impone esta determinacion; pero si no la llevásemos á cabo creeriamos haber infringido ineludibles deberes de lealtad respecto del noble estrangero que aspira á enlazar su suerte con la de nuestra nieta.

Sirvase usted disculparme si, ante todo, traigo á colacion algunos antecedentes de familia, y soy despues minucioso en mi relato.

Hemos sido singularmente desgraciados con nuestros hijos.

En 1854 habiamos perdido siete, de corta edad, y nos quedaban dos, una niña, llamada Marta, de 16 años, y un jóven llamado Alberto, de 18 Aquel mismo año, un ataque de fiebre tifoidea nos arrebató la niña, y quedamos sin mas hijo, sin más consuelo, que Alberto. Era este de complexion muy delicada, melancólico, revelando desde la niñez una inteligencia extraordinaria.—Pretendia entregarse á estudios sérios, pero nosotros, recelosos por su débil salud, lo contrariábamos decididamente.—Para distraerlo de los libros, para rebustecerlo, pasábamos con él largas temporadas en nuestra estancias de las Alamedas. Parecia aquel plan haber correspondido perfectamente á nuestro objeto, pues Alberto mejoró de salud y cobró tal aficion al campo que, á menudo, con gran complacencia nuestra, iba solo á recorrer los establecimientos y se demoraba en ellos hasta que nuestras instancias lo hacian regresar á la ciudad.

Durante el verano de 1859 nos encontrábamos con él en la Estancia de las Alamedas.—Omitiré detalles dolorosos de una triste catástrofe.—Lo habiamos visto montar á caballo, bueno y sano, y pocas horas despues lo traian cadáver á nuestra presencia, víctima instantánea de una horrible caida de caballo.—Qué vacío, que espanto el de nuestra situacion! Habiamos perdido á todos nuestros hijos, y no estábamos ya en edad de volver á tenerlos!—Al punto, la existencia nos presentó el aspecto de un horroroso desierto.

Habiamos hecho ir á las Alamedas al cura párroco del pueblo cercano, para que bendijera la sepultura de nuestro hijo, pues nos habia faltado valor para venir con su cuerpo á Buenos Aires.—El sacerdote cumplió sus deberes religiosos, y al despedirse me advirtió que volveria muy pronto para comunicarme alguna cosa de importancia.—Estaba demasiado absorto en mi dolor para prestar atencion á esas palabras; y apenas si me preocupé mas tarde de trasmitirlas á mi esposa.—Esta creyó adivinar que el Sr. Cura se referia á algun secreto de la vida ó de la muerte de Alberto, y me instó para que enviase inmediatamente en su busca.—Asi lo hice en efecto; volvió aquel excelente hombre, y de sus lábios recojimos estas revelaciones asombrosas:

Allá por el año de 1830, una invasion de indios, de las que entonces y muchos años despues asolaban con frecuencia la provincia, consiguió llevar en cautiverio considerable número de

mujeres blancas y cristianas. Contáronse entre estas la hermana y la sobrina de un hombre que mas tarde vino á ser uno de mis capataces en la estancia de las Alamedas. Pasaron los años sin que se tuviese noticia de aquellas desgraciadas.—En 1849, una expedicion feliz de nuestras tropas sorprendió las tolderias indias y rescató una buena cantidad de antiguas cautivas.—Entre estas apareció la sobrina de mi capataz, que habia crecido en los toldos, y recojido allí el último suspiro de su madre.—Era infortunada favorita de uno de los caciques de las tribus, muerto en el combate, y tenía una niña de diez años.—A madre é hija recojió mi bondadoso capataz. —La madre no puso resistir largo tiempo á los hábitos de la vida civilizada, que le recordaba á cada instante las miserias y vergüenzas del desierto.—Quedó la niña sola, y el cura que todo esto nos referia, derramó sobre ella la luz del bautismo cristiano y se encargo de darle tambien alguna educacion. La recordaba siempre con cariño, diciéndonos que tenia muy pocos de los rasgos físicos de la raza de su progenitor, y era buena, inteligente y bella!

En 1855, aquella niña contaba diez y seis años y veinte nuestro hijo Alberto. Durante uno de nuestras estadias en la Estancia, se vieron y se amaron.—Mi capataz y su muger fueron débiles con el hijo de su rico señor; no pusieron barreras insalvables á los estravíos de la juventud.—Aquella misteriosa relacion esplicaba el encanto que nuestro hijo Alberto encontraba en los paseos de campo!

Un dia, nos contaba el señor Cura, se le fué á llamar con urgencia para que se trasladase á prestar auxilios espirituales á la sobrina del capataz.—Era eso en Diciembre de 1856; no habiamos podido nosotros ir ese año á la Estancia; pero Alberto estaba en ella, y el señor Cura lo halló, emocionado y lloroso, á la cabecera de la enferma, que habia dado á luz una niña, y se moria de fiebre puerperal.—Los síntomas de la última hora estaban ya escritos en el semblante de la jóven.—Siempre tienen algo de médicos los curas de campaña, y cuando aquel se cercioró de que la muerte era segura, apercibido al mismo tiempo de la situacion culpable en que la moribunda abandonaba la tierra, dejando escritos en un sér inocente las huellas del delito, indicó á nuestro hijo Alberto la necesidad de un acto religioso que redimiese el pecado de la madre y consagrase la inocencia de la hija. «Infringia con esto los deberes legales de mi cargo»,—nos decia el buen sacerdote añadiendo: «mas cumplia un deber sagrado de conciencia con aquella niña á quien yo habia hecho entrar en el rebaño de la Iglesia, y sabia que alguna vez encontraria el perdon en los sentimientos cristianos de la familia de Alberto.»—Sea bendita la memoria de aquel excelente ministro del Señor! A su oportuna intervencion debemos la pureza de nuestras únicas alegrias de familia!

Vivia la niña, y nuestro Alberto le habia prodigado incesantemente sus cariños. Viniendo de verla, habia ocurrido el accidente horrible de su muerte. Fuimos en compañia del señor Cura á la casa de nuestro capataz.—Este y su esposa se hincaron delante de nosotros, pidiéndonos perdon, como si en aquellos momentos hubiéramos podido considerarlos culpables! Todo quedó confirmado por las esplicaciones de aquellas gentes sencillas.... Vimos á la niña.... Habia entre ella y nuestro hijo curiosas analogias de peculiaridades físicas que disipaban, acerca de su orígen, hasta las más cavilosas aprehensiones.... Era evidente que habíamos encontrado el consuelo de nuestra vejez; y nuestro desierto se llenaba con un ángel que heredaria nuestro nombre y nuestras riquezas!... «Así es la Divina Providencia, nos decia el señor Cura;—en sus manos, el mismo fruto de la culpa puede tranformarse en instrumento de redencion y de felicidad!»

La niña no estaba todavía bautizada.—Le dimos en la pila el nombre de la última de nuestras hijas, estableciendo su filiacion legítima, segun la partida de casamiento de sus padres. Al mismo tiempo hicimos nuestras disposiciones testamentarias, dejándola heredera de todos nuestros bienes.—Teníamos en el interior de la Banda Oriental un campo valioso, y lo donamos á nuestro capataz para que fuese á radicarse allá con toda su familia.—No existe en el país nada que pueda recordarle á Marta su origen, y ella lo ignora.—El que aspire á su mano no debe ignorarlo!

Estos hechos son más ó ménos conocidos en nuestra sociedad; —pero es por demás esplicable que usted no los conozca. Ahora, todo secreto ha desaparecido.—Sabe Vd. las intimidades de nuestra familia, y adoptará el partido que le parezca más acertado.

Debíamos fijar en el papel estas graves revelaciones.—Agradeceríamos, sin embargo, que su respuesta fuese verbal, viniendo á verme, con el anuncio prévio del caso, ó señalándome dia y hora para ir yo á visitarlo en su alojamiento de Vd.

Aprovecho la oportunidad de repetirme su Ato. S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO VALDENEGROS.

Al terminar la lectura, corrieron gruesas lágrimas por las mejillas morenas de Marta, y rebosaron sollozos en las palpitantes turgencias de su pecho.... No se sorprendió doña Emilia de las emociones desbordantes que suscitaba la carta, pues, teniendo la principal parte en aquella pieza de literatura doméstica, la habia dictado ó escrito sin poder reprimir algunas veces el llanto... Volvió á llorar en compañia de su nieta, y ambas guardaron silencio largo rato.

—Comprenderás, hija mia,—dijo al fin doña Emilia acariciando la mano de Marta, que debiamos tratar de ocultarte, como te hemos ocultado, la dolorosa historia de tu nacimiento;—pero no hay en ella nada que deba preocuparte ni arrojar sombras de tristeza en tu existencia. Eres hija de un Valdenegros, eres nuestra nieta.—Tu madre ha muerto en nuestra fé; si culpa cometió, fué perdonada, y desde el cielo, ella y Alberto gozan con tu felicidad.... Ahora, para agradar á los muertos y á los vivos, es menester que trates de ser feliz.... Presumo que te habrán disgustado algunas palabras de la carta del Baron Romberg....

Hizo Marta un movimiento brusco, cual si se apoderase de ella con violencia una idea ya alejada, y dijo interrumpiendo á doña Emilia:

—Quiero saber una cosa.—Cuando *ese hombre* habló con abuelito para pedir mi mano—¿exigió que yo llevase dote al matrimonio?

—No, hija mia, nada absolutamente exigió. Esas cosas siempre se conciertan despues...

—¿Fué abuelito quien indicó la idea de la dote?

Doña Emilia tuvo un momento de vacilacion.

—Propiamante no, dijo en seguida; Francisco no tuvo ocasion de hacerlo, pero era valor entendido que debíamos constituirte una soberbia dote, segun lo exigen las costumbres europeas...

—Sí, soberbia, replicó Marta con sonrisa amarga;—bien soberbia, para que el señor Baron pueda consolarse de mi origen indio... aunque si soy nieta de uno de los reyes de la Pampa, debo parecerle princesa!

Miéntras la jóven habia leido la carta del Sr. Valdenegros, se habia ocupado la anciana de releer la respuesta del Baron Romberg, y estaba preparada para contestar aquellas sarcásticas palabras.

—Las exijencias de tu novio pueden ser fácilmente satisfechas, — y ningun mal hay en satisfacerlas. Bien claramente manifiesta que nada pide por sí mismo. Solo se preocupa de hacer aprobar su eleccion por su familia, y ya ves que esto demuestra el loable propósito de evitarte resistencias y antipatías entre los suyos.... Tu novio (con insistencia marcaba la señora esta frase)—tu novio es un hombre de mucho mundo, y sabia perfectamente que en Europa toda murmuracion sobre su enlace quedará vencida si le es dado comprobar la escepcional distincion de la familia de su esposa por el brillo de la fortuna que haya llevado al matrimonio.... En este sentido deben ser interpretadas las palabras finales de la carta de tu novio.... Hay que tomar las cosas como

son.... Un europeo no es un porteño.... Aquí todavia se hacen muchas cosas por sentimiento.... Allá, todo es cálculo, pero los cálculos acertados, hija mia, no son incompatibles con los bellos afectos del alma....

Marta dirigió á su abuela una mirada que parecia decirle: «me haces mal»,—y reinó de nuevo el silencio. Fué la niña que lo interrumpió esta vez diciendo:

—Necesito descansar, estar sola, meditar sobre estas cosas tan raras que á mi sola me pasan en el mundo.

Doña Emilia acompañó á Marta hasta su alcoba, y viéndola tranquila, juzgó que debia complacerla dejándola entregada á sus propias reflecciones.—Don Francisco esperaba impacientemente á su esposa.—Cerciorado de que Marta continuaba tranquila, púsose á hablar, con verbosidad que no le era habitual, contra los procederes y las pretensiones del Baron Romberg.... Estaba exaltadísimo.... Hacia el proceso del Baron con dos acusaciones capitales.... Ante todo—¿cómo se ha atrevido á escribir aquella carta, cuando espresamente se le habia pedido que no contestase por escrito, previendo cualquier indiscrecion?—Eso revela mala fé!—Solo Dios sabe las consecuencias que hubiera podido tener la lectura de esa carta en una niña que ha quedado tan nerviosa despues de la fiebre tifoidea.... Y esa historia de la dote.... ¿á qué viene?—Pues necesita dote la señorita, cuando toda la fortuna es de ella, esclusivamente de ella,—y mayor tal vez que la del más rico Baron de toda el Austria! Vaya una ocurrencia!—Son las mismas mañas del Conde De Siani.—La plata y nada mas que la plata.... El señor Valdenegros los cala de léjos á esos hombres; y Marta no puede querer al Baron.... Juzga indispensable tomar una resolucion estrema.... Ah! si no fuesen tan criticas las circunstancias politicas, iria á consultar el caso con el General Mitre y sabria á qué atenerse!

Doña Emilia oye todo con bondadosa calma, y cuando vé á su esposo enteramente desahogado empieza á formular sus opiniones.... Es injusto considerar un crimen el hecho de haber escrito la carta.—Un europeo no se figurará jamás que una niña pueda permitirse abrir una carta dirijida á su abuelo.... Solo entre nosotros se ven semejantes cosas.... El Baron Romberg ha creido y ha debido creer que una carta cerrada era como un secreto al oido.—Se engañó, pero la culpa no es suya.... Hay tambien injusticia en compararlo con el Conde De Siani.... Precisamente éste nada pidió antes de casarse, y finjia el mayor desprendimiento...La conducta del Baron revela, por lo ménos, una franqueza muy recomendable.—Si fuese un explotador, un aventurero, se apresuraria á contraer matrimonio y despues haria sus exigencias, que serian entónces irresistibles.... Hace lo que hace, porque lo juzga la cosa mas sencilla del mundo.... Son así las costumbres de su pais, y quien obedece á la costumbre está de antemano disculpado.... Quiere talvez aprovecharse un poco de las circunstancias.... Merece por ello un reproche, pero no hay en eso motivo para un ruidoso rompimiento.... Marta se ha comprometido mucho con el Baron Romberg...... Todo Buenos Aires sabe que están de novios.... Ahora, un rompimiento, sobre todo por las causas que lo promueven, seria motivo de un gran escándalo.... No hay que provocarlo.... Siga Marta las inspiraciones de su corazon.... Si ama, debe sobreponerse á pasajeros agravios.... Será una locura fomentarle violentas veleidades desdeñosas.... ¿Cómo no temer los desordenados impulsos de aquella naturaleza voluble? Ahora que Marta es dueña del secreto de su origen, puede hallar ahí una razon decisiva para volver á sus locos devaneos de las Alamedas!....

Don Francisco balbuce objeciones, refunfuña, menea la cabeza, y concluye, como de costumbre, por quedar sometido á la direccion espiritual de doña Emilia.

Al dia siguiente, á medio dia, los abuelos y la nieta se reunen para determinar dos puntos:—¿qué debe contestarse al Baron Romberg?—¿debe ó nó suspenderse la consagracion de *Santa Marta?* Insiste la señorita en repetir lo que ha dicho á doña Emilia, á solas, durante toda la mañana:—«Necesita reflexionar; está aturdida; despues resolverá»—pero entretanto no hay motivo para suspender la consagracion de *Santa Marta.*—Eso seria lo mismo que confirmar en la sociedad sospechas de un conflicto de familia.—Despues de alguna discusion, ligan las dos ideas, acordando llevar adelante la fiesta religiosa y escribirle al Baron Romberg que despues de aquella fiesta, para la cual seria en la misma carta invitado, *se ocuparia* el señor Valdenegros *de arreglar el asunto pendiente.*

Inútiles precauciones para ocultar el conflicto de familia!—La noticia estaba ya muy divulgada.—No habia guardado reservas el abogado con quien el Baron Romberg consultó el punto de la dote, ante los preceptos de la legislacion argentina. Menos aun la habia guardado Pancha Ovalle despues del desaire que recibió de Marta.—No contó ella este incidente más que al Baron Romberg; pero todos sus tertulianos, en la noche del juéves, comenzando por Rodolfo, fueron oyendo en son de confidencia que el Sr Valdenegros se habia visto obligado á revelar el origen de Marta, en una carta dirigida al Baron Romberg, y que éste, en otra carta, habia planteado tales y cuales exigencias.... A más de sus resentimientos del dia, tenia la señorita Ovalle un motivo especial para complacerse en divulgar aquella faz poco poética de los amores de Marta.... La conducta del Baron Romberg evidenciaba que si la señorita Ovalle hubiese ya recibido la pingüe herencia de su tia la cordobesa, pérfidamente dotada de una lonjevidad intolerable, su tipo *aristocrático y europeo* habria podido sostener una competencia victoriosa con el tipo robusto y egipcio de Marta Valdenegros!

Nada hubieran sido, así mismo, las conversaciones de salon... Fué lo más grave del caso que, en la mañana del sábado, apareció en la crónica de cierto diario, aficionado á descubrir intrigas sociales, una relacion velada, pero trasparente, de lo que ocurria entre la familia Valdenegros y el Ministro Austriaco, con toques al parecer calculados para irritar el amor propio y la soberbia de Marta.... Y fué aun más grave que esta, á medio dia, recibiese, bajo misterioso sobre, un número de aquella indiscreta publicacion.... Pancha Ovalle siempre aseguró y protestó, y juró que no habia sido ella el autor de tan maligna travesura.... Efectivamente, la letra del sobrescrito, aunque disfrazada, revelaba muy á las claras letra de hombre!

Cuando doña Emilia, dos ó tres horas despues de haber recibido Marta el diario, preguntó á su nieta de quien era la carta, respondió ésta, casi sin prestar atencion á la pregnnta, que era de su amiga Orfilia Sanchez.... Estaba Marta sumamente alegre, con una alegria inquieta, casi febril, que trascendia en el brillo de sus ojos negros, en sus gestos frecuentes, en sus risas nerviosas, en su incesante vagar por todos los ámbitos de la casa.... Se manifestaba muy entusiasmada con la fiesta religiosa que debia tener lugar al dia siguiente.... Instaba á sus abuelos para que estendiesen mucho, mucho, las invitaciones á la fiesta... Si doña Emilia pretendia sujetarla para conversar sobre el *asunto pendiente,* cortaba la conversacion diciendo: «Tenemos tiempo de pensar en eso; ahora. pensemos únicamente en la consagracion de Santa Marta; allí recojeré yo inspiraciones para decidir de mi suerte y de la suerte.... de mi novio.»

Tan alborozado entusiasmo se reveló tambien por el contenido de estos dos billetes:

«Mi predilecta Panchita.

«Me figuro que estará V. muy agraviada conmigo...... Ah! si supiera en qué mal momento me encontró.... He de esplicarle todo y quedará V. más amiga que nunca.... La espero en la fiesta de mañana, sin falta.... sin falta.... y con el mas interesante de sus interesantes amigos....

«Reciba anticipadamente un beso de la princesa

EMINEH.»

«Orfilia queridísima:

«Hay una nube entre nosotras dos.—Si asistes mañana á la consagracion de Santa Marta, hablaremos, y la nube quedará disipada.

«Allí te espera,

MARTA VALDENEGROS.»

A la noche, hizo que una criada subiera á la azotea repetidas veces á para observar si se descomponia el tiempo.... Respuestas favorables la hacian saltar de gozo..... Ostentaba un aire triunfal!

Don Francisco la contemplaba embelesado, bendiciendo aquel admirable buen humor con que la jóven afrontaba su difícil situacion.... Doña Emilia la observaba con sagaces miradas; y estraños presentimientos golpeaban en su corazon sobresaltado.

*( Continuará.)*

---

# MEDALLONES

## La Condesa Guiccioli



POR

**ENRIQUE NENCIONI**

*(Traducido del italiano para «El Lúues» por Daniel Muñoz)*

LAS ondas de su larga y dorada cabellera bajaban hasta sus piès como un torrente de los Alpes que el sol colora con sus rayos matinales. Ella creaba en su torno una atmòsfera de vida; el aire mismo, iluminado por sus miradas, parecia màs diàfano, tal eran de suaves y llenas de todo lo que puede imaginarse de màs celestial. Se infiltraba en el alma como la aurora de una bella mañana de Mayo.

Era de estatura mas bien pequeña, delgada, pero perfecta de formas; blanquísima de cùtis; una sonrisa etèrea, como dibujada por el Corregio, ojos verdaderamente italianos, llenos de languideces y de tempestades, de sonrisas y de làgrimas.

Tenia diez y siete años; pertenecia á una familia noble, los Gamba de Ravenna, y acababa de salir del convento. El Conde Guiccioli era viejo, viudo, pero era tambien muy rico. ...y se la dieron por esposa.

Lord Byron la viò por primera vez en casa de la condesa Albrizzi, durante el otoño de 1818, y le pareciò una vision celeste, pero evitò volver à encontrarla,

*Car le barril de poudre à peur de l'etincelle.*

Byron estaba en el apogeo de su gloria, pero en pugna con su corazon, y en guerra abierta con la familia, con la patria y con el mundo: las obras maestras de su gènio poètico se sucedian unas à otras, pero aquellas pàginas de elevada poesìa, elocuente y patètica, tràgica y satìrica, salian de un *harem* veneciano, donde consumia sus fuerzas y su vida entre los brazos de *mujeres animales*, como èl mismo las llamaba; bebiendo hasta altas horas de la noche vino del Rhin y Cognac; agitàndose y rugiendo inquieto como un leon en una jaula, à punto de que su bella cabellera se tornaba gris y decaia todo su organismo.

Tenia entònces treinta y un años, y era todavia hermosìsimo, apesar de aquel règimen homicida de vida: el hombre màs lindo de su tiempo á juicio de la Albrizzi, de la Blessington, de Shelly, de Trelawny, de Moore y de Scott. Su cabeza de Antinoo era como un hermoso vaso de alabastro iluminado con luces internas. Sus ojos, de un gris azul, cambiante como el color del mar, espresaban con ràpidas mudanzas las màs contrarias pasiones, desde el entusiasmo radiante hasta la còlera reconcentrada; desde la ardiende simpatia del poeta hasta el glacial desprecio y el orgullo del lord inglès. Su rostro, de un perfil correcto, era habitualmente pàlido, pero de una palidez marmòrea; y sobre la noble frente y el bellìsimo cuello, nacian oscuros y espesos, sus cabellos naturalmente ensortijados.



Parece que el destino quisiera que volvieran à encontrarse y à amarse. «En Abril de 1819- escribe en sus *Recuerdos* la jòven condesa—conocì à Lord Byron. Me fuè presentado en Venecia por la condesa Benzoni, en una de sus reuniones. Esta presentacion, *que tantas consecuencias tuvo para nosotros dos, se hizo contra la voluntad de entrambos*, y solo por condescendencia consentimos en ella. Cansadà mas que nunca en esa noche, fuì muy contrariada à aquella reunion y lo hice solo por obedecer al conde Guiccioli. Lord Byron, que evitaba hacer nuevas relaciones, diciendo siempre que habia renunciado por completo à las pasiones y no queria esponerse màs à sus consecuencias, se escusò cuando la condesa Benzoni le pidiò que accediese à serme presentado, pero à nuevas instancias, consintiò. Su noble y bellìsima fisonomia, el timbre de su voz, sus maneras, los mil encantos que lo rodeaban, hacìan de èl un ser tan diferente, tan superior á todos los que hasta entònces habia visto, que no pude menos que esperimentar una profunda impresion.... Desde aquella noche, durante todo el tiempo que permanecì en Venecia, nos vimos todos los dias.»



Se vieron y se amaron! Y la mujer, en estos amores, tenia mucho màs que perder que el hombre, socialmente hablando. Es verdad; pero no harè ni lamentos morales ni hipòcritas elegìas. Ella fuè amada sincera y apasionadamente por el poeta màs grande del siglo, jòven y bello, noble y generoso. Ella sola fuè el *verdadero amor* de Byron, despues de sus vagas afecciones de adolescente. En el corazon de Aroldo ella no tuvo ni sucesoras ni rivales; reinò en èl esclusivamente, y no lo cediò mas que à la Grecia. Què triunfo para una mujer!

Pero, en compensacion, ella le hizo un bien màs grande aùn, infinitamente màs grande. Ella brillò como un iris sobre el huracan de aquella alma, dàndole la calma, la serenidad, la frescura juvenil.

Ella moderò y apaciguò aquel corazon desordenado è inquieto, aquel cerebro propenso à la locura. Ella devolviò á Byron el respeto de sì mismo, y por mucho tiempo la paz y la armonìa de la vida. Ella, solo ella, supo hacerlo *llorar de amor*.

Atraida como por una corriente magnètica irresistible, se echò en sus brazos con todo el entusiasmo de sus diez y ocho años, con la sinceridad de su corazon virginal. No se rindiò despues de las calculadas estrategias de las adùlteras de novela, sinò que se abandonò à èl palpitante de verdadero amor, como Francesca. El se encontrò con la encarnacion viva y real de la mujer de sus sueños, pura, ingènua, apasionada. El corazon de Zuleika y de Medora palpitò ardiente en los abrazos del poeta. Ella lo amò no por la gloria del nombre, no por el deseado triunfo de ver à sus pies al poeta mas famoso de la època, no por la vanidad de hacer hablar de ella à toda Europa y ser envidiada de las mujeres mas hermosas, sinò que lo amò por sì propio, à èl, Jorge Byron, jòven, bello y desgraciado. Ella estaba muy lejos de ese sentimiento mezclado de vanidad que hizo escribir cartas y emprender viajes, y amenazar con el suicidio à las sedicentes enamoradas de Goethe y de Rousseau, de Chateaubriand y de Lamartine. Ella fuè verdaderamente mujer è italiana, es decir, sincera y apasionada. Ambos eran desgraciados, aunque por distinta desventura. La vìctima inocente consoló al infeliz culpable, y à los ojos del mundo, se perdiò por salvarlo.



El sintiò, con trasportes de dulce embriaguez y de misterioso terror, que su corazon no estaba muerto como creìa, y que no habia amado jamas de aquella manera, abandonàndose à todo el encanto de aquella pasion que presentìa era la ùltima. Ya no pudo vivir lejos de ella, apesar de que se habìa visto obligada à alejarse de Venecia. «Es en vano luchar; dejadme amar y morir!» Y confiaba al Po, en versos inmortales, su amor y sus deseos, para que se los llevase à su dama, pasando bajo sus nativas murallas. Fuè à Bolonia y allì, inquieto y solitario, pasaba largas horas entre las tumbas de la Cartuja, admirando la belleza

de las rosas esparcidas sobre los màrmoles, y el sencillo afecto de algunas inscripciones... Pero supo que estaba enferma en Ravenna, y no pudiendo resistir màs, volò á su lado, aun à riesgo de comprometerla. El Pinar y la tumba del Dante eran suficiente escusa para el gran peregrino. Còmo y cuànto èl la amaba puede comprenderse bien en estas lineas de los *Recuerdos manuscritos* de la condesa misma, citadas por Moore, y que tanto dicen en su ingènua sinceridad: «El llegò à Ravenna en el dia de la soledad del Curpus Domini, mientras yo, atacada de una enfermedad de consuncion, que empecè á sufrir desde que salì de Venecia, estaba pròxima à morir. La llegada á Ravenna de un estrangero distinguido, à una ciudad tan lejana de la ruta que generalmente siguen los viajeros, era un acontecimiento que daba mucho que hablar, y se indagaban los motivos, que èl mismo diò involuntariamente à conocer en seguida, porque habiendo preguntado por mi para venir à verme, y habièndole contestado *que no podia verme mas, porque estaba pròxima á morir*, contestò que en ese caso èl tambien queria morir, lo cual se divulgò en el acto y fuè causa de que se conociese el objeto de su viaje. El conde Guiccioli visitò à Lord Byron, à quien conocìa desde Venecia, y creyendo que su compañìa pudiese distraerme y serme agradable en el estado en que me encontraba, lo invitò à venir á visitarme. Al dia siguiente, vino. No se pueden detallar los cuidados, los delicados pensamientos que tuvo para mì. Por mucho tiempo no tuvo en sus manos mas que libros de medicina, confiando poco en mis mèdicos. Pero la tranquilidad, la felicidad inesplicable que me causaba la sola presencia de Lord Byron mejoraron tan ràpidamente mi salud, que en menos de dos meses estaba ya convaleciente.»

Fuè en ese tiempo que Byron le propuso huir con èl. Ella no quiso esperaba mas bien obtener pronto el divorcio.

«Cuando pasè al estado de convalesencia, èl estaba siempre à mi lado: en las reuniones, en el teatro, en nuestros paseos à caballo, nunca se alejaba de mì. En aquella època, estando privado de sus libros, de sus caballos, y de todo lo que le preocupaba en Venecia, yo le pedì que se ocupase de mì, escribiendo algo sobre el Dante, y èl, con su acostumbrada rapidez, escribiò *La Profecia del Dante*.»



Poco despues, ella tuvo que acompañar à su marido en un viaje de algunos dias, y Byron volviò triste y solo à Bolonia. Allì, con el corazon enternecido y exaltado con el nuevo sentimiento que por entero lo embargaba, lo asaltò la antigua melancolìa de su primera juventud. Aquella fuente de natural ternura que ni los esfuerzos, ni las injurias, ni el veneno del mundo, ni sus propios escesos habian podido agotar, corriò de nuevo con mas vigor que nunca por sus venas. Supo lo que quiere decir amar verdaderamente y ser amado, demasiado tarde para su dicha, demasiado intensamente para su tranquilidad pero ¿què importa?.... lo sintiò, y fuè feliz. Iba todos los dias à visitar la casa en que ella solia habitar en Bolonia y donde habia estado pocos dias antes; y allì, en aquella estancia solitaria, donde todo le hablàba de ella, esperimentaba un inefable gozo escribiendo en sus papeles, y leyendo y anotando sus libros.

Un dia, en el jardin de aquella casa, sentado junto à una fuente pensando en ella, en esa triste hora de la oracion que nadie, despues del Dante, ha cantado mejor que èl, sintiò tan vivo y agudo el dolor de la ausencia, fuè presa de tan ardientes deseos, de tan estraños terrores de amante, que se echò á llorar amargamente. Lloraba de amor, como Dante y Alfieri, como Burns y Fuscolo, que no han temido pasar por *ridiculos sentimentalistas* al confesarlo, y que sinembargo no eran romànticos..

En aquel mismo jardin, en un tomo de *Corina* perteneciente à la condesa, Byron escribiò en inglès, con làpiz, estas palabras: «Teresa mia: He leido este libro en tu jardin. Tù estabas lejos, amor mio.... de otra manera no hubiera leido. Este es tu libro predilecto, escrito por una amiga mia, y por esa razon me es doblemente querido. Tù no entenderàs estas palabras inglesas, (mas tampoco las entenderá *otro*, y por eso no escribo en italiano) pero tu reconocerás la letra de quien te ama apasionadamente, y adivinaràs que sobre un libro *tuyo*, no podia pensar mas que en el *amor*. En esta palabra, bella en todos los idiomas, pero mas en el tuyo, *amor mio*, està comprendida toda mi existencia presente y futura....»

Es preciso convenir en que si Byron sabia hacer bellos versos, conocìa tambien *el arte de amar*, por lo menos tanto como *el arte poètico*. Y se comprende que la condesa debìa adorarlo.



Pero la situacion era equìvoca y dolorosa para ambos, y no podia durar largamente. La condesa debìa volver à Ravenna, y Byron habia jurado seguirla. Sus mejores amigos quisieron disuadirlo y aùn consiguieron decidirlo à partir para Inglaterra «por su bien y por la tranquilidad de la señora». Pero la *señora* no lo entendia asi, y le escribia cartas apasionadas, à las que èl contestaba con otras ardientes, en un italiano algo incorrecto, pero claro y elocuentìsimo.

En Venecia, un dia que habia dado oido màs que de costumbre à la voz tan autorizada y tan poco obedecida del juicio y de la razon, cobrò un coraje de leon, y decidiò partir en el acto para Lòndres. Ya estaba vestido de viaje, se habia puesto los guantes, el sombrero, y tomado el baston. Sus baules estaban en la gòndola; los sirvientes prontos al piè de la escalera. No le faltaba mas que bajar... cuando recibiò una carta que le anunciaba que la Condesa estaba enferma y que deseaba verlo. Al punto diò contra-òrden, se quedò, y le escribiò inmediatamente:— «Querida! Creia que el mejor partido para tu tranquilidad y la de tu familia era el de que yo partiese y me fuese *muy lèjos*, porque estar cerca de tì y no *á tu lado*, seria para mi imposible. Pero tù has decidido que yo debo volver à Ravenna, y volverè, y harè, y serè, querida, todo lo que tù quieras!.... No puedo decirte màs.»

Y efectivamente, volviò á Ravenna.

Y la influencia saludable de Teresa Guiccioli sobre su corazon y sobre su talento se hizo màs evidente. La parte patètica del *Don Juan*, y la divina terminacion del canto tercero sobre la puesta del sol y el pinar, estàn inspiradas en su amor. Una terneza femenil, inefable, penetra y modifica la salvaje armonia del verso de Byron. Él la obedecia en todo. Se afiliò à la causa de los *Carbonarios* italianos, primeramente por amor à la libertad, convengo en ello, pero tambien por la viva amistad que lo ligaba al hermano de la condesa, el Conde Pietro Gamba, patriota generoso, hombre culto y amable, digno compañero mas tarde de Byron en Grecia.

Él, que habia escrito cartas violentas al editor Murray y à Tomàs Moore por haberle indicado que modificase dos versos del *Don Juan*, à pedido de ella, suspende el poema, y no lo continuò hasta que ella no retirò su *veto*, y le diò licencia para seguirlo.

Y cuando el innato sentimiento heròico de Byron lo arrastrò à irse à combatir y morir por la libertad de la Grecia, la condesa que veia que de un solo golpe concluia todo para ella, supo sacrificarse valerosamente. No hizo elejìas ni *escenas;* se inmolò en silencio, y fuè grande como solo las mujeres verdaderamente enamoradas saben serlo. Feliz en esto, que la prematura muerte de Byron le dejò intacta y pura la poesìa de la pasion, no se viò obligada, comò tantas otras desgraciadas, à edificar sobre las cenizas de sus amores, *el templo de la amistad*.

Todos vivimos para envejecer y morir, y los desengaños invaden poco à poco el campo de nuestras alegrias. Muchos corazones que ya no creen, no saben resignarse à no volver à amar. Algunos caen irremediablemente heridos en la primera juventud. Otros no pueden amar, y se ven privados del ùnico goce verdadero de la vida.... Felices los pocos que han probado los èxtasis y las torturas, las violentas emociones y las ìntimas voluptuosidades de la verdadera pasion. Solo ellos pueden decir, como la Tecla de Schiller: He gozado todas las delicias terrenales. Vivì y amè!

Ni aùn la muerte puede destruir aquel encanto. A los que sobreviven les quedan sus recuerdos y sus làgrimas, y bastan á consagrar una vida!

Teresa Guiccioli permaneciò fiel en la patria y en su voluntario

destierro á tantos recuerdos, á tanto amor. Sus cartas y sus memorias lo atestiguan. Bella melancólica, llegada á la edad en que muchas mujeres tratan en vano de prolongar una inútil juventud, ella cedió á las leyes del tiempo, y vivió sonriente y serena, cuando sus hermosos cabellos, tan cantados y tan besados por Byron, se tornaron blancos.

Yo me la figuro á veces paseando solitaria por aquellos sitios llenos de tantos recuerdos, y sentarse resignada y pensativa, sacar de su escarcela el tomo de *Corina* para releer aquella carta *suya*.....y levantarse conmovida y pálida. Otras veces creo verla en la hora en que el sol poniente filtra sus rayos por entre el espeso pinar, recitando melancólicamente para sí los memorables versos:

*Ave Maria!' tis the hour of prayer,*
*Ave Maria!'tis the hour of love!*

---

# ELEJIA

(A LA MEMORIA DE JOSÉ M. LOPEZ)

LE conocí ya tarde
Cuando la muerte, fúnebre viajera
Que acecha en los caminos de la vida,
Le esperaba cobarde
Para herirle á traicion en su carrera!....
Fué triste para todos su partida,
Triste, como el dolor sin lenitivo,
Y su recuerdo, flor cuya fragancia
Resiste pura al tiempo, á la distancia,
Conservo yo en el alma, siempre vivo,
Cual se conserva fiel en este mundo
El recuerdo feliz del que fué bueno,
Y cayó en el combate tremebundo
Sin que su frente salpicára el cieno!....

—

Apóstol generoso de una idea
Murió en la santa lid, como el soldado
Que sucumbe abnegado
Al pié de su bandera en la pelea.
Y no bajó á la tumba
Envuelto en la mortaja del olvido...
Dejó un nombre de todos bendecido
Y afecciones que el tiempo no derrumba!...

—

Mirad, y sed testigos!...
Hoy sus buenos amigos
Llevando todos en las almas luto,
Llegan hasta el paraje hospitalario
Donde vela, hace mucho, sus despojos
El árbol de las tumbas, solitario,
Y allí esponen póstumo tributo

Con el llanto en los ojos!...
Flores sobre un sepulcro!...Primavera,
Emblema de lo jóven y lo tierno,
Adornando solícita, sincera,
Con sus mejores galas al invierno!...

Ah!... muy pronto esas flores
Que el Sol dió vida y refrescó el rocío,
Marchitas las vereis á sus rigores,
Barridas por el viento del Estío....
Remedo triste de la vida humana
Que el astro azul de la ilusion colora,
Dándole vida espléndida en su aurora
Y muerte al fin de la primer mañana!...

—

Pero no todo, en este mundo, muere!...
Hasta el jardin inmaterial del alma
No llegarán, para turbar su calma,
El viento que derrumba, el sol que hiere!...
Al rocío de lágrimas amantes
Nace en ella una flor bien primorosa,
Fragante entre las flores más fragantes,
La siempre-viva del recuerdo hermosa...
Reliquia fiel, depósito querido
En célico santuario,
Que impide que perezca solitario
Un nombre en el sepulcro del olvido!....

RICARDO SANCHEZ.

---

# EN LA PLAYA

CUANDO el sol se acostaba sobre el lecho
De espumas del oceano,
Y en lánguido reposo se adormia
La tarde, del crepúsculo en los brazos,

A la orilla del mar azul y en calma
Como un inmenso lago,
Pensativos los dos y silenciosos
Por la playa desierta nos paseábamos.

—

Allá en el horizonte se veian
Cruzar pequeños barcos,
Como blancas gaviotas que la espuma
Con sus alas tendidas van rozando.

—

Llegaban dulcemente á nuestro oido
Esos rumores vagos,
Que siempre en ese instante melancólico
Se alzan del mundo y pueblan el espacio.

—

Sobre una roca, siempre pensativos
Y mudos nos sentamos;....
El ángel del amor sus leves alas
En silencio batía á nuestro lado.

—

Reclinada en mi pecho tu cabeza,
Tu mano entre mis manos,
Yo no sé cuanto tiempo allí estuvimos
Con la mirada en éxtasis besándonos.

—

Tu soñabas y yo tambien soñaba,
Miéntras que enamorados,
Los dos á un tiempo mismo senreiamós,
Los dos á un tiempo mismo suspirábamos.

—

Despues, con una voz que era el preludio
Dulcísimo de un canto,

«Escribe alguna estrofa» -me dijiste,
«¿Nada te inspira este momento plácido?»

—

Escribí entónce en la mojada arena,
Con temblorosa mano,
Un verso que empezaba con tu nombre,
Mas no sé más, no puedo recordarlo.

—

Solo sé que en tus ojos al leérlo
Dos lágrimas brotaron,
Y que despues nuestra pasion oculta
Trémulos se dijeron nuestros lábios.

LUIS M. MUÑOZ.

Noviembre de 1883.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 13

### CHARADAS

*1.ª Andaluz—2.ª Torpedo—3.ª Verdolaga*

—

Fueron descifradas las tres por Cagliostro, y Rafeto; las dos primeras por Una Floridense; y la primera por Mamboretá (de Santa Lucia), y Gamma.

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 4 CD | R 1 R |
| C 6 AR (jaque) | R 2 AR |
| D pide D (jaque) | R toma C |
| P 5 R (mate) | |

*1.ª Variante*

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 4 CD | R 3 R ó 3 AD |
| P pide D (jaque) | R 3 D |
| CR 7 R | R 3 R ó 4R |
| CR 5 AR (mate) | |

*2.ª variante*

| Blancas | Negras |
|---|---|
| P 4 CD | R 3 D |
| P pide A | R 3 R |
| C 7 AD (jaque) | R 3 D ó 3 AR |
| P 5 R (mate) | |

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

—

Este problema fué resuelto por Eduardin, El Duende, Artemus, y Cagliostro.

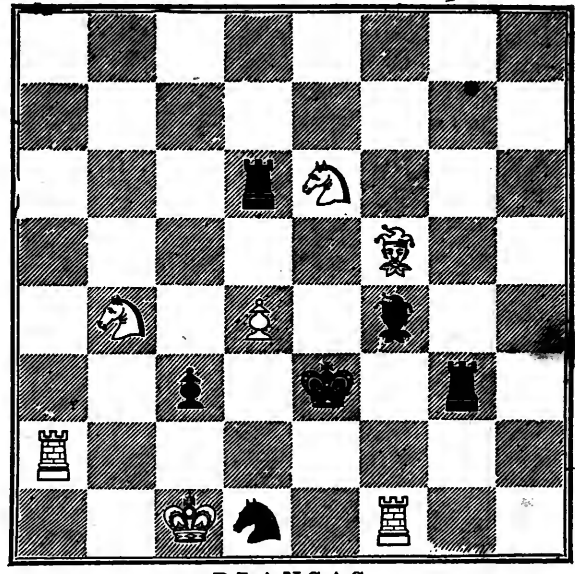
### GEROGLÍFICO N. 13

*La elevacion de un tirano al Poder es un ataque directo á la libertad de un pueblo.*

Enviaron la solucion: Cagliostro, Rafeto, Gamma, y El negro.

### Problema de Ajedrez por Sphinx

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

### CHARADAS

*Primera* y *cuarta* es bebida
Y tambien es vegetal,
Y *cuarta* y *segunda* unidas
Te dan un rasgo esencial
Que al negro caracteriza.

—

Mi *tercia* con mi *primera*
Te dan de Italia un ducado;
Y una provincia guerrera
Es mi *total*, y que ha dado
Muchos hombres ilustrados.

### FUGA DE VOCALES

D..s—d.j.—.l—.v.—d.—l.s—b.sq..s:—«c.nt.!»
.l—r.b..—.nc..n..—d.l—.lt.r:—p.rf.m.!
.—l.—.str.ll.:—l.s—n.b.s—.br.ll.nt.!
.l—s.l:—.rr.d..—.n—l.— .z.l.d.—br.m.!

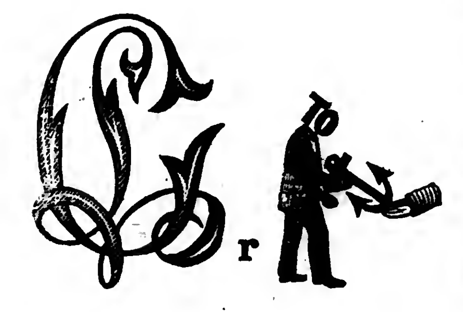
### FUGA DE CONSONANTES

A.—a..ie..e—.u..i.a!—a.—.io:—e..a..a
.o.—.u. - .e..e.a.—.e—a..e..a.a—e..u.a!
Y—a—.i,—.u.e.—.a.a—e.—a.o.—.a.i.a,
.e—.a—.i..o—a.a.o— .io.:—¿a.a—y—.o..i.a?

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

COCRENID—NEGRICUA—APLICAO—AJITUNA

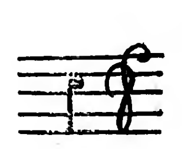
## GEROGLÍFICO NÚMERO 14

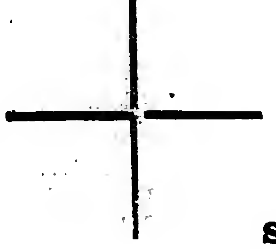




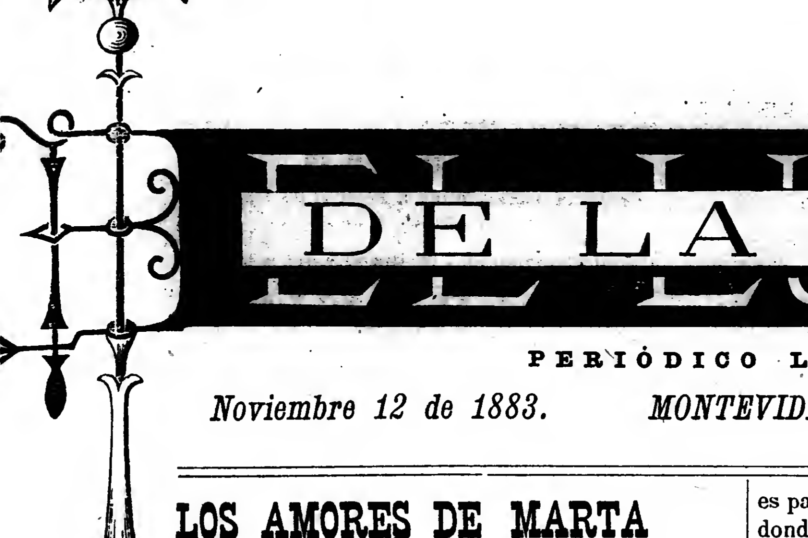

NO

LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS LAS





S.



# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Noviembre 12 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 15.*


# LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

### SANTA MARTA

ERAN las nueve y media de la mañana. En la puerta del Hotel de la Paz, el Ministro Residente de Austria-Hungria y su secretario Herman Müller subian á un elegante cupé de alquiler, debiéndose esta última circunstancia á que S. E. aún no habia recibido los diversos carruages que esperaba de Europa, segun confidencias hechas á la señorita Pancha Ovalle.

—*Villa-Valdenegros*, dijo el Baron Romberg al cochero.

—La capilla nueva de Barracas, repuso Herman Müller, para complementar la direccion dada por su ilustre jefe.

Hizo el cochero un signo de inteligencia; cerró la portezuela: saludó con aire muy espresivo, como indicando conocer que conducia á César y á su fortuna en el cupé; subió con gravedad al pescante; echó el cuerpo para atrás; estiró las piernas; hizo sonar el látigo sobre la cabeza de los caballos, y ya estuvo la Legacion Austriaca en marcha hácia la *Villa-Valdenegros*, para asistir á la consagracion de *Santa Marta*, que comenzaba á las diez y debia ser seguida de un almuerzo en la morada campestre contigua á la capilla.

Mediados de Setiembre. Sol radiante; brisa fresca y pura.—Cuando el cupé deja atrás las calles estrechas de la ciudad, empiezan á aparecer á la derecha mano hermosas quintas, cuya vejetacion sonrie y se colora, estremecida, al anuncio de la primavera, con sus caricias fecundas,—y se desenvuelve á la izquierda, en ondas azuladas, infinitas, la movediza estera del Plata.... Es el espectáculo del rio lo que atrae esclusivamente las miradas del Baron Romberg. Ama él los mares y las grandes arterias fluviales, del punto de vista comercial y estratégico, necesario para la grandeza de las naciones modernas... Como hasta entónces los golpes y el estrépito del escabroso empedrado han hecho imposible la conversacion, el blando y póco rumoroso movimiento de la via enarenada invita ahora á interrumpir el silencio.

—Hé ahí lo que necesita el Imperio!—exclamó S. E.—apuntando con el lente al Rio;—no me canso de repetirle al Conde Andrassy que no debe vacilar nuestra política para tratar de obtener á toda costa nuevos puertos en el Adriático, y aun en el Mediterráneo...

Herman Müller se sonrie y deja hablar solo al señor Baron Romberg.—Obedece á la ley de todos los secretarios de carrera; odia y hostiliza al Ministro.

Otros muchos vehículos siguen aquel mismo camino, y con igual objeto.—El cupé de la Legacion Austriaca pasa á unos y es pasado por otros.—Entre los primeros figura la calesa donde van la Sta. Ovalle, su mamá y don Alejo Nuñez.—Cambio de saludos cariñosos y efusivos. Entre los segundos, cuéntase la victoria de Rodolfo De Siani. Ceremoniosas inclinaciones de cabeza.

Ha vuelto á reinar el silencio.—Tócale á Herman interrumpirlo.

—Supongo que el señor Baron tendrá conocimiento de una publicacion que ha hecho á su respecto, aunque en términos disimulados, el periódico...

—Un periódico infame! se apresuró á decir el Baron. Mi buena amiga la señorita Ovalle creyó de su deber hacerme conocer ese libelo... Yo lo agradecí, no porque me preocupe de esas cosas en sí mismas, sino porque tan insolente demasía cometida contra el representante diplomático de una nacion amiga confirma mis antiguas y arraigadas convicciones sobre la libertad de la prensa... Para mí, el populacho, la prensa libre y la guillotina son tres cosas perfectamente idénticas... Antes de que la guillotina cortase el cuello augusto de nuestra Archiduquesa Marla Antonieta, la habia odiado el populacho é insultado la prensa... *Voilá*...! Hemos discutido largamente con el Baron Beust, sobre esta materia, y no ha podido nunca atraerme á su sistema de liberalismo imprudente... Mi filosofía es esta: la prensa es una fuerza; todos reconocen que lo es;—y bien, toda fuerza debe estar esclusivamente en manos del Estado;—para que este la confie á las clases conservadoras, escluyendo de ella á *la canalla*... Tales son mis ideas, y por esto, el Conde Taaffe me hace siempre el honor de llamarme *un hombre del antiguo régimen*...

Herman Müller se fastidiaba soberanamente de las disertaciones de su jefe, y con mayor razon de la que estaba oyendo, pues le parecia calculada para distraer la conversacion de su primer objetivo.

—Entretanto, dijo, con espresion contristada, el libelo ha hecho fortuna, señor Baron, y, no obstante las ajitaciones políticas de estos dias, toda la ciudad se ocupa de comentar el desgraciado incidente que ha surjido entre V. E. y la familia del señor Valdenegros .....

—Desgraciado nó, replicó enérgicamente S. E.; en manera alguna desgraciado.—No puedo admitir un calificativo tan improcedente!

Guardó Herman Müller respetuoso silencio.—El Baron Romberg, con la vista baja, se retorció durante algunos instantes los bigotes, y luego prosiguió:

—Estas sociedades atrasadas, un tanto primitivas.... aunque muy dignas de estudio y de atencion benévola,—atribuyen exagerada y falsa importancia á ciertos hechos de un órden elevado, que no están ellas todavia en situacion de comprender y de apreciar como elementos de la honorable constitucion de la familia.—Primitivamente, en los tiempos salvajes, el hombre se dirigia al jefe de la tribu para comprar una mujer, como si la mujer fuese un vil objeto de comercio. (Se descubria una noble indignacion en el acento del Baron Romberg, cuando pronunciaba esas palabras). Ahora, en nuestra alta civilizacion europea y cristiana... la mujer entra al hogar del hombre, con la plenitud de sus derechos, con toda dignidad, afianzando por sus propios medios el decoro de

matrimonio y el porvenir de la raza que contribuirá á fundar...

Una sonrisa escéptica de Herman Müller acojió esa monumental paradoja del Baron Römberg, que, sin embargo, continuó:

—He procedido correctamente, como un caballero leal, que conoce sus deberes, y mide sus responsabilidades. Puedo decir que he ido caballerescamente mucho más allá de mis deberes....Despues de las revelaciones que espontáneamente me hizo el señor Valdenegros sobre el orígen de la señorita Marta, estaba perfectamente autorizado á considerar nulo,—*non avenu*, el pedido de la mano de la señorita..........

—Eso habria sido cruel de parte de S. E.!—esclamó Herman, con sorna muy disimulada.

—Sí, repuso el Baron; —lo reconozco!—tengo un corazon sumamente sensible, y me habria sido doloroso, altamente doloroso, llenar de amargura el hogar de una familia distinguida del país donde me encuentro acreditado.—Mantuve, pues, mi palabra, exigiendo en cambio condiciones de fácil ejecucion, y sumamente honorables para la misma familia Valdenegros... Sé que en esas exigencias ha llamado la atencion el punto de la dote... Psss! Algo elemental, y doblemente necesario en el caso especialísimo de la señorita Marta... Yo debia reputar mi casamiento protegido por los fueros de mi exterritorialidad, pero llevé mi delicadeza hasta el punto de querer respetar estrictamente las leyes del país. Consulté, pues, á uno de los primeros abogados de esta ciudad, el cual aseguró, y me demostró, que la constitucion de una dote no es en manera alguna opuesta ni al espíritu ni á la letra de las leyes argentinas... Todo ha sido, pues, hidalgo, correcto, legal... Por lo demas, casi no vale la pena de hablar de este asunto... Es un asunto que debe considerarse concluido... Tal vez en el primer momento, la familia haya sido sorprendida por una emocion... no diré precisamente desagradable, pero sí... pero sí... estraña... Sobre todo, puede la emocion haber dominado á ese excelente anciano, que, segun me lo ha esplicado mi buena amiga la señorita Ovalle, aunque muy respetado, muy querido en el país, no ha tenido la fortuna de acompañar, como otros, el movimiento... ondulante... progresivo, de esta sociabilidad en formacion hácia la distincion y la refinada cultura de las costumbres europeas... Pero todo eso ha pasado... La señorita Marta ha insinuado, en términos excesivamente honrosos para mí, que cuenta con mi presencia en la consagracion de *Santa Marta*, y el señor Valdenegros me ha anunciado que, terminada esta fiesta religiosa, arreglaremos el asunto pendiente... Oh! sí, lo arreglaremos! Encontrará en mí un perfecto caballero... Pocas palabras bastarán para ponernos de acuerdo... Será probablemente hoy mismo... No pienso retardar mi enlace... Afortunadamente, el cable eléctrico me permitirá prevenir instantáneamente á mi familia la realizacion de un casamiento que colma los votos de mi corazon...

El tema estaba ya agotado, y tampoco hubieran podido proseguir la conversacion, pues el cupé se detenia en la verja de la *Villa-Valdenegros*.

Un lacayo, vestido de librea azul, indicó al cochero la portada por donde debia entrar con su carruaje, y más adelante otro lacayo, igualmente vestido, señaló el sitio donde debia detenerlo, para hacer bajar á sus dueños, y continuar camino hasta estacionarse en una larga y espaciosa calle rodeada de eucaliptus, que ya daba albergue á otros muchos carruajes.

Era la casa de la *Villa-Valdenegros* un inmenso edificio, en el cual aparecian agrupados y como hacinados con abigarrada fantasía, compartimentos de antigua arquitectura colonial, con miradores que semejaban oscuros minaretes, con corredores oprimidos y sombrios como claustros, con grandes patios de aspecto morisco,—y secciones modernas, graciosas y lijeras, con la majestad de las altas columnatas y el lujo y la profusion de los mármoles de variados y caprichosos colores.—Poco preocupada de la belleza arquitectónica, habia querido la familia tener así reunidos los graves y amados recuerdos de una vieja propiedad hereditaria, y las comodidades y encantos que proporciona en nuestro tiempo un arte más ilustrado y discreto de aprovechar los favores de la fortuna.—Rodeaba el edificio un vasto jardin donde se hallaba acumulado, en árboles y plantas, en fuentes, grutas y glorietas, en invernáculos y pequeños lagos, en estátuas, bancos y mesetas, todo lo que puede suministrar el dinero empleado, si nó con infalible buen gusto, siempre sin tasa ni medida.—Más allá del jardin, al fondo y á los costados, dilatábase la quinta con proporciones de granja, y las grandes arboledas trazaban en aquel contorno impenetrables horizontes de verdura.

Tenia la fiesta cierto aspecto familiar. Don Francisco y Doña Emilia recibian en el jardin, cerca de una de las galerias de la casa, y los invitados paseaban en diversos grupos por aquí y por allá, esperando la hora de la ceremonia, que no tardaria en sonar.—El señor Arzobispo y otros miembros conspícuos del clero argentino estaban ya en la capilla, preparando las sagradas vestiduras. Los acompañaba el célebre Padre Jordan, que debia predicar, despues de terminado el acto.

Algo séria fué la acogida que hizo el señor Valdenegros al Baron Romberg, pero este no pudo percibirlo bien, porque doña Emilia se apresuró á mimarlo con amabilidades esquisitas. En todo caso, ya se sabe que «el excelente anciano no habia podido acompañar el movimiento ondulante y progresivo de la sociabilidad argentina, hácia la distincion y la refinada cultura de las costumbres europeas!»

No léjos de allí, contemplando el juego de aguas de una fuente rústica, estaban en un grupo Orfilia Sanchez, Marta Valdenegros, el Dr. Nugués y algunas otras personas.—Sostenia el jóven facultativo que en materia de juegos de aguas, sólo las duchas higiénicas ó curativas atestiguan un poco de sentido comun, así como únicamente el capital empleado en flores tintóreas ó medicinales salva el honor de la humanidad en medio de los caudales que devora el inútil cultivo de las flores de adorno... Habíase alejado del grupo el Dr. Arismendi, grave y ceñudo, por no oir las excentricidades de su adversario político;—pero Orfilia vengaba á su marido satirizando con severidad el escepticismo del Dr. Nugués.

—Lo que sorprende, decia ella en conclusion, es que usted no sea tan escrupuloso y desdeñoso en materia de *juegos parlamentarios*, ó de *flores retóricas!*

De esta manera, el diálogo cobraba vivacidad, con sabroso placer de los oyentes; pero Marta poco participaba de la impresion general.—Mostrábase inquieta y anhelante, mirando con atencion á todos los recien venidos... Cuando divisó al Baron Romberg, se estremeció de júbilo... Jamás se la habia visto más hermosa!... Estaban sus mejillas más pálidas que de ordinario; brotaba sangre de sus labios, acaso porque se los mordia con frecuencia, y cuando no, una sonrisa nerviosa dejaba descubierto el precioso alabastro de sus dientes; se abrian, se entornaban y se cerraban sus párpados con movilidad instintivamente dramática... Vestia un traje de raso negro con encajes del mismo color, muy ajustado, luciendo toda la esbeltez adaptable á las récias pero voluptuosas formas de su cuerpo; y en su cabeza erguida, un sombrero con grandes y relucientes plumas negras parecia coronar en ella la figura evocada por el verso escultural de Alfredo de Musset:

UNE JEUNE GUERRIÈRE AVEC UN CASQUE NOIR!

Despues de un rato de conversacion, el Baron Romberg preguntó por la señorita Marta á doña Emilia.—Esta hizo ademan de llamarla, pero el Baron, siempre galante, protestó contra tal subversion de las reglas de la etiqueta, y encaminó sus pasos al grupo donde se agitaba *el casco negro de la jóven guerrera*. Saludó en general el Austriaco á las personas del grupo, y solo tendió su mano á Marta, que le correspondió con la suya, y una

cortesia exagerada.—Todas las miradas, en los diferentes grupos que recorrian el jardin, se volvieron inmediatamente hácia aquella pareja, cuyo melindroso estado de relaciones amorosas era, de dias atrás, objeto de generales y picantes comentarios.—Nada fué posible percibir. Se conducia el Baron con un perfecto disimulo, y la estraña nerviosidad de Marta se prestaba á diversas y contradictorias interpretaciones.

La intervencion de un ministro diplomático habia hecho degenerar la conversacion en inofensiva y trivial. Se habló de que predicaria el Padre Jordan.

—Es la *great atraction* del dia, dijo el doctor Nugués.

—Sin contar las sorpresas, replicó Marta con un gesto irónico.

Nadie comprendió precisamente el significado de esas palabras. Solo el Baron Romberg creyó ver confirmado algo de lo que venia conversando en el cupé con su secretario Herman Müller.

Habia tomado el jardin una fisonomia animadísima.—Llegaban los últimos carruajes, y en uno de ellos Pancha Ovalle, que acudió presurosa á sellar con besos ruidosos en las mejillas de Marta el perdon magnánimo de pasajeros agravios.—Resplandecia el sol; cantaban los pájaros, mezclando gritos jubilosos al incesante murmullo de las fuentes, al susurro de las sedas, al crugir de los pasos, al rumor de las palabras y las risas en el vaiven de las conversaciones lijeras.... Movíanse todos de un lado para otro, y se esperaba con impaciencia la hora de la ceremonia religiosa que debia preceder al almuerzo.... Llegó bien pronto esa hora.—Dió la señal don Francisco, y numerosos criados la trasmitieron á los sendos grupos.... Pusiéronse todos en marcha hácia la capilla.... Marta aceptó el brazo del Baron Romberg.... Iba sonriente, mirando de reojo á su compañero, que apuraba las pedantescas curiosidades de su lente en todas las direcciones del trayecto....

Estaba la capilla edificada á corta distancia del jardin, sobre una suave eminencia del terreno.—Un átrio espacioso, embaldosado de mármol, á cuadros blanco-azules, se estendia al frente, y se prolongaba en forma de anden rectangular alrededor de todo el edificio. Algunas gradas de mármol conducian al umbral de la magestuosa puerta de entrada, terminada en ojiva y coronada de innumerables molduras, con delicadezas de encajes. Agudas torrecillas surgian á los costados, escalonando su elevacion hácia el centro, hasta llegar al triángulo atrevido que remataba excelsamente la fachada.—Era aquel un ensayo no muy churigueresco de arquitectura gótica, cuya belleza hubiera necesitado complementarse con el tinte sombrío y solemne de las catedrales antiguas.—Encuadrado en un bosque de lozanas y elevadas acácias, circundado de plantas florecientes, parecia usurpar la fisonomia risueña de un templo pagano al abrigo de la selva lujuriosa....

Entró á la capilla el distinguido cortejo, yendo el señor Valdenegros y su esposa á la cabeza. En los alrededores del átrio, la servidumbre de la quinta y las gentes sencillas de las cercanias contemplaban el espectáculo con recojimiento candoroso.—Un murmullo de aprobacion, y sonrisas y saludos de felicitaciones á don Francisco y doña Emilia, recorrieron el cortejo, luego que estuvo en el interior de la Iglesia y abarcó su conjunto con ávidas miradas.—Bello y lujoso era en efecto el interior de *Santa Marta!*—Las líneas ojivales perseveraban en la estension de la bóveda, tallada y festonada, pintada al óleo con colores grises donde resaltaba la profusion de los toques dorados.—Al fondo terminaba el edificio con una amplísima rotunda, cuya cúpula, pintada de celeste y tachonada de estrellas, parecia correr sobre los altares allí alzados un pedazo del toldo de los cielos.—Con los destellos del prisma, penetraba la luz al través de rosas y de ojivas, cuyos cristales menudos, artísticamente agrupados, representaban escenas culminantes del Antiguo y Nuevo Testamento. Estaban los muros literalmente cubiertos con cuadros y reliquias que la familia acababa de adquirir en Europa á precios fabulosos, y ricos tapices dejaban ver aqui y allá el piso estucado con fragmentos de colores vivaces como los de un pavimento arábigo. Una balaustrada de mármol blanco, al medio abierta, marcaba el límite del recinto destinado á los fieles. Tres escalones del mismo mármol conducian al piso de la rotunda, en cuyo centro se levantaba el altar mayor, aislado y gracioso, de un mármol todavia más nítido, símbolo de pureza espiritual, terminando en un templete de formas esbeltas, bajo cuya bóveda, clavado en una cruz de ébano, aparecia el lacerado cuerpo de Jesús.... A la derecha y á la izquierda de la rotunda, sobre altares más modestos, descansaban las imágenes de la Vírgen y de San José, cuyo lujo y mérito excedian todo lo hasta entónces conocido en la ***high life*** porteña del culto católico... Admiraban los circunstantes todo ese conjunto, todos esos detalles, y todavia se extasiaban en los primorosos tallados de la caoba oscura del púlpito, en el exterior del coro, en el frontispicio del órgano, en la variada elegancia del mobiliario esparcido por la nave... Tenia mucho de profana, y poco de religiosa, aquella admiracion que se traducia en exclamaciones ruidosas y movimientos vivos;—pero ni pecado venial podia encontrar en ella el criterio más rigurosamente ascético, pues *Santa Marta* era todavia un salon; no estaba consagrada!

Va á empezar ahora la ceremonia de la consagracion.

De un lado de la rotunda sale el Arzobispo, seguido de varios sacerdotes, y otros varios del opuesto lado, todos en la más brillante florescencia de sus ornamentosas vestiduras, y acompañados de numerosos acólitos. La concurrencia se pone de rodillas, y la curiosidad cambia naturalmente de objeto.—Mediante los ritos de estilo, se bendice el agua y la sal, y luego el Arzobispo, con el hisopo en la mano, á la cabeza de su sacerdotal falange, desciende los escalones que conducen al recinto de los fieles, divididos en dos alas para darle paso, y sale en seguida de la Iglesia, por la gran portada, acompañándolo todos en forma de procesion... El baron Romberg marcha al lado de Marta, que lo mira siempre de reojo.

Ciérrase entónces la puerta de la capilla. Camina la procesion por el andén del contorno, y el Arzobispo rocía con agua bendita el arranque de los altos muros, pronunciando las palabras rituales, miéntras entona su séquito los salmos del momento.—Están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo golpea las puertas con el extremo inferior de su báculo, diciendo con voz sonora: *Atollite portas principes vestras*; pero nadie abre, y la procesion vuelve á recorrer su camino, rociándose ahora los muros al nivel de la cintura de un hombre, en medio de las mismas fórmulas y de los mismos cantos... Y están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo da un segundo golpe con su báculo:—*atollite portas!*—pero nadie abre, y la procesion emprende una vez más el camino, rociándose entónces los muros á la mayor altura que puede alcanzar el hisopo, en medio de las mismas fórmulas y de los mismos cantos.—Y están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo da el tercer golpe en las puertas; *atollite portas principes vestras!*—Y las puertas se abren, y el cuerpo sacerdotal penetra en la capilla, diciendo el Arzobispo: *Pax huic domui!*,—miéntras los fieles permanecen fuera, aguardando la celebracion de ciertos ritos para poder pisar en el ya consagrado recinto.....

Con el alejamiento de los sacerdotes, hay un momento de expansion para los invitados. Parecen todos sacudirse el peso de la monótona ceremonia.—Se mueven, se animan, y conversan con placer ingénuo.—La servidumbre de la quinta y las gentes sencillas de las cercanias, con nuevo contingente de curiosos, siguen observando todo en actitud de candorosa reverencia.

El doctor Nugués se ha acercado á Orfilia Sanchez, para librar una pequeña batalla de dialéctica:

—Me tienen escandalizada sus bostezos, dícele ella.

—Somos así los grandes hombres, replica el escéptico;—Napoleon I bostezó incesantemente miéntras el Papa lo consagraba Emperador en Nuestra Señora de Paris!

Abandonando un momento á Herman Müller, deslízase Pancha Ovalle hasta el puesto que ocupa Rodolfo Do Siani, para decirle misteriosamente:

—¿Se ha fijado en Orfilia?

—Cómo no!—contesta el pálido y soberbio jóven.

—¿No tenia yo razon para decir que está lindísima?

—Sublime!

—Es la reina de la fiesta.

—Se concibe un crimen!

—Bandido!

Apresúrome á decir que habia en el Baron Romberg más uncion religiosa que en Rodolfo.—Estaba sudoroso: se pasaba el pañuelo por la frente, y le decia á Marta con gravedad magistral:

- Una ceremonia muy tocante!

—El señor Baron, contestó Marta, debe ser inclinado al misticismo...

—Misticismo no;—tengo un alma delicada y soy un cristiano reverente.

La señorita Valdenegros saludó esas palabras con una risa sardónica.—Se estremeció el Austriaco; púsose pálido; contempló algunos instantes á Marta, que en vano quiso entónces fingir sonrisas amables, y tomó en su fisonomía y en su porte la espresion de un hombre que siente caer una venda de sus ojos y aparecer inesperados peligros... Algo de esta escena pudo percibir de léjos doña Emilia, y desde aquel momento, sensiblemente alarmada, procuró que Marta estuviese siempre al alcance de su vista.

Miéntras tanto, resonaba en la capilla majestuosamente el órgano, y el Arzobispo, de pié en medio de la nave, entonaba el himno: *Veni Creator Spiritus!* acompañado de un hermoso coro. —Efectuáronse otros ritos, quedaron benditos los altares, y exornados para el divino sacrificio.—Avanzó el Arzobispo con su séquito hácia el altar mayor, y los fieles entraron para oir la primera misa que iba á decirse en *Santa Marta...* Dijose la misa; en el instante de la elevacion, se prosternaron todos, hasta el mismo doctor Nugués!...—pero Marta, habiéndose levantado de su silla para arrodillarse en seguida, quedó de pié, distraida, misteriosa y sombría,—temblándole las relucientes plumas del sombrero, por la ondulacion nerviosa que agitaba su cabeza... Orfilia la hizo volver en sí misma, y cuando la misa hubo terminado, miéntras el predicador oraba silenciosamente en el púlpito, sentándose al lado de la sobrexcitada jóven, díjole al oido:

—Por Dios! Marta;—te encuentro tan extraña!—tengo miedo! ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer?

—Nada temas, replicó rápidamente Marta; disimula; abuelita nos está observando!

El sermon del Padre Jordan fué digno de su fama. Faltábanle tal vez, en relacion al acto, algunos rasgos de esquisita gracia literaria; mas, en cambio, cuánta elevacion de ideas!—qué solemnidad de acento y de espresion!—que accion tan digna!—Despues de esplicar teológicamente el sentido de la consagracion de los templos, hizo una apología indirecta y sutil de los nobles ancianos que habian edificado á *Santa Marta,* interpretando al efecto el anatema que lanza el Evangelio á los ricos. -Se le oia con admirada atencion.—El mismo doctor Nugués descubria en aquel orador sagrado detalles dignos de imitarse en la peroracion final de los discursos parlamentarios,—y el agrado general subió hasta las vibraciones de la emocion cuando el Padre Jordan, al terminar su arenga, presentó veladamente á Marta bajo las formas de una nueva Rebecca, brindando el agua pura de la vida en la fuente de una noble raza, que sin ella, habriase visto condenada al silencioso panteon de las razas extintas... Pero Rebecca, poseida por el demonio de su agitacion interior, permanecia sorda á la inefable palabra de la santa cátedra, mirando de reojo la figura enjuta y ya mohina del Baron Romberg!

Terminó el sermon, y con él la fiesta religiosa. Don Francisco y doña Emilia dieron la señal de la partida, atravesando por el centro de la nave, con semblante de grata conmocion.—Siguiéronlos todos los invitados, esparciéndose luego por los ámbitos del átrio, porque allí habia quedado doña Emilia, en medio de otras señoras, miéntras don Francisco iba á la sacristia para rogar al Arzobispo y á los demás miembros del clero que concurriesen á la casa-habitacion y aceptasen asiento en una mesa especial, que les estaba espresamente destinada. Los unos se quejaban de cansancio; los otros ponderaban su apetito.... Pocos eran los que podian reprimir involuntarios movimientos de impaciencia.... Solo el doctor Nugués comentaba á su sabor ciertas alusiones personales del sermon.... La servidumbre de la quinta, las gentes sencillas de las cercanias, y un creciente concurso de curiosos, contemplaban el final de la fiesta con su misma candorosa reverencia.....

El Baron Romberg se habia escurrido en el tumulto, y Marta lo buscaba ávidamente... Tardó en descubrirlo... Vió que se acercaba á doña Emilia, y ella tambien se acercó... El Ministro Austriaco presentaba sus escusas á la señora Valdenegros; urgentes atenciones de la Legacion le impedian asistir al almuerzo... Marta se interpuso...

—Señor Baron Romberg!—esclamó con voz enérgica.

Fué imposible contenerla. En vano corrió Orfilia hácia ella, y trató de sujetarla. Marta avanzó un paso,—deteniendo á su amiga con el brazo izquierdo rigidamente estendido para atrás... Profundo estupor paralizaba á los demás.

—Señor Baron Romberg!— Una feliz indiscrecion me ha hecho conocer una carta suya, y descubrir al mismo tiempo el secreto de mi origen... Ah! Usted lo ha dicho! soy descendiente de uno de los Reyes de la Pampa!—Yo tambien tengo el orgullo de mi raza, señor Baron Romberg. Soy princesa! Y una princesa, princesa millonaria, no puede, sin desdoro, conceder su mano á un simple Baron... arruinado...

Ahogó su voz un acceso de risa histérica; y para no caer sobre el baldosado de mármol, tuvo Marta que echarse en brazos de Orfilia y de la señora Valdenegros.

Por su parte, el Baron Romberg, desde las primeras palabras de la jóven, se habia erguido con un ademan dignísimo, como un verdadero representante de Austria-Hungria, y miraba á todas partes solicitando un caballero que se hiciera responsable de aquel sangriento ultraje femenino.... Con paso lento y semblante grave, se aproximó Rodolfo.

—Soy un Valdenegros! dijo.

—Gracias! contestó el Baron.

Y en medio del tumulto atónito, ambos se alejaron yendo á tomar su respectivo carruaje.

El doctor Nugués, entre tanto, acudia presuroso para brindar á Marta el tesoro de sus auxilios profesionales.

*(Continuará.)*

## UNA CARTA FILOSÓFICO-LITERARIA

*Nuestro ilustrado compatriota don Eduardo Acevedo y Diaz, ausente hoy del pais, ha dirigido á nuestro amigo el doctor Dufort y Alvarez la siguiente carta, motivada por la lectura de la tésis qae este presentó para optar á su doctorado.*

*Como todo lo que Acevedo Diaz escribe, su carta es una joya literaria, que hemos creido oportuno insertar en «El Lúnes», archivo mas duradero que el diario, cuya vida es efímera, y cuyos materiales no se releen como los que se publican en estos semanarios que generalmente se coleccionan.*

Señor Dr. D. Anacleto Dufort y Alvarez.

Mi estimado amigo:

OPORTUNAMENTE recibí su bella tésis, presentada á la Universidad para optar al grado de doctor en jurisprudencia, y la cual versa sobre el tema de la prensa irresponsable.

Mucho agradezco á usted ese recuerdo, que es el vivo reflejo de

su clara inteligencia, y de sus puros sentimientos patriòticos. La tèsis se recomienda por tales conceptos, por sus ideas expresadas con sincera conviccion, por la sencillez y elocuencia de su lògica, y por el estilo claro y enèrgico con que usted sabe desenvolver y acentuar el pensamiento, sin afectacion y sin penoso esfuerzo.

Concibo asì una obra del arte, sin recargo, pero con los adornos necesarios, de pòrtico y columnas airosas, sencilla en su conjunto y en sus detalles, por cuyas ojivas penetran vivos rayos de luz, y cuyos lienzos murales permiten apreciar la solidez de los cimientos. No ha puesto usted estàtuas de yeso en los pilares, ni muchos arabescos en el fròntis, lo que abona en favor de la verdad somera y del pensamiento exacto que se imponen en su tèsis, y que caracteriza la ìndole de su espìritu templado y reflexivo.

La misma eleccion del tema ha sido feliz, trayendo usted el contingente estimable de su criterio ilustrado à la defensa de ideas que eran utopìas para la opinion que oìa y respetaba à Girardin, y que han sido pràcticas, positivas y benèficas en una repùblica de Amèrica, sin que hasta el momento presente se hayan extendido lo bastante, como un homenaje merecido al progreso de la època.

Al felicitarle cordialmente por ese trabajo que señala el tèrmino de su vida de aulas, de que tantos han desertado contra su voluntad y su deseo, por adversa suerte,—ha de permitirme dè à esta carta la extension necesaria para trasmitirle las impresiones que el tema me sugiere, y que de ningun modo estaràn en pugna con sus ideas.

No entrarè à apreciar las opiniones de si la prensa es ò nò un cuarto poder; pero sì à dar, ante todo, una idea de su alta mision, y de las faces que reviste. Lo primero, ha salido ya del terreno del debate; lo segundo, serà oportuno siempre que se trate de su irresponsabilidad.

Hacinamiento de ideas formado por la defensa y el ataque, del quese desprenden resplandores, y opiniones triunfantes que no sobreviven, sin embargo, al esfuerzo personal de los tribunos; pensamientos que brillan entre combinaciones transitorias para perderse en el enjambre como polvo de luz artificial, y voces profèticas supeditadas al dia siguiente por el clamor de las preocupaciones heridas; exigencias formuladas en momentos en que nadie puede ceder, y exaltaciones del entusiasmo cuando se discute friamente el problema de la vida; clarìsimas visiones del talento que arrastra el sarcasmo y la persecucion señalando rumbos nuevos al espìritu pràctico del pueblo; y luchas ardientes cuyo resultado final entraña un movimiento retrògrado ò progresista, y en las que la armadura suele caer à pedazos con las màs firmes convicciones del ciudadano.

Es sabido que todo esto, y mucho màs, se desprende de los anales de la prensa.

Bajo otro aspecto, verdades profundas ò errores funestos; pureza en el fin y en los medios, ò cinismo en la prèdica; consagracion de fòrmulas intachables, y conjuncion de intereses y propòsitos en medio de la embriaguez del triunfo: que la prensa puede ser la montaña de cuya cima descienda à bañar los oscuros fondos un raudal de luz elèctrica, ò el ràpido que arrastre en su corriente las escorias del camino, ò el volcan que mezcle su lodo hirviendo à las vertientes que regaràn el llano,—tan imposible parece grabar en ella las ideas sin el sello de las pasiones, grandes ò menguadas, como el emanciparse de las influencias imperantes y de los vehementes impulsos de corazon.

Sobre todo esto, cuàntos fenòmenos psicològicos de que no se apercibe el criterio impaciente de las colectividades provocan por ley de asociacion formacion de ideas que han de servir à fines que no entran en el càlculo de los pensadores, al emitir las propias, apesar de la sinceridad de sus esfuerzos!

Tan real y positivo es que ciertas propagandas se proyectan à grandes distancias con todo el efecto de un choque por retroceso, sin que en su tiempo se abrieran caminos, y sin que sus mismos autores vislumbrasen el alcance de su poder moral.

Una doctrina, un pensamiento nace, no se sabe en què cerebro: ùtil y fecundo al principio, cunde, se dilata, rueda como una ola brillante de ribera à ribera, se enseñorea de los espìritus, da vida à un sistema, vigor à una combinacion, aùna voluntades, concilia opiniones, sufre el anàlisis, se modifica, refleja otros brillos en la prensa, se convierte de teorìa indefensa en arma de combate que lacera y hiere; y asì como no queda rastro de su trayectoria en el espacio que guie al punto de partida y demuestre la razon de su existencia, à favor de circustancias locales y de accidentes diversos, se desviste de sus galas primitivas, y pasa de idea radiante y serena que pudo ser timbre de gloria para su autor, á semillero de disputas y rencores que entrañen la condenacion severa de su segundo ò de su ùltimo apòstol.

En este òrden de consideraciones podrìa irse lèjos, dada la magnitud del tema, y mucho màs aùn si al reconocer en la prensa un poder incontrastable, se la aprecia del punto de vista de sus viriles esfuerzos para la causa de la libertad, en todas sus manifestaciones, el afianzamiento del derecho y la consagracion de principios inviolables que hoy sirven de base à las naciones civilizadas. Bastaria recordar que allì en donde ha sido conculcado un derecho, ò desconocido el principio tutelar de la propiedad, del honor ò de la vida, la prensa ha sido el recurso heròico, y el arma poderosa con que se han restablecido las condiciones iguales de la lucha, à la vez que el equilibrio de las fuerzas sociales, por el juego armònico de todos los derechos.

En nuestra historia, considerada bajo esa faz, hay tambien pàjinas luminosas, como hay ejemplos frecuentes de la degradacion del pensamiento en homenaje à preocupaciones serviles, que se han reproducido en infinitas variedades; condicion inherente à lo que obedece à la evolucion del tiempo, que introduce nuevos elementos en la materia sobre que trabaja, sin alterar la esencia primitiva.

Digno es con todo de observar; que en ese perpètuo combate de las ideas solo han sobrevivido aquellas que traducian fòrmulas de otros destinos superiores y que bastaban para constituir puntos de mira en la medicion exacta de un arco de porvenir.

Desde Mariano Moreno, luz y nèrvio de su època, que utilizò la ùnica pequeña imprenta, propiedad de los jesuitas, que existia en el vireynato, para difundir claras nociones econòmicas y polìticas superiores à su tiempo;—hasta los publicistas que en la actualidad han ennoblecido el arte tipogràfico, al igual de Franklin, y con sus actos y escritos coronado la obra nacional que Moreno dejò en problema;—y desde el escritor britànico que derramò chispas de libre-exàmen en el primer periòdico de sanas doctrinas polìticas fundado en Sud-Amèrica,—honor que corresponde á Montevideo,— descubriendo los vicios orgànicos de la administracion colonial al descarnar «el esqueleto del jigante»,—hasta los intèrpretes de la opinion en nuestros dias que pugnan por levantar las ideas sobre esas y otras herencias fatales: desde entònces en àmbas riberas del Plata, estìmese si fuere posible el cùmulo de esfuerzos, de abnegaciones y de sacrificios que la historia de la prensa revela!

En esta sèrie de elaboraciones intelectuales, que empieza con la formacion y sigue en su crecimiento al «periodista americano» han de segregarse por espìritu de seleccion todas aquellas en que estèn buriladas de mano maestra las fisonomìas de las èpocas, en que sobresalen como relieves los grandes lineamientos del espìritu pensador señalando nuevos derroteros à la sociedad desquiciada, ò seduce la lògica osada de los reformadores no siempre comprendida; y que por el hecho al esparcir gèrmenes de evoluciones futuras, ha diluido sobre la materia grosera todas las sublimidades del pensamiento martirizado.

¿Es para una prensa asì, que desea V. la irresponsabilidad?

Podria creerse fuera inoficioso. La prensa elevada y culta, bien lo sabe V., està por encima del nivel comun, y fuè à esa altura que colocaron su tribuna Hamilton, Madison y Jay, si hemos de citar modelos. Es desde su Sinaì que se dicta la ley. Gènesis de ideas que nunca cambian, porque no han sido fruto de una mente determinada, sinò del espìritu trabajado de muchas generaciones, contiene en esencia à las leyes mismas, y èstas no pueden preceptuar penas ò imponer lìmites al poder que genera «principios invencibles,» sin desconocer su propia filiacion y grandeza de orìgen.

Y si pasando por una transicion natural de esa tribuna escelsa à otra no mènos gloriosa en que se haga apostolado de esos principios, siempre proscritos! aplicàramos à sus propagandas la misma regla ¿no crèe V. que seriamos lògicos al afirmar que à ellas no alcanza tampoco el

proyecto restrictivo, porque hasta el esceso cautiva, cuando el derecho se ejercita en las altas esferas del ideal patriótico?

Existe en cambio una prensa que no ha reflejado sinó desordenadas pasiones, sacrificando siempre al interès del momento y à la ambicion personal, la gran lògica de la verdad filosòfica y politica, prensa que està en pugna con los mismos principios que la han dado vida, cuyas piezas no pueden acumularse, y para lo cual se ha dictado propiamente la ley represiva. Con todo, V. extiende hasta ella el beneficio de la irresponsabilidad.

Esa prensa se retrata de cuerpo entero, por decirlo asì, en un modelo ò ejemplar tìpico, cuyo diseño disculparà esta digresion, que no carece de interès històrico.

En tiempos màs sencillos, pero màs ardientes, pues que eran de formacion, en que las pasiones violentas pretendian erigirse en àrbitros, y en que la prensa, ya retirado Moreno, solia sudar en demasìa, estèrilmente, —se perseguia con mayor severidad que ahora al periodista, ò al que escribia, si hemos de creer que *le nom ne fait rien à la chose.*

Interesantes lustros aquellos, posteriores à los debates en cabildo abierto, incubadores de gacetas y de hojas impresas que volaban entre el vecindario agitado de semana en semana, lo mismo que aves-correos que trajeran noticias de otras tierras, con artìculos polìticos encabezados con versos de Horacio, y disertaciones nebulosas sobre la mejor forma de Gobierno; lustros interesantes en que todo se concilia ò se compensa, refundièndose afanes y aspiraciones en un solo impulso hàcia el cambio, ò rebelion contra la costumbre, de que eran factores activos los mismos adversarios en apariencia, del espìritu nuevo.

Por entònces, uno de los defensores ardientes del error hereditario en cuestiones de fè, y de lo que por accidente debiera en su concepto contribuir à perpetuarlo, sea en el dominio de la ciencia ò en el de la polìtica,—al propio tiempo que se sublevaba contra las formas y las exigencias que trae consigo un perìodo de transicion, se constituia èl mismo en uno de sus campeones, rompiendo los lazos de la disciplina impuesta por el viejo sistema, y haciendo uso del pensamiento escrito como de un derecho absoluto.

El personaje singular de que hablo, educacionista primero, y luego escritor pùblico, inquieto y apasionado, de un criterio multiforme, hasta el punto de emitir cuatro opiniones distintas en otros tantos periòdicos, y muy digno de redactar EL TEOFILANTRÓPICO,—EL GAUCHI-POLÍTICO,—EL PARALIPOMENON—y DOÑA MARIA RETAZOS,—nombres propios de nuestra prensa fòsil,—se permitiò como tantas veces en LA VERDAD DESNUDA, que debiò serlo en alto grado,—una violenta diatriba contra la Junta de Representantes. Ocurria esto en 1822. Llevado ante un Jurado, fuè condenado por abuso de libertad de imprenta à cuatro años de destierro en Patagones: primer veredicto, en mi concepto, de la larga sèrie que màs tarde ha hecho objeto de consideraciones estremas, como usted lo ha dicho, à muchos que hubiesen tenido suficiente con la reprobacion universal. La pena legal, evitò este *verdadero castigo*, al periodista, que eludiò aquella, refugiàndose en Montevideo: lo que en tèrminos esplìcitos quiere decir que no recibiò ninguna, y que por el contrario creciò en reputacion ante propios y estraños.

Sabe usted que me refiero à Francisco de Paula Castañeda, escritor inteligente y osado como pocos, de la conventualidad Franciscana, que tanto se mofò de Artigas como de Rivadavia, autor de *teruleques* y *anchopitecos* que quemaban, segun Gutierrez, lo mismo que las alas del «bicho moro» en los malos años para las sementeras, y poetastro nada comun en materia de epìgramas, que llegò à lograr sus designios recogiendo acà y acullà pacientemente los materiales de la imprenta que habia pertenecido al General don Josè Miguel Carrera.

Al recordar à este escritor, entidad singular del periodismo de otros tiempos, dominado por la posteromanìa, he querido poner de relieve uno de los fundadores espectables de la escuela personal en la prensa, cuyo sistema han adoptado màs tarde; unos por propension imitativa, y otros por similitud de educacion y de caràcter; condenando el noble objeto de la prèdica à un rol menguado y depresivo.

Curioso desenvolvimiento el de ese embrion de familia de sàtiros, y rara genealogìa de la prensa licenciosa, que arranca de un fraile duro è indomable!

Lìcito es pensar, pues, como ya lo espresè, que se haya legislado para una prensa de tales condiciones, y que adquiriò mayor amplitud con el tiempo, sin que esto importe decir que de ella deriven precisamente extravios posteriores, à que con ejemplo ò sin èl se siente inclinado el espìritu de faccion; aùn cuando necesario es reconocer que los precedentes històricos en algo han contribuido, porque no se borran sin cambios radicales las huellas que los malos hàbitos dejan en el organismo social.

Tratàndose especialmente de aquel gènero de propaganda que se iniciò con artìculos de viñetas historiadas, desfigurando los hombres y las cosas, y que se ha reproducido en todos los tiempos,—usted cree que dada la definicion del delito que le sirve de premisa, la ley no debe penar; porque, valièndome de la propia frase de un criminalista por usted citado, esa definicion señala de una manera precisa la esfera en que debe ejercerse la represion pùblica ò el imperio de la penalidad, y de la que debe ser abandonada à la responsabilidad individual bajo el solo control de la opinion, bajo la sola proteccion de las costumbres.

Nunca dejaria de ser oportuno, desde luego, entrar à averiguar con què fuerzas eficientes cuenta la opinion, ò el grado de moralidad pùblica, para hacer nula por completo la tàctica temible contra el honor privado,—verdadera reversion parcial de los instintos de la descendencia hàcia las èpocas de Castañeda.

La Repùblica de Colombia incorporò à su constitucion polìtica el principio de la irresponsabilidad cuando en rigor creyeron sus legisladores que la accion pùblica podia ser sustituida eficazmente por el buen sentido popular vigorizado por una clara nocion de lo justo. La costumbre precediò allì à la ley.

Por eso, al referirse à ella, un publicista granadino ha dicho: La marcha de la civilizacion tiende à sacar de manos del gobierno, de la ley, para restituirlo à la libertad y sus medios de moralizacion, todo aquello que admite la emancipacion sin graves inconvenientes.

Si hubièsemos de aceptar como verdad la creencia comun de que la generalidad no discierne mucho, colocando su criterio por abajo del que injuria ù ofende, mucho habria tambien que temer por el èxito de la doctrina que V. sostiene, y de que he sido simpre partidario. Pero, como V., estoy lèjos de asignar tan pobre rol al espìritu pùblico.

En nuestro paìs, algun antecedente històrico, que V. bien conoce, podria servir de principio de prueba; ò à lo mènos, constataria un anhelo progresista, en sentido de las mejores pràcticas liberales.

Y ese antecedente, es el de aquel caudillo que se habia connaturalizado sin mayor quebranto con la licencia, hasta el extremo de no darse èl mismo una idea clara del òrden, cuya ìndole genial acentuada por el hàbito de imponerse, contrastaba con los principios de que hacia gala en sus documentos oficiales,—y que decretò un dia la irresponsabilidad de la prensa en lo que se referia à sus actos de gobernante.

Fuè aquella una inspiracion inusitada en potencia cerebral como la del Presidente Rivera, y no se concibirìa el hecho de una manera racional, buscando causas determinales, si junto al règulo lleno de mèritos relativos, pero tambien de defectos y veleidades, no se dibujase la silueta de un hombre de estado, à cuya sagacidad ò sentido previsor debièrase talvez esa ocurrencia *feliz*, para tiempos en que la hoja periòdica no tenia en su difusion el vuelo de la golondrina.

De todos modos, juzgado ò nò el gobernante *in ànimo et factis*, con el criticismo filosòfico del Dr. Lopez, ahì està el decreto, y èl tuvo el honor de firmarlo. Parece que en aquella època se creia ya que la opinion *discernia*, lo que era un progreso.

Nosotros debemos persistir, ahora con mayor razon, con esa creencia, apesar de las vicisitudes y de las aberraciones de los tiempos.

La bella teoria que V. sostiene, defendida àntes de ahora por un talento robusto en nuestro paìs, llegarà à ser una verdad pràctica y un beneficio positivo, en dias màs venturosos.

Los desahogos injustos de la prensa, como usted lo ha manifestado con toda concision y elocuencia, pueden hacer impresion mièntras dure la hora de lucha en que se producen; pero extinguida la ùltima palpitacion del debate, ya han sido juzgados y medidos por todos aquellos cuya opinion sensata y reparadora interesaba à los contendientes. La

opinion restaña y cura las heridas, à la par que condena con rigor. Vano el esfuerzo del escritor que dia à dia humedece su pluma en materia corrosiva, si ese esfuerzo ha de llevar el sello de su caràcter irascible y de sus flaquezas criminales. El juicio de los demàs està allì para formular una sentencia que nadie revoca, porque ante nadie se puede apelar. De tal modo los escesos escollan sencillamente en una fuerza invisible pero poderosa, que no puede destruirse nunca à sì misma, porque no fluye de individualidades aisladas y sì del conjunto social que ante todo cede al principio de propia conservacion. Y ha sido tal la influencia ejercida por la censura pùblica contra el abuso de la propaganda en los espìritus sinceros, que alguna vez se ha teñido en sangre el mismo baño en que apòstoles impuros trataban de atenuar la profunda irritacion de sus negros humores: medio reprobado, solo digno de los gobiernos despòticos, para quienes el derecho absoluto en la emision de las ideas, — trae aparejado un remordimiento permanente, ò por lo mènos una protesta ardiente y acusadora.

La aplicacion, pues, de una pena legal importa en abusos de imprenta un castigo mènos severo y eficaz que el fallo pronunciado por la conciencia pùblica. Un concepto depresivo emanado de esta fuente sella el làbio de cualquier Castañeda de nuestra època, y en lugar de convertirlo en vìctima de odiosas arbitrariedades, simpàtica siempre à los que se consideran en el deber de apoyar al dèbil, lo coloca en el caso ineludible de confesar sus errores y de evitar la reincidencia.

No es esto negar que desde los tiempos de la sàtira dialogada, que inmolaba, segun se ha dicho, à las personas sin ningun pudor à la risa pùblica, hasta los tiempos que alcanzamos, la palabra no haya motivado mùltiples y dramàticos sucesos, en cierto modo propicios al criterio que la persigue y castiga. Y al respecto podrìase decir que de un fondo de frias perversidades subiò una vez al labio maldiciente la acusacion contra el filòsofo, en forma de epìgrama, y que un poco de baba aristofènica caida en una copa, convirtiòse en cicuta; asì como siglos despues, ese mismo fondo de perversion que hizo temible al «bufon hasta la puerilidad»,—calificativo aplicado por Plutarco al primer histrion que hizo reir de veras al pùblico,—inspirò à Desmoulins para señalar à la saña de sus enemigos, las cabezas pensadoras que abortaban ideas envueltas en claridad de porvenir.—Y para ejemplos, bastan.

Esto prueba simplemente que el escritor no puede desprenderse de los defectos propios de la naturaleza humana, ni la ley prevenir los efectos, no calculados muchas veces, de una propaganda ardiente, que adquiere mayor intensidad y mayor fuerza à medida que los obstàculos la irritan y acrecen, y que ùnicamente es dado reprimir ò anular à la opinion para quien se inculca, cediendo ò denegando à sus intèrpretes el poderoso apoyo que constituye toda su fuerza y su prestigio.

Y me detengo aquì, porque es ya tiempo de que concluya. No sè si he abusado de su bondad; pero en todo caso sìrvanme de disculpa las consideraciones precedentes, si usted crèe que ellas corroboran en algo la hermosa teorìa que usted ha planteado y defendido con elevacion y talento.

Queda de usted siempre afectìsimo amigo

*Eduardo Acevedo Diaz.*

Dolores, Setiembre 28 de 1883.

# En el álbum de una amiga

FÁCIL conceda à la amistad mi musa,
Lo tantas veces al amor negado,
Fecunda inspiracion! Ceda à tus ruegos,
Y osado intente el pensamiento mio,
*El ritmo vago y como el aire libre*
Encadenar en la medida estrofa,
Que de la musa y del sentir concentra,
Lo más alto y poético... La fama
Ya tu hermosura y tu valer pregona
De aqueste libro en las escritas hojas
Que el entusiasmo ó la pasion dictara...
Si fuera dado que mi tierno afecto,
Casto y sencillo como el alma tuya,
Mi mente enardeciera y levantase,
Á conceptos de altìsimo sentido,
Ni tu semblante de correctas lìneas,
De corte griego y de color marmóreo;
Ni de tus ojos el mirar intenso;
Ni de tu voz el modulante acento;
Ni tu figura de esbeltez suprema,
Fueran objeto del ardiente canto
Que alzara en tu loor. Quede al amante,
Tus gracias celebrar: terrenas galàs,
Que el tiempo borra y la memoria olvida!
Quede al amigo revelar los dones,
De mas alta y recóndita belleza
Y à vulgares espìritus negado
Su esencia descubrir!.....Secreto impulso,
Mueve à las almas, en tendencia afines,
Á confundirse en entrañable afecto;
El mismo sello sus blasones timbra,
Y à sus mismos dolores y alegrias,
Eco y repercucion hallan constantes,
¿Y quien pudiera, con más noble anhelo,
Osar el velo descorrer, que cubre,
Los arcanos tesoros de tu alma;
Que el alma mia, que en tu ser viviera,
De invariable amistad presa en los lazos?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

Setiembre 1883.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 14

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| — | — |
| T 2 D | P toma T (jaque) |
| R toma C | Cualquiera. |
| C 2 AD ò 5 D (mate) | |

1.ª *Variante*

| | |
|---|---|
| T 2 D | C 7 AR |
| C 2 AD (jaque) | R 6 AR |
| T toma C (mate) | |

—

Eduardin nos ha hecho saber que èl y Sphinx, que aparece como autor de ese problema, son una misma persona.—El Duende y Artemus enviaron la solucion exacta.

### CHARADAS

*Cataluña.*

—

Fuè resuelta por Una Floridense, y Boracàburuyù.

### FUGA DE VOCALES

*Dios dijo al ave de los bosques: canta!*
*Al rubio incienso del altar: perfuma!*

*A la estrella: las nubes abrillanta!*
*Al sol: irradia en la azulada bruma!*

### FUGA DE CONSONANTES

*Al ambiente suspira! al rio encanta*
*Con tu belleza de argentada espuma!*
*Y á ti mujer para el amor nacida,*
*Te ha dicho acaso Dios: ¿ama y olvida?*

—

La fuga de vocales fuè descifrada por Superitendente y Una Floridense.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

2ª. *Urgencia*—3ª. *Palacio*—4ª. *Juanita.*

—

La primera palabra descompuesta se publicò equivocada, razon por lo cual no tiene solucion.

Una Floridense remitiò la solucion de las dos ùltimas.

### GEROGLÍFICO N. 14

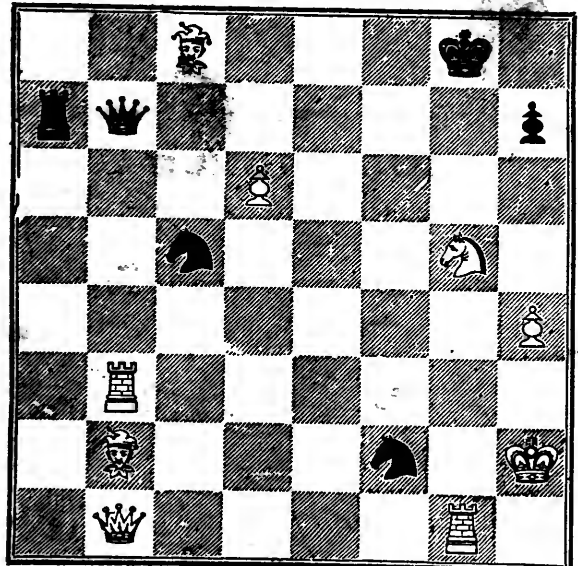
*Cifrar toda esperanza en la fortuna no es de las almas grandes.*

—

Fuè descifrada por O. S., Gedeon, y Boracaburuyù.

**Problema de Ajedrez por X. X. X.**

NEGRAS



BLANCAS

**Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.**

## CHARADAS

Ella al *prima* que él lloraba
Como un mi *dos* repetida
Le dió por fin, conmovida,
La *tercera* que esperaba.

Valiéndose de ese modo
Que en *prima cuarta* es bien feo,
Vió cumplido su deseo,
Pero no debido al *todo*.

OTRA

No hay nada mas *dos y tercia*
Que un *primera* repetida
Y mil veces prefiriera
Vivir cn perpétuo *todo*
Que en su ingrata compañia.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

GRUFOLIE—RIMPLOTAN—FLAPRITA—BRÁBIREA

## SALTO DE CABALLO

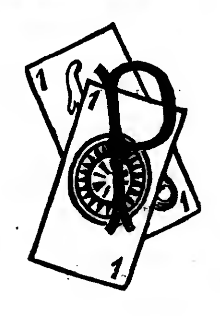
| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| mu | lo | ta, | ce | de | y | es | te |
| ni | tón | llos | co | Es | yo | be | tas |
| res | mur | pis | Que | ins | di | di | ta |
| En | fi | pi | die | su | pa | no | sos, |
| de | Pu | me | te | ta | ra | ben | je |
| in | crear, | mes | rar 64 | sion | ra | Y | de |
| de | Si 1 | gua | de, | res, | per | un | Cuán |
| ge | cuán | flo | fu | len. | gran | Y | de |

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

## GEROGLÍFICO NÚMERO 15



TA SUU





TA



# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Noviembre 19 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 16.*

## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

—

COMENTARIOS Y CONSECUENCIAS

EL mismo dia de la consagracion de Santa Marta, al caer la tarde, se batian á pistola el Baron Romberg y Rodolfo de Siani, bajo los sauces de Palermo.—Fué afortunado el Austriaco, hiriendo á su adversario al primer tiro en el brazo derecho, é inutilizándolo así para continuar el combate.—Estaban satisfechas las exigencias del honor.—Saludáronse los combatientes como buenos caballeros, y todo quedó perfectamente concluido.

Rodolfo, pensando regresar en breve á los Estados Unidos, habia desmontado su casa materna y vivia en hotel.—Allá fué á verlo al dia siguiente don Francisco, naturalmente conmovido ante el percance ocurrido á su sobrino en defensa de su nieta.—Estaba Rodolfo levantado, pálido y tranquilo, con el brazo sujeto á la altura del corazon por un pañuelo de seda negro.—Rodeábanlo algunos amigos sinceros, y otros que fingian serlo para conocer todos los detalles del ruidoso episodio de *Santa Marta* y sus con secuencias inmediatas.—Hizo don Francisco, segun se lo habia recomendado Da. Emilia, grandes empeños por llevar á su casa al caballeresco jóven, al paladin herido en honor de una dama; pero no pudo conseguirlo. Alegaba Rodolfo que eso seria dar excesiva importancia á una herida insignificante, y á un incidente cuyo recuerdo debia desaparecer cuanto ántes.

Se retiró D. Francisco bastante contrariado.—Habia arreglado antes del duelo los negocios pendientes con Rodolfo, y aunque habia sido generoso estaba ya perdida la oportunidad de serlo aún más, como justa recompensa de la noble solidaridad de familia revindicada por aquel ante los agravios y exijencias del Ministro Austriaco.

- Nada!—el muchacho se resiste á venir! dijo Dn. Francisco á Dña. Emilia, que lo recibió con cierto anhelo en la galeria contigua á la escalera,—y enseguida, como si hubiese cometido una gran falta, preguntó apresuradamente: ¿pero cómo sigue *el tesoro*?

—Perfectamente bien, respondió la señora;—está de grandes confidencias con Orfilia Sanchez, que ha venido á pasar con ella trayendo á su chiquito.—Tu tesoro tiene encanto con ese bebé.

Fueron los dos ancianos á una de sus salitas interiores, y se sentaron juntos en un canapé.

—¿Con que no quiere Rodolfo hacernos el honor de alojarse en nuestra casa? repuso Dña Emilia.

Esplicó Dn. Francisco las escusas que daba el jóven. No las encontró fundadas la señora.

—Nadie podria sorprenderse, dijo, de que, siendo hijo de tu hermana única y no teniendo familia, viniese á vivir con nosotros, aun cuando no mediase la circunstancia del duelo. Por leve que sea la herida, no hay que descuidarla, y aqui se le atenderia mejor.—Rodolfo no dá la verdadera razon de su negativa.

—¿Y cuál es la verdadera razon?—preguntó muy interesado don Francisco.

—Me parece, respondió sencillamente doña Emilia, que tu sobrino obedece á un sentimiento de delicadeza.—Ha espuesto su vida por Marta; es jóven... buen mozo... Teme, sin duda, que se le atribuya el propósito de ocupar el puesto perdido por el Baron Romberg...

—Las cosas que á tí se te ocurren, Emilia! esclamó el señor Valdenegros con un jesto alarmante,—y luego, como para cambiar la conversacion, añadió—¿conque sigue muy bien nuestro tesoro?

—Por ese lado debemos estar tranquilos.... Pasó ya la crisis nerviosa. Marta está completamente serena...

—Pues bien, mujer, te lo diré con franqueza,— doy todo por bien empleado... El Austriaco no entraba en mi reino.... y eso que tú lo defendias á capa y espada! Ese hombre es un mal hombre.....

—Pero tu *tesoro* se habia anticipado á manifestarle á todo el mundo que estaba enamorada de él...

—De acuerdo; pero cualquiera puede equivocarse al apreciar á un hombre, y mucho más una niña... Yo, ¿qué quieres que te diga?—estoy contento con Marta... Segun lo que todos me cuentan lo metió en un zapato al Austriaco...

—Ay! Francisco! Necesitamos preocuparnos mucho del carácter de esa niña! Recuerda lo que pasó en las Alamedas.—De la noche á la mañana, encontré á Marta vehementemente enamorada de nuestro mayordomo.— Es cierto que pudo olvidar pronto su quimérica pasion, pero eso prueba únicamente la volubilidad de su alma, porque miéntras estuvo enamorada, solo á la lealtad de Jorge Parler debimos que no ocurriesen cosas sobre las cuales es preferible no pensar...

Hizo don Francisco un ademan de protesta, y doña Emilia prosiguió:

—Es Marta misma quien lo piensa, y quien lo dice... Pensarlo, decirlo, forman ya suficiente prueba del desequilibrio de su alma!

Don Francisco se revolvia en su asiento, con espresion de profundo desagrado, y doña Emilia prosiguió:

—Pero en fin, lo de las Alamedas ha quedado en secreto.—Este incidente con el Baron Romberg tiene otro carácter... Marta, ves, como todas las mujeres de su edad, está inclinada á gustar de cualquier hombre que se presente bajo un aspecto favorable, con algun prestigio; pero ella no se contenta con gustar,—ella no se domina,—se deja ir como si una pasion intensa la arrastrase desde el primer momento... Así sobreviene despues la reaccion, en presencia de una contrariedad cualquiera... Era eso lo que sucedia en sus amistades de niña y empieza á suceder en sus amores... Lo que más alarma todavía es el cálculo sagaz que

Marta sabe combinar con la violencia de sus pasiones, porque, no hay que engañarse, Francisco, la escena de ayer ha sido una escena friamente calculada y preparada por tu *tesoro*... Tú recordarás que fué ella la empeñada en que no se aplazase la consagracion de la Capilla... Ella quien instaba para hacer muy éstensas las invitaciones... Ella quien esperaba con ánsia la hora de la fiesta, miéntras nos decia que necesitaba pensar mucho su resolucion sobre la carta del Baron Romberg... Para asegurar su golpe, debo decírtelo, Marta le escribió á Pancha Ovalle...

—Pancha Ovalle es una intrigante! esclamó don Francisco.

—Será lo que tú quieras, replicó doña Emilia, pero ella me ha mostrado la carta donde tu *tesoro* dice que cuenta con la presencia del Baron Romberg en la consagracion de *Santa Marta*... No lo nombra, pero lo designa de una manera muy clara, con mayor coqueteria que si lo nombrara... Y despues, marido, no puedes tú desconocer que es grave eso de promover escenas de amor ó despecho al salir de una ceremonia como aquella, en el mismo átrio de la iglesia...

—Tendrás razon, tendrás razon, Emilia,—dijo don Francisco, levantándose con aire compungido, —no sostengo yo que Marta eligiera bien la oportunidad y el sitio para cantarle al Baron las verdades del barquero... El señor Arzobispo me ha dicho que considera una gran desgracia el hecho de haberse originado un duelo en la consagracion de *Santa Marta*, porque la Iglesia reprueba y condena los duelos como un pecado mortal... Por via de desagravio, nos aconseja el señor Arzobispo que levantemos otra Iglesia en la parte norte de la ciudad... Está bien.—Asi lo haremos... Además, es menester que Marta se confiese, segun tú misma lo indicabas anoche... Que se confiese, y Santas Páscuas!... Yo me màntengo en mis trece... Me alegro y me alegraré toda la vida, de que nuestro tesoro le haya dado esa buena leccion al maldito Austriaco!

No eran del todo justos los reproches de la sensata abuela... Las confidencias de Marta con Orfilia, que esta comunicó despues á los ancianos, daban al suceso una esplicacion verídica y más benévola.

—Debes estar contenta de mí, decia Marta, casi perdida antre las ondas de encaje de su lecho,—conversando con su amiga Orfilia, sentada á la cabecera, con un niño hermoso y sonriente en el regazo.... Yo pude comprender, aquella noche... ¿recuerdas?.... que *ese hombre* te disgustaba inmensamente.....Y me agravié, te lo confieso, porque habia llegado á figurarme que estaba enamorada de él.... Me parecia un ser delicadísimo, caballeresco, noble, modelo de gentileza y de hidalguia, brillante escudero que me acompañaria por todas las cortes de Europa, donde yo seria festejada y aclamada como una gran belleza americana....! Concibes una locura igual?—Pues esa locura ha estado aquí dentro en mi cabeza, hasta que descubrí al Baron Romberg, despreocupado de mi amor y husmeando cínicamente la fortuna de mis abuelos...Ah! tú tienes más esperiencia... Sobre todo, tú no estabas ciega, y adivinaste al personaje que se escondia detrás de aquellas palabras y cortesias melosas.... Cuando á mi vez abrí los ojos, me acordé inmediatamente de tí, y fué una de mis mayores satisfacciones pensar que tú asistirias á mi vindicacion, que tú, con orgullo por la conducta de tu amiga, me contemplarias libre de las falsas seducciones de *ese hombre*.

—Pero queridita mia, replicó Orfilia, con espresion insinuante, mezclada de severidad y de ternura;—no me es posible aplaudir ni aprobar lo que has hecho... Creo que tenias mil medios de llegar al mismo resultado, sin producir aquella escena que fué un verdadero escándalo y hubiera podido tener consecuencias funestísimas... ¿Qué hubiera sucedido si el señor Valdenegros hubiese estado presente en el momento de tu estallido? ¿Cuál seria tu situacion y la de tus abuelos, si en vez de tener el duelo el resultado que ha tenido hubiera dado lugar á la muerte de Rodolfo ó del Baron Romberg?—Señorita Marta, usted sabe que á mí no me gustan nada los romanticismos; la escena de ayer tuvo un color romántico muy subido, y para asistir á ella no debió usted invitar á quien detesta esa clase de alborotos....

—¿Pero puedes tú figurarte,—esclamó Marta, incorporándose en el lecho, que á mí se me habia pasado por la imajinacion aquella escena del átrio? Ni soñarlo! Yo habia querido que se se celebrase la fiesta; habia tomado mis medidas para asegurar la presencia de *ese hombre*; pero todo mi plan consistia en tenerlo á mi lado durante el almuerzo, crucificarlo á sátiras y epigramas, ponerlo finamente en ridículo, demostrarles á todos que era Marta Valdenegros, la princesa india, quien tomaba la iniciativa para romper todo compromiso con el codicioso *baronetto*.... De esa manera, no habria habido ocasion de conflicto, porque me parece que una mujer puede dar alfilerazos con la misma mano que los hombres besan.... ¿Sabes por qué falló mi plan?... Porque no supe disimular... Porque *ese hombre* conoció mis intenciones y se propuso huir como un cobarde.... Me habia dicho durante la procesion que *tendria el honor de conducirme hasta la mesa*, y que *aspiraba á la alta satisfaccion de sentarse á mi lado*... Al salir de la Iglesia, se me escapa... Lo busco, y lo encuentro despidiéndose de abuelita, so pretesto de que le impedian asistir al almuerzo quehaceres urgentes de la Legacion... Farsante!—No pude contenerme; no era posible que dejase escapar mi presa... Tuve un vértigo, y asi como lo fulminé con mi palabra... porque ¿no es cierto que lo fulminé?... digo la verdad si digo que hubiera deseado despedazarlo con las manos...

—Salvo ese último detalle, repuso Orfilia sonriendo, lo que refieres te justifica en algo... Lo peor de todo seria que hubieses meditado friamente la escena del átrio... Mira.... Eso es lo que más preocupa á doña Emilia... Me autorizas á contarle tu esplicacion?

—Como nó!—Y hay que esplicar todavia otra cosa.—Mi dignidad estaba públicamente ofendida.—Un diario refirió todo lo que estaba pasando, y eso no podia saberse sino habiéndolo divulgado *ese hombre*, pues nosotros guardábamos una reserva absoluta.....

—¿Y cómo llegó á tus manos ese diario?

—Me lo mandaron.

—¿Y quién tuvo la diabólica idea de mandarte semejante cosa?

—No lo sé;—recibí el diario bajo un sobre, con letra desfigurada en la direccion de la carta...

—Pues valdria la pena averiguar quien es el autor de esa gracia... Ha de ser el mismo que escribió el suelto, porque estaba escrito con muchísima intencion, con el propósito manifiesto de irritar tu amor propio... Mira!—Rodolfo podria muy bien tomar informes fidedignos, porque es muy amigo de uno de los colaboradores de ese diario, tanto que lo eligió para uno de sus padrinos en el duelo...

—Sí!—es cierto, dijo Marta sin prestar mucha atencion; lo averiguaremos de ese modo por Rodolfo...qué bien se ha portado Rodolfo!... pero voy á mi cuento... Aparecia ante el público que *ese hombre* sentia escrúpulos y pedia el oro y el moro para dignarse aceptar mi persona, mi familia y mi orijen.... ¿Podia esto tolerarse?—¿Deberia yo esponerme á que ese hombre, apercibido de mi enojo, me hiciese todavia la afrenta de retirar la proposicion que habia hecho para recibirme purificada por obra y gracia de una espléndida dote?—No!—estaba públicamente agraviada y era indispensable que mi venganza fuese pública!

Calló la vehemente jóven, y Orfilia, sin dejar de acariciar á su niño que de tiempo en tiempo lloriqueaba, emprendió la bondadosa tarea de calmar los ardores de Marta con exhortaciones amistosas y consejos saludables.... Habló largamente, pues tenia el luminoso don de la palabra.... Mas —¿porque ha caido Marta en una estraña distraccion?.... ¿Porqué ha dejado de escuchar la palabra elocuente de su amiga?—¿Porqué va tomando su semblante una nueva espresion sombria?

—Orfilia! Orfilia!—esclamó, interrumpiendo repentinamente á su amiga;—no digas á nadie que yo he recibido aquel diario;—ni abuelita ni abuelito deben saberlo nunca—¿entiendes? Yo sola, aquí, discutiendo conmigo misma, he descubierto al que escribió la noticia y disfrazó la letra para enviarme el diario!

—¿Quién te figuras que es?—preguntó Orfilia sorprendida.

—Rodolfo! Rodolfo!—Lo ha sabido todo por la habladora de Pancha Ovalle, á cuya casa vá todas las noches... Se ha valido de su amigo para hacer publicar la noticia... Ah! él tambien aspira al purificativo de la dote.... Era yo muy niña, y ya me dirigia palabras galantes... La última noche que estuvo aquí pretendia abrasarme con miradas de fuego... Oh! los hombres! los hombres! El doctor Nugués procuraba ridiculizarme al otro, y con Pancha Ovalle se finge enamorado de mí: como si él fuera capaz de enamorarse!... Rodolfo me intriga, y se bate por mí para hacer méritos... ¿No es verdad que todos los hombres son unos grandes miserables?

Orfilia encontró exactas las conjeturas de Marta, y por toda respuesta dijo, levantando en alto á su *bebé*:

—No todos, señorita; mi marido es un buen sujeto, y este caballerito está predestinado á ser la flor de los caballeros argentinos!

Algunos dias despues,—de tres á cuatro de la tarde,—presentábase Rodolfo en casa de la familia Valdenegros. Seguia bien de su herida, pero llevaba todavia el brazo recojido á la altura del corazon por un pañuelo de seda negra.—Iba á despedirse, habiendo recibido órden de ir á ocupar su puesto diplomático. Miéntras doña Emilia agasajaba al jóven paladin, fué don Francisco á llamar á Marta que se encontraba retirada en sus habitaciones.—Cuando entró el abuelo, estaba ella indolentemente reclinada en un sillon y leia una de las novelas de Goethe; *Las afinidades electivas*.

—Ahi tenemos á tu valiente defensor, dijo el anciano, acariciando á Marta con la voz, el jesto y la mirada.

—¿Quién? murmuró brevemente Marta.

—Rodolfo, pues, Rodolfo!

—Ah!

Palideció la jóven, y don Francisco, mirándola, quedó algo confuso.

—Vienes á saludarlo, eh!—dijo despues de un momento de silencio.

—No, no voy,—respondió Marta.

—¿Que no vas?

—No, abuelito, no voy.

—Viene á despedirse de nosotros...

—Es igual; no voy; no puedo ir.

Y Marta, que habia comenzado por responder con suavidad, respondia ya con impaciencia.

Estaba perplejo el anciano.—Hizo un movimiento de masticacion dificultosa, y despues esclamó, sonriendo:

—Ya te he comprendido, *tesoro!*—temes emocionarte demasiado en su presencia!

—Sí! es verdad!—temo emocionarme demasiado!—repitió la jóven con acento irónico...

—No importa! yo sabré disculparte; eso corre de mi cuenta.

Y el señor Valdenegros, despues de dar un golpecillo afectuoso en la mejilla ya coloreada de Marta, salió meditando trabajosamente la forma de escusar ante el sobrino el terco retraimiento de la nieta.—Rodolfo aceptó fácilmente las escusas;—estuvo tan amable como discreto, y se despidió de sus tios, dejándoles como espresion de su recuerdo esta esclamacion comun: «Es increible lo que ha cambiado este mozo!».

Salió de allí Rodolfo para ir á visitar á Pancha Ovalle.—Esta señorita, sin perjuicio de su predileccion decidida por el Baron Romberg, habia tenido con Rodolfo amabilidades esquisitas.—Dia á dia, un sirviente suyo entraba al hotel á informarse de la salud del herido. Dia á dia, se encontraba sobre la mesa de la salita de Rodolfo, ya una jalea de color topacio, ya un bizcochuelo azucarado que, con solo mirarlo, se derretia en la boca, y cerca de aquellos primores andaba siempre la tarjeta de la señorita Ovalle!

Fué cordialísima la entrevista.—Se contaron diez veces sus impresiones del episodio de *Santa Marta*... Hablaron delicadamente del duelo... Panchita derramó una lágrima cuando Rodolfo tuvo la crueldad de anunciarle su partida... Quedaron convenidos en que se escribirian una vez al mes... «No se olvide de trasmitirme noticias prolijas de mi hermosa defendida»—fué la más insistente recomendacion del paladin.—Pancha lo prometió solemnemente!

—A mi vez, dijo] en aditamento á una de sus reiteradas promesas,—debo hacerle un pedido... Espliqueme, al fin, cuál es la causa de su enojo con el doctor Nugués...

—El doctor Nugués es loco! contestó Rodolfo desdeñosamente.

—Y él dice que usted es un foragido! exclamó Pancha con una ingenuidad pasmosa.

—¿Lo ha dicho acá?—preguntó el jóven, comprimiendo la ira.

Estaba Pancha decidida á satisfacer las voracidades de su curiosidad nativa, azuzando el amor propio de Rodolfo,—y respondió sin vacilar:

—Sí!—lo ha dicho, y lo que es peor, delante de todos... ¿Y sabe con qué motivo? Porque ponderaban su accion en Barracas, al salir en defensa de Marta Valdenegros... Todos le preguntaban el fundamento de sus estravagantes palabras, y él se limitaba á repetir poniendo los ojos en blanco: «Qué foragido, qué foragido!»

—Si yo fuese un foragido, dijo Rodolfo, poniéndose de pié para despedirse,—si fuese un foragido, el doctor Nugués no volveria á repetir semejantes palabras!

Quedó Pancha impresionada con la espresion de la fisonomia de Rodolfo al tiempo de su despedida. Este incidente completaba la satisfaccion de su alma, al verse manejando algunos hilos de la intriga social mas accidentada y ruidosa que hasta entonces se habia conocido en Buenos Aires.—Su situacion, además, era escepcionalmente feliz. Las intimidades con el Baron Romberg le aseguraban un casamiento de primer órden en caso de recibir la herencia de la tia cordobesa.—Este era el problema de incierta solucion.—La excelente señora habia enviado en aquello dias un cajon con confites hechos por las monjas de Córdoba, toallas de riquisimo bordado y alguna reliquias milagrosas.—Este cajon venia acompañado de una carta que contenia la más desagradadable de las gratas noticias de familia:—aquella bendita señora estaba cada vez más fuerte!

El éxito del duelo habia librado al Baron Romberg, hasta cierto punto, de un horrible desprestigio. Insistia él en que su conducta habia sido *leal* y *correcta*. Estaba orgulloso de su triunfo en *el campo del honor*, y abonaba su serenidad imperturbable con don Alejo Nuñez, que habia sido uno de sus padrinos.—Se permitia decir con frecuencia: *estas sociedades primitivas*, y se vengaba de Marta no llamándola sinó *la petite sauvage*, y riendo de buena gana cuando Pancha le referia que una señora de Buenos Aires, la viuda de D. Alejo Nevares, de tiempo atrás designaba á Marta con este apodo: *la pampita*. Por lo demás, sabia hacerle justicia á su manera, pues conversando con Herman Müller ó con la misma Pancha, y tomando la cuestion *por todo lo alto*, segun su costumbre, solia decir:

—Todos los viajeros, todos los autores han constatado en las razas salvajes cierto instinto extraordinario de sagacidad y de astucia. Reconozco que mi *petite sauvage* tiene muy desarrollado ese instinto.... Yo no la habia visto desde la inesperada revelacion de su origen pampeano.... La observé detenidamente, y encontré que tenia escrito en sus facciones y en su piel el sello indeleble de las razas inferiores.... Toda ocultacion, en Euro-

pa, habria sido absolutamente imposible.... No se habria resignado mi familia á reconocer una union evidentemente ofensiva, no solo para los blasones de la nobleza teutónica, si que tambien para las tradiciones de la raza caucásica. — Comprendiendo esto, me retiraba de la fiesta resuelto á manifestar al señor Valdenegros, con toda la franqueza que me es característica, mi absoluto desistimiento del enlace proyectado.... Oh! la *petite sauvage* supo entónces hacer valer su instinto natural de sagacidad y de astucia. .. Me adivinó y me salió al encuentro.... *C'est beau, ma foi; mais je suis fiièrement vengé!*

El doctor Nugués, por su parte, eludiendo toda conversacion con el Baron Romberg, se complacia en disertar sobre el orígen de Marta Valdenegros, en la sala de Pancha Ovalle.—Su tema predilecto era calcular el resultado de la *herencia india*, combinada con la sangre blanca, la educacion mimosa y la conciencia del poder que da una fortuna colosal... Agotaba su ingenio y su chispa en estos cálculos, y concluia por decir delante de la rueda social que le festejaba todas las gracias:

—Con todo, por doscientos millones de pesos, se puede correr el albur del *malon* que nos lleve un buen dia nuestra cara mitad!

Las agitaciones políticas llegaban en aquellos momentos á su período álgido, y esta circunstancia favoreció á la familia Valdenegros para ser un tanto olvidada en las malevolentes hablillas de la sociedad.—Los diarios, no obstante, habian referido con minuciosidad la ruptura del casamiento de Marta y los episodios subsiguientes.—Uno de esos diarios llegó á la estancia de las Alamedas, y allí, un corazon enfermo tuvo latidos de alegria, fugaces, absurdos!

Llegó el 24 de Setiembre.—Habia estallado la Revolucion.—El 26 don Francisco, con su esposa y su nieta, se embarcaban para Montevideo, contando regresar á los quince dias, y entre los vencedores!—Los acontecimientos fueron, en efecto, rápidos; pero la revolucion se precipitó de derrota en derrota.—En Diciembre, todo habia concluido;—el General Mitre se encontraba prisionero! Creia soñar don Francisco.—Vencido por la realidad, se consolaba pensando que sin duda Satanás se habia apoderado del señorío del mundo.

La familia Valdenegros prolongó su permanencia en Montevideo, retirada en una hermosa quinta sobre la costa del Miguelete.

Cierta noche, sentados el uno junto al otro, en un banco del jardin, ambos mirando tristemente las estrellas, don Francisco esclamó, como si se tratara de un asunto nuevo:

—Ay! Emilia—cuánta razon tenias al dudar del triunfo de la Revolucion!

—Y tú, Francisco,—la tenias al presentir que la relacion del Austriaco nos traeria desgracia!

En ese instante se veia pasar una silueta blanca, solitaria y melancólica, entre los troncos de los sauces que colgaban sus crespones sobre el agua oscura del arroyo adormecido.— Era Marta Valdenegros.—La jóven huia obstinadamente de toda sociedad.—Estaba entregada á los libros y á la meditacion.—Desplegaba rara vez los labios; pero cuando los ancianos, en grandes momentos de afliccion, se atrevian á interrogarla y trataban de sondear su alma, ella respondia con la más graciosa de las sonrisas amargas:

—No teman! No guardaré un silencio eterno como la Ottilia de Goethe. Necesito reposo; necesito hacerme una persona séria!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

---

# MEDALLONES

## SOFÍA ARNOULD

POR

**ENRIQUE NENCIONI**

(TRADUCIDO DEL ITALIANO POR DANIEL MUÑOZ)

La madre habia sido amiga de Voltaire, de Diderot, del Cardenal de Bernis. La hija, nacida en 1740 en la misma casa donde dos siglos antes habia sido asesinado Coligny, fuè amamantada, como Cloe, por una cabra, y á los cuatro años, cedida à la Princesa de Conti que, llegada ya à cierta edad, sin ocupacion, aburrida, tomò à la pequeña Sofia como una muñeca, como un falderillo, y se divertia en vestirla con las modas màs caprichosas, y la tenia en sus faldas, la llevaba en carruaje, la enseñaba à tocar la citara, à bailar y à cantar.

A sùs doce años, tuvo como maestro de mùsica al cèlebre Jeliste, y un dia que cantò el *Miserere* de Lalande en la iglesia de Panthemont, exitò un verdadero entusiasmo. La fama de su voz llegò à oidos de la reina Maria Leckzinska, que quiso conocer à la jòven *virtuosa*, la hizo cantar, se enterneciò hasta llorar, le acariciò sus mejillas con su gran abanico de plumas, y le hizo dar un helado......

Pero tras del helado de la reina de nombre. vino un billete de la reina de hecho, la Pompadour, que invitaba à las Arnould, madre è hija, á que fuesen à su presencia. Nuevos cantos, nuevos cumplimientos, regalo de un collar, è inscripcion de Sofia entre las cantatrices de càmara de Su Magestad la Reina. Un año despues, fuè agregada por òrden del rey *á la música de Su Magestad*, y particularmente à su teatro de la Opera.

Tenia diez y seis años, un cuerpo de hada, una voz de ruiseñor. Delgada, pero bien formada, el rostro perfectamente ovalado, dos grandes ojos negros que pedian perdon ò provocaban, magnìficos cabellos rubios, una boca plegada habitualmente con una sonrisa voluptuosa, fresca como una rosa de mayo, de la cual salian irresistibles las notas lànguidas del amor, ò las suplicantes de la plegaria, ò las flèbiles del dolor. El caràcter y el prestigio de su belleza consistia en la voluptuosa armonia, en la delicada esbeltez de su persona. Nada habia en ella de vulgar ni material sino la verdadera ìndole de la belleza moderna, la gracia, la espiritualidad de la fisonomia, el encanto de la sonrisa, de la mirada, que unidos à la màgia de la voz la hacian irresistible.....

Todos sus contemporàneos estàn acordes en alabar su belleza y su voz; todos los contemporàneos, y, lo que vale mas aùn, *todas sus contemporàneas*. Por muchos años, su gracia supo desarmar á la envidia. Solo hubo un diario, una *Crónica Bisantina* de 1760 que osò decir que «casi siempre tiene la boca llena de saliva, lo que hace que al hablaros, os eche la espuma de su discurso...»

Oh, los Bisantinos!....

Se estrenò en el teatro el 15 de Diciembre de 1757. Atraida por su fama, la muchedumbre asediaba el teatro. «Dudo, escribe un contemporàneo, *que se tome nadie tanto trabajo por alcanzar la Gloria Eterna.*»

Garrick declaraba que la ùnica actriz francesa que le habia hablado á los ojos y al corazon, era una cantatriz, Sofia Arnould. Ella introdujo en el arte un elemento nuevo que causò una verdadera revolucion: la emocion sincera, la accion dramàtica natural, el corazon en el canto. Y cuando modulaba las divinas notas de Gluck:

*Je ne veux pas mourir encore,*

una conmocion elèctrica recorria todo el auditorio.... y era un delirio de aplausos.

Su voz no era poderosa, pero sì dulcìsima y simpàtica. Era una voz que se prestaba admirablemente à los papeles que representaba: *Psiche, Lavinia, Ifigenia* moribunda llevada al altar è implorando à Dios....

Una voz palpitante, con alma, y que los enemigos del sentimiento, los naturalistas de cien años atràs, trataron de censurar con esta mordaz definicion del abate Galiani: «*Es la màs bella asma que he oido cantar.*»



A la casa de la afortunada Sofia habia ido à vivir como pensionista un tal E. Dorval. Hacia vida de gran señor; era bello y jòven. Una noche, despues de haber jugado al *tric-trac* con el padre de Sofia, diò las buenas noches y se retirò. Pero en su cuarto, palpitante, temblorosa aun, llorosa, desesperada y feliz, lo esperaba Sofia. Un beso prolongado, ardiente,...... y despues, en puntas de piès, atravesaron un pasadizo, abrieron la puerta de la escalera, y se fueron en un carruaje que esperaba allì cerca hacia algunas horas.

El señor Dorval era el conde Luis de Brancas..... casado! Al saberlo, Sofia se desmayò, pero en seguida se rehizo. La esposa del Conde estaba enferma, y èl prometiò casarse con Sofia apenas quedase viudo..... lo que halagò mucho à los esposos Arnould, que ya se deleitaban con la idea de ser los padres de la Condesa de Brancas.

¿Y Sofia?

Ah! Sofia era mujer, pero era tambien artista, altiva, caprichosa, apasionada, que no toleraba humillaciones ni penas. Y asì como se habia escapado de la casa paterna, se escapò de la casa del amante. «Los hombres no son màs que mònstruos egoistas, (escribia à una amiga) desde hoy en adelante no quiero amar mas que el teatro y la mùsica». Y à los que, muchos años despues, le preguntaban algo sobre aquel su primer amor, les contestaba diciéndoles: «No me hable de ese hombre; me ha dado dos millones de besos, y me ha hecho verter cuatro millones de làgrimas».



*La Festa di Pafo, Proserpina, Polissena, Alina, Ifigenia in Aulide*, son las òperas en que Sofia hizo furor. Las estampas de la època la presentan vestida con velos de plata, con el tràgico pañuelo en la mano; un enorme armazon en la cabeza, un manto atigrado en el hombro derecho, y con dos grandes manchas de carmin en las mejillas. Y sinembargo, ella aparece siempre simpàtica, y sonrie como una suave figura contemporànea.

Y cuidado que es preciso que aquellos ojos y aquella sonrisa fuesen encantadores para hacerla aparecer bella con aquellos peinados, con aquellos *paniers*, con todas aquellas estravagancias con que la representan.... ¡Oh modas del 1770, oh delirio del gusto, oh epopeya del capricho! Era la època en que la Duquesa de Chartres, en la colosal arquitectura de sus cabellos, y en su *pouf au sentiment*, llevaba un retrato, un papagallo, un negro, un perrito, y un buque con las velas desplegadas. Fuè en la que en la *coiffure a la circunstance* las damas elegantes llevaban un ciprès, un haz de trigo, y un jardin, y en la de la *inoculacion* (asì llamada en recuerdo de la vacuna) llevaban una serpiente, un sol naciente, y dos olivos. Fuè la època en que la marquesa de Bouffers llevaba en la cabeza un mapa-mundi que dibujaba exactamente sobre sus cabellos las cinco partes del mundo, y en que la Condesa de Lamballe llevaba el Zodiaco como alhaja, y en la cabeza el sol, la luna y las estrellas....

Fuè la època en que las damas galantes parecian acuarelas; y en que los *paniers* y las *crinolines* les daban tal circunferencia, que eran necesarias tres sillas para cada una de ellas.



Sofia Arnould, orgullosa de su voz y reina del palco escènico, tenia altivo desprecio por la pobre orquesta que estaba siempre pendiente de la direccion imperiosa y de los caprichos de la *virtuosa*.

—¿Que quiere decir esto, señor mio? me parece que esta noche hay una verdadera rebelion en nuestra orquesta....

—Señorita.....

—Vuestra orquesta me embrolla y me impide cantar.

—Señorita, nosotros llevamos estrictamente el tiempo y el compàs.

—El compàs? No sè lo que es eso. Vamos! seguidme siempre, y tened en cuenta que vuestra sinfonia es la humildisima sierva de la actriz que canta y declama.

Y siguiò cantando.

En este diàlogo que realmente tuvo lugar una noche entre Sofia y el director de orquesta ¿no parece que hay una protesta profètica en favor del canto puro, contra la futura revolucion musical? contra el predominio, y à veces la tirania, de la instrumentacion?

Triunfante, sin rivales durante veinte años, la Arnould tuvo à sus piès adoradores de toda condicion y calidad, desde el duque hasta el tenor, desde el embajador hasta el subteniente. Y sus muchos regalos la hubiesen enriquecido, si su prodigalidad no hubiese sido igual à su fortuna.

He dicho que la hubieran enriquecido los regalos, pero no por cierto la paga, porque esta Malibran del siglo XVIII ganò mènos *en diez años* que la Patti *en una semana*. Sofia Arnould estaba escriturada por tres mil francos al año, y la màs esplèndida gratificacion que recibiò de la empresa de la Opera, fuè de mil francos.

Hoy se dà màs à una corista!



Conservar el cetro de la moda en Paris durante veinte años fuè un verdadero milagro. Pero el ostracismo era inevitable, y llegò. Sofia no tuvo ni la presencia de ànimo, ni el valor, ni la filosofia de retirarse à tiempo, y hacerse recordar y desear. Tomò el peor de los partidos, el de luchar con el pùblico, siempre cruel y despiadado, y siempre vencedor. Sufriò la humillacion de ver preferida à Rosalia Levasseur, una de sus discìpulas; y de ver à Gluck, el gran maestro, declararse ¡ingrato! en favor de su rival. Ah! la Moda es como la Revolucion y como Saturno: se devora à sus propios hijos.....! Una noche de verano en que Sofia tomaba el fresco en el jardin del *Palais-Royal*, algunos jòvenes le cantaron, con el aire de *Alceste*:

*Caron t'apelle... entends sa voix*

Y la pobre Sofia tuvo que ceder y retirarse de la escena, no porque se hubiese descompuesto mucho su voz, sino porque habia aumentado sus años, y porque en este mundo, y especialmente en Francia, *tout lasse, tout casse, tout passe*, hasta la voz màs suave, la mùsica màs dulce, y la màs bella poesia....

Desolada, tuvo una veleidad de devocion, y frecuentò las iglesias y los confesionarios. Pero fuè una conversion pasajera, un capricho, y pocas semanas despues escribiò à una amiga suya, apropòsito de sus confesores: «*Ces directeurs!... C'est pis que les directeurs de l'opera.*

Fundò entònces un salon que fuè uno de los màs brillantes y agradables entre los tantos famosos con que contò Paris en el pasado siglo, y los *Màrtes* de la señorita Sofia Arnould, reunieron lo que de màs ilustre y màs artìsticamente elegante habia en la capital. Rousseau, Voltaire, Beaumarchais, Diderot, Duclos, Garrick, Bernard, Dorat, iban à cumplimentar à la reina retirada de la *Opera*.

Y cuando estallò la Revolucion, su salon se transformò en un club, y Efigenia se hizo *jacobina!* Tenia entònces cincuenta años, y la *chronique scandaleuse* decia de ella en 1790: «La Arnould se ha hecho demagoga para recibir en su casa la escoria de la especie humana» y seguia medio diario de insultos de ese jaez y otros peores. Pobre Sofia!



Sus ùltimos años fueron una sucesion de amarguras, de enfermedades y pobrezas. Se redujo à escribir cartas, en las que, comparàndose con la cigarra de Lafontaine que ya no tenia

*Un seul petit morceau*
*De mouche ou de vermisseau,*

pedia limosnas para la viuda de *Castor*, para *Lavinia*, para *Dido*, para *Ifigenia* que reinò veinte años en el teatro del arte. Y la cantatriz famosa sobre cuyo busto escribiò versos de alabanza Voltaire; aquella de quien Gluck dejò dicho que «sin el encanto de su voz y de su declamacion *Ifigenia* no hubiera entrado en Francia», aquella cuyo talento admiraron Beaumarchais y el Principe de Ligne, no tenia en 1802, ni lo màs estrictamente necesario para vivir, y languidecia sola, abandonada y enferma, hasta el 22 de Octubre, dia en que se le presentò la Muerte como una verdadera libertadora.



# Mis Amores

### (A CAVESTANY)

*No solo como corresponsal noticioso de* LA RAZON *colaborará el distinguido literato español Dn. José Velarde, sino que tambien favorecerá al* LUNES DE LA RAZON *con algunas de sus composiciones, y engalanamos este número con una de sus más recientes, á fin de que nuestros lectores vayan apreciando los méritos literarios de nuestro ilustrado colaborador.*

*El canto* MIS AMORES, *es contestacion á otra poesia que dedicó á Velarde el reputado poeta y dramaturgo, Juan Antonio Cavestany.*

I

PARECENME los cantos que hoy exhalas
Mariposas que á mi llegan volando
Con átomos de sol sobre las alas,

E igual tu acento, por lo vivo y blando,
Al hilo de la fuente cristalina,
Que rueda reluciendo y murmurando;

Y es que siempre en su trova más divina
Rompen gozosos, al hacer el nido,
Alondra, ruiseñor y golondrina.

Encuéntrame tu cántico abatido,
Luchando en balde por dejar el suelo,
Cual vencejo que á tierra se ha venido;

Mas álzome á tu voz, y cruzo el cielo,
Que tengo, en todo igual á ese avecilla,
Si el paso inútil, poderoso el vuelo.

Me crezco ante el poder que á otros humilla,
Y lucho hasta triunfar, cual vencedora
Resiste, endureciéndose, la arcilla

Al fuego, que las aguas evapora,
Los mármoles calcina, el hierro funde,
Y á sí mismo, insaciable, se devora.

Cual levántase el humo y se difunde
Por el cielo, primero que la llama
En resplandor vivísimo lo inunde,

Abatido el poeta gime y clama
Antes que rompa en claridad el fuego
Que su alentado corazon inflama.

¡Ay! que vive sin dicha ni sosiego
Con las pasiones en perpétua lidia,
Y en él se ceban con enojo ciego

Los tigres del rencor y la perfidia,
Las bestias del orgullo y la ignorancia,
Y las sierpes del ódio y de la envidia;

Y responde del mal á la arrogancia,
Como el incienso al ascua que le quema,
Levantándose en nubes de fragancia.

II

Deja que alabe su virtud suprema:
Por loco el vulgo necio le reputa,
La fortuna le lanza su anatema,

Y la crítica al uso, prostituta
Por el error ganada y la impudicia,
Le amarga y le envenena con cicuta.

Aquel á quien mal crítico acaricia
Llagado debe estar, porque el gusano
Sólo encuentra placer en la inmundicia.

Del arte eunuco y miserable enano,
Que puede y se alza más, juzga el idiota,
Siendo infame, cruel ó chabacano;

Y ora impío á los débiles azota,
Y ejerce de verdugo las funciones,
En altar erigiendo la picota;

Ora halaga del vulgo las pasiones
Plagiando obscenidades de Epicuro,
Muecas de momo, insultos de bufones,

Que entraron á engendrarle, de seguro,
En contubernio bárbaro y sin nombre,
La hiena, el jimio y el reptil impuro;

Ver en él, las más veces, no te asombre,
Un cuerpo indigno de abrigar un alma,
Y un alma indigna de animar á un hombre.

III

Mas, ah, perdona si perdí la calma;
Ya vuelvo en mí, como al ceder el viento,
A erguirse torna la abatida palma.

Al poner en tu hogar el pensamiento,
O del mio aplacerme en la dulzura,
El corazon regenerado siento,

Y en himnos mis clamores de amargura
Se truecan, y mis roncas carcajadas
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condesadas,
Y los dolores en mi pecho fijos,
Cual hiedras en los muros arraigadas,

¿Qué son ante los puros regocijos
Que me brinda el hogar, donde me espera
La santa madre de mis tiernos hijos?

¡Bien haya la bendita compañera
Que de mi vida; con su fé amorosa,
Perpetúa la alegre primavera,

La musa fiel, la estrella luminosa
Que me guia en mi vuelo á lo infinito,
Más que el sol pura, como el sol hermosa!

¡Bien haya la que llamas en tu escrito
*Alegre turba de mis hijos bellos,*
*Aves y flores de mi hogar bendito!*

¡Lucir miro en la madre los destellos
Que le prestan sus hijos, y el tesoro
De las bellezas de su madre en ellos!

¿Que soy pobre? ¡Qué importa! ¿Acaso ignoro
Que el dorado metal desconocía
La edad dichosa que llamamos de oro?

IV.

Si el social espectàculo te hastia,
Ven à mi hogar, veràs còmo despierta
Tu espiritu apenando à la alegria.

El àngel de la paz guarda la puerta:
No llames à ella, no, que ya la tiene
La vigilancia del amor abierta.

*Ella*, al abrir, el paso me detiene,
Y de *ella* en pos, gritando y sonriendo,
La alegre turba de mis hijos viene.

Uno, amigo de escàndalo y estruendo,
Con una cuerda mi baston embrida
Y en tan bravo corcel sale corriendo;

Otro emprende à mi cuello la subida
Y me besa con ànsia, y palmotea
Despues de la victoria conseguida;

Aquel, que ni mi nombre balbucea,
Ni en piè se tiene, de su madre en brazos
Por venirse à los mios forcejea,

Y *ella*, nudo comun de tantos lazos,
Entre todos, benèfica, reparte
Dulees sonrisas, òsculos y abrazos.

V.

Confabulada en silencioso aparte,
¡Ah, no te rias! me declara guerra
La turba, ardiendo en el furor de Marte,

Y à mis ropas, beligera se aferra,
Y tal lucha, que alcabo da conmigo
Y eon mi grave autoridad en tierra.

¿Còmo, dì. de sus brazos me desligo,
Si son cadenas para mì de flores,
Y còmo, recobràndome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores,
Si al oirlos, de jùbilo desmayo,
Creyèndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les diò el rayo,
El brote tierno la salud y el brìo,
Color la adelfa, que florece en Mayo,

Y que su aliento refrescò el rocio,
Y endulzaron sus labios los panales,
Y encendiò sus miradas el estio.

Cuando, rendidos en batallas tales,
Sus pàrpados de rosa cierra el sueño,
Y les sume en arrobos celestiales,

Y el àngel de la paz va con empeño
Luces y ecos dejando adormecidos
Con sus alas cargadas de beleño,

Sonàmbulos de dicha mis sentidos,
Embriagados quizàs, por doquier hallan
Orgìas de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sì batallan,
Ondas que bullen, pàjaros que trinan,
Alas que zumban, òsculos que estallan,

VI.

No sòlo estos amores me fascinan,
Otros, dulces tambien, me dan consuelo
Y mi mente fantàstica iluminan;

Amores que entre sì no traban duelo,
Antes, unidos en concordia santa,
Cual mìstica oracion suben al cielo.

Los tengo en un paìs de gracia tanta,
Que el sol, enamorado de los seres,
Con màs rico pincel los abrillanta;

Donde todo convida à los placeres,
Horizontes sin fin, campiñas bellas.
Mares azules, lànguidas mujeres;

Allì, donde con màs dulces querellas
Se encienden en amor los ruiseñores
Al tremulo irradiar de las estrellas;

Donde son pura miel frutos y flores
La noche tènue albor, la aurora dia,
El dia vivo incendio dé colores;

Y el culto y el amor idolatrìa,
La sangre lava, rayo el pensamiento,
Poeta el hombre, la mujer poesìa:

¡Ah! que Dios, al tomarte por asiento,
Màs dones, patria mia, te ha otorgado
Que estrellas derramò en el firmamento.

VII.

Hay en ella un lugar casi olvidado,
Donde amor, como el ave emigradora,
Otro nido me tiene reservado.

La mar besa, allì siempre rugidora,
Los blancos caserìos de una aldea,
Que le parecen, cuando el sol los dora,

Al nauta que al mirarlos se recrea,
Caracoles y conchas nacarinas
Que amontonò en la orilla la marea.

Allì mi nido està; vientos marinos,
Que de las sales el olor intenso
Juntan al resinoso de los pinos,

Mantienen claro el horizonte inmenso,
Y vencen en perfume y en templanza
Al hàlito que brota del incienso.

Aquel nido es el iris de bonanza
Que me presta en mis luchas con el mundo
El mìstico placer de la esperanza,

Y hacia èl mirando con amor profundo
Mi corazon, como la tierra, se hace
Cuanto màs lo desgarran màs fecundo,

JOSÉ VELARDE.

(*Concluirá en el próximo número*).

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 15

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| — | — |
| D toma P (jaque) | D toma D |
| T 8 CD | Cualquiera. |
| A descubre (mate) | |

—

La solucion fuè remitida por Eduardin, El Duende y Artemus.

### CHARADAS

*1.ª Verbosidad.—2.ª Bochinche.*

—

Ambas fueron descifradas por Una Floridense.
Moniato y Oscar descifraron la primera.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*2.ª Trampolin.—3.ª Piltrafa.—4.ª Barbàrie.*

—

No damos la solucion de la primera porque apareciò equivocada.
Las otras tres fueron resueltas por Oscar; y las dos ùltimas por Moniato.

### SALTO DE CABALLO

*Si de murmullos de besos*
*Y de perfumes de flores*
*Y de notas y colores*
*Pudiera un lenguaje crear,*
*Entónces yo te dijera*
*Cuán grande, cuán infinita*
*Es esta pasion bendita*
*Que me supiste inspirar.*

—

Una Floridense y Moniato nos enviaron la solucion.

### GEROGLÍFICO N. 15

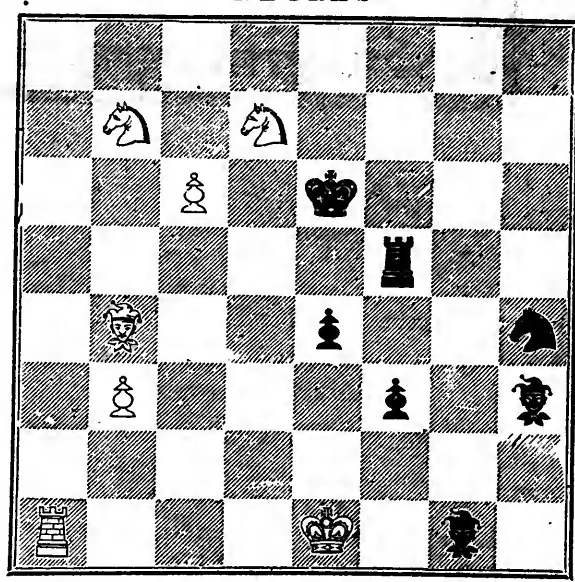
*Quien canta sus penas espanta.*

—

Fuè descifrado por O. S., Un gerbano, Moniato, Velay, Gideon, y Oscar.

### Problema de Ajedrez por Eduardin

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## CHARADAS

Es dulce *segunda* y *tercia*,
Y amargo *tercia* y *segunda*,
Conjuncion es la *primera*
Y el *todo* es cuestion de mùsica.

OTRA

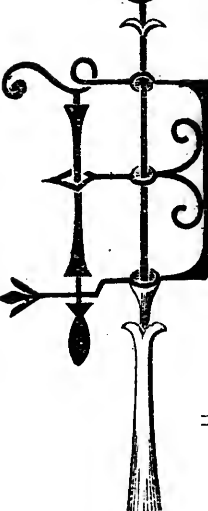
Si eres hombre, *prima y dos*
Tienes, y de *prima y tercia*
Naciste al soplo de Dios,
Lo que no quita que puedas
Ser un *todo* ò algo peor.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

ZIRTASTE—TAGLIDON—URTÓMNOS—GLADIO.

## GEROGLÌFICO NÙMERO 16





# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Noviembre 26 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 17.*

# LA CARTA

POR

**ALBERTO DELPIT**

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DANIEL MUÑOZ)

*Terminada la primera parte de* Los Amores de Marta, *y coincidiendo esa circunstancia con la ausencia de su autor, D. Cárlos Maria Ramirez, suspendemos la continuacion hasta su regreso, llenando el espacio con obras escogidas publicadas en la* Revue des deux Mondes, *y que traducimos espresamente para* El Lunes.

*Sobrada garantia del mérito literario de esas obras, es el haber sido publicadas en la acreditada Revista que cuenta entre sus colaboradores á los más distinguidos hombres de letras.*

*Empezamos hoy con* La Carta, *de Alberto Delpit, cuyo mérito dejamos librado á la apreciacion del lector, en la seguridad de que sabrá apreciarlo en lo que vale.*

I

ELLA bajó del carruaje pagado de antemano, y desapareció dentro de la casa. Abrió la puerta de un compartimento del primer piso, entró vivamente, y se apoyó sobre la pared capitoneada, despues de haberse levantado el velo. Durante un minuto, permaneció allí, pálida, temblorosa, entornados los ojos, próxima á desfallecer. Despues penetró en la segunda pieza y miró en torno suyo. Era un nido de amor aquella pequeña alcoba en medio del Paris febril. Flores por todas partes; cojines apilados al azar sobre la mullida alfombra. A la izquierda un piano; al fondo, un lecho, con columnas, muy ancho, cubierto con raso negro. Fuera, el silencio de la avenida Kleber. La Condesa Fernanda de Ryant permanecia de pié, paseando su mirada sombría sobre todos aquellos objetos familiares, cada uno de los cuales encerraba un recuerdo. Y aquellos recuerdos entraban uno á uno en su corazon. Aquella mujer morena, alta, esbelta, con sus ojos de un verde estraño, era la agonía viviente. Sin moverse, de pié, dijo en alta voz: «¿Qué contestará?» Trascurrieron todavia tres ó cuatro minutos silenciosos, pesados. Una llave rechinó en la cerradura, y un cambio instantáneo se operó en la Condesa. Las mujeres son admirables comediantes.

Cuando Enrique Servain entró, ella sonreia. La tomó en sus brazos y la estrechó por largo rato con locura. Se hubiera dicho que aquellos dos seres olvidaban el mundo en lo infinito de aquella caricia ardiente. Pero Fernanda sufria demasiado para olvidar. Al poco rato se desprendió de los brazos que la oprimian y se sentó en un sofá. El se colocó sobre un cojin á sus piés, y entónces ella le dijo dulcemente:

—Hace un siglo que no te veo, y te he visto ayer. Dime que me quieres!

—Te adoro!

—¿Tanto como hace un año?

—Más.

—Un año..... ya! Es que yo soy celosa. Tienes tantas tentaciones! Eres jóven, eres célebre. Hay tantas mujeres á quienes tu música apasiona, y que te hacen la corte... aunque no sea mas que por arrebatármete!

El no comprendió la amargura de aquellas palabras. No desconfiaba de nada. Y repitió:

—Yo te adoro!

—Sin contar los teatros á que estás obligado á concurrir, continuó ella. ¿Ha ido bien hoy el ensayo de tu ópera?

—Muy bien.

Ella se echó á reir y prosiguió:

—¿No sabes? Hace poco que vino á verme Juana. Me ha contado que la que va á cantar la principal parte... ¿Cómo se llama, pues?.... La que se estrena?

—Luisa Plantier.

—Esa misma. Pues bien, Juana me ha dicho que esa Luisa Plantier está enamorada de ti, y que tú la encuentras muy bien.... oh! pero muy bien! Ha querido hacerme sufrir. Es natural,.... mi mejor amiga!

Enrique desviaba su mirada. A aquel hombre fino, con sus ojos sinceros, debia repugnarle la mentira.

—Estoy segura de que no me has engañado! Y sin embargo, te lo repito, siempre tengo miedo. ¿Tú no te has fijado en esa cantatriz?

—Pero.... nó!

—¿Deveras?

—Deveras.

—Tú sabes bien que yo amo en ti tanto la nobleza de tu carácter como la nobleza de tu talento. Dame tu palabra de honor de que no me engañas, y yo te creeré.

—Te doy mi palabra de honor.

Ella se puso de pié, altiva, nerviosa, y arrancándose la máscara de ternura, dijo:

—Cobarde! cobarde! cobarde!.... Tú eres el amante de esa mujer! tú le has escrito! Mira, aquí tienes la carta. Si tú me hubieses confesado la verdad yo te habría perdonado un estravío de los sentidos. Pero tú has comprometido tu honor.... tú has mentido como un lacayo sorprendido en una falta! ¿te he engañado yo alguna vez? ¿No te lo he dicho todo? Mal casada.... mis tentaciones, tentaciones vanas hasta el dia en que te encontré. Yo me entregué á ti perdidamente, cansada de mi vida mundana y falsa. Todo lo he arriesgado con placer. Me he comprometido con delicia. Todo Paris sabe nuestra union, mi marido, nuestros amigos, todo el mundo en fin. Eso me era indiferente: tú me amabas y yo te amaba! ¿Qué me importaba mi honor, desde que me adormecia en mi amor?

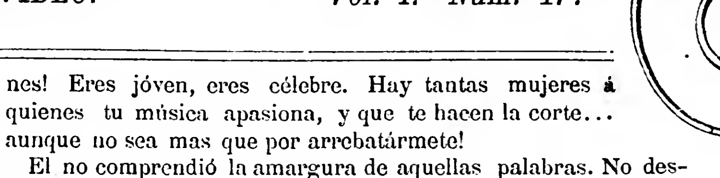
Enrique hizo un movimiento brusco.

—Pues bien! sí, esclamó él, he mentido cobardemente! tenia miedo de perderte....Pero yo te amo....te amo, y no puedo vivir sin tí!

—Pues es necesario que puedas....Yo ya no te amo, te desprecio.... Adios!

Él se plantó frente á la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza erguida.

—Oye, le dijo, tú me conoces: si no me perdonas, me mato,



Ella se echó á reir, con una risa cruel y dolorosa, y le contestó:

—Anda! Esas cosas se hacen; no se anuncian.

Enrique se apartó y friamente repuso:

—Está bien.. Pasa.

II

Como de costumbre, Mr. de Ryant volvió á su casa á las siete de la tarde. Le dijeron que la condesa estaba con jaqueca y que no queria recibir á nadie. El quedó contrariado, muy contrariado. No admitia la jaqueca, esa enfermedad complaciente. Los biliosos no comprenden jamás la nerviosidad de los otros. Por un extraordinario, aquel rey de la finanza, célebre por sus millones, por sus caballos de carrera, por sus tres diarios, estaba solo aquella noche. Le faltaba su corte habitual. Se fué á comer al Club. Al dia siguiente, en el almuerzo y la comida, recibió la misma respuesta: «La señora Condesa estaba enferma y no queria recibir á nadie.» Recien al tercer dia apareció Fernanda, pálida, deshecha por aquellas cuarenta y ocho horas de agonía moral.

—Te pido que me disculpes, dijo á su marido, pero he estado muy enferma.

Mr. de Ryant le besó la mano, sin responder, le ofreció el brazo, y la condujo al comedor. Por las ventanas, á traves de los árboles del jardin, entraba un rayo de sol, de ese sol de invierno que parece una sonrisa triste. El conde comió con apetito, como un hombre que trabaja mucho: un almuerzo sustancioso pero breve. Los esposos cambiaron apenas algunas palabras delante de los sirvientes. Generalmente, á las once y media, el conde se levantaba de la mesa, se despedia de su esposa, y volvia á su escritorio, donde daba audiencia hasta las tres. Aquel dia dijo con negligencia:

—Tengo necesidad de conversar contigo, mi querida amiga.—¿Quieres permitirme que te acompañe á tu salita?

Fernanda hizo un gesto de sorpresa. Despues de diez años de matrimonio, era la primera vez que el Conde alteraba sus hábitos.

Él continuó:

—Ya sabes que esta noche es el estreno de *La Princesse de Bagdad* y veo con placer que podrás ir.

Llegados á la salita, Fernanda se sentó y miró á su marido: un hombre alto, delgado, frio, muy tranquilo; la mirada metálica de sus ojos azules, sonreia.

—Mi querida Fernanda, dijo, permíteme que establezca claramente nuestra situacion recíproca. Cuando me casé contigo, eras pobre. Yo no te pedí tu amor, sino tu amistad, y he recibido de tí lo que tenia derecho de esperar, teniendo el doble de tus años. Tú me has traido tu belleza soberbia, tu talento incomparable, tu esquisita educacion, haciendo que mi casa sea una de las tres ó cuatro que se citan como modelo de elegancia. Por mi parte, creo haber cumplido fielmente el contrato tácito convenido entre nosotros. Tu vida es enteramente libre. Tú tienes tus relaciones, como yo tengo las mias. No te he pedido mas que una cosa, y es la de que si querias tener amigos.... mas intimos que los demás, fuesen esos amigos de mi agrado. Debo hacerte la justicia de declarar que hasta ahora no he tenido nada que reprocharte. Los hombres y las mujeres que recibes son todos encantadores. Tú amas las personas de talento, como Mr. de Rouvray, los artistas como Enrique Servain; no veo ningun mal en eso.

Fernanda se agitó. El conde continuó resuelta y tranquilamente, sin recalcar ninguna de sus palabras:

—Muy entretenido es ese señor Rouvray. Qué talento y qué tacto! Te hacia una corte asidua ¿no es verdad? No te ruborices. Yo no soy celoso. Se le vé menos por aquí desde hace un año. Pobre Rouvray! Probablemente no le gusta la música, y como se hace tanta música aquí... tu amigo, Enrique Servain, debe haberlo aburrido. Encantador este tambien. Tiene talento... oh! mucho talento! Desgraciadamente es un hombre un poco altanero. Tú, que eres su amiga, aconséjale que suavice su carácter. Ese jóven es muy distinguido, pero afecta demasiado desprecio por el dinero. Eso, como tú comprendes, humilla á mis pobres millones. Rouvray hablaba siempre de sus caballos; Servain siempre habia de su música. Por Dios! yo no quisiera mas que me gustase la música tambien. Pero ¿qué quieres? Yo soy muy sensible á las maneras de las personas. Si Servain fuese tan amable como Rouvray, yo te aseguro que no me disgustaría.

Fernanda comprendia. Sintió frio en el corazon, pero pronto recobró su valor. Iba á contestar, cuando su marido, que habia permanecido de pié hasta entónces, se sentó junto á ella, y con su eterna sonrisa enigmática, continuó:

—Y pues te pido que des un consejo á tu amigo Servain, dígnate permitirme que te dé tambien uno a tí. ¿Sabes qué es lo que detesto más en la vida, mi querida Fernanda? Es el drama. Detras del drama, está siempre el escándalo. Ahora bien: el mundo perdona todo, menos el escándalo. La opinion! respetar la opinion: ahí está el secreto de la vida. Ahora te veo nerviosa, enferma. Cálmate, cúrate. Piensa que todos somos invulnerables en tanto que sabemos evitar el escándalo. La opinion...! qué fuerza, mi querida.

Ella hizo un gesto de indignacion. Su pudor de mujer, sangraba. Friamente, su marido le decia: «Tu nuevo amante no me gusta; preferia el otro! Porque él creia verdaderamente que aquel Mr. de Rouvray, aquel Adonis sonriente y estúpido, habia sido su amante.

—Hasta luego á la noche, mi querida Fernanda! concluyó el Conde poniéndose de pié.

Besó la mano de su mujer y se retiró. El rostro de aquel hombre habia recobrado su máscara de impasibilidad. Atravesó los dos salones y la estensa galeria poblada de pinturas y de estátuas, que no miraba jamás. Un sirviente de confianza lo esperaba á la puerta de su escritorio, y al verlo se puso de pié, diciendo:

—El correo del señor Conde está sobre la mesa.

Mr. de Ryant entró, y halló unas cincuenta cartas personales. En su casa no tenia secretario. Abrió aquellas cartas una á una, leyéndolas de prisa, y en seguida las echaba en una gran caja de laca, poniendo de lado las que merecian una respuesta. Abria una de las últimas, cuando hizo un movimiento: aquella carta comenzaba con estas dos palabras: «Mi querida.....» Entónces dió vuelta el sobre y vió el nombre de su mujer. Tuvo un momento de hesitacion. Por su mirada pasó un relámpago.

Y leyó:

«Mi querida: tú recibirás esta carta á medio dia: en ese momento, tú estas siempre sola. Te esperaré en la avenida Kebler hasta las tres. Si tú no vienes, si tú no me perdonas, yo me mato.

«*Enrique.*»

Nuevamente brilló un relámpago en los ojos del Conde. Algo como una mueca plegó sus lábios delgados, se metió la carta en el bolsillo, se levantó, y llamando á su sirviente, le dijo:

— Mi cupé!

III.

Fernanda terminaba sus aprontes para salir. Eran las cinco: la hora en que generalmente salia para arrojarse en los brazos de su amante. Desde el almuerzo, asediaban su espíritu crueles pensamientos, y poco á poco, sus sufrimientos debilitaban sus celos. El amor volvia á revivir en aquel corazon herido en lo vivo. Cuán vacío le pareceria el mundo si Enrique no lo llenase!

Mr. de Ryant apareció bruscamente.

—Perdóname que venga sin hacerme anunciar, le dijo, pero tenia apuro por reparar un olvido. Me han entregado recien esta carta por equivocacion. La he abierto sin fijarme: tómala.

Y mirándola á la cara, le entregó la carta de Enrique Servain.

Su marido la habia leido! Mil pensamientos asaltaron el cerebro de Fernanda. Ella comprendió el drama que se desarrollaba en su torno, y lo aceptó valientemente. Ella recordaba la con-

versacion de la mañana. Su marido no haria escándalo. Pero ¿no seria aquello un lazo? ¿no la echaria? Y bien! Ella perdonaria al infiel, y juntos irian á ocultar su felicidad en cualquier parte.

Ella tambien miró al Conde cara á cara, y en seguida leyó la carta. Al llegar á la última linea, lanzó un grito, una esclamacion salvaje:

—Enrique!

—Muerto.

Giró sobre si misma, y se desplomó como un pájaro herido. Pero en seguida se levantó lentamente, como una máquina, y sin decir una palabra, sin derramar una lágrima, atravesó la alcoba y los salones, caminando derecha como una sonámbula. Llegada al patio, franqueó la alta puerta cochera, y detuvo á un carruaje de alquiler que pasaba.—A la Samaritana! dijo al cochero con la voz sin ritmo de las locas. Quedó inmóvil, el cuerpo derecho, sin recostarse al respaldo del carruaje, sin ver ni oir nada. Cuando el carruaje paró junto al malecon, ella bajó automáticamente los escalones de piedra gastados, pasó el pequeño puente, y subió á la barca. Allí se detuvo, contemplando el Sena hospitalario. Una gran hoguera ardia en su corazon, y necesitaba toda aquella agua para apagarla. Y se dejó resbalar al rio, envolviéndose con voluptuosidad en aquella inmensa mortaja verde.

Sobre la barca, sobre el malecon, todos se agitaban y gritaban:

—No tiene nada!... La sacaron del agua inmediatamente!.... Ni siquiera ha tenido tiempo de sentir frio.

Y Fernanda, que habia sido desnudada por dos sirvientas de *La Samaritana*, y en seguida envuelta entre frazadas de lana, yacia sobre el lecho de la patrona del establecimiento, miéntras la muchedumbre seguia charlando fuera.

Mr. de Ryant habia seguido á la condesa. Pasó por medio al gentío, entró en la alcoba, se entendió pronto con el Comisario, dió las gracias á todos, dejó discretamente un billete de mil francos sobre la chimenea, é hizo llevar á su esposa á un carruaje que los condujo á su casa.

La desdichada no volvió en sí hasta que estuvo en su lecho, y recordó todo. Horror! Ella habia creido adormecerse en la muerte apacible, y se despertaba en la vida cruel. Miró en torno vagamente. Una lámpara iluminaba su cuarto, y sintió la mirada fria de su marido clavada en ella.

—Supongo que no te habrás olvidado, mi querida, dijo él lentamente. Dentro de dos horas.... el estreno del drama de Dumas hijo.... Es necesario que todo Paris te vea....

Ella se estremeció. Mr. de Ryant agregó con una voz breve, dominante:

—Tú comprendes ... yo no puedo caer en el ridiculo. Ahí están tus sirvientas que van á vestirte.

Las doncellas de servicio tomaron aquel cadáver viviente y lo vistieron; ella, desesperada, las dejó hacer, falta de fuerzas para resistir y de voz para protestar; aterradora con sus ojos sin lágrimas, sus ojos de loca muda, con su rostro pálido como la cera, con sus sacudimientos periódicos y convulsivos; y el vestido escotado de larga cola lució su lujoso corte, y los diamantes brillaron sobre sus hombros desnudos, y le pusieron flores en el cabello, y le prendieron los veinte botones de sus guantes de cabritilla negra; y aquella criatura humana, herida en el alma y en el cuerpo, se sintió arrastrada como en una pesadilla.

Queria llorar, y no podia; queria gritar y tampoco podia; le parecia que la vida se le iba gota á gota, y se preguntaba si la muerte no era aquello, aquel suplicio atroz que ella sufria: pero la muerte sin el olvido y con el pensamiento.

Iba á empezar el segundo acto de *La Princesa de Bagdad*, cuando Mr. y Madame de Ryant entraron en su palco N.º 27, bien al frente. Una conmocion general recorrió la sala.. Se habia hablado tanto de la muerte de Servain en los corredores....! ¿Ignoraba la condesa el suicidio de su amante? Imposible. ¿Se habrian engañado entónces? ¿Enrique Servain no seria más que su amigo? Se levantan tantos caramillos en Paris....! Sin embargo, aquella mujer lívida inspiraba miedo á los que adivinaban la trajedia, la horrible trajedia que se representaba en aquel palco tapizado de terciopelo rojo. Mr. de Ryant sentia que sobre ellos pesaba la curiosidad ansiosa y amenazante del público. Se inclinó hácia la condesa, y hablándole muy bajo, le dijo:

—Valor, Fernanda!... La opinion!... Nos miran.

En efecto, en la platea, todos se daban vuelta para ver mejor, y los comentarios corrian de butaca en butaca. En un estremo habia tres parisienses. El primero dijo:

—Decididamente, él no era su amante.

El segundo esclamó con tono indiferente:

—Peh!

El tercero agregó, con una risa estúpida, pesada,—una risa cobarde:

—Voy á subir á su palco á contarle lo sucedido. Ustedes miren á la condesa. Ya verán que cara pone!

ALBERTO DELPIT.

(De *La Revue de deux Mondes.*)



# Mis Amores

**(A CAVESTANY)**

( *Continuacion — Véase el número 16* )

VIII.

¡Oh! deja que me engria y me solace
Trayendo lo pasado á la memoria,
Que á nueva vida asi mi alma renace;

Que me olvide del arte y de la gloria,
Y pinte, y ria, y llore dulcemente
Al narrar episodios de mi historia.

¡Venid, recuerdos mios, à la mente,
Y brotad y corred, sin òrden, puros
Cual surge y corre el agua de la fuente!

Evocarè ante tì con mis conjuros,
Para que al verlo, plàcido sonrìas,
Mi antiguo hogar de enjalbegados muros,

Patio espacioso, verdes celosías
Y bl ncas azoteas, escenario
De mis pueriles juegos y alegrias.

Las flores hacen de èl un incensario,
Y animanle palomas en bandadas,
Que se alzan à la voz del campanario.

Las olas del Atlàntico encrespadas,
Llorando aùn de Trafalgar la rota,
Se tienden á sus piès desconsoladas.

Y al seguir de la espuma la gaviota,
Y la aldea al cruzar, con su graznido
Las domèsticas aves alborota.

IX

Alli, cuando el mar ruge enfurecido,
La barca pone en salvo y la red deja
Tendida al viento el pescador curtido,

Y aguijando de bueyes la pareja,
Surca, en vez de las aguas con la quilla,
El fèrtil suelo con la corva reja;

Y en cambio, el labrador, hecha la trilla,
Bajar suele à la pesca del marisco
O á tirar de la jàbega à la orilla,

Y el pastor trafagar de risco en risco,
El retorcido caracol buscando
Con que el hato congrega en el aprisco.

X

De un fuerte que se va desmoronando
Las ruinosas murallas y bastiones
Dan al lugar aspecto venerando,

Aunque en vez de banderas y cañones,
Coròнase de hiedra el almenaje
Y de nubes de gàrrulos aviones.

Rompe al piè del castillo el oleaje,
Llegàndole à ceñir, cuando se explaya,
Con una cinta de nevado encaje,

Y una y otra fortìsima atalaya,
De trecho en trecho en la ribera erguidas,
Dibujan el contorno de la playa.

A espaldas del hogar, vègas tendidas,
Abruptas cumbres y apacibles lomas
Se muestran al trabajo agradecidas,

Y el naranjal esparce sus aromas,
Ufànase la vid, la miès ondea,
Arrùllanse en los pinos las palomas,

La cabra en los barrancos ramonea,
Y el arroyo entre mirtos y juncales
Màs vivo que el azogue culebrea.

Allì, hasta en infecundos arenales,
Las hiedras y las zarzas lujuriosas
Enrèdanse en las pitas y nopales,

Es todo el año Abril para las rosas,
Y està el espacio trasparente lleno
De enjambres de pintadas mariposas.

Dando vida á paisaje tan ameno,
Y belleza y uncion, un templo santo,
Que alza su torre à la region del trueno;

El templo aquel que con alegre canto
Me saludò al nacer; el que Dios quiera
Que acompañe à mis hijos en su llanto,

Cuando, llegado al fin de mi carrera,
Entre los mios y mirando al cielo,
En la casita de mis padres muera.

XI.

¡Mis padres! ¡Ah! ¡Si vieras con què anhelo
Su amor busco, en la sed que me devora,
Como fuente de paz y de consuelo!

Bebo en ella ternura embriagadora,
Mi pecho acongojado se dilata
Y màs làgrimas vierto que la aurora;

Làgrimas dulces y congoja grata,
Como hijas del placer que, cuando es hondo,
En suspiros y en llanto se desata.

Del corazon en el oculto fondo,
Donde lèjos del mundo indiferente
Mis amores dulcìsimos escondo,

La imàgen de mis padres sonriente
Se ve con màs pureza retratada
Que el cielo azul en cristalina fuente.

A mì vuelve la luz de la mirada,
En mis secretos ìntimos penetra,
Y veràs la vehemencia apasionada

Con que del cielo mi cariño impetra
El dejar, siempre que su nombre escribo,
Un pedazo del alma en cada letra.

XII

En medio del escàndalo en que vivo,
¡Cuàntas veces oir juzgo el acento
De mi madre, que me habla persuasivo,

Y hasta me llega à parecer que siento
Mi faz, que ajan las penas y los dias,
Acariciada por su dulce aliento!

Entònces, à los triunfos y alegrias
De las artes y el mundo, à la opulencia,
A cuanto sueñan locas fantasías,

Prefiriera el volver à la inocencia
Del tiempo en que ella con afan sembraba
La semilla del bien en mi conciencia,

Y mi razon dormida despertaba
Con leyendas piadosas, y mi sueño
Con besos y cantares arrullaba.

Nadie dijera, al ver mi torvo ceño,
Que aùn incòlume guardo la terneza
De aquel amor tan càndido y risueño,

Olvidando, al chocar con mi rudeza,
Que cuanto màs el fruto es delicado
Necesita màs àspera corteza.

XIII.

¡Cuàntas veces tambien quedo arrobado
Las virtudes trayendo à la memoria
De mi padre y maestro idolatrado!

Con èl por guìa, al recorrer la historia,
Vislumbrè al Hacedor tras el destino,
Al hombre conocì y amè la gloria.

Él de los pueblos me enseñò el camino,
Y regulò á mi vista en el espacio
De tanto sol y mundo el torbellino.

Hizo á mi mente caminar despacio,
Ya à las riendas del càlculo sujeta,
Ya à las leyes artìsticas de Horacio.

Viendo dentro de mì como un profeta,
Me mostrò el cielo azul, y fuì creyente;
La natura despues, y fuí poeta;

Y á fin de que pintàra vivamente
Y con belleza lo que el alma humana
Mira en torno de sì, medita ò siente,

Ante mì desplegò la pompa ufana
Y el tesoro de gracias y hermosura
De la robusta lengua castellana.

XIV.

Mas ¡cuànto de mi amor à su ternura!
Ellos viven por mì, sueñan conmigo,
Reducen su ambicion à mi ventura,

Gozan lèjos de mì si la consigo,
Transidos de pesar si me abandona,
Me abren sus brazos para darme abrigo;

Si triunfo, su entusiasmo me corona;
Si desmayo, su acento me espolea;
Si delinco, su gracia me perdona;

Adàptanse à mis gustos y à mi idea,
Cual toma el agua pura de seguida
El color del lugar que la rodea;

Aun mas que yo se duelen de mi herida
Si me muerde el rencor, y el de mi muerte
Fuera el ùltimo instante de su vida.

XV.

Màs no pido ni quiero de la suerte,
Que con darme tal bien me diò bastante
Para vivir en paz, dichoso y fuerte.

Quien pretende ambicioso y delirante
Las dichas apurar à todo costo,
Parèceme en locura semejante

Al labrador que por hacer su agosto
Tanto y con fuerza tal prensa el racimo
Que al fin concluye por agriar el mosto.

Màs la humildad que la arrogancia estimo:
Estèril es la roca aunque bravìa,
Y muy fecundo, aunque rastrero, el limo.

La montaña que al valle desafia
Porque en luz y en grandeza le aventaja,
Encuentra castigada su osadìa

Por el rayo que airado la desgaja,
El huracan que indòmito la azota
Y el hielo que perenne la amortaja.

Dèbil soy, mas sin miedo à la derrota,
À luchar con los fuertes me aventuro;
Y asì como la alìgera gaviota

Ni teme el ronco mar ni el viento duro,
Y cierta del empuje de su vuelo,
Todo lugar parècele seguro,

Yo afronto toda lucha sin recelo,
Cierto de que la fè me da sus alas
Para que pueda remontarme al cielo.

XVI.

Màs grato que pisar doradas salas
Y verme deslumbrado por el brillo,
Riqueza y hermosura de sus galas,

Me es el hogar de humilde pueblecillo,
Donde el ajuar es pobre, el aire sano,
El pan moreno y el vestir sencillo.

No allì el lenguaje artificioso y vano,
Ni la mortal ponzoña que adereza
Con mieles el astuto cortesano,

Sino el candor y rùstica nobleza
De quien todo lo aprende de la pura,
Grandiosa y liberal naturaleza.

La paz, que es en el mundo la ventura,
Suele habitar callada alguna chosa,
De los bosques perdida en la espesura.

Bajo aquel techo de apretada broza,
Que al crujir por los vientos combatido,
Parece que se queja y que solloza,

Los dias pasa quien allì ha nacido,
Sin sentir otro afan ni otros temores
Que los tiernos del ave por su nido.

Emblema son allì de los amores
Las mariposas que en tranquila calma
Se besan en el càliz de las flores,

Y llèvanse en fructìferos la palma,
Que para ser fecundo el amor pide,
Salud al cuerpo y castidad al alma.

XVII

Nadie allì con zozobra el tiempo mide,
Que pasa tan callado, que parece
Querer que á reposar se le convide.

Como plata bruñida resplandece
En medio del ajuar el limpio acero
Del arado que el òcio no enmohece.

Para avivar la lumbre, en vez de tuero,
En el hogar anchìsimo se quema
La mata de tomillo ò de romero,

Siendo de lujo la ambicion suprema
El vestir limpia ropa perfumada
Por el denso humo azul de la alhucema.

A lo que abarca allì con la mirada
Reduce el hombre la extension del mundo
Del que no anhela ni conoce nada;

Para él no existe sabio más profundo
Que quien le augura, consultando al cielo,
Si el año será estéril ó fecundo;

Trabaja todo el dia con anhelo,
Sin quejarse jamás del peso grave
Del azadon con que remueve el suelo;

Halla sueño en la noche largo y suave,
Y cuando el alba azul toca sus ojos,
Se despierta cantando como el ave.

XVIII

Ante tal majestad caigo de hinojos,
Desprecio la mundana logreria,
Los héroes de la fama dánme enojos,

Y ansioso de verdad y de poesia,
Busco en la gran Naturaleza asilo,
Como en el seno de la madre mia.

Rompiendo entónces, para mi, el sigilo
Que cierra sus arcanos, abrillanta
Los apagados tonos de mi estilo,

Con sus grandezas mi ánimo levanta,
Con sus dulces amores me enajena
Y con su pura sencillez me encanta.

XIX.

Muéstrame aqui la singular escena
De los nuevos enjambres zumbadores
Que, al salir en tropel de la colmena,

Se apiñan en racimos bullidores,
Y parten en tendida caravana
En busca de otro asilo y otras flores;

La oruga que en su cárcel se arrellana,
Esperando el instante lisonjero
De convertirse en mariposa ufana,

O como, tras de súbito aguacero,
Sus viveres y larvas asolea
La hormiga en derredor del hormiguero.

Allí el pino me llama y lisonjea,
Imitando, al mecerse en el espacio,
El rumor y el vaiven de la marea,

Ofreciendo á las tórtolas palacio,
Y abriendo el duro tronco á la resina,
Que se cuaja en botones de topacio.

Allá encuentro la alegre golondrina,
Que hasta que el nido abandonado toca,
Por desiertos y mares peregrina,

O la alondra, que canta como loca,
Bañándose en el agua que el rocío
Deposita en los huecos de la roca.

XX.

Aplázcome los dias del estío
Recorriendo los altos matorrales
Que se alzan en las márgenes del rio,

Donde flores me ofrecen los rosales,
Agraces uvas la silvestre parra
Y zarzamoras dulces los zarzales;

En oir cómo canta la cigarra,
Sobre la miès saltando de ola en ola,
Hasta que al fin sus élitros desgarra;

En escuchar la alegre batahola,
Del gallo pendenciero, cuya cresta
Parece, en lo encendida, una amapola,

Y en buscar en el soto ó la floresta
Manso arroyuelo y pabellon de flores,
Que alivien los bochornos de la siesta.

JOSÉ VELARDE.

*(Concluirá en el próximo número.)*

---

# PASATIEMPO

TAN enfermo estuvo un personaje célebre, que todos creyeron llegada su agonía: el enfermo empezó á mejorar, sin embargo, hallándose en poco tiempo fuera de peligro. Cuando estaba ya convaleciente, le pidió y obtuvo de él audiencia un editor.

—Señor!—le dijo, vengo á cumplimentar á V. E. por su alivio, que indirectamente me ha arruinado!

—¿Mi alivio?

—Sí, señor: vea V. E. esta necrología impresa, estos grabados que representan la capilla ardiente y las ceremonias mortuorias tales como se hubieran efectuado, á no ocurrir...

—El fracaso de mi restablecimiento, ¿no es verdad?

—¡Oh! no tal: celebro la pérdida y vengo á pedir algun favor.

—Comprendo: usted viene á suplicarme que me muera.

—Seria abusar.

—Entónces, explíquese usted.

—Pues bien, señor, deseo que mande V. E. se me abonen esos gastos de las cantidades destinadas á su entierro.

—¡Oh! concedido, concedido, y quede sepultado ese libro en mi lugar.

El editor salió del palacio, murmurando:

—Era seguro el negocio. En caso de vivir me abonaria los gastos con mucho gusto el enfermo; en caso de muerte hubieran pagado muy contentos la edicion sus herederos.



Un sabio se arruinó haciendo experimentos. Su mujer, desconsolada, le presentaba á menudo sus hijos, suplicándole con lágrimas en los ojos que tomase otra profesion y se hiciera ignorante.

—Créeme, eso produce más—le decia.

El sabio prometió no hacer sino el último experimento para hallar una fuerza que le haria seguramente rico.

La operacion se efectuó, produciendo una explosion horrible, y el sabio salió por la ventana.

—¡Eureka! - decia revolcándose y lleno de magulladuras: - el problema está resuelto: somos ricos.

—¿Quiénes?—le preguntó un amigo mirándole con lástima. ¡Desgraciado! ¡acabas de hacer volar á toda tu familia!



Todas las noches se arregla el mundo en la tertulia de don Próspero el boticario, hombres de ideas avanzadas.

Sostenia éste la justicia de que se repartiesen á prorata as



ganancias de cada industria entre los que contribuyen á la produccion.

—Todos los que llevan á ella las materias y el trabajo indispensable, deben ser accionistas—decia.

- Bueno—le contestó un fabricante que le hacia la contra;—pero si se realizase tu teoría, ¿sabes, Próspero, quién seria el principal accionista en tu farmacia?

—¿Quién?

—El aguador.



Habia sido tan abundante en un lugar la cosecha de uvas, que faltaron pipas y tinajas para guardar el liquido.

Dióse aviso para que acudiesen á beber todos los vecinos. Las viejas llenaron sus botijos; se fregó el suelo con mosto, derramándose el sobrante con una manga de riego.

Apenas concluyeron de verterlo, llegó al pueblo un comisionista para comprar todo el mosto que hubiese.

Los cosecheros maldijeron su precipitacion, y dijo uno de ellos:

—Se me ocurre una idea para aumentar el vino.

—¡Habla!

—Voy á reunir al vecindario y pisotearlo en el lugar.



Cuando visité la casa de locos de Zaragoza quise ver á un amigo que vive allí feliz, muchos años hace, imajinando ser el Padre Eterno.

El loco me reconoció y me dió á besar la mano.

—¿Cómo estás?—le dije con cariño.

—Yo, bien—respondió,—pero á tí te encuentro mal. Ni siquiera has notado que estás tratando á Dios de tú.



Fragmento de una carta que dirige á su padre político un recien casado:

«Acabo de visitar las tierras que constituyen el dote de su hija; en ellas no se puede ni sembrar ni edificar, porque no son tierras, sino arenas. ¡Caballero! cuando se entrega á un hombre un trozo de desierto, se le dan siquiera camellos para atravesarle».



Dos banqueros, ya maduros, hablan de su juventud y sus amores.

—¡Tiempos aquellos!—esclama uno.

—¡Y qué conquistas!—añade el otro;—¿te acuerdas de Amparo?

—¿No me he de acordar? Todos los dias visito á otra Amparo en memoria suya. ¡Si vieras como se parecen!.....

—¿De veras?

—Pero encuentro entre las dos una diferencia. Aquella sólo exigia que la convidase á buñuelos. Ésta sólo se contenta con que la convide á diamantes.



—Hijos mios, mujer mia—decia un pobre hombre que entraba en su casa cojeando—me ha mordido un perro rabioso, y dentro de pocos dias rabiaré.

La mujer y los hijos prorumpieron en verdaderos alaridos de dolor, luego trataron de llevar el herido á su lecho.

—Conozco mi situacion,—decia el padre resistiéndose:—he descendido de categoría; hacedme la cama en la perrera.

Al oir tantos lamentos se asomaron á los balcones los vecinos.

—¿Qué ocurre en esa casa?—preguntaban los transeuntes.

—Nada—respondian los vecinos;—es un padre rabioso que debe estar devorando á su familia.



Hay frases proverbiales que resultan á veces muy absurdas.

El banquero Fulano es tuerto, pero ve con solo el ojo izquierdo lo que no ven los demas con dos ojos. Tomó últimamente un secretario, y resultó tan inútil, que tuvo necesidad de despedirle.

—¿Conque no le ha servido á Vd. ese hombre?—le preguntaron.

—De nada absolutamente—contestó; era mi ojo derecho.



Don Lúcas es un patan enriquecido. Ha oido que su hija quiere tener un plato pintado, y se dispone á sorprenderla, para lo cual entra en el estudio de un pintor y le manifiesta su deseo.

—Bueno—dice el artista;—¿y qué quiere usted que pinte en ese plato?

—En ese plato... en ese plato...—responde don Lúcas rascándose la oreja—pues bien: pínteme usted una chuleta.



Don Isidro construye otra casa en frente de la suya y visita la obra con frecuencia. Ayer cayó en un baño de yeso, quedando completamente blanco. Refugióse á la carrera en su domicilio, pero el portero le detuvo.

—¿No me conoce usted?—le dijo con acritud el propietario.

El portero se quitó la gorra respetuosamente, pero siguió cerrando el paso.

—¿No me conoce usted?—repitió don Isidro cada vez más enfadado.

—Sí, señor; pase usted adelante: usted debe ser la estátua de mi amo.



—¡Qué escritor tan concienzudo es don Froilan!—decian en el salon de la Academia.—Borra y corrige sus escritos como ninguno.

—Perdone usted—repuso una académico;—yo tenia escrita una obra en cinco tomos; me puse á corregirla, y borrando y borrando, ¿saben ustedes lo que conservo del libro?

—¿Un tomo?

—No, señor: me he quedado con el título.



Un hombre excesivamente delgado fué á consultar á su médico; éste le dijo:

—Tiene usted la solitaria.

—¿No podria usted extraérmela?—preguntó el enfermo.

—Hombre, la cosa es fácil; pero si la extrajese, ¿qué le quedaria á usted dentro de su cuerpo?

—¿Qué me aconseja usted?

—Puesto que han de vivir juntos, le aconsejo que se lleve usted bien con ella.



Discutiendo acerca del Dios-Mundo y el No-Dios, se insultaron dos sabios.

—Eso me lo dirá Vd. aquí—exclamó el agraviado.

—Pues salgámonos fuera.

—Señores - dijo el presidente—y adónde irán Vds.! Ya se han salido de la cuestion y de sus casillas; han recorrido mentalmente la Creacion y todo lo comprendido en el tiempo y el espacio. Para reñir en otra parte sólo les queda el recurso de salirse fuera del infinito.



Se comieron los ratones la edicion de un libro insustancial.

—¡Qué sobrios son esos animalitos!—decia un amigo del autor—de cualquier cosa se alimentan.



—Hermanos mios—exclamaba en el púlpito un predicador;—huid de los saraos, huid de los paseos y teatros, donde las mu-

jeres excitan las pasiones con todos los artificios del demonio. Vedlas aquí mismo, con traje provacedores y lacivos, y ved en sus miradas todo el fuego del infierno. Pero no las mireis si no ¡quereis condenaros; y si las mirais hermanos mios......¡sálvese quien pueda!

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 16

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
| --- | --- |
| C 8 D (jaque) | R 4 D |
| Enroca (jaque) | A 5 D |
| A 5 AD | Cualquiera. |
| T toma A (mate) | |

No hemos recibido ninguna solucion de este problema, lo que atribuimos al error padecido al presentarlo en tres jugadas, siendo, como se vè, en cuatro. Tan pronto nos apercibimos de ese error, lo salvamos en nuestro nùmero del màrtes, pero es posible que esa rectificacion haya pasado desapercibida para algunos, en cuyo nùmero no titubeamos en colocar à el Duende que hasta ahora lleva descifrados todo los problemas que hemos dado à la publicidad.

Pedimos disculpa por el error sufrido, al cual es completamente ageno el autor del problema, Eduardin; y prometemos hacer por nuestra parte todo lo posible para evitar su repeticion.

### CHARADAS

*1.ª Opera.—2.ª Bárbaro.*

Ambas fueron descifradas por Una Floridense, Moniato, Pronto, Rafeto, Timo, El negro, Bocas de cofre, y El trueno (San Josè).

La 2.ª fuè descifrada por J. Llano (Durazno).

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

*1.ª Tristeza.—2.ª Tinglado.—3.ª Mónstruo. 4ª. Algido.*

Las cuatros fueron resueltas por Una Floridense, y J. Llano (Durazno). La 1ª., 3ª. y 4ª. por Moniato y Pronto. La 1ª. y 3ª. por Timo.

### GEROGLÍFICO N. 16

*Con una tasa de cafè no me noto el estómago tan fuerte como con una jicara de chocolate.*

Fuè descifrado por Moniato, Velay, Timo, Julia Prima, Pronto, Gedeon, El negro, Bocas de cofre, El superitendente nº. 2, Maria Rittori, O. S., El trueno (San Josè), Un capuchino, y Nifellab.

### FUGA DE VOCALES

¿Q.. —s. .nt.—.n—m.?—¿.lm.—m..,—d.nd.—h.s—.d.
q..—.l—v.lv.r,—c.n—t.—l.z—m.—h.s—d.sl.mbr.d.,
q..—.l—pr.f.nd.—d.l.r—d.—m.—p.s.d.
c.m.—.n—s..ñ.—f.g.z—h.y.—.l—.lv.d.?

### FUGA DE CONSONANTES

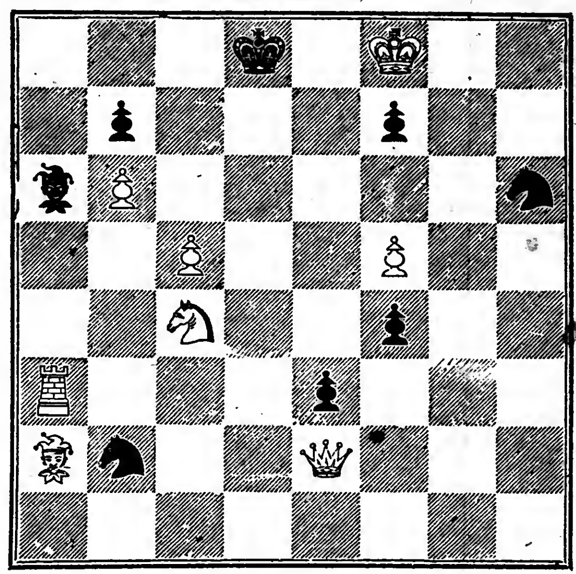
.a.—.o..a.—e.o.io.e.—.ue—.e—.e..i.o,
.a.—.à..i.a.—a.a..a.—.ue—.e—..o.a.o
¡.o.o,—.o.o—a.a.òl—¿.i—.a..è—.o.a.o
.u.a..e—e.—.a..o—.ie..o—.ue—.e—.i.i.o?

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

¿.u.—e.—.o.—d.—m.—a.g.s.i.s.—p.s.d.m.r.,
a.t.—e.—a.c.n.—q.e—.i—.e.h.—e.c.e.r.?
¡.h—.e.t.r.l—¡L.s—.i.l.s—.—l.—t.e.r.,
.e—.o.f.n.e.—e.—r.f.g.s—.e—.u.b.el
¡.o.o .o.r.e—.a!—¡.a.a—.s—.o.b.i.!
¿E.t.—.s—.m.r,—.s—.s.o—.m.r,—.i.s—.i.?!

**Problema de Ajedrez por M. E. Dubbe**

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

### CHARADAS

Consonante es mi *primera*
Y otro mi *cuarta* y *segunda*,
Un pronombre es la *tercera*;
Y con mi *todo* se alumbra.

OTRA

Un clásico historiador
Ves en mi *primera* y *cuarta*,
La *segunda* y la *tercera*
Es una hija del Africa.

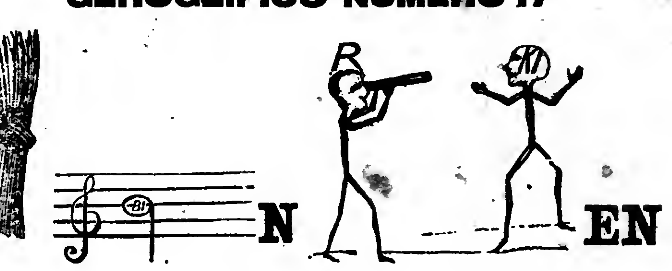
—

Si no eres *todo* á la Wiziack
Ofrécele un *tercia* y *dos*,
Por el buen *tercera* y *cuarta*
Que te dará con su voz.

OTRA

El que *dos* y *prima tercia*,
No *prima* y *dos dos* y *tres*,
Lo que no impide que coma
Lo que en mi *todo* hallareis.

### GEROGLÍFICO NÚMERO 17



LUNES DE LA RAZON



# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Diciembre 3 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 18.*

## EL CRÍMEN DE BERNARDINO

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

I

ESTABAN los tres sentados en los bancos del tribunal del Crímen. El, el marido, Juan Morel, una cabeza de bruto: ojos negros, fijos, con esa mirada concentrada que la reflexion no ilumina nunca. Ella, la mujer, Albertina, especie de modistilla parisiense, carita chiffoné, rubia, con ese rubio súcio de los linfáticos. La tez pálida estaba salpicada aquí y allá de pequeñas chapas rosadas. Los delgados lábios dejaban ver, al entreabrirse, pequeños dientes finos, agudos y blancos. Vestia con sencillez, pero con coquetería. Para la mujer, un teatro, cualquiera que sea, es siempre un teatro. Y no por no ser la Opera se le ve ménos á uno en el tribunal de Assises. Y además, se hablaba tanto de Albertina Morel en los periódicos! El crímen de Rueil conmovia tanto la opinion!

El tercer acusado, Bernardino Morel, era hermano de Juan, cuñado de Albertina. En el gran drama que el Jury iba á poner en claro, el desgraciado Bernardino tenia el papel secundario de personaje sacrificado, y ocupaba, por consiguiente, un lugar muy inferior en la estimacion de público.

No así Juan y Albertina que apasionaban muy diferentemente á la multitud. Un marido celoso que mata al amante de su mujer dándole de golpes con una barra de hierro y lo arroja al agua, no puede ser un asesino más interesante, sobre todo cuando ha tomado bien sus precauciones! ¿Es acaso culpa suya si el cadáver obstinado viene á presentar el crímen á la faz de un cielo de invierno?

A Albertina encontrábasela tambien interesante, como que aparecia ayudando al marido á matar á su propio amante. Y además, los fieles reporters contaban tántas historias curiosas, citando úno por uno los menores detalles de su vida! La tarde misma del crimen, comian los tres en el restaurant del Padre Virjilio, y ella revelaba una alegria particular; bebia champagne en abundancia y no le faltaban buenas ocurrencias.

¡Una heroina de novela! Y hasta mujeres habia que tenian la fotografía de Albertina, castamente apoyada en el hombro de su marido. Del restaurant los tres se trasladaban á la estacion del Oeste, donde debia cometerse el crímen, despues famoso.

¡Pobre Bernardino! Cómo se adivinaba el desprecio público que sobre él pesaba! Todo el mundo esperaba el veredicto que iba á pronunciar el Jury, encerrado tras de la amenazadora puerta. Todos estudiaban la emocion pintada en la fisonomia descompuesta de Juan, en las mejillas lívidas de Albertina. Pero nadie se dignaba ocuparse de Bernardino.

¿Qué era él en suma? Un cómplice vulgar, que no habia obrado sino por amor fraternal. No tenia el privilegio de ser un Otelo de arrabal ó una Desdémona de trastienda, como los otros dos; Se le condenaria, i sería bien hecho!

Sin embargo, un psicolojista hubiera estudiado con interés la cabeza de aquel individuo. La cara lampiña, flaca, hundida, tenia un aspecto estraño. Los ojos grises oscuros, miraban concierta penetracion. El busto, delgado, no carecia de elegancia. De tiempo en tiempo movia las delicadas manos, como sacudidas por un rápido temblor nervioso.

En el fondo de los ojos de aquel Bernardino desdeñado, vivia un pensamiento. ¿Cuál? Poco le importaba al auditorió del tribunal de Assises.

Y cuando se abrió la puerta del fondo para dar paso á los jurados, cuando todos los presentes lanzaron un suspiro de emocion, como el del patio de un teatro en el quinto acto de un drama, todas las miradas se clavaron en el marido y la muger nada más. ¿Los habian condenado? ¿Cuál era su pena? ¿La muerte? ¡Oh crueldad! No. La muchedumbre inteligente esperaba aún las circunstancias atenuantes. Un destierro que reuniera en Nueva-Caledonia á dos esposos que tan bien se entendian. El amor hallado en el crímen y el presidio borrando el adulterio: ¡linda familia para servir de ejemplo á los canaques!

Despues del veredicto del jurado, la corte pronunció su fallo. Enviaba á Juan Morel á trabajos forzados y á Albertina á una casa central. ¡Desventurado marido; mujer no menos desgraciada! Iban á separarse para siempre. Algunas almas sensibles se conmovieron, no pocos lindos ojos se humedecieron. En cuanto al vulgar Bernardino, le despreciaban un poco más que ántes. Le habian absuelto pura y simplemente. Vuelto á poner en libertad, este hombre no merecia siquiera que el público más espiritual de la tierra fijase en él un instante la atencion.

II

Cuando Bernardino se encontró solo en el malecon, se bamboleó al principio como un ébrio. ¡Eran tantos los meses que acababa de pasar en la prision! Durante tantos dias y tantas noches sus miradas no habian tropezado mas que con las paredes siempre parecidas de su celda impasible. El aire libre le embriagaba. El alegre sol de Junio no escaseaba sus rayos vivificantes. Pasaba la gente por el Ponu-ant-Change y el boulevar del Palacio, riendo ó charlando de sus negocios. Bernardino Morel seguia inconscientemente á los transeuntes: Se metia en la muchedumbre, estrañándose de que no le conocieran. Oia hablar á estos y á los demás allá, y le sorprendia el pensamiento de que pudiesen hablar de otra cosa que del crímen de Rueil.

Antes de que su amor fraternal le mezclase en el tenebroso drama que pesaba sobre su vida, era un sencillísimo empleado. En 1872 habia recibido una modesta herencia, que le daba mil doscientos francos de renta anuales, y se retiró á una pequeña habitacion compuesta de tres piezas en un sesto piso quai Voltaire. Se levantaba al amanecer y se iba á buscar libros viejos, paseándose por los malecones, hasta la hora de ir á su oficina Sentábase algunas veces en un banco y mataba el tiempo leyendo el libro viejo que acababa de comprar. No se crea que buscaba los libros raros. Adoraba las novelas del primer imperio y de la restauracion: esos libros de tapas rojizas, llenos de beata sentimentalidad, en que los héroes hablan un lenguaje estravagante. Despues compraba *Le Petit Journal*, del cual solo leia el

folletin. Lo guardaba cuidadosamente en el bolsillo: era el regalo de la noche, la recompensa de los trabajos del dia. Iba á su oficina, trabajaba como un esclavo, almorzaba con un panecillo y un tazon de leche, y, á las cinco de la tarde, se encontraba libre.

Abandonábase entónces á lo que él llamaba «los goces de familia». Caminaba hasta casa de su hermano, comerciante en pequeño de la avenida de Neuille. Allí, en la trastienda, comia con Juan y Albertina, y acababa el dia que honradamente habia empleado en una honrada partida de dominó. Luego se volvia al quai Voltaire, á pié siempre, no permitiéndose jamás el lujo de tomar el ómnibus. Se acostaba y leia el folletin, despues de lo cual se dormia tranquilamente para volver á empezar al siguiente dia. Jamás pasaron por su cerebro pensamientos estraños. Queria á su hermano y á su cuñada; pero nunca hubiera concebido que un drama cualquiera fuera á turbar la vida de aquellos dos séres, tan unidos en apariencia. Cuando por casualidad no encontraba á Albertina en la casa, por la noche, le decia á Juan.

—Conque, ¿no está tu mujer?

Y se ponia á jugar al dominó sin ninguna inquietud, sin ver el entrecejo de su hermano.

Cuando ménos lo esperaban, estalló el drama, lo cual causó á Bernardino profundo estupor. Se cambiaron entre los esposos palabras duras, luego reproches mútuos, y en seguida violencias. Un domingo, Bernardino vió á su hermano en un estado de grande escitacion, el tendero le tomó por el brazo y con voz sorda, jadeante, le dijo:

—Mataré al amante de mi mujer: ella acabará mal.

Bernardino dijo para sus adentros, al retirarse aquella noche, pero sin estrañarse, sin embargo, gran cosa:

—Mal anda esto, muy mal.

Ya habia leido eso en las novelas de madame Cottin y en los folletines de su diario. La aventura no le parecia nueva. Una mujer engaña á su marido, el marido quiere matar al amante de su mujer. Está en el órden natural de las cosas. Todo folletin que se respeta ha contado una historia parecida. Lo único que Bernardino sentia es que sucediese con su familia.

Y cuando tuvo que ayudar á Juan Morel á cometer el crímen, Bernardino obedeció, como debe hacer un sér poco inteligente, muy afectuoso, nervioso y muy sosegado: es decir, dócilmente, pero suspirando al recordar su vida pacífica, que turbaban por tan poca cosa.

Ya se acababa aquella vida tranquila. En la cárcel empezó para él una nueva tortura. Aprendió á saber lo que era el pensar. Ya no le distraian las novelas, los dramas de folletines no le interesaban ya. Su novela, su propio drama únicamente lo preocupaban. A cada minuto, á cada segundo, revivia en su memoria la horrorosa trajedia en que se le habia precipitado brutalmente; revivia el crímen en sus más mínimos detalles. Y poco á poco, un pensamiento estraño se deslizaba en esa alma, oscura hasta entónces, así como un rayo de sol se infiltra en una estancia cerrada. ¿Habia tenido derecho de ayudar á su hermano? ¿Era culpable moralmente ó nó? Este pensamiento punzante no le abandonaba. Ya no podia dormir. Su sistema nervioso se refinaba, y en aquel cerebro enfermo empezaba á desarrollarse algo que se parecia á la inteligencia. Pasaba las noches en claro; los dias eran interminables para él. Y era el mismo suplicio renovado sin cesar por el remordimiento que nacia en su alma que empezaba á reflexionar.

Cuando llegaron los debates del proceso, ya no era el mismo hombre. El modesto empleado se convertia en un ser impresionable y nervioso. Contestó claramente todas las preguntas que le hicieron, sin tratar de mentir, ni de escusarse. Y cuando volvió á verse libre despues de la absolucion, creyó salir de una larga pesadilla. Habia pasado súbitamente de una gran oscuridad á la plena luz. El nombre desconocido de Bernardino Morel se habia hecho célebre del dia á la noche. El telégrafo habia trasmitido aquel nombre á todas partes. Se habia impreso en todos los diarios del globo. Y Bernardino Morel creia que todas las personas que encontrara llevarian en los lábios aquel nombre, que todo el mundo se ocuparia del crímen de Rueil, y que nunca podria desunirse de tan espantosa trajedia.

¡No, ya no era el de seis meses ántes!

Volvió lentamente, siguiendo el Sena, á la pequeña habitacion del quay Voltaire. Nada habia cambiado en su casa. En las paredes, los mismos estantes de madera blanca que le servian de biblioteca; en el fondo, la estrecha cama de hierro; diseminados, aquí y acullá, los muebles acostumbrados; la butaca de *moleskne*, la mesa, la caja de dominós. En un rincon una coleccion de folletines del *Petit Journal*. Y á pesar de todo no se hallaba. Era otro hombre, más delgado de cuerpo, y con el alma trasformada.

En el primer momento tuvo una impresion deliciosa: la de acostarse entre sábanas frescas, entre otras sábanas que no eran las de la prision; luego de sentir que un vago embotamiento se apoderaba lentamente de todo su sér. Poco á poco se le fué adormeciendo el cerebro, se desestiraron sus nérvios, y por primera vez en seis meses, Bernardino se durmió profundamente.

III

Inmediatamente se apoderó de él una pesadilla espantosa. Soñó con el crímen, exactamente como habia pasado. Comia en casa del viejo Virjilio, con su hermano y su cuñada; luego tomaba el tren de Rueil; despues acechaban al desgraciado. Le mataban golpeándolo con una barra de hierro; llevaban el cadáver en un carreton hasta el Sena, y allí echaban el cuerpo al rio. Toda la noche le dominó aquella pesadilla. Al despertar por la mañana estaba bañado en sudor, molidos los miembros, ajitado por la fiebre. El calor del sol le calmó poco á poco. Salió y se dirigió hácia el Bois-de-Boulogne. Tenia necesidad de aire fresco, de la vista del verde, del olor penetrante de las ramas cubiertas de rocío.

Aquel paseo le alivió mucho. Estuvo tranquilo hasta las cinco de la tarde. Entónces, sin darse cuenta de nada, se sintió muy agitado. Encontrábase á la sazon en el estremo del Bois-de Boulogne. Miraba, sin verlos, los carruages elegantes que iban y volvian. Pero todos los goces parisienses le rodeaban en vano. Se operaba en su interior un trabajo sin que él se apercibiera de ello. Subió maquinalmente por la avenida, ganó el boulevar de los Batinolles, y una vez que hubo llegado á la barrera de Clichy entró en el restaurant del viejo Virgilio. Habia una especie de impulso misterioso al cual obedecia aquel hombre sin comprenderlo.

Una vez en el restaurant, pidió los mismos platos que la noche del crímen. Despues de la comida se fué á la estacion Saint-Lazare y tomó el tren. A la media hora bajaba en la estacion Rueil. Y maquinalmente siempre, inconsciente, como si se encontrase bajo la presion de una voluntad desconocida, iba á pasearse alrededor de la casa del crímen, una modesta propiedad de las cercanías de Paris, pequeña, mezquina y ridícula, con jardincito diminuto. Ya no era una casa, era *la* casa. Latian con fuerza las sienes del desventurado. Una fiebre ardiente le estremecia todo el cuerpo. Continuaba pasando y repasando por delante del rejado, queriendo ver, pero temiendo ver al mismo tiempo. Una hora duró aquello. Al cabo abandonó sus contemplaciones y se dirigió hacia el puente de Rueil.

Era una soberbia noche de Junio: una brisa deliciosa invitaba á la contemplacion; era una de esas noches en que los enamorados van á soñar bajo el espeso follaje; las aguas del rio corrian alegres reflejando un cielo esquisito. Bernardino, acodado en el puente, sentia que crecian sus terrores. Era víctima de una alucinacion espantosa. No veia los esplandores de la noche, ni la alegria de las aguas. Pareciale, por el contrario, que el Sena se entreabria,

y que de su seno salia un cadáver, mostrando su lívido rostro. El infeliz ya no podia tenerse en sus piés. Sus dientes castañeteaban, tenia miedo, un miedo espantoso. Necesitó una enerjia suprema para reunir todas sus fuerzas y huir como un loco, sin volver atrás la cabeza.

Entraba en su casa á media noche, se acostaba y se quedaba profundamente dormido como la noche anterior, y como la noche anterior, la misma pesadilla le agobiaba. Soñó con su crímen, como le habia dado vida á prima noche. Lo mismo le aconteció al dia siguiente y á la siguiente noche. Y todos los dias, á la caida de la tarde, en cualquier sitio de Paris que se encontrara, volvia á emprender el mismo paseo. Iba al restaurant del padre Virgilio, tomaba el tren, bajaba en Rueil, y vagaba alrededor de la casa. Cuando se acordaba en el puente, el Sena se entreabria para ofrecerle el cadáver de su víctima; luego, durante la noche, soñaba con el crímen, despues de haberlo resucitado en su memoria al anochecer.

Los hombres habian podido absolverlo: su conciencia no le absolvia. Era el remordimiento en su forma más aguda: el remordimiento que frecuenta un cerebro, sin tregua, sin descanso. Una especie de desarticulacion psicológica desdoblaba el alma de aquel desgraciado; para castigarlo por su crímen, que los hombres no habian castigado, despertaba en él todas las noches los mismos horrorosos recuerdos.

Durante el dia vagaba por Paris como un loco. Procuraba razonar y probarse á si mismo que no era culpable.

—¡Pero yo soy inocente, no cabe duda, puesto que el jurado me ha absuelto!

Nó, era culpable, puesto que su conciencia no le absolvia. Basta muy poca luz para aclarar muchas sombras. Un poco de remordimiento basta para castigar el alma más oscura. Y en la de Bernardino era inmenso el remordimiento, aunque inconsciente; no era el resultado de sus razonamientos, pero lo sentia. Todas las torturas físicas que él habia infinjido á su víctima, las resentia en torturas morales. Era como una locura de que se daba cuenta durante el dia, y que le embargaba al caer la tarde.

Este martirio duró un mes. Durante ese mes no dejó de dar ni una sola noche el horroroso paseo; no pasó ni una sola noche sin que tuviese la horrorosa pesadilla.

Un dia, en uno de sus momentos de lucidez, se operó en él una sublevacion insensata. Vió claro. Era necesario que él acabase con su remordimiento ó que éste acabase con él. Era necesario que se estrechasen mútuamente y que uno de los dos venciese al contrario. Bernardino queria que su locura fuera completa ó gozar enteramente de su razon. Y abriendo maquinalmente un diario, lanzó un grito de alegria. Acababa de leer las líneas siguientes, en la seccion intitulada *Courrier des coulisses*:

«Hoy, á la una y en el teatro de las Fantaisies-Parisiennes, lectura, á los artistas, del *Crímen de Rueil*, drama en cuatro actos. Bernardino dió un salto. ¡Ah! ¿veia sus visiones por la noche cuando pasaba el dia tranquilamente? Pues bien, él encontraria el medio de acabar con su crímen. El le borraria de su cerebro, á fuerza de verle revivir delante de sus ojos!

Una hora más tarde llegaba al teatro de las Fantaisies-Parisiennes. El director, el célebre Chesner, estaba á punto de zozobrar bancarota. No sabia qué hacerse. En aquel mismo instánte se lo decia á su sócio:

—¡Palabra de honor! es como para dudar del arte francés. Pongo en escena *vaudevilles* que ya ha aplaudido el público veinte veces, y me encuentro con que ya no quiere más! Pongo en escena *féeries*, cuyos secretos voy á buscar en Lóndres, y me encuentro con que el público no quiere todavia! Pues bien, voy á tentar lo nuevo, haré representar un drama de la vida real. Perfectamente: *El Crímen de Roueil*. No tiene nada de literario: eso producirá dinero!

Apenas habia acabado su última frase, cuando uno de los mozos del teatro fué á decirle que el señor Bernardino Morel queria hablar con él.

—¿Bernardino Morel? ¿Quién es Bernardino Morel?

—Qué sé yo, murmuró el mozo.

—Es quizás el que ayudó á cometer el crimen, se aventuró á decir el sócio; el acusado que han absuelto.

Al oir estas palabras, el director se quedó con la boca abierta. ¿Iba á sonreirle la fortuna al fin? ¡Bernardino Morel, uno de los tres famosos asesinos!... Interrumpió de pronto aquella esplosion de júbilo. ¿Si iria á protestar contra la exhibicion del crimen en las tablas?

—Que éntre, dijo.

Al penetrar en el gabinete del director, Bernardino se sentia muy turbado. Se preguntaba cómo le acogerian. ¿Qué iba á proponer, en suma? Que le permitiesen dirigir los ensayos á él mismo, mostrar exactamente cómo habia sucedido todo.

Iba con el fin de ver representar tantas veces *El crímen de Roueil* de la ficcion, que el crímen de Roueil de la realidad se borrase al cabo de su cerebro enfermo. ¿Aceptarian su idea? ¿No la rechazarian? Bernardino no sospechaba ni remotamente que el director de las Fantaisies-Parisiennes le veia caer en su casa como un salvador.

En verdad el célebre Chesner y su socio se sobrecogieron al verle allí. Bernardino Morel no era un hombre, sino la evocacion de un ser espectral. Se le hubiera tomado por un personage de Edgar Poé con vida real. Los vestidos del desgraciado flotaban en su cuerpo, como flota la ropa que se ha secado ya sobre una estátua de barro endurecido. Pero la emocion no duraba mucho tiempo en un escéptico declarado como Chesnel.

—¡Cómo, Ud. por aquí, Bernardino Morel!?... Tiene Ud. buena cabeza... Vaya que sé lo que me va Ud. á proponer; asistir á los ensayos. Es decir, que Ud. quiere ver de cerca á las actrices; vamos, buena pieza.

Bernardino Morel estaba estupefacto, sin comprender, atónito de la trivialidad cínica del director. Este prosiguió, con su aire jovial de *voulevardier* de buen fondo:

—Convenido; le contrato. Ud. dirijirá los ensayos; Ud. nos indicará todos los *efectos*. El dia de la primera representacion, por la mañana, le daré á Ud. un vale de dos mil francos por su trabajo. Pero me reservo el derecho de hacer con su nombre un reclamo enorme para la pieza. No me lo agradezca, no vale la pena. Le llevarán á su casa el contrato para que lo firme. Le prevengo que estipulo en él una multa de cincuenta mil francos por falta de cumplimiento. Hasta mañana. A las doce hay ensayo.

Bernardino se marchó, asombrado, estupefacto, cayendo de lo alto de sus espantos en medio de la indiferencia de la vida de teatro. ¿Pertenecia á la misma raza que él el hombre con quien acababa de hablar? Era posible que le recibiera de aquella manera á él, á un asesino? ¿Era posible que le hablaran de aquella manera, á él un ser roido por los remordimientos?

*Concluirá.*



# Mis Amores

**(A CAVESTANY)**

*( Conclusion — Véase el número 17 )*

XXI.

Aguas, hojas y pájaros cantores
Me acuerdan los afanes de la vida,
Con sus vários y múltuples clamores.

Miro la paz del alma apetecida
En la fuente que muda se dilata,
Quedándose en el lago adormecida;

La ambicion que à los hombres arrebata,
En el estruendo y en el polvo vano
Con que viene à morir la catarata;

Y el batallar del pensamiento humano,
En el constante hervir y en el eterno
Bramar y rebramar del Oceano.

Cuando aparecen en el broto tierno,
Escucho en los rumores de las hojas
La voz del niño y el cantar materno;

En el otoño, ya sin sàvia y rojas,
Las oigo que murmuran del destino,
Y me lloran tristìsimas congojas

Cuando van à merced del torbellino,
O el haz inmenso de apretada leña
Las barre, despiadado, del camino.

El duro traquear de la cigüeña
Imita los ruidos del trabajo
Y el sonoro pisar de la almadreña;

El codicioso afan habla en el grajo,
En el mirlo la burla descarada,
Y en la fiel golondrina el agasajo.

Contrastan del pinzon con la balada,
Del mochuelo el pronòstico que aterra
Y el llanto de la tòrtola cuitada.

Es del gallo el cantar grito de guerra,
La alondra entona la oracion màs pura
Que al cielo se levanta de la tierra,

Y el ruiseñor, oculto en la espesura,
Llena la triste noche de armonia
Y el corazon humano de ternura.

XXII.

Sencillez, majestad, gracia, poesìa
Adonde quiera que à mirar acierto;
Moviendo por igual mi fantasìa

Las mudas soledades del desierto,
La sublime altitud de las montañas
Y de huracanes y olas el concierto,

Que el gàrrulo murmullo de las cañas,
El prado que de fèrtil hace alarde
Y el calor patriarcal de las cabañas.

Tan hermoso hallo el sol cuando en la tarde,
Cansado de su altura y poderio,
Lento declina y sin fulgores arde,

Como al surgir con indomable brìo,
Limpiando de vapores el ambiente
Para verse y quebrarse en el roeìo.

Y tanto cual la risa de la fuente,
Las auras ledas, el azùl sereno,
Y el canto de las aves elocuente,

Amo la tempestad, en cuyo seno
Los vientos chocan, cuàjase el granizo,
Fulgura el rayo y se revuelve el trueno.

XXIII.

Mas no hay belleza, majestad ni hechizo
Que tanto me fascinen cual las glorias
De la patria, que adoro y divinizo.

Llena mi mente està de sus memorias,
Lleno mi corazon de amor por ella,
Cual la tierra y el mar de sus victorias.

Mas ¡ay! que al evocar la edad aquella
En que sus hijos, grandes y viriles,
La hicieron fuerte, respetada y bella;

Y al verla hoy presa de congojas miles,
Los grandes sabios charlatanes hechos,
Y los caudillos mercaderes viles;

Sin fè las almas, sin valor los pechos,
La honra sin culto, bàrbaro el idioma,
Y los altares de Jesùs deshechos,

Del Dios imploro que los vicios doma,
Que arroje sobre tanta villania
Las llamas que arrasaron à Sodoma.

XXIV

¡Quièn hubiera logrado ver el dia
En que el fiero leon de nuestro escudo
Los campos castellanos recorria,

La crin revuelta y el mirar sañudo,
De ira en la boca sanguinosa baba
Y desgarrando con zarpazo rudo

El corazon de la morisma brava,
Que huyendo dè la muerte con espanto,
A los desiertos lìbicos tornaba!

Escarmiento de infieles y quebranto,
Los persiguiò en Oràn y hasta en las olas
Del golfo alborotado de Lepanto,

Y anheloso de luchas y aureolas,
Y hallando à sus hazañas poco grandes
Los lindes de las tierras españolas,

Clavò sus garras en Italia y Flandes,
E hizo de asombro enmudecer la tierra
Al rugir en las cumbres de los Andes.

XXV

Mil veces con amor pensè en la guerra,
Como vivo cauterio al òcio blando,
Que de los pechos el valor destierra,

Y otras mil veces me dormì soñando
Que el polvo de la muerte sacudia
En la tumba el Apòstol venerando,

Y en pro y en honra de la patria mia,
Requiriendo el brindon y la armadura,
A combatir magnànimo volvia.

Levantarse le vi en la sepultura,
Y recorrer del templo el laberinto
En el silencio de la noche oscura,

Medrosos retumbando en el recinto
De su paso el rumor, y el resonante
Crujir del hierro que llevaba al cinto;

Despues, en fortaleza semejante
Al ariete que el muro desportilla,
Desencajar la puerta rechinante,

Y echar, al fin, à su corcel la silla
Y al grito de «¡Santiago y cierra España!»
Lanzarse hàcia los campos de Castilla.

XXVI

Iba bufando su corcel con saña,
Sobre la suelta crin floja la brida,
Turbia la vista que el furor empaña,

La cola al viento, la cerviz tendida,
El ijar palpitando con anhelo,
La ancha nariz al aire apercibida,

En su carrera, superior al vuelo,
Encendiendo los duros pedernales
Y con vigor desempedrando el suelo.

Del Santo al grito y à pisadas tales
Alzàbanse los muros arruinados
De castillos y viejas catedrales,

Y los antiguos hèroes esforzados
La losa sepulcral volcaban fieros,
Aun por la muerte misma no domados.

Le seguian los bravos caballeros,
Los monjes predicando la cruzada,
Y en apretados grupos los pecheros;

Y, bullendo cual mar alborotada,
Y creciendo en caudal, la muchedumbre
Corria tras del Santo desalada,

Quien, de un monte subiendo à la alta cumbre,
Con la viva aureola de su frente
Encendiò à España entera en clara lumbre.

XXVIJ

Y en torno de èl llegaron de repente
Los del Salado y Navas de Tolosa,
La cruz por guarda al corazon valiente;

El Cid, cuya epopeya portentosa
De los siglos resiste à la balumba,
Y enciende toda sangre generosa,

Y àun cubiertos del polvo de la tumba,
Guzman, en patrio amor sin semejante,
Y el no igualado capitan de Otumba.

Dando celos al gran Càrlos de Gante
Allì Cisnèros, tras la fèrrea cota
Ocultando la pùrpura brillante;

Con los suyos Colon, que en dèbil flota
De no surcado mar venciò la saña,
Un mundo hallando al fin de su derrota,

Y entre innùmeros hèroes por compaña
La reina màs grandiosa entre los reyes,
La primera Isabel, madre de España.

Allì el Rey Sabio promulgando leyes;
Teresa con sus vivas oraciones
Al Divino Pastor llevando greyes;

Herreras y Riojas y Leones
En fè, piedad y bèlico entusiasmo
Encendiendo los patrios corazones;

Quevedo hiriendo el mal con el sarcasmo,
Calderon inundando en luz la tierra,
Y Cervantes llenàndola de pasmo.

De nuevo el grito resonò de guerra,
Retumbando, en mil tonos repetido,
Por las còncavas hoces de la sierra;

Rompiò la muchedumbre en un rugido,
Rechinò estremecida la armadura,
Vomitò la bombarda su estampido,

Y à estruendo tal, la realidad impura
De la España del logro y la miseria
Desvaneciò mis sueños de ventura.

XXVJII

Hoy patria, y honra, y Dios, todo se fèria;
Y ¡ay! donde vierte su ponzoña el àgio,
Se extiende corrosiva la lacèria.

Indiferente al pùblico sufragio,
Siempre sea tu hogar un mundo aparte,
Donde vivas seguro del contagio;

Y las horas aligeras comparte
Entre la paz del nido que te has hecho
Y los goces dulcìsimos del arte.

À soberbia ambicion no abras el pechò,
No sea que, abrasado por su lava,
Insomne te revuelques en el lecho.

La màs grandiosa condicion y brava,
Como el fuego que vivo nos deslumbra,
En humo empieza y en ceniza acaba.

Mas si de dulce y pàlida penumbra
La suerte amiga, por honesto modo,
À las regiones de la luz te encumbra,

Sè en todo grande, como puro en todo;
Que sòlo los infames ò insensatos
Arrastran su grandeza por el lodo.

No calme generosos arrebatos
En tì la ingratitud; que de los hombres
Es el mejor el que hace màs ingratos.

Para herirte el inìcuo, no te asombres,
Recogerà del suelo las espinas
Cuando de rosas su camino alfombres;

Y si del bueno esperas, desatinas;
Hoy habla la bondad quedo, muy quedo,
Y la envidia y la infamia con bocinas.

En la sierpe engañosa està el denuedo,
El leon de la verdad, amordazado
En estrecho cubil tiembla de miedo.

XXIX.

El Arte, que fuè siempre inmaculado
Como la nieve, y tuvo à vanagloria
Ser, como el àngel del amor, alado,

Hoy adrede se arrastra por la escoria;
Y Apolo, en vez de conducir seguro
El coro de las musas à la gloria,

Sin estro ya y el corazon impuro,
En campo de inmundicias apacienta
La cìnica manada de Epicuro.

Quien en sus obras la maldad fomenta,
Y en soez blasfemia contra Dios estalla,
Y la impudicia por blason ostenta,

Turba de necios y malvados halla
Que genio le proclamen al ruìdo
Del aplàuso brutal de la canalla.

¿Juzgas por siemprè el pùblico perdido?
Ya el Hèrcules vendrà que le contunda
Y à su carro triunfal le lleve uncido.

Màs potente es la bestia furibunda
De los circos, y al trueno de las hondas
Rinde ànimo y cerviz à la coyunda.

No se logra ser gènio echando sondas
En las conciencias lòbregas è impuras,
Para hallar y mover heces hendiondas.

¿Y què hallar en el fango y yendo à oscuras?
El genio sòlo es genio cuando asciende
A conversar con Dios à las alturas.

KXX.

¡Oh Dios! El rayo vengativo enciende,
Y ciega la memoria que te olvida,
Y abrasa el labio impuro que te ofende,

O libra del tormento de la vida
A quien pone en tu gloria sus afanes,
Y negada la ve y escarnecida.

¿No te obedecen ya los huracanes,
Ni el rayo vibras, ni la mar revuelves,
Ni haces hervir el fuego en los volcanes?

¿Por què nos abandonas, y no vuelves,
Por tu templo, que al golpe se desquicia
De los malvados, que, inactivo, absuelves?

Mas deten, Padre mio, tu justicia;
Que al increparte soy màs temerario
Que el mismo que te niega ò maleficia.

¿A quièn fuè el mundo nùnca tan contrario
Como à Tì, que naciste en un pesebre
Y acabaste en la infamia del Calvario?

Dame alientos, Señor, con que celebre,
Antes que tus justicias y rigores,
Tu dulce gracia mi amorosa fiebre,

Mas haz que contra todos los rencores
Hallen en Tì seguro baluarte
Patria y Hogar, Naturaleza y Arte,
Que son, despues que el Tuyo, mis amores.

JOSÉ VELARDE.

# PASATIEMPO

DOÑA Juana es una señora de bastante edad, à quien molesta la indiferencia de su esposo. La doncella, de acuerdo con su ama, trata de dar celos al marido.

—¡Señor! ¡señor!—le dice;—si entra Vd. ahora mismo sorprenderá á mi ama quemando unos papeles.

—Comprendo lo que será,—responde el señor con mucha calma;—estará quemando su partida de bautismo.



Un amigo mio fué á la plazuela de Santa Ana á comprar un loro.

—¿Tiene Vd. un loro que hable mucho?—preguntó al pajarero.

—Todos los de mi casa hablan mucho y bien.

—¿Serán muy caros?

—Hay que pagarlos, caballero; pero no son loros los que vendo; son oradores emplumados.



La cocinera Petra se despide de su novio hasta el dia siguiente.

—Cuando estés en la calle—le dice—avisa y bajaré.

—Bien, daré unas palmadas.

—No: da un silbido, que á esa hora estará mi amo leyendo una comedia.



Un coronel de coraceros muy forzudo y que tenia una mujer hermosa, aunque algo madura, sorprendió á un jovencito arrodillado delante de su esposa.

El coronel, furioso, levantó en el aire al pretendiente y salió con él en brazos, diciendo:

—No quiero estrellarle á Vd. dentro de mi casa.

La mujer quedó aterrada. Media hora despues volvia el coronel: la señora se arrojó á sus brazos, exclamando:

—¿Qué has hecho, qué has hecho? Era inocente ese chiquillo.

—Tranquilízate,—repuso el coronel;—le he metido en el torno de la Inclusa.



Decia un jóven hablando con Fontenelle, que las ocurrencias felices, los dichos agudos, no eran prueba de ingenio, sino efecto de la casualidad.

—Es cierto, replicó Fontenelle, y tambien es otra casualidad que no se les ocurra ninguna á los tontos!

—¿Cómo es que el viento es más frio en el invierno que en el verano? preguntaron á Calino.

—Porque nadie le permite entrar en su casa, respondió éste, y le dejan en la calle.



Una dama, célebre por sus extravios de amor, decia, ya en la edad provecta:

—Me he retirado á cuarteles de invierno.

Y alguien observaba:

—Note V., qué mujer!...—se ha retirado á los cuarteles. Nó puede pasar sin hombres.

Conversacion en el muelle de Málaga:

—¡Cómo! ¿Usted ha ganado cinco millones en el comercio de pieles? Me admira usted.

—Si, señor, en el comercio de pieles, solo que dentro de estas habia negros.

Una señora ha tomado á su servicio á una doncella, que tiene la pretension de hablar muy bien.

Un dia que peinaba á su señora, le dice:

—¡Qué hermosos cabellos!

—¡Oh! ya no valen nada, contestó la señora; era preciso verlos cuando yo era jóven.

—¡Ah! comprendo, respondió la doncella; en la edad *adúltera* el cabello se cae fácilmente.



En un tribunal (Juicio oral y público):

*Juez*:—Acusado ¿cuántos sacos de patatas confiesa usted haber robado á su vecino C.?

*Acusado*:—Siete, señor Presidente; dos el lúnes y tres el mártes.

*Juez*:—Pero eso no suma sino cinco sacos.

*Acusado*:—Sí, pero me propongo ir por los otros dos en cuanto me vea libre.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 17

### FUGA DE VOCALES

*¿Qué siento en mi? ¿Alma mia, donde has ido*
*que al volver, con tu luz me has deslumbrado,*
*que el profundo dolor de mi pasado*
*como un sueño fugaz huyó al olvido?*

### FUGA DE CONSONANTES

*Las hondas emociones que he sentido,*
*las lágrimas amargas que he llorado*
*¡todo, todo acabó! ¿Si habré soñado*
*durante el largo tiempo que he vivido?!*

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*¿Qué es hoy de mi angustiosa pesadumbre,*
*ante el arcano que mi pecho encierra?*
*¡oh ventura! ¡Los cielos y la tierra,*
*se confunden en ráfagas de lumbre!*
*¡Todo sonrie ya! ¡Nada es sombrio!*
*¿Esto es amor, es esto amor, Dios mio?!*

—

Una Floridense, Mosquitos, y Catre enviaron la solucion de la fuga de vocales.

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| — | — |
| T toma P | P toma T |
| D 2 TR | Cualquiera. |
| D 7 AD (mate) | |
| 1.ª *Variante* | |
| T toma P | A ó C toma C |
| T 3 D (jaque) | Gualquiera |
| D 8 R (mate) | |
| 2.ª *variante* | |
| T toma P | R 2 D |
| T 3 AD | R 3 A |
| C 5 R (mate) | |
| 3.ª *variante* | |
| T toma P | A 4 C |
| T 8 R (jaque) | R 2 D |
| C 5 R (mate) | |
| 4.ª *Variante* | |
| T toma P | C toma P |
| T 3 D (jaque) | C 3 D |
| D 8 R (mate) | |

—

El Duende, y Eduardin, remitieron la solucion.

El primero nos hizo saber que oportunamente nos habia enviado la solucion del problema publicado en el núm. 16, y que sin duda se ha traspapelado en esta imprenta.

### CHARADAS

1.ª *Petróleo*—2.ª *Timorato*—3.ª *Tomate*

—

Las tres fueron descifradas por Trueno y las dos primeras por Una Floridense.

### GEROGLÍFICO N. 17

*Haz bien sin mirar á quien*

—

Saritz, S., Una Floridense, Trueno, Velay, Chiquitin, y Forzudo nos remitieron la solucion exacta.

### FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

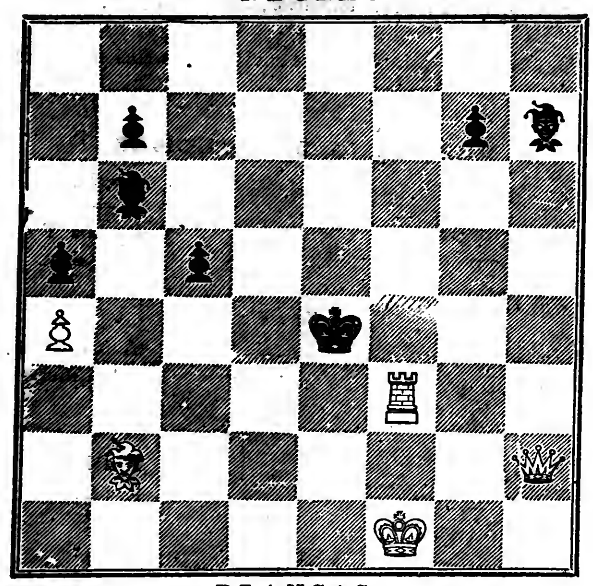
N.—.ré—..s—a.—..rm.n,—.u.—i..ev..e.te,
.i.nt.a.—e.—p..re—.ur.—p..dic.b.,
.o—.on—..l—in.i.te.c..—l.—m.r..a,
Q..—l.—.o.ó—e.—.ue.—p.d..—.es..—.nf.e.t.
—N.—á—.er—.—D..s,—e..la.a—d.—rep...e,
..g.ie.—v.en.—á—.a—i...sia;—.—s..al...
Há.i.—e.—..nc.—en—q..—y.—.en..do —e..ab.,
.u.ta.do—de.o.i.n—.—m..h.—..nt.
—.l—..e—..—v.ng.—.—or.., .ued.—.ar..ar.e,
El—..ra—...—t.l—.ra—.ep..ia,
..e,—.or—p..o,—p..—.oc.—l.eg.—.—ah..ar.e

Y.—..n.é, - .—.lg.n—o.ro—pe..ar.a:
.i—h..e.os—..—q..—é.—..ce,—.a—á—...da.se
L.—.ant.—..sa—...—S.ñ..—v..i.

---

**Problema de Ajedrez por A. B. C.**

NEGRAS



BLANCAS

**Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.**

---

## CHARADAS

---

*Prima dos* en Inglaterra
Gladstone el gran estadista,
Y entre los *dos* y *primera*
Es el que más significa.

—

De bestias de cuernos es
Hacer *tercera* y *segunda*,
Y *prima tres* te lo digo
Por no dañar lo que abunda.

—

Adan solo no ha pasado
Por el trance de *dos tercia*
¿Más señas?—No te las doy;
Busca en mi todo una yerba.

OTRA

Quien *tercia* un *todo* merece
De *dos prima* ser comido!
*Tres cuatro* nó más, y al punto
Recibirás el castigo.

OTRA

Cinco veces mi *primera*
Forma *segunda* y ¡*total*!
Que si no aciertas con esta
Debes ser muy animal.

OTRA

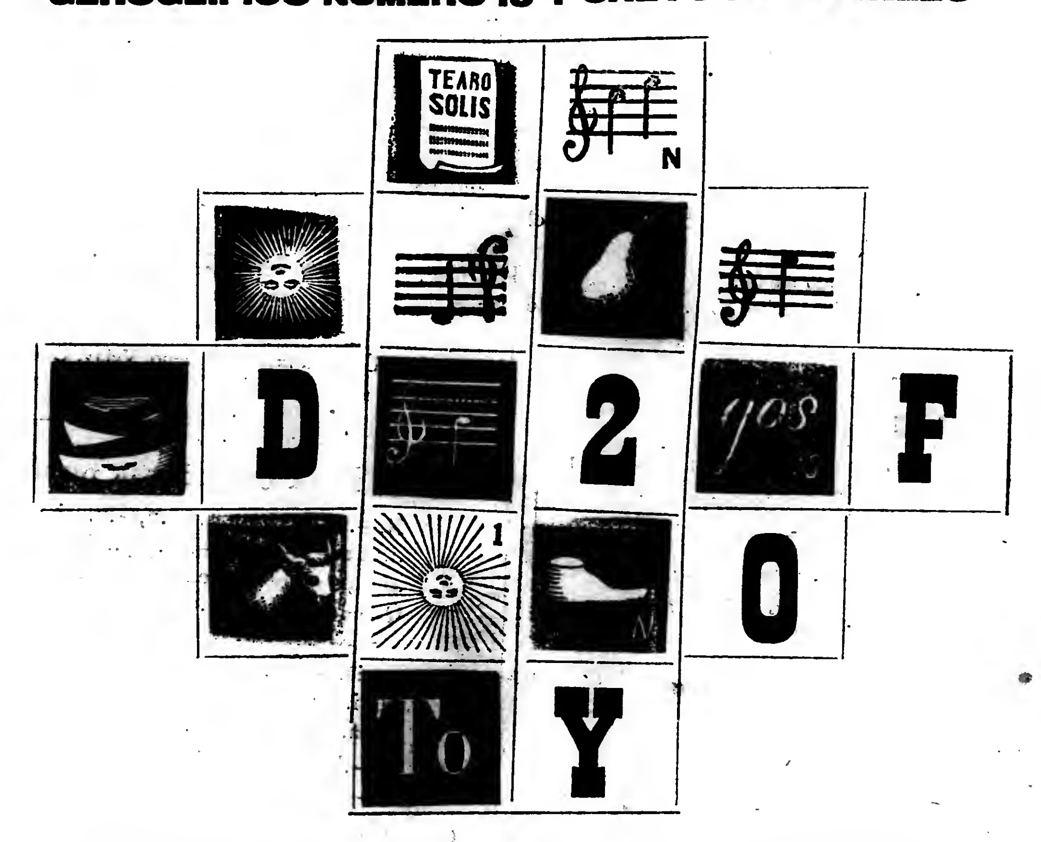
¿*Segunda* te gusta el *todo*?
Pues *prima* eres repetida
Porque con él ya tendrias
Para vivir sano y gordo.

---

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

RTTPMEAO— RZSMTAEOU—IOUBNRT—UOILTSN—

## GEROGLÌFICO NÙMERO 18 Y SALTO DE CABALLO




Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la casilla núm. 18.




PERIÓDICO LITERARIO

*Diciembre 10 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.—Núm. 19.*

## EL CRÍMEN DE BERNARDINO

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

I

(*Conclusion.— Véase el número anterior.*)

IV

LOS ensayos iban muy bien. Contaban con un éxito enorme. Tambien es verdad que nunca habian visto á un director de escena tan maravilloso como Bernardino Morel. Habia oido leer la pieza á los autores con atencion sostenida. Apénas hizo algunas observaciones de detalle. Al principio creyeron que de nada serviria. Miéntras duró la comprobacion de los papeles y el trabajo en el *foyer*, Bernardino no dijo esta boca es mia. Permanecia en un rincon, sentado en una banqueta de cuero, inmóvil, con la mirada fija. Los actores habian empezado por mirarle con curiosidad. Luego, poco á poco, se acostumbraron á él. Le daban la mano, le hablaban como á todo el mundo.

—¡Buenos dias, amigo Bernardino!—¿Cómo vá esa salud, Bernardino?—le decian con la familiaridad cortés de entre bastidores.

El asesino de Rueil, el hombre acabado por su conciencia, pasaba por allí como si nada viese, como si no oyese nada. La brusca antítesis de su vida solitaria y de aquella vida de teatro no le sorprendia. Seguia siendo el mismo, lúcido y alucinado á la vez. Ya creia Chesnel haber hecho un mal negocio, cuando Bernardino se reveló súbitamente. Acababan de poner en escena el tercer acto. Andaban tanteando, vacilando, cuando Bernardino salió precipitado de entre bastidores, esclamando:

—¡Nó, nó, así no sucedió!

Y entónces, con una claridad maravillosa, empezaba de nuevo todo el trabajo que habia hecho el director de escena.

Precisaba los detalles, indicaba de una manera sorprendente los celos, la cólera de Juan Morel hasta el dia en que la ira en su colmo le impulsaba á cometer el crímen. Le daba consejos admirables á la actriz que hacia el papel de Albertina. En cuanto á su propio personaje, lo miraba de una manera tan prodijiosa, encontraba entonaciones tan comovedoras, que Chesnel se frotaba las manos diciendo:

—¡Un efecto colosal! Subiré el precio de las localidades!

Un dia se acatarró el artista encargado del papel de Bernardino y pidió licencia por dos dias. Chesnel quiso que el apuntador ensayase por él. Bernardino se opuso á ello. El mismo se encargó del papel y ensayó. Entónces causaba pavor tanta verdad. Todos los terrores que frecuentaban el cerebro del desdichado, todos los espantos que le enloquecian, puso todo aquello en su mímica en su voz, en sus gestos.

Los otros cómicos estaban estupefactos. Jamás habian visto representar el drama con tanto poder; jamás habian visto á un actor conseguir efectos tan intensos. Uno de ellos llegó hasta el punto de asustarse delante de Bernardino: el que hacia el papel e víctima. Era un mozo muy jóven, que recien salia del conservatorio, algo tímido, y muy apropósito para representar en el teatro el papel de amante de Albertina. Se llamaba Dalbert y estaba lleno de alegría á causa de su estreno. Pero cuando vió ensayar á Bernardino su alegria disminuyó mucho. Temblaba miéntras duraba el ensayo. La actriz que hacia de Albertina, una chica rubia, llamada Maria Deschamps, muy coqueta y bastante monona, procuraba tranquilizarle. Aquello no iba á durar. El otro sanaria de su catarro, y todo volveria al órden. Ni uno ni otro preveia lo que iba á suceder.

Chesnel no vacilaba nunca cuando veia un medio de ganar dinero: despues de un ensayo, le dijo un dia á Bernardino:

—Ven á mi gabinete, amigo Morel; tengo que hablar contigo.

Y cuando estuvieron solos:

—No es eso todo. Eres realmente maravilloso. Yo deseo que tú representes. Te daré un vale de quinientos francos por representacion: cincuenta representaciones aseguradas. ¿Te conviene?

¡Si le convenia! Nunca hubiera ambicionado el infeliz tan gran favor. Desde que representaba en lugar del actor enfermo, sentia un gran alivio en su alma. Parecia que se cansaba el remordimiento y que perseguia ménos activamente á su víctima. Todas las noches daba sus acostumbrados paseos siniestros, pero sus terrores no eran tan grandes. Tambien eran ménos horripilantes sus pesadillas.

Los ensayos duraron cincuenta dias. Durante ese tiempo Bernardino Morel fué feliz. Desde que supo que el papel le pertenecia, desde que pudo ensayar todos los dias, su enfermedad psicolójica cesó de pronto. Por la mañana se levantaba temprano y se paseaba para hacer ejercicio.

Almorzaba alegremente y era el primero que llegaba al teatro. Solo entónces le invadia una especie de fiebre. Pero ésta no se aplicaba mas que á la pieza, á la *mise en scéne* de la misma, á los artistas que tomaban parte en ella. En el ensayo trabajaba enormemente, no solo por su papel, sino tambien por los de los demás. Y todos los dias producia el mismo efecto en los actores, en los maquinistas, en los bomberos, que alargaban la cabeza, curiosos para ver y oir mejor. Despues del ensayo, Bernardino volvia á calmarse y entraba en su dulzura habitual. Algunas veces bajaba al café con los otros. Todos veian en él á un buen compañero, salvo Dalbert, que no podia conseguir tranquilizarse. En vano procuraba calmarle Maria Deschamps.

—¿Por qué tienes miedo? No seas bobo, no te va á comer.

El otro meneaba la cabeza poco convencido.

Una vez terminado el ensayo, Bernardino se iba á su casa. Ya no caminaba hasta la casa del viejo Virgilio, como ántes; ya no daba sus horrorosos paseos. Habian pasado ya aquellos malos tiempos. Lo que hacia entónces, despues de comer, era irse á un cafetin de la *rue du Bac*, donde desconocian su nombre. Y allí pasaba las primeras horas de la noche como pacífico ciudadano modestamente arrentado. Su carácter se suavizaba cada vez más. Era cortés y amable con todos. Por eso le dijo Maria Deschamps una vez:

—Sea Ud. bueno con Dalbert; ese muchacho le ha tomado á Ud. miedo.

Bernardino se sorprendió mucho y desde aquel momento se mostró particularmente àmable hácia Dalbert. Le habló con mucho afecto y le invitó á comer dos ó tres veces. Tanto, que el jóven cómico se tranquilizó poco á poco y llegó á perder enteramente el miedo.

Amaneció por fin el famoso dia. Todo estaba admirablemente preparado para el buen éxito de la obra. En los boulevares, en todos los teatros, en los diarios, en las reuniones literarias, en todas partes se hablaba mucho del *Crimen de Rueil*; augurándole un gran éxito. El estreno de Bernardino Morel, sobre todo, excitaba la curiosidad en alto grado. Se discutia con anticipacion. Unos encontraban escandalosa aquella exhibicion, otros por el contrario decian que era una tentativa orijinal. Sabiase, por las indiscreciones de entre bastidores, que Bernardino estaria maravilloso. En cuanto á la obra, los artistas convenian en que era conmovedora. Y la curiosidad crecia en ese Paris estragado, cuya atencion no se consigue fijar mas que á fuerza de reclamo. Tanto crecia, que Chesnel no quiso permitir la entrada á nadie para el ensayo general. A nadie, ni áun á esos célebres críticos que hacen sus juicios al dia siguiente.

Era una clara mañana del mes de Octubre cuando los transeuntes pudieron leer en enormes carteles sembrados en todo París el anuncio de la primera representacion. Durante el dia se agiotó con los boletos de una manera increible. A las seis de la tarde se cotizaban las tertulias de orquesta á 25 luises. A las ocho estaban á 50. A las ocho y cuarto empezaba á entrar la gente. ¡Qué sala! todas las notabilidades parisienses estaban allí. Por primera vez acudian los espectadores á una nueva representacion del teatro de las Fantaisies-Parisiennes con el mismo traje de una primera en la comedia francesa. Todas aquellas gentes, acostumbradas á encontrarse en semejantes circunstancias, se miraban con aire particular, como diciendo:

—¡Parece que va á ser sorprendente!

Entretanto, todo marchaba muy bien en la escena. Bernardino Morel habia sido muy puntual, como de costumbre. Nunca se hacia muy visible, ni aun aquella noche. A las siete de la noche entró discretamente en su camarin, dió más luz á los picos de gas y se sentó delante del espejo. En un estante estaban los colorines y demas adminículos que usan los actores para arreglarse la cara.

—¿Me necesitas para alguna cosa, Morel mio? le preguntó María Deschamps al pasar por el corredor.

—Gracias, señorita, contestó él, no habiendo querido nunca hacer uso de la confianza de sus compañeros.

—No te vas á poder arreglar la cara, dijo la chica rubia.

Y con delicadeza, ella metia la pata de liebre en los tarros de rojo y blanco, pasándola en seguida por la cara de Bernardino, que cedia sonriéndose. Nunca se le habia visto de tan buen humor. Brillaba en sus ojos una franca alegría. Hasta se vestia con brio. Y la gente de teatro creia que la idea de su buen éxito le embriagaba algun tanto. Por la puerta entreabierta llegaba hasta él el ruido alegre de entre bastidores, esa animacion especial de los dias de primeras representaciones. Las idas y venidas, la costurera que pasa, la peinadora que se inquieta, una mezcla de exclamaciones de todas clases: «Estoy segura que mi bata *del dos* no me sentará bien.» O bien: «¡Bueno está, mi peluca es demasiado rubia!» Y de vez en cuando la voz grave del anunciador que decia desde el extremo del corredor, en lo alto de la escalera:

—¡Señoras y caballeros, vamos á empezar!

Pero no acababan de empezar. El inteligente Chesnel se complacia en hacer esperar al público. Eran las nueve ménos cuarto cuando el director de escena dió los tres golpes solemnes.

En aquel momento el jóven Dalbert entraba en el camarin de Bernardino para ver si su compañero estaba listo. Se quedó como clavado en el dintel de la puerta. El cómplice de Juan y Adelina Morel dormia tranquilamente. Medio recostado en la silla, con la cabeza apoyada en la mano, una sonrisa de contento en los labios. Bernardino vagaba por las regiones de los sueños. Este hombre, tan torturado durante tantas semanas, parecia en plena posesion de su reposo mental. Dormia como un hombre feliz, sin ningun cuidado, sin ninguna tristeza. Dalbert contó aquello á todo el que lo quiso oir. La gente de teatro no salia de asombro. Aquel no se preocupaba de sus estrenos. Tuvieron que despertar á Bernardino para anunciarle que se acercaba el momento de entrar en escena.

En el final del primer acto, Bernardino no tenia que salir en él. Pero, desde que empezaba el segundo, llenaba toda la pieza. La primera escena del segundo acto, era muy violenta: los dos hermanos estaban en las tablas, Juan contaba sus enojos, su cólera, sus celos, concebia el crimen y le suplicaba á Bernardino que le ayudara. Cuando éste salió se produjo un prolongado movimiento en la sala; causó un estremecimiento general, hasta el punto de tenerse que interrumpir la representacion durante cinco minutos, felizmente para Bernardino, pues poco faltó para que se enfermára; sentia una impresion estraordinaria. Aquella sala atestada de jente, aquellas mil quinientas cabezas vueltas hacia él, aquella luz deslumbrante le hacian perder el juicio repentinamente. Pero no tardó en reponerse. Y en seguida con una aspereza instintiva, desempeñaba su papel ante el creciente estupor del público. Ya no era un cómico, sino un hombre; sus sentimientos no eran ficticios, eran pasiones reales. Bernardino Morel hacia el papel de Bernardino Morel: no como lo hubiera hecho un artista en el teatro, sino como él mismo lo habia hecho en la vida real. Y poco á poco se iba operando en el cerebro de aquel hombre un nuevo desequilibrio. Volvia á ser el cómplice y el asesino. No tenia en su presencia meros artistas encargados de interpretar la obra. Veia á Juan Morel, á Albertina Morel, á séres humanos lanzados en pleno drama; drama en que él tenia su parte que volvia á ejecutar repentinamente en las tablas.

Cuando cayó el telon despues del segundo acto, todos los espectadores se levantaron, prorrumpiendo en frenéticos bravos. El efecto producido en los artistas durante los ensayos se reproducia en el público aquella noche. La sobriedad en su manera de representar, la intensidad de la accion, el poder de la mímica, arrebataban á los espectadores. En la escena todos rodeaban á Bernardino para felicitarle. Pero éste, sentado en una silla, no veia ni oia nada. Decia muy quedo, como un niño que está sufriendo:

—¡Estoy mal!... ¡Estoy mal!...

Y se ponia la mano en la frente pálida y ardiente, cubierta de finas gotas de sudor. Creyeron que estaba cansado, y se alejaron de él. Se quedó casi solo en la fresca sombra de entre bastidores, con la mirada fija, dominado de nuevo por su alucinacion de otros tiempos. Cuando volvió á salir en el tercer acto, estaba completamente poseido.

El éxito aumentó aun más, llegó hasta el entusiasmo. Y es, en efe to, que cuanto más adelantaba la pieza, más se abandonaba Bernardino á su exaltacion irracional. Le daba vida realmente al crímen de Reuil, con todos sus espantosos detalles. Pasaba por las mismas fases psicolójicas que ántes. Volvia á ver á su hermano y su cuñada. En cuanto al desventurado Dalbert, se convertía para él en el amante de Albertina, el que deshonraba á su familia, el sér que habia que matar. Nadie podia darse cuenta de lo que pasaba por el cerebro de Bernardino. Era algo como un delirio en frio, creciendo en un cerebro de loco.

Y sin embargo, parecia que gozaba de todas sus facultades, que era dueño de sí mismo. Representó el principio del cuarto acto como un artista consumado. Habia una escena contenida, pero violenta en el fondo, entre Dalbert y Bernardino, en que éste estuvo admirable por su calma y su ironia. En seguida se reanudaba el drama con una brutalidad salvaje. No habiendo permitido la censura que se cometiese el asesinato á garrotazos, los

autores procedieron de otra manera. Miéntras Juan Morel y Albertina sujetaban á la víctima inmóvil sobre una mesa de mármol, Bernardino la estrangulaba con una cuerda delgada. Fué horrible de verdad. Bernardino se precipitó sobre Dalbert con tal ira rabiosa que arrancó al público cuatro salvas de aplausos. Le echó el lazo al cuello de la víctima y apretó con violencia. Se oyó un grito ahogado, un ronquido, y nada más. Bernardino permanecia de pié en el fondo del teatro, lívido, temblando, dando dientes con dientes, cayéndole el sudor por el rostro inmóvil y blanco. Hubo un instante indescriptible. La sala frenética gritaba:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Algunas mujeres se desmayaban, algunos hombres encontraban que era llevar muy allá el realismo. El telon bajó bruscamente cuando nadie lo esperaba. Se oyó que corrian por la escena, el abrir y cerrar de puertas, luego gritos. Un malestar inconsciente se apoderaba de todo el mundo. Ya se preguntaban de asiento en asiento:

—¿Qué significa eso? ¿Qué ha sucedido?

Circuló el rumor de que se buscaba al médico del teatro. Estaban formándose grupos en los pasillos cuando el telon subió lentamente y el director se presentó, vacilando, lívido.

Con voz entrecortada, mascando las palabras, hizo el anuncio terrible siguiente:

—Señoras.... señores.... acaba de suceder una gran desgracia.... El señor Bernardino Morel ha ahorcado á nuestro compañero Dalbert....

ALBERTO DELPIT.

# Antes de la boda

## I

### DE LAS AMONESTACIONES

ANTES de casarse es necesario tratarse.

El novio y la novia, generalmente, *se tratan* bien; sobre todo, si el primero ha hecho entrever la posibilidad de convertirse en marido.

No sè por què, aunque lo he pensado varias veces, ha escrito la Iglesia los Sacramentos en el òrden siguiente:—El primero, Bautismo; el segundo Confirmacion, y asì sucesivamente hasta el Matrimonio, que lo coloca el ùltimo, despues de la Extrema-uncion.

¿Es casual el òrden con que los presenta à la consideracion del cristiano?

Repito que no lo sè; pero creo que merece meditarse.

Pero, continuemos hablando de los requisitos.

Es indispensable, ò cuando mènos es muy comun, haber hecho una temporada lo que se llama vulgarmente el *oso*; lo cual no creo que sea muy difícil, especialmente para los madrileños, que son de su misma villa, por no atreverme à decir paisanos.

Despues necesitais entrar en la casa, si la tiene, como es de suponer, la persona en quien habeis puesto los ojos.

Es imprescindible que toda la familia os haya examinado física y moralmente, con la mayor detencion; pasando su investigadora mirada desde vuestra nariz hasta vuestros juanetes.

No debe quedar una amiga, ni un amigo, de vuestra futura, que no haya dicho si le pareceis bien, ò mal, ò asì asì.

Teneis obligacion de participar à la familia las dimensiones de vuestra bolsa, para que sepan si podeis sostener à la niña con el decoro que se merece.

No teneis màs remedio que decir de quièn sois hijo, ò de quièn creeis serlo, y en què se ocupan vuestros padres, y hasta vuestros parientes, hasta la cuarta generacion.

Esto, sin perjuicio de que *ellos*, es decir, los padres ò parientes de *ella*, averiguen por *bajo de cuerda*, como se suele decir, todo lo que les quieran referir de vosotros y de vuestras costumbres, los amigos de confianza, que son, segun una señora amiga mia, de quienes más se debe desconfiar.

Todo esto es necesario, para que no os caseis de *golpe y porrazo*, como hacen algunos; mètodo que no os aconsejo, porque es muy propenso à lesiones morales y corporales.

Despues de cumplidos todos estos requisitos, la *familia* consiente. Y digo la familia, porque yo supongo que no vàis à casaros con una inclusera.

Y nosotros, me dirèis, ¿què requisitos debemos exigir ántes?

¡Exigir! el verbo es demasiado fuerte; pero si os hallàis en situacion de poder exigir algo, si el amor, ò el interès, ò el temor de vivir solos, no os dominan, exigid, exigid sin miedo, que al fin y al cabo todo es poco.

Tened muy presentes las observaciones que he tenido el honor de presentaros en el capítulo anterior; decidle á vuestra imaginacion que os sugiera otras muchas; decìdselo con cariño, con interès, con mucho interès, y despues de haberlas puesto en pràctica, con la mayor reserva por supuesto, entònces, si estàis decididos, yo ¿què le voy à hacer? ¡Que Dios os haga muy felices!

Quedamos, pues, en que la familia consiente; y digo otra vez familia para comprender en una palabra á los padres, abuelos, tios, hermanos, tutores, ò quien quiera, bajo cuya potestad estè *la niña*.

Habeis gustado: os reciben con palmas, como á Jesucristo en Jerusalem; vuestros parientes y vuestros amigos os dicen que os *conviene;* pues adelante, que mucha desgracia habia de ser, si terminaseis como Cristo, entre os ladrones. Vuestra mujer y un amante: *pongo por caso*.

Pero ¿y si la familia no consiente? Si el consentimiento paterno, requisito indispensable, se os niega bajo el pretexto de que sois republicano, ò tenèis demasiados granos en la nariz; ¿què hacer en este caso?

El autor de este libro daría media vuelta; previendo que lo que opina entònces la familia, podrìa opinarlo màs tarde el àngel de sus amores, y se volveria muy tranquilo y muy soltero à su casa.

Pero, ¿y si ella se empeña? ¿Si ella os dice que os ama, y os lo jura y está, como suele decirse, dispuesta á saltar por todo?

El autor, en vez de volverse à piè, tomarìa un coche, para llegar antes à su casita.

Pero, ¿y si nosotros la amamos? me dirèis algunos. ¡Si ella es tan buena, tan cariñosa, tan inocente, que no hay otra como ella! ¿Y si el padre es muy raro, y la madre màs, y la pobrecita *niña* es víctima de sus rarezas, y està ya tan harta de sufrirlos, que no puede màs?

En ese caso, amigos mìos, vuelvo á deciros lo que antes; ¿yo què le voy à hacer? ¡Que Dios os haga muy felices! Pero, hacedme el favor de apuntar en vuestra cartera la siguiente màxima, y despues marchaos à donde gusteis:

—«La que dice á su novio, en confianza, por supuesto, y con la mayor reserva, que está harta de sufrir à sus padres, se hartará pronto de sufrir á su marido.»

Resulta, pues, de todo lo que hemos hablado, que estais decidido à casaros: que *ella* no puede ser mejor, y que de un modo *ú* de otro, bien sea saltando por todo, ò sin saltar por nada, arreglais los *papeles*, como dice el vulgo, y os resignais con mucho gusto, á que en la misa mayor participe un sacristan à todos los fieles que haya aquel dia en el templo, los cristianos propòsitos que os animan. Por supuesto, con aquel tonillo de indiferencia que todos habreis escuchado.

El requisito de las amonestaciones se ha cumplido: si sois rico, en un solo dia; si no quereis gastar, ò no podeis, en tres, para que lo sepa màs gente; lo cual es màs moral y màs econòmico.

Además, algun amigo que otro, vuestros padres, y acaso algun pariente, os *amonestan* tambien, diciéndoos que lo penseis con calma, porque aùn estais à tiempo de arrepentiros.

Pero, por lo general, à semejantes alturas todo el mundo se encoje de hombros; y si alguno *sabe algo*, que debiera deciros, se lo calla, para evitaros un disgusto; con lo cual falta à la amistad y al honor, y cumple

con esa costumbre establecida entre personas decentes, que consiste en dejar á cada cual que se rompa la crisma como mejor lé parezca.

Ya solo falta comprarle un vestido á la novia; alquilar y amueblar una casa para vivir en ella; preparar una comida, buscar un cura, unos padrinos, unos testigos, y unos cuantos amigos de ambos sexos para que coman á vuestra salud, y hagan votos por vuestra felicidad, con objeto de que sea màs completa.

Todo esto se encuentra sin mucho trabajo; y á esas personas se les da el nombre genèrico de *personas que intervienen en el matrimonio* porque debo advertiros, que en el matrimonio interviene tanta gente, que casi puede decirse que los que mènos intervienen son el novio y la novia.

Al fin ha llegado el dia. La temperatura es apasible, el sol brillante, y os despertais sabiendo que os esperan en una iglesia ò en una casa, si es que os casais á lo gran señor. ¡No hay màs remedio que levantarse!

Y, sin embargo, aquella mañana la cama os *sabe* perfectamente. Ganas os dan de tirar del cordon de la campanilla, para que os entren el chocolate, como todos los dias; pero os acordais que teneis que recibir en ayunas á vuestra esposa, y conteneis aquel feo impulso de vuestro estòmago.

Por fin, haciendo un esfuerzo, apartais de vuestro cuerpo, todavia libre, la blanca holanda que lo cubre, y saltais del lecho tiritando, si es invierno, ò perezosamente lànguido, si es verano.

Supongamos que habeis dormido bien aquella noche; aunque algunos duermen mal, y suelen tener pesadillas; de esas en que cree uno que se cae á un pozo, ò que lo coge un toro de cinco años; pero yo supongo que no habeis soñado nada de eso, ò que si habeis tenido algun sueño, ha sido venturoso y tranquilo, como el que màs.

Os habeis vestido sin contratiempós; las botas no os aprietan; no ha saltado ningun boton de vuestra camisa; vuestros cabellos han obedecido al peine y se han doblado á vuestro gusto, sin rebelarse; vuestro reloj, indiferente à todo, marca la hora prefijada; tomais vuestro sombrero, y sin ponèroslo al revès, como sucede algunas veces, salìs de casa y llegàis á la iglesia ò al domicilio donde va á celebrarse la boda, sin encontrar ni un solo tuerto en el camino.

Todos estàn en sus puestos: despues de unos cuantos saludos y unos cuantos apretones de manos, ocupáis gravemente el lugar que os pertenece, al lado de la que va á ser vuestra eterna compañera.

El sacerdote da la voz de «¡vamos!» ò no la da, y echa á andar hàcia el templo, si es que os casàis en la iglesia, y, por lo tanto, os hallàis en la sacristìa. Si os casàis en casa de la novia, viene á suceder, sobre poco màs ò mènos, lo mismo: el hecho es que salìs procesionalmente, llevando delante al cura y al acòlito, á vuestra novia á la derecha, los padrinos al lado y los testigos detràs. ¡No es posible escaparse! Al fin os arrodillàis sobre blando àlmohadon de terciopelo; bien relleno de lana ò plumas, para que no clavèis las rodillas en el suelo durante la ceremonia, y os den intenciones de levantaros y marcharos á vuestra casa. El sacerdote os casa á *macha martillo*, es decir, sin comerse una palabra siquiera, para que no os quede duda de que estàis bien casados; la novia llora un poquito, como es de cajon; vosotros, no sabiendo què hacer, si llorar ò reir, os retorcèis preocupado las guias de vuestro bigote, ò la punta de la nariz si no tenèis pelos en la cara; por fin termina la ceremonia, y comienzan los besos y los abrazos. Todo ha salido perfectamente. Hasta tenèis la suerte de que ninguno de los convidados se llama Judas.

Despues de la ceremonia, á la mesa; despues.... unos toman el tren y otros toman la palmatoria.

El sol se ha ocultado y ha salido la luna. A esta luna ha convenido el mundo en llamarla de miel; no sè si por lo dulce, ò por lo atractiva que es para los zànganos.

Sea lo que quiera, el autor aprovecha este momento para descansar un instante, y dejar consignadas las siguientes observaciones:

1.ª «La mayor parte de las hombres creen que el amante concluye cuando empieza el marido. Es un error. El marido, desde que sale de la iglesia, debe ser el primer amante de su mujer.»

2.ª «El marido debe prolongar la luna de miel todo lo posible. No solo por lo que tiene de miel, sino por lo que tiene de cuartos. Cuando la primera se vaya eclipsando, debe procurar que no suceda lo mismo con los segundos. Porque, en cuanto se acaba la miel, y se concluyen tambien los *cuartos*, no queda màs que la luna; y la luna, ya lo sabe todo el mundo, es un astro muerto, lleno de volcanes apagados.»

3.ª «El marido adquiere la propiedad de su mujer, y para que sea màs sagrada, la ley y la Iglesia la inscriben en sus libros, con objeto de que conste siempre. Desde entònces, el marido tiene derecho á percibir todos los frutos; pero tiene obligacion de pagar tambien todas las contribuciones.» Nota importante: «Los solteros se encargan, siempre que los dejan, del cobro de las indirectas.»

4.ª «Hay quien vive con la suegra, y tambien, quien muere con ella.

«Para ello es necesario mucho talento, mucha paciencia, mucha necesidad y mucha àrnica.

«Sin embargo, para hombres de previlegiado ingenio, tener en casa á a suegra, es tener un cerrojo màs en la puerta.

«Estudiar en la fisonomia de ese cerrojo, si la mujer ò algun amigo le han dado aceite, es un problema de herreria no muy dificil de resolver.»

5.ª «Sucede á las mujeres con los amantes, se entiende, á las pocas que se permiten ese lujo, lo que á los hombres con el tabaco. Estos vacilan antes de fumar el primer cigarro: el primero suele marearlos, y tambien el segundo: pero en acostumbràndose, cuanto màs se fuma, màs se quiere fumar.

«Al principio, se fuma á escondidas de los padres y de la familia: màs adelante, en cuanto se pierde la vergüenza, hasta se hace alarde en pùblico.»

6.ª «De la mayor parte de las caìdas de las mujeres casadas, tienen la culpa sus maridos. Unas veces, porque les dan piè para que tropiecen, y otras, porque no les dan la mano oportunamente para que se levanten.»

## II.

### DE LOS ESPONSALES.

Otro de los requisitos que preceden al matrimonio, y no debe dejarse sin mencionar, es el de los esponsales.

A estos se les define diciendo, que son *la promesa de futuro matrimonio*.

Los esponsales son de dos clases; *pùblicos* y *secretos*. À los primeros acompañan las formalidades que la ley tiene establecidas, y por eso no las apunto; porque allì estàn consignadas en letra muy clarita y perfectamente legible, para que cada cual las examine, y no se equivoque ni tartamudee al celebrarlos.

À los segundos, es decir, á los esponsales *secretos*, que son los que celebran todos los enamorados, sin avisar á nadie para que figure como testigo, tal vez por no molestar, acompañan menos formalidades; pero siempre algunas, que no debo pasar en silencio.

Esta clase de esponsales, se celebran en cualquier parte y de diferentes maneras; pero la esencia es siempre la misma.

El *juramento*, sin trabas ni restricciones de ninguna clase. Cuando se està enamorado, por mucho que se jure, siempre parece poco. Generalmente se jura cariño eterno, poniendo por testigos á Dios, á todos los Santos y àun algunas veces, no siempre, á las once mil vìrgenes.

Es de uso muy frecuente celebrarlos de palabra, bien sea en el paseo ò en la tertulia; mientras se juega á la loteria, al burro, á la peregila, ò á la treinta y una; ò entre los agitados y convulsivos movimientos de un vals, ò los lànguidos y perezosos de una habanera.

Hay quien los celebra delante, ò detràs del ventanillo de la puerta de la habitacion de su adorada; ò sentado còmodamente en la butaca de un teatro; y tambien, y estos son los màs numerosos, en los ìntimos asientos de los anfiteatros, ò del paraiso.

Màs de cuatro veces, mientras el tenor se desgañita, con el puñal clavado en el corazon, ò la primera dama bebe resignadamente el veneno, con la misma tranquilidad que si bebiera un vaso de horchata, habrèis visto á una jòven pareja mirarse embelesada; con la sonrisa en

los labios, el carmin en las mejillas, y todos los resplandores del relámpago en los ojos.

El tenor muere, entre tanto, valientemente, retorciéndose como lagartija pisada por la férrea suela de zapato gallego: la tiple se desploma sobre el escenario, teniendo cuidado de que se le vea el piè calzado á maravilla; los espectadores aplauden frenèticamente, la cortina cae, y, *sin embargo*, la feliz pareja no se toma la molestia de dedicar un aplauso à los pobres artistas; como si no tuviese oìdos ò careciese de manos.

Entònces, si teneis la suerte ò la desdicha de contemplar semejante cuadro, no vacilèis; aproximaos bonitamente al espectador que tengàis al lado, y decidle:—«Caballero: ¿ve Vd. aquellos dos? Parece que estàn en el teatro; pues no hay tal cosa. Estàn celebrando uno de los actos màs importantes de la vida; estàn firmando sus esponsales.»

Tambien hay quien los celebra por escrito.

El papel què se usa es de varias clases, pero ninguna tiene el sello del gobierno, como si no lo necesitasen para nada, ò la palabra *gobierno* les repugnara. Sin embargo, hay varios timbres muy en moda; desde las iniciales de los contrayentes, enlazadas como por un grabador epilèptico, hasta el corazon atravesado por traidora flecha y destilando sangre.

Generalmente, esta clase de documentos se redactan con mala ortografìa; y à pesar de ello, suelen ser leìdos millones de veces, con el mayor embeleso, y aun algunas refrendados con òsculos.

En otras ocasiones van acompañados de presentes, à modo de *arras*, iendo muy frecuente el consabido mechon de pelos, ò de cabellos, que para muchos viene à ser lo mismo, y la tradicional fotografìa, hecha expresamente en la posicion màs sentimental que se encuentra.

Comunmente, *ellos* se retratan con un puro en la mano, como para indicar el fuego y la *pureza* de su amor; y *ellas* con una flor sobre el pecho, que muchas veces suele ser de trapo; la flor, se entiende.

En caso de no verificarse el matrimonio, casos que son muy frecuentes, se devuelven mùtuamente los novios los referidos adminìculos. Y si, por casualidad, se ha extraviado alguno, como, por ejemplo, los cabellos, nunca faltan discreto amigo ò reservadìsima amiga, del mismo pelo ò cabello que los extraviados, que se presten voluntariamente à dejarse cercenar unos cuantos; cuya falsificacion hasta ahora no tengo noticia que haya sido descubierta ni castigada.

Hay màs: estas falsificaciones no solo estàn muy en uso, sino que cada dìa van en aumento, porque hay la fortuna que el pelo, no pasando de la categorìa de rizo ò *mechon*, acostumbra à no tener sexo.

Tambien se llaman, aunque impropiamente, esponsales pùblicos, los celebrados por esas parejas que, seguidas de una mamà, pasan años y años paseando por todas partes y asistiendo à todos los teatros, sin encontrar nunca dia à propòsito para casarse.

Finalmente, de los esponsales secretos à los pùblicos, legalmente hablando, no hay más que un paso. Este puede ser bueno ò malo, como todos los pasos. El único inconveniente que hay para atreverse à darlo, es que hasta mucho despues de celebrado el matrimonio, no se conoce si ha sido lo primero, ò lo segundo; es decir, bueno, ò malo: y ya se sabe que, para evitar las consecuencias que origina el dar un mal paso, lo primero que debe hacerse es acudir à tiempo con la medicina.

Aquì por desgracia, cuando comprende uno que se ha hecho daño, es ya muy tarde para llamar al mèdico.

NOTA—Para firmar los esponsales, *ellas* prefieren generalmente el papel llamado de *barbas*.»

CONSTANTINO GIL.

# POR LAS MAÑANAS

## Y POR LAS CALLES

LECTOR, sacuda usted la pereza y véngase conmigo á las seis de estas mañanitas de Abril á dar una vuelta por las calles de la villa en que usted y yo dormimos.

Lo mismo dá ó dá lo mismo que tiremos á la derecha que á la izquierda, que vayamos por aquí, por allá ó por acullá; en todas partes, es decir, en todas las calles y callejuelas acontece poco más ó ménos lo que vá usted á ver en esta por donde vamos.



Ya lo vé usted; una docena de perros que se disputan un troncho de berza, ni más ni ménos qne nos disputamos nosotros un pedazo de pan. Los mandan de las aldeas y de los caserios vecinos, como mandamos nosotros á nuestros hijos al Instituto, á estudiar.

A aquel; hablo del perro, que vá con el rabo entre piernas, le han dado que *sentir* para ocho dias, nada más que porque se llevaba un kilógramo escaso de carne de aquella carniceria que acaban de abrir.



A tiempo llega una maritornes para que cargue con la carne que llevaba el can; no está muy limpia que se diga, la tajada, porque ha poco se rebozó con el polvo y con algo más de la calle por donde no ha pasado aún la barredera, pero aparte de que lo que no ahoga engorda, ya saldrán las menudencias esas—si es que no quedan dentro—al borde del puchero, cuando hierva.



¡Cuerno! Ya me han dejado chato para hoy y para mañana y quizás para toda la semana.

La puerta de esta tienda que se ha abierto, que la han abierto quiero decir, como empujada por un fuerte huracan, acaba de darme á conocer que la policia duerme hasta las ocho de la mañana, por lo que tenemos tiempo sobrado para ver cómo los muchachos echan piedras á los árboles, á caza de abejorros: *cochorros* los llaman por acá.

¡Anda! ya ha roto aquel una rama; ¿pero qué vale una rama, siquiera descienda del árbol del Paraiso, en presencia de media docena de *cochorros* que han rodado por el suelo pegados á ella?



Observe usted cómo lleva la jarra de leche esa muchacha; como todas, todas sin excepcion la llevan lo mismo. Podria muy bien lavarse las manos con ese suave liquido, pues no hay nadie que se lo impida, y sin embargo se contenta con mojarse sólo el dedo pulgar; no digamos que lo tiene muy limpio, pero á bien que la leche hará desaparecer la porqueria que se anida entre dedo y uña y ¿quién sabe si los amos de esa maritornes elogiarán hoy la leche por lo sustanciosa?

Allá vá aquella otra con el plato apoyado fuertemente contra el pecho; verdad es que el vestido que lleva puesto no se ha lavado, en agua se entiende, desde que se lo puso por primera vez, que fué cuando vino á servir, hace cuatro años, y que con ese vestido hace todos los guisotes, y barre la escalera, y friega ésta y algunas otras cosas más, que es escusado nombrar, pero eso nada implica para este caso concreto, porque el plato se ha hecho para ensuciarle y además la grasa y la manteca con que se impregna, podrán muy bien servir de salsa sustanciosa para la carne que vá á depositarse en su fondo.



Esta que viene aquí con los ojos medio cerrados y el pelo como un erizo, no se ha lavado, ni aun siquiera se ha quitado las

lagañas, las *pistas* quiero decir, pero aún está á tiempo de hacer ambas cosas y algunas más.

Mire usted con qué modito se lleva la mano á los ojos, y se la pasa por las narices y se rasca la cabeza, mientras sostiene dos panecillos para el chocolate, *fotes* que los llamamos nosotros, la llave de la puerta y la bolsa de los cuartos, con la otra mano. Vaya, ahora le toca el turno á la mano izquierda, y hace la derecha lo que hacia aquella anteriormente. Me gusta esa muchacha, por lo bien que sabe distribuir el trabajo. Ella no será limpia, pero tiene la franqueza de dar á conocer que es *cochinitatem suam*.



Si ha creido usted que se han hecho las aceras de las calles para que transiten por ellas los vecinos libre y desembarazadamente, á la vuelta de una esquina se convencerá que son más apropósito para que un aprendiz de zapatero y una fregona estén haciéndose el amor, por todo lo alto, á pié firme, sobre ellas.

Mire usted: ahí los tiene más tiesos que la estátua del comendador. No vaya usted á figurarse que se echan á un lado cuando pasa alguien por donde ellos están; no, nada les distrae de la grave conversacion en que están embebidos.

Repare, repare usted cuánta es la distraccion de la maritones que deja verter la leche de la jarra que tiene en la mano, sin caer en cuenta de lo que pondrá en la idem. A bien que no se pierde todo, porque ese perro aldeano, que anda á caza de descuidos, se dá un atracon de órdago.

Luego, cuando esta tarde pida la señora de la casa una jícara de chocolate, habrá que hacerla con agua, porque se ha acabado la leche. La pícara de la lechera ha debido darla mal medida.



¡Ach! Vaya que el polvo que levanta esa ciudadana al barrer la tienda y la acera que coge el frente, en vez de echárselo á uno á los piés, con solo que vertiera un poco de agua, se lo echa puro y sin falsedad, á las narices.

¿Qué es esto? He sentido sobre la cabeza, esto es, en el sombrero; el ruido de un grave que ha chocado contra él. Efectivamente, aquí veo un *apabullo*. ¡Ah! Vamos, ya comprendo la causa de ese efecto. Aquella doncella de labor, que sacude la alfombra con brios más que suficientes para hacerla trizas, ha debido arrojar algun objeto recogido al acaso en la bayeta.

¡Ja ja! Allí le veo, en el suelo, al cuerpo del delito: unas tijeras que, si como cayeron por el mango caen de punta no soy yo quien lo cuenta.

¿Otra? ¿Qué es lo que me ha pegado en la punta de la nariz ya dolorida? ¡Ah ya! un mendrugo de pan duro, que ha arrojado otra *dueña* de la casa de enfrente, al sacudir una sobremesa. Lo ha cojido el perro aquel, antes que cayera al suelo.

¡Jesús! cómo me han puesto estas migas de pan, y recortes de papel y motas de mil colores! Tal jaleo traen con las alfombras, y las sobremesas, y los taburetes y las sillas que sacan al balcón! Parece un fuego graneado segun los ruidos que se oyen.

¡Duro, duro, hijas! Así como así no faltará quien lo pague, y bien mirado las cosas no son para siempre.



Vámonos de aquí, vecino amigo, vámonos de aquí; pero observe usted al pasar á esa aldeana que está en ese portal trasegando la leche de una jarra de hoja de lata á otra de barro.

¿Quiere usted saber lo que hace? Casi nada: sencillamente el milagro aquel de los peces y los panes, porque hace de una jarra, dos. Ha comprendido que hoy hay gran demanda en el mercado, por lo que la leche *casi* pura que traia para los parroquianos que pagan un cuarto más en cuartillo, la hace tan *ligera y corriente* como la otra que tiene para la venta al menudeo. ¡Viva la igualdad!



No pare usted la atencion en los «churros» que vende esa prójima, porque con solo que se detenga usted á ver cómo los come aquel granuja, es más que probable que tenga usted una indigestion.

Ni trate usted de averiguar si esas dos que parecen doncellas de labor ó *dueñas*, si le parece mejor, vienen ó no de misa.

Ellas, como usted ve, llevan mantilla, rosario y libro, pero ó yo me equivoco mucho ó miéntras usted escuchaba los piropos que se echaban las mujeres aquellas que querian ser las primeras en coger el agua de la fuente de la plazuela de Santiago, y miraba todo ojos por si se cascaban las liendres, - que es posible lo necesitaran—yo recuerdo que vi pasar á esas *dueñas*..... de sus acciones, por frente á la puerta de la iglesia y no recuerdo que entraran en ella aunque si recuerdo que hicieron la señal de la cruz y se pusieron bajo el pórtico á confesarse con dos que, sinó son sastres, deben conocer el paño. Luego despues ví que se fueron juntos los confesores y las pecadoras, sin duda á cumplir la penitencia, y ahora vuelven como si hubieran estado en misa, contritas y devotas.



Ahí tiene usted á esa que pasa por tal y puede ser que lo sea: mire usted cómo se santigua al salir de casa: es que echa los enemigos malos del cuerpo y de la memoria: arriba queda el marido, esperando á que vuelva su muger para que le hagan el chocolate que su cara mitad guarda en un armario, de cuyas llaves no se separa.



Y no quiero llamar su atencion de usted sobre otras miserias humanas, como la de aquella que registra con un palito de vez en cuando y casi siempre con la mano, la basura arrojada en monton por una hacendosa maritornes, á ver si encuentra un trapo ó un pedazo de papel que reunido á otros mil pedazos de papel ó trapo, le valgan para comprar el pan que hoy comen ella y sus hijos.

ꟷ

Ni aquel otro que sale de la tienda donde venden jabon, velas y otros comestibles como aguardiente. Pase usted por alto si vé que se seca los lábios con el revés de la mano, y si vé que vuelve á entrar en el templo del espíritu puro acompañado de un amigo ó conocido con quien ha tropezado. Probablemente ese prójimo tropezará hoy con todo bicho viviente ó con un adoquin cualquiera

Basta ya, que son las ocho, hora en que la policía urbana entra en pleno goce de sus funciones. Hasta otro dia, que si no está usted cansado, haremos juntos, lector amigo, otra expedicion que le agradará más que esta.

ARGOS.

---

# PASATIEMPO

GUIBOLLARD quiere comprar un teléfono.

—Pero, pregunta al empleado, ¿es de uso difícil?

—Oh! no, señor, todo el mundo puede hablar por él.

Entónces Guibollard agrega sentenciosamente:

—Todos los mudos deberian tener uno!



Un reincidente incorregible se presenta ante el juez correccional.

El juez le pregunta:

—¿Teneis algo que agregar en vuestra defensa?

—Sí, señor juez.... Ya he sido condenado doce veces y como el número *trece* es portador de desgracias, solicito con confianza mi absolucion.



Calino ha hecho fortuna, lo que no le impide ser siempre económico. Ha oido decir que el Sr. X., un rico banquero, cuando viaja en ferro-carril, toma siempre dos asientos á fin de poderse estender durante la noche.

No queriendo ser ménos que el banquero, Calino toma tambien dos asientos, pero por economía, toma uno en primera y otro en segunda clase.

Ecos del tribunal correccional.

El presidente lo interroga con tono severo.

—En fin, ¿no teneis profesion?

—Perdon, tengo una.

—¿Cuál?

—Busco la direccion de los globos.



Una riquísima equivocacion.

Un médico envia con uno de sus criados una caja de píldoras á un enfermo y un cajon conteniendo seis conejos vivos á uno de sus amigos.

Desgraciadamente, el criado se equivoca y entrega el cajon al enfermo y las píldoras al amigo.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente la estupefaccion del paciente cuando, con los conejos, recibe la siguiente prescripcion: «Tragar dos cada media hora».



Un especulador arruinado se presenta ante un banquero muy conocido y, desesperado, le pide un empleo:

—Señor, dice con voz conmovida, soy un veterano de la Bolsa, he tomado de todos los valores que habeis emitido.

El banquero lo mira de la cabeza á los piés y le dice friamente:

—Lo haria con mucho gusto... pero, qué quereis, tengo necesidad de empleados inteligentes.



Un parroquiano entra en un café:

—Dígame, *garçon*, ¿el señor Snob ha venido?

El *garçon* reflexiona un instante y dá la siguiente contestacion épica:

—No os lo podria decir, señor, conozco á ese señor de vista, pero no de nombre.



Un cura, procediendo al exámen de los niños que se disponian á hacer la primera comunion, interpela así á un infeliz:

—Veamos, Pedrito, dime que dia murió Jesu-Cristo.

—No sé, responde el muchacho, sé solamente que estuvo enfermo.

El señor cura no lleva adelante el exámen de Pedrito y lo declara incapaz de hacer ese año su primera comunion.

La madre, desolada, irritada, insta vivamente por que no suceda así.

—Imposible, responde el cura, vuestro hijo ni siquiera sabe cuándo murió Jesu-Cristo.

—No es estraño que no lo sepa, responde la madre; las pobres gentes como nosotros no pueden leer las novedades.



En el pueblo de X... no hay maestro y ha sido habilitado como tal un pobre hombre que apénas sabe leer.

—¿Y produce algo la escuela?—le preguntamos al maestro, y este respondió:

—Apénas da para comer: la mayor parte de las familias me pagan en grano.

—¿Y qué granos da el país?

—Cebada solamente.



Estando acostado un matrimonio, oyeron un gran estruendo dentro de su casa; el marido se levantó sobresaltado y vió que la causa del estruendo era el hundimiento del techo y la caida en su sala de los habitantes del piso superior.

—¿Qué es eso, qué sucede?—gritaba entre tanto la mujer desde la alcoba.

—Tranquilízate, mujer—respondia el esposo; es una lluvia de vecinos.



Vivia pared por medio de un amigo mio un matrimonio que pasaba casi toda su vida disputando y dándose de golpes.

—Dispénsenos V.—le dijo un dia el marido, á quien encontró en la escalera. Comprendo que no le dejaremos dormir.

—Todo lo contrario—respondió mi amigo sonriendo:—estoy ya tan acostumbrado, que la noche en que no riñen Vds., no me duermo.

---

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 18

### FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

*No iré más al sermon, que irreverente,*
*Miéntras el padre cura predicaba,*
*Yo con tal insistencia la miraba,*
*Que lo notó el buen padre desde enfrente.*
*—No á ver á Dios, exclama de repente,*
*Alguien viene á la iglesia; y señalaba*
*Hácia el banco en que yo sentado estaba,*
*Quitando devocion á mucha gente.*
*—El que no venga á orar, puede marcharse,*
*El cura con tal ira repetia,*
*Que, por poco, por poco, llega á ahogarse.*
*Yo pensé, y algun otro pensaria:*
*Si hacemos lo que él dice, va á quedarse*
*La santa casa del Señor vacía.*

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| — | — |
| D 5 TR | P 4 CR |
| D 7 AR | A 2 AD |
| D 3 CD | Cualquiera |
| D 3 D ó 7 CD (mate) | |
| 1.ª *Variante* | |
| D 5 TR | P 5 AD |
| D 4 CR (jaque) | R 4 D |
| D 7 D (jaque) | R juega |
| D 7 C ó A 3 T (mate) | |
| 2.ª *variante* | |
| D 5 T R | A 2 AD |
| R 2 R | A 5 AR |

| | |
|---|---|
| T 3 R (jaque) | A toma T |
| D 5 R (mate) | |

*3.ª variante*

| | |
|---|---|
| D 5 TR | A 3 CR |
| D toma A (jaque) | R toma T |
| A 1 AD | Cualquiera |
| D 2 CR (mate) | |

*4.ª Variante*

| | |
|---|---|
| D 5 TR | P 3 CR |
| D 4 CR (jaque) | R 4 D |
| T 3 D (jaque) | R 3 A |
| D 7 D. (mate) | |

—

Eduardin y El Duende nos enviaron la solucion.

## CHARADAS

1.ª *Esparto*—2.ª *Escándalo*—3.ª *Pardiez*—4.ª *Bono*

—

Rafeto descifrò la 1.ª y 3.ª

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Trompeta*—2.ª *Mastuerzo*—3.ª *Tribuno*—4.ª *Insulto*

—

Las 4 las resolviò Rafeto.

## GEROGLÍFICO N. 18 Y SALTO DE CABALLO

*Los baños, los toros y la ópera, forman mi programa de todos los domingos*

—

Fuè descifrado por O. S., La Ondina, Juan de Dios, Rafeto, Capitan, S., Ellano, y Pagavela.

## CHARADAS

Es necesario á la tierra
Mi *primera* repetida,
Para que dé más producto
Para que tenga más vida.
Es parte solo del cuerpo
*Segunda* y *tercia* reunidas,
Y mi *todo* no lo dudes
Es de jardines ó quintas.

OTRA

Yo no quiero la fortuna
Si me la dan *cuarta* y *prima*,
Que sin perjuicio de nadie
Puedo ganarme la vida.
Suena tal cual como letra
La *segunda* de estas sílabas
Y *tercera* con *primera*
Es cosa de geografía.
Nunca verás á mi *todo*
A la clara luz del dia,
Con que serás más que ducho
Si al instante lo descifras.

## FUGA DE VOCALES

¿N.—h.s—v.st.—.lg.n.—v.z—d.l—r.y.—h.r.d.
D.sg.j.rs.—.—r.d.r—c.dr. –g.g.nt.
Ll.nd.o—d.—t.rr.r—.l—c.m.n.nt.
.ntr.—l.s—b.sq..s—.l—.z.r—p.rd.d.?

## FUGA DE CONSONANTES

¿.i..e—.o.o—.a—.o..o.a—e.– .u—.i.o
..o.a—.a–.au.e..ia—.e—.u—.ie..o—a.a..e,
Y—.o.o—e.—.o.—.e..j.e—e.—u.—i...a..e
E.—a.u.—.e—.a—.ie..a—.e...e..i.o?

## FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

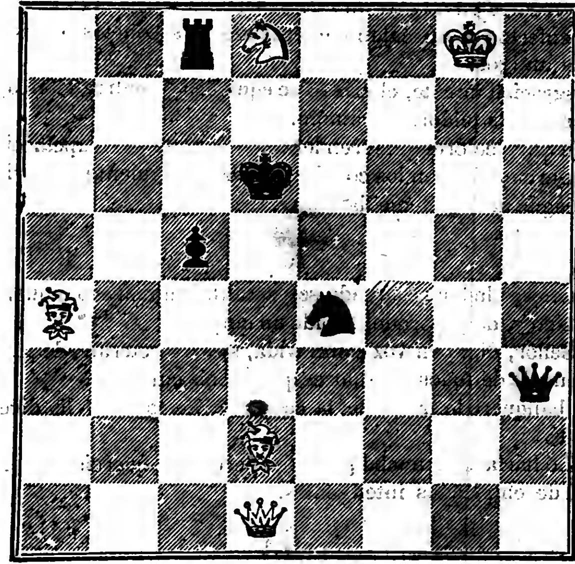
¿.o—.i.t.—e.—f.n– .o.r.—e.—t.a.q.i.o—.i.l.
E.t.n.e.s.—l.s—.u.e.—p.c.—a– .o.o
.—d.—s.m.r.s—.—h.r.o.—c.b.i.s.—e.—s.e.o?
¿.i.t.—e.—a.b.s.o—.u.—p.o.u.e—.l—.o.o?
.u.s–.e.e—.a—.u—.f.n—.—t.—d.s.e.o,
.u.—s.—t.—n.—l.—h.s—.i.t.,—y.—t.m.o.o

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

GAZREVUNE—RITALEOP—PISÁDO—PSNDIIIO

**Problema de Ajedrez por Ignotus**

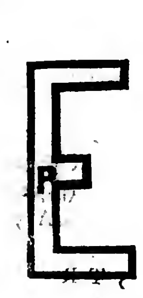
NEGRAS

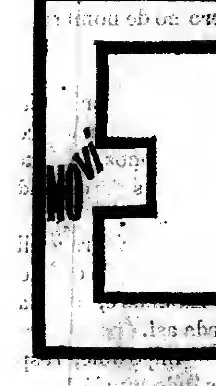


BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## GEROGLÍFICO NÚMERO 19

UN  

RO  : 




# DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Diciembre 17 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.—Núm. 20.*




## UNA COMPOSICION INÈDITA

DE

## OLEGARIO V. ANDRADE

*A nuestro grande y querido poeta D. Alejandro Magariños Cervantes debemos la que para nuestros lectores será grata sorpresa de ver publicada en el* LÚNES DE LA RAZON, *una composicion inèdita del cantor de* ATLÁNTIDA, *del inolvidable Olegario Andrade, por quien todavia visten con negros crespones las Musas americanas.*

*Cuando el doctor Magariños Cervantes publicaba en* LA RAZON *sus interesantes y eruditos articulos sobre el gran poeta argentino, que aparecieron bajo el titulo de* EL PRECIO DE LA GLORIA, *el doctor D. Clodomiro Cordero enviò al cantor del* LEON CAUTIVO *un paquete conteniendo papeles referentes à Andrade, y entre ellos vino la composicion con que hoy nos obsequia nuestro viejo y querido bardo, escrita de puño y letra del autor de* PROMETEO, *y que dice asi:*

### EL BANQUILLO

(IMITACION DE VÍCTOR HUGO)

*El hombre*

BAJO mi piè la tierra es de granito,
Los arroyos de sòlido cristal,
Y la hervorosa sangre se congela
A los besos del àbrego glacial.
Arbol, gigante de cabeza cana,
Que en la espesura gimes de dolor,
De cuyas hojas caen lìmpidas gotas,
Llanto de tu aterido corazon:
Voy à lanzar sobre tu frente el rayo,
El rayo de mi còlera mortal,
Y à desgajar tus ramas amarillas
Para encender la lumbre de mi hogar.

*El àrbol*

Tronco nacido de la tierra fria,
Doy al mundo mi savia y mi calor,
Es la hermosa mision que me diò el cielo.
Hiere buen leñador!

*El hombre*

Arbol de fresca y perfumada sombra,
Confidente del aura matinal,
Adonde viene á preludiar sus trovas,
Poeta de las selvas, el zorzal.
¿Quières servir en rùsticas labores?
¿Quières la esteva de mi arado ser
Para abrir ancho surco en la llanura
Donde germina la dorada mies?

*El àrbol*

Oh! Sì! En la frente de la tierra inculta
Mi reja la honda huella grabará,
Como del genio en la cerviz altiva
Arrugas deja el pensamiento audaz.
Y con el riego del sudor del hombre,
En vez de sangre de fraterna lid,
Surja la dulce paz, de ojos de cielo,
La espiga de oro, y la robusta vid.
Yo sufrirè los golpes de tu brazo,
Sin exhalar un grito de dolor:
Santo heroismo es el trabajo honrado.
Hiere, buen labrador!

*El hombre*

Arbol frondoso, à cuyo piè despliega
El arroyo su alfombra de cristal,
¿Quières ser el harcon de mi cabaña,
La sòlida columna de mi hogar?

*El àrbol*

Yo que di asilo al fugitivo ciervo,
Al tigre hambriento, al àspid matador,
¿Por què no lo he de dar al hombre errante,
Y ser mudo testigo de su amor?
Hiere, buen carpintero, el tronco añoso
Que no pudo tronchar el huracan;
Venga el anciano, la mujer y el niño;
Yo sostendrè la choza paternal.

*El hombre*

Quiero cruzar el piėlago profundo,
Nuevo horizonte à mis afanes dar,
Otra brisa, otro cielo, y otro mundo
Me esperan en la vasta inmensidad.
Te arrastrarè hasta la hùmeda ribera
Que acarician las olas en tropel;
Dirè adios al hogar y à la familia,
Y el màstil tù seràs de mi bajel.

*El àrbol*

Un ave, que durmiò sobre mis ramas,
Fatigada de tanto caminar,
Me dijo que venia de otros climas,
Donde la primavera es inmortal.
Y un ave pasajera, vino un dia
En mi màs alta rama à descansar:
Le hablè con el lenguaje de las hojas,
Y me contò su viaje por el mar.
De la esposa del sol, me dijo, que era
El ondulante ceñidor azul,
En que las olas son las blancas perlas,
Y las espumas el liviano tul.
¡Cuàntas veces mirè el àguila errante
Navegando entre mares de arrebol!
¡Hiere, buen calafate, que ambiciono
Otro mundo, otro cielo, y otro sol!

*El hombre*

Derribarè tu corpulento tronco,
Y el poste del patíbulo serà,
Donde, implacable, la justicia humana
Se alce sobre sangriento pedestal.

*El àrbol*

¡El poste del patíbulo!. . . . ¡Silencio!. . . .
Aparta, aparta el hacha, hombre feroz!
Se estremecen mis hojas à tu acento—
Yo no nacì para insultar à Dios!
De mis ramas colgò su nido el ave;
Fruto maduro al hombre regalè;
Le dì sombra en las horas del estío,
Cuando apagaba el manantial su sed.
¿Por què quereis colgar frutos de muerte,
Despojos de la vìctima infeliz?
Que àntes consuma mi ramaje el rayo,
O el huracan me arranque de raìz!
Al àrbol misterioso de la selva,
Con quien el viento habla en baja voz,
¿Quereis confiar secretos de venganzas
Terribles cual la còlera de Dios?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Olegario V. Andrade.*

# La princesa y el granuja

CUENTO DE AÑO NUEVO

## I

PACORRITO Migajas era un gran personaje. Alzaba del suelo poco más de tres cuartas á pesar de que su edad frisaba en los siete años. Tenía la piel curtida del sol y del aire y una carilla avejentada que más bien le hacia parecer enano que niño. Sus ojos eran negros y vividores, con grandes pestañas como alambres. Pero su boca daba miedo de puro fea, y sus orejas al modo de abanico, antes parecian pegadas que nacidas. Vestia gallardamente una camisa sin color, y un pantalon hecho de remiendos y sostenido con un solo tirante. En invierno abrigábase con una chaqueta que fué de su abuelo, y que despues de cortadas las mangas por el codo, á Pacorrito le venia que ni pintada para gaban. En el cuello le daba varias vueltas un guiñapo con aspiraciones á bufanda, y la *cholla* la cubria con una gorrita que *arrambló* en el Rastro. No usaba zapatos por serle esta prenda de grandísimo estorbo, ni tampoco medias porque le molestaba el punto. La familia de Pacorrito Migajas no podia ser más ilustre. Su padre, acusado de haber hecho un escalo por la alcantarilla, habia ido á tomar aires á Ceuta, donde murió. Su madre, que era una señora muy *apersonada* y que por muchos años tuvo puesto de castañas en la cava de San Miguel, fué tambien metida en líos de justicia y despues de muchos embrollos y dimes y diretes con jueces y escribanos, me la empaquetaron para Alcalá. Aún quedaba á Pacorrito su hermana, pero ésta, abandonando su plaza en la fábrica de tabacos, se fué á Sevilla en seguimiento de un sargento de ingenieros, y esta es la hora en que no ha vuelto. Estaba, pues, Migajas solo en el mundo, sin más familia que él mismo, sin más amparo que el de Dios, ni otro guia que su propia voluntad.

## II

¿Pero creerá el pio lector que Pacorrito se acobardó al verse solo? Nada de eso. El habia tenido ocasion en su breve existencia de conocer los vaivenes del mundo, las injurias del destino y una gran parte de lo falso y mentiroso que encierra la vida. Llenóse de energía y afrontó la situacion como un héroe. Afortunadamente tenia grandes relaciones con diversa gente de su estofa y aún con hombres barbudos que parecian dispuestos á protejerle, y bulle que bulle, aquí me meto y allí me saco, consiguió dominar su mísero estado. Vendía fósforos, periódicos y billetes del Pardo ó de las Escuelas católicas, tres ramos de la industria que explotados con inteligencia podian asegurarle honradas ganancias, así es que á Pacorrito nunca le faltaban cuatro cuartos en el bolsillo para sacar de un apuro á un amigo, ó para obsequiar á las amigas. No inquietaban gran cosa á Migajas ni las molestias del domicilio ni las impertinencias del casero.

Sus palacios eran el Prado en verano, y en invierno los portales de la casa Panadería. Varon sóbrio y enemigo de pompas mundanas, se contentaba con un rincon cualquiera para pasar la noche. Comia, como los pájaros, lo que encontraba sin que jamás se apurase por esto, á causa de cierta conformidad religiosa que existia en su alma, y de su instintiva fé en los misteriosos dones de la Providencia que á ningun ser grande ni chico desampara.

Los que esto lean creerán que Pacorrito Migajas era feliz. Parece natural que lo fuese. Si carecia de familia, gozaba de preciosísima libertad, y como sus necesidades eran muy pocas, vivia holgadamente de su trabajo, sin deber nada á nadie; sin que le quitáran el sueño ambiciones ni disgustos; pobre, pero tranquilo; desnudo el cuerpo, pero lleno de paz sabrosa el espíritu. Pues á pesar de esto, Pacorrito Migajas no era feliz. ¿Por qué? Porque estaba enamorado hasta las gachas, como se suele decir.

Sí, señores, aquel Pacorrito tan pequeño y feo y tan pobre, y tan solo, amaba. ¡Ley inexorable del mundo, que no permite á ningun sér, cualquiera que sea, redimirse del yugo del amor!

Amaba nuestro héroe con delirio, á veces con exaltado idealismo, libre de todo pensamiento impuro, á veces con ardoroso fuego. Su corazon volcánico tenia sensaciones de todas clases para el objeto amado: ora dulces y platónicas como las del Petrarca, ora arrebatadas como las de Romeo, y si por ideológico remedaba al Dante, por lo sutilmente cariñoso se parecia á Abelardo.

¿Y quién habia inspirado á Pacorrito pasion tan terrible? Pues una dama que arrastraba vestidos de seda y terciopelo con vistosas pieles, una dama de cabellos rúbios, que en bucles descendian sobre su alabastrino cuello, una dama que solia gastar quevedos de oro, y á veces tocaba el piano.

## III

Véase cómo la conoció Pacorrito y quién era aquella celestial hermosura.

Migajas extendia la esfera de sus operaciones mercantiles por la mitad de una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol. Es esta calle muy concurrida y tiene hermosas tiendas que de dia adornan sus escaparates con mil prodigios de la industria, y por la noche se iluminan con la resplandeciente claridad del gas. Entre estas tiendas, la más bonita es una que pertenece á un aleman y que está llena de chucherías preciosísimas destinadas á grandes y pequeños. Por Carnaval se llena de caretas burlescas, por Semana Santa de figuras piadosas, por Navidad de Nacimientos y árboles cargados de juguetes, y por Año Nuevo de magníficos objetos para regalos.

La pasion volcánica de Pacorrito empezó cuando el aleman puso en su escaparate una encantadora coleccion de damas vestidas de raso y terciopelo, con los más ricos trajes que puede imajinar la fantasía parisiense. Casi todas tenian más de media vara de estatura. Sus rostros eran de la más fina y purificada cera, y ningun carmin de frescas rosas se igualaba al rubor de sus mejillas. Sus azules ojos de vidrio brillaban con más fulgor que la pupila humana. Sus cabellos de finísima lana rizada podian compararse, con más razon que los de muchas damas, á los rayos del sol; y las fresas de Abril, las cerezas de Mayo,

y el coral de los mares parecerian pálidos en comparacion de sus lábios rojos. Eran tan juiciosas que jamás se movian del sitio en que las colocaban. Solo crugia el gozne de madera de sus rodillas, hombros y codos, cuando el aleman las sentaba al piano, ó las hacia tomar los lentes para mirar á la calle. De resto no daban nada que hacer y jamás dijeron esta boca es mia. Entre ellas habia una que era la más hermosa, la más alta, la más bien vestida, la más señora. Debia ser mujer de elevada categoria á juzgar por su ademan grave y pomposo, y cierto aire de proteccion que le sentaba á maravilla.

¡Gran mujer! dijo Pacorrito la primera vez que la vió; y por más de una hora estuvo junto al escaparate, contemplando tan acabada hermosura.

IV.

Nuestro personaje se hallaba en ese estado particular de aletargamiento y exaltacion en que aparecen los héroes de las novelas amatorias. Su cerebro hervia; en su corazon se enroscaban culebras mordedoras, su pensamiento era un volcan; deseaba la muerte; aborrecia la vida; hablaba sin cesar consigo mismo; miraba á la luna; se volvia loco, etc.

¡Cuántas veces le sorprendió la noche en melancólico arrobamiento delante del cristal, olvidado de todo, hasta de su propio comercio y modo de vivir! Mas no era por cierto muy desairada la situacion del buen Migajas, quiero decir, que era hasta cierto punto correspondido en su loca pasion. ¿Quién puede medir la intensidad amorosa de un corazon de palo? El mundo está lleno de misterios. La ciencia es vana y jamás llegará á lo íntimo de las cosas. ¡Oh, Dios! ¿será posible algun dia fijar un límite á la esfera de lo inanimado? Lo inanimado no existe. Atrás los pedantes que deteniéndose ante una piedra le dicen: Tú no tienes alma. Solo Dios sabe cuáles son las verdaderas dimensiones de ese Limbo inmenso donde yace todo lo que no ama.

Bien seguro estaba Pacorrito de que la dama le miraba, y aun sin moverse ni pestañear ni abrir la boca, deciale mil cosas deleitables, ya dulces como la esperanza, ya tristes como el presentimiento de sucesos infaustos. Con esto se encendia más y más en el corazon de Migajas la llama que lo devoraba y su mente atrevida concebia sublimes planes de seduccion, rapto y aun de matrimonio, ¡que tanto puede la fuerza incontrastable del sentimiento!

Una noche el amartelado galan acudió puntual á la cita. La señora estaba sentada al piano con las manos suspendidas sobre las teclas y el divino rostro vuelto hácia la calle. El granuja y ella se miraron.

¡Ay! Cuánto idealismo, cuánto frenesí en aquella mirada! Los suspiros sucedieron á los suspiros; y las ternezas á las ternezas, hasta que un suceso imprevisto cortó el hilo de tan dulce comunicacion amorosa, truncando de un golpe la felicidad de los dos amantes.

Fué como esas súbitas catástrofes providenciales que hieren mortalmente los corazones, dando orígen á suicidios, tragedias y otros lamentables casos. Una mano penetró en el escaparate por la parte de la tienda, y cogiendo á la señora por la cintura se la llevó adentro. Al asombro de Migajas sucedió una pena tan viva que deseó morirse en aquel mismo instante.

¡Ver desaparecer al objeto amado, como si se lo tragara la insaciable tumba y no poder detener aquella existencia que se escapa! ¡y no poder seguirla aunque fuera al mismo infierno! ¡Ah! esto era superior á las fuerzas de un mortal, y Pacorrito, á pesar de su inmensa energía, se sintió desfallecer.

Estuvo á punto de caer al suelo; pensó en el suicidio; invocó á Dios y al diablo....

—¡La han vendido!—murmuró sordamente. Y se arrancó los cabellos, y se arañó el róstro; y á causa de las convulsiones de su desesperacion se le cayeron al suelo los fósforos, los periódicos y los billetes del Pardo.

V

Repuesto al cabo de su violenta emocion, Pacorrito miró hácia el interior de la tienda, vió á unas niñas y á dos ó tres personas mayores hablando con el aleman.

Una de las chicas sostenia en sus brazos á la dama de los pensamientos de Migajas. Hubiérase lanzado este con ímpetu salvaje dentro del local; pero se contuvo, poniendo un freno á su ardoroso afan, por temor á que viendo su facha estrambótica, le adjudicaran una paliza ó le entregaran á una pareja. Fijo en la puerta, pensaba en los horrores de la trata de blancos, en aquella nefanda institucion tirolesa, por la cual unos cuantos duros deciden la suerte de honradas criaturas, entregándolas á la destructora ferocidad de niños mal criados. ¡Ay! ¡Cuán miserable le parecia á Pacorrito la naturaleza humana!

Los que habian comprado á la señora salieron de la tienda, y entraron en un coche de lujo. ¡Cómo reian los tunantes!

Hasta el más pequeño, que era el más mimoso, se permitia tirar de los brazos á la desgraciada muñeca, á pesar de tener él para su exclusivo goce variedad de juguetillos propios de su edad. Las personas mayores tambien parecian muy satisfechas de la adquisicion. Miéntras el lacayo recibia órdenes, Pacorrito, que era hombre de resoluciones audaces y heróicas,—concibió un plan que consistia en colgarse á la zaga del coche. Así lo hizo con la agilidad cuadrumana que emplean los granujas cuando quieren pasear en coche de un cabo á otro de la villa. Alargando el hocico hácia la derecha veia asomar por la portezuela uno de los brazos de la señora vendida al vil metal. Aquel brazo rígido y aquel puño cerrado hablaban enérgico lenguaje á la imaginacion de Migajas, y en medio del estrépito de las ruedas oia estas palabras:—¡Sálvame, Pacorrito mio, sálvame!

En el pórtico de la gran casa donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba con sus piés enlodados el piso del vestíbulo, le romperia el espinazo.

Ante esta incontestable razon, Migajas se retiró con el alma destrozada, lleno el corazon de un rabioso anhelo de venganza. Su ardiente temperamento le impulsaba á seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Era un alma á propósito para las grandes y dramáticas aventuras. Asi es que se concertó con los que iban á recoger la basura á la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingénio y un corazon como un templo, Migajas se introdujo en el palacio. ¡Cómo le palpitaba el corazon cuando subia y penetraba en la cocina!

La idea de estar cerca de ella le confundia de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningun modo podia saciar aquella ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver á la hermosa dama. Pacorrito sentia lejanos chillidos de niños juguetones; pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecia.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, se burlaban de él, mas uno de ellos que era algo compasivo le daba golosinas. Una mañana en que hacia mucho frio, el cocinero, ya fuese por lástima yá por maldad, le dió á beber de un vino áspero y muy picon. Pacorrito sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que le subia á la cabeza.

Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caian con abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluyendo de su boca como un arroyo sin fin, y Pacorrito reia y se agarraba con ambas manos á la pared para no caer. Un puntapié vigoroso, sacudiéndole todo, modificó un tanto la risa, y con la mano en la parte dolorida Pacorrito salió de la cocina. Su cabeza seguia trastornada. El no sabia á donde se

dirijian sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo, pisó frios ladrillos, y despues un suave entarimado, y luego tibias alfombras. De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que yacia sobre el suelo.

B. PEREZ GALDÓS.

*( Continuará. )*

# NANTAS

TRADUCCION DE EMILIO ZOLA

## I

EL cuarto que Nantas ocupaba desde su venida de Marsella se encontraba en el último piso de una casa de la calle Lille, al lado del hotel del baron de Danvillers, miembro del Consejo de Estado. Nantas, inclinándose, podia apercibir un extremo del jardin del hotel, donde árboles soberbios daban su sombra. Más allá, por encima de las cumbres verdes, una avenida se abria en direccion á Paris, y se veia la rada del Sena, las Tullerias, el Louvre, la fila de los malecones, hasta perderse la vista en el Padre-Lachaise.

Era una pequeña habitacion abohardillada con una ventana abierta en el tejado. Nantas la habia amueblado sencillamente con una cama, una mesa y una silla. Habia descendido hasta allí, buscando la economía, decidido á habitar allí hasta que no hubiera mejorado de situacion. El empapelado súcio, el techo negro, la miseria y la desnudéz de este gabinete donde no habia chimenea, no lo preocupaban. Desde que se adormecia frente al Louvre y las Tullerias, se comparaba á un general que duerme en cualquier posada miserable, al borde de un camino, delante de la ciudad inmensa y rica que ha de tomar por asalto al dia siguiente.

La historia de Nantas era corta. Hijo de un albañil de Marsella, habia principiado sus estudios en el liceo de esta ciudad, impulsado por la ambiciosa ternura de su madre, que soñaba hacerlo un señor. Los padres se habian sacrificado hasta que obtuvo el bachillerato. Despues, habiendo muerto la madre, Nantas tuvo que aceptar un pequeño empleo en casa de un comerciante, donde arrastró durante doce años una vida cuya monotonia lo exasperaba. Habria huido de allí más de una vez, si su deber de hijo no lo hubiera clavado en Marsella, cerca de la cama de su padre caido de un andamio y quedado impotente en consecuencia para el trabajo. Entónces tenia que sufragar todas las necesidades de la casa. Pero una tarde, al volver á ella, encontró al albañil muerto, con la pipa caliente todavia al lado suyo. Tres dias más tarde, vendia su pequeño menaje, y partia para Paris con doscientos francos en el bolsillo.

Habia en Nantas una ambicion tenaz de fortuna que habia heredado de su madre. Era un muchacho de pronta resolucion y fria voluntad. Cuando muy jóven, él decia: «soy una fuerza. Se habian reido frecuentemente de él, cuando se entregaba á hacer confidencias, y á repetir la frase favorita: «Soy una fuerza», frase que habia llegado á ser cómica, cuando se le veia con su delgado redingote negro, quebrajeado en los hombros, y cuyas mangas le subian hasta más allá de los puños. Poco á poco, se habia hecho una religion de la fuerza, no viendo más que á ella en el mundo, y convencido de que los fuertes son á pesar de todo los victoriosos.

Segun él, bastaba querer para poder. Lo demás no tenia importancia.

El domingo, cuando se paseaba solo por los alrededores de Marsella, se sentia con genio; del fondo de su sér, surgia una impulsion instintiva que lo llevaba hácia adelante; y volvia á comer alguna platada de papas con su padre enfermo, diciéndose entre sí que algun dia le habia de llegar su turno en esta sociedad donde él no era nada aún á los treinta años. No sentia una envidia ruin, un apetito de goces vulgares; era el sentimiento mas puro de una inteligencia y de una voluntad que no estando en su lugar, entendian que debian ocuparlo, por una necesidad natural y lógica.

Desde que pisó las calles de Paris, Nantas creyó que le bastaria alargar las manos para encontrar una situacion digna de él. El mismo dia púsose en campaña. Se le habian dado cartas de recomendacion, que llevó á su direccion; además, golpeó en casa de algunos compatriotas, esperando su apoyo. Pero, al cabo de un mes, no habia obtenido ningun resultado: los momentos eran malos, decian; por otra parte, hacianle promesas que nunca se cumplian. Sin embargo, su pequeña bolsa se vaciaba; le quedaba á lo más una veintena de francos. Y fué con estos veinte francos que tuvo que vivir todo un mes todavia, no comiendo mas que pan, recorriendo Paris mañana y tarde, y volviendo á acostarse sin luz, abrumado de fatiga, siempre con las manos vacías. No se desanimaba; solamente una sorda cólera crecia en él. La suerte pareciale ilógica é injusta.

Una noche, Nantas volvió á su cuarto sin haber comido. En la víspera habia concluido su último pedazo de pan. Ni plata, ni un amigo que le prestase veinte sueldos. La lluvia habia caido durante todo el dia, una de esas lluvias grises de Paris que son tan frias. Un rio de barro corria por las calles. Nantas, mojado hasta los huesos, habia ido á Bercy, despues á Montmartre, donde se le habian indicado empleos; pero en Bercy, la plaza estaba ocupada, y en Montmartre no se habia encontrado bastante bella su escritura. Estas eran sus dos últimas esperanzas. El hubiera aceptado cualquier cosa, en la certidumbre de que encontraria su fortuna en la primera situacion venida. No pedia en el primer momento mas que pan, de qué vivir en Paris, y un terreno cualquiera para edificar en seguida piedra por piedra. De Montmartre á la calle de Lille, anduvo lentamente, el corazon anegado de amargura. La lluvia habia cesado, una multitud atareada lo atropellaba en las veredas. Detúvose algunos instantes delante de la casa de un cambista: cinco francos le habrian quizá bastado para ser un dia el dueño de todo ese mundo; con cien francos se puede vivir ocho dias, y en ocho dias se hacen muchas cosas. En esto que él pensaba así, un carruaje pasó salpicándolo de barro, y tuvo que limpiarse las manchas de la frente. Entónces, caminó más ligero, apretando los dientes, presa de un deseo feroz de caer á puñetazos sobre la multitud que ocupaba las calles: esto lo habria vengado de la estupidez de su destino.

En medio de la plaza del Carrousel, arrojó sobre las Tullerias una mirada celosa. En el puente de los Santos Padres una muchachita bien puesta lo obligó á separarse de su camino, que seguia con la rapidez de un jabalí perseguido por una jauría; y esta desviacion le pareció una suprema humillacion: ¡hasta los niños le impedian pasar! En fin, cuando se hubo refugiado en su habitacion, así como una fiera herida vuelve á morir á su caverna, se sentó pesadamente sobre la silla, aplastado, examinando su pantalon que el barro habia endurecido, y sus zapatos destalonados que dejaban correr el agua sobre el piso.

Esta vez, era seguramente la última.. Nantas se preguntaba cómo se mataria. Su orgullo estaba firme; creia que su suicidio iba á castigar á Paris. Ser una fuerza, sentir en sí una potencia, y no encontrar una persona que os advine, que os dé el primer escudo de que tengais necesidad! Esto le parecia de una torpeza monstruosa; su sér entero se sublevaba de cólera. Luego, era para él un inmenso pesar esto de que sus miradas cayeran sobres sus brazos inútiles. Ninguna necesidad sin embargo le daba miedo; con el extremo de su dedo índice habria levantado un mundo; ¡y permanecia allí en un rincon, reducido á la impotencia, consumiéndose como un leon en una jaula! Pero en seguida se calmaba, encontraba la muerte más grande.

Le habian referido cuando chico la historia de un inventor que, habiendo construido una maravillosa máquina, rompióla un dia á martillazos ante la indiferencia del vulgo.

Pues bien: él era ese hombre; llevaba en sí una fuerza nueva, un mecanisno raro de inteligencia y voluntad, é iba á destruir esta máquina abriéndose el cráneo sobre el empedrado de la calle.

El sol caia detrás de los grandes árboles del hotel Danvilliers, un sol de otoño, cuyos rayos de oro alumbraban las hojas amarillas. Nantas se levantó como atraido por este adios del astro. Iba á morir, tenia necesidad de luz. Inclinóse un momento. Con frecuencia, entre el follaje, al torcer de una avenida, habia apercibido una muchacha rubia, corpulenta, que andaba con un orgullo de princesa. El no era romántico; habia pasado ya esa edad en que los jóvenes sueñan, en las bohardillas, que mujeres del gran mundo vienen á traerles grandes pasiones y grandes fortunas. Sin embargo, llegó á la hora suprema del suicidio y recordó de un golpe esta hermosa muchacha tan altiva. ¿Cómo se llamaria? Pero en el mismo instante, apretó los puños, pues no sentia en sí mas que ódio por las gentes de ese hotel cuyas ventanas entreabiertas le dejaban apercibir algo de su severo lujo, y murmuró en un trasporte de ira:

—¡Oh! ¡yo me venderia, yo me venderia, si se me diesen los primeros cien sueldos de mi fortuna futura!

Esta idea de venderse lo ocupó un momento. Si hubiera habido en cualquier parte un Monte-Pio donde se prestase sobre la voluntad y la energía, hubiera ido á empeñarse allí.

Imaginaba operaciones: un hombre político venia á comprarlo para hacer de él un instrumento; un banquero lo tomaba para usar á toda hora de su inteligencia, y él aceptaba, teniendo el desden del honor, diciéndose que bastaba ser fuerte y triunfar un dia. Despues, se sonrió. ¿Acaso se encuentra comprador? Los pillos, que acechan las ocasiones, andan en la miseria, sin poner jamás las manos sobre uno. Temió ser cobarde, y se dijo que inventaba con eso distracciones. Y se sentó de nuevo jurando que se precipitaria por la ventana conforme fuera noche.

No obstante, su fatiga era tal, que se durmió sobre la silla. Brúscamente fué despertado por un murmullo de voces. Era su portera que introducia en su casa una señora.

—Señor, dijo la portera, me he permitido hacer subir . . . .

Y como ella se apercibió de que no habia luz en la habitacion, volvió á bajar vivamente en busca de una bujía. Parecia conocer la persona que traia, á la vez complaciente y respetuosa.

He ahí, volvió á decir, retirándose. Ustedes podrán conversar: nadie los molestará.

Nantas, que se habia despertado sobresaltado, miró á la dama con sorpresa. Ella se habia levantado el velo. Era una persona de cuarenta y cinco años, pequeña, muy gruesa, de rostro lleno y blanco, de vieja devota. No la habia visto jamás cuando le ofreció su única silla, interrogándola con la mirada: ella se nombró:

—La señorita de Chuin . . . . Vengo, señor, para hablaros de un negocio importante.

El habia tenido que sentarse en el borde de la cama. El nombre de la señorita Chuin no le decia nada. Tomó el partido de esperar que tuviera á bien explicarse. Pero ella no se apresuraba: habia dado con una mirada la vuelta á la estrecha habitacion, y parecia titubear sobre la manera cómo entablaria la conversacion. Por fin habló, con una voz muy dulce, apoyando con una sonrisa las frases delicadas.

—Señor, vengo como amiga.... Se me han dado sobre vos los datos más enternecedores. No creais sin embargo en un espionaje. No hay en todo esto mas que el vivo deseo de ser útil. Sé cómo os ha sido de ruda la vida hasta el presente, con qué coraje habeis luchado para encontrar una situacion, y cual es hoy el resultado molesto de tantos esfuerzos.... Perdonadme una vez más, señor, por haberme introducido así en vuestra existencia. Os juro que la simpatía solamente....

Nantas no la interrumpió, presa de la curiosidad, pensando en que la portera habia debido suministrar todos estos detalles. La señorita de Chuin podia continuar y sin embargo buscaba cada vez más cumplimientos, más maneras cariñosas de expresion.

—Sois un jóven de inmenso porvenir, señor. Me he permitido seguir vuestras tentativas y estoy vivamente impresionada por vuestra loable firmeza en la desgracia. En fin, me parece que iriais léjos, si álguien os tendiese la mano.

Se detuvo todavia, esperaba una palabra. El jóven creyó que esta señora venia á ofrecerle un empleo. Respondió que aceptaria todo. Pero ella una vez que el hielo estaba roto, le preguntó resueltamente:

—¿Experimentaríais alguna repugnancia en casaros?

—¡Casarme! exclamó Nantas. ¡Dios mio! ¿quién me querría, señora?.... Alguna pobre muchacha que yo no podria ni alimentar siquiera.

—No, una jóven muy linda, muy rica, magníficamente emparentada, que os pondrá de un golpe en la mano los medios de llegar á la situacion más alta.

Nantas ya no reia.

—Entónces ¿qué es lo que hay que hacer? preguntó bajando instintivamente la voz.

—Esa jóven está embarazada, y es preciso reconocer el hijo, dijo simplemente la señorita de Chuin, que olvidó ya sus vueltas para ir al asunto de una vez.

La primer intencion de Nantas fué de poner en la puerta aquella entrometida.

—Es una infamia lo que me proponeis, murmuró.

—¡Oh! una infamia, exclamó la señorita de Chuin, volviendo á su voz melosa; no acepto esa palabra tan villana . . . . La verdades, señor, que salvareis á una familia de la desesperacion. El padre ignora todo, el embarazo no está muy avanzado todavia; y soy yo quien ha concebido la idea de casar lo más pronto posible la muchacha, presentando al marido como el autor del niño. Yo sé lo que es el padre: moriria de pesar. Mi combinacion amortiguará el golpe, creerá en una reparacion . . . . La desgracia es que el verdadero seductor está casado. ¡Ah, señor! hay hombres que carecen verdaderamente de sentido moral . . . .

Hubiera podido seguir mucho tiempo así. Nantas no la escuchaba.

¿Porqué rehusaba, pues? ¿No buscaba hacia rato la manera de venderse? ¡Y bien! veníasele á comprar. *Do ut des*. Daba su nombre y se le daba una situacion. Era un contrato como cualquier otro. Miró su pantalon salpicado por el barro de Paris, sintió que no habia comido desde la víspera, toda la cólera de sus dos meses de procuras y humillaciones le vino á la memoria.

¡En fin! iba á poner el pié en ese mundo que lo rechazaba y lo empujaba hácia el suicidio!

—Acepto, dijo friamente.

Luego exigió de la señorita de Chuin explicaciones claras.

¿Qué queria ella por su intervencion?

Ella se sublevó: no queria nada. Sin embargo, concluyó por pedir veinte mil francos sobre la suma de que lo hicieran posesor al jóven. Y como él no regateó, ella se mostró expansiva.

—Escuchad: soy yo quien he pensado en vos. La jóven no ha dicho no, cuando os he nombrado.... ¡Oh! es un buen negocio; me lo agradecereis más tarde. Hubiera podido encontrar un hombre de títulos; conozco uno que me habria besado las manos. Pero he preferido escoger fuera del mundo de ese pobre niña. Esto parecerá más novelesco.... Además, vos me gustais. Sois gallardo, teneis la cabeza sólida. ¡Oh! iréis léjos. No me olvideis; soy toda para vos.

Hasta allí ningun nombre habia sido pronunciado. A una interrogacion de Nantas, la vieja señorita se levantó y dijo presentándose de nuevo:

—La señorita de Chuin . . . . Estoy en la casa del baron de Danvilliers desde la muerte de la baronesa, en calidad de ama de llaves. Soy yo quien ha educado á la señorita Flavia, la hija del señor baron . . . . La señorita Flavia es la jóven en cuestion.

Y se retiró despues de haber discretamente depositado sobre la mesa un rollo que contenia billetes por quinientos francos.

Era un adelanto hecho por ella, para subvenir á los primeros gastos. Cuando estuvo solo, Nantas fué á ponerse en la ventana. La noche estaba muy negra; no se distinguia más que la masa de los árboles entre la espesura de la sombra; una ventana con luz se destacaba de la fachada oscura del hotel. Así, era esa corpulenta jóven rubia que andaba con un paso de reina y que parecia no apercibirse de él.

Ella, ú otra, qué importaba por lo demás! La mujer no entraba en la operacion. Entónces, Nantas levantó los ojos más alto sobre Paris que murmuraba en las tinieblas, sobre los muelles, las calles, las encrucijadas de la ribera izquierda, alumbradas por movibles llamas de gas; y tuteó á Paris, se volvió en familiar y superior.

—Ahora, tú eres mio!

(*Continuará*)



á R. S.

(CONTESTACION)

Es de tarde; una sombra oscura y trèmula
Parece que vagàra por las plantas,
Asì como las sombras de las penas
Que vagan indecisas por el alma.

La natura sonrìe, pero tiene
Algo de melancòlica y de pàlida. . . .
Sonrìe con las flores que perfuman
Y llora con rumores de cascada!

Y yo leo tus versos; ni sonrìo
Ni mis pàrpados vierten una làgrima. . . .
Hay en ellos tan frio desaliento
Y tànta indiferencia concentrada!. . . .

El estado màs triste del poeta
Es el que està pasando por tu alma. . . .
No prolongues la cruel indiferencia,
Despierta, olvida tu dolor y canta!

O no olvides; padece, aunque desgarres
Las fibras màs sensibles de tu alma. . . .
Canta en las cuerdas de tu dulce lira
La historia de tu amor y de tus làgrimas!

Si el dolor nos acosa, si ese cuervo
Sobre nuestra cerviz bate sus alas,
Inclinar la cabeza es ser pequeño,
Y es ser grande y altivo, levantàrla!..

En la lucha contìnua de la vida
El alma vigorosa, bien templada,
Traspone las montañas del martirio,
Y valiente se eleva como el àguila!

¿Còmo se iergue el abatido roble?...
Me preguntas.—Despues de la borrasca
Se iergue alzando su soberbia copa,
Agitando sus hojas y sus ramas!

¿Còmo puede sentir la dura roca?
Me preguntas tambien.—La roca estalla
Al ejercer presion entre sus grietas
Una sola, una sola gota de agua!

Eres un niño aùn y ya te encuentras
Desalentado en la primer jornada...
Empuña tu baston de peregrino,
Tèn fè en el porvenir, y avanza, avanza!

No te arredren las zarzas del camino
Y aunque sientas que herida estè tu planta,
Del destino combate los rigores
O sucumbe con honra en la batalla!

Tiènes inspiracion y pocos años
Y ha sido ya tu lira laureada,
Y estàs sin entusiasmo.. ¡ay! ¿es posible
Que no te inspire amor tu hermosa patria?..

Levàntate!. . . . Si postra la indolencia,
La indolencia que al hombre lo degrada,
Al poeta, que es àngel, lo destierra. . . .
¡El, que debe cantar las glorias patrias!. . . .

¿Dònde estàn esas glorias?. . . . ¡Ay!. . . . ahora
Siento ya en el pàrpado una làgrima. . . .
¿Las glorias de mi pàtria, dò se encuentran?. . . .
—Con sus hèroes estàn amortajadas!. . . .

Me parecìa verlas suspirantes
El dia funerario de las ànimas,
Circundar las augustas sepulturas
Y ocultarse despues bajo sus làpidas!. . . .

Pero no, que las glorias inmortales,
Los venerados timbres de esta patria,
No se pueden hundir entre las tumbas
Aunque de ellas hoy triste se levantan!. . . .

Despertando en el pueblo indiferente
El amor que debemos à la pàtria,
Es como cumple su mision el bardo,
Mision que tienes tù tan olvidada!

No vuelvas à decir, jòven amigo,
«Yo me abandono al dulce no hacer nada». . . .
Recuerda que primero que à tì mismo
Te debes màs que nunca, hoy, à tu pàtria!. . . .

*Zulema.*

Montevideo, Noviembre de 1883.

# PASATIEMPO

T... muestra á un bohemio un billete de cien pesos nacionales.

—Este billete es de la nueva emision, dice T..., todavia son raros.

El bohemio responde sentenciosamente:

—En principio, un billete de cien pesos siempre es raro.



X... es presidente de una sociedad de templanza.

Despues de una sesion tempestuosa se apoderó de él un colosa constipado.

Hace llamar al doctor Purgervide.

—Hay un remedio muy sencillo, dice el príncipe de la ciencia, tomad varios *bols* de punch; nada más tónico para las mucosas.

—Oh! Shocking! un presidente de una sociedad de templanza! Tengo coñac, pero qué diria mi ama de llaves si le pidiera agua caliente: sospecharia la cosa.

—¡Decidle que es para afeitaros!

—Es una buena idea.

Algunos dias despues, el doctor Purgervide vuelve á pasar por la casa de su cliente y amigo. Como X... estaba ausente, preguntó al ama de llaves:

—¿Cómo sigue el señor?

—Bien; pero creo que está algo loco; desde vuestra visita se afeita diez veces por dia!

El tren va á partir.

Una dama se pára ante la portezuela del wagon de los fumadores.

—Subid, señora, le dice un viajero.

—Perdonadme señor, busco el compartimento de las damas solas.

—Y bien! estareis sola... conmigo.

—¿Es su hijo de Vd? pregunta un amigo á Calino, que se paseaba con una criatura.

—Lo es.

—¿Cuántos tiene?

—Señor, por ahora sólo este: es el mayor.

Un médico deplora la suerte de un colega muerto prematuramente.

—Y, con todo, no murió por falta de cuidados. Yo y otros dos colegas no lo abandonamos un momento en los dias de su vida.

—Desgraciado! qué podia hacer contra tres!

En el tribunal.

—Acusado, ¿vuestro nombre?

—El mismo que os dí el mes pasado, señor juez.

—Dígame: qué es lo que hace vd.?

—La desesperacion de mi familia.

Un ganapan rotoso, repelente, es detenido por vagabundo.

El Juez le pregunta:

—¿Cuál es vuestro estado?

El impasible:

—Rentista.

Se habla de un banquero famoso por sus caidas.

—Bah!... dice uno, salta pero cae siempre de pié...

—Ah! esclama una víctima, frecuentemente cae sobre los piés de los demás!

Genuinamente femenino.

Encuéntranse en un teatro oyendo Maria Antonieta dos damas. Una de ellas dice á la otra:

—¿Cómo, querida amiga, no llorais? yo he mojado ya dos pañuelos.

—¡Oh! yo tambien lloraria, pero tengo que ir despues de la funcion á un baile.

Venta maestra.

Se lee en un periódico portugués:

«Próximamente se venderá una coleccion de esqueletos de todos los países del mundo, juntados desde hace varios años por un sábio portugués».

Y digan despues que *les portugais sont toujours gais!*



La condesa X... que tiene 75 años, decia ayer hablando de uno de sus amigos:

—No sé lo que es de él. Hace un siglo que no lo veo.

Entónces el señor Calino, graciosamente, dice:

—¡Oh! condesa, no os creia de tanta edad.

X... consulta á uno de sus amigos sobre el tratamiento que debe hacer seguir á su suegra que está muy enferma:

—¿Debo dirigirme á un alópata ó á un homeópata?

—Pauh! valen tanto los unos como los otros; los primeros matan á sus enfermos y los otros los dejan morir.

—Entónces buscaré á un alópata; la pobre mujer sufrirá menos.

Un rico *parvenu* se alaba á menudo de su orígen; está orgulloso de las dificultades que ha debido vencer para llegar á la fortuna, y exclama de tiempo en tiempo:

—¡Me he formado yo solo!

Se le ofrecian pájaros en escabeche en una casa en que comia.

—¡Gracias! respondió, no como sinó los pájaros que yo mismo cazo.

Otra vez lo invitaron á tomar una tortilla, diciéndole:

—¿Por acaso, no comeis sinó los huevos q' vos mismo poneis?

A propósito de la reaparicion de Teresa, artista poco aplaudida en su juventud, quizás porque era flaca y fea:

- Esta mujer, decia X...se ha puesto bonita al envejecer.

—Y bien! qué, dijo otro, es una mujer fea mal conservada!



—Diga usted, mi primero. ¿Cómo se hacen los cañones?

—¡Qué torpes son estos quintos! Cojes un agujero, le pones hierro alrededor, y ya está.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 19

### CHARADAS

1.ª *Arbusto* — 2.ª *Oscuridad*

Fueron decifradas por Lolò, Flora, Dime, y Càndido

### FUGA DE VOCALES

*No has visto alguna vez del rayo herido*
*Desgajarse y rodar cedro gigante*
*Llenando de terror al caminante*
*Entre los bosques al azar perdido?*

### FUGA DE CONSONANTES

*Viste cómo la tórtola en su nido*
*Llora la ausencia de su tierno amante*
*Y cómo el sol derrite en un instante*
*El alud de la sierra desprendido?*

### FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*No visté en fin sobre el tranquilo cielo*
*Estenderse las nubes poco á poco,*

*Y de sombras y horror cubrirse el suelo?*
*¿Viste el arbusto que produce el coco?*
*Pues cese ya tu afan y tu desvelo*
*Que si tú no lo has visto, yo tampoco.*

Càndido y Flora enviaron solucion de la 1.ª y 3.ª fugas.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Vergüenza*—2.ª *Palitero*—3.ª *Sápido*—4.ª *Insipido*

Las cuatro fueron descifradas por Uno, A. B. C. y Flora.

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| A 4 AR (jaque) | R 2 R |
| D 6 D (jaque) | C toma D |
| A 5 CR (mate) | |

El Duende, Eduardin, y Ed. Loedel nos remitieron la solucion.

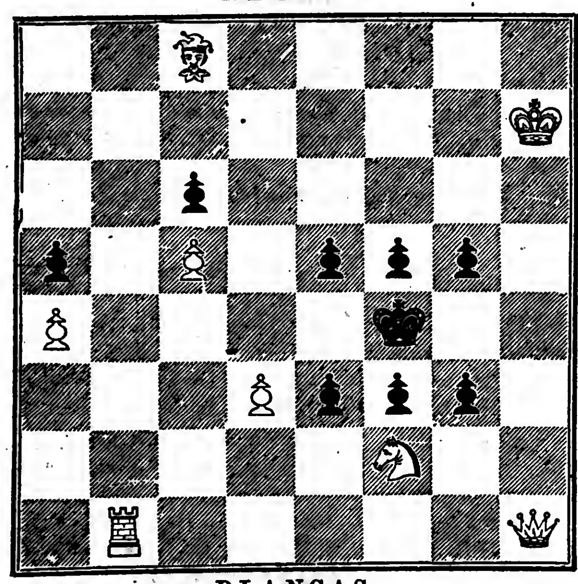
### GEROGLÍFICO N. 19

*Una novela entretiene pero á veces no conviene.*

Fuè descifrado por S., Flora, Yo, P. S., y Laertes.

**Problema de Ajedrez por X Y Z**

NEGRAS



BLANCAS

**Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.**

### FUGA DE VOCALES

¡D.s.t.d—.l—r..d.l—d.—l.—.rm.n..,
c.nt.d - p..t.s!—.nm.rt.l—m.m.r..
.s—d.lc.—pr.m..—.—l.—f.l.z—v.ct.r..
q..—t.nt.—,t.nt.—c.nq..st.r—s.—.ns..
¿N.—h..—p.n—.n—v..str.—h.g.r?—¡Q..—fr.sl.r..!
¿Q...n—p..ns.—.n—.s.—c..nd.—s.br.—gl.r..?
¡Pr.s.,—v.l—pr.s.!—¡d.l.zn.bl.—.sc.r..!
¡M.s—.lt.—m.r.—l.—g.nt.l—p..s..!
¿Q..—.mp.rt.—q..—l.—m.s.r.—.nv.lt.r.
.l—h.mbr.—.q..j.—s.—l.—s..n—r.d..
l..r.—q..—.n—.lg.—d.—.nm.rt.l—..g.r.?
M.s—d.lc.—.l—.v.—.n—s.—d.l.r—g.rj..
¡C.nt.d, - c.nt.d,—q..—.l—h.mn.—d.—.m.rg.r.
m.s—gr.t.—.c.s.—p.r.—.l—v.lg.—s..!

## SALTO DE CABALLO

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| can | dia | las | re | su | go | tris | Es |
| rie | no | en | unas | tes, | go, | bran | Ten 1 |
| sa | to | Sin | del | co | las | par | lue |
| Mas | go, | ma | llan | rie | res | ma | ver |
| tas | pa | las. | que | al | con | da | cen |
| Y | res. | to. 64 | gue | flo | las | al | mia, |
| no | de | o | nas | mas | res | sua | vi |
| lo | lle | que | flo | ves | de | Por | Que |

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

## GEROGLÍFICO Y CHARADA



# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

*Diciembre 24 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 21.*


## LA PRINCESA Y EL GRANUJA

CUENTO DE AÑO NUEVO

VI

*( Conclusion )*

MIGAJAS exhaló un rugido de dolor y cayó de rodillas. Allí, arrojada en el suelo, con los vestidos rasgados y en desórden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreñado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partía el corazon! Pacorrito, durante un rato, no pudo articular una palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazon aquel frio cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenia abiertos los ojos y miraba con dulce expresion de pena á su interesante adorador. A pesar de sus horribles ideas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivia. Pacorrito lo conoció en la luz singular de sus ojos azules que despedian llamaradas de amor y agradecimiento.

Señora, quien os trajo á tan triste estado?—exclamó Migajas en tono patético, que demostraba la angustia de su alma. Pero luego al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorrito pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio. Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos á la gentil dama y echó á correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió á la calle con tanta velocidad, que no se podia decir que corria, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible. Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante léjos y bastante solo, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII

Vino la noche, y Pacorrito vió con placer las dulces sombras que envolvian el atrevido rapto, protegiendo sus honestos amores. Examinando atentamente las heridas del descalabrado cuerpo de su adorada, observó que no eran de gravedad. El vestido estaba hecho girones y parte de la cabellera se habia quedado en el camino durante la veloz corrida.

Entónces Pacorrito sintió una pena profunda, considerando que carecia de fondos para hacer frente á situacion tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habian vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solia tener el dinero y no halló nada. No hacia más que suspirar. Ahora—dijo—ahora seria preciso, una casa, una cama, médico, un buen cirujano, una modista, mucha comida, un buen fuego...y nada tengo.

Pero como estaba tan fatigado, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de su dama y se durmió como un ángel. Entónces la señora se reanimó, y levantándose mostró á Pacorrito su semblante alegre, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio lo mismo que estaba en la tienda, su cabellera rizada y llena de seductores perfumes, su sombrero coqueton adornado con diminutas flores, en fin, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció Migajas en el escaparate. ¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose de rodillas y adoró á la señora como á una divinidad. Entónces ella tomó la mano al granuja, y con voz entera y más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:—Pacorrito, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el grande amor que te tengo. Has sido constante, leal, generoso y heróico porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me esclavizaban. Mereces mi corazon y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior á mí porque estás vestido de harapos. Pocorrito observó la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestia, y lleno de pena exclamó:—Señora, ¿á dónde he de ir yo con esta fecha? La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano á Pacorrito, lo llevó por una region de sombras.

VIII

Migajas vió al cabo una gran sala iluminada y llena de preciosidades, cuya forma no pudo precisar bien en el primer momento. Al poco rato comenzó á percibir con claridad y distinguió mil figurillas diversas, como las que llenaban la tienda donde habia conocido á la gran señora. Lo que más llamó su atencion fué ver que salieron á recibirles luciendo sus flamantes vestidos, todas las damas que acompañaban á aquella en el escaparate.

La gran señora contestó con una grave y reverenciosa cortesía á los saludos de todas ellas. Parecia ser de superior condicion, algo como reina ó princesa ó emperatriz. Su gesto soberano y su gallardo continente sin altanería, revelaban cierto dominio sobre las demás. Al instante presentó á Pacorrito, y éste se quedó todo turbado y más rojo que una amapola cuando la princesa, tomándole de la mano, dijo: Presento á ustedes al señor don Pacorrito Migajas, que viene á honrarnos esta noche.

Al pobre chico se le cayeron las álas del corazon cuando despues de observar el desmedido lujo que allí reinaba miró sus piés desnudos, sus calzones sujetos con un tirante y su chaqueta cortada por los codos.—Ya adivino lo que piensas—le manifestó la princesa con mucho disimulo,—tu traje no es el más conveniente para una fiesta como la de esta noche.—Señora, mi pícaro sastre—dijo Pacorrito, creyendo que una mentirilla poudria á salvo su decoro, no me ha acabado la ropa.—Aquí te vestiremos,—indicó la gran señora. Los lacayos de aquella extraña mansion eran monos pequeños y graciosísimos. De pajes hacian unos loros diminutos de esos que llaman Pericos, y varios gallitos de papel. Estos no se apartaban un momento de la señora. La servidumbre se ocupó al punto de arreglar un poco la desgraciada figura del buen Migajas. Con unas fosforeras doradas y muy monas en figura de zapatos le calzaron al momento. Por golilla le pusieron un medio farolito de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres le hicieron una especie de sombrerete pastoril con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron, al modo de condecoraciones: la tapa de un tintero elegantísimo; una fosforera redonda, que parecia reloj, y el tapon de cristal de un frasqui

to de esencias. Los gallos de papel tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura á guisa de espada ó daga un lujoso cuchillo —plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, Pacorrito quedó tan guapo que no parecia el mismo. Verdaderamente se ensoberbeció de su persona cuando le pusieron delante del espejo de un estuche de costura para que se mirase.

Estaba deslumbrador.

IX

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas walses y polkas y las cajas de música, tocaban solas, así como los clarinetes y pitos que se movian á sí mismo sus laves con gran maestría. La música era un poco discordante, pero Migajas, á causa del gozo de su espíritu, la hallaba encantadora. No es necesario decir que la princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenian por pareja á generales de alta graduacion, que habian dejado sus caballos á la puerta. Entre aquellas figuras delicadísimas se veían á Bismark, al Emperador de Alemania, á Napoleon y á otros grandes hombres.

Migajas no cabia en su pellejo de puro orgulloso. Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba á las voraginosas curvas del wals con su amada en brazos, era imposible. La dulce respiracion de la princesa, sus cabellos de oro, agitados por el movimiento, acariciaban blandamente las mejillas de Pacorrito, causándole una especie de embriaguez. La mirada amorosa de la gentil dama ó un suave quejido de cansancio acababan de enloquecerle. En lo mejor del baile los monos anunciaron que la cena staba servida, y al punto se desconcertó todo. Ya nadie pensó más que en comer, y á nuestro Migajas se le alegraron los espíritus porque tenia un hambre de mil demonios, á pesar de la viveza de su amor.

X

El comedor era precioso y la mesa magnífica, las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcian su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros ó en hueveras. Pacorrito ocupó el primer asiento de la derecha de la princesa. Empezaron á comer. Servian los pericos y los gallitos de papel tan bien y con tanta precision como los soldados que maniobran en una parada á la órden de su general. Los platos eran exquisitos; pero Migajas observó que todo era frio y fiambre. Si esto no le disgustó al principio, despues empezó á producir cierto empacho, aún ántes de haber comido mucho. Componian el festin pedacitos de mazapan, pavos más chicos que pájaros y que se engullian de un solo bocado, filetes y besugos como almendras, un rico compuesto de cañamones y un pastel de alpiste á la canaria, albóndigas de migas de pan á la perdigona, fricasé de ojos de faisan en salsa de moras silvestres, ensaladas de musgo, dulces riquísimos y frutas de toda clase, que los pericos habian cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas. Durante la comida todos hablaban mucho, excepto Pacorrito, que por ser muy corto de génio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenia perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones á los que en el escaparate estaban tiesos y circunspectos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismark no paraba. Decia mil gracias y chuscadas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba á la princesa migajas de pan. Movia sus brazos como atolondrado, cual si en los goznes de estos tuviese un hilo, y una mano extraña tirase del hilo por debajo de la mesa.—¡Cómo me estoy divirtiendo! decia el canciller.—Querida princesa, cuando uno se pasa la vida adornando una chimenea, entre un reloj, una figura de bronce y un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen aunque solo sean una vez al año.—¡Ay! dichosos mil veces—dijo la señora con acento patético—los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y entredoces. Esos se aburren, pero no padecen como nosotras, que vivimos en contínuo martirio, destinadas á servir de juguete á los chicos. No podré pintarle á Vd., Sr. de Bismark, lo que se padece cuando uno nos tira del brazo derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza, y aquel nos descuartiza ó abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo.—Ya lo supongo—dijo el canciller abriendo los brazos y volviéndolos á cerrar.—¡Oh! desgraciados, desgraciados, exclamaron en coro los emperadores, Espartero, y demás personajes.—Y ménos desgraciados los que como yo, -añadió la dama,—encontraron un protector y amigo en el valeroso y constante Pacorrito Migajas, que me libró de tan bárbaro suplicio.

Migajas se puso colorado hasta la raíz del pelo.—Valeroso y constante,—repitieron á una las muñecas todas en tono de admiracion. Por eso esta noche, continuó la princesa,—en que nuestro Génio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer dia del año, he querido obsequiarle, trayéndole conmigo, y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliacion entre la raza muñequil y los niños juiciosos y honrados.

En el mismo instante el canciller disparó una bolita de pan con tanta puntería que casi dejó ciego á Migajas.

Pero éste, como era tan prudente y un prototipo de hidalga circunspeccion, calló y disimuló. La princesa le dirijia miradas de amor y gratitud.—¡Cómo me estoy divirtiendo!—repitió Bismark dando palmadas con sus manos de papel mascado.—Miéntras llega la hora de volver junto al reloj á oir su incesante tictac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorrito quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reiríamos un rato.—El señor de Migajas—dijo la princesa mirándole con benevolencia—no ha venido aquí á divertirnos. Eso no quita que le oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos si quiere hacerlo. Pacorrito hallaba esta proposicion tan contraria á su dignidad y decoro, que se llenó de afliccion y no sabia qué contestar á la princesa. —¡Que baile!— gritó el canciller con desparpajo,—que baile encima de la mesa. Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole lleno de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí. Migajas sintió que toda su sangre afluia á su corazon. La cólera de su alma impetuosa no le permitió decir una sola sílaba. —No seais cruel, mi querido príncipe,—dijo la señora sonriendo. Por lo demás yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando. Una carcajada general acogió estas palabras y allí era de ver á todas las muñecas y á los grandes generales y emperadores dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia!*—clamaron todos. Migajas se sintió desfallecer. En él el sentimiento de la dignidad era tan poderoso, que antes muriera que pasar por la degradacion que se le proponia. Iba á contestar, cuando el maligno canciller tomó una oreja á Pacorrito con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales bromas ocasionan.

Ciego de furor echó mano al cinto y blandió el cuchillo plegadora. Las damas todas prorrumpieron en gritos y la princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto Migajas, sino por el contrario más rabioso, arremetió contra los insolentes y empezó á repartir tizonazos á diestro y siniestro, rompiendo cabezas y brazos que era un primor. Oíanse alaridos de dolor, gritos, amenazas: hasta los pericos graznaban y los gallitos movian sus colas de papel en señal de alarma.

Un momento despues nadie se burlaba de Migajas. El canci-

ller recogía del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse) y todos los emperadores se habian quedado sin nariz. Poco á poco, con saliva y cierta destreza ingénita se iban curando todos los desperfectos; que esta ventaja tiene la cirujía muñequil. La princesa, repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana le trajeron sus pajes, llamó aparte á Migajas. y llevándole á su camarin reservado, le habló á solas de esta manera:

XII

—Querido Migajas, lo que acabas de hacer, léjos de amenguar el amor que puse en tí, lo aumenta, porque has probado tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa grey de muñecos bufones, la peor casta de séres que conozco. Movida por los dulces afectos que me impulsan hácia tí, te propongo ahora solemnemente que seas mi esposo sin pérdida de tiempo.

Pacorrito cayó de rodillas.—Cuando seas mi esposo continuó la señora,—no habrá uno solo de esos emperadores y cancilleres que no te acate y reverencie como á mí misma, porque has de saber que yo soy la reina de todos los que en aquesta parte del mundo existen, y mis títulos no son usurpados sino adquiridos por nacimiento y en virtud de la constitucion muñequil establecida por el supremo Génio Creador que nos gobierna.—Señora, señora mia—dijo Migajas,—mi dicha es tanta que no puedo espresarla.—Pues bien—manifestó la señora con majestad—puesto que quieres ser mi esposo, debo advertirte que para ello es necesario que renuncies á tu personalidad humana.—No comprendo lo que quiere decir vuestra alteza.—Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas nuestras naturalezas no podemos unirnos. Es preciso que tú cambies la tuya por la mia, lo cual puedes hacer fácilmente con solo quererlo. Respóndeme, pues, Pacorrito Migajas, quiéres ser muñeco? La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso á nuestro héroe durante buen rato.

—¿Y qué es eso de ser muñeco?—preguntó al fin.

—Ser como yó. La naturaleza muñequil es quizás más perfecta que la humana. Nosotros carecemos de vida aparente, pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imperfectos sentidos de los hombres, nosotros carecemos de movimiento, de efectos y de palabra, pero no es así. Ya ves cómo nos vemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro destino no es en verdad muy lisonjero por ahora, porque servimos para entretener á los niños de los hombres y aún á los hombres mismos; pero en cambio de esta desventaja somos eternos. ¡Eternos!—Sí; nosotros vivimos eternamente. Si nos destrozan, renacemos de nuestra cenizas y tornamos á vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda á las manos de los niños y de las manos de los niños á la fábrica tirolesa y de la fábrica á la tienda, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos!—repitió Migajas absorto.

—Pasamos malísimos ratos—añadió la señora; pero en cambio de eso no conocemos el morir, y nuestro Génio Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de nuestra raza, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evádir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no podemos pasar al reino humano, á pesar de que á los hombres es dado venir al nuestro convirtiéndose en verdaderos muñecos.—¡Cosa más extraña!—exclamó Migajas lleno de asombro.—Ya sabes todo lo necesario para la iniciacion muñequil. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y responde á mi pregunta: ¿quiéres ser muñeco? La princesa tenia un aire de sacerdotiza antigua, que cautivó más á Pacorrito—Quiero ser muñeco —contestó el granuja con aplomo.

Y al punto la princesa hizo unos endiablados signos en el espacio, pronunciando varias palabrotas que Pacorrito no sabia si eran latin ó caldeo pero que de seguro serian tiroles. Despues la princesa dió un estrecho abrazo á Migajas, y le dijo:—Ahora ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran institucion. Amado esposo mio, bendito seas por los siglos de los siglos. Toda la cohorte de figurillas entró de repente cantando con música de canarios y ruiseñores:—Por los siglos de los siglos.

XIII

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo á la princesa.—¡Es lástima,—dijo ésta,—que nuestras horas de placer sean tan cortas! Pronto tendremos que volver á nuestros puestos. Pacorrito Migajas experimentaba desde el instante de su trasformacion, sensaciones muy extrañas.

La más estraña era haber perdido por completo el sentido de paladar y la nocion del alimento. Todo aquello que habia comido era para él como si su estómago fuera una cesta ó una caja y hubiera encerrado en ella mil manjares de carton; que ni se digerian, ni alimentaban, ni tenian peso, gusto ni sustancia. Además sentia que no era dueño de sus movimientos, y tenia que andar con cierto compas molesto. Notaba en su cuerpo una gran dureza como si todo en él fuera hueso, barro ó carton. Al sentarse, su persona sonaba á porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo. Cuando se quedó solo con la princesa y la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensacion alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de los dos cuerpos duros y frios. Besóla en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu sediento de goces llamaba con furor á la naturaleza. La naturaleza en él era una piedra. Sentia palpitar su corazon como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistian, pero nada más. Lo restante era todo lo que puede ser un muñeco.

La princesa se mostraba muy complacida. ¿Qué tienes, amor mio?—preguntó á Pacorrito viendo su expresion de desconsuelo. Me aburro soberanamente, princesa—dijo el galan.—Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, deliciosos instantes! Si duráráis mucho, no podriamos vivir—A esto llama delicioso vuestra alteza!—exclamó Migajas—¡Dios mio! qué frialdad, qué dureza, qué vacío espantoso, qué rigidez de muerte.—Tienes aún los resabios humanos y el vicio de los escandalosos sentidos del hombre. Pacorrito, modera tus arrebatos ó trastornarás con tu mal ejemplo á todo el imperio muñequil.—¡Vida, vida! sangre, calor, nervios! gritó Migajas con desesperacion, agitándose como un insensato.—Qué es esto que pasa en mí? La princesa le estrechó en sus brazos y besándole con sus rojos labios de cera, exclamó: Eres mio; por los siglos de los siglos. En aquel instante oyóse gran bulla y muchas voces que decian: ¡La hora, la hora!—Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo.—Todo desapareció de súbito á los ojos de Pacorrito: princesa, palacio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

XIV

Se quedó solo y en oscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenia voz. Quiso moverse y no tenia movimiento. Se sentia piedra. Lleno de congoja esperó. Vino por fin el dia, y entónces Pacorrito se vió en su antigua forma; pero todo de un color, y al parecer de una misma materia, cara, manos, ropa, cabello y hasta los periódicos que tenia en la mano. Ya no me queda duda—esclamó llorando por dentro. Soy de barro. Vió que frente á él habia un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado multitud de figurillas y objetos de capricho le hacian compañía.

Estoy en el escaparate. ¡Horror!—pensó.

Un mozo le tomó cuidadosamente de la mano, y despues de limpiarle el polvo lo volvió á poner en su sitio.

Pacorrito vió que en el pedestal donde estaba colocado, habia un papel con esta cifra: 240 reales.—Dios mio, es un tesoro lo que valgo. Esto al ménos le consuela á uno.

Y la gente se detenia por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un

chico en actitud de ofrecer periódicos y cajas de fósforos. Todos alababan la destreza del artista: todos se reian viendo la expresiva fisonomía y la chavacana figura de Pacorrito Migajas; miéntras éste en el fondo de su barro no cesaba de exclamar con angustia:

¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!

B. PEREZ GALDÓS.

# NANTAS

(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

## II

EL baron Danvilliers estaba en el salon que le servia de estudio; una pieza severa, tapizada de cuero, adornada con muebles antiguos. Desde la ante-víspera, estaba como anonadado por la historia que la señorita Chuin le habia contado sobre la deshonra de Flavia. En vano habia tratado ella de tomar los sucesos desde tiempo atrás, y suavizarlos; el viejo habia caido herido bajo el golpe, y solo la esperanza de que el seductor podia ofrecer una suprema reparacion, lo sostenia todavia. Aquella mañana esperaba la visita de ese hombre que él no conocia, y que así le arrebataba su hija; tocó un timbre, y apareció un sirviente.

- José, va á venir un jóven á quien harás entrar. . . . No estoy para nadie más.

Y se quedó pensativo, solo, junto á la estufa. El hijo de un albañil, un saparrastroso que no tenia ni sobre qué caerse muerto! Es cierto que la señorita Chuin lo habia pintado como un jóven de porvenir, pero ¡qué vergüenza para una familia sobre la que nunca habia habido ni una mancha! Flavia se habia acusado con calor para descargar de todo reproche á la sirvienta. Desde aquella esplicacion penosa, estaba encerrada en su cuarto; el baron se habia negado á volverla á ver. Queria, ántes de perdonarla, arreglar personalmente aquel abominable asunto. Todas sus disposiciones estaban tomadas. Pero sus cabellos se habian enblanquecido por completo, y un temblor senil agitaba su cabeza.

—El señor Nantas, anunció José.

El baron no se levantó. Dió vuelta solamente la cabeza y miró con fijeza á Nantas que se adelantaba. Este habia tenido el buen tino de no presentarse vestido de nuevo; habia comprado un redingot y un pantalon negro usado, limpios pero muy gastados, que le daban la apariencia de un estudiante pobre y cuidadoso, que nada tenia de aventurero. Se detuvo en el medio de la pieza y esperó, de pié, pero sin humillacion.

—Con que es usted! balbuceó el viejo.....

Pero no pudo continuar, la emocion lo sofocaba, y temia entregarse á alguna violencia. Despues de un silencio, dijo simplemente:

—Señor, usted ha cometido una mala accion.

Y como Nantas parecia querer disculparse, repitió con más fuerza:

—Una mala accion....! No quiero saber nada; ruego á usted que no trate de esplicarme los hechos. Aun cuando mi hija se hubiera arrojado en sus brazos, el crimen seria siempre el mismo.... Solo los ladrones se introducen así, violentamente en las familias.

Nantas habia bajado la cabeza; el viejo continuó:

—Es una dote ganada fácilmente; era una trampa en que estaba usted seguro de cazar á la hija y al padre....

—Permita vd., señor, interrumpió el jóven que se indignaba.

Pero el baron con un ademan terrible, siguió:

—¿Qué? ¿qué quiere usted que le permita?..... Usted no tiene nada que hablar aquí. Yo le digo lo que debo decirle y lo que debe usted oir, ya que usted viene ante mí como un culpable.... Usted me ha ultrajado! Vea usted esta casa donde mi familia ha vivido durante tres siglos sin una mancha; ¿no siente vd. aquí un honor secular, una tradicion de dignidad y de respeto? Pues bien, señor, usted ha abofeteado todo eso. He estado, á punto de morir, y hoy mis manos tiemblan, como si repentinamente hubiese envejecido diez años.... Cállese usted y óigame.

Nantas se habia puesto muy pálido. Habia aceptado un papel bastante pesado. Sin embargo, quiso pretestar la ceguedad de la pasion.

—He perdido la cabeza, murmuró tratando de inventar una novela. No he podido ver á la señorita Flavia sin.....

Al oir el nombre de su hija, el baron se puso en pié y gritó con una voz de trueno:

—Cállese usted! Ya he dicho que no queria saber nada, que mi hija haya ido á buscarlo á vd., ó que sea usted quien la ha buscado á ella, nada me importa. A ella nada le he preguntado, ni á usted le pregunto tampoco nada. Guarden ámbos sus confesiones; es una inmundicia de que no quiero enterarme.

Y volvió á sentarse, tembloroso y desfallecido. Nantas permanecia cabizbajo, profundamente turbado, apesar del dominio que tenia sobre sí mismo. Despues de un momento de silencio, él continuó con la voz seca de un hombre que arregla un negocio:

—Pido á usted disculpa. Habia hecho propósito de conservar mi sangre fria. No es usted quien me pertenece, sino yo quien pertenece á usted, pues que estoy á su discrecion. Ha venido usted para ofrecerme una transaccion que se ha hecho necesaria—trancemos pues.

Y desde entónces afectó hablar como un abogado que arregla amigablemente algun pleito vergonzoso, en el cual interviene con disgusto. Dijo tranquilamente:

—La señorita Flavia Danvilliers ha heredado, á la muerte de su madre, una suma de doscientos mil francos, de la que solo empezaria á disfrutar desde el dia de su matrimonio. Esta suma ha producido intereses. Aquí están, por lo demás, las cuentas de mi tutela que quiero mostrar á usted.

Y al decir esto, habia abierto una cartera, y empezó á leer cantidades. Nantas trató inútilmente de detenerlo. En aquel momento, estaba afectado de cierta emocion, frente á aquel viejo, tan recto y tan sencillo, que le parecia tan grande desde que se habia calmado.

—Por fin, continuó el baron, en el contrato que mi escribano ha escriturado esta mañana reconozco á usted un aporte de doscientos mil francos al matrimonio. Yo sé que usted no tiene nada. Recibirá usted los doscientos mil francos de manos de mi banquero al dia siguiente del casamiento.

—Pero señor, dijo Nantas, yo no le pido á usted su dinero; yo no quiero más que su hija...

El baron le cortó la palabra:

—Usted no tiene el derecho de rehusar, y mi hija no puede casarse con un hombre ménos rico que ella... Doy á usted el dote que le destinaba á ella; eso es todo. Tal vez habia creido usted encontrar mayor fortuna, pero me creen más rico que lo que realmente soy.

Y, como el jóven quedase mudo ante aquella última crueldad, el baron puso fin á la entrevista llamando al sirviente y diciéndole:

—José, di á la señorita que la espero ahora mismo en mi escritorio.

Se habia puesto de pié, y sin decir una palabra más empezó á pasearse lentamente. Nantas permanecia parado, inmóvil. Estaba engañando á aquel viejo ante el cual se sentia pequeño y sin fuerza. Flavia entró.

—Hija, le dijo el baron, ahí tienes á este hombre. El matrimonio se efectuará en el plazo legal.

Y se alejó, dejándolos solos, como si para él estuviese consumado el casamiento. Cuando la puerta se cerró, quedaron ámbos en un largo silencio, mirándose. Era la primera vez que se veian. A él le pareció ella muy linda, con su rostro pálido y altivo, con sus grandes ojos oscuros que no se bajaban, tal vez habia llorado durante los tres dias en que no habia salido de su cuarto, pero la frialdad de aquellas mejillas debia haber helado sus lágrimas.

Ella fué quien rompió el silencio:

—Es decir, señor, que está ya terminado este asunto.

—Si señora, contestó simplemente Nantas.

Ella hizo un gesto involuntario, examinándolo con una larga mirada que parecia buscar en él la bajeza.

—Entónces, tanto mejor, continuó Flavia. Temia no encontrar una persona que aceptase semejante negocio.

Nantas compredió, en el tono de su voz, todo el desprecio con que ella

lo anonadaba. Pero en seguida irguió la cabeza. Si había temblado ante el padre sabiendo que lo engañaba, creía que debia mostrarse firme y resuelto frente à la hija, que era su cómplice.

—Perdon, señora, dijo Nantas tranquilamente y con mucha delicadeza, creo que usted está equivocada respecto à la situacion que ha creado para àmbos esto que con toda justicia ha llamado usted un negocio. A mi entender, desde hoy nos ponemos à un mismo nivel...

—Ah! verdaderamente, interrumpió Flavia con una sonrisa desdeñosa

—Sì, continuò el jòven, completamente à un mismo nivel... Usted tiene necesidad de un nombre para ocultar una falta que no quiero permitirme juzgar, y yo le doy el mio. Por mi parte, tengo necesidad de dinero, de cierta posicion social, para llevar à cabo grandes empresas, y usted me proporciona ese dinero. Somos desde hoy dos socios cuyos capitales se balancean, y solo nos falta darnos mùtuamente las gracias por el servicio que uno à otro nos hacemos.

Ella ya no sonreia. Un ceño de orgullo irritado plegaba su frente. Sinembargo, no contestò. Despues de un momento de silencio dijo.

—¿Conoce usted mis condiciones?

—No señora, respondió Nantas que conservaba una calma perfecta. Dìgnese usted dictármelas, y yo de antemano me someto.

Entònces ella se esplicò francamente, sin una hesitacion ni un rubor:

—Usted nunca será mi marido más que de nombre. Nuestras vidas seràn completamente distintas y separadas. Usted abandonarà todos sus derechos sobre mì, y yo no tendrè ningun deber para con usted.

A cada frase, Nantas aceptaba con un movimiento de cabeza. Aquello era lo que èl deseaba, y dijo:

—Si yo creyese deber ser galante, yo diria à usted que esas condiciones tan duras me desesperan. Pero estamos por encima de esos cumplimientos insìpidos. Me alegro mucho de ver el valor con que usted encara nuestras respectivas posiciones. Entramos en la vida por un sendero en el que no se recojen flores... Solo pido à usted una cosa, señora, y es que no use usted de la libertad que le dejo de una manera que haga necesaria mi intervencion.

—Señor! esclamò violentamente Flavia, cuyo orgullo se exasperò.

Pero èl se inclinò respetuosamente, pidiéndole que no se resintiese. La posicion de àmbos era delicada; debian tolerarse mùtuamente ciertas alusiones, à fin de que su relacion no se hiciese imposible. El no quiso, insistir. La señorita Chuin, en una segunda entrevista, le habia contado la falta de Flavia. Su seductor era un tal Mr. de Fondettes, casado con una de sus amigas del convento. Estando en casa de esa amiga, pasando con ella una temporada de verano en el campo, se habia encontrado una noche entre los brazos de aquel hombre, sin saber precisamente còmo habia sucedido aquello, ni hasta què punto habia ella consentido. La señorita hablaba del asunto dando à entender que se trataba casi de una violacion.

De repente, Nantas tuvo un arranque amistoso. Como todos los que tienen conciencia de su fuerza, à èl le gustaba ser bueno.

—Señora, dijo, nosotros no nos conocemos, pero verdaderamente hariamos mal en detestarnos asì, à primera vista. Tal vez hemos nacido para entendernos..... Bien veo que usted me desprecia, pero es porque ignora usted mi historia.

Y empezò à hablar con fiebre, apasionàndose, contando su vida devorada por la ambicion en Marsella, esplicando la desesperacion de sus dos meses de inùtiles esfuerzos en Paris. Despues, manifestò su desden por eso que èl llamaba convenciones sociales, à que se apega la generalidad de los hombres. Què importa la opinion de la muchedumbre cuando se ha puesto el piè sobre ella! Se trataba de hacerse superior á todo eso. Y à grandes rasgos pintò la vida soberana que èl sabria conquistarse. Ya no temia ningun obstàculo, porque nada se resiste à la fuerza. Él seria fuerte, y seria feliz.

—No me crea usted estùpidamente interesado, agregò. Yo no me vendo por su fortuna. Yo no me tomo su dinero sino como un medio de subir muy alto... Oh! si viera usted todo lo que en mì se agita si usted supiera las noches ardientes que yo he pasado soñando siempre lo mismo, atraido sin cesar por la realidad del mañana, entònces usted me comprenderia; estaria usted orgullosa de apoyarse en mi brazo diciéndole que me dá los medios de llegar por fin à ser algo!

Ella lo oia inmòvil, sin que un solo gesto alterase la impasibilidad de su rostro. Y èl se preguntaba algo que hacia tres dias lo preocupaba sin acertar à darse una respuesta: ¿lo habria ella visto ya en la ventana de su cuarto, al aceptar tan de repente el proyecto de la señorita Chuin cuando èsta se lo habia nombrado? Le vino la idea singular de que ella se hubiera tal vez enamorado de èl romànticamente, si èl hubiese rechazado con indignacion el negocio que la ama de llaves habia ido à proponerle.

Nantas callò, y Flavia quedò como de hielo. Despues, como si èl no le hubiese hecho ninguna confesion, ella repitiò secamente:

—Asì, estamos convenidos - Serà usted mi marido en el nombre solamente, nuestras vidas quedan separadas, y una libertad absoluta.

Nantas volviò à tomar su aire ceremonioso, y el tono breve de un hombre que discute un convenio:

—Aceptado, señora.

Y se retirò, descontento de sì mismo. ¿Còmo habia podido ceder à la estùpida tentativa de convencer à aquella mujer? Ella era muy linda, y valia màs que no hubiera nada de comun entre ellos dos, porque podia contrariarlo en sus proyectos.

*(Continuará)*

# Vorrei morire!

HACIA muchos años ya que las vicisitudes de la vida me habian alejado de ella, pero su recuerdo se despertaba siempre en mì impregnado de tristeza, como de un algo querido que habia perdido para siempre. De vez en cuando la veia, sonriente, alegre, dichosa al parecer, como aturdida entre el bullicio del mundo, y envidiando su felicidad, acallaba las emociones que su vista agitaba en mì, como temeroso de causarla un disgusto haciéndole saber el daño que inocentemente me hacia.

Habia concluido por vencerme á mì mismo, no por virtud, sino persuadido de mi impotencia para salvar un imposible, como se resigna con su suerte el ave herida, que ni siquiera intenta aletear para llegar al nido de sus amores.

Apesar de los años transcurridos, era siempre la misma, con su cabeza fina poblada de ondeados cabellos negros, con su rostro lijeramente moreno, con sus ojos profundamente oscuros, radiantes de luz como brillantes negros, engarzados dentro del gracioso arco de las cejas, y realzados por el circulo azulado que sombreaba sus parpados, como la huella del fuego que por sus venas corrìa.

Nadie la comprendia como yo; nadie sabia adivinar toda la pasion que animaba à aquella mujer escepcional que se consumìa dentro de la vulgaridad que la rodeaba, como se consumen en los invernaderos las plantas que aman la luz, el sol y el ambiente.

¿A quien queria? ¿què secreta pasion era la que traicionaba el fulgor de sus ojos, y el movimiento inquieto de sus labios que parecièn buscar en el aire algo que su ardiente fantasia le forjaba y que no se hacia carne en la realidad? Tal vez ni ella misma lo sabia. Amaba, porque el amor estaba en su alma como está el perfume en las flores, como está el trino en la garganta de los ruiseñores; nacida ella para amar, como nacen para perfumar los jazmines, y para trinar las avecillas del bosque.

Y era en vano que lo negase; inùtil que pretendiese hacer creer que su destino era vegetar en aquella monotonia de vida, en aquella atmosfera pesada y vulgar, y rodeada de aquel circulo apàtico que no sabia leer en sus brillantes miradas todo el drama de pasion que en su interior germinaba, y que por fuera se revelaba en la intensidad que cobraban aquellas franjas azuladas que sombreaban sus ojos, y en la fiebre que abrasaba sus manos largas y finas.

Desahogaba la tristeza de su destino no en raudales de làgrimas como las mujeres vulgares, sino en raudales de armonìa, en notas que salìan

de su pecho impregnadas de un extraño sentimiento, que arrancaba aplausos á los imbèciles, y que hería todas las fibras de mi organismo, causándome espasmos indefinibles, mezcla de voluptuosidad y de dolor trasportes de placer y desfallecimientos de amargura, despertando en mi emociones que nunca habia sentido y que no volvia à sentir hasta que la mágia de su voz tornaba à agitarlas, como si hubiera en mi organismo resortes solo sensibles al encanto de sus notas, llenas de infinita ternura, moduladas no por el arte, sino por la pasion; algo asi como la espresion de un lenguage mistico de una religion de que ella era ùnica diosa, y yo el único creyente, porque solo yo lo comprendia, y solo ella lo sabia.

Recuerdo todavia la ùltima vez que la oi. Estabamos solos, ella indiferente y yo absorto en seguir los vivaces movimientos de su accion, y en sorprender los relàmpagos que brotaban de sus ojos en ciertos pasages del dialogo insustancial que sosteniamos para no estar callados, ella por no fastidiarse, y yo por no traicionar lo que en un momento de silencio seguramente hubiese revelado mi espresion. Al mismo tiempo que hablaba, ella recorria descuidadamente el teclado del piano, iniciando de cuando en cuando algunos temas de sus romanzas predilectas, y borràndolos despues entre arpegios y acordes caprichosos.

De repente, sin prevenirmelo, empezò à cantar una romanza de Tosti, llena de sentimiento, cuyas notas y cuyas palabras parecian brotarle del alma, como si ellas tradujesen sus deseos. Queria morir! queria romper las ligaduras que la ataban á una vida banal è insipida, para remontarse à otra mas espiritual en que fuese comprendida la delicadeza de su espiritu y la intensidad de su pasion.

*Vorrei morire!* cantaba con notas prolongadas, lànguidas, llorosas, como si la voz saliese de su pecho mojada en làgrimas; y queria morir en una tarde tibia y serena de la estacion en que las golondrinas tejen su nido y el campo se viste de nuevas flores. Quería morir en la hora apasionada en que el sol dà su ùltimo beso de fuego à la naturaleza, y en que las violetas pliegan sus pètalos para dormir bajo las yerbas del prado.

Y con tal espresion manifestaba aquel intimo deseo de morir, habia tal sùplica en sus notas y tanto fervor en sus miradas, que cuando concluyò con aquellos acentos graves, solemnes, impregnados de una melancolia suprema con que termina la romanza, diciendo *e sul morir del giorno*, yo me acerquè instintivamente á ella para impedir que volase à las esferas que su mirada perdida en el vacio parecia entrever, tomè entre mis manos las suyas que abrasaban, volviò à mi sus ojos, algo como un relàmpago de inefable voluptuosidad brotò en ellos, y sin quererlo, sin pensarlo talvez, nuestros labios se juntaron en un deleite infinito.

Pero al instante recobrò ella su dominio, y no airada por mi osadia, pero si mortificada en su egoismo de mujer que no quiere vivir en las agitadas emociones de la pasion, me apartò de su lado, y con una palabra cruelmente fria, me alejò para siempre.

Desde entònces no la veo, pero su recuerdo me persigue siempre, acrecentàndose à medida que su indiferencia me aleja de ella màs y màs, inundando todo mi ser, desalojando mi yo para llenar ella sola mi vida, mi pensamiento y todo lo que en mi palpita y siente.

Ella sigue haciendo su vida monòtona, encerrada en su egoismo, sonriente y alegre al parecer como àntes, mientras yo, ruedo tambien por el mundo, en apariencia tranquilo y apàtico pero devorado por dentro por el filtro que bebi en sus ojos en aquel instante de suprema dicha; y como ella lo deseaba aquella tarde, yo tambien *vorrei morire*, pero no en la estacion en que se aman las golondrinas, ni en la hora en que *tramonta il sole*, sino teniendo entre las mias sus manos abrasadoras, y mis ojos fijos en sus ojos, brillantes de pasion y hùmedos de ternura, rodeados de aquella franja azulada que es como la huella del fuego que circula en sus venas de mujer apasionada, pero que ha sabido subyugar su pasion à su egoismo.

FANTASIO.

# ¡Excelsior!

DEDICADO À LAS NIÑAS DE LA ESCUELA DE TERCER GRADO N.° 2, EN EL ACTO DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

ADMIRABLE falange del futuro!...
Yo quisiera brindaros este dia
Un canto, condensando en cada estrofa
Tesoros de infinita poesía...
Un espléndido canto,
Risueño, cual las blancas ilusiones
Que forjan en su cándida inocencia
Los que no saben de dolor ni llanto;—
Entusiasta, cual tiernos corazones
Que llevan como el ànsia de otra vida,
Cuando el amor, dulcísimo tirano,
Del sentimiento en la incorpórea fuente
A beber esperanzas los convida;—
Y puro, cual los besos maternales,
Halagos no aprendidos de las almas,
Que sellarán vuestras modestas frentes,—
Despues que recibais, niñas valientes,
De la victoria intelectual las palmas!...

—

Mi acento será pobre,
Pobre como las plantas en invierno,
Por más que el ánsia al corazon le sobre
De que traduzca el labio el canto tierno
Que duerme en lo interior, como en las cuerdas
De la olvidada lira,
Duermen las notas mágicas y esperàn
Que las despierte el alma que suspira!...
Seré para vosotras, niñas puras,
Nó el ruiseñor de la floresta amena
Que libre de cuidados y amarguras
En la feraz naturaleza misma
Estudia el himno que las almas llena,—
Sinó el ave, que solo
Llega de paso á los ardientes climas...
El pájaro perdido
Que breve tiempo, aunque nació en el polo,
En la region del trópico hace el nido,—
Y enfermo por su atmósfera de fuego,
Por tanta exhuberancia de poesía,
Sincero eleva, en su entusiasmo ciego,
Canto sin ritmo al despertar del dia!..

—

Vosotras sois la aurora,
Sereis mas tarde escintilantes astros,
Pues ya os dejó la ciencia redentora
En los cerebros, sus fecundos rastros...
Luceros de luz própia, precursores
De otros dias espléndidos y azules,
Que en lluvia de plateados resplandores
Disiparán del cielo de ignorancia
Los tenebrosos tules,
Sepultando su noche à la distancia.
Angeles sois del cielo descendidos,
Los ángeles mejores, los sin álas...
De la tierra los séres elegidos
Perfumes del hogar, luces y gálas..
El porvenir, sin bruma en la conciencia,
Las glorias de la pátria y la familia;
La reforma social, la dulce homilia
Del evangelio santo de la ciencia!..

Seguid, niñas, la marcha,
Y el surco del arado
Podrá llegar á la region de escarcha,
A los campos fatídicos de errores
Donde vaga el fantasma del pasado.
Seguid con fé, tranquilas
Que el futuro os prepara dias mejores...
Si alguna sombra os estorbase el paso,
Teneis bastante luz en las pupilas
Para darle su tumba en el ocaso.—
En las pupilas, pálidas estrellas
De los cielos sin nubes de la mente...
Focos de luz de rápida corriente
Que donde toque dejará sus huellas!..

—

A vosotras, las hijas del progreso,
Os brindo versos pobres cual mi gloria...
Os brindo aplausos justos, mas no tantos
Que por sentir del entusiasmo el peso,
Olvidadiza quede mi memoria...
Debo cumplir otros deberes santos!..
Glorificar tambien á la Minerva
Que iluminó el arcano
Y el sacro fuego del saber conserva,
Como la virgen del antiguo culto
La luz perpétua en el altar pagano...
Glorificar á quien siguió su ejemplo
Y se adelanta al porvenir, de prisa...
A la primera y fiel sacerdotisa
Que dióle ayuda y ofició en su templo!

RICARDO SANCHEZ.

Diciembre de 1883.

# EN HORAS NEGRAS

AH! ¿por qué quieres desatar al canto
la voz que el nudo del martirio ahoga?...
¡Déjame á solas devorar mi llanto!
¡Deja dormir el *ay* en mi laúd!
Escucha... Dentro de mi sér yo siento
suicidarse el poeta lentamente,
y ya la inspiracion brilla en mi frente
como el blandon que alumbra un ataúd!

—

¡Cantar!... ¿No sabes que en silencio lloro
quizá, muerta al nacer, mi flor de gloria,
quizá el desden de la mujer que adoro,
quizá el rigor de la miseria cruel!
¡Cantar!... ¿No sabes si en la vida mia
lecho de espinas deparó el recuerdo,
do el alma ruge la blasfemia impia,
envuelta en llanto y rebosando en hiel!

—

Como un viajero en el desierto polo,
cautivo en cárcel de perenne hielo,
así me veo en miserable duelo,
así de triste y solitario estoy!
Pero en el polo boreal aurora
brilla, aunque brille para huir ligera...
¡En mí la noche sin descanso impera,
cautivo eterno de la sombra soy!

—

. . . . . . . . . . . . . .

¡Ya ves!... No quieras desatar al canto
la voz que el nudo del martirio oprime.
Déjame á solas devorar mi llanto,
deja dormir el *ay* en mi laúd.
¡Ya sabes!... Dentro de mi sér yo siento
suicidarse el poeta lentamente
y ya la inspiracion brilla en mi frente
como el blandon que alumbra un ataúd!

CIPRÉS.

# PASATIEMPO

EN un Club, despues de comer, se habla de matrimonio.

—Cuando me case, dice un jóven *high-life*, si mi suegra me incomoda, sin titubear, la estrangulo!

Un viejo caballero:

—Hé ahi un jóven que tomaria con mucho gusto por *yerno*.



Se interroga al niño Jorge sobre el novio de su hermana mayor.

—¿Y qué edad tiene?

—No sé.

—¿Pero, es jóven?

—Ya lo creo... ¡Todavía no tiene cabellos!

Una jóven y su novio se presentan ante el párroco.

Este hace la pregunta acostumbrada:

—¿Consentís en tomar por esposo, etc.?

La novia responde con foda franqueza:

—No.

El sacerdote con voz serena:

—¿Por qué habeis esperado hasta ahora para negaros al matrimonio?

- Porque sois la primera persona que me pide mi opinion.

En el restaurant:

Un cliente examina su plato con justa desconfianza.

—¡Mozo! ¿Está Vd. muy seguro de que este pescado sea fresco?

—No podria decirle al señor; no hace sinó ocho dias que estoy en la casa.

Sábese que la primera ascension femenina del Monte Blanco fué efectuada hace cuarenta años por una francesa, la señorita d'Angerville, dotada, nos dice la crónica, de un temperamento vigoroso y de un carácter asaz original.

Habiendo llegado á la cumbre del gigante de los Alpes, preguntó á su guia si no podria trepar más arriba.

—Imposible, señora, repuso le interpelado.

—Pues bien, vais á ver cómo subo más arriba.

Y de un salto se encaramó sobre las espaldas del guia.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 20

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| C 4 R | P toma C |
| T 1 AR | P 7 R |
| T toma P (jaque) | P toma T |
| D 1 AD (mate) | |
| 1.ª *variante* | |
| C 4 R | P 7 R |

| | |
|---|---|
| D 1 AD (jaque) | R 5 CR |
| D toma P (jaque) | R 6 TR |
| D toma P (mate) | |

*2.ª variante*

| | |
|---|---|
| C 4 R | P 7 AR |
| D 2 CR | R 5 CR |
| D toma P (jaque) | R 4 TR |
| D toma P (mate) | |

*3.ª variante*

| | |
|---|---|
| C 4 R | P 7 CR |
| D 2 TR (jaque) | R 5 CR |
| D 3 CR (jaque) | R 4 TR |
| D toma P (mate) | |

*4.ª variante*

| | |
|---|---|
| C 4 R | R 5 CR |
| D 5 TR (jaque) | R toma D |
| C 6 AR (jaque) | R 5 T |
| T 1 TR (mate) | |

—

Tiene otras variantes de fácil solucion.

Eduardin, El Duende y Ed. Loedel, enviaron la solucion de este problema.

## FUGA DE VOCALES

*¡Desatad el raudal de la armonia,*
*Cantad, poetas! inmortal memoria*
*Es dulce premio á la feliz victoria*
*Que tanto, tanto, conquistar se ansia.*
*¿No hay pan en vuestro hogar? Qué frusleria!*
*¿Quién piensa en eso cuando sobra gloria?*
*¡Prosa, vil prosa! ¡deleznable escoria!*
*¡Más alto mora la gentil poesia!*
*¿Qué importa que á la misera envoltura*
*El hambre aqueje si la sien rodea*
*Lauro que un algo de inmortal augura?*
*Más dulce el ave en su dolor gorjea*
*¡Cantad, cantad, que el himno de amargura*
*Más grato acaso para el vulgo sea!*

—

Una Floridense, Rafeto, Inès y Fugo, enviaron la solucion.

## SALTO DE CABALLO

*Tengo unas matas de flores*
*Que al verlas tristes, las riego,*
*Y llenas de vida luego*
*Esparcen suaves olores.*
*Mas no recobran su encanto*
*Las flores del alma mia*
*Por más que no pasa dia*
*Sin que las riegue con llanto.*

—

Fuè resuelto por Rafeto, Riana, Astro y Una Floridense

## GEROGLÍFICO Y CHARADA

*De mi primera repetida hay más de uno—la segunda se toma en tasa—y mi todo en el muelle.*

—

La solucion es *Bote*, y fuè remitida por S., Rafeto, Una Floridense, El Negro y Riana.

## CHARADAS

De las mujeres es prenda
*Dos prima*, mas no la ves,
Y tambien hubo una santa
De ese nombre ¿comprendeis?

—

Es fruta *dos* y *tercera*,
*Primera* y *tercia*, una res;
Si hermanas ha vuestro padre,
Mi *cuarta y quinta* teneis.

—

Si sois mujer y bonita,
*Tercia* y *primera* sereis
Pues nadie hechiza cual ellas
A los hombres ¿me entendeis?

—

¿No entendeis? Pues culpa mia
Esa falta no será
Sino del *todo* endiablado
Que aquesta charada dá.

OTRA

De *tres cuarta* y *quinta* presa
Mi *cinco tercera* y *cuarta*,
Derrotado se dió al diablo
Por no valerle *una* y *quinta*.

—

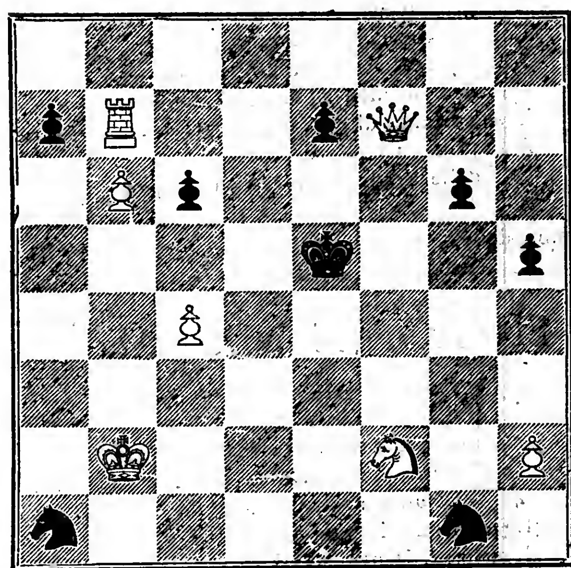
Qué *todo* se armó aquel dia
Entre cristianos y herejes!
Hubo egipcio que fué á dar
Adonde *prima* y *dos* crece.

## PALABRAS DESCOMPUESTAS

Duejeag—Rupvoal—Cantrise—Nigurecta.

**Problema de Ajedrez por Manfredi**

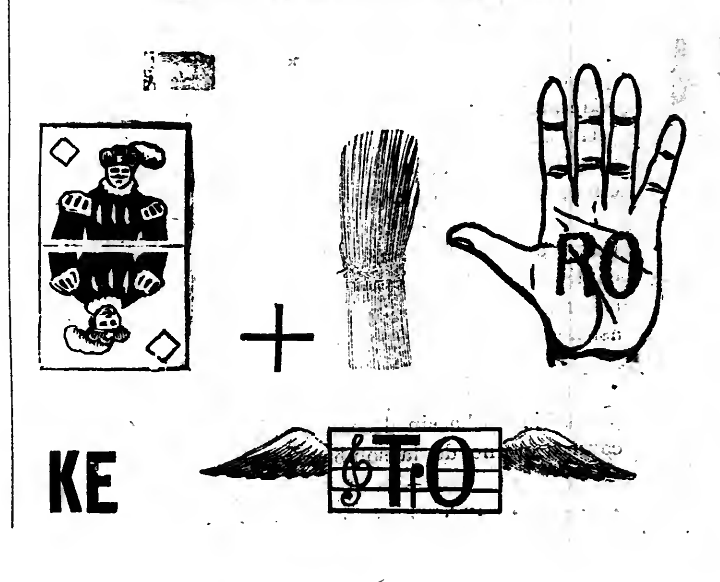
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## GEROGLÍFICO NÚM. 21





# EL LUNES DE LA RAZON



PERIÓDICO LITERARIO

*Diciembre 31 de 1883.* *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 22.*

## NANTAS



(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

*Continuacion*

III

HABIAN trascurrido diez años. Una mañana, Nantas se encontraba en el escritorio en que el baron Danvilliers lo habia recibido tan ásperamente cuando la primera entrevista. Ahora, aquel escritorio era el suyo; el baron, despues de haberse reconciliado con su hija y con su yerno, les habia entregado su casa, reservándose solo un departamento situado al otro estremo del jardin, sobre la calle de Beaune. En diez años, Nantas habia conquistado una posicion financiera é industrial de las más elevadas.

Ligado á todas las grandes empresas de caminos de hierro, lanzado á todas las especulaciones sobre tierras que se iniciaron durante los primeros años del Imperio, habia realizado rápidamente una fortuna inmensa. Pero su ambicion no se limitaba á eso; queria conquistar una posicion política, y habia conseguido hacerse nombrar diputado por un distrito en que poseia vastas propiedades.

Desde su ingreso al Cuerpo Legislativo se habia presentado como futuro Ministro de Hacienda. Por sus conocimientos especiales y su fácil palabra, ganaba dia por dia en importancia. Por lo demas, sabia demostrar su completa adhesion al Imperio, sin dejar por esto de tener teorías propias en materia de finanzas, que llamaban mucho la atencion y que él sabia que preocupaban sèriamente al Emperador.

Aquella mañana, Nantas estaba recargadísimo de tareas. En los vastos bufetes que habia instalado en el piso bajo de la casa, reinaba una actividad prodigiosa. Aquello era un mundo de empleados, inmóviles los unos tras de sus escritorios, y los otros yendo y viniendo sin cesar; era un ruido de oro continuo, bolsas abiertas derramándose sobre las mesas, la música de una caja cuyas ondas parecia debian inundar las calles. En la antesala, se apiñaba la muchedumbre de solicitantes, de comerciantes, de hombres de la política, todo Paris de rodillas ante la fortuna. Muchas veces, grandes personajes esperaban allí pacientemente durante una hora. Y Nantas, sentado en su bufete, en correspondencia con las provincias y con el estranjero, pudiendo con solo estender los brazos estrechar al mundo entero, realizaba al fin su antiguo sueño de fuerza, y se consideraba el motor inteligente de una máquina colosal que removia los reinos y los imperios.

Nantas llamó al ugier que cuidaba la puerta. Parecia preocupado.

—German, le dijo, ¿sabes si ha vuelto la señora?

Y como el ugier contestase que no lo sabia, le mandó que llamase á la camarera de la señora. Pero German no se retiró.

—Perdon, señor, balbuceó, ahí está el Presidente de la Cámara que insiste por entrar.

Nantas hizo un gesto de mal humor, diciéndole al mismo tiempo:

—Pues bien, hazlo entrar, y haz lo que te he mandado.

La víspera, en una cuestion importante del presupuesto, un discurso de Nantas habia causado tal impresion, que el artículo que se discutia habia sido devuelto á la comision respectiva para enmendarlo en el sentido que él habia indicado. Despues de la sesion habia circulado el rumor de que el ministro de hacienda iba á presentar su renuncia, y ya se designaba al jóven diputado como su sucesor. El se encogia de hombros; lo único que habia era una conferencia tenida con el Emperador sobre algunos puntos especiales. Sin embargo, la visita del Presidente de la Cámara podia tener una alta significacion. Pareció sacudir la preocupacion que lo embargaba, se levantó, y estrechando las manos del Presidente, dijo:

—Ah, señor duque, pido á usted perdon. Ignoraba que estuviese usted ahí... Estoy sumamente agradecido al honor que usted me hace.

Durante un momento, conversaron ámbos cordialmente. Despues, el Presidente, sin avanzar nada definitivo, le dió á entender que habia sido enviado por el Emperador para sondearlo sobre si aceptaria la cartera de hacienda y con qué programa. Entónces, Nantas, con altiva sangre fria, planteó sus condiciones.

Pero, bajo la impasibilidad de su rostro, dejaba adivinar la satisfaccion del triunfo. Por fin iba á subir el último escalon para llegar á la cumbre. Un paso más, y todas las cabezas estarian por debajo suyo.

A tiempo en que el Presidente concluia diciendo que iba en el acto á ver al Emperador para comunicarle el programa debatido, se abrió una pequeña puerta que comunicaba con las piezas interiores, y apareció la camarera de la señora.

Nantas, que de repente se habia puesto pálido, no acabó la frase que tenia en los labios. Se adelantó hácia la camarera, murmurando.

—Perdone Vd., señor duque....

Y en voz baja preguntó á la sirvienta si la señora habia salido temprano, si habia dejado dicho dónde iba y cuándo volveria. La camarera contestó con palabras vagas, como muchacha inteligente que no queria comprometerse. Comprendiendo la inutilidad de aquel interrogatorio, Nantas acabó por decir simplemente:

—Así que vuelva la señora, adviértele que deseo hablar con ella.

El duque, sorprendido, se habia aproximado á una ventana y miraba al patio. Nantas se dirijió á él pidiéndole nuevas escusas; pero habia perdido ya su sangre fria y balbuceó palabras inconexas.

—Vamos, he echado á perder el asunto, exclamó en voz alta así que el Presidente se retiró. Hé ahí una cartera que se me escapa.

Y permaneció en un estado de inquietud, alterado por accesos de cólera. Otras muchas personas fueron introducidas. Un ingeniero le presentó un informe sobre los beneficios enormes realizados en una esplotacion de minas. Un diplomático le habló de un empréstito que una potencia vecina queria colocar en Paris. Otros le dieron cuenta de veinte asuntos diferentes. Por último, recibió á muchos de sus colegas de la Cámara que se deshacian en elogios exajerados sobre su discurso de la víspera. El, recostado en su sillon, aceptaba todo aquel incienso sin una sonrisa. El ruido del oro continuaba en las oficinas; una trepidacion de maquinaria hacia temblar las paredes, como si allí se fabricase todo aquel oro que sonaba. Con solo tomar la pluma, él podia expedir despachos cuyo contenido alegraria ó consternaria á los mercados europeos; él podia impedir ó precipitar la guerra, segun apoyase ó combatiese el empréstito de que le habian hablado. Aquello era el triunfo; su personalidad exaltada á la cumbre, era el centro en

dor del cual giraba todo un mundo. Y sin embargo, èl no saboreaba aquel triunfo como lo habia esperado.

Se sentia desfallecido, con el espìritu abstraido, impresionable al menor ruido. Cuando una llamarada, una fiebre de ambicion satisfecha coloreaba sus mejillas, se sentia palidecer en seguida, como si por detràs, bruscamente, una mano fria lo hubiese tocado en la nuca.

Eran màs de las dos de la tarde, y Flavia no habia vuelto todavìa. Nantas llamò à German para encargarle que fuese à buscar al señor Danvilliers si estaba en sus habitaciones. Cuando se quedò solo, empezò à pasearse por el escritorio, negàndose à recibir à nadie màs.

Poco à poco, su agitacion habia aumentado. Indudablemente su mujer habia ido à alguna cita. Debia haber reanudado sus relaciones con Mr. Fondettes, que habìa enviudado hacìa seis meses. Nantas no queria aparecer celoso; durante diez años habìa cumplido estrictamente las condiciomes establecidas por Flavia, pero no queria caer en el ridìculo Jamàs permitiria que su mujer comprometiese su posicion, hacièndolo la mofa de todos. Y su fuerza lo abandonaba; aquel sentimiento de mando que queria solamente ser respetado lo preocupaba de una manera que nunca habìa esperimentado, ni aun cuando en los comienzos de su fortuna se lanzaba à las màs arriesgadas empresas.

Flavia entrò, vestida aun con traje de calle; solo se habia quitado el sombrero y los guantes. Nantas, cuya voz temblaba, le dijo que hubiera subido à sus habitaciones si ella le hubiera hecho saber que estaba ya de vuelta. Pero ella, sin sentarse, como un cliente apurado, le hizo un gesto como pidièndole que le dijese presto lo que tuviese que decirle.

—Señora, empezò Nantas, se ha hecho necesaria una esplicacion entre nosotros..... ¿Dònde ha ido V. esta mañana?

La voz temblorosa de su marido y la brusquedad de la pregunta, la sorprendieron en estremo.

—He ido, contestò con tono frio, donde se me ha antojado.

—Precisamente es eso lo que quiero evitar en adelante, continuò Nantas, ponièndose muy pàlido. Usted debe recordar lo que yo le he dicho, esto es, que no tolerarè que use usted de la libertad en que la dejo dè una manera que deshonre mi nombre.

Flavia sonriò con soberano desprecio.

—Deshonrar su nombre, señor! Eso le concierne à usted; es una tarea que ya no hay que hacer.

Nantas entònces, en un arrebato de locura, se adelantò como si quisiera pegarle, balbuceando:

—Desgraciada! tù sales de los brazos del señor Fondettes... Tù tienes un amante, y yo lo sè.

—Usted se engaña, señor, contestò ella sin retroceder ante la amenaza; jamàs he vuelto à ver à Mr. des Fondettes.... Pero aunque tuviese un amante, usted no me lo podria reprochar. ¿Què mal habria para usted en ello? Parece que olvida usted nuestro convenio.

El la mirò un instante con espresion ceñuda; y en seguida, conmovido por los sollozos, dando à su voz una pasion contenida por largo tiempo, se arrojò à sus plantas, exclamando:

—Flavia! te amo!

Ella, rìgida, se apartò porque èl le habia tocado el estremo del vestido, pero el desgraciado la seguia arrastràndose sobre las rodillas, con las manos en ademan de sùplica.

—Yo te amo, Flavia, te amo como un loco... Yo no sè còmo ha venido esto, pero hace años ya que te amo, hasta que tu amor me ha invadido por completo. Oh! yo he luchado; yo consideraba esta pasion indigna de mì, recordando nuestra primer entrevista. Pero hoy sufro ya demasiado, y es necesario que te lo diga...

Asì continuò por largo rato. Aquello era desbaratar todas sus creencias. Aquel hombre que habia puesto su fè en la fuerza, que sostenia que la voluntad es la ùnica palanca capaz de levantar el mundo, caia anonadado, dèbil como un niño, inerme ante una mujer. Y su sueño de fortuna realizado, su elevada posicion conquistada, todo lo hubiese dado à trueque de que aquella mujer lo hiciese poner de piè con un beso en la frente. Ella le oscurecia su triunfo. Ya no oìa el oro [illegible] sus oficinas, ni pensaba en el desfile de cortesanos que [illegible] de saludarlo, y hasta olvidaba que en aquel momento, el emperador, tal vez lo llamaba al poder. Nada de eso existia para èl—tenia todo y no queria nada màs que à Flavia. Si ella lo rechazaba, nada le quedaba.

—Oye, continuò Nantas, todo lo que he hecho, lo hecho por tì. Al principio, es cierto, solo trabajaba para la satisfaccion de mi orgullo. Pero despues, tù has sido el ùnico mòvil de todas mis ideas, y de todos mis esfuerzos. Yo me decìa que debia subir lo màs alto pòsible para merecerte. Esperaba deslumbrarte el dia en que pusiese à tus piès mi poder. Ya vès la situacion en que me encuentro—¿No he ganado aùn tu perdon? No me desprecies màs, te lo ruego.

Ella no habia contestado hasta entònces una sola palabra. Dijo tranquilamente:

—Levàntese usted, señor; podria entrar alguien.

Pero èl no hizo caso, y continuò: Tal vez habria esperado todavia si no estuviera celoso de Mr. des Fondettes. Aquello era un tormento que lo enloquecia. Despues, con mucha humildad, dijo:

—Bien veo que usted me desprecia todavia. Pues bien, espere Vd.; no entregue su amor à nadie. Yo le prometo que harè tales cosas, que llegarè à interesarla. Debe usted perdonarme si he estado ahora algo brutal. Habìa perdido la cabeza.... Oh! Dèjeme usted esperar que me amarà un dia.

—Jamàs! esclamò Flavia con enerjia.

Y, como èl permaneciese de rodillas, ella hizo ademan de retirarse. Pero èl, con la cabeza perdida, presa de un acceso de rabia, se levantò y la tomò por los puños. Que una mujer lo desafiase asì, cuando tenia el mundo à sus piès...! Todo lo podia èl, alterar la paz de los Estados, gobernar la Francia à su antojo, ¿y no podria obtener el amor de su mujer? Èl, tan fuerte, tan poderoso; èl, cuyos menores deseos eran òrdenes, no tenia màs que un deseo, y aquel deseo no lo llenaria jamàs, porque una criatura, dèbil como un niño, se oponia. Nantas le apretaba los brazos, repitiendo con una voz ronca:

—Yo quiero... yo quiero...

—Y yo no quiero, contestaba Flavia, pàlida y erguida.

La lucha continuaba, cuando el baron Danvilliers abriò la puerta. Al verlo, Nantas dejò à Flavia, y esclamò:

—Señor, aquì tiene usted à su hija que viene de los brazos de su amante.. Dìgale usted que una señora debe respetar el nombre de su marido aun cuando no lo ame.

El baron, muy envejecido, permaneciò de piè en el umbral, ante aquella escena de violencia. Aquello era para èl una sorpresa dolorosa. El creia el matrimonio unido, y aprobaba las relaciones ceremoniosas de los esposos, creyendo que no habia en ello màs que apariencias de conveniencia. Su yerno y èl pertenecian à dos generaciones diferentes; pero si estaba afectado por la actividad poco escrupulosa del financista, si condenaba ciertas empresas que èl consideraba descabelladas, no podia mènos de reconocer la fuerza de su voluntad y su viva inteligencia. Y de repente, se encontraba en medio de aquel drama que èl ni sospechaba.

Cuando Nantas acusò à Flavia de tener un amante, el baron, que trataba todavìa à su hija con la misma severidad que diez años àntes, se adelantò con su paso solemne de viejo.

—Juro à usted que ella viene de casa de su amante, repetia Nantas, y usted la ve, ahì està provocàndome.

Flavia, con aire desdeñoso, habia vuelto la cabeza. Estaba arreglàndose las mangas, que la brutalidad de su marido habia arrugado. Ni un rubor habia teñido su rostro. El padre la interrogaba:

—Hija mia, ¿por què no te defiendes? Dice verdad tu marido? Me reservarias esta ùltima pena para mi vejez? La afrenta recaeria tambien sobre mì, porque en una familia, la falta de uno de sus miembros basta para manchar à todos los otros.

Entònces ella hizo un movimiento de impaciencia. Tambien su padre la acusaba! Por un momento todavia, ella soportò el interrogatorio, deseando ahorrarse la vergüenza de una esplicacion. Pero como à su vez èl se exaltase al verla muda y provocativa, concluyò Flavia por decir:

—Vaya! padre mio; deje usted que este hombre desempeñe su papel.. Usted no lo conoce. No me obligue usted à hablar por su propio respeto.

—Es tu marido, continuò el anciano. Es el padre de tu hijo.

Flavia se irguiò, y toda temblorosa de indignacion, dijo:

—Nò! no es el padre de mi hijo.... Ultimamente, confesarè todo. Este hombre no es siquiera un seductor, porque eso seria una escusa al mènos, si me hubiese amado. Este hombre se ha vendido simplemente, y ha consentido en cubrir la falta de otro.

El baron se volviò hàcia Nantas, que livido, retrocedia.

—Sèpalo usted, padre mio! continuò Flavia con màs violencia. Se ha vendido, vendido por dinero..... Yo no lo he amado nunca, ni jamas me ha tocado èl con la punta de sus dedos. He querido ahorrarle un gran dolor, y lo he comprado para que lo engañase. Mirelo, vea usted si digo la verdad.

Nantas se habia ocultado el rostro entre las manos.

Y ahora, continuò Flavia, pretende que yo lo quiera... Se ha puesto de rodillas y ha llorado. Alguna comedia, sin duda. Perdòneme usted que lo haya engañado, padre mio; pero, en realidad ¿pertenezco yo à ese hombre?... Ahora que sabe Vd. la verdad, llèveme. Ha querido violentarme hace un momento, y no permanecerè aquì un instante màs.

El baron irguiò su talla encorvada, y sin decir una palabra, fuè à dar el brazo à su hija.

Los dos atravesaron la sala sin que Nantas hiciese un ademan para retenerlos. Al llegar à la puerta, el viejo dejò caer estas dos palabras:

- Adios, señor.

La puerta se habia vuelto à cerrar. Nantas quedò solo, aterrado, mirando aturdido el vacio que lo rodeaba. El ugier entrò y dejò una carta sobre el escritorio; èl la abriò maquinalmente y la recorriò con la vista. Aquella carta, escrita de puño y letra del Emperador, lo llamaba al ministerio de hacienda en tèrminos muy halagüeños. Apènas lo comprendiò. La realizacion de todas sus ambiciones ya no lo emocionaba. En las oficinas, el ruido del oro habia aumentado. Era la hora en que la casa Nantas hervia, poniendo en actividad à todo un mundo. Y èl, en medio de aquella labor colosal que era su obra, en el apogeo de su gloria, con la mirada estùpidamente fija sobre la carta del Emperador, lanzò esta exclamacion propia de un niño, que era la negacion de toda su vida:

—No soy feliz..... No soy feliz.

Y llorò, con la cabeza caida sobre el escritorio, y sus làgrimas ardientes borraban la carta que lo nombraba ministro.

IV

Año y medio hacia que Nantas era ministro de hacienda, y parecia que queria aturdirse con una tarea sobrehumana. Al dia siguiente de la escena de violencia que habia pasado en su gabinete, habia tenido una esplicacion con el baron Danvilliers; y por consejo de su padre, Flavia habia consentido en volver al domicilio conyugal. Pero los esposos ya no se dirijian la palabra, fuera de la comedia que debian representar ante el mundo. Nantas habia decidido no dejar su casa, donde, ayudado por sus secretarios, trabajaba todas las noches.

Fuè la època de su vida en que realizò los màs vastos proyectos. Una voz interior le dictaba inspiraciones altas y fecundas. A su paso se levantaba un murmullo de simpatia y de admiracion. Pero èl permanecia insensible à los elogios. Se habria dicho que trabajaba sin esperanza de una recompensa, con la sola idea de aglomerar sus obras sin màs fin que el de tentar lo imposible. Cada vez que ascendia màs, consultaba el rostro de Flavia. ¿La habria impresionado al fin? ¿Le habria perdonado su antigua infamia para no ver màs que el desarrollo de su inteligencia? Pero nunca sorprendia una emocion en el rostro mudo de aquella mujer, y se decia, volviendo al trabajo: «Adelante! todavia no he subido bastante para ella: es preciso subir todavia, subir sin cesar.» Esperaba vencer à la felicidad, como habia vencido à la fortuna. Toda su creencia en su fuerza le habia vuelto; no admitia otra palanca en el mundo, porque es la voluntad de la vida la que ha hecho à la humanidad. Cuando alguna vez se descorazonaba, se encerraba para que nadie sospechase siquiera las debilidades de su carne. Solo se adivinaban sus luchas en la profundidad de sus ojos circuidos de negro, y en los que ardia una llama intensa.

Los celos lo devoraban entretanto. No lograr hacerse amar de Flavia era un suplicio; pero la rabia lo enloquecia cuando pensaba que podria entregarse à algun otro. Para afirmar su libertad, ella era capaz de arreglarse nuevamente con Mr. des Fondettes. Afectaba no ocuparse de ella, al par que agonizaba de angustia à sus menores ausencias. Si no hubiera temido el ridiculo, èl mismo la habria seguido por las calles. Fuè entònces que quiso tener al lado de Flavia una persona cuya fidelidad èl compraria.

Habia conservado en la casa à la señorita Chuin. El baron estaba acostumbrado à ella, y por otra parte, sabia demasiadas cosas para que pudiera deshacerse de ella. Hubo un momento en que aquella vieja tuvo el proyecto de retirarse con los veinte mil francos que Nantas le habia entregado el dia siguiente de su matrimonio, pero sin duda juzgò que la cosa se prestaria para pescar en agua revuelta. Esperaba pues una nueva ocasion, haciendose el càlculo de que le eran necesarios otros veinte mil francos para comprar en Roinville, su pais, la casa del notario, que habia sido su admiracion en la juventud.

Nantas no tenia para què fingir con aquella vieja, cuyo aire devoto no podia engañar à nadie. Sin embargo, la mañana en que la hizo ir à su escritorio y le propuso claramente que lo tuviese al corriente de lo que su mujer hàcia, ella fingiò indignarse, preguntàndole que por quièn la tomaba.

—Vamos, señorita, dijo Nantas impacientado, estoy muy apurado; me esperan. Concluyamos de una vez.

Pero ella no queria saber nada mièntras èl no salvase las apariencias. Ella profesaba el principio de que las cosas no son malas en sì mismas sino que lo son ò dejan de serlo segun la forma en que se presenten.

—Pues bien, dijo Nantas, se trata, señorita, de una buena accion; temo que mi mujer me oculte algunos disgustos. La veo triste desde hace algunos semanas, y he pensado en vd. para obtener algunos informes.

—Puede usted contar conmigo, dijo ella entònces con una efusion maternal. Yo soy muy fiel à la señora, y harè todo por su honor y el de usted.... Desde mañana, velaremos sobre ella.

El se prometiò recompensar sus servicios. Ella se enojò al principio pero en seguida tuvo la habilidad de obligarlo à fijar una suma: èl le daria diez mil francos si ella le presentaba una prueba fidedigna de la buena ò mala conducta de la señora. Poco à poco, habia llegado à precisar las cosas.

Desde entònces Nantas se atormentò mènos. Pasaron tres meses durante los cuales viviò entregado à una pesada tarea, la preparacion del presupuesto. De acuerdo con el Emperador, habia introducido en el sistema financiero importantes modificaciones. Sabia que seria vivamente atacado en la Càmara, y tenia necesidad de preparar una cantidad considerable de documentos. Muchas veces pasaba noches enteras en vela. Aquello lo aturdia y lo hacia paciente. Cuando veia à la señorita Chuin, èl la interrogaba con voz breve. ¿Sabia algo? ¿La señora habia hecho muchas visitas? ¿Se habia detenido especialmente en algunas casas? La señorita Chuin llevaba un diario detallado. Pero no habia recogido todavia mas que datos sin importancia. Nantas se tranquilizaba, mièntras la vieja guiñaba à veces los ojos, repitiendo que muy pronto tal vez, sabria algo de nuevo.

La verdad es que la señorita Chuin habia reflexionado sèriamente que diez mil francos no hacian su negocio, necesitaba veinte mil para comprar la casa del notario. Al principio tuvo la intencion de venderse à la esposa, despues de haberse vendido al marido. Pero ella conocia à la señora, y temia ser despedida à la primer palabra. Antes de que le confiasen aquella tarea, hacia tiempo que ella habia espiado por su cuenta, diciendose à sì misma que los vicios de los patrones son la fortuna de los criados, pero se habia estrellado contra una honestidad tanto màs sòlida, cuanto que tenia por base el orgullo. Desde su falta, Flavia conservaba rencor à todos los hombres. Asi es que la señorita Chuin se desesperaba ya, cuando un dia encontrò à Mr. des Fondettes, quien le preguntò con tanto interès sobre su patrona, que ella comprendiò al instante que èl la deseaba con locura, enardecido por el recuerdo

del minuto en que la habia tenido en sus brazos. Al instante convinò el plan de servir à la vez al marido y al amante.

Precisamente, todo se prestaba à ello. Mr. des Fondettes, rechazado y sin esperanzas, hubiera dado su fortuna por poseer otra vez aquella mujer que le habia pertenecido. Fuè èl quien primero tanteò à la señorita Chuin. Volviò à verla, y le hizo una escena sentimental juràndole que se mataria si no lo ayudaba. Al cabo de ocho dias, despues de mucha sensibilidad y escrùpulos, el negocio quedò arreglado: èl daria diez mil francos, y ella lo ocultaria una noche en el dormitorio de Flavia.

El dia convenido, la señorita Chuin fuè à ver à Nantas por la mañana.

—¿Què ha averiguado? le preguntò èl palideciendo.

Pero ella no precisò nada en un principio. La señora tenia seguramente una relacion, y hasta daba citas.

—Al hecho, al hecho, repitiò èl, furioso de impaciencia.

Por ùltimo ella nombrò à Mr. des Fondettes.

—Esta noche, estarà en la alcoba de la señora.

—Està bien, gracias, balbuceò Nantas.

Y la despidiò con un ademan, temeroso de desfallecer ante ella. Aquella brusca despedida la sorprendiò y la alegrò, porque ella esperaba un largo interrogatorio, y hasta habia preparado sus respuestas para no confundirse. Hizo una reverencia y se retirò, con semblante dolorido.

*(Continuarà.)*

# Romeo y Julieta

ROMEO y Julieta es por excelencia el drama del amor; es la última palabra y la nota suprema, esa lengua de fuego que lame la cima de la hoguera y que se disipa en el cielo. Shakespeare agota todo lo que expresa: doquiera pasa, toca el fondo y llega al colmo. El paroxismo es su elemento.

Entrad en esa ciudad trágica, donde la sangre corre como el agua de las fuentes: cada calle es un desfiladero, cada casa es una fortaleza. Estamos en la ardiente y la sombria Italia del Siglo XIV. Verona es la capital de esas discordias civiles.

Una red de enemistades enlaza la ciudad; la venganza ha plantado su árbol jenealógico en el corazon de las familias. El hombre muerto mata á su vez por la mano de su hijo ó por la de su hermano; los hijos de los muertos heredan de su asesino; los ódios se legan como patrimonios. Es en medio de ese entrevero furioso que Shakespeare arroja su *Romeo* y *Julieta;* es sobre ese campo de batalla que el altar del amor se levanta (el Paraiso á la sombra de las espadas) dice un versiculo del Koran.

Las flores más espléndidas de la tierra germinan bajo un suelo lleno de venenos.

Lo que inmediatamnnte llama la atencion á la lectura y lo que la representacion hace sentir más vivamente, es la admirable precipitacion del drama, su impetuosidad anhelante y su esfuerzo que no desfallece.

Romeo entrando en el baile dado por los Capuletos, ve á Julieta; sus ojos cambian un relámpago; el amor se enciende; amor único, inestinguible, el amor, más fuerte que la muerte.»

«¿Quién es aquella dama que honra allí la mano de aquel «caballero? Su belleza está suspendida á la faz de la noche como «una rica joya en la oreja de una etiopia.—Belleza, demasiado «preciosa para poseerla, demasiado esquisita para la tierra! Mi «corazon hasta ahora habrá amado?—No! juradlo mis ojos, pues «hasta este momento nunca pude ver la verdadera belleza.»

Y de la estremidad de la sala, Julieta responde con la prontitud del éco conmovido por la voz:

«Acércate mi aya. ¿Quién es aquel gentil hombre?- Si es ca«sado la tumba bien podria ser mi lecho nupcial!»

—

A la primer mirada, e pacto se sella, los corazones se cambian, los dos séres predestinados á amarse se reconocen, se ofrecen y se aceptan.

Se precipitan el uno hácia el otro, empujados por una irresistible atraccion; franquean de un salto el arroyo de sangre que corre entre sus dos familias.

No son dos estraños que se conocen, son dos prometidos que se unen.

En medio de las atenciones del primer saludo surje el compromiso solemne é irrevocable. El audáz beso que cambian consuma su apresurado himeneo.

Del baile, Romeo se lanza á la ventana de Julieta, el voto murmurado en la fiesta toma allí el estallido de un grito apasionado. El presentimiento de una muerte próxima, las espadas y los puñales de los Capuletos suspendidos sobre la furtiva entrevista, la tibia brisa y los perfumes de una serena noche de verano, todo conspira á apresurar su trájico amor. El desfallece de repente, como uno de esos árboles maravillosos que, segun dicen, florecen en una hora con la explosion de un volcan de aromas. No es bajo la coqueteria del velo que Julieta se presenta ante su amante, es con la atrevida desnudez del amor.

«Sabes que la máscara de la noche oculta mi fisonomía; sin eso «verias un virginal rubor cubrir mis mejillas, cuando pienso en «las palabras que te he dicho esta noche. Ah! quisiera no haber «procedido así, quisiera negar lo que he hecho».

«Pero, adios cumplimientos!—Me amas? Sé que me dirás que «sí y que inmediatamente te creeré. No lo jures, podrias traicio«nar tu juramento. Los perjurios de los enamorados dicen que «hacen reir á Júpiter. La verdad, bello Montesco, estoy demasia«do enamorada y tambien podrias creer que mi conducta es li«viana. Pero fiate en mi, gentil hombre! Me mostraré más fiel «que aquellas que mejor saben afectar reservas».

—

Y el diálogo, ó mejor el dúo, continúa: No se sabe si se oyen sonidos ó palabras, pensamientos ó melodias.

Shakespeare ha arrebatado á Petrarca sus *concetti* y sus hipérboles para espresar el amor italiano; pero colora con los fuegos del Oriente el idioma de los sonetos. Lleva al diapason de la Biblia esta lira enervada. Se crée ver á los esposos del cántico de los cánticos, trasportados en el jardin del Decameron.

La muerte de Teobaldo por Romeo, que arroja nueva sangre sobre el ardiente odio de las dos razas, no interrumpe ni un instante la marcha de este amor arrebatador. Al saber esa muerte, Julieta ha lanzado un grito de cólera; pero el egoismo de la pasion la envolvió bien pronto. Absuelve por los crueles desprecios que prodiga al muerto, la injuria que ha lanzado sobre su matador.

Teobaldo ha muerto y Romeo es desterrado..... «Desterrado! Esa sola palabra *desterrado* mata para mi á d iez mil Teo baldos.»

Pero á la idea de la separacion la muerte se le presenta como el único remedio.

«Socorro mi aya! en vez de Romeo, al sepulcro daré mi virginidad.»—Tal es la intensidad de esta pasion devoradora, nada de términos medios: la tumba ó el lecho nupcial. Los dos amantes mezclan tan á menudo el amor con la muerte que ya no distinguen uno de otro.

El monge los ha casado; la noche nupcial tan ardientemente invocada, llega, esa noche extraordinaria y única que es en poesia lo que son en la naturaleza las tardes señaladas por fenómenos.

Al amanecer se abre la ventana: la pareja aparece abrazada sobre el balcon teñido por la aurora, la alondra lanza al cielo esa nota que señalará en adelante la hora inmortal de sus adioses. En cuanto el dia aparece, radiante y fúnebre, y que su abrazo se deshace, se diria que los amantes se quiebran al separarse.

Vedles ya palidecer de su futura muerte. Romeo aparece á Julieta bajo el balcon, como un cadáver deslizado de la fosa.

«Dios mio; tengo en el alma un fatal presajio. Ahora que estás

«abajo te me presentas como un muerto en el fondo de una «tumba.»

«O mis ojos me engañan ó debes estar muy pálido.»

Y Romeo le responde:

«Créeme, amor mio, tambien tú estas muy pálida. Es la árida «angustia que bebe nuestra sangre.»

Desde ese momento, el drama se precipita á la catástrofe. La muerte amenaza con su guadaña. Julieta, obligada á casarse con Páris, acepta para evitarlo el narcótico que la abrigará en la tumba hasta la vuelta de su amante. La heroina se vuelve niña en el momento de beber el mágico brevaje.

Teme á esa velada del sepulcro, tiembla ántes de bajar esos escalones que no se suben,—«Oh......si una vez depositada en el «sepulcro me despertase antes que Romeo viniese á sacarme. Ah...que cosa horrible»!!

Y sin embargo, vacía la copa letárgica. Entre todos los mártires del amor, Julieta tendrá el privilegio de haber probado dos veces el acíbar de la muerte.

El rumor siniestro llega á oidos de Romeo en su destierro; corre y penetra en la tumba de su amada munido del veneno que los hará unirse, muere en brazos de la muerta que resucita y vuelve á dormirse con él. El sepulcro se abre y despeja los misterios de la horrible noche. El sacrificio de los dos amantes apaga el génio furioso que flajelaba la ciudad y las dos familias se reconcilian sobre su tumba.

# MEDALLONES

## JULIE MARIANNE

*Esperaba, desesperada.*

La depravación en la voluptuosidad, un sensualismo cruel, la lujuria del mal, el terror en el amor, triunfaban en Francia, en las altas y bajas esferas sociales. Era necesario infundir una sangre nueva en las pútridas vísceras del siglo XVIII, levantar la mujer y la familia para poder levantar la nacion. Rousseau realizó este triple milagro con tres libros inmortales: la *Nueva Eloisa*, el *Emilio*, el *Contrato*.

La *Nueva Eloisa* fué al mismo tiempo una revelacion y una revolucion. Fué la resurreccion del corazon, atrofiado por los placeres egoistas. Una chispa eléctrica recorrió toda la Europa. Hasta las galantes duquesas de estéril corazon é imajinacion pervertida, las heroinas de los más escépticos y cínicos salones, se conmovieron é inmutaron....A la Luxembourg se le vió llorar; á la Duseffand, entusiasmarse. De la orgia de las infames alcobas, de los fatigosos placeres de los *petits-soupers*, Rousseau llamó la mujer á la naturaleza, á la libertad, al afecto, al dolor. La encontró árida, vacia, devorada por el egismo y el fastidio, y la hizo renacer á los éxtasis de amor, á las dulzuras de la maternidad. Entregó primero á los niños á la leche y á los besos de las madres y reconstruyó así la familia. Al capricho, la fé; á la *hembra*, sucedió la *mujer*; y una Mme. Roland fué posible en la tierra de las *Liaisons dangereuses*. Ni *Manon*, ni *Marianne*, ni *Panéla*, ni *Clarisse* habian de tal manera conmovido al mundo. La *Julie* eclipsó á todos los romances.

Mme. de Blot, cuando apareció el último volúmen, decia al duque de Chartres, con animacion, y encendido por el entusiasmo su bellísimo rostro: «No existe mujer que no se encuentre pronta á consagrar su vida á Rousseau».

Y tú decias lo mismo, y esperimentabas aún más, cara mujer que abriste tu corazon al del gran infeliz, pero, demasiado tarde: y se vió una *Julie*, pura, hermosa y apasionada, tentar inútilmente evocar un *Saint Preux* entre los terrores y los tumultos y el frenesí del alma desvastada de Juan Jacobo.

Era una rubia de cabellos de oro, luminosos y abundantes, de ojos cerúleos, serenos y puros como una hermosa mañana de Mayo, blanca, de un voluptuoso candor. El marido habia intentado depravarla; no consiguió sino torturarla; despues, la habia abandonado á sí misma, y ella vivia una vida melancólica y retirada, en compañia de su prima, una jóven morena y vivaz, que tenia por ella una devocion de hermana menor: una verdadera *Claire d'orbe*.

*Julie*—prefiero llamarla así, porque bajo este nombre ofreció su propio corazon á Juan Jacobo—*Julie* no era ya jóven. Era de aquellas mujeres, ménos raras de lo que se piensa, que, tranquilas y frias en la primera juventud, pasados los treinta años esperimentan la necesidad de ser amadas; y el deseo se hace más intenso y doloroso cuando es ménos apagado. Momento único y conmovedor en la vida de la mujer! Si bella, su belleza adquiere entónces un carácter de bondad, de ternura otoñal; es la belleza del corazon, del corazon profundo, de los sentido intelijentes, del alma apasionada: belleza espiritual que ilumina y armoniza las formas. Es el fruto apenas maduro punzado por el insecto alado de Agosto y vuelto más dulce: es la mujer herida por el deseo intenso del amor.

Las rubias como *Julie*, sienten y sufren más de esta crísis del corazon. La morena de ojos negros y profundos, de mirada que quema, ha consumido ya á los treinta años toda su llama interior. Decia pues, que esta Julia era rubia.....

Cada uno se busca á sí mismo en los libros: los grandes éxitos deriban del gran número de contemporáneos que se reconocen en un mismo libro. Cuanto más sumerjida en el fango se encontraba la mujer, más anhelaba intuitivamente los puros horizontes, y huyendo de las ardides luchas de un Richelieu, de un De Frises, de un Pavanne, soñaba é invocaba un Saint Preux.

Cuando Julie y su prima leyeron el primer volúmen de la *Nueva Eloisa*, la sorpresa, el placer, la maravilla, la admiracion, el entusiasmo, no tuvieron límites. La una se vió dibujada con verdad en la figura de *Julie*, la otra en la de *Clara*. Pero la nueva Clara, que habia ya leido en el corazon de la amiga y ambicionaba para ella lo que no osaba siquiera confiar á sí misma, osó escribir al ciudadano de Ginebra este billete: «Sabreis que *Julie* no ha muerto y que vive para amaros: esa Julie no soy yo; lo veis bien en mi estilo: no soy sinó su prima, ó mejor su amiga, como lo era Clara.» Y concluia indicando á Juan Jacobo la direccion de la respuesta.

Respondió; y sin hacerse rogar, por el correo siguiente.

El misterio, una vaga esperanza, sedujo al *oso*, al *salvaje*, como lo llamaban, y respondió. Y la correspondencia comenzada por devocion de amiga, y por amor romancesco, de un lado; del otro por curiosidad, y por invencible atractivo, se animó más y más, cuando la nueva Clara cedió la pluma á la nueva Julia.

Rousseau ántes de solicitar una entrevista, le pidió el retrato. Hoy ella habria corrido presurosa á un renombrado fotógrafo: ciento veinte años há era más difícil obtener con tal precipitacion el propio retrato.... y Julie lo remedió haciéndolo ella misma con la pluma, con la palabra. Y lo hizo escrupulosamente, sin velar el mínimo defecto. Debió permanecer un par de horas mirándose al espejo, ántes de escribir aquella carta, como una devota al hacer el exámen de conciencia ántes de confesarse. Es un poco estenso, pero cómo se puede ser breve y decirlo todo? Le confiesa que le ha quedado alguna lijerísima, casi imperceptible señal de la viruela en el rostro, que tiene los brazos un poco delgado y termina con esta graciosa y fresca pintura de su toilette: Mis cabellos componen ordinariamente toda mi *coiffure*: los levanto con la mayor negligencia posible, y los amo con bastante exeso para que pueda dejenerar en pequeñez. Como soy modesta y tímida, se ocupan ménos de mi que de otra mujer de mi edad.

Nadaf en mis vestidos merece nombre de adorno. Hoy, por ejemplo, llevo un traje de satin gris sembrado de moscas color de rosa......

Rousseau, leido el retrato, quiso ver el original: y le recomendó vestirse con ese mismo traje de satin gris.

Y tal se presentó á sus miradas, trémula de emocion, bella de pudor y de gracia, de inocente ardor y de naciente pasion....

La contempló en silencio y le estrechó por largo tiempo la mano. La *Charmettes*, la primera *pervenche* recojida con Mme. de Warnes, la casita blanca con las persianas verdes, reaparecieron á los ojos del poeta orador, del novelista filósofo. Le encendió en los lábios el beso de Mme. D'Houdetor; pero la adorable figura que tenia entónces por delante no hizo sinó agitar en su corazon las cenizas del pasado, en vez de crear el fuego de un sentimiento nuevo.

Y ella lo comprendió.

Fué un relámpago.....y se sintió rechazada para siempre.

Supo disimular; y sonriente, con su hermoso vestido de raso gris salpicado de rosa, se acercó al piano y tocó una ária del *Dévin du village*.

¿Conoceis algo de más triste, de más inefablemente triste, que los aires alegres de cien años ha? No hay *gavotte*, no hay *chasonette* francesa, no hay *romanza* ó *duettino* italiano que no encierre un *amore aliquid*, una onda de melancolia ¿Cómo podian bailar y hacer el amor al son de aquellos aires que parecen lamentos venidos del otro mundo? ¿Pero? quién sabe? quizá nos parece así porque son notas viejas y que han muerto y su éco lamentable representa imájenes borradas y alegrias desvanecidas para siempre. Quizás entónces eran músicas alegres y alegraban el corazon, y quizás, quien sabe! en 1983 se maravillarán de que los abuelos se divirtiesen tanto con las óperas de Wagner y bailasen alegremente los *waltzers* Chopin y de Strauss.



Existe un proverbio que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Cada gran poeta, cada gran cancionero, ha tenido su cortejo especial de admiradores, distintos en índole, en sentimientos, en gustos, y que son el reflejo del carácter de su ídolo. Seria curioso un estudio psicológico sobre las *dévouées* de Chateaubriand, de Byron, de Schiller, de Lamartine, de Balzac, de Sue, de Dumas, de Tennyson, de Musset, hasta las *dévouées* (no *avouées*) de Emilio Zola... Las admiradoras de Rousseau le hacen honor: desde la humilde Mme. Verdelin, desde esta ignorada Julia, á las ilustres Roland, Stael, G. Sand, forman un noble é imponente cortejo; un poco declamador, un poco paradojal, pero siempre generoso y capaz, llegado el caso, de todo sublime heroismo.



La pobre *Julie*, lo he dicho ya, llegó demasiado tarde.... en el peor momento de la vida de Rousseau, y él se decidió, despues de la primera entrevista, á impedir la continuacion de esta novelesca aventura, y á decir franca, brutalmente, como sabia demasiado hacerlo en ciertos momentos, la verdad á la mísera mujer.

Le quitó toda ilusion, toda esperanza, con una carta glacial, en que se revela ya el paroxismo trájico de aquella alma inquieta.

Ella no se rindió al primer golpe. Tuvo la debilidad de tentar otras vias para electrizar aquel corazon concluido.

Se le presentó, sin advertírselo ántes, tres meses despues de la terrible carta, pálida, demacrada, humillada, trayéndole músicas italianas que habia comprado para él. Se hizo anunciar con el nombre de *Julie*. El la recibió gentilmente pero con frialdad, y cuando ella se retiró le dijo: « *Adieu* Marianne, (era su verdadero nombre de pila) adieu!»

*Julie! Marianne!* En el cambio de estos dos nombres existe el *epítome* de mil romances, y toda la ironía de la vida, todo el ideal y la realidad de las cosas humanas.

No hay mujer que no busque llegar á ser, en un momento de su vida, una *Julie d'Etange*, y que los hombres y la suerte no rechacen con el nombre del registro de la parroquia....

Rousseau fué brutal, pero fué sincero, y no se gozó en ilusionar á la víctima y esplotar sus sueños, como cualquier otro *grande hombre*. Chateaubriand, por ejemplo, lo hubiese hecho probablemente.

El corazon de Rousseau, despues de los besos de Mme. D' Houdetor, habia sido, por así decirlo, absorvido por su cerebro. Jamás habia escrito pájinas más ardientes, apasionadas, coloridas, elocuentes, como en aquellos años: es la época de los primeros libros de las *Confesiones*. Su estilo se ha hecho más muelle, más voluptuoso; sus paisajes son de un colorido con frecuencia nuevo, y que servirá de norma, y dejará incortable huella en todos sus grandes sucesores en el arte de la palabra. Se diria que algunas de sus espresiones queman las páginas.... y sin embargo, su corazon estaba muerto! Esta contradiccion fenomenal me recuerda un doloroso verso de Browning:

And my heart feels ice, while my words breathe flame.

(Y mi corazon es de hielo, mientras mis palabras espiran llamas.)

Hombre destinado á vagar en la tempestad y escitar el dolor, en la lucha abierta con su siglo, Rousseau llevaba en su fatídico seno todas las tempestades de inminente revolucion, junto con las tempestades de su propio corazon. Su influencia ha durado hasta soy, y quiza está interrumpida, pero no ha cesado. Todos ó casi todos los grandes escritores, quien más, quien ménos, adquieren de súbito el magnético encanto. Bernardin, de Stael, Chateaubriand, Lammenpais, Lamartine, G. Sand, Micheles, Renan, Goethe, Schiller, Juan Pablo, Byron, Shelley, Carlyle, Castelar, Leopardi. El encarnó la Revolucion. Mirabeau y Robespierre, Vergniaud y Mme. Roland, la Montagne y la Gironda, juraban del mismo modo sobre su palabra. Inteligencia soberana, que cuando en los últimos años de la vida se desquilibró y descompuso, pareció la caida de un imperio. Grande en su miseria, y en su fuerza, porque está dotado de una palabra de fuego, palabra única, que ajita, sorprende y manda. Solo entre dos filósofos divertidos y escépticos de su tiempo, él sintió la miseria real de la vida; y le pasó sobre el rostro el hálito sagrado de la naturaleza y de la humanidad.

Era en Noviembre de 1789; en el barrio apartado de un convento de monjas hospitalarias, vivia una señora parisiense, de sesenta años, vestida habitualmente de negro, en cuyos cabellos blancos vagaba un pálido reflejo del oro luminoso de un tiempo; un perfume de elegancia aristocrática, que ciertas mujeres privilegiadas conservan hasta el último instante. Existia en su cuarto un viejo piano, con viejas músicas sobre él, el *Orfeo*, el *Dervin du Village*....En un estante, en la pared opuesta, se hallaban esparcidos los volúmenes de las obras completas de Jean-Jaques Rousseau, *citoyen de Geneve*.

La reconoceis? Es la pobre, fiel *Julia*. Y miéntras sentada en una *chaise longue*, cerca de la estufa, lee algun volumen de la *Nouvelle Héloïse* ó de las *Promenade*, se sobrecoje de punto oyendo en la calle voces y gritos de aclamacion y de entusiasmo. Es el pueblo que responde á los primeros rugidos del leon Mirabeau... Cara *Julie*, cara *Marianne*, deja el libro predilecto, si quiéres comprender esa grita. Toma en vez de ellos otro, aquel pequeño, á *tranches dorées* donde está escrito *Contrat social*. Léelo, y comprendereis ese grito...

O mejor, nó. Conserva en tus cabellos blancos y en tu corazon estinguido de anciana, los últimos reflejos de un sol poniente, de

un ideal que desciende. Vuelve á leer, por la centésima vez los inolvidables volúmenes de *Julie*.... y muere en tu soledad, fiel á una memoria inmortal.

# LOS AMORES DE MARTA

Desde el próximo número continuaremos la publicacion de esta novela.

# GUILLERMO P. RODRIGUEZ

Por conducto de un apreciado amigo llegò hace poco à mis manos una composicion poètica *En el álbum de...*, suscrita por Guillermo P. Rodriguez, nombre que hasta entònces no habia llegado à mis oidos, aunque vagamente recordaba haber visto ya publicado al piè de una poesia aparecida en *El Bien Público*.

La lectura de la composicion que se me remitia, me cautivò. Tal corte y sabor marcadamente clàsico le encontrè, que creia estar leyendo al dulce Arolas ò al prolijo Cetina, y me sorprendia que quien con tal arte sabia pulsar la lira, no se hubiera hecho conocer àntes con otras producciones de su ingenio. Pero pronto me espliquè que no fuese conocido el autor de aquella composicion, al saber que Guillermo P. Rodriguez es un jòven recien salido de las aulas, en cuyas estrecheces habia vivido aprisionada su inspiracion, hasta que libre ya de la escuela, empezaba à dar vuelo al talento que en su cerebro bullia.

Sin conocerlo mas que de nombre, y sin haber manifestado la simpatìa que su talento me inspiraba mas que en el seno de la amistad, me veo hoy obsequiado con tres sonetos de Rodriguez, y tales son ellos, que podrian figurar con honor entre los que sirven de introduccion al libro màs monumental que el humano ingenio haya producido. Mal año para los acadèmicos de la Argamasilla, para el Monigongo, el Paniaguado, el Caprichoso y Discretìsimo, el Burlador, el Cachidiablo, el Tiquitoc y el donoso poeta Entreverado, si creen que ellos solos podian cantar las virtudes del valeroso caballero, los donaires de Sancho, y los lamentos del trabajado Rocinante y del paciente rucio, pues hay aquì quien con ellos rivaliza en gracia y buen decir, como mi obsequiante Guillermo P. Rodriguez, à quien quedo muy grato por su dedicatoria.

Dicen asì los

## Tres sonetos

### A SANSON CARRASCO

I

**DON QUIJOTE**

De admiracion llenando al mundo entero,
Cundiò mi fama de una en otra jente;
Quien, discreto me aclama; quien, valiente,
Y todos à la par, buen caballero.

En desfacer agravios, el primero;
En amparar al dèbil, diligente;
En el hablar y el discurrir, prudente;
Y en el amor y la amistad, sincero.

Por follon, malandrin, tenido sea,
Quien no rinda gentil acatamiento
A mi sin par señora Dulcinea.

Y tema, temeroso mi ardimiento,
Si no confiesa quien mi historia lea,
Que debì el ser vencido à encantamiento.

II

**SANCHO**

Bien puedes gran Quijote gloriàrte,
De haber tenido à Sancho de escudero;
Que si en valor no se mostrò primero,
Primero y sin segundo en el cuidarte.

Siempre de tu reñir la peòr parte
Saquè, y aunque me llames majadero,
Dirète, que aunque andante caballero,
No màs que à tu escudero han de admirarte.

De mis consejos poco caso hiciste,
(Y à fè que buena cuenta me tuviera,)
Y à duelos y quebrantos me trajiste;

Y à punto tal, que si un Quijote hubiera,
Que me ofreciese, cuanto me ofreciste,
No el hijo de mi madre le sirviera.

III

**ROCINANTE Y EL RUCIO**

*Rucio*—Bien se conoce Rocinante amigo,
Que estais de aquesta vida ya cansado.
*Rocin*—Vièrame con màs gusto sepultado
Que de màs desventuras ser testigo.

*Rucio*—No compareis al vuestro mi castigo;
*Rocin*—No mire el vuestro al mio comparado;
*Rucio*—De hambre y de sed estoy aniquilado;
*Rocin*—De sed y hambre que me muero os digo.

*Rucio*—Oh! frescos prados, pastos abundosos!
*Rocin*—Oh! claras fuentes, puras cristalinas!
*Rucio*—No vuestros frutos comerè sabrosos!

*Rocin*—No vuestras aguas, beberè divinas!
*Rucio*—¡Males de nuestra vida numerosos!
*Rocin*—¡Suerte, que à tales males nos destinas!

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

Diciembre de 1883.

# Á ZULEMA

LLEGÓ hasta mi tu delicado canto,
Alondra de las selvas uruguayas....
Tu canto, que algun tiempo, como un ángel,
Durmió en las cuerdas célicas del arpa!

Al despertar del peregrino sueño
A los halagos de tu dulce mágia,
Bajó tranquilo á iluminar mi noche
Como un rayo de luz de luna pálida!

¿Quién eres tú, sublime poetiza
Del entusiasmo y sentimiento hermana,
Qué sabes ser, ya tímida paloma,
Ya enérgica y valiente como el águila?

¿En qué linfa impalpable, dulce amiga,
Bebes la inspiracion que te levanta
Y se desborda en ondas misteriosas,
En las ondas de luz de tu palabra?....

¿Di, Zulema, en que búcaro conservas
El aroma purísimo que exhalas?....
¿No tiene fin como el amor y el tiempo?....
¿Es siempre jóven como son las almas?....

¿Pulsa tu mano siempre, como un ángel,
El arpa de las gratas esperanzas,
Ó solo vibra con acento dulce
Cuando animas al bueno en la desgracia?....

¿Ha sido compasion, ó el dulce lazo
De fraternal cariño que nos ata,
Lo que inspiró las célicas estrofas
Que el ambiente de mi alma perfumáran?....

Si fué por el consorcio del cariño
A mis ojos, Zulema, te agigantas....
Si fué por compasion, te lo agradezco....
Tenia la sed de Tántalo y sus ánsias!

Quiero saberlo;—si el glacial hastío
Ya no es mi torcedor, es mi fantasma....
Perdona el egoismo, que la duda
Es gota de agua que el cerebro orada!

Pulsa de nuevo el arpa melodiosa
Y entona un canto de belleza rara,
Dulce, como el amor de la familia,
Grande, como el amor hácia la patria!....

R. S.

***

Cuando la luz de la ilusion ardiente
Hiere el fondo del alma soñadora,
Su cristal trasparente
Tiene el color de rosa de la aurora!

Cuando en álas de tímida esperanza
El alma, envuelta en sus destellos, sube
A un cielo que no alcanza,
Tiene el tinte plomizo de la nube!

Y cuando el alma llora solitaria
Y la ilusion en flor cierra su broche
Sin la mística luz de la plegaria,
Tiene el velo sombrío de la noche!

ZULEMA.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 21

### CHARADAS

1.ª *Galimatías*—2.ª *Algarabía.*

Fueron descifradas ambas por Una Floridense, Rafeto, Fugo y Riana.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Guedeja*—2.ª *Párvulo*—3.ª *Cisterna*—4.ª *Turgencia.*

Fugo y Rafeto descifraron las cuatro.—Lolò descifrò las tres primeras.

### PROBLEMA DE AJEDREZ

| Blancas | Negras |
|---|---|
| D 8 AR | R 5 D |
| D 4 AR (jaque) | R 4 AD |
| C 3 D (mate) | |

*1.ª variante*

| | |
|---|---|
| D 8 AR | P 3 R |
| D 5 AD (jaque) | Cualquiera |
| T ò C (mate) | |

*2.ª variante*

| | |
|---|---|
| D 8 AR | P 4 C |
| T toma PR (jaque) | Cualquiera |
| T ò C (mate) | |

Tiene otras variantes de fàcil solucion.

La solucion nos fuè enviada por Eduardin y El Duende.

### GEROGLÍFICO NÚM. 21

*Vale más pájaro en mano que ciento volando.*

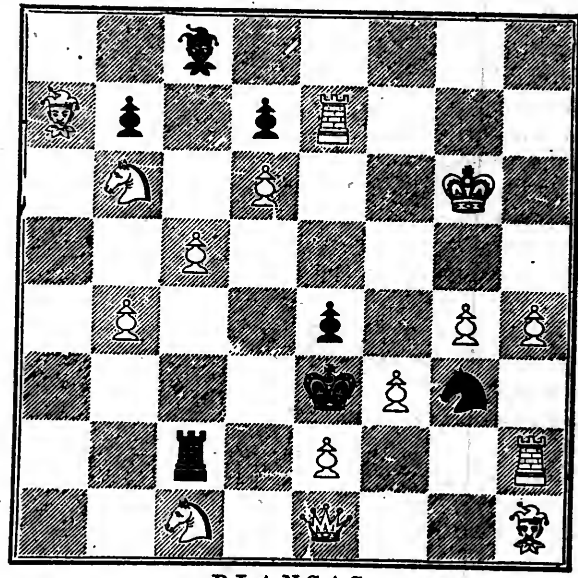
Fuè descifrado por Rafeto, Lolò, Riana, S., Fugo, Creto, Ingenio, Gran Bono, y Eduarda.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

OMIGALAN—TIRUEPP—TRIAREA—RAMCIS

**Problema de Ajedrez por R. E.**

NEGRAS

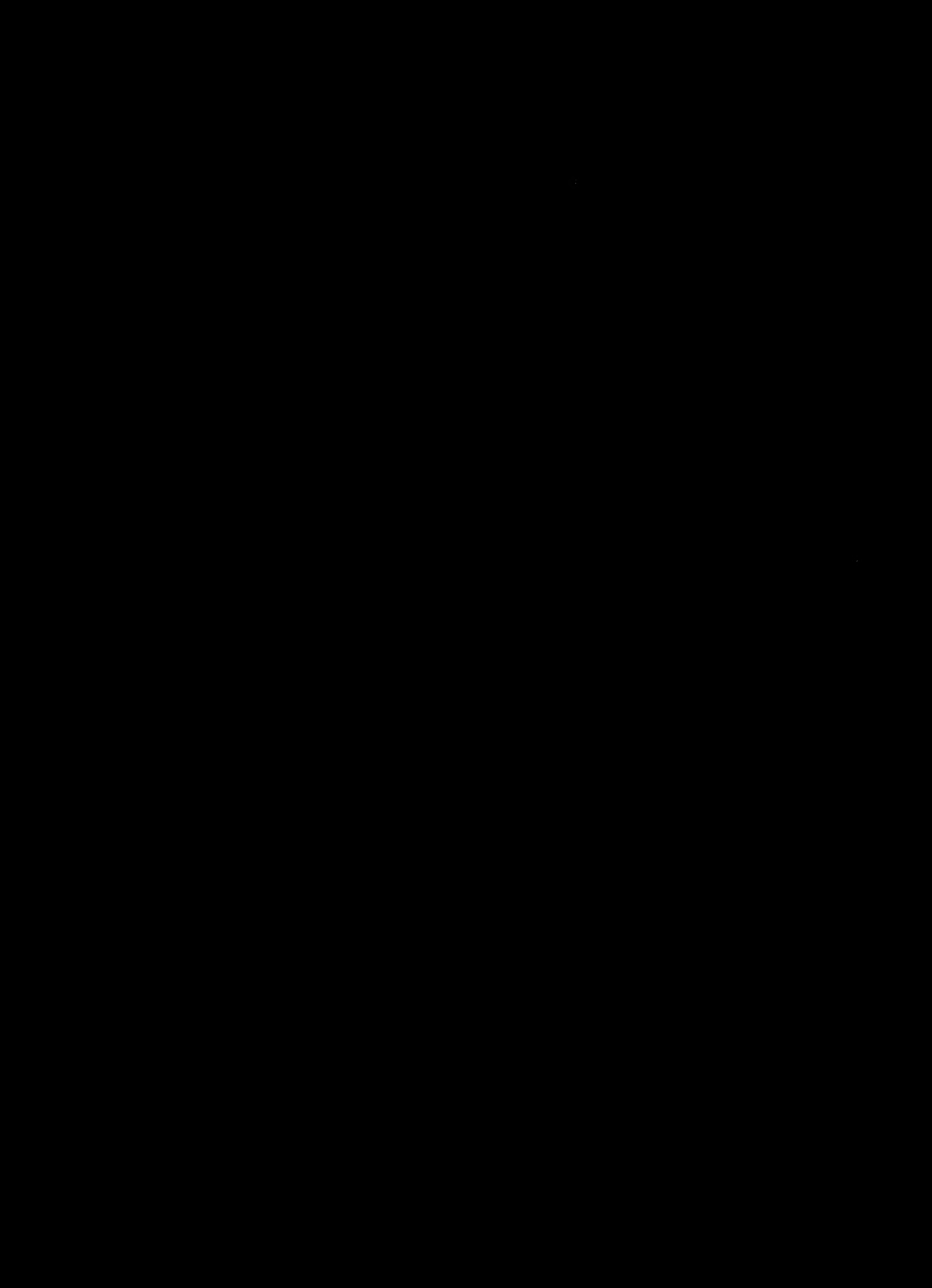


BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## GEROGLÍFICO NÚM. 22





ducta áun más irreprochable y recatada que una niña soltera, ya por estar espuesta á más desembozadas tentaciones, ya para compensar con exceso de pureza moral el inevitable detrimento de la pureza corpórea.... A su juicio, solo era y podia ser verdaderamente libre la mujer casada; y esta misma parte de su doctrina habia sufrido modificaciones importantes despues de la muerte de Nevares. Ella pensaba ahora que la mujer casada debe hacer un uso muy discreto de su libertad personal, en homenaje al marido, pero no al marido actual, sino al segundo marido que puede llegar á ser necesario en caso de morir el primero.... Este, decía ella, puede ignorar ciertas cosas; pero la sociedad, donde está el embrion del otro, lo sabe ó lo adivina todo, y áun castiga las simples imprudencias de las mujeres casadas con interpretaciones perversas que dificultan despues, enormemente, el gran golpe de las segundas núpcias.

Las segundas núpcias!—Unico pensamiento del dia y constante pesadilla de la noche para Genoveva Ortiz. Amaba el lujo, los espectáculos públicos, las fiestas y las aventuras de la sociedad, el áspero placer de los combates del mundo; y todo eso le parecia vedado en la modestísima posicion de fortuna que le habia dejado su esposo.—¿Cómo recuperarlo sinó por medio de una segunda edicion conyugal?

La mundana mujer habia estudiado su situacion friamente.—¿Qué porvenir le esperaba?—¿Llevar sus hijos á la escuela y hacer una vida económica, con aires de *sirvienta de razon*?—Eso, á su juicio, era sencillamente horrible.—Se oponia, ademas, á ello, una imposibilidad absoluta.—Conociéndose á si misma, comprendia que ese género de vida (y apelo aqui á la crudeza de sus propias palabras) la haria secar de tristeza ó reventar de rabia!

Otro camino que le inspiraba tanto horror como el de la austera virtud, era el de la infamia.—Seria inútil buscar en el alma de Genoveva móviles ideales; pero no escaseaba en ella la sagacidad del interés personal. ¿Qué podia darle el más opulento de los amantes?—Por el hecho de tenerlo siendo viuda, quedaba escluida del gran mundo, y de aquellas rivalidades, de aquellas intrigas excitantes que habian sido su mejor solaz, y cuya pérdida era en la nueva vida uno de los más poderosos motivos de su hastio. Todo su orgullo se sublevaba ante la idea de ser una mujer perdida, despreciada por las antiguas rivales, y sin defensa, sin venganza posible contra tal desprecio..... No!—Resistiria á esa caida....Todas las seducciones de ese linaje la encontrarian blindada durante su viudez....Lo habia jurado, y se sentia con fuerzas para poder cumplir el juramento!

No quedaba otro camino honroso y risueño que el de las segundas núpcias... Volver á la sociedad, honrada y triunfante, del brazo de un nuevo marido,—esa era evidentemente la solucion del problema; pero no se le ocultaba á Genoveva que semejante solucion es siempre más fácil de idear y de desear, que de realizar prácticamente.—Tenia ella subido concepto de su hermosura, de su gracia, y de su chispeante inteligencia; pero no dejaba, asimismo, de percibir todas las dificultades de la empresa matrimonial en cuyo éxito cifraba sus ideales de felicidad.

Analizando el caso, tropezaba desde luego con la opinion comun de los hombres sobre la inferioridad de las viudas.—En principio, pareciale esa opinion ó una preocupacion absurda, ó una injusticia atroz. «Si fuesen las mujeres á tener iguales escrúpulos!»—exclamaba con impaciencia;—pero inclinaba al punto la razon ante la brutalidad del hecho real, resignándose á no buscar al sucesor de Nevares entre los más apetitosos partidos de Buenos Aires, naturalmente reservados para las doncellas... Ay! dos niños eran todavia un triste apéndice de las reliquias del pasado himeneo!—No estaba Genoveva destituida de todo sentimiento maternal; pero tampoco la cegaba el cariño hasta el punto de desconocer que una *viuda sola* puede colocar sus fondos con mayor facilidad que una viuda acompañada de una tierna prole.—Los hijos de las primeras núpcias son testigos incómodos de las segundas. El segundo marido no puede mirar sin humillacion y cólera á los representantes vivos del primero.—Reflexionaba todo esto Genoveva, y al contemplar á sus hijos, no podia excusarse de pensar que ellos la obligaban á bajar el tono de sus ambiciones amorosas, una vez resuelto que estas debieran ser irreprochablemente correctas.

Sin embargo, no preocupaban en primer término á Genoveva las desventajas materiales de su posicion. Causábanle superlativa alarma otras desventajas, provenientes de su pasado y de su reputacion.

Habíase casado muy jóven, amando ó creyendo amar á Nevares, pero, por sus propensiones de carácter y por vicio de educacion, ingénuamente persuadida de que el matrimonio, lejos de interrumpir la mayor parte de las locas alegrías de la vida, les presta álas y les abre horizontes más ámplios.—Nevares, á su vez, era un jóven incapaz de dominar con acierto las estraviadas tendencias de su esposa.—Pertenecia á aquella generacion inquieta y generosa que se habia formado despues de caer la tirania, amando la libertad sin comprenderla mucho, llevando á la vida pública más impaciencias que aptitudes, y más entusiasmo que cordura.—Oficial de la guardia nacional en Pavon, se juzgaba vencedor en una de las más grandes batallas del siglo, y creía que Buenos Aires, rival de Paris en los placeres, eclipsaba á Esparta en las virtudes guerreras. Despues de Pavon, fundó un diario, y fué llevado al Congreso, donde era el más jóven de los miembros de ambas Cámaras.—Así, en la embriaguez de su fortuna política, se encontró un buen dia frenéticamente enamorado, se casó, y tuvo fruiciones de orgullo conyugal al presentar á su espléndida Genoveva en los paseos, en los teatros, en los bailes, deslumbrante de belleza y de atavíos, provocando envidias con los encantos de su cuerpo y los hechizos de su espiritu.—Duró esta vida de 1862 á 1865, con las breves treguas que demandaban los alumbramientos de Genoveva.—Ocurrió entónces la guerra del Paraguay.—Nevares descolgó la espada; habia sido nombrado jefe de un batallon y marchó con él á la campaña de Corrientes.—Acompañó despues la invasion al territorio enemigo;—se batió como un héroe en las jornadas de Mayo, en el Boqueron, en Yatatí Corá, y el 22 de Setiembre de 1866, frente á las trincheras de Curupaití, tuvo la desgracia de perder una pierna, que le llevó una bala de cañon.... Glorioso inválido de la pátria, volvió entónces á Buenos Aires, donde se encontraba Genoveva. Una ausencia de año y medio! Durante ella, es fama que el desdichado Nevares habia sufrido en su hogar pérdidas mucho más sensibles que la del miembro destrozado por el fuego del baluarte paraguayo!

Un inválido de la pátria, con ambiciones políticas por añadidura, es forzosamente mal mirado.—Nevares empezó á serlo.—Aunque completamente restablecido de su herida, y dotado de un aparato ortopédico que suplia con bastante habilidad la pierna ausente, resistiós e Nevares con imperio militar, á reanudar la antigua vida de disipaciones mundanas.—Adios! paseos en Palermo, balcones en Colon, bailes en el Club del Progreso, tertulias, y saraos en todas partes! Nevares necesita reposar, estudiar, escribir, cultivar influencias de partido, dar respetabilidad á su hogar. Protesta en vano Genoveva contra esa transformacion de su esposo mutilado. Resiste y lucha, mas al fin se resigna. ¿Se resigna?—Obediencia no es resignacion.—Para Nevares, la guerra del Paraguay está ahora en su propia casa. El enemigo es indomable; vive en perpétua emboscada y no pide ni da cuartel. Dejan larga fama las miserables reyertas de aquella pareja tan unida y tan brillante en dia no lejano.—Nevares, en las nuevas batallas, recibe las heridas en el corazon, y sucumbe.—Para que la sociedad sea cristianamente benévola,—¿bastará que el esposo, en la hora de la muerte, haya perdonado á la esposa, arrepentida y doliente?

No se forjaba Genoveva semejantes ilusiones. Sabia perfectamente que la sociedad era con ella muy severa.—Casualidades! caprichos!—Así como á veces duda de la maledicencia y la rechaza sin saber por qué, á veces tambien le presta un asentimiento irreflexivo é inconmovible al mismo tiempo.—Así como á veces está en vena de excusar todas las faltas ú olvidarlas, se complace á veces en perseguir y abrumar con anatemas catonianos.—A nadie se le ocurría suspender el juicio sobre las culpas atribuidas á Genoveva.—Nadie se atrevia á pronunciar una palabra en defensa de aquella pobre pecadora. Era Nevares reputado un inocente mártir de sus infortunios de familia, y cuando falleció, poco faltó para atribuir á su viuda un verdadero crímen de homicidio.

Antes de la viudez, habia demostrado Genoveva formidable entereza para desafiar las murmuraciones sociales.—En venganza, murmuraba á su vez de todo el mundo, y lo hacia, á fé, ostentando un gran caudal de sátira mordáz, profundamente intencionada.—Con la viudéz perdió un tanto la entereza,—aunque no las represalias de la maledicencia, ni las diabólicas artes de la sátira.—Deploraba su pasado, y sentia el peso calamitoso de su reputacion.—¿No estarian de antemano escarmentados en cabeza agena todos los maridos posibles?

El ideal de las segundas nupcias tenia, pues, obstáculos y dificultades que Genoveva no se disimulaba á sí misma.—Ella, empero, estaba resuelta á combatir por él, y formuló con habilidad y prudencia su plan de operaciones estratégicas.

Ante todo, habia juzgado imprescindible guardar todos los rigores del duelo por la muerte de Nevares.—Luto irreprochable y reclusion absoluta, fueron su divisa.—La gente se habia dado á suponer que ella buscaría un abogado jóven, accesible á las tentaciones del amor, para confiarle el arreglo judicial de la sucesion de su esposo.—No fué tal.—Genoveva puso sus intereses en manos del abogado más viejo de Buenos Aires, casado y con nietos.—Insinuó discretamente al abogado que éste debería indicarle como procurador á un hombre entrado en años, y por su gusto hubiera llevado el espediente testamentario á los estrados del décano de la judicatura provincial.—Igual regla de conducta observaba Genoveva respecto de los médicos que más de una vez fué menester llamar para atender las enfermedades de los niños. Jamás comprometió su honor llamando médicos en disponibilidad para las aventuras amorosas!

¿Cuánto durarian el luto irreprochable y la reclusion absoluta?—Tres años, se habia dicho al principio Genoveva.—Llegó, sin embargo, el segundo aniversario de la muerte de Nevares, y le faltaron fuerzas para cumplir esa parte de su plan de operaciones estratégicas. En la soledad, tomaba su carácter acritud feroz y sufria su corazon torturas indecibles... Habia llegado la hora del combate. O bastaban dos años de aquella conducta ejemplar, ó no bastarian diez para purificarla ante el concepto de la sociedad... Al combate, pues.—Fueron sus primeras armas, en Marzo de 1875, primorosos vestidos color lila, que lució en la calle Florida á horas discretas, y vaporosos batones blancos con que asomaba de tarde á los balcones de su casa, en la calle Piedad.—Quedó el campo de batalla libre de los niños que podian estorbar evoluciones necesarias.—Genovevita y Arturo fueron colocados á pupilo, cada cual en el colegio correspondiente á su sexo.—La niña tenia ya once años y el varon nueve.

—Si, mis hijitos,—les habia dicho un dia Genoveva,—debo hacer el sacrificio de separarme de Vdes. para que puedan completar su educacion. Solo en los internatos la educacion es completa.

—Te comprendo, mamá! exclamó Genovevita, con una precocidad de malicia que sorprendió á la madre y no debió sorprenderla, siendo, como era, lejítima herencia de la línea materna.—Ya veo que te cuidas mucho el peinado y que entran con frecuencia las modistas. Andas pensando en casarte, y por eso nos quieres tener léjos!

Arturo no desplegó los lábios, pero lloró amargamente, con lágrimas y sollozos que no parecian infantiles.

Genoveva no lloró.— Quedó sola, y aguardó los decretos del destino.

Ya supondrá el lector quién fué la primera persona que pispó en Buenos Aires el cambio operado en la existencia de Genoveva Ortiz.— Pancha Ovalle felicitó cordialmente á su amiga por la resulucion adoptada,—y le regaló el oido con entusiastas vaticinios.

—Vés!—decia, acariciando á Genoveva, segun costumbre que seguia en su trato con las amigas bien dotadas por la naturaleza;—ves!—yo he sostenido en todas partes que la mujer más linda de Buenos Aires, hoy, en conjunto, es Orfilia Sanchez...

—Mi virtuosa prima, interrumpió Genoveva con mucho retintin...

—Pero desde que tú te presentes, prosiguió Panchita,—no puede haber cuestion; tú eres más perfecta y sobre todo mucho más graciosa!

Este homenaje, que fué reiterado bajo diversas formas, no era tal vez completamente desinteresado.—El salon de la señorita Ovalle se encontraba en crisis!—Diferentes causas determinaban ese acontecimiento deplorable. Avellaneda, consagrado á las funciones augustas de la presidencia, mostrábase ahora desdeñoso con los biscochuelos insuperables de Panchita.—Faltábale, pues, al cuerpo diplomático la *great attraction* de la conversacion del literato-estadista.—Entregado tambien á la alta política, mezquinaba el doctor Nugués sus visitas, y era esta otra pérdida muy sensibles para la vida intelectual de aquel salon. Pancha misma, exajerando sus preferencias sospechosas por el Baron Romberg,—descuidaba un tanto á sus demas amigos, comenzando estos á pagarle el desvío en la misma moneda, sin que el Ministro Austriaco se decidiese á recompensar en las formas suspiradas aquellas sentimentales predilecciones de la dueña de casa.—Sucedia ya que algunas noches, la afanosa Panchita montaba inútilmente la guardia, y se quedaba al fin dormida en el sofá, con el pié modelo *estendido hácia el vacío*, como el nido de cóndores en la composicion de Andrade, sin necesidad de *imponer silencio á los rumores* de aquel abismo desierto!—En tal situacion, la reincorporacion de Genoveva Ortiz á la turbulenta milicia de la vida tenia para Panchita Ovalle una importancia salvadora, y aquellas dos mujeres se entendieron fácilmente.—Genoveva dió en en estos términos enérgicos la fórmula del pacto celebrado:

—Yo vivificaré tu salon,—garantido!—y tú te darás maña por colonizar el mio.

Y así fué.—La presencia de una mujer hermosa, espiritual, libre por su viudéz, libérrima por sus antecedentes, restauró los esplendores del salon de Pancha Ovalle; y Genoveva Ortiz tuvo que rendirse á las instancias, á las exigencias de las amables personas del sexo masculino que le pedian una noche de recepcion semanal en su propia casa.—La generosa Panchita, con toda abnegacion, trasmitió su grey á la radiosa viuda de Nevares, reservándose únicamente el derecho de iniciar al Baron Romberg en ciertos misterios de la crónica porteña, para librarlo de celadas trascendentales.

La vida galante de Genoveva dió origen á muchas decepciones lastimosas.—Todos se le acercaban esperando encontrar en ella una mujer liviana, y á poco de cortejarla se apercibian de que estaban perdiendo el tiempo.—Sobre el particular, hacia ella declaraciones, talvez poco delicadas en la forma, pero de una energía concluyente.—Sus galanteadores se quedaban helados, y no podian siquiera vengarse con la maligna sospecha de haber llegado tarde.—Era muy trasparente la vida de Genoveva.—Cuidaba ella prolijamente su reputacion, notificando con claridad al mundo que así como estaba empeñada en encontrar ma-

rido, rechazaba *in limine* á los que solo se ofreciesen como amantes.

Tenia mucha fuerza de voluntad aquella estraña criatura; - y sin embargo algo habia en ella que se rebelaba siempre contra las más robustas decisiones de moderacion y buen juicio.—Era su lengua!—su lengua infatigable y cortante como la sierra de una carpintería mecánica. - No le bastaba satirizar ó vilipendiar á las personas ausentes.—Se dejaba arrastrar por el placer satánico de decir insolencias cara á cara, aunque este vicio le proporcionase á menudo violentos desagrados. No respetaba ni al mismo doctor Nugués, con toda su fama de privilegiado insolente. Una noche,—como chanceasen con él, diciéndole que debia casarse por segunda vez, tuvo Genoveva la audacia de decir:

—Sí! Doctor Nugués;—es indispensable que V. trate de volver por su crédito. ¡Todos aseguran que su primer matrimonio fué poco *chic* y aun menos parlamentario....

El escéptico facultativo no tenia inconveniente en caricaturar él mismo su pasada aventura conyugal; pero no estaba habituado á tolerar que otros hiciesen la caricatura.—Sonrióse maliciosamente al oir las palabras de Genoveva, se acarició la patilla y respondió con mucha flema:

- Si me casase con V., Genoveva,—¿volveria por mi crédito?

—No me toca á mi decirlo, pero si puedo asegurarle que yo podria colaborar con V. en los artículos satíricos...

—Y yo imitar el ejemplo del pintor de la catedral de Munich, interrumpió el Dr. Nugués.

Ignoraba Genoveva lo que hubiese podido hacer ese pintor,—pero calculó que nada bueno seria cuando su adversario traia el caso á colacion. - Guardó, pues, silencio, mas no faltó un indiscreto, admirador de los chistes del Dr. Nugués, que se precipitó á preguntarle:

—¿Y qué fué lo que hizo el pintor de la Catedral de Munich?

—Consolarse de los disturbios domésticos pintando á su mujer entre las Furias de un fresco!

—Ingeniosa y galante la aplicacion del cuento! exclamó Genoveva, mordiéndose los lábios.

El incidente quedó ahogado por las risas festivas de todos los tertulianos.—Pero no escarmentaba aquella lengua audáz.—Era el Baron Romberg un personaje que le hacia mucha gracia á Genoveva, y que con excesiva frecuencia se veia obligado á tolerar las sátiras de la traviesa viuda.

—Vd., señor baron, díjole una noche Genoveva, en plena rueda, tiene mucho porvenir en Buenos Aires.—Los austriacos, los alemanes en general, han probado acá muy bien, como maridos.—Excelentes, inmejorables, verdaderamente evangélicos!

Estas palabras tuvieron un éxito sospechoso en toda la rueda.—El Baron Romberg, que no era tan simple como lo suponia Genoveva, y que estaba además aleccionado por su buena amiga la señorita Ovalle,—tomó un aire muy candoroso y respondió:

—Creo que no se necesita ser austriaco para ser un marido como lo sueña idealmente la señora.... ¿No era excelente, inmejorable, evangélico, el malogrado señor de Nevares?

Intervino la conciliadora Panchita, y todo quedó en paz, para recomenzar la lucha con motivo de cualquier otra indiscrecion.... Así pasaba la existencia de Genoveva Ortiz!

Pero no!—Su primera campaña no habia sido enteramente infructuosa.—Pocos meses despues de reabrir su salon, Genoveva tenia ya segura la retirada de las segundas nupcias, llevando como botin de guerra á D. Alejo Nuñez.—Ella ambicionaba más, mucho más; pero comprendia que aquel viejo, viudo y rico, era partido aceptable para un caso extremo.—Resolvió ponerle sitio, sin abrigar la menor duda de que D. Alejo se rendiría por hambre.

En las intimidades de Pancha Ovalle, tuvo el Sr. Nuñez ocasion de admirar de cerca aquella hermosura peregrina, aquella gracia fascinadora, que Genoveva prodigaba, por decirlo así, ante sus ojos, con familiaridades esquisitas. Sentíase el obeso caballero dia y noche circundado por la imájen de la viuda, envuelto en sus perfumes, arrullado por su voz y por su risa.—Evocaba los recuerdos del viaje zootécnico por las capitales de Europa, y no encontraba nada comparable á los hechizos de aquella maga porteña.—A su lado, sentia renacer las timideces de la primera juventud, y permanecia inerte, bulbuciente, encendido el rostro y sudorosa la ancha calva, mientras Genoveva, para infundirle valor y confianza, apelaba á delicados resortes de insinuante dulzura que jamás habia empleado para cautivar á los hombres.—Un vértigo de amor trastornaba la cabeza de D. Alejo Nuñez,—pobre cabeza que habia perdido en fuerza interna todo lo que habia ganado en proporciones exteriores!

Fueron muy desgraciadas las primeras audacias del viejo enamorado.—Incurrió en el engaño de los otros.—Admitió la posibilidad de abreviar trámites, y Genoveva, que con los demas solo habia sido concluyente, fué con él implacable, armando una soberbia escena de indignacion sentimental.—Ocurria esto en casa de Pancha Ovalle,—que acudió en el acto al escenario.

—No volveré á poner los piés en tu casa, esclamó Genoveva, miéntras la frecuente este libertino!

Y salió con paso airado.—El golpe fué maestro.—Si don Alejo se hubiese oido llamar *viejo libertino*, estaria vejado; pero *libertino* á secas era un reproche justo que halagaba su vanidad senil, tanto como conmovia su corazon reblandecido por el fuego de un amor absorbente.—Cambiáronse explicaciones entre D. Alejo y Pancha Ovalle, y ésta se encargó de calmar la cólera de Genoveva, haciéndole ver ó creer que la causa de su estallido era una mala inteligencia de las palabras confusas ó de los ademanes nerviosos del Sr. Nuñez.—Dignóse Genoveva admitir la esplicacion, manifestando, sin embargo, que ese caballero debia abstenerse de presentarse ante ella durante algunos dias.... Despues, cuando consintió en concederle audiencia, y D. Alejo se deshizo en protestas de profundo respeto, tomó ella el tono de las confidencias íntimas y reveló á su galanteador que si pecaba por extremadamente susceptible lo debia á las injusticias y calumnias con que la habia flajelado siempre el mundo.... Asomaban lágrimas á sus ojos.... Enternecióse á su vez el Sr. Nuñez, y juró que su pensamiento estaba puro de sospechas injuriosas.... Ademas, sus intenciones eran santas, solicitaba humildemente la mano de Genoveva!

—Por ahora, todo mi perdon!—respondió ella;—el porvenir dirá talvez otra cosa.

Y así, cuidando siempre de no perder aquella ancla de salvacion, seguia esperando otro partido que le ahorrase la dolorosa inmolacion de todas las gracias de su cuerpo y de su espíritu al amor sensual de un viejo con abdómen extraordinariamente dilatado y espíritu extraordinariamente estrecho....

El corazon de Genoveva permanecia entre tanto invulnerable. De todos los que la habian solicitado con palabras explícitas ó miradas insistentes, ninguno habia logrado llegar á ese santuario.—Esta circunstancia daba cierto aplomo á la conducta de la jóven viuda, y la preservaba de los mayores peligros.—Todo cambió sin embargo en un momento, en Febrero de 1876, y voy á esplicar cómo.—Iba Genoveva en coche, con sus dos niños, á quienes acababa de tomar en el respectivo colegio, para que pasasen con ella el último dia del mes y tuvo que detenerse el vehículo por estar el paso de la calle accidentalmente obstruido.—Apercibe Genoveva una dama que la saluda con amabilidad desde la acera.....Es Pancha Ovalle, y no está sola.—Conversa con ella un jóven desconocido para Genoveva....Genoveva lo contempla durante breves instantes, y al punto una impresion estraña, desde años atrás no esperimentada por ella, serpentea en todo su cuerpo y hace estremecer su corazon.—Apenas llega á su casa, Genoveva escribe en una tarjeta estas dos palabras «¿quién es?»—y la misiva vuela inme-

diatamente á casa de Pancha Ovalle.—Esta responde en un billete:

«Es Rodolfo de Siani, secretario de nuestra legacion en Washingtos recien llegado de Paris.—Tambien él se ha interesado mucho por ti.—Luego iré á verte».

Genoveva hiz osaber á su portero que en aquella noche solo estaba visible para la señorita Ovalle.

(*Continará.*)

# NANTAS

(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

(*Conclusion*)

NANTAS se habia puesto de piè, y al quedar solo, esclamò en alta voz:

—Està noche... en su alcoba...

Y se llevò las manos à la cabeza, como si temiese que estallase. Aquella cita, dada en el domicilio conyugal, le parecia monstruosa de impudencia. No podia permitir que se le ultrajase de aquella manera. Apretaba sus puños de luchador, y la ràbia le hacia soñar en el asesinato. Entretanto, tenia que concluir un trabajo. Por tres veces consecutivas se sentò en su escritorio, y otras tantas veces la exitacion de sus nèrvios lo puso de piè, à la vez que una fuerza interior lo empujaba à subir à la habitacion de su mujer para tratarla de canalla. Por ùltimo consiguiò dominarse, y se puso à la tarea, jurando que estrangularia à los dos aquella misma noche. Fuè la mayor victoria que alcanzò jamàs sobre sì mismo.

Por la tarde, Nantas fuè à someter al Emperador el proyecto definitivo de presupuesto. Habièndole èste hecho algunas observaciones, èl las discutiò con perfecta lucidez. Pero tuvo que prometer modificar una gran parte del trabajo. El proyecto debia ser presentado al dia siguiente.

—Sire, trabajarè toda la noche, dijo Nantas.

Y de vuelta à su casa, se decia à sì mismo: «Los matarè à media noche, y en seguida tendrè tiempo hasta el dia para concluir este trabajo.»

Por la noche, durante la comida, el baron Danvilliers hablò precisamente de aquel proyecto de presupuesto, que causaba gran ruido. El no aprobaba todas las ideas de su yerno en materia de finanzas, pero las encontraba muy vastas y muy notables. Mièntras contestaba al baron Nantas, en varias ocasiones, creyò sorprender los ojos de su mujer fijos en los suyos. Hacia algun tiempo que generalmente ella lo miraba asì. Su mirada no se enternecia; ella lo oia simplemente y parecia que trataba de leer à travès de su rostro. Nantas pensò que ella temia haber sido traicionada, è hizo un esfuerzo para parecer despreocupado: hablò mucho, se remontò en su percracion, y concluyò por convencer à su suegro que cediò ante su gran inteligencia. Flavia lo miraba siempre, y un enternecimiento apènas sensible habia pasado un instante por su rostro.

Hasta la media noche, Nantas trabajò en su escritorio. Poco à poco se habia apasionado de la tarea y no existia para èl mas que aquella creacion, aquel mecanismo financiero que habia construido lentamente, engranaje por engranaje, salvando innumerables obstàculos. Cuando el reloj diò las doce, levantò instintivamente la cabeza. Un gran silencio reinaba en toda la casa. De repente, se acordò: el adulterio estaba allì, en medio de aquellas sombras y de aquel silencio. Pero le costò trabajo levantarse de su sillon; dejò la pluma contrariado, y diò algunos pasos como obedeciendo à una voluntad anterior que ya no encontraba. Despues, un fuego interior enrojeciò su rostro, de sus ojos brotaron llamas, y subiò à las habitaciones de su mujer.

Aquella noche, Flavia habia despedido temprano à su camarera. Queria estar sola. Hasta la media noche, permaneció en la salita que precedia à su dormitorio. Reclinada en un sofà, habia tomado un libro, pero á cada instante el libro caia de sus manos, y parecia soñar, con la mirada vaga. Su semblante se habia dulcificado, y dibujaba por instantes una pàlida sonrisa.

De repente, se levantò sobresaltada. Habian golpeado en la puerta.

—¿Quièn està ahì?

—Abra usted, contestò Nantas.

Tan grande fuè la sorpresa de Flavia, que abriò la puerta maquinalmente. Nunca su marido se habia presentado así en sus habitaciones. Nantas entrò todo agitado; la còlera lo habia asaltado nuevamente mièntras subia. La señorita Chuin, que lo espiaba en el descanso de la escalera, le habia murmurado al oido que Mr. des Fondettes estaba dentro hacia dos horas. Asi es que no tuvo èl que disimular nada.

—Señora, dijo, hay un hombre escondido en su alcoba.

Flavia no contestò inmediatamente, tan lejos estaba su pensamiento de lo que oia. Por ùltimo comprendiò.

—Usted està loco, señor, contestò ella.

Pero, sin detenerse à discutir, èl ya se dirijia à la alcoba. Entònces, de un salto, Flavia se puso frente à la puerta, esclamando:

—Usted no entrarà.... Aquì estoy en mi casa, y le prohibo à Vd. que entre!

Temblorosa, altiva, ella defendia la puerta. Durante un minuto, ambos permanecieron inmòviles, sin decirse una palabra, los ojos fijos en los ojos. El, con los brazos estendidos, parecia querer abalanzarse sobre ella para pasar.

—Quìtese Vd. de ahì, murmurò con voz sorda. Soy màs fuerte que Vd., y de todas maneras, entrarè.

—Nò; usted no entrarà, yo no lo quiero.

El, como un loco, repetia:

—Hay un hombre, hay un hombre....

Ella ni siquiera se dignaba desmentirlo; se encojia de hombros. Despues, como èl diese un paso màs, dijo:

—Y bien! admitido que haya aquì un hombre ¿què le importa á Vd.? ¿No soy libre?

Nantas retrocediò ante aquellas palabras que le caian como una bofetada. Efectivamente, ella era libre. Desalentado por completo, comprendiò que ella llevaba la mejor parte y que èl desempeñaba el papel de un niño enfermo è ilògico. El no cumplia el convenio; su estùpida pasion lo hacia odioso. ¿Porquè no se habia quedado trabajando en su escritorio?.... La sangre se retiraba de sus mejillas, y una sombra de indecible sufrimiento oscurecia su semblante. Cuando Flavia notò el decaimiento que lo postraba, se separò de la puerta y con la mirada enternecida, dijo simplemente:

—Registre usted.

Y ella misma entrò en la alcoba, con una làmpara en la mano, en tanto que Nantas permanecia en la puerta. Con el gesto, èl le habia dicho que era inùtil, que èl no queria ver. Pero ella insistiò. Al llegar delante del lecho, levantò las cortinas, y tras ellas apareciò Mr. des Fondettes. Fuè tal la sorpresa de Flavia, que no pudo contener un grito de espanto.

—Es verdad, balbuceò ella anonadada, es verdad, este hombre estaba ahì.... Yo lo ignoraba ¡oh! os lo juro por mi vida!

En seguida, por un esfuerzo de voluntad, se calmò, y hasta pareciò arrepentida de aquel primer arranque que la habia llevado à defenderse.

—Tenia usted razon, señor, y pido à Vd. perdon, dijo ella à Nantas, tratando de recobrar su tono frio.

Entretanto, Mr. des Fondettes comprendia que estaba haciendo un papel ridìculo. Tenia una cara atontada, y hubiera pagado por que el marido se enojara. Pero Nantas estaba callado. Solamente se habia puesto muy pàlido. Despues de mirar á Mr. des Fondettes y à Flavia, se inclinò ante esta ùltima, pronunciando esta sola frase:

—Señora, pido à Vd. sus excusas; usted es libre.

Y dando vuelta la espalda, se retirò. Parecia que algo acababa de romperse en èl; solo el mecanismo de los mùsculos y de los huesos funcionaba todavìa. Cuando de nuevo se encontrò en su escritorio, fuè derecho à un cajon en que guardaba un revòlver. Despues de examinar